

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA
BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO II. — TOMO VI



BUENOS AIRES
ADMINISTRACIÓN DE LA BIBLIOTECA

79 — CALLE PERÚ — 79

1897

LA BIBLIOTECA



AÑO II. — TOMO VI

Buenos Aires. — Imprenta de PABLO E. COMI é HIJOS, PRUÉ 680

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA
BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO II. — TOMO VI



BUENOS AIRES
ADMINISTRACIÓN DE LA BIBLIOTECA

79 — CALLE PERÚ — 79

1897

CARTAS Á AVELLANEDA

La correspondencia de los escritores célebres ha sido siempre leída con deleite, como una producción literaria; sólo en este siglo puede decirse que la carta real, espontánea, escrita únicamente para el destinatario, ha ascendido á su merecido rango de documento histórico y psicológico, superior á cualquier otro. Considérase hoy que de Cicerón y Voltaire, la obra más viva y subsistente es su correspondencia; Taine ha dicho que daría las *Décadas* de Tito Livio por las cartas y apuntes que le sirvieron para escribirlas; Carlyle ha dado á luz la mejor historia de Cromwell, publicando íntegra la correspondencia del Protector, con un comentario intercalado. Por fin, á nadie escapa, para tomar un solo ejemplo entre los periódicos contemporáneos, que la *Revue de Paris* ha debido su éxito más justificado y duradero á la publicación de algunas correspondencias inéditas. Saben nuestros lectores que *La Biblioteca* ha prestado, desde sus comienzos, atención preferente á tales documentos, dándolos á luz en su integridad, sin retoques ni atenuaciones, como que no se trata al fin de corregir ni afeitar una fisonomía literaria sino de allegar documentos inatacables al historiador futuro. Acaso se tenga para ello que vencer ciertas preocupaciones existentes, acerca de los derechos y deberes del biógrafo. Entretanto, proseguiremos nuestra útil y bien intencionada tarea, contando para ello con el concurso de nuestros lectores ilustrados. Publicaremos próximamente algunas cartas inéditas de Avellaneda que corresponden en cierto modo á las presentes. No necesitamos poner de relieve el interés especial de algunas de éstas; nos limitamos á breves indicaciones para aclarar ciertas alusiones ó conjeturar las fechas que faltan. Sabido es que las cartas siguientes se refieren á períodos importantes de la vida de Sarmiento; podrían formar cuatro grupos: 1º el gobierno de San Juan; 2º la misión á los Estados Unidos; 3º la presidencia; 4º la presidencia de Avellaneda.

San Juan, enero 21 de 1862.

Mi estimado amigo y discípulo :

No quiero que acabe enero sin que le retribuya sus felicitaciones de Año nuevo.

Como todos los buenos discípulos, atribuye Vd. á su maestro habilidades, ingenio y arte más allá de lo que se deja descubrir al pobre vulgo. ¡Pobre de mí! ¡Creía Vd. que las minas eran un programa, una plataforma, como dicen los norteamericanos, sin que yo creyese más que Vd. en la realidad de ellas!

Mi única habilidad é interés en este asunto es el que puse siempre en escuelas, islas del Paraná, política y tanta otra cosa que me ha absorbido sucesiva y juntamente. Ver que son buenas, necesarias y útiles; persuadirme que todas las cosas requieren para desenvolverse un pensamiento que las incube, una mano solícita que guíe sus primeros pasos, y poner de mi parte trabajo asiduo y amor de madre hasta que la idea ó la cosa sea viable y buena ya para todos, de manera que por puro vulgar nadie se acuerde que yo pasé las noches y los días velando su cuna.

Las minas de San Juan son una de esas creaciones. ¿Eran una realidad? Yo mismo no lo sabía y principié por saberlo. Lo demás lo ha visto Vd. como el grano de arena convertirse en montaña.

Pero Vd. no sabe, ni San Juan tampoco, qué caudal ponía yo en acción para levantar esta industria, y necesito detallarlo. Una palabra creída por sincera y honrada; un nombre conocido y que representa progreso y cultura; amigos en la prensa, en el gobierno y en el comercio. Usted ha visto encadenarse estos elementos, y de impalpables tornarse en realidades. Un amigo de corazón en Valparaíso me atrajo á Rickard(1): Rickard acaba en la Bolsa de Londres; y es

(1) F. I. Rickard estudió en esos años los distritos minerales de la República, elevando al gobierno un informe que fué publicado en 1869 por el ministerio del Interior.

posible la idea de *Junior*, que ya me había venido á mí, que en el Royal Exchange se abra ahora el mapa de América, buscando un punto ignoto: San Juan; acciones de minas, barras de plata, etc., etc. Sea de ello lo que oculte y descubra país tan mineral, el hecho cierto es que todo ha sido obra de varón; previsto, buscado, estudiado científicamente, anunciado y rodeado de prestigios hasta dar cuerpo y publicidad quizá europea á un hecho que permanecía obscuro. Para esto han bastado diez meses, y ya estamos en Londres.

El otro rasgo característico es que principiaremos á trabajar con el auxilio de la mayor ciencia, con los capitales con que se hacen ferrocarriles y con todos los aparatos y auxilios de las artes modernas. Chile, en treinta años de minas, ni hoy alcanza á este grado de adelanto en la explotación de las minas.

No anda Vd., pues, tan descaminado cuando liga la cuestión Bancos y rescate del papel moneda con las futuras minas de San Juan. Sin anticipar nada estoy ya atando cabos para el establecimiento de la *Moneda*. Tengo de secretario á un hermano del *Solicitor of the Royal Mint* de Inglaterra.

Después de esta larga tirada sobre minas me queda el espíritu tan encumbrado que no quiere inclinarse á examinar las cosas de *ici-bas*.

El Chacho es el reverso de la medalla; se agita la *vermine* en la Rioja. En Chilecito están albergados los escasos representantes de nuestras ideas, los Dávilas, Soages, Gordillos, etc. Lograban ganar elecciones para gobernador liberal. Lánzanles la montonera. El gobierno mandó intervenir al Chacho, y ya Vd. infiere lo que sucede. El silencio se hace. La Rioja es hoy con Pavón lo que San Juan con Caseros. Sólo ella no será admitida en el festín de los hermanos, y éstos con el ejemplo y los cantos de victoria la estimularán á que se ensangrienta. Quinteros ha de venir un día de estos. Y vea lo que ello es, el fantasma. Régulo Martínez, con cuatro soldados de policía de San Juan ha hecho disparar

á todos los machos en veinte leguas de viaje, y llegado á la ciudad de la Rioja huyó la guardia, el gobernador, el general Peñalosa, Ontiveros, Angel y fué preciso negociaciones para que regresasen. Arredondo es una pesadilla, es decir, un freno para esa última faz de la barbarie, de la pobreza y la degradación de la especie. Pero ya oigo alguna teoría sobre el Chacho y me callo...

Me despido casi sin espacio para desearle á Vd. y familia toda clase de felicidades, suscribiéndome su amigo.

SARMIENTO.

San Juan, julio 8 de 1862.

(1) He recibido con placer su carta de 26 de julio, y hecho publicar la apreciación que hace en ella de la política seguida en cuanto á capital.

Me pide Vd. la explicación del enigma, pero Edipo está ya ciego y ha dejado de dar soluciones. ¿Qué podré decirle? Yo mismo vacilo al querer formar juicios. Hablando, escribiendo, decía antes: las cosas se hacen así. Demostraba el pensamiento con actos, ó mejor dicho daba la razón de ellos. Ahora me falta la base, que era la acción y enmudezco...

Acaso el temperamento adoptado es el único posible. Donde se abren varios caminos que nadie sabe á donde conducen: acamparse, hasta que algún pasajero señale la vía.

Los hechos han llevado el gobierno nacional á Buenos Aires, solicitado por el vencedor de Pavón, y por las influencias que lo combaten. Una vez llegados á aquel punto, difícil era ajustarlo á las piezas ya existentes.

La coexistencia de poderes, que tan posible parece á Vélez, fuera de ensayar si el Congreso tuviese realmente autoridad sobre el espíritu público. Vea que Córdoba no reconoce tal autoridad, con mo-

(1) Falta el encabezamiento.

tivo del rechazo. Buenos Aires menos, y como los Estados generales en París, ó el Congreso de 1818 en Buenos Aires mismo, será maltratado por sus huéspedes, toda vez que no sea deferente á sus deseos.

La supresión del gobierno provincial tiene el inconveniente de dejar ociosas muchas ambiciones que, destruída la ratonera, no sabrán á donde anidarse.

Si Mitre (1) deja á su lado un gobierno provincial, volverá á repetirse el drama de Rivadavia y Las Heras, de Ferré y Paz : lo que sucede siempre al que lleva ropa prestada.

La colonia, como Vd. lo sospecha, tenía dada su solución : la capital donde hay mayor número de hombres. Carey ha mostrado en vano los inconvenientes. Pero la teoría norteamericana es nueva, y Babilonia y Nínive y París prueban lo contrario. Bastaría ver esa irritación producida por la cuestión capital para convenirse de que es el suelo el que se agita; y el *mutismo* de los diputados de las provincias que no son vecinas de Buenos Aires le mostrará que nunca habrá Congreso.

¿Qué debemos hacer en tales condiciones? Hacer lo que creo hace Mitre, dejar al tiempo y los sucesos que lo arreglen todo. Yo tiemblo de aumentar la confusión añadiendo otro disentimiento más. Cuando Quintana ó Adolfo Alsina declaren que Buenos Aires no quiere ser capital, cuando Mitre se desnude de la desprestigiada banda de presidente fuera de Buenos Aires, entonces San Juan tendrá que precaverse contra el Chacho, que sabe mejor cuál es la única organización posible de la república : aniquilarla.

Siento que la prisa que se dan para enredarlo todo no me dé tiempo á ensayar una cosa nueva, organizar una provincia, para dar base á la nación. Ocúpome de bagatelas, pero que son aquí esenciales, como suelen serlo las costuras destruídas de los zapatos.

(1) La dirección juzga conveniente mantener los nombres de los personajes que pertenecen á la historia, siempre que la mención no se refiera á su carácter privado.

Este es mi gobierno, y cuando veo que llama la atención de otras provincias, deduzco de ahí el extravío de las ideas, pues se asombran de ver un poco de sentido práctico.

Gózome á veces en ver lo que puede hacerse con los pueblos, estimulando sus buenas propensiones. San Juan es ya un reflejo de mis ideas; y si no estuviera casi en quiebra, y las Pirámides de Egipto tuvieran destino útil, levantaría una para reconcentrar en ella la buena voluntad pública.

La policía ha tomado, en tres días, tres bandas de ladrones... mendocinos. El pueblo construye con sus propias manos y recursos un cementerio y la Escuela Sarmiento. Yo me contraigo á levantar las minas. Ayúdeme Vd. en Buenos Aires á promover una suscripción para la Escuela. El hecho solo de auxiliarme desde allá produce un bien inmenso.

Mándeme libros legibles. Novelas, si no tiene otra cosa. Este es el limbo obscuro.

Deseando á Vd. mil felicidades, tengo el gusto de suscribirme
Su seguro amigo.

D. F. SARMIENTO.

San Juan, julio 19 de 1862.

Mi estimado amigo :

El dador de esta es don Tadeo Rojo, diputado al Congreso y mi amigo y compatriota. Al ir á incorporarse á su cuerpo he creído hacerle un servicio en ponerlo en contacto con Vd., á fin de que le cuente las cosas de San Juan, lo que á mí respecta, y en cambio Vd. le muestre el camino que hemos seguido Vd. y yo. Guiado por una mano amiga de ambos encontrará fácil su carrera, y evitará escollos que otros no sabrían mostrarle.

Estoy más contento que la última vez que le escribí. Realizo muchos de mis propósitos, y hago penetrar mi espíritu en la masa

del pueblo. Ayer mis hermanas me contaban con extrañeza que toda clase de gente acudía á comprar silabarios. Era el efecto de la colocación de la piedra fundamental de una grande Escuela. Rojo le contará las emociones porque ha pasado este pueblo; pero lo que él no puede decirle, por falta de términos de comparación, es que esta fiesta ha sido más solemne, más artística que las de su género en Buenos Aires, no obstante la limitación de los medios.

Me ocupo de una asociación de minas, y espero buen éxito. Luego le mandaré las bases. Todos estos trabajos me reaniman y vuelven las fuerzās que se consumieran inútilmente.

Recuérdeme siempre y mande á su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

Nueva York, noviembre 16 de 1865.

Mi estimado amigo :

Por carta de Buenos Aires, supe que Vd. se había interesado en publicar una mía particular, en la que describía escenas de este país (1); por ende supe que estaba Vd. bueno y tenía ocasión de recordarme. Escribíle antes sobre jurisdicción federal en el caso de Posse, contra la opinión allí prevalente y supongo perdida la carta, puesto que nada me dijo de ella (2).

Prometíale entonces comunicarle las nociones que aquí adquiriese sobre la materia, en caso que fueran parte á modificar las ideas que sostenía, y esta carta tiene por objeto señalarle en la *Vida de Lincoln*, que recomiendo á su atención, las doctrinas que prevalecieron

(1) Publicada bajo la firma : *Un Viajero Argentino*, en el *Nacional* de setiembre de 1865. (*Nota de la Dirección*).

(2) Refiérese el autor á la muerte del ex-gobernador de Córdoba, doctor Justiniano Posse, ocurrida en el acto de procederse á su captura como autor de la revolución contra el gobernador Ferreira. Fué decretada la intervención nacional y nombrado interventor el doctor Rawson, ministro del Interior. (*Nota de la Dirección*).

en los Estados Unidos sobre los puntos principales envueltos en los disentimientos que tuve con el gobierno nacional, y que pueden reducirse á los siguientes axiomas:

Es condición inherente á la esencia del gobierno, y no á su forma, la facultad de suspender el *habeas corpus* aquí, declarar el *estado de sitio* allá, toda vez que la insurrección ó la invasión lo hagan necesario.

Los delitos militares los constituyen no la persona ni el sexo del delincuente, sino la naturaleza del delito: hacer armas contra el Estado.

En uno y otro caso el gobierno nacional sostuvo doctrinas que no estaban autorizadas por antecedente alguno, fundándose él en un caso en la historia ó en deducciones un poco arbitrarias de ella, tales como el origen de nuestras provincias salidas de una nación antes unida, y la jurisprudencia de la Confederación. En el otro, declarando nulo el juicio militar de Clavero, sólo por el hecho de serlo, se fundó en que no estaba al servicio del gobierno cuando tomó las armas, como si las balas fueran menos mortíferas cuando las dispara un paisano que cuando es militar el insurrecto.

Sobre lo primero diré á Vd. que, como nosotros, casi todos los países han pasado por diversas fases y formas de gobierno, sin que la jurisprudencia de la una haya servido para guiar la marcha de la otra. La historia es rica en ejemplos de la manía de los gobiernos de parapetarse tras los escombros de su pasado. ¿Qué eran los Estuardos? La doctrina de Rawson, no obstante las modificaciones que el poder real había ido experimentando.

Hay un vicio del juicio entre nosotros que no alcanzaremos á ver suprimido. En materia de organización política no hay quien no dé su parecer dogmático, fundado no en lo que llamaré la esencia de las cosas, sino en las modificaciones que le imprime el territorio, las costumbres, la historia, qué sé yo... Pero advierta que el juez de estos misteriosos agentes es Juan Manuel Rosas, es Marat, con el mismo derecho que Napoleón, Sieyès, Urquiza, Alberdi, Rawson y

tutti quanti. Un siglo de perturbaciones en Francia, medio siglo en nuestro país, con horribles tiranías por único resultado final, son el fruto de estas adiciones y enmendaturas en los principios constitutivos. Mucha gracia me hacía leer el otro día en la *Nación*, no sé qué elogios pomposos de los Estados Unidos y de sus instituciones, concluyendo por decir: « pero no olvidemos que aquí no se puede, etc., etc., porque nuestra historia, etc., etc. ». Es aquello del médico á palos que señalaba el corazón á la derecha: *Nous avons changé tout cela!* Sí: nosotros tenemos el corazón á la derecha. Así lo han declarado Alberdi, Rawson y todos nuestros sabios desde 1810 hasta la fecha.

Pienso escribir luego una Historia de la constitución de las Provincias Unidas del Río de la Plata, principiando desde 1777, en que se creó el Virreynato. Si logro realizar mi pensamiento con el acierto que se requiere, dejaré consignadas mis ideas tales como guiaron mis actos durante tantos años de luchas, y como creo que deben establecerse para corregir las propensiones de los retardatarios discípulos del espíritu francés, tan bisoño en estas materias. Creo tener todos los materiales necesarios, y, más que documentos argentinos, trabajos recientes ingleses y norteamericanos sobre la constitución íntima de los gobiernos, para rastrear la formación del nuestro, que no es una invención nuestra ni producido al acaso.

Necesito y espero de su bondad de Vd. me procure una colección de tratados argentinos, hecha en tiempo de Rosas, en que están los tratados federales, que los unitarios han suprimido después, con aquella habilidad con que sabemos rehacer la historia. Necesito igualmente los tomos de las Sesiones del senado de Buenos Aires durante los tres años que fuí senador. Sería exigirle demasiado pedirle sacase copias de varios discursos míos en la Asamblea general, pero espero me mande uno ó dos ejemplares de la Convención de Buenos Aires, de que no tengo uno solo y necesito absolutamente.

He visto que Vd. ha escrito un libro sobre tierras públicas. ¿Por qué no me lo ha mandado? Sentiría que no hubiese leído mi me-

moria al Instituto histórico de Francia en que hallará ideas fundamentales sobre cuestión tan capital. Quisiera ver el *Código Rural*, que temo sea un reflejo de las ideas dominantes en país en que por los vicios de su legislación á este respecto, y por el interés de los *detentadores* del suelo (estancieros) se perpetúa uno de los más monstruosos desórdenes de la colonización.

Quedo su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

Nueva York, diciembre 15 de 1865.

Mi distinguido amigo : (1)

Me he decidido á reanudar nuestras interrumpidas relaciones, antes tan cordiales y amistosas, creyendo que por su parte no existirán motivos más serios para mantener el retraimiento actual, que los que yo pudiera alegar, simples contrariedades emanadas de maneras diversas de apreciar nuestros deberes públicos; y entre hombres como Vd. y yo, puedo decirlo con fiadamente, tan sinceros en sus propósitos. no debe entrar por nada sentimiento personal alguno, aun en los más graves disentiimientos de ideas.

Permítame, pues, que en prueba de esa cordial estimación de los motivos, toque á las causas del resfrio de nuestras relaciones; dando motivos á esta la *Vida de Lincoln* que le acompaño, como justificación y autoridad en abono de las ideas que sostuve, con motivo de la circular sobre la facultad puramente gubernativa, y por tanto provincial ó nacional, según su caso, de suspender en caso de conmoción ó invasión las garantías individuales.

Recomiendo á Vd. su lectura, y comparar las doctrinas sobre

(1) Según se hace constar más adelante, esta carta fué escrita en su primera parte para el doctor Rawson, á quien se refieren las explicaciones personales del principio; á mitad del camino, una carta de Avellaneda hace variar el rumbo al escritor, que, con su desenfado característico, cambia de interlocutor y remite al segundo lo que destinara al primero, poniendo *no vale*, al lado de la dirección!

este punto, sostenidas en él por Lincoln, con las que yo sostuve en el Senado de Buenos Aires, cuando la interpelación Rivas, las mismas que reproduje en la respuesta á la circular. En uno y otro caso notará Vd. mi solicitud en conservarle al Ejecutivo un poder sin el cual, salvando al Gobierno, no se pueden salvar las garantías mismas.

Debo comunicarle que en este país, que es el único de la tierra en que esas garantías sean la base del gobierno mismo, después de ocho meses de extinguida la rebelión, no hace quince días que por un decreto se establece recién para los Estados leales, el derecho al escrito (*sic*) de *Habeas corpus*, conservando la suspensión todavía para los que estuvieron en rebelión. En presencia de este hecho, no vituperado por nadie ¿qué mérito queda á la declaración del Gobierno nacional, de que no usaría de facultad análoga, si no es el de una inexperta buena intención ?

Abstúveme de responder á su larga réplica por respeto á esos mismos principios gubernativos que Vdes. miraban en tan poco, mandando desaprobaciones oficiales á gobiernos que estaban en la brecha, luchando á brazo partido con la rebelión, la invasión, la barbarie y el desquicio. El momento no era, por lo menos, prudentemente escogido para debatir cuestiones que afectan á la autoridad y prestigio de los gobiernos.

Y ¡ cuánto no habría que decir, contra el espíritu y la letra de esa larga é intempestiva réplica ?

Juzgue de ello por las pocas observaciones que le haré, y creo necesarias, pues que lo veo en Córdoba, empeñado en seguir el mal camino que creyó dejarle expedito mi prudencia.

Concluía su exposición asegurando que si los gobiernos de Provincia volvían á declarar el estado de sitio, el gobierno nacional no intervendría, por ser ese delito sometido á los tribunales federales, por cuanto el estado de sitio está regido por la Constitución federal. Si hay inexactitud en las palabras, atribúyalo á que no tengo á la vista los documentos.

La idea es la misma. Yo me aproveché de este desistimiento para sacarlos á Vdes. del mal paso, y apartar la discusión. Pero analicemos la salida esta, *the issue*, como dicen aquí. Este «no intervenir» ofrecido ¿era una concesión generosa que el gobierno nacional hacía, ó reconocía en ello su falta de derecho? ¿Era un acto arbitrario aunque benéfico, ó era deducción de la ley? ¿Luego hay una Constitución cuyas disposiciones pueden ser abrogadas por los ministros? No. Los actos de un gobierno traen aparejada sanción: *no se reclama un poder como propio sin ejercerlo*. Si no había de intervenir en sostén de la circular, no debió dirigir la circular, por ineficaz. Si se reconocía sin derecho para intervenir, es decir para hacer buena su doctrina, con doble razón debió abstenerse de emitirla.

Más claro error se cometía al señalar el tribunal á quien correspondía decidir el punto. Luego, la circular emanaba de quien no tenía personería; porque es principio de gobierno «*que todo poder ha de tener en sí, no dependiendo de otro poder, los medios de ejecución*». Se violaba otra regla fundamental de gobierno, que es remitir los asuntos que no le competen, *á quien corresponda*; pues decir á quién corresponde es acto judicial; y el gobierno nacional juzgaba ya, señalando tribunal, en violación de esta sencilla regla. Omito decir que en ello se constituía procurador de un querellante que no existía, contra gobiernos á quienes se encausaba denunciándolos reos. ¿Son estas, realmente, funciones gubernativas?

¿Y es cierto, y claro, claro como la luz del día, que los tribunales federales deban entender en estos casos? ¿Ó si resultase probado que es lo único que les está expresamente prohibido por la Constitución?

Supongo que en este caso, como Vd. lo sostenía, el *estado de sitio* estaba regido por la Constitución federal. Luego el abuso de él colocaba al gobernador ó á la legislatura de San Juan, ó de otras provincias, en el mismo predicamento que al Presidente y sus ministros, si hiciesen un mal uso de aquella facultad. Pero la Constitución nacional inhibe á los jueces ordinarios de entender en aquellas causas,

reservando al Congreso, por vía de *impeachment*, la acusación y decisión sobre el hecho. Pero la Constitución *reformada* borró de la lista de los altos funcionarios acusables por *impeachment*, á los gobernadores de provincias, puestos en ella, como *amenables* por transgresiones constitucionales. Luego, ni los jueces, ni el Congreso, ni el ministro de Gobierno, pueden abrir juicios sobre actos de gobiernos provinciales; y, permítame decirlo, el gobierno nacional abrió juicio, y dió *laudo* en el asunto en cuestión, provocándolo con su circular, fundándolo en doctrina y en ley, y aun citando autoridades de otros tribunales; de manera que si un juez debiese entender en el asunto, mucho esfuerzo de cordura necesitaría para no apoyarse en el laudo del ministro, refutarlo, ó no darse por entendido de sus razones ó existencia misma.

Ojalá que esto sólo fuese el inconveniente de estos actos, aconsejados por circunstancias excepcionales, que disculpan hasta cierto punto la violación que envuelven de principios fundamentales. Pero, tan laudo y decisión final fué la del Gobierno, en su intención y consecuencia, que apenas ocurrieron los lamentables sucesos de Córdoba, con la muerte del doctor Posse, que esa misma prensa (y note que era la que apoya la política del gobierno) que había provocado la circular; que esa misma prensa que había escarnecido al gobernador Posse y héchole renunciar, porque no se puede gobernar bajo el látigo de los mentores oficiosos, á causa de haber tenido lugar una revolución de cuartel, que no pudo prevenir, acaso por estar despojado por la circular de la *facultad preventiva* de revoluciones; que esa misma prensa, apoyándose en el laudo, sostuvo el derecho del gobierno nacional á intervenir para el esclarecimiento del que ya se juzgaba delito del gobierno de Córdoba; y se obró en consecuencia, bien que á pedido del mismo gobierno de Córdoba, bajo la presión de las mismas influencias.

Puede Vd. leer una carta que desde Lima escribí al doctor Avellaneda sobre este punto, en que la cuestión de la competencia está reducida á la más simple forma. Las garantías están especificadas en

las constituciones para poner coto á las autoridades que ellas mismas crean. Si un juez sentencia sin audiencia, bastará saber si es juez federal ó provincial, para saber qué constitución rige el caso. ¿Era Posse funcionario federal, muerto en el ejercicio de sus funciones? ¿Era federal la autoridad que cometió el homicidio?

Convengo en que pequeños puntos pueden estar envueltos en este litigio. Juzgo sólo por lo que entonces se dió por causa determinante de la intervención. Y no se diga que el gobierno de Córdoba la pidió, acaso movido por el puntillo de honor de descargarse de la fea tacha de asesino. El gobierno nacional, al ejercer una facultad, debe ver si está en los límites de su mandato. No basta que un gobierno la pida; es preciso saber si se pide lo que se le puede conceder.

Pero Vd. fué á Córdoba, entendió en el asunto, oyó á las partes, y dió su parecer. Ya por su prudencia de no abandonar á la publicidad los resultados, y aun negarse á la solicitud del Congreso, en lo que hacía perfectamente bien, era de inferir que Vd. mismo había sentido las dificultades del caso. Encontró Vd. que la víctima había sido inmolada, sin poderla justificar de conatos revolucionarios; y el comisionado nacional se limitó á reprochar al gobierno de Córdoba haber tendido una celada á sus enemigos para traerlos al fin trágico que encontraron.

No doy grande importancia al cargo ni á la defensa. En los actos públicos que determinan una corriente de sucesos, véase de ordinario lo sucedido y se juzga por ello, sin tener en cuenta lo que no sucedió por estorbarlo las medidas tomadas. Preguntaba el gobierno nacional al de San Juan, qué resultados le había dado declarar en estado de sitio la provincia amenazada de invasión. Aparentemente ninguno, puesto que nada positivo ocurrió. ¿Pero si no hubiese tomado esa medida ¿qué habría sucedido? Probablemente nada, probablemente mucho; porque no se puede juzgar de lo que no sucedió—que habría sido sublevarse los departamentos, como en Córdoba, Mendoza, Rioja, Catamarca; conspirar los federales como en aquellas provincias; derrocar el gobierno, como en Córdoba. Los tres ofi-

ciales federales que se sustrajeron al estado de sitio, *murieron*, habiéndose reunido al enemigo. Sus *víctimas* están hoy como antes tranquilas en San Juan.

Pero el gobierno de Córdoba, al cargo de dolo pudo contestar quizá algo mejor que citar las leyes que permiten al gobierno usarlas en su propia defensa. — Las leyes de todas las naciones hacen *causas privilegiadas* las de reos contra la seguridad del Estado, leyes que las constituciones han transformado en el estado de sitio, suspensión de *habeas corpus*, etc. ¿Qué contestarle al reo de dolo, si respondiese francamente: « Sí: he empleado la astucia; el arma de los débiles. Desde que el gobierno nacional me había despojado de la facultad de todo gobierno, de *prevenir* las revueltas y su ruina, con alejar momentáneamente á las personas comprometidas en el intento, ó apoderarse de los cabecillas, desde aquellos que eran declarados reos de violación de la Constitución si no se proveían de antemano de semi-plena prueba judicial, para someter á juicio regular á los conspiradores ¿qué quedaba sino los mezquinos ardides que la propia conservación sugiere y la ley autoriza? » Es inocente la circular de haber revelado á todos que se puede conspirar públicamente, sin ser detenido en los preparativos, sino cuando el conato se convierte en hecho, ó las balas deciden el caso, puesto así en igualdad de posición y de derecho entre el gobierno y sus oponentes. No quiero apurar más este raciocinio.

La mitad de nuestros desórdenes en la América del sud, vienen de que el pueblo, de que el partido liberal no tiene ideas de gobierno, y él mismo lo destruye con su no contrabalanceada idea de los derechos. En Buenos Aires y en Chile, la barra tiene el derecho de aplaudir desaforadamente, de silbar á los legisladores. Durante tres años, el pueblo, en Buenos Aires, renunció á tan calamitoso derecho, porque un amigo sincero le mostró que no era derecho sino subversión del derecho del legislador á emitir su pensamiento; lo que prueba que sólo ideas erróneas mantienen el malestar.

No estoy distante de admitir *que en nuestros países* los hombres

buenos y bien intencionados aventuren una medida salvadora, aunque sólo esta razón la justifique. ¿Qué serían las constituciones de provincias atrasadas si el Congreso no las revisase? ¿Qué sería de la facultad del estado de sitio, si se dejase en manos de ciertos gobernadores? ¿qué de la justicia, si los tribunales federales no la pudiesen á cubierto de las pasiones políticas de las provincias?

Todo esto es cierto. Los abogados distinguen las alegaciones en alegaciones de derecho y alegaciones de *hombre*. Estaba muy irritado porque un criado torpe me rompió un vaso de porcelana; y como N. entrase y me cobrase un dinero, dile de golpes: «Razón de hombre». La razón de derecho admisible hubiera sido, que tan groseramente me cobró N. la cuenta, y tan irritantes insinuaciones hizo sobre mi honradez, que no pude contener la cólera.—Razones de hombre son aquéllas, cuando se trata de la práctica de las instituciones. Los peligros de falsear un principio, de generalizar una accidental excepción son mayores que el mal posible que se quiere evitar. Los hechos le han de ir mostrando esta verdad.

Yo he estado estudiando siempre el uso que el gobierno nacional hacía de la facultad de intervenir, y siempre me pareció descubrir que los motivos determinantes no eran propios. De los resultados la historia ha dado ya su desengaño. Al mismo tiempo creo que debe hacer más uso de su autoridad. Esa doctrina la sostuve siempre en las Cámaras, en la prensa. En San Juan la puse en práctica, con el mejor resultado. Organicé el gobierno bajo una fuerte base, y dejé al pueblo sus derechos legítimos: nunca supe qué representantes había elegido para la legislatura; pero el Departamento de policía y, según el caso, la cárcel estuvieron siempre á disposición de quien atropellaba á un juez en su juzgado, desobedeciera una sentencia ó no respetara á su juez de paz. No sé si les gustó en San Juan esta clase de gobierno: lo que sé es que era conforme á las leyes y que produjo en mejoras, obras públicas y moralidad, muchos bienes.

Veo recientemente en las enmiendas propuestas por el senador

Alsina, esa facilidad de aceptar ideas que sólo tienen por antecedentes circunstancias del momento ó consideraciones locales. ¿Se habrá preparado nuestro digno amigo, para la discusión, con el estudio de otras constituciones que la nuestra, al proponer eximir á nuestros ministros de toda responsabilidad, puesto que el Presidente es responsable de sus actos? (1) ¿Alguna constitución lo ha declarado así? ¿Á qué bueno tal aclaración? ¿No será inducido á ello por una desviación de las reglas y principios de nuestra Constitución, á agrandar más y más la ruptura con toda doctrina Constitucional?

El senador Mármol, engañado por otra de estas aberraciones, propuso una vez conceder á diez diputados y senadores el derecho de convocar las Cámaras á sesiones extraordinarias. Alguien definió la enmienda: «dar á las *minorías mínimas* la facultad de rescindir al ejecutivo», y entonces se vió claro. Yo propuse lo único que era conforme á principios, y era abolir la comisión permanente, cuya existencia inducía á dilatar más y más la subversión.

El mismo caso ocurre, y por el mismo procedimiento del espíritu, con la enmienda Alsina. En lugar de exonerar á los ministros de la responsabilidad de los actos que autorizan, la responsabilidad ante el Congreso debe extenderse á todo funcionario público, por *impeachment*. Así es la Constitución inglesa; así lo tiene la norteamericana. La razón es obvia. En toda causa en que está interesada la conservación del Estado, es decir la Constitución, la justicia, etc., todos los delincuentes son reos principales, cada uno de por sí. El presidente es reo principal del delito de que la Constitución le hace responsable; el ministro lo es en igual grado, y todos los funcionarios. ¿Por qué está entre nosotros limitada la responsabilidad al Presidente, ministros y altos funcionarios? Que el diablo lo averigüe. Así lo trae la Constitución de 1858, que lo dejó de la de 1853,

(1) No hay que confundir la responsabilidad ministerial, rodaje del sistema parlamentario que no existe en el presidencial, con la responsabilidad criminal de los ministros, que éstos comparten con todos los funcionarios públicos (*Nota de la Dirección*).

que lo tomó de la de 26, que lo tomó de la del 19, que lo tomaría del Estatuto, que lo tomaría de la responsabilidad del otro costal. ¿Cuáles serán las consecuencias de declararlos irresponsables? Degradarlos de la condición de hombres, sujetos á las consecuencias de sus propios actos, declararlos sometidos á obediencia militar. Pueden firmar sin leer ¿para qué?

¿Cómo es que sucede que aquí, donde la Constitución prescribe como la nuestra que no se impongan derechos de exportación, los haya puesto el Congreso, sin embargo, y muy fuertes, y los continúe el gobierno después de terminada la guerra sin que nadie grite: traición, violación flagrante de la Constitución; y allá, que están, no en medio sino á principios de una guerra colosal y superior á sus medios, no sólo claman contra el acto, sino que se propone reunir una Convención entre la algazara de la guerra, y corregir la Constitución?

Para explicarme tanta susceptibilidad allá y tanta obtemperancia aquí, sólo encuentro que allá falta *el sentido práctico del gobierno* que aquí sobra, y que el gobernador Andrew decía en un discurso, que ha pasado ya á la sangre y á los huesos del pueblo por venirle de raza. Para que no digan que miento le incluyo el artículo del *Chronicle* que trata precisamente de este asunto; y pidiendo que se derogue la ley que impuso derechos de exportación, declara sin embargo que no está violada la Constitución. Puede Vd. inferir si habré aplaudido la cordura con que el gobierno ha aplazado esta cuestión. Acaso sea tratada luego en el Congreso, y haya tiempo de ver el sesgo que toma, y si proponen enmendar la Constitución, que ya se ha indicado, ó se suspenden los derechos de exportación, que lo dudo, porque quieren pagar sus deudas. ¿Lo que es tolerable aquí, no lo será allá? ¡Dios mío! ¡Qué niños tan susceptibles!

La cláusula de la Constitución nuestra, que hace á los tribunales federales jueces entre los habitantes de una á otra provincia, fué tomada, Vd. sabe, de la Constitución federal de los Estados Uni-

dos. No hay, pues, para qué dar razones nuestras. Pero el suprimirla es dar á nuestra federación un sesgo, una desviación, que va á echarnos en caminos no trillados, á que yo he tomado en horror, por las consecuencias que *no se ven* en lo futuro. Estoy seguro que muy buenas razones justificarán la enmienda, pero apostaré á que están deducidas lógicamente, ó de algún hecho práctico, ó de alguna razón de *hombre*? ¿Los tribunales de justicia de provincia han reclamado del embarazo que la Constitución les crea? Esta sería la razón determinante para solicitar una enmienda y no el mejor parecer de un razonador *a priori*.

Como yo siempre voy á la causa que me trae tal ó cual resultado, no me parece difícil descubrir de donde proviene el embarazo. Sabe V. que las constituciones provinciales aquí han designado, desde 18 meses hasta cinco años, el tiempo necesario para adquirir el de una provincia en otra los derechos de ciudadanía. Las nuestras no se han dado esta molestia, y ya empiezan á sentirse diferencias. Pero nuestras leyes antiguas determinan lo que constituye el *domicilio*, y un oriundo de una provincia establecido en otra, está sujeto á la jurisdicción de sus jueces. Con esto ya desaparecen los millares de provincianos que pretenderían substraerse á la jurisdicción de los jueces de otra provincia. Quedarían tan sólo los transeuntes, como aquí, y no es tan claro que no convenga que tengan un juez que no sea el de la provincia contra cuyos habitantes reclama su derecho. En todo caso ¿quién gana ó pierde, conque el juez sea federal ó provincial? ¿Juzgan por distintas leyes? ¿Qué iría buscando el que prefiriese su propio juez de provincia? ¿mayor justicia? Los dos litigantes en el primer caso se hallan en iguales condiciones, y no es claro que se hallen en las mismas en el otro. ¿Qué remiendos de todos colores tendría la Constitución si cada hombre entendido, á fuer de serlo, le pusiera su parchecito?

Yo tengo esperanza de ponerle uno que la cubra toda; y ha de consistir en declarar que nada subsistiría en ella que no tenga la sanción en principio y en práctica de la experiencia de los siglos, ó se apoye

en la federal de los Estados Unidos, mientras éstos no hayan cambiado las formas que con tanto éxito han adoptado.

¿De cuántos errores nos libraríamos ó libraríamos á nuestros hijos? ¿Quién de nosotros, con nuestra incompleta educación política, con la falta de tradiciones propias, con medio siglo apenas de ensayos ridículos ó sangrientos, puede decir á los treinta ó cuarenta años de vida: esto que deduzco teóricamente es bueno, correcto, útil? Rosas y Alberdi, sin compararlos, y sin agravio, son el mismo personaje en la conciencia de que tal alteración de las conocidas disposiciones ha de ser buena, porque así les parece... según su leal saber y entender. ¿Quiere Vd. un ejemplo palpable de lo que traen á la larga esas invenciones, creaciones, etc., etc.? Voy á mostrarle un ejemplo: « La Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires ». ¿Quiere Vd. institución más benéfica, más inocente, ni idea más noble que la de iniciar á la mujer en los altos deberes de la sociedad? Buenos Aires debe mucho á esta institución en el progreso, digo mal, en la generalización de la educación de las mujeres. Lo he proclamado así en *Educación popular*; en Buenos Aires lo he confirmado en mis informes.

Bien, oiga Vd. lo que resulta de la experiencia y de los principios. ¡ La Sociedad de Beneficencia es una barrera insuperable á la mejora de la educación ! Fué el escollo en que se estrellaron mis esfuerzos para fundar un sistema de educación, que no tiene base.

Nación ninguna del mundo había creado semejante institución; y ya esto nos debió hacer desconfiar de su mérito. ¿Qué ha sucedido á la larga? El doctor Alsina propuso á la Cámara una ley de municipalidades, y confiándole las escuelas, las de mujeres habían de entrar necesariamente, y entraron. Al ejecutarse la ley, la *Sociedad* opuso resistencia. Suscitóse un abogado en Calvo, y la legislatura, vejada la municipalidad, derogó la ley, por ceder á esta resistencia. Hubo de organizarse un Departamento de escuelas para introducirse, en la práctica y en las leyes, las instituciones fundamentales hoy de la República; pero la *Sociedad* declaró que sólo obedecería al mi-

nistro de gobierno, y no se sometería al Departamento. No podía, pues, legislarse á menos que, para obtemperar con esta institución casera, la ley de educación pública, dijese: habrá dos departamentos de escuelas, independientes entre sí, uno de mujeres con superintendentes mujeres... Un hombre que se respeta no pone su firma al pie de estas ridículas niñerías. Al fin llegué á ser ministro; y Vd. comprenderá que la santa misión que me llevaba era organizar la obra, con tanto trabajo fundada sobre arena hasta entonces. Apenas fui á dar el primer paso, — dotar de bancas un salón, — se alzó el avispero, y valiéndose de aquel mismo Alsina, cuya ley habían pisoteado, sedujeron al gobernador, quien me llamó, sin oirme, para pedirme que desistiese de todo, y le dejase á él sólo arreglar el asunto. Aquí tiene Vd., pues, hasta el ministro desnudado de sus facultades, el gobernador sin consejo, administrando en persona, y ley, constitución, autoridad, municipalidad y legislatura, todo conculcado por una institución peregrina, y lo que es peor, perdida la ocasión de legislar sobre educación (1)...

Recibo su carta, contestación á mi anterior sobre el asunto principal de ésta; y no queriendo amargar al ministro á quien iba dirigida con reproches, porque tales serían ahora sus conceptos, se la remito á Vd. como *papeles sueltos* en derecho, que no quiero que se pierdan. No se hable, pues, más de ello. Estoy vengado de lo que me hicieron sufrir en San Juan.

¿Cuáles son mis proyectos, me pregunta Vd.? Seguir la vida por los caminos que otros le trazan; y en cuanto al empleo de ella, no seguir otra regla que continuarla con el carácter que domina en su larga existencia. Dejo, pues, á otros el lugar donde tejeré calceta; pero en casa ó en la calle, me verá Vd. siempre haciendo afanado punto de media. He publicado la *Vida de Lincoln*. Estoy imprimiendo un grande informe sobre educación; tengo en borradores

(1) «Certifico que iba por aquí esta carta cuando se ha recibido una del señor Avellaneda sobre el mismo asunto.— Bartolomé Mitre, secretario.» Ahora se dirige á Avellaneda.

la *Historia de la educación en Sud-América, en relación á las instituciones republicanas*. Principiaré luego la *Historia de la constitución de las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Viajo como los horneros de su país, á cada rato, para recoger un poco de lodo á fin de continuar la obra; escribo mucho; veo y examino mucho más. Mepongo en contacto con los que el acaso me depara ó mis estudios exigen. Habré ido antes de esta segunda vez, á Rhode Island, á pronunciar un discurso en la Sociedad histórica de que soy miembro, sobre la influencia de los Estados Unidos en la América del sud; gozo de salud y tengo buen ánimo; haré dentro de un año probablemente lo que hago ahora, que es estudiar todo lo que puede convenir á fundar una sociedad que falta y un gobierno estable entre nosotros, ilustrando la opinión de los gobernados. Y por lo que haré dentro de dos no había pensado una sola vez, ni ahora ni antes, por estar habituado á no ocuparme de ello, puesto que, desde los quince años hasta los cincuenta y pico largos, nunca supe qué habría de llevarme á este ó el otro punto. ¿Está Vd. satisfecho? Escriba sobre la *Vida de Lincoln*, sobre educación. Haga que lean sus gentes, para que no repitan los errores que tanto mal prolongan.

De Vélez, supe con gusto hace tiempo; de Pérez he recibido unos duplicados de que no me he ocupado por estar siempre absorbido en mis trabajos. Lo haré más tarde. Téngame al corriente de aquellas cuestiones que crea puedan recibir ilustración de aquí, no de mi saber sino del espectáculo y la práctica americana.

Su affmo.

D. F. SARMIENTO.

Lago Oscawana (1), agosto 4 de 1866.

Muy estimado amigo:

He recibido con indecible placer su carta de junio, anunciándome la elección de Alsina (2), y los motivos que le hicieron suspender la publicación de mi carta sobre Capital. Acepto su intervención con gratitud. Su juicio sobre las impresiones que dejaría la lectura es concluyente y me atengo á él. Tan distante estaba de sospechar que pudiera oler á programa, que á venirme esa idea me hubiera guardado de escribirla. y puesto que Vd. me habla de candidaturas posibles entraré más al fondo de esta cuestión. Creo que la tal cuestión es un mal programa de candidatura, y ese lado comprometerá el éxito. Los medios *oficiales* son poderosos en las provincias para el gobierno nacional, y los del partido *autonomista* en extremo débiles fuera de Buenos Aires.

Presentada así la cuestión, pues, el candidato ministerial ya sea el que *siempre* hace ascos á la pera, para mejor comerla, ó el que se anuncia francamente, encontrarán apoyo en el mecanismo administrativo, y en la opinión de los congresales presentes ó futuros de las provincias que querrán venir á Buenos Aires á divertirse. Ningún otro impulso busque Vd. á ese movimiento; pero esa es la verdad. En San Juan no conozco un liberal que no piense así, y creo que en todas las provincias es lo mismo. Sería, pues, inmolado un candidato presentado así al frente de una cuestión que es puramente local. Los títulos que se podrían hacer valer en mi favor son de otro carácter, sin poner en primera línea el que apasionará sin duda á los de allí, pero que no tendrá ecos en el interior.

(1) En el condado de Westchester, contiguo á Nueva York.

(2) Gobernador de Buenos Aires; sabido es que fueron sus ministros los doctores Avellaneda y Varela. — En esta admirable carta política, mezcla de clarividencia genial é ilusión infantil, como todo Sarmiento, ya se encuentra compendiada la historia de su candidatura presidencial y su programa de gobierno.

Aprovechando de sus indicaciones, y poniendo en su discreción la confianza que merece, debo decir á Vd. que he recibido las mismas desde Tucumán y desde Córdoba, de personas que gozan de posición é influencia. San Juan no será todo mío. Allí hay el partido liberal estúpido, á la devoción de Gómez, y la administración al servicio de la familia. Quedan las gentes que aman el bien, pero Vd. sabe que esas son impotentes. Usted conoce mis amigos en Buenos Aires. Á esos, en el sentido que Vd. indica, debe añadirse el ministro Costa que me lo ha insinuado, y, admírese Vd.: Mármo!, que me escribe especialmente sobre eso. En Chivilcoy, San Fernando y San Nicolás hallaría ecos. En el Entre Ríos, si Vélez toca ciertos resortes. Creo que en el Rosario habría sostenedores. De la prensa Vd. puede juzgar mejor que yo.

¿Cuál sería el programa? Usted lo ha indicado admirablemente: mis servicios pasados—treinta años de vida pública, tales como ellos han sido. Para lo futuro: la realización de la Constitución tal como la entienden y la practican los Estados Unidos —y una poderosa y capital revolución en las rentas provinciales y nacionales para *educar á la nación argentina*, compuesta hoy de un millón de bárbaros ignorantes y pobres, gobernada por diez mil ricos y letrados, no menos ignorantes en la ciencia de fundar y establecer la República. La cuestión Capital, si no han hecho Vdes. de ella una causa de desquicio. se resolverá por las ideas más que por los hechos, salvando la *dignidad y majestad* (en el sentido romano de la palabra) del Gobierno nacional, y *moralizando* los motivos de oposición de los *autonomistas*.

Las palabras del mensaje de Alsina sobre esto son excesivas, aventuradas é impropias de un gobernante. En el fondo tiene razón; pero en la posición en que se encuentra, debió andarse con más tino. ¿Cuáles son sus títulos de experiencia, de saber, de antecedentes para dar *conclusiones* en materias que pueblos que tienen siglos de práctica del gobierno se medirían más? La cosa más sencilla en la República Argentina, es ir al desquicio, á la pugna á *outrance* por

sonseras. Lo difícil, lo grande es salvar la verdad sin que nos cueste millones y sangre. ¿Cuánto costó la discusión sobre la pensión V...? Trescientos millones de pesos, y Urquiza está donde estaba entonces. La cuestión *Capital* resuelta ya fué una de las pérdidas de esa derrota; y aquella cuestión se reducía á esto: pagar *cuarenta pesos* mensuales á un favorito, para tener amarrado á un perro dañino. — Acto de política perfectamente legal, que los niños echaron á perder, los mismos que el 8 de noviembre habían encorvado la cerviz ante el perro bravo.

Espero sus cartas positivas, prácticas, y cuando diga: mano á la obra! me tendrá Vd., sin disimulo, aceptando y trabajando.

Suyo.

D. F. SARMIENTO.

Washington, enero 15 de 1867.

Mi estimado amigo:

Le escribo ésta como abogado y por tanto conocedor de las leyes del país. El general venezolano don José A. Páez, que tan gloriosa parte tuvo en la guerra de la Independencia, se propone pedir patente para la introducción de un sistema de preparar y conservar carnes, supongo que conocido en los Estados Unidos. Los papeles y planos que le acompañará le darán idea de lo que ello es, y cómo haya de hacerse el pedido.

Creo que se haría un buen servicio á nuestra industria si este sistema, cuyas ventajas ignoro, resuelve el problema que tantos han intentado sin completo éxito.

Contando con su consejo y oficiosidad para el mejor éxito de la empresa de este viejo y honorable héroe de nuestra independencia, tengo el gusto de suscribirme.

Su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

Aconsejé mandar los poderes á nuestro común amigo don José Roque Pérez, dudando de que Vd. por su posición oficial pueda encargarse de ellos.

Nueva York, septiembre 20 de 1867.

Mi estimado amigo:

Á mi regreso de Europa me encontré aquí con su Mensaje á la legislatura, rotulado por Vd. á mí, y esta es la primera producción de Vd. que me llega, salvo su discurso sobre la tumba de Dominguito, que conservo pegado á las páginas de Tennyson, y que leo de cuando en cuando para no olvidar lo que tanto amé.

Le mando un número del *Radical*, en que se habla de Dominguito, y sus bellas palabras de Vd. han sido reproducidas en inglés para interesar á lectores de otro modo indiferentes.

La parte que en el Mensaje consagra Vd. á la educación primaria me ha hecho esperar por la salvación de la América. ¡Cuánto hubiera dado por tenerla antes de publicar el prospecto de *Ambas Américas*! Aquella parte entonces hubiera estado dignamente representada. Personas á quienes se la he mostrado me decían: ¿Y bien, que es lo que falta allí, para levantar la educación? Aquí tal documento haría sensación. Juez como me considero en estas materias, su trabajo tiene méritos que acaso Vd. mismo no estima. Prescindo de los del estilo que le son propios. Acaso algo me debe en la iniciación, pero hay suyo el conjunto y la inteligencia de toda la verdad, cosa á que no se llega sino por grados. En Chile se han quedado todos estacionados en los rudimentos. Con hombres como Vd., con exposiciones como la suya, creo que estamos á la víspera de empezar una nueva época, en las ideas de gobierno, y en los medios de llevarlas á cabo.

He visto en los diarios la cuestión suscitada á nuestro amigo Alsina sobre ciertas palabras de un mensaje que la Legislatura halló amenazante de dictadura. Tan escamado estoy de las torcidas im-

presiones que á tanta distancia me dejan los hechos tales como se presentan, que me contuve de escribir algo á ese respecto. Nada más inocente ni más fundado que la observación del Ejecutivo á otro cuerpo que deja de funcionar, faltando á su deber. Es esta cuestión el efecto de nociones tradicionales y de un hecho local. La Legislatura que se cree potente para obrar fuera de su seno, se ha considerado siempre entre nosotros sin poder de disciplina sobre sí misma. Los representantes no son pagados, de donde resulta que los partidos representados lo son por los habitantes de la ciudad; pero como el servicio es gratuito, se deduce que la asistencia es voluntaria, pudiendo así una minoría estorbar la sanción de una ley, ó una mayoría desquiciar el poder ejecutivo.

Donde quiera que el sistema representativo funciona, con él viene implícito el poder de la Legislatura sobre sí misma, y aun del Ejecutivo encargado de ejecutar las leyes, para hacer que la Legislatura no se suprima de hecho. En Inglaterra, aquí, hay el funcionario llamado *Sergeant-at-arms* á las órdenes del presidente, que por su mandato penetra en la casa del Representante y le *fuerza* á seguirlo, usando, si el caso llegase, de la violencia, prisión, etc. Hace seis meses que en un Estado, no queriendo reunirse la Legislatura ni obedecer á los *summons* de su propio *Sergeant-at-arms*, el presidente pidió auxilio de fuerza al gobernador y éste al poder militar de los Estados Unidos. No sé en qué paró el enredo, ni cito este hecho como justificado, sino para mostrar cómo entienden y remedian males que traen gravísimas consecuencias. La misma cuestión veo reproducirse en la expulsión de ciertos diputados al Congreso. Aquí es de diaria ocurrencia. Fuélo del nacional el general Rousseau hace tres meses. ¿Por qué? Por causas de que es juez la Cámara. En el que allí ocurría, la Cámara, acusado un diputado de *breach of peace* (fuera de su puesto) le retira su inviolabilidad para que los tribunales puedan proceder. Esto es todo. Son poderes inherentes á la cámara, y no han de buscarse en la Constitución, sino en el sistema representativo, común á todos los países.

Felicitándolo por el trabajo que motiva ésta, tengo el gusto de saludarle.

Su affmo.

D. F. SARMIENTO.

Nueva York, noviembre 8 de 1867.

Muy estimado amigo:

Recibí ayer por Balcarce, de París, su carta fechada el *11 de setiembre*, y por no ser menos galán me apresuro á contestársela el *ocho de noviembre* (1). Cada uno da lo que tiene. — Su carta me viene bien nutrida de esto, de aquello, de nada, como son las que se escriben al correr de la pluma.

Creo que alcanzará á irle *Ambas Américas*, n° 2, en la que la memoria sobre educación primaria ocupa la casilla que le corresponde. En adelante queda prohibido llamarla instrucción *primaria*. ¡Es malo! ¡Hace daño! ¡Toma si me venían bien los cien de la suscripción de Buenos Aires! Con ellos y los Nacionales, me he soltado *en pelo* para llevar á cabo la empresa. No me he dirigido oficialmente á ningún gobierno sino al mío. Un rechazo de otro, ó su silencio, habría comprometido la dignidad del representante, etc.

Algo se mueve empero por todas partes; excepto Chile, donde el partido liberal gobierna. Es horrible el estado de los ánimos en toda la América. El primer movimiento del patriotismo es ocultar las feas llagas de su país. ¡Esto es nacional! Quevedo cuenta que él y su compañero en Madrid, cuando no tenían qué comer, salían por esas calles á recoger huesos y plumas de gallina, que echaban delante de la puerta de su boardilla para que el pasante creyese que habían cenado de ave! Esta es la historia de nuestro pueblo. Después vienen las comparaciones traídas por los celos. Un chileno se

(1) Probable alusión al combate de Tala (8 de noviembre de 1854) para hacer *pendant* al otro aniversario histórico.

basta á sí mismo, y Chile es el país más adelantado de la América; quite Chile y lo mismo sucede á los demás. Á Arcos le decían en 1845 en el Paraguay recién desembotellado: ¡qué don Arcos! ¡tan bueno! ¡si parece un paraguayo!

En fin el éxito de mi obra consiste en lanzar cuatro números. ¡Mañana terminarán! Costa no me escribe, sin duda como los niños que han roto un vaso y se tienen á *l'écart*! ¡Mi libro quemado! ¡oh mucho bien habría hecho en un tiempo! ¡Quién pudiera decirle al nuevo ministro que es un acto de cortesía mandar que se tiren mil ejemplares, pues está estereotipada la obra! Yo no puedo indicarlo sin que crea que pido *se me tire* á mil ejemplares; aunque así lo haré cuando pueda, porque no es dable que se pierda mi trabajo, ni que deje de producir el libro sus efectos. ¿Seré autor de un libro impreso, édito, pero no visto? ¡Habré hecho una edición para mi país á treinta ejemplares que se salvaron!

Me escriben de Buenos Aires menos sobre elecciones y candidaturas por este vapor que lo habían hecho antes, lo que me muestra que en efecto otras preocupaciones absorben la opinión pública. Yo que sigo en el camino que los sucesos trazan, cuando de mí se trata, estoy dispuesto á verlos venir, cualquiera que sea la dirección que les impriman los que están cerca para *rasparle á la bola* en la buena dirección. Yo he combatido de guerrillero muchos años y sobre todos los puntos, y no he sido coronel siquiera. Después de esta campaña, ó mando la línea, ó reconcentro mis fuerzas personales en un solo punto: *Ambas Américas*. La palabra dice más que un periódico, es fin y término de un trabajo, y una patria y una existencia. La *Vida del Chacho* irá con la de Quiroga, un año há estereotipadas é inéditas. Se publica la segunda en inglés con la mía, los dos antagonistas: ¡el gaucho y la escuela! Usted no entra sino tarde en estas categorías — el doctor lo es de todos los tiempos y sociedades.

El papel se acaba y yo me quedo su afmo.

D. F. SARMIENTO.

Presidente de la República.

Rosario, enero 23 de 1870 (1).

Me escribió Vd. desde aquí comunicándome el advenimiento de la nación que veía apuntar de estas provincias, y le escribo para felicitarlo por su presentimiento. ¡Qué grande es! He vuelto después de años de duda á mis primeros entusiasmos. Vamos á hacer una grande obra y los cimientos están aquí, más que en los hombres en la tierra, en los progresos realizados. Cuánto siento que no haya un *cronista* digno de los hechos que debería describir. Héctor, con su bello talento, es el modelo de la vieja escuela porteña, *democracia, libertad, bullanga* en la barra, y este es todo el caudal. M..., Q..., C..., M..., etc., etc.

Vi la Pampa desde la estación de Fraile Muerto, donde se muestra más grande y solitaria: pero la Pampa acometida ya por la raza inglesa con sus arados á vapor y sus máquinas aplicadas á todo: máquinas cortando leña, máquinas amoldando ladrillos...

Aquel Buenos Aires, es incurablemente viejo, y va á morir como Roma por no querer adaptar sus añejas instituciones de estanciera, *la ciudad y la campania* romana. Aquí todo es nuevo, el pueblo que no puede ser extranjero porque nadie es nacional y la Pampa que es una inmensa hoja de papel en que va á escribirse todo un poema de prosperidad y cultura. Pero esto es ya un hecho que domina todo, que viene atropellándose falto de tiempo que escasea. No crea que son esperanzas las que le pinto. La obra está en ejecución, principiada de todas partes. Los ingleses de Fraile Muerto tienen 40 establecimientos que el anteojo no alcanza á descubrir á todos rumbos desde el almenado torreón de uno de ellos. Campillo, el diputado (desde luego nuestro amigo), ha cosechado de 11 fanegas de trigo 800, y

(1) El presidente Sarmiento había ido al Rosario para asistir al licenciamiento de la guardia nacional de las provincias, después de la campaña del Paraguay.

esto le dará la medida de sus vecinos. El hijo político de Wheelright ha cultivado en diez meses una milla cuadrada, erigido edificios, puesto en movimiento sus máquinas de vapor, cosechado su trigo y presentado la *farm* modelo. Á poca distancia encontré en el campo arrojadas las tablas para la construcción de las casas para las colonias que vienen en camino. La Pampa es pues transformable aquí *à vue* y va hacerlo (*sic*) en pocos años bajo un plan superior al de los Estados Unidos, donde el bosque retarda la obra; y esta escena de actividad, de cultura, entre Rosario y Córdoba, abrazados á tres mil leguas. El entusiasmo provocado por la venida del Presidente degenera en irritación febril, se propaga en oleadas que le preceden en su marcha; y cuando regresamos al Rosario encontramos nuevas olas que van siguiendo á las que las precedieron. He necesitado y hecho alarde de mi vigorosa constitución para resistir á la fatiga de estar de pie de día y de noche, durante seis días, proponiéndome en seis más concluir con la visita de las colonias de Santa Fe, que ya no miro sino como un accidente.

Gorostiaga me ha acompañado por todas partes y hecho los honores de la corte con una destreza y buen gusto que le honran (1). Anteanoche, tras de un rancho, á la luz de un candil al aire libre, Patricio Rodríguez, el ministro francés, el comandante de la *Décidée*, Coneasa y otros, en cuclillas, se pasaban el cuchillo del gaucho para cortar su tajada de un asado al asador que sostenía una india vieja. ¡No haber un fotógrafo! exclamaba el francés. Este era el adiós á la Pampa. En el banquete de Fraile Muerto se servía nieve en las copas de champagne. ¡Qué bellos días! ¡Qué juventud tan brillante, tan enérgica la inglesa, que encontramos en aquellos desiertos!

Espero que nos veamos para transmitirle todas mis impresiones. Usted me comprende por la fisonomía, y la mía está ahora llena de actividad, de vida y de fuertes pensamientos. El ministro norteamericano brindó muchas veces con un calor que arrastraba á todos, y

(1) El doctor José B. Gorostiaga, ministro de Hacienda.

él me ha ayudado á conquistar á los gringos para el porvenir. P... estuvo conmigo. ¡Qué pobre cosa! Lo traté como merecía cosa tan pobre.

Mil afectos á su compañera y mis amigos.

D. F. SARMIENTO.

Mi estimado Avellaneda (1) :

Me pidió Vd. por cortesía un candidato, y por cortesía me abs-
tuve.

No es un candidato lo que quiero proponerle, sino una manifesta-
ción de sus amigos en favor de Vélez, — Alsina y Mitre lo han desig-
nado, queriéndolo mal. Usted le debe (ó sus amigos) mostrar que
es el Vice designado por todos los partidos, el codificador, etc, el ve-
terano de nuestras filas, el compañero de ministerio con Vd., el
continuador de la administración que ambos han ilustrado.

El rechazo de Baibiene, la flojedad de sus amigos Lezama y de-
más que lo propusieron, pide una reparación al amor propio ultra-
jado del viejo patriota.

¡Qué bonito discurso haría yo! ¡Qué sentido y tocante, puede
hacerlo Vd., recordando que éste fué su candidato y recibéndolo
de la opinión de las provincias, de Buenos Aires y de sus adver-
sarios!

¿Por qué no tentar darle esta última etapa de su larga vida pú-
blica? Y como un partido no necesita agentes en el Senado, él sería
satisfactorio para todos.

Quedo su asmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

(1) Sin fecha; puede deducirse de su texto que esta carta se escribirla en mayo de 1874, y hasta inferirse, por algunos hechos que entonces se produjeron (carta á Lezama, etc.) que sería en los primeros días del mes. En cuanto á la candidatura del doctor Vélez Sarsfield, están muy á la vista las razones que hacían preferible la portesa del señor Acosta.

Señor presidente (1):

Agradezco las franquicias del telégrafo. En los Estados Unidos es la única que queda á las Lunas viejas: el correo, ya por cortesía, ya porque la correspondencia es casi siempre goteras de la pasada lluvia de cartas.

Le remito un libro en inglés para que se continúe poniendo tapas coloradas para mi magnífica colección *Administración Sarmiento*. Va el paquete del *Agriculturist* que se manda á la Biblioteca, y puede mandar suspender ó continuar de cuenta del gobierno.

Es el caso que, llegando á los Estados Unidos en 1864, suscribí á diez y siete ejemplares para hacer conocer tan útil publicación. Me contentaron ó no, la suscripción continuó hasta mi venida, y no era hombre para desuscribirme cuando era Presidente. Diez años, pues, han pesado sobre mí veinte y cinco pesos anuales. Teniendo ahora que medirme para vivir, no puedo continuar estas reales munificencias.

Recordará que hay una cuenta de 1200 pesos de gastos extraordinarios en tres legaciones, que mis ministros no quisieron por delicadeza pedir al Congreso su abono. Tendré que gestionar mi asunto cuando el caso llegue, porque no es árbol que produce oro el que yo cultivé, y sordo y viejo no se alcanza á remediar la falta.

Tengo el gusto de suscribirme

Su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

(1) Sin fecha: 4 octubre de 1874 ?

Mi estimado Presidente (1):

Perdóneme que le comunique lo que me ocurre, en bien general.

La sublevación á que han arrastrado á Catriel va á traernos dificultades con su tribu, que volverá á la Pampa. Hay felizmente un medio de parar á este mal. El indio Manuel Grande, su segundo antes, está creo con Pisen, con permiso del gobierno. Es bueno, bravo y amigo. Puede, pues, llamársele ó mandarle un comisionado que vaya en su busca y marche con sus hijos á recibir órdenes del coronel Campos. Él puede traer la tribu á reducción y mandarla en adelante. Creo que puede servir para que se le pasen los indios. Es muy respetado.

Tengo cuidado por Mendoza, aunque la presencia de Catalán da seguridades.

Al indio Manuel, á pretexto de dejarle á sus mujeres, puede enviársele algo.

Quedo su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

Señor Presidente (2):

Imáginese la sorpresa con que he debido recibir los ataques tan sin pretexto aparente siquiera que no pierden ocasión ó la traen por los cabellos ciertos diarios de zaherirme. Necesito reposo y para nadie soy embarazo; *ma si mi tocano el mio diavolo, una vipera saró!*

La Nación me ha dejado una herida, y el pesar de no haberla puesto la garra al primer asomo del plan que llevó á cabo seis años impunemente. Si lo hubiera hecho, el país se habría visto libre de las

(1) Sin fecha; ¿octubre de 1874?

(2) Sin fecha; ¿noviembre de 1874?

consecuencias de sus desbordes y maldad. Pero entonces era Presidente y ahora soy un particular que tiene que cuidar de su reputación al acercarse al sepulcro, y de la autoridad del Presidente que ha dejado establecida.

Me sorprende tanto de parte de L... el lenguaje usado, que me consta que era simpático á ese gobierno que vitupera.

Tengo el gusto suscribirme,

Su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

Exmo. señor Presidente (1):

Creo que he hecho algo hoy que sea reputado indiscreto.

Esta mañana mandé al *Nacional* algo sobre los ridículos y enojosos cargos de Oroño; y para desmentir alguno cuento cómo fué que contesté á la *Tribuna mía* y muy mía una carta que NO HABÍA ESCRITO.

He resucitado con eso y con ese motivo la revuelta de Segovia.

Al fin me llegó el primer telegrama de Mendoza que S. E. ha visto.

Ahora viene Villanueva y me dice que en conferencia con V. E., cree haber entendido que Segovia está aquí tolerado y que pueden ocuparlo. Siento decirle que esto haría un mal efecto. Tal impunidad á los delitos de este hombre ostentada, me pone á mí en una situación embarazosa para con el gobierno.

Le incluyo copia de un segundo telegrama.

En la situación crítica del país una revuelta triunfante en un lugar, por el solo hecho de tener que sofocarla con fuerzas, crearía una situación insostenible, pecuniaria ó moralmente.

Estoy con cataplasmas en un pie y no puedo ponerme calzado. Sin eso iría á hablar con S. E. Creo que se debe á Civit ayudarlo moralmente, y no mandar elementos que desconcierten su acción.

Las sesiones del Senado han producido reacción favorable en

(1) Sin fecha: 4 diciembre de 1874?

los ánimos y pueden servir de base á entonar un poco la situación.

Yo no retrocederé ante ningún esfuerzo, salvo que vea que es sólo para empeorar sin que tales ideas sean secundadas.

Le ruego que si hay algo sobre Segovia, no lo ponga muy en primer plano, por decoro mío y buenos principios de gobierno.

Tengo el gusto de suscribirme,

Su affmo. servidor y amigo.

D. F. SARMIENTO.

Mi estimado Presidente :

Siento en el alma decirle que no me siento en aptitud de desempeñar la honrosa misión con que desea favorecerme. El estado de mi oído me imposibilita para representar al país dignamente : y su objeto es urgente y no admite esperas (1).

Una conversación confidencial con los del gobierno traería poco resultado, dispuestos como están á favorecer lo que creen más conveniente; y los hechos próximos á desenvolverse según el curso que llevan, les servirán de correctivo. Era ante cierto público menos interesado, donde podría obrarse con probabilidad de éxito. Esto no puedo hacerlo sin exponerme, con una lengua que no es la mía, á escenas que arrojan desfavor y exponen á desagrables *quid pro quo*.

Pienso ir á las islas, si las circunstancias lo permiten, y probar un género de vida que otras veces me ha sido favorable. Sin recuperar el oído quedo inutilizado ó inválido para el servicio público, donde haya necesidad de oír.

Dándole las gracias por su insistencia en asunto en que también se conciliaba el interés público con el mío propio, tengo el gusto de suscribirme,

Su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

Noviembre 4 de 1874.

(1) Se refiere probablemente á la misión al Brasil, para que fué designado, en febrero de 1875, el doctor Tejedor.

Exmo. señor Presidente (1):

Lo felicito de todo corazón por su noble conmemoración de Maipo, donde la espada de San Martín cortó el nudo gordiano de la Independencia. Chile sacudió antes que nosotros, con respecto al héroe, el polvo que deslustra los grandes servicios, pero nosotros le debemos algo más que una estatua á su fama, debemos á sus restos el tibio abrigo del seno de la patria, y S. E. ha ofrecido á sus manes el reposo que reclaman:

No creo necesario decirle que el tributo que S. E. ha rendido á su memoria es digno del sujeto, y piadosa y patriótica la invitación al pueblo, á que responderá el corazón de todos sus compatriotas.

Me suscribo doblemente de la idea y de V. E.,

Afectuoso servidor y amigo.

D. F. SARMIENTO.

Señor presidente (2):

Había recibido también un cartapacio de telegramas de San Juan, al mismo propósito; y pensaba hoy hablar con S. E., pero el excesivo calor me tiene encerrado.

He contestado ayer que no puedo aceptar el honor que me hacen. Ninguna cuestión de dignidad entra en ello. Ningún compromiso adquieren los sanjuaninos con continuar después lo que se han mostrado, aunque poco tema de sus veleidades si no es el aburrimiento y el hastío, cuando me vea embarcado en aquella aventura, en aquellas soledades en donde ni hacer el bien se recompensa. Pero no es nada de esto, sino que no puedo moverme, sin echarme

(1) Sin fecha, sin duda, el 5 de abril de 1877.

(2) Sin fecha: ¿principios de 1878 y referente al ofrecimiento del gobierno de San Juan?

en brazos de lo desconocido después, con setenta años que tendré entonces.

Y après ?

Escribí á Frías en los términos que es fácil suponer de quien se sentía complacido con el nombramiento y honrado con el empeño.

Tengo el placer de saludarlo con el mayor aprecio,

Su afmo.

D. F. SARMIENTO.

SANATORIO EN LA SIERRA DE CÓRDOBA

Habiendo iniciado en junio de 1894 los trabajos tendentes á la construcción de un sanatorio para tuberculosos en la República Argentina, y presentado á la Dirección de la Asistencia pública el respectivo proyecto, que fué elevado al Intendente Municipal el 19 del mismo mes y año, quiero proseguir hoy aquella iniciativa, á cuyo efecto ampliaré mi pensamiento, en la esperanza de que el Congreso se servirá considerar el asunto y resolverlo favorablemente.

Al insistir en la necesidad de tal sanción me asiste no sólo mi opinión particular, sino también las muy autorizadas de Leyden y Cornet, quienes proclaman que al tuberculoso no debe abandonársele á su propio cuidado; el Estado debe velar por él para evitar la difusión de la enfermedad.

Los argumentos de mi comunicación recordada, eran los siguientes: Los adelantos crecientes de la higiene pública y las necesidades impuestas por la frecuencia de la tuberculosis, han creado en los últimos años una corriente de ideas entre los hombres de ciencia de todas las naciones, que permite vislumbrar desde luego evidentes triunfos en esta lucha incesante contra el bacilus de Koch. Congresos y conferencias internacionales referentes á la disminución y profilaxia de las enfermedades infecto-contagiosas, han aconsejado repetidas veces la conveniencia de instalar á los tuberculosos en ca-

sas especiales, constituidas en condiciones particulares de topografía, buscando que ésta ofrezca de suyo el medio adecuado para evitar el desarrollo de la bacilosis y combatir sus efectos. Y el clima, modificador higiénico de insuperable valor, interviene en esta clase de padecimientos con el mayor número de circunstancias que lo indican como elemento indispensable de tratamiento. Es por la influencia resultante de la acción combinada de peculiaridades del suelo, de la aereación, de la temperatura, de la presión barométrica, de la lluvia, de los vientos y de la humedad, que hoy se preocupan los higienistas de determinar las zonas aparentes para ubicar establecimientos destinados á alojar tuberculosos ; y es así como se ha visto, levantarse sanatorios en Vernet y Pen-Brou (Francia); Falkenstein (Alemania); Davos y Leysin (Suiza); Saint-Moritz y la Maloja (Engadina), á los que afluyen tísicos de todas las comarcas del globo, en la esperanza de conseguir beneficios para su salud.

El conocimiento de las aptitudes de estas regiones de altura empleadas contra la tuberculosis, ha enriquecido la serie de parajes bien determinados hoy por sus favorables condiciones; y basta recordar que además de los sanatorios antes nombrados y de algunos muy famosos existentes en Italia, pueden visitarse y sacar provecho de una residencia en ellas, las estaciones de Pontresina; María Sils; Samaden (Alta Engadina); Gørhershersdorf (Silesia); Gaudal (Noruega); Ausse (Stiria); y Orotava (Tenerife), Barbastro, Panticosa, Archidona, Las Palmas, Granada, Barcelona, Saint-Lerguer, Argelia, Madera, Catania, San Remo, Palermo, Cannes, Menton, Alassio, Bordighera, Lugano, Ospedaletti, y muchas de Norte América.

Gracias á las ventajas que ofrece un tratamiento de aire así combinado, los tuberculosos consiguen detener el curso de la enfermedad, y los que tienen la fortuna de acudir á él al principio de la invasión la ven desaparecer por completo, á condición, es cierto, de continuar en la misma localidad por tiempo indeterminado.

Otro tanto debe decirse del hospital marítimo que la Asistencia

Pública de París ha construído en Berck, en el paso de Calais, con grandes ventajas para los niños escrofulosos, que encuentran allí los medios seguros de su regeneración física que los devuelve sanos y fuertes á la familia, á la patria y al trabajo. Merece igual honrosa mención el Sanatorio que en el mismo punto ha levantado la munificencia de la baronesa de Rothschild, edificio análogo á los de su clase que hay en Italia. Y no es posible citar estas elevadas manifestaciones de la filantropía asociada á la ciencia sin reconocer la inmensa y positiva utilidad que ellas representan, contribuyendo eficazmente á detener terribles padecimientos y á arrebatár á la muerte millares de individuos.

Estos hechos no se discuten; se aceptan como verdades, y es por eso que el Congreso de la tuberculosis, reunido en París, en 1893, formuló la declaración siguiente:

« Considerando que en el estado actual de la ciencia, la aereación continua por un aire puro es uno de los elementos más poderosos del tratamiento de la tuberculosis, pide que los hospitales sean construídos en el campo. »

El aislamiento de los tuberculosos ha preocupado antes de ahora á las autoridades científicas de mayor reputación. Londres ha destinado un hospital á la asistencia de ellos; y en octubre de 1893 el Concejo municipal de París votó fondos para construir en las inmediaciones de esa ciudad un establecimiento *ad hoc* para los afectados de la misma enfermedad. Por lo que respecta á Buenos Aires, debo recordar que en diciembre de 1893 la Dirección de la Asistencia Pública pidió al Intendente Municipal la instalación de un hospital para tuberculosos en Belgrano.

Pero, un estudio más profundo del asunto, el conocimiento más perfecto de las positivas ventajas y utilidades del tratamiento climático, me han hecho pensar en un proyecto más vasto, más general, destinado á amparar á todos los tísicos de la República Argentina.

La tuberculosis es la enfermedad más diseminada, y si se ex-

ceptúan Islandia, las islas Feroë, el norte de Escocia, de Suecia, de Noruega, de Finlandia y de Rusia, donde es casi por completo desconocida, no hay país que no le pague tributo, llegando éste en algunos á cifras crecidas y alarmantes, como lo revelan las proporciones siguientes de mortalidad tuberculosa por cien de la total: Viena 20, París 19, Florencia, Frankfort y Nuremberg 18, el Havre 17, Berna y San Petersburgo 16, Ginebra 15, Turin 14, Berlín 13, Boston y Nueva York 12, Londres 9. Pero donde las proporciones son mayores aún, y por lo tanto más desconsoladoras, es en algunos países sudamericanos. En Chile, por ejemplo, en varias ciudades, constituye el 25 por 100 de las defunciones totales; otro tanto ocurre en Lima. En Montevideo es de 20 por 100, y en Buenos Aires, donde ha sido hasta de 17 %, se ha reducido á menos de 9. La misma proporción ofrece el Rosario.

Si no obstante las medidas profilácticas adoptadas se mantiene elevada la cifra de mortalidad por tuberculosis, quiere decir que el número de los que la padecen es muy considerable; y si fuera posible, después de prolijas investigaciones, determinar con exactitud aquél, se vería en toda su desnudez la verdad de su frecuencia aterradora.

Y en esto hay que distinguir dos categorías; la de los tuberculosos que por su posición social y pecuniaria pueden proporcionarse todas las comodidades necesarias, buscando clima conveniente, y la de los tuberculosos pobres que se asisten en los hospitales. Estos últimos gravitan sobre la caridad oficial, y los gastos que su asistencia origina son fuertes. Por otra parte, la enfermedad es de larga duración, y las camas que esos enfermos ocupan se inmovilizan en razón de la cronicidad de su padecimiento, circunstancia que hay que tener en seria cuenta, no sólo bajo el punto de vista de las erogaciones sino también de la privación que otro sufre por la falta de lechos.

Lo que se dice de Buenos Aires puede repetirse respecto de otras ciudades argentinas.

Por estas consideraciones, y considerando lo que la ciencia y la experiencia han aconsejado y puesto en práctica en las más adelantadas naciones de Europa, pedía que la Municipalidad de Buenos Aires tomara la iniciativa de los trabajos para la construcción del sanatorio para tuberculosos, afectando á este objeto fondos de la lotería nacional.

La Dirección de la Asistencia pública encontró buena la idea y la sometió al Intendente Municipal, doctor Pinedo, quien para llevar á la práctica tal propósito nombró una comisión de médicos para el estudio y resolución del proyecto. Esta comisión quedó así constituida : Presidente, doctor Juan B. Señoráns, Director de la Asistencia pública, delegados por Buenos Aires, doctores R. Wernicke, A. F. Llobet, Alejandro Castro, E. Obejero ; provincia de Buenos Aires, doctor Uballes ; Santa Fe, doctor E. Videla ; Entre Ríos, doctor Ayarragaray ; Corrientes, doctor Amarilla ; Córdoba, doctor Méndez ; San Luis, doctor Delgado ; Mendoza, doctor Puebla ; San Juan, doctor C. Lloveras ; Santiago del Estero, doctor Corbalán ; La Rioja, doctor G. Chaves ; Catamarca, doctor Molina ; Tucumán, doctor Cuestas ; Salta, doctor L. Güemes ; Jujuy, doctor Gache. Actuaban como secretarios los doctores J. L. Tessi y Manuel A. Zavaleta.

Esta comisión celebró varias reuniones y de su seno se nombró una comisión especial de tres miembros con encargo de presentarle un proyecto de resolución, la que expidió su informe el 2 de agosto de 1895, de esta manera :

« La Comisión especial nombrada para dictaminar sobre la profilaxia de la tuberculosis y la ubicación del Sanatorio proyectado, tiene el honor de presentar en este informe el resultado de sus estudios.

« Desde luego declara que ha creído conveniente y oportuno reunir en una forma concreta las conclusiones relativas á la profilaxia, para indicar en seguida el punto en que debe establecerse el Sanatorio :

« Dichas conclusiones son :

« 1ª La tuberculosis es contagiosa.

« 2ª El agente único del contagio es el bacilus contenido en los esputos del enfermo, y en la carne y leche de animales tuberculosos.

« 3ª La desecación del esputo favorece la pululación del bacilus en el aire y en los objetos.

« 4ª Para la profilaxia individual conviene :

« a) Repartir instrucciones bien concretas sobre las causas del contagio y sobre los medios de evitarlo ;

« b) Aconsejar al pueblo la hospitalización de los tuberculosos, facilitándola por todos los medios ;

« c) Oponerse en lo posible á la habitación de tuberculosos en los conventillos.

« 5ª Es indispensable, por el bien individual y colectivo, exigir á los médicos la declaración de la enfermedad á la autoridad sanitaria, sobre todo cuando las prescripciones profilácticas no sea posible llevarlas en la casa del paciente.

« 6ª Debe construirse dentro del radio del municipio uno ó varios hospitales especiales para tuberculosos, dotados de aparatos para desinfectar los esputos, la ropa, etc., y para la desinfección frecuente de locales.

« 7ª Debe también dotársele de aparatos y cámaras de inhalaciones, teniendo en cuenta que el tratamiento racional de la tuberculosis pulmonar es por la vía respiratoria.

« 8ª El hospital será provisto de grandes salas con capacidad para 40 enfermos cada una ; con sistema de aereación y calefacción especial y orientación apropiada.

« 9ª Será indispensable la existencia de una sala vacía para permitir los cambios periódicos de enfermos, con objeto de practicar la desinfección local.

« 10ª Establecido el hospital, no se aceptarán tuberculosos en los hospitales comunes.

« 11ª Se tratará en lo posible que el personal inferior esté compuesto por tuberculosos.

« 12ª La dirección técnica del establecimiento se encargará al mismo tiempo que de la distribución y agrupación de enfermos, del envío de pacientes al Sanatorio.

« La Comisión ha estudiado ampliamente el punto referente á la ubicación del Sanatorio, y después de oír diferentes informes y teniendo en cuenta todas las circunstancias que le ha sido posible examinar, piensa que el valle de Capilla del Monte, en la provincia de Córdoba, á 989 metros sobre el nivel del mar, ofrece las condiciones necesarias para un establecimiento de esta clase.

« Aconseja igualmente que al adquirir el terreno donde se levantará este edificio, se tenga en cuenta que es necesario rodearlo de cómodos parques, etc., y que por lo tanto conviene que se le adjudique una extensión que le permita asegurar todos los beneficios posibles. — *Julio Méndez.* — *E. Cantón.* — *Samuel Gache.* »

Nota: En disidencia sobre las conclusiones 8ª y 11ª. — *E. Cantón.*

En la discusión de este proyecto fué modificada la conclusión 8ª, quedando así redactada : « Las salas tendrán una capacidad máxima de 10 enfermos cada una, con sistema de aereación y calefacción especial y orientación apropiada ». La base 9ª fué rechazada.

Estas resoluciones fueron comunicadas al Intendente Municipal, quien las pasó al Ministro del Interior, en cuyo despacho se encuentra aún el expediente respectivo.

Muchos son los puntos que existen en la República Argentina y que son señalados como apropiados para sanatorios. Algunos son muy conocidos por los turistas y los enfermos ; pero otros lo son solamente por los médicos que los han visitado y por muy escaso número de personas. Entre ellos se encuentran varios que merecen la pena de ser estudiados para que cuanto antes sus condiciones topográfico-climáticas sean perfectamente determinadas.

Vamos á pasar en revista algunos de estos parajes:

Cosquín. — Á 45 kilómetros de la ciudad de Córdoba se encuentra Cosquín, en medio de bosques, en el valle de la Punilla, á 720 metros de elevación sobre el nivel del mar. Su temperatura en verano es: á las 7 a. m. 12°; á las 2 p. m. 21°4; á las 9 p. m. 15. La máxima de verano es de 33°, la mínima de invierno 6°; la media anual es 16°. La presión barométrica es 700 milímetros. La sequedad del aire es muy marcada, tanto en invierno como en verano. Las neblinas son excepcionales. El polvo de las calles, procedente del desgaste de las piedras del suelo, es un serio inconveniente.

Para no entrar en largos detalles diré que son muchos los tuberculosos, neurasténicos, bronquíticos, etc., que han beneficiado en grande este clima privilegiado que tan merecida reputación goza en el país. El tuberculoso de evolución lenta, sin fiebre ni hemoptisis, se encuentra allí muy bien; gana en peso, sus digestiones se restablecen y su espíritu se reanima.

La salud pública es muy buena, y no se han presentado jamás epidemias.

Río Ceballos. — Es un paraje situado á 35 kilómetros al norte de Córdoba, y su elevación sobre el nivel del mar es muy poco menor que la de Cosquín. La población es muy escasa.

El clima es seco y su temperatura de verano agradable. Su topografía lo pone al abrigo de los vientos.

Esta localidad está destinada á un gran porvenir como residencia de enfermos del aparato respiratorio, neurasténicos, etc. Las personas que allí han vivido por motivos de salud se han encontrado muy bien, y hacen elogios de su clima.

Jesús María, San Jerónimo, Ascochinga, Quilino, Alta Gracia. — Son puntos de la sierra de Córdoba, muy visitados por los viajeros y gozan de verdadera reputación como estaciones de primer orden. Existen allí algunos hoteles y la población empieza á afluir.

Estas localidades serán, por sus condiciones climáticas, bus-

cadadas por los enfermos, y su fama irá en aumento. La altura respectiva oscila entre 551 metros y 1148.

La Crucecita. — Á 30 kilómetros de la ciudad de Mendoza y á 1200 metros de elevación, está la Crucecita, localidad de muy recomendables condiciones para sanatorio. Los enfermos que han ido á vivir en ese punto dan testimonio de la bondad de su clima. Su situación es apropiada para una casa de sanidad; está al abrigo de los vientos, su panorama es hermoso, sus alrededores muy alegres; las aguas buenas; la leche y la carne de excelente calidad. El doctor Salas, tan conocedor de la provincia de Mendoza, afirma que este punto es excepcionalmente favorable para residencia de tuberculosos.

Calingasta. — Este valle del oeste de la provincia de San Juan presenta condiciones muy buenas, y personas que conocen la región lo clasifican de delicioso. No hay observaciones meteorológicas practicadas allí, pero numerosos hechos comprueban que los tuberculosos mejoran bajo la influencia de su clima. El doctor Aubone puede citar casos confirmatorios de lo que digo.

Belchite. — Hay en la provincia de San Luis, muy cerca de la ciudad del mismo nombre y al pie de la montaña, un paraje denominado Belchite, muy seco y de bello paisaje, que es mirado como favorable para los tuberculosos.

Valle de San Francisco. — Hay en Jujuy, entre varios otros, tres valles de merecida reputación por su hermosura: Humahuaca, Jujuy y San Francisco. Este último, indudablemente el más hermoso de todos, presenta un espectáculo grandioso, y el conjunto de su panorama impresiona agradablemente.

La villa de Humahuaca, cabeza del departamento del mismo nombre, se eleva á 3020 metros; y la ciudad de Jujuy, en el valle así llamado, está á 1250 metros de altura.

Santa María. — Distrito del oeste de Catamarca, muy alabado por su clima delicioso, es una localidad á la cual afluyen enfermos de distintas procedencias. En la misma provincia existen va-

rios puntos que ofrecen buenas condiciones naturales para los tísicos, pero las distancias que hay que recorrer para llegar hasta ellos son grandes y es necesario buscar una región más central, de altitud conveniente y que no tenga las desventajas de la distancia. Esa región es la que la comisión especial aconseja en su informe, *Capilla del Monte*, en la sierra de Córdoba, y sobre la cual el doctor Oscar Döering hace las siguientes apreciaciones :

« *Capilla del Monte*. — Este paraje ofrece además muchas otras ventajas para la instalación de un sanatorio. Quiero mencionar con esto la facilidad con que todas las casas que allí existen pueden ser dotadas, por medio de una cañería, de aguas corrientes de una calidad exquisita y de tal pureza que no se encontrarán iguales en todo el litoral.

« El río está á poca distancia de allí y se encuentran varias fuentes en sus orillas. Sus aguas efervescentes y rápidas, corren por entre barrancos y forman millares de cascadas y torbellinos; son cristalinas, de un gusto fresco y agradable y no contienen más que un residuo de uno y medio decígramo por litro de sales minerales, principalmente de bicarbonato de soda y de cal con vestigios de sulfatos y cloruros. Siguiendo el punto de toma del tubo conductor se puede tener el agua con una presión natural de 5 á 30 metros y hasta más. Arriba de este paraje no existe otro centro importante y no podrá establecerse á causa de la naturaleza accidentada y rocallosa de los terrenos de la montaña, á través del trayecto de las cascadas.

« Muy cerca de allí, á unos 100 metros al noroeste de este paraje, empiezan á elevarse las vertientes de la imponente montaña el Uritorco (Cerro de las Minas), cuya cumbre es el punto más alto de la primera sierra de Córdoba, con una altura aproximativa de 2000 metros (1963 metros) sobre el nivel del mar. Está solamente á dos y medio ó tres kilómetros en línea recta del paraje de que me ocupo.

« Se sube fácilmente en dos horas, á lomo de mula, hasta la cum-

bre, y se necesitará mucho menos tiempo el día que compongan el camino. Antes de llegar á la cumbre, los turistas pueden descansar un rato en un punto soberbio situado en una hendidura ó rincón de la montaña, y saborear un agua fresca que sale como un hilo cristalino de un agujero de la roca.

«Según las observaciones del doctor Adolfo Döering, este punto está á una altura de 1760 metros, es decir á más de 700 metros sobre el valle. Á poca distancia, delante de la cascada, existe como una plataforma, un hermoso sitio de tierra de regadío perfectamente bien dispuesto para la instalación de un jardín. Es un paraje que parece haber sido creado para ofrecer al sanatorio una ubicación propicia como residencia de verano á los enfermos que aún no hayan sido declarados tales y á los convalecientes, y para servir como observatorio científico para estudiar la influencia que las grandes alturas pueden ejercer en el curso de las enfermedades.

«En presencia de la afluencia cada año creciente de turistas y de familias que vienen á pasar el verano en estos bellos parajes de la sierra de Córdoba, y teniendo en cuenta que, excepción hecha de la garganta estrecha é inhabitable del río Primero, Capilla del Monte es el único punto en donde la vía férrea llega hasta los pies de la montañas más altas, no dudo que de aquí á pocos años se construirá allí un pequeño ramal como el del *Righi* ó de *Pilatus* que franqueará los pocos kilómetros que hay entre la actual estación y la cumbre del Cerro de las Minas, en donde el panorama que se ofrece á la vista del viajero es verdaderamente imponente y grandioso, abrazando una superficie enorme, y teniendo por límites extremos los territorios de seis ó siete provincias de la República Argentina.

«El viajero que llega del sud á los parajes pintorescos del gran valle de la Punilla, y que ha pasado por el punto más alto de la vía férrea en la pampa de San Jerónimo, en donde se dividen las aguas, observará bien pronto un cambio notable en la fisonomía y en la vegetación de las regiones que la línea atraviesa en seguida.

« Después de haber pasado de Dolores (1050 metros), la vista se sorprende agradablemente por el espectáculo nuevo é inesperado de las palmeras tupidas, de los bosques de quebracho colorado mezclados con los elementos de la vegetación arbórea del sud. »

Hasta aquí el ilustrado doctor Oscar Döering. Falta sólo que el Congreso autorice la construcción del sanatorio á fin de que esta grande obra produzca cuanto antes sus benéficos resultados.

SAMUEL GACHE.

Buenos Aires, septiembre de 1897.

LOS ESTADOS UNIDOS EN SUD-AMERICA

LA DOCTRINA DE MONROE Y SU EVOLUCIÓN

(Conclusión)

.

Este fragmento del mensaje de Monroe lo presenta vivamente apasionado por el sistema político de los Estados Unidos, sentimiento explicable que está justificado por el éxito de aquellas instituciones y por la sabiduría de su estructura orgánica. Era por otra parte un derecho y un deber de la ciudadanía, en cuanto ese sentimiento se ejercitaba dentro de las fronteras de la propia nación; pero dejaba de serlo, apenas avanzara sobre los límites de su soberanía, para penetrar en el gobierno político de los otros Estados, no menos independientes que los de la Europa. Las declaraciones sobre el sistema político de los pueblos de América no pudieron ser más graves: ellas comportan un cercenamiento de sus poderes autónomos para darse la forma de gobierno que mejor cuadre á su carácter, á su índole y á sus condiciones sociológicas, sin oprimirlas en el molde individual de una nación, que ha ejercido, al constituirse, el mismo é idéntico

derecho que reclaman y ejercen los otros pueblos. La emancipación de las colonias hispano-americanas tuvo una gestación larga y penosa, mostrando vacilaciones de orden institucional y político, desde que se encontraron dueñas de sus destinos y pudieron decidir en forma discrecional del instrumento de su libertad. El problema de su independencia había sido demasiado vasto y complicado para que naciera, á la par de ella, el organismo definitivo y perfecto llamado á presidir su evolución y sus desenvolvimientos ulteriores. La revolución de Mayo no nació como Minerva, dotada de todas armas para cortar y perfilar instituciones, soberanías, gobiernos y regímenes. Si el sentimiento fué republicano, no lo fué el pensamiento, que estaba dominado todo entero por el concepto de la emancipación, sin excluir en su interior la misma forma monárquica que concibieron en un momento de extravío no pocos de los prohombres de la revolución. Pero este error, vituperable en las intimidades de nuestra historia y dentro de los fueros infranqueables de nuestra vida nacional, era un derecho perfecto ante las demás naciones, que en ningún caso habrían podido vetar los pronunciamientos soberanos de los nuevos Estados. Desde el Istmo hasta el Rimac y desde el Rimac hasta el Estrecho, han podido constituirse gobiernos libres en forma republicana ó monárquica, sin que los Estados Unidos, ni nación alguna en la tierra, pudieran sentirse heridos en sus derechos; y si no es en nombre del derecho que el Capitolio nos somete á su sistema en una forma impositiva, tócanos rechazar la autoridad de la fuerza y del poder, en nombre del principio de la no intervención, es decir en apoyo de la misma doctrina que se notifica á la Europa y que comenzará á ser justa cuando acabe por ser universal.

¿ En nombre de qué principio podría justificarse esta intervención, para dirigir y constituir la organización política de los nuevos Estados? ¿ Fueron ellos consultados siquiera? ¿ Acaso un plebiscito continental consagró el régimen institucional de la república del norte para extenderlo y dilatarlo en la extensión de un hemisferio?

¿Y por qué la interdicción sobre la forma de gobierno no habría de llegar en sus excesos hasta el proteccionismo ó el libre cambio, hasta el sistema federal ó unitario, si ella no tiene otro título para imponerse que la *felicidad* de que disfrutaran los Estados Unidos bajo su sistema? Sería indudablemente más tutelar y generoso imponernos en toda su amplitud, no sólo el engranaje de su Constitución, sino también el de sus leyes; el Capitolio de Washington sería la sede de una gran constituyente, que nos haría republicanos con Harrison y Mackinley, ó bien demócratas con Cleveland, y que nos trazaría seguramente el sistema económico proteccionista, que espera sus funerales honrosos bajo el último gobierno *republicano*. La confederación que ideó Bolívar, respetando la autonomía de los pueblos y los comunes vínculos de raza y de religión, de idioma y de sangre, de sacrificios y de esperanzas, habría sido transformada: no por acto de propaganda y de convencimiento, sino por declaración autoritaria unipersonal ó impositiva, y todo en nombre de la felicidad de los Estados Unidos, felicidad invasora, de fuerza expansiva, ventura desbordante y opresora que se trocaría en infortunio, cuando dejara de actuar bajo las inspiraciones persuasivas del ejemplo, de la justicia y del respeto recíproco de las naciones. La felicidad no se impone ni se comunica, sino en el ambiente franco de la libertad, que es la felicidad por excelencia, á condición de que los pueblos la disfruten en el recinto cerrado de sus fronteras, que es el hogar de las naciones.

La felicidad nacional no es un monopolio yankee, ni es invento exclusivo de la constituyente de Filadelfia; son muchas las causas que la han elaborado y no son pocos los defectos que, política y económicamente, conspiran contra ella en la actualidad. Pero, en todos los casos, Inglaterra podría decir otro tanto de su ventura y de sus libertades, siendo más sólido su porvenir económico, como es más fuerte su poder material y más sabia su conformación financiera. No sabemos, sin embargo, que Inglaterra haya notificado á Francia una interdicción republicana, ni que haya hecho saber al continente europeo que no tolerará sistema alguno que no sea su sis-

tema, en el que ha hallado su dicha y su ventura. Inglaterra como los Estados Unidos deben su bienestar político á sus regímenes esencialmente libres, afianzando la primera sus garantías, su conservación y derechos, más que en las instituciones y en la forma, en la costumbre y en la tradición. De esto se deduce evidentemente que la dicha y la riqueza nacional arraigan en la libertad, y no en el sistema que la sirve; en este sport de la felicidad, nos sentimos inclinados á recomendar al gobierno yankee la conformidad gramatical de los dos párrocos dichosos:

El cura de Alcañiz
Dice nariz,
Y el cura de Alcanices
Dice narices;
Y son felices
El cura de Alcañices
Y el de Alcañiz!

Los yankees hablan de una psicología propia, que bien puede considerarse idiosincrásica, pero por lo mismo que es propia é individual de una nación, no ha de propagarse á viva fuerza ni ha de imponerse, *volente non volente*, sin atender á la índole de las agrupaciones políticas que no la tienen. Desjardins ha refutado el predominio de esa psicología propia, con tanta verdad como elocuencia:

« *Mais quoi! chaque nation possède une psychologie. La République romaine avait eu la sienne, qui la portait à soumettre le monde par la force: tu regere imperio populos, Romane, memento. Les successeurs de Mahomet eurent aussi la leur, qui les poussait à prêcher le Koran par une guerre implacable et à conquérir, pour le prophète, la Syrie, l'Égypte, la Perse, l'Afrique, l'Espagne. L'Angleterre connut à son tour un « état d'âme fixe et immuable », en vertu duquel elle fit imprimer aux frais de l'État le Mare clausum de Selden et l'adopta comme sa propre charte, s'acharnant à soutenir pendant des siècles qu'elle pouvait visiter des navires convoyés, établir des blocus fictifs, s'approprier la marchandise ennemie qui navi-*

guait sous pavillon neutre, etc. Le droit des gens s'est précisément fondé sur les ruines de toutes ces psychologies particulières: il consiste à remplacer, autant que possible, les caprices et les préjugés de chaque peuple par un ensemble de règles communes. En travaillant à le démolir, on fait reculer l'humanité. »

IV

El fragmento del Mensaje, que vengo analizando, tiene distintos fundamentos, en cuanto unos se refieren algunas veces al sistema político y otros á las intervenciones de un poder *extranjero* (debe leerse, europeo). En lo que al sistema de gobierno se refiere, prohíbe terminantemente que se adopte otro distinto del de los Estados Unidos sobre cualquiera parte de este hemisferio, sin referirse en este punto á la voluntad presunta de los pueblos comprendidos en la interdicción. Mas no sucede lo mismo en lo que á intervenciones extranjeras se refiere... Perdida entre las vaguedades del mensaje y ya en su término, contiene una alusión á nuestros pueblos, que aspira á ser fraternal pero que no alcanza á ser suficientemente respetuosa.

« Nadie puede creer tampoco, dice el Mensaje, que nuestros hermanos del sud aceptarían voluntariamente una intervención extranjera con su propio asentimiento. »

Es la primera vez que se menciona en el extenso documento la voluntad de los Estados del sud, de cuya suerte se ha dispuesto en forma inconsulta é insólita, al trazarles principios y formas de gobierno. Por fortuna la declaración no es peligrosa, á punto que ni siquiera puede considerarse aventurada, porque la historia de las invasiones en el Río de la Plata y en el resto del continente no animarán á la Europa á repetirlas. El presidente Monroe fué, pues, intérprete de un sentimiento indeclinable en el alma de las naciones de América; sólo sí, que ninguna de ellas lo instituyó su vocero, ni

autorizó sus conclusiones al expresar anhelos y derechos que él mismo declaraba presuntivos. Pero ¿qué debe comprenderse por la prohibición de extender el sistema político europeo á ninguna porción de estos dos continentes? ¿Es la prohibición de la conquista? ¿Es el principio de la no intervención? ¿Es condenar la propaganda de la idea monárquica cuando no asume las formas de la dominación y de la fuerza?— En cualquiera de estos casos la intervención que se prohíbe y que comienza por ejercitarse ¿no es un contrasentido y una derogación de la doctrina misma? Si; la no intervención no está en tela de juicio sino contra la Europa, y la actitud de Monroe no entraña propiamente la doctrina no interventora, sino que importa un acto de contra-intervención, acto que el derecho internacional ha limitado á las naciones limítrofes, cuya vecindad puede constituir un peligro para su seguridad en razón misma de la intervención. Ella se explicó en Méjico, como pudiera explicarse en la América Central, como también en las Antillas, si éstas se vieran emancipadas de la Europa y amenazadas más tarde por la misma Europa cuando aspiraran á fortificarse en el Golfo. Pero extender el principio á territorios antípodas y á naciones que guardan el vecindaje de los polos opuestos, es no sólo desnaturalizar una doctrina, sino aducir intereses simulados afectando pavores inverosímiles para generalizar una excepción. Esa no es una doctrina del derecho de gentes, es más bien el falseamiento de todas las doctrinas, forjándolas á voluntad, porque así cuadra al interés y á la soberbia de una nación dominadora. Pero el sistema político europeo no ha tenido mayores miramientos con Monroe, no sólo por la enérgica protesta que formularon la Rusia y la Inglaterra, sino porque en su carácter de beligerantes con los Estados de América, le han prodigado su desdén y los Estados Unidos han tolerado sistemas y protectorados por tratados especiales, como el denominado de Clayton Bulwer, que los Estados Unidos trataron de denunciar bajo la inspiración de Mr. Blaine y que fué sostenido enérgicamente por lord Granville.

La intervención anglo-francesa en los asuntos de los gobiernos del Plata, el año 1835, no motivó protesta alguna de los Estados Unidos, que prescindieron en absoluto de Monroe, y de su alta misión reguladora de los gobiernos y derechos de América.

En 1835 la república de Guatemala quiso detener las agresiones territoriales de Inglaterra, cuando pretendió fundar establecimientos en Belize, y dirigiéndose al gobierno de los Estados Unidos le recordaba la doctrina de Monroe *y su política constante de prevenir y resistir establecimientos coloniales europeos*; pero la doctrina se mostró inservible una vez más bajo la negativa presidencial de Jackson.

En 1846, las complicaciones de los Estados Unidos con el gobierno británico sobre el Oregón, les permitieron dividir y reconocer á Inglaterra una mitad del vasto territorio sobre el cual había declarado el presidente Polk que los derechos de la Unión eran indeclinables y fuera de toda discusión; sin duda alguna los Estados Unidos aseguraron su paz y su cordialidad con la Inglaterra, pero derogaron su doctrina, una vez más, autorizando establecimientos europeos en territorio americano, es decir en territorio propio, fuera de toda discusión.

Cuando la Gran Bretaña bloqueó el puerto de San Juan de Nicaragua, en 1844; cuando en 1863 apresó navíos brasileños en aguas jurisdiccionales del Imperio; cuando en 1838 la Francia bloqueó los puertos argentinos; cuando en 1865 España bombardeó á Valparaíso, los gobiernos americanos no merecieron la más ligera protesta de los panegiristas de Monroe, siendo así que, al apoderarse la Inglaterra de una nave de guerra brasileña en sus aguas jurisdiccionales, cometía un atentado contra un territorio americano á virtud del principio de la extraterritorialidad.

Condensando los antecedentes de la doctrina yankee en los hechos históricos que la han eliminado y en las omisiones internacionales que importan su derogación, será forzoso convenir con Davis en que la doctrina está muerta y que ella no existe ni debe existir para la América.

Una opinión más autorizada que la mía, la del doctor Miguel Cané, actual plenipotenciario argentino en Francia, ha condensado en esta forma sus opiniones sobre aquel principio.

« *América para los americanos* »: he ahí la fórmula precisa y clara de Monroe. Si por ella se entiende que la Europa debe renunciar para siempre á todo predominio político en las regiones que se emanciparon de las coronas británica, española y portuguesa, respetando eternamente, no sólo la fe de los tratados públicos, sino también la voluntad libremente manifestada de los pueblos americanos, si es ese el alcance de la doctrina, estamos perfectamente de acuerdo, y ningún hombre nacido en nuestro mundo dejará de repetir con igual convicción que Monroe: « *America for the americans* ». Pero... ¿se trata de eso? ¿Piensa hoy seriamente algún gobierno europeo en *reivindicar* sus viejos títulos coloniales; pasa por la imaginación de algún estadista español, por más visionario que sea, la reconstrucción de los antiguos virreinos y capitanías generales de la América?

« ¿Puede la Gran Bretaña acariciar la idea de volver á atraer las colonias emancipadas en 1776? ¿Portugal, un pigmeo, absorber al Brasil, gigante á su lado? Seamos sinceros y prácticos, reposando en la convicción de que, no sólo la independencia americana es un hecho y un derecho, sino que nadie tiene la idea de atentar contra las cosas consumadas. España se reorganiza y aun tiene mucho que hacer para recuperar una sombra de su importancia en el siglo xvi, La Francia desgarrada, fijos sus ojos en el Rhin, mantiene á duras penas sus posesiones de Africa... y sus mismos límites europeos. La Inglaterra mira crecer con zozobra la India, desenvolverse el Canadá y avanzar sordamente la democracia, que considera una amenaza de disolución. La Alemania se forma, endurece sus cimientos, trata de homogeneizarse, mientras el Austria, perdido su viejo prestigio europeo, comprende bajo la experiencia de la desgracia que la verdadera ruina de su grandeza es hacia Oriente, á la cabecera del « hombre enfermo ». ¡Portugal!.. Seamos serios, lo repito; nadie

atenta á la independencia de América, y para los más desatinados aventureros ó ilusos, está vivo aún el recuerdo de Maximiliano, que pagó con su vida una concepción absurda y un negocio indigno, ignorado de su espíritu caballeresco. Puede la América inflamarse en una guerra continental, comprometiendo graves intereses europeos como los que tanto han sufrido en la inacabable guerra del Pacífico; la Europa no desprenderá un soldado de sus cuadros ni un buque de su reserva. Pasaron los tiempos de la intervención anglo-francesa en el Plata ó en Méjico, y la Europa podría, y esta vez con razón, variar la fórmula de Monroe repitiendo: *Europe for the europeans !*

«¿Qué significado actual, real, positivo, tiene hoy, pues, la famosa doctrina? Simplemente éste : la influencia norteamericana en vez de la de Europa.»

V

El diplomático argentino ha herido en lo más vivo la cuestión comercial y la preponderancia económica que aspira á cimentar la gran nación en los mercados de América; ese fué el sueño que acarició James Blaine con sus vistas profundas y la imperturbable audacia de su espíritu; ese fué el pensamiento que inspiró la convocatoria del Congreso Pan Americano, bajo los auspicios de un tratado de arbitraje que asegurara la paz del continente; fué comercial y no político; convocado bajo el gobierno proteccionista de Harrison y esperando en antecámara la candidatura extrema de Mackinley, que hizo sandwiches de Cleveland, no era un momento propicio para hablar de intercambios liberales y francos en el comercio intercontinental. Á poco se apercibieron los delegados hispano-americanos de que allí se trataba de eliminar el comercio de la Europa, abriendo de par en par nuestras aduanas á los productos norteamericanos. al mismo tiempo que los Estados Unidos clausuraban las propias.

Pero había algo extraordinario en el plan económico de Mr. Blaine; él pretendía incomunicarnos con Europa, al mismo tiempo que se incomunicaba con nosotros negándonos todo acceso á sus mercados de consumo. El resultado no era de dudarse, máxime si se tiene presente que las tarifas norteamericanas habían llegado hasta á favorecer á Europa mostrándose implacables y crueles con América.

Con efecto; el término medio de los derechos aduaneros que pagaba Europa sobre sus artículos era de 45 %, en tanto que los de Centro y Sud América estaban gravados en 80 %: dato que hice presente á la conferencia y que pude tomar de la memoria de la Tesorería con la siguiente exactitud :

Centro-América

Importaciones gravadas	\$	293.065
Derechos		233.675

Sud América

Importaciones gravadas	\$	11.889.490
Derechos		9.359.400

Esta manifestación de fraternidad americana no deriva sin duda del protector Monroe, pero surge de la lógica del proteccionista Mackinley.

Los Estados Unidos nos compraban el 89 por valor de 5.000.000, en tanto que la República Argentina les compraba 9.000.000, estando próximos á duplicar el favor de la balanza, que si nos es desfavorable con los Estados Unidos nos es propicia con Europa por las franquicias que ella acuerda al comercio exterior y las liberalidades de sus aduanas, sin contar los favores financieros con que la Inglaterra, la Alemania, Francia y Bélgica han engrandecido nues-

tra riqueza y nuestro suelo. Pero ¿cómo podríamos eliminar á la Europa de nuestro comercio, si ella trabaja con materias libres y los Estados Unidos con materias primas recargadas en 80 %? ¿Acaso ese recargo no lo paga el consumidor, prefiriendo en consecuencia el artículo que no lo soporta y que es de suyo más barato? Sí; es indudable que el americanismo de los hermanos del Sud no los llevará en ningún momento á comprar lo menos bueno y lo más caro, por la razón inatendible de que son productos de la casa *of the americans*, y nos llevará mucho menos á interrumpir nuestra corriente comercial con la Europa. Pero quiero dejar establecido que la inocuidad de la corriente comercial americana no nace exclusivamente de que la producción sea similar: nace del tratamiento comercial á que nos han sometido nuestros hermanos del Norte, bajo sistemas y regímenes, que, si son moderados para Europa, son prohibitivos para América.

VI

Las relaciones comerciales de los Estados Unidos con las repúblicas del sud no conducen, como se ve, á cimentar corrientes amistosas ni deferentes; pero sus relaciones políticas conspiran menos á ese fin. Sus actos y sus relaciones con los gobiernos débiles se resienten de cierta intemperancia, demuestran en todo momento su proximidad con la fuerza. No merece ciertamente nuestro olvido el bárbaro atentado de la *Lexington*, perpetrado en la colonia argentina de las islas Falkland, con menoscabo de nuestros derechos y con agravio de nuestro pabellón; es verdad que la Inglaterra desalojó á su vez á Silas Duncan: un pirata rectificando á un corsario. Sus últimos conflictos con Chile, su interrupción de relaciones con el gobierno de Lima, cuando sólo sostenía el fuero propio de sus tribunas, y sus violencias frecuentes en la América Central y en las Antillas, presentando sus notas de reclamación con aparatos bélicos

navales y alguna vez con bombardeos efectivos, por gestiones que no suman 100.000 dollars: son actos y mecanismos políticos que prepararán difícilmente la cordial intimidad que debieran desenvolver y mantener las naciones de este continente. Pero los Estados Unidos prolongan en nuestros días un aislamiento que crece en proporción de las tarifas, y un egoísmo que aumenta en relación de su poder. Si de nuestros días nos remontamos al génesis de nuestra emancipación, encontraremos á la misma nación con iguales rasgos, con idéntico carácter, ejercidos en la prescindencia más completa y metódica de nuestros destinos. Hombres de todos los puntos del globo, apellidos ilustres en la nobleza y en las armas, como también en la política, vinieron de todos los puntos del globo á compartir los azares del movimiento independiente, atraídos por los principios de una causa filosófica y política que había tenido su cuna en la revolución del 89 y en la declaración de los derechos. Cochrane, Miller, Brayer, Brown, Hollemberg, Rauch, Thorne, Bouchard, Salvigny, Wuit, Monroy y muchos otros honraron nombre y estirpe en las leyendas del Pacífico y del Plata ó en el escenario de los Andes. Pero los hermanos del norte no nos permitieron conocer el corte de sus sables, ni siquiera vino uno como *specimen* del hombre libre americano, á enrolarse con apellido yankee en el escalafón de los ejércitos independientes, como no vino ni un fusil de chispa salido de los puertos norteamericanos. Supieron utilizar á Lafayette, pero en treinta millones de hombres no hubo uno solo que quisiera imitarlo, á pesar de la solidaridad de causa, de continente y de bandera. Parece que la geografía hubiera establecido separatismos insalvables, que no alcanzan á borrar la comunidad de intereses, de aspiraciones, de sistemas y de felicidad mutua. Pero no es la geografía la que ha labrado estos diafragmas, son las razas que se dividen el dominio del mundo, las que generan prescindencias hirientes y antagonismos trascendentales para la política futura. La raza latina atraviesa sin duda momentos de obscuridad y abatimiento, que contrastan con su pasada grandeza histórica, pero el eclipse es transi-

torio y la raza que ejerció la soberanía del mundo, difundiendo su aliento poderoso en la inmensidad de los mares y en las regiones desconocidas é ignoradas, ha de recuperar en algún día el abolengo de sus energías, de sus iniciativas, de sus empresas y de sus glorias, moviendo los resortes de la voluntad, que son atributos de esa alma... que Edmond Demolins quiere cambiar por otra, sin recordar que ella ha inspirado el heroísmo, la gloria y la grandeza: exploraciones, inventos, artes y ciencias que no son patrimonio del anglo-sajón y que forman el opulento inventario de la raza latina.

La liga latina americana es una concepción que se percibe fecunda y provechosa en los acontecimientos del futuro; ella fué sin duda peligrosa para nuestras repúblicas amorfas, en los días dudosos en que fuera concebida por Bolívar; pero no lo será en el porvenir, como no lo sería hoy mismo, definida como está la soberanía de las naciones, sobre las bases de un respeto recíproco. Dentro de esos organismos, cabe políticamente la unidad de destinos y de pensamiento, como cabe la solidaridad de los principios que deben defender las naciones de este continente, ya que un derecho de gentes especial aspira á presidir su evolución.

Sea la raza, sea la geografía, sea la historia, el aislamiento en que viven las zonas americanas es un hecho incontestable; el Istmo no nos une, antes al contrario nos separa del coloso lindero del Canadá. Mientras el mar es vehículo que nos conduce á abrazar la civilización del viejo mundo, que nos ha engrandecido y complementado en nuestra evolución histórica, de los amigos del Norte sólo guardamos algún recuerdo ingrato.

La culpa es de Monroe.

ROQUE SÁENZ PEÑA.

SIC TRANSIT...

Si pudiéramos decir de antemano que tal cosa sucederá, la vida no tendría encantos. Vivir es anhelar, esperar, y lo conocido no es más que mortificación, y lo pasado remordimiento.

Cada sér lleva así en su frente la cifra misteriosa de su suerte futura, — su *ananké*.

Las páginas que siguen no serán una prueba concluyente, pero mostrarán que hay influencias extrañas á nuestros antecedentes, que fijan y deciden lo que hemos de ser en un porvenir más ó menos lejano.

Allá por 1848-49 vino á este país don Antonio de Arcos, casado con doña Isabel Arlegui, chilena. Le acompañaban tres de sus cuatro hijos: Domingo, Antonio y Javier.

Santiago, el amigo de Mitre, de Rawson, de Sarmiento y mío (á él le dirigí las cartas que forman mi libro *Una excursión á los indios ranqueles*), se había quedado no recuerdo dónde.

Don Antonio de Arcos iba para Chile; de paso se proponía arreglar aquí ciertos asuntos, siendo tenedor de títulos del primer empréstito argentino. Lo que hizo, no lo sé á derechas.

Partió y dejó en esta á Domingo, con una especie de banco, que estaba en la calle de la Victoria al lado del teatro del mismo nombre, en una casa propiedad de don Juan Fernández.

Era don Antonio de Arcos un hombre genial, íntimo de San Mar-

tín y de Aguado (1), cuya regia mansión en la plaza Vendôme, en París, han conocido tantos argentinos, como Remigio González Moreno, los Alvear, los Santa Coloma, etc.

He dicho que don Antonio de Arcos era un hombre genial. Una anécdota que sobre él corre lo confirmará, valiendo lo que valiere como hecho real ó histórico.

Estando San Martín en Mendoza, la policía le pasaba todos los días el parte de los que entraban y salían.

Antonio de Arcos, chileno, — leyó San Martín una mañana, y pensó :

— ¡ Es curioso ! que venga, quiero verlo.

Así se hizo.

— ¡ Tú, por acá !

— Como lo ves.

— ¿ Adónde vas ?

— Á Buenos Aires, con la mira de ver si puedo pasar á España.

— No; yo te necesito aquí.

— ¿ A mí ?

— Á tí.

— ¿ Para qué, José ?

— Para comisario y proveedor.

— ¡ Pero, hombre, si soy español ! ¿ estás en tu juicio ?

— No, Antonio, tú no eres español...

— ¡ Caramba !... ¿ No hemos servido juntos allá, en el mismo regimiento ?

(1) Don Alejandro María Aguado, marqués de las Marismas, natural de Sevilla. En 1808, siendo sargento mayor, se encontró en la batalla de Tudela, retirándose después con sus fuerzas á cubrir el sud de la Península. Ocupada Sevilla por el mariscal Soult, Aguado, como otros muchos, se pasó al partido francés, viéndose luego obligado á penetrar en Francia, donde tomó carta de ciudadano. Dedicado al comercio, y con especialidad á la banca, después de haber abandonado la carrera militar, realizó una inmensa fortuna y acometió grandes empresas, muchas de acuerdo con el gobierno de España. Era gran amigo de María Cristina, madre de Isabel II. Murió en España en 1842, y su cadáver fué trasladado á París.

— Sí, pero te lo repito: tú no eres español.

— Y ¿qué soy entonces... yo, hombre?

— ¿Tú? comerciante... verás...

— ¡Sopla..! No te creía tan ingenioso.

— Mira, el primer negocio es que me proporciones tantos miles de chaquetas y pantalones que necesito urgentemente.

— ¡Imposible! En Mendoza no hay tela, ni quien cosa.

— No sé; ganarás tanto por vestuario.

Don Antonio tuvo que resignarse. Puso manos á la obra y el mismo día en que los vestuarios se recibían, las quejas del Estado Mayor le llegaban á San Martín.

Se sulfura y lo hace llamar á su hombre.

— Pero, señor: es infame lo que Vd. hace.

Silencio de Arcos.

— General ¿quiere Vd. que hablemos como dos amigos?

— Bueno; á ver ¿qué?

— ¿Recuerdas, José, mis observaciones?

— Sí.

— ¿Y entonces?

— Pero es que la cosa pasa de castaño oscuro, Antonio; la ropa no está cosida, sino pegada con cola ó engrudo, — tan mal ó apenas cosida está.

— Justamente.

— ¡Pero caraspita!

— Dime, José ¿conoces la ley de la distribución del trabajo?

— Algo.

— Pues bien, desde que el plazo era perentorio y no hay en Mendoza bastante gente que cosa, — es muy sencillo...

— Veamos.

— Daré hilo y agujas, y la tropa coserá por la marca del engrudo ó de la cola, y ya verás: en un verbo todo estará hecho, y si no queda muy elegante, quedará fuerte, — tanto, que se romperá por donde quieras menos por la costura.

Así se hizo, y San Martín, una vez fecho, le dijo á su amigo:

—Antonio, toma tu pasaporte y que Dios te ayude: eres, en efecto, tan español como comerciante.

Volvamos á 1848-49.

Don Antonio, con toda su familia, se fué á Chile.

Domingo se quedó acá: descontaba dinero y daba el tono en los salones; era *sportman*, ginete sobre todo, y floretista (él fué mi profesor, siendo á su vez discípulo de Coulón, el maestro de la escuela simple con pocas fintas, de los desenganches rápidos y estocadas á fondo).

Yo iba á su casa diariamente: todo en él me interesaba, empezando por los polvos y el elixir, á la moda aún, del doctor Evans, y acabando por su correspondencia amorosa.

Un hombre maduro busca, generalmente, á uno menor que él para confidente, y viceversa.

Esa correspondencia la firmaba una mujer, naturalmente, que se llamaba *Eugenia*. Venía datada de Madrid.

¿Quién era esa *Eugenia*?

En 1850 mis padres resolvieron, por razones que no son del caso, que yo hiciera un viaje.

Me fuí á la India en un barco de vela, pequeño, norteamericano: tardé noventa y seis eternos días en llegar á Calcuta.

Domingo me había escrito un *memorandum* para cuando llegara á París.

Á su letra me ceñí. Me fué bien; no hice necedades; las he hecho después. Aún conservo el mismo sastre, *chic* entonces y ahora, que Domingo me recomendó. Hay constancias raras.

En París me alojé en la *Maison Dorée*, á la moda aún,—cara siempre; ya no moro allí, cuando voy al otro lado del charco. Sólo como en el restaurant, de cuando en cuando, porque Louis, el mozo principal, que me conoció en mis mocedades, siendo *chasseur* á la sazón, es ahora para mí un verdadero imán. ¡Y cómo me trata! barato y á cuerpo de rey.

Una mañana, el mozo de mi departamento me dijo :

— El señor que vive allí enfrente lo llama. '

— ¿Quién es?

— No sé.

— Que mande su tarjeta.

Va y vuelve diciendo, que vaya no más, que es una sorpresa.

¿Quién resiste a ciertas curiosidades? El mozo me miraba, como diciendo : no sea Vd. cándido, es una mujer.

Voy pues.

Las faldas supuestas eran... Domingo Arcos.

Nos abrazamos.

— Sabrás que Eugenia está en los Pirineos... lee esa carta...

Leí.

Era la misma Eugenia de antes, efusiva, amorosa, ardiente : la prometida esposa ante Dios, porque aquellos amores eran honestos.

— Y bien ¿qué te parece?

Imaginaos un muchacho de dieciocho años, consultado sobre tan grave asunto y comprenderéis mi perplejidad.

— Domingo... pero si yo...

— No hay pero que se tenga. Óyeme : tú conoces al *gobernador* (así lo llamaban al padre, es modo de decir inglés); estoy mal con él, no me pasa sino quinientos francos, — y lo mío lo he echado á rodar, quedándome apenas una renta, por junto, de doce mil francos... (Don Antonio, entre varias otras manías tenía esta : cuando sus hijos vivían con él les daba casa, carruaje, palco en la Ópera y en el Teatro Francés, sastre, sombrerero, zapatero y mil francos para el bolsillo, por mes. Y cuando vivían en *garçon*, es decir, fuera del paterno hogar, sólo y únicamente les pasaba quinientos francos... una bicoca para hijos de su educación y gustos).

En cuanto á Eugenia, prosiguió Domingo, ella y su madre están tronadas; apenas les quedan diez y ocho mil francos de renta... Á Eugenia, eso no le alcanza « ni para alfileres »... Responde, te lo repito ¿qué te parece?

— ¡Pero, Domingo...!

— Vuelvo á decirte que no hay pero que se tenga; los locos y los niños dicen la verdad... ¿Á ver tu consejo?

Reflexioné un instante brevísimo.

— ¿Y...?

— Que yo así no me casaría.

— Es lo que voy á hacer.

Y eso fué, en efecto, lo que hizo.

Yo me vine al Río de la Plata; á los pocos días de estar aquí fué el 3 de Febrero. Rozas cayó y me volví á Europa con mi señor padre.

Una noche, estando en París, en una *soirée* en casa del señor Rosales, ministro plenipotenciario de Chile (allí, como otra vez lo he dicho, conocí á Donoso Cortés y á Martínez de la Rosa) mi padre preguntó:

— ¿Quién es aquella mujer tan hermosa con espaldas de Venus afrodita?

— Es la hija de la otra persona madura que está á su lado.

— Preséntenme ustedes.

Lo presentaron.

Un momento después, mi padre, que era el hombre de más expediente social que he conocido, ya parecía uña y carne con la madre y con la hija.

Á la semana siguiente, Napoleón III daba un gran baile en el Eliseo.

Mi padre, vestido con su uniforme de general argentino, llevaba del brazo á Eugenia.

Napoleón III lo distinguía mucho, debido en no poca parte á la batalla de Obligado; al verlo pasar y sin sospechar que Eugenia fuera lo que era (el emperador hablaba un poco el español) le dijo al oído; pero bastante fuerte.

— ¿De dónde ha sacado Vd., general, esa estrella?

— Majestad, de España:

Y esto diciendo, se la cedió galantemente.

Esa noche, Napoleón III no habló ya ni bailó con otra mujer.

Al día siguiente, no se hablaba sino de *l'étrangère*... con ironía.

Pero ¿quién era esa extranjera de tan extraordinaria belleza, en cuya frente fulguraba la luz de un porvenir grandioso?

Eugenia Montijo, condesa de Teba, la que muy pocos meses después fué emperatriz de los franceses.



La he visto últimamente, sin hablarla, á la «novia» de Domingo Arcos, viuda, sin hijos, sin trono... arrugada, cuasi repelente... y con la horrible reputación de ser riquísima y avara.

Así pasan las glorias de este mundo, y la gentil andaluza, con sangre anglosajona, que bailó un *fandango*, sobre una mesa de billar, en Compiègne, — estando allí mi padre, que le predijo lo que sería, — oye misa ahora y se confiesa...

LUCIO V. MANSILLA.

Buenos Aires, mayo 30 de 1897.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)

XVII

En el viaje á Río de Janeiro, en las largas horas de esos tres días monótonos en que la mirada se pierde en la inmensidad del mar y en la profundidad del firmamento, tuve ocasión de recoger mis primeras nociones sobre la literatura brasileña, de boca de uno de los más finos espíritus de la nueva generación. Assis Brasil, autor de *La República Federativa*, libro de propaganda que gozó un tiempo de envidiable popularidad, poeta dulce y soñador en la adolescencia, llevaba entre su bagaje una nueva obra dedicada á estudiar uno de los más interesantes problemas de la democracia representativa, el que se relaciona con el voto y la manera de votar (1). Nuestros paseos en el puente del *Portugal* se prolongaban hasta altas horas de la noche, leyendo y comentando juntos durante el día, en su

(1) *Democracia representativa. Del voto y del modo de votar* por J. F. de Assis Brasil, 1894.

lengua nativa, aquel interesante libro, y dando por la tarde rienda suelta á la memoria que evocaba en una sucesión interminable los más notables productos de la mentalidad sudamericana.

No necesito detenerme en el retrato intelectual del amable diplomático, cuyas condiciones son conocidas y apreciadas entre nosotros. *Democracia representativa*, traducida al castellano por B. Mitre y Vedia, es un estudio reflexivo, que revela en su autor, junta con los dotes estimables de un político, la madurez de criterio de un estadista. Su estilo elevado, despojado de galas postizas, de una austeridad gravemente sencilla, es al mismo tiempo de una corrección meticulosa y de una nitidez de formas que revela la claridad y penetración de espíritu del joven escritor. Se diría al leerlo que uno recorre el ensayo político de algún « *essayist* » anglosajón, una página transparente en que transcende el método de Herbert Spencer y un capítulo trazado con viril elegancia por un discípulo preferido de Summer Maine ó de James Bryce. « Pensador y hombre de letras — ha dicho un crítico cuyo nombre acudirá frecuentemente á los puntos de mi pluma — Assis Brasil une á la profundidad del concepto, la belleza de la forma, simple, concisa, clara y esplendente de verdad; lo que mucho concurre para dar á sus escritos el carácter clásico y la autoridad que tienen los libros verdaderamente sugestivos (1) ».

La brillante monografía de Assis Brasil examina sucesivamente los fundamentos del voto, sus defectos y su utilidad; la competencia del pueblo para influir en su propio destino; el modo con que gobierna la sociedad y no la mayoría, siendo su acción la resultante de diversas corrientes de ideas que se equilibran; el derecho universal del voto y las limitaciones de su ejercicio; la incapacidad de los analfabetos para votar; la conveniencia de la igualdad del voto y las diversas formas de su manifestación; la crítica del mandato imperativo; la representación de las opiniones y los peli-

(1) ARARIPE JUNIOR, *Retrospecto literario de 1893*, publicado en *A Semana*, 1895.

gros de la exclusión de una parte de ellas; — y, después de hacer una ligera reseña de los principales sistemas electorales, — consigna el proyecto de enmienda á la respectiva ley brasileña que, como diputado del Estado de Río Grande, sometió á la consideración del congreso de su patria. Cada una de las materias sumariamente indicadas en las líneas anteriores, es expuesta, discutida, profundizada y analizada con un poder de raciocinio y una penetración de talento que no flaquea un instante y hacen del libro de Assis Brasil un todo perfectamente ensamblado, un organismo completo en que el sistema preconizado se desenvuelve en una línea lógica inflexible, sin una vacilación ni un extravío...

Estas condiciones resaltan en cualquiera de las páginas de *Democracia representativa*. Veamos, como ejemplo de forma de pensamiento y fuerza de estilo, el examen del peligro que entraña el voto de la clase militar. « La fuerza, — dice Assis Brasil, — es la sanción del derecho. Ella sólo se explica, en un pueblo culto, por la obediencia que debe guardar al principio soberano que está llamado á servir. Si la sociedad, después de haber depositado en las manos de cierto número de sus miembros, armas, disciplina y todos los elementos materiales de la fuerza, aún les confía el poder de declarar los casos de aplicación de esa misma fuerza, no hay duda de que esa sociedad habrá enajenado su soberanía y pasado á vivir de la buena ó mala voluntad de los pocos hijos á quienes haya confiado tan extensas atribuciones. En principio, pues, los militares no deben gobernar »... Y más adelante: « Persistiendo en la afirmación de que los militares no dejan de ser ciudadanos, y apenas por accidente están inhibidos del ejercicio de ciertas funciones cívicas, conviene establecer algunas reservas referentes á la dificultad de acertar en la elección de miembros de esa clase para confiarles atribuciones de gobierno. Los ciudadanos armados son hechos de la misma masa de sus demás compatriotas; — no son, sin embargo, perfectamente iguales á ellos, si atendemos á las cualidades adquiridas por unos y por otros en el ejercicio de sus recíprocas actividades, cuali-

dades que en el correr de la vida les pueden desviar mucho del fondo de igualdad originaria. Es indudable la influencia de la costumbre sobre el carácter. Puede afirmarse que cada profesión crea su idiosincrasia. El carácter civil se forma de la práctica de gobernar ó ser gobernado; el militar en la de mandar y ser mandado. Entre el gobierno y el mando hay diferencias tan esenciales, que sería invariablemente funesto aplicar á uno de esos órdenes, no ya las reglas, sino el espíritu de la otra. Y tan enérgica es la influencia impresa por la educación de la costumbre, que solamente es lícito esperar que consigan dominarla hombres de cualidades superiores, verdaderos tipos geniales á quienes sea dado sobreponerse á las contingencias que esclavizan á la generalidad de sus semejantes ».

La forma de talento que revelan las líneas anteriores es poco común en nuestros países, donde tanto abunda la palabrería retórica y donde, como lo hace notar Bryce, señalando vicios análogos del carácter intelectual de otra raza, predomina la pasión por los efectos teatrales, la preferencia por las generalizaciones y las teorías amplias, la disposición nativa á dejarse atraer más que por la delicadeza de la obra, por su brillo general, la tendencia á confundir la hinchazón con la grandeza, la falta de madurez y de percepción de las diferencias que existen entre las obras de primer orden, escritas en estilo sobrio y las banalidades insulsas, frutos de la mediocridad (1). Assis Brasil huye de las fórmulas abstractas, convencido de la verdad de la observación que consigna que « todos los ineptos que han querido salvar el mundo, no han hecho otra cosa que reemplazar la realidad por la fórmula, el hecho por las palabras, la práctica por la teoría, la verdad por la quimera, lo posible por lo absoluto ». Sin duda, el distinguido publicista no ignora todos los obstáculos que presenta la situación actual de su patria, como la del resto de América, para hacer una realidad de instituciones que requieren un alto grado de desarrollo intelectual y una preparación

(1) JAMES BRYCE. *The American Commonwealth*.

especial en el pueblo que las adopta. La valerosa franqueza con que declara que « un sentimiento, que podría calificarse con propiedad de pudor patrio, lo hace desistir de la tentativa de hacer una ligera estadística de la instrucción popular en su patria », y que, « basta decir á título de observación genérica sobre el particular, que el electorado brasileño, inscriptos en él todos los ciudadanos que no saben leer ni escribir, sería casi un electorado de analfabetos ». Es la mejor prueba de que, teniendo conciencia del mal que se opone al triunfo de sus ideas avanzadas, conoce también el medio de corregirlo y extirparlo. Así *Democracia representativa* es un libro noble, lleno de ideas sanas y generosas, inspirado en móviles benéficos. Nada más opuesto á sus principios y conclusiones que la ferocidad tan común del cacicazgo político y que esa limitación de vistas que caracteriza á los caudillos de aldea, tan influyentes y funestos en sociedades rudimentarias como las nuestras. Los « restauradores de leyes » los « defensores de la república » y los « ilustres americanos » con su séquito numeroso de cortesanos y de parásitos, han sido el azote de la América y una de las causas más eficientes de nuestro atraso social. Assis Brasil lo reconoce sin ambages, cuando afirma que « nada hay que desvíe tanto el sentido común como la pasión partidista ». Es por eso que lucha por establecer un equilibrio legítimo, humano y necesario en la representación de las opiniones como resultado de la elección. Mucho debe esperar su país de un publicista tan ilustrado é independiente, imbuído en las ideas modernas y levantadas que desenvuelve en su programa de reformas á la ley electoral, de cuyas deficiencias revela una comprensión tan envidiable, como puede verse en este análisis fino y sutil del carácter de las oposiciones en el mecanismo de la vida política :

« Piénsase, en general, — dice Assis Brasil — que el público es opositor por índole, mas no es así; el público es por índole, desde que no intervenga el interés inmediato de los individuos que lo componen, amigo de la virtud, y para mí es regla que *la oposición es virtuosa*. Esta regla tendrá sus excepciones, pero no dejará de ser una

regla. Imagínense los peores hombres, cimentando con odios los intereses diferentes que los aproximaron; si tales individuos hállanse en la oposición, la primera verdad que les hiere la conciencia es que están privados de satisfacer sus inconfesables apetitos. No se ocuparán más de las cosas despreciables que los animaron en un principio. Necesitan, además, hostilizar á la mayoría, dedicando atención muy asidua á la más pequeña irregularidad de cualquier orden que aquélla cometa. En una palabra, la oposición tiene por oficio, casi por exclusiva preocupación, combatir vicios y predicar virtudes. Todos sabemos cuánto influye en el organismo individual y social el ejercicio constante de una función determinada. La oposición, si no lo era ya, acaba por ser virtuosa, á fuerza de funcionar como órgano de la virtud, por lo menos mientras es oposición. ¿Quién sabe si se encuentra igualmente en este raciocinio la explicación de esta otra verdad, que todo gobierno se gasta y desmerece en ejercicio? Una filosofía muy frágil, que desgraciadamente inspira á la gran mayoría, atribuye á hipocresía los verdaderos arranques de patriotismo con que tan frecuentemente vemos á hombres señalados por el estigma social lidiar ardorosamente en las asambleas en defensa del bien público. Yo veo en ellos algo, si no más respetable, por lo menos más natural: son instrumentos de una función social. Y como el corazón del hombre es fundamentalmente bueno, y el público como tal es un amontonamiento de hombres despojados de miserables intereses, ese público está en el caso de amar la virtud: la aplaudirá siempre, aun cuando la vea ejercida por el truhán de la víspera, transformado en tribuno popular. »

Fuera de las dotes reveladas en este libro tan interesante y de propósitos tan fecundos, Assis Brasil posee una ilustración literaria general y un buen gusto exigente y que le hace desdeñar sin piedad todo lo que no lleva impreso la señal del talento y de la belleza artística. Su palabra elocuente y pintoresca me trazó á grandes rasgos el perfil de los principales publicistas del Brasil; ese espíritu crítico penetrante me señaló las modalidades de los unos y las tenden-

cias subjetivas de los otros. Casi ninguno de los nombres que acudían á sus labios me era ni siquiera conocido. Hoy, en su mayor parte, ellos me son familiares, y he podido, después de estudiar sus obras, controlar ó ratificar muchas de las opiniones é impresiones literarias recogidas en nuestras largas conferencias, mientras llegaba á nuestros oídos el arrullo constante de las olas del golfo de Santa Catalina, y veíamos brillar sobre nuestras frentes los clavos dorados y luminosos de la Cruz del Sud.

XVIII

Los problemas políticos estudiados por Assis Brasil en el libro de que acabo de ocuparme, han merecido otra vez su atención y le han inspirado una nueva obra, á propósito del *Gobierno Presidencial en la República Brasileña*. En ella campea la misma firmeza de estilo y de pensamiento, la misma seriedad de análisis que distingue á su autor y caracteriza de una manera marcada su personalidad intelectual. Las proporciones de ese libro son considerables y los temas profundizados en él merecen que se le consagre una atención preferente por todos los que se interesan en el presente y el futuro de los sistemas políticos adoptados por las principales naciones de nuestro continente. Refiriéndose á su patria, Assis Brasil confiesa, desde luego, que la Constitución que rige en ella está lejos de «ser una obra que pretenda inalterabilidad desde sus primeros pasos». En lo que atañe á la adopción de esos principios generales que forman la base de toda sociedad adelantada, aquel pacto le parece satisfactorio; sus deficiencias se encuentran en las disposiciones relativas al modo peculiar de la nación para que fué creado. Esta parte débil de la obra se explica por las circunstancias anormales en que fué realizada, por la rapidez con que se procedió á su confección, por la diversidad de elementos que concurrieron á ella y finalmente, hasta

por la estación estival en que se celebraron las sesiones, y que influyó de una manera perniciosa en el espíritu y en la energía de los constituyentes brasileños.

Partiendo de esta base, en el tratado sobre el *Gobierno Presidencial*, Assis Brasil indica la conveniencia de efectuar algunas reformas á la ley suprema de su patria. Por buenas que sean en principio ó en abstracto las teorías políticas que inspiran las leyes análogas de otros países, para él lo esencial es que las instituciones adoptadas por el Brasil respondan á los rasgos característicos, históricos, naturales, sociales y políticos de aquella nación. La simple imitación ó copia de formas benéficas para otros organismos, le parece un error deplorable. Una rápida reseña de las peculiaridades fundamentales de algunos países que han adoptado también la república federal como molde gubernativo (especialmente de Suiza, los Estados Unidos y la República Argentina), le permite mostrar cuán grandes y profundas diferencias existen entre esas tres naciones y el Brasil y cómo esas desemejanzas deben reflejarse en sus cartas respectivas. « No es sin motivo, dice, que insisto en estas explicaciones. Cometen generalmente en el Brasil, tanto los defensores como los adversarios del gobierno presidencial, el error de suponer que el sistema no puede existir sino como copia de los Estados Unidos. Es de ahí que nace la extravagancia de presentar la crítica de las instituciones americanas cuando quieren comentar las nuestras, del mismo modo que hacen el elogio de las inglesas como apología del pasado ensayo de parlamentarismo que tuvimos. Huyendo de ese método radicalmente falso, daré siempre por entendido que la Constitución del Brasil debe ser, ante todo, brasileña, que no hay tipo alguno concretizado ó ideal para las instituciones que nos convienen y que, si en algunos ó en muchos puntos nos confundimos con lo que está admitido por otros pueblos, es porque tales casos entran en el número de aquellos que son comunes al género ó á la especie á que pertenecemos ».

Después de esta advertencia, el libro de Assis Brasil entra de lleno,

y con plausible franqueza, en el análisis del conjunto de hechos de la actual política interna brasileña. Interesante como es esa parte de su estudio, ella sin embargo adolece de deficiencias que no pueden reprocharse á su autor, porque ellas se explican por el ardor natural de su patriotismo. Su filiación de republicano militante, de antiguo propagandista del credo de su partido en las páginas volantes de *La Evolución* y en el libro sobre la *República Federal*, imponen restricciones forzosas á sus facultades analíticas y circunscriben el campo de sus visiones intelectuales. Es cierto que la caída súbita del imperio, desmoronado de golpe, derrumbado de un soplo cuando parecía más sólido, indica que el sentimiento monárquico no había arrojado raíces poderosas en el Brasil. Las nuevas instituciones fueron implantadas sin dificultades, impuestas por la voluntad del Ejército y la Armada y aclamadas ó soportadas sin un leve conato de resistencia por la inmensa mayoría de la nación. ¿Cómo se explica entonces la reacción producida poco tiempo más tarde y las agitaciones incesantes de que, durante los años de su vida nueva, ha sido teatro el Brasil? En todas las secciones de nuestro continente, esas agitaciones han precedido generalmente á la época de la organización definitiva del país. Se comprenden las luchas tenaces entre federales y unitarios en la República Argentina, porque en ellas se debatía un principio político fundamental para el desarrollo futuro de nuestra nación. Pero en el Brasil actual, entrado de golpe y sin obstáculo en el goce de una forma de gobierno que parecía ser el ideal de la mayoría de su pueblo ¿cómo explicar y comprender el malestar político que ha sobrevenido al triunfo de aquella forma y los síntomas de anarquía y descomposición interna que han aparecido precisamente en los momentos en que parecían estar más plenamente satisfechas las aspiraciones de la masa popular?...

Assis Brasil afronta el problema y trata de resolverlo aplicándole un criterio doctrinario. Desde luego, después de discutirla, elimina la hipótesis de que las agitaciones que han perturbado la marcha de la nación, nazcan del desacuerdo de sus miembros en cuanto á la for-

ma de gobierno. ¿Será por la *cuestión social*, se pregunta entonces, que, á semejanza de otros pueblos, se dividen los brasileños? Su respuesta es categórica y definitiva: no existe cuestión social en el Brasil, en el sentido que á esta expresión se da en Europa; y no existe porque no hay falta de trabajo ni abundancia de trabajadores, ni pauperismo, ni proletarios, ni siquiera lo que económicamente se llama capital. ¿Será, por fin, la causa del malestar político que ha aquejado y aqueja al Brasil, el modo de hacer funcionar la república que se ha dado aquel país? ¿Será una cuestión de naturaleza administrativa ó de naturaleza política? Sobre lo primero, Assis Brasil no encuentra motivo de duda. Para él la opinión nacional se encuentra de perfecto acuerdo con el orden administrativo de la nueva forma de gobierno. La federación le parece colmar las aspiraciones más caras del pueblo de su patria, y afirma este principio con una convicción que estoy lejos de compartir, basado quizá en un examen deficiente de los acontecimientos contemporáneos. En resumen, por medio de este proceso de eliminación, el distinguido escritor llega al punto que se proponía y concluye que la cuestión que domina á todas en su país en estos momentos es la que se refiere á la mejor organización del gobierno republicano federal. El arduo problema se sintetiza para él en estos dos términos: república *presidencial* ó república *parlamentaria*. Procurar descubrir lo que hubiere de verdadero ó de falso en las razones de los partidarios de uno ú otro sistema, cotejar las disposiciones de la Constitución brasileña con la doctrina más conveniente á las condiciones de su país, interpretándola y proponiendo algunas modificaciones que la hagan más capaz de conquistar el respeto y el amor de la mayoría de sus conciudadanos, es el objeto que, casi en los mismos términos, declara haberse propuesto el estimable publicista en la obra de que me vengo ocupando.

Sin duda, el propósito es elevado y la forma como están tratados los diversos temas que desfilan en sus páginas merece los mayores elogios por la corrección de la frase, la finura del análisis y el crite-

rio de serena imparcialidad que campea en todas sus partes. No obstante, es forzoso preguntarse si el diagnóstico de Assis Brasil es exacto, y esta duda asaltará á más de uno de sus lectores brasileños, sobre todo de los que no siguen ciegamente las sugerencias del partidismo ciego ó no se dejan cautivar por las deducciones de una ideología doctrinaria. Profundizar este punto importaría descender á consideraciones muy extensas y entrar en un género de desarrollos que no se avienen con la índole de estas notas literarias y me conducirían á un terreno del que deliberadamente quiero y debo apartarme. La insinuación de esta duda basta para quedar en paz con mi conciencia de crítico y para señalar el punto débil del vasto edificio levantado por el talento de Assis Brasil.

Porque si, en efecto, el origen de las perturbaciones y el malestar que ha caracterizado los primeros años de la República brasileña, no se encuentra en el conflicto latente ó declarado entre los partidarios del *presidencialismo* ó del *parlamentarismo*; si son otros motivos menos didácticos, menos trascendentales en su sentido filosófico y doctrinal; si para desentrañarlos hay que descender hasta la raíz histórica del pueblo brasileño y examinar la raza, el medio en que ella se ha desenvuelto, los caracteres sociológicos y morales que la distinguen, su falta de educación para la vida democrática, todo ese vasto conjunto de elementos que es necesario tener en cuenta para definir y comprender una situación dada en un período de transición y en una nación despojada de caracteres propios definitivos, — todas las hermosas teorías del libro sobre el *Gobierno Presidencial* perderán el carácter práctico de que ha querido dotarlas su autor y esta obra tan distinguida ocupará el puesto honroso que le corresponde entre sus congéneres destinadas á exponer, de una manera abstracta, teorías de gobierno más ó menos acertadas y ventajosas. Mucho temo que este sea el lugar que corresponda al estudio de Assis Brasil; no por falta de preparación ni de inteligencia de parte del distinguido escritor, sino por las peculiaridades de su talento y por la elevación de su criterio científico y filosófico. En mi humil-

de opinión, me parece que en el estado actual de la mayor parte de las secciones de nuestro continente no se pueden someter á los rigores de una crítica elevada y principista ciertos movimientos espontáneos y brutales de la masa popular, que no obedecen á ninguna razón lógica y no se explican ni comprenden sino por la misma ignorancia de esa masa y por las pasiones feroces que nacen á su amparo. La verdad deplorable y que todos ocultamos por un sentimiento tal vez noble de orgullo nacional, es que en el fondo de la mayor parte de las miserables contiendas políticas sudamericanas no se debaten cuestiones de principios, sino luchas de pasiones y de apetitos vergonzosos. Todas esas palabras pomposas de «federalismo», «presidencialismo», «parlamentarismo», etc., sirven sólo para mechar los manifestos de los libertadores, de los Barrios ó Cáceres de hoy, como de los Rosas ó López de ayer, y para cubrir con una grotesca máscara de patriotismo y convicción política lo que en el fondo no es sino el amor del poder y de la riqueza, el odio ciego del adversario, el desenfreno brutal de la *bestia* política que lucha con las fauces enrojecidas por gozar largo tiempo de los frutos del botín.

Á pesar de todo, y á despecho de esas restricciones, Assis Brasil ha escrito una obra notable, inteligente, digna de ser apreciada y leída por todos los hombres de su país que se sienten superiores al medio político en que viven, y pugnan por educar y preparar á su pueblo para el ejercicio franco y leal de sus derechos de ciudadano. Son obras de esa clase y autores de su talla los que al fin traerán la regeneración verdadera de nuestra América, tan poco preparada todavía para el ejercicio de la democracia. En ese sentido, ella merece la mayor consideración y simpatía, no sólo por las ideas elevadas y generosas que la inspiran, sino también por el acierto con que se propende á poner en descubierto muchas de las raíces de los males que nos devoran y encuentran una personificación funesta en los últimos tipos del caudillaje continental, ya próximo á desaparecer. En efecto, cualesquiera que sean las reservas que puedan formularse sobre la eficiencia de la obra de Assis Brasil para el fin que él se ha

propuesto al trazarla, lo cierto es que todas sus partes son armónicas y estimables, tomadas separadamente, y que de su lectura pueden sacarse ideas sanas, fecundas y exactas sobre muchos de los problemas políticos de actualidad que preocupan la atención del mundo.

Tal sucede, por ejemplo, con el *parlamentarismo*. Sin caer en las sátiras más ó menos justas de Max Nordau, Assis Brasil examina con altura las ventajas é inconvenientes del sistema parlamentario, acabando por convenir, con Emile Laveleye, que el parlamentarismo ha burlado muchas esperanzas y que su absolutismo *sui generis* es capaz por sí solo de arruinar las bases del sistema representativo. Sus opiniones coinciden en este punto con las de uno de los más distinguidos pensadores contemporáneos, William Hartpole Lecky, autor del precioso estudio *Democracy and Liberty*, que sin duda conoce Assis Brasil, no obstante su horror á las citas de autoridades extrañas. Según el eminente publicista inglés, uno de los más característicos rasgos de los últimos años del siglo en que vivimos es el descontento general que provocan los cuerpos representativos, no solamente en Europa sino también en los Estados Unidos. « En algunos países — añade — el sistema parlamentario significa variación constante de gobierno, finanzas en ruina, rebeliones militares frecuentes, sistemático manejo de constituyentes. En la mayor parte de los países se ha mostrado singularmente estéril en altos talentos. Parece haber caído más y más bajo en el control de hombres de estampa inferior; de habilidosos charlatanes ó intrigantes; de intereses seccionales ó de grupos reducidos; y la afección y el respeto que él inspiraba á varias naciones ha disminuído visiblemente. Laveleye ha hecho notar con verdad el suspiro de alivio que se siente en algunas partes cuando el parlamento suspende sus sesiones, y el creciente sentimiento de que América ha obrado cuerdamente restringiendo á muchas de las legislaturas de sus Estados á sesiones bienales. Observa, con alguna crueldad, que Italia tiene una ventaja especial en su capital — la malaria de Roma — que limita eficazmente las sesiones del Parlamento ». En el fondo,

estas mismas opiniones, aplicadas á su patria, se desprenden de la obra vasta é interesante del escritor brasileño destinada á probar, como lo dice su autor en las últimas palabras de su estudio, que la índole y las más esenciales condiciones del Brasil son inconciliables con el parlamentarismo, en tanto que ellas se armonizan fácilmente con el espíritu del gobierno presidencial.

XIX

Para dejar diseñada la fisonomía de los más distinguidos críticos del Brasil actual, debo ocuparme, aunque no sea con la extensión que reclamaria un estudio completo de su intelectualidad, de Tristán Alencar Ararife Junior, cuyo nombre ha acudido frecuentemente á las puntas de mi pluma en el curso de las páginas anteriores. Con Silvio Romero y José Verissimo, él ha emprendido la obra interesante y difícil de « explicar » el espíritu brasileño á sus contemporáneos y en algunos de sus libros ha llegado á resultados notables de penetración y clarividencia. Pero, menos ecléctico que sus compañeros, menos abierto á las influencias exteriores, su originalidad reside principalmente en su apego al terruño nativo, en su adaptación perfecta al medio en que vive, en una palabra, al *nativismo* literario que se confunde en él con el nativismo político. El carácter intransigente de la pasión patriótica es el distintivo del hombre y del escritor; tal vez por eso él interpreta con más verdad en su estilo y en sus ideas los rasgos característicos de la modalidad brasileña.

Los primeros ensayos literarios del señor Ararife Junior se limitaron al campo de la novela. Acabo de recorrer rápidamente una de sus primeras obras *O ninho de beija-flor* (El nido del picaflor) publicado en 1874, y debo confesar que este primer aleteo de su musa debió parecer á sus contemporáneos una promesa mediocre de dotes literarios. Parece que antes había publicado una serie de *Contos brasileiros* (1868) y una *Carta sobre la literatura brasileña*

(1869), que no ha llegado á mis manos. Si he de atenerme, sin embargo, al *Nido del picaflor* y teniendo en cuenta el progreso natural en que debe confiarse tratándose de un escritor que lucha por adquirir una forma y un estilo propios, aquellos primeros frutos de su verjel no debían ser famosos. Conozco pocas obras más infantiles, más simples en su forma y en su argumento, que el *Nido del picaflor*. El romanticismo extravagante y ridículo de su héroe, la pintura de Alice, que se complace en torturar el corazón de aquel infeliz con una inconsciencia perfecta del martirio á que lo somete, todo es allí flojo, diseñado al tanteo, escrito en ese tono ditirámico que acusa al principiante literario y delata los primeros ejercicios de una mano que se ensaya. El desgraciado Theobaldo aparece en la novela en un estado de excitación nerviosa extraordinario, como un poseído ó un maniático. Sombrio como los héroes byronianos, se dirige al Jardín Botánico, toma allí un narcótico, y después de varias tiradas trágicas, suspiros, maldiciones, lamentos y despedidas, resuelve poner fin á sus días y se dispara un tiro de revólver. Felizmente, en ese mismo instante, un médico á quien ha confiado por medio de una carta su resolución, llega en su auxilio y tiene tiempo de recogerlo y conducirlo á su casa, donde los cuidados maternos acaban de reanimarlo. Su carta de despedida es un verdadero «trozo selecto» de literatura de catorce años: «Un insecto venenoso, Marcos, picó la flor de mi juventud como al Werther de Goethe. Mi madre infeliz, al lanzarme á este mundo, no pensó en dar el sér á un triste condenado. El estigma de que habla el héroe de Shakespeare, esa facultad deforme que suele anular las más bellas cualidades del hombre, alzóse desde el fondo del alma, abriendo la más tremenda lucha contra la razón y el entendimiento. Fué así que las cosas empezaron á presentármese sólo por el lado negro y horrible. Y mi temperamento sensible y enfermo, llevado al auge de su desenvolvimiento, hízome sucumbir aplastado y perdido en el vacío que se rasgó en las profundidades de mi alma. Debilitado el espíritu, á poco me sentí paralítico moral. La parálisis moral es el mayor tormento

que pudo infligirse al mísero mortal que en este valle de lágrimas habita»... *Et sic de ceteris*. Esta curiosa «exposición de motivos», continúa en el mismo tono durante veinticinco páginas impresas. En fin, y para no torturar más á mis lectores que estarán ansiosos de conocer el final de la historia de este Manfredo «al opoponax», les diré que después de salvar á Alice que cae en las aguas del río de la Tijuca, Theobaldo, á pesar del «estigma» y del «insecto venenoso», acaba por casarse con la casquivana, y, como dice uno de los personajes de la novela, «el ángel de los castos amores abriga á la pareja bajo sus candidas alas».

Sentiría que se pretendiera encontrar un móvil satírico en el rápido análisis de esa obra juvenil. En realidad, ella es lo que debe ser, y creo que todos los que han pasado por la época de la iniciación, deben mirar con simpatía estas primicias de un talento que se ignora á sí mismo. No todos tienen el envidiable privilegio de ser «niños sublimes» en la aurora de la vida. *El nido de picaflor* está á la altura de las demás obras de su especie, escritas en la adolescencia, con una feliz ignorancia de las dificultades del arte. El error tan disculpable y humano, por otra parte, que no me atrevo á condenarlo, está en dar á la estampa esos ensayos prematuros, que carecen de importancia y de interés. Pero en Sud América es raro el escritor que no se haya hecho reo de un delito semejante. ¡Felices todavía los que como el señor Araripe Junior, pueden hacer absolver, con sus obras posteriores, los pecados veniales de su infancia intelectual!...

En el *Reino encantado*, publicada en volumen en 1878, se nota un visible progreso. Sin duda, muchas objeciones pueden hacerse á esa novela ó «crónica sebastianista», como la denomina su autor, y no hay poco que observar respecto al desarrollo de su argumento y á las escenas que ocupan su segunda mitad. Pero, con todo, el interés que ella despierta desde el primer momento, se mantiene vivo durante la mayor parte de la obra, y aunque ese interés sea del género del que inspira *Ali Babá y los cuarenta ladrones* ó cualquier otro cuento árabe igualmente inverosímil, lo cierto es que ese libro

se lee fácilmente. La vida de las *fazendas*, durante la época de la esclavitud, la sublevación de los negros, el tipo de Vasconcellos y de su esposa, todos los primeros capítulos del libro son acertados y felices. En la segunda parte misma, en el cuadro de las escenas brutales y terribles del campo de los fanáticos, hay detalles de una realidad admirable mezclados por desgracia á exageraciones y extravagancias que acusan todavía la mano juvenil. El tema de la narración es emocionante y curioso; pero los incidentes de la vida de los secretarios del «Rey Divinidad» se alargan demasiado, y á fuerza de querer prolongar la emoción que inspiran aquellas prácticas sangrientas, la imaginación se fatiga y se ven con demasiada claridad las «ficelles» de la historia fantástica. Las hecatombes horribles que preceden al asalto de los invasores, el suplicio brutal de Juan Ferreira, la decapitación de la inocente criatura que quiere bañar con su sangre el ara de la Piedra Hermosa, producen un efecto de monstruosidad inútil y falsa, y en vez de aumentar el interés del lector lo debilitan y enervan. Pero el estilo de la novela es más firme, más colorido, más literario y hay en ella cierto soplo inspirado que falta en absoluto en ese idilio gris del *Nido de picaflor*. La misma ferocidad romántica y artificial de la leyenda que sirve de base á la obra, tiene cierto sello de grandeza indiscutible. Á través de muchos años y en medio de las brumas del recuerdo, al terminar la lectura de *El Reino encantado* he sentido una impresión más débil pero análoga á la que, en los días de mi adolescencia lejana, me produjo la lectura de *Bug-Jargal*. Cerca de un cuarto de siglo ha pasado desde entonces y no he vuelto á releer después esa obra febriciente. Pero el instinto literario raras veces nos engaña; y creo que esa evocación repentina de un libro fuerte y vibrante me ha sugerido la verdadera impresión que produce en el espíritu la obra de que me ocupó.

Los ensayos novelescos de nuestro autor terminan con la publicación de *Chico Melindroso* y de *Luizinha*, un romance de costumbres cearenses. No conozco ninguno de estos libros, pero el silencio en que ambos han caído me autoriza á suponer que, sin carecer tal vez

de condiciones apreciables, ellos no darán toda la medida del talento de su autor. Para apreciar ese talento en toda su amplitud, debo, pues, penetrar de una vez en el análisis de sus obras críticas.

XX

Según Araripe Junior, la reconstitución de sus ideas data de 1873. «Fué en ese año, —dice en la advertencia que encabeza el volumen de su estudio sobre *José de Alencar*, — que leí por la primera vez las obras de Spencer, la *Historia de la Civilización de Inglaterra* de Buckle y los trabajos críticos de Taine. Residía yo entonces en la provincia del Ceará, cuando se formó allí un círculo de jóvenes estudiosos, del cual se constituyó centro el fallecido Raymundo de Rocha Lima, discípulo fervoroso de Comte. En este círculo pasáronse en revista, en cuanto lo permitían las fuerzas de cada uno, todas las ideas del siglo. Como era de esperarse, no pasó mucho tiempo sin que las conversaciones se hicieran diario, y el diario tribuna. La cuestión religiosa estaba en su auge. Organizáronse conferencias contra el clero, y ese movimiento llegó á conmover de tal modo la opinión católica, que un ilustrado jurisconsulto no vaciló en dar á Fortaleza el nombre de la Tubingia brasileña. Al lado de Capistrano de Abreu, de Thomas Pompeo, y de otros fuertes del círculo, entré en esos ensayos... Sin estudios científicos, tan poco accesibles aún hoy á los bachilleres en derecho, después de esto, fué lenta para mí la ascensión de la montaña filosófica. Yo no podía ser indiferente al ingreso en el país de nuevas ideas; pero estaba obligado, por higiene, á sujetarme á un proceso de asimilación cautelosa. Si lenta fué, pues, la transformación mental, más lento debía ser todavía el cambio de los bastidores literarios, de los engranajes empleados en la composición, de los hábitos en fin adquiridos en la primera lección... »

He transcripto todo este párrafo, porque en su noble franqueza, y

á pesar de sus afirmaciones inexactas de sobriedad en la adopción del nuevo credo, él da una clave perfecta de la modalidad crítica de Araripe Junior, y explica con claridad la forma de su estilo. En efecto, ese esfuerzo de voluntad que él no hace sino insinuar, esa iniciación repentina en un mundo de ideas nuevas que lo deslumbran y se apoderan de su espíritu con el « rayo » de las pasiones instantáneas, se refleja en una cierta contracción, cierta dureza de que se resiente su estilo de crítico hasta en sus obras últimas. Se diría que aquella lucha por ahogar al romántico que existía en el fondo de su naturaleza, por matar ese « *poète endormi, toujours jeune et vivant* » á que se refiere el precioso soneto de Musset, ha dejado impresa en su espíritu una señal indeleble. Desde entonces, su frase laboriosa y cincelada pierde en gran parte el fuego de la espontaneidad y la alegre lijereza de su genialidad nativa. Su pensamiento se funde en moldes severos, se enfeuda al canon de principios filosóficos inflexibles. Un prurito de conciencia exagerado lo obliga á encarrilarse en un camino invariable y le impide esas escapadas bruscas, esas digresiones alegres en que la fantasía se abandona á sí misma y ocupa un asiento en el carro ligero de la reina Mab. El crítico se entrega con austeridad al cumplimiento de su misión filosófica. Hay cierta exageración de puritanismo de neófito en esa fría voluntad con que él encara el estudio de la obra literaria, en la lenta disección de su análisis cauteloso y tranquilo. Basta recorrer su larga é interesante obra sobre José de Alencar para ver la verdad de estas observaciones. El señor Araripe Junior está estrechamente ligado por vínculos de familia con el autor de *Guaraní* é *Iracema*. Su estudio es excelente y deja poco que desear en cuanto se refiere al examen de la vida intelectual del novelista brasileño. Araripe Junior desmonta sus obras, examina sus resortes, muestra los más pequeños rodajes de ese mecanismo frágil y complicado, con una minuciosidad y paciencia de joyero suizo... Y, sin embargo, al terminar la lectura de ese trabajo lleno de mérito y que revela un talento distinguido, la imagen de José de Alencar

permanece turbia en nuestro espíritu, ella no se diseña con rasgos definidos á nuestros ojos. Todo lo que se refiere á la psicología del «literato» es acertado... El retrato del escritor parece uno de esos esbozos al carbón que los pintores preparan sobre la tela blanca para llenar sus contornos con la pincelada colorida. Los rasgos de la fisonomía de José de Alencar se encuentran allí diseñados con fidelidad, las proporciones han sido concienzudamente guardadas, y el trazo de las líneas seguras, revela un pulso firme y una ciencia apreciable del dibujo... ¿Qué falta á la obra para que sea completa? Falta la tonalidad cálida del pincel que mezcla sin temor los colores de la paleta, falta el relieve que da la sombra bien distribuída, falta en suma ese golpe atrevido del artista que confía en los hallazgos de audacia, ese *coup de pousse* irresistible que en la esfera de la escultura es lo único que hace que una *terra cotta* industrial, armoniosa y tranquila, se diferencie de un boceto de Rodin ó de Falguière.

Sin embargo, es necesario no exagerar el sentido del símil, para no caer en una gratuita injusticia. La obra crítica de Araripe Junior es una obra de arte verdadera, y ella tiene un valor real, á pesar de las exigencias de su método exclusivista. Lo que se echa de menos en ella es lo que para su autor sería más fácil añadirle, si al escribir como lo hace no se sometiera de antemano á un programa inflexible. Y es necesario agregar que esa misma disciplina de sobriedad, de análisis frío, de observación positiva y científica, ha sido quebrantada más de una vez por el distinguido autor en sus últimas publicaciones, en el notable estudio sobre *Gregorio de Mattos* (1), que es un modelo del género, en el *Movimento de 1893* y especialmente en la fantasía desenvuelta y brillante titulada *O crepusculo dos povos* (2).

Consideremos, por ahora, el estudio ya mencionado sobre *José de*

(1) T. A. ARARIPE JUNIOR, *Litteratura Brasileira; Gregorio de Mattos*, Pauchon y compañía, 1894.

(2) T. A. ARARIPE JUNIOR, *Litteratura Brasileira, Movimento de 1893, O crepusculo dos povos*, Rio de Janeiro. Typographia da Empreza Democratica Edictora, 1896.

Alencar (1). Siguiendo el método de Taine, Araripe Junior principia por enumerar las fuerzas primordiales que obran sobre el novelista. « No estará demás recordar—dice—que el autor de *Guarany* vió la luz del día en un clima tórrido, donde la tierra y concomitantemente sus habitantes pasan por sacudimientos periódicos, ocasionados por el terrible fenómeno de las «*sequías*». Considerado el medio en que se desenvolvió el escritor, Araripe Junior estudia el conjunto de circunstancias ambientes hereditarias, etc., que pudieron ejercer una acción importante sobre su desarrollo intelectual. La historia psicológica de los padres de Alencar tiene su puesto señalado en esta parte del libro, el transplante del adolescente del centro tropical en quena-ció á la capital del Brasil, su educación en San Pablo «y la convivencia en esa tierra donde todavía son tan vivaces las tradiciones respecto á los primeros exploradores del Brasil». Siguiendo en este camino, el crítico llega al análisis de la facultad dominante de su modelo y la encuentra en el «dón de lo grácil» que le parece el rasgo característico y permanente de su talento literario. Es inútil seguir más lejos el desarrollo de las fórmulas del análisis de Taine aplicado por el distinguido crítico brasileño á la obra vasta y compleja de su pariente y maestro. Con lo dicho basta para que se vea cuán sincero es Araripe Junior al expresar la influencia ejercida sobre su método por el gran filósofo francés, que si bien no puede ser llamado el verdadero iniciador de la crítica natural, porque este honor correspondería con más justicia á Saint-Beuve, ha sido el organizador de esa crítica, «á la que ha impreso el carácter de un espíritu esencialmente organizador, sujetándola á una disciplina sistemática» (2).

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

(Continuad).

(1) T. A. ARARIPE JUNIOR, *Litteratura Brasileira, José de Alencar*, 2ª edición, Fauchón y C^a. Río de Janeiro, 1894.

(2) GEORGE PELLISSIER, *Nouveaux Essais de Littérature contemporaine*, 1895.

EL HOGAR DESIERTO

Egik semea duke, ez ezaguke.

Haz duque á tu hijo — ya no te conocerá.

(Refrán vascongado).

Al tranco de nuestras mulas, desde las doce del día, atravesábamos la garúa sorda, enervante, disolvente, parecida á una lenta submersión en una laguna. Caminante ¡librete Dios de lluvia mansa! — El borrado horizonte confundía el telón gris del cielo con la franja de los montes descoloridos. Serían las cinco de la tarde, y ya el indeciso crepúsculo bañaba en derredor las desmayadas arboledas, no permitiendo distinguir á diez pasos un algarrobo descarnado de un tupido laurel. La honda senda anegada remedaba un canal sin corriente, y nuestras mulas ya pesadas, porfiando por *bordear* en la resbalosa orilla, nos hacían azotar el rostro con ramas extraviadas. Un gran silencio en todo el campo, sin un chillido de loro ni una ráfaga de huracán.

Como se desatara la lluvia con traza de tormenta, habíamos perdido una hora de la siesta al reparo del monte, hasta que se volvió desahuciado temporal. Y este retraso, sumado con el de la marcha cada vez más lenta, con bestias cansadas por el mal camino, tenía que alejar bastante la pascana: pues en esa región fronteriza de la pro-

vincia de Santiago, se miden las jornadas forzosas de seis ú ocho leguas, por las contadas casas ó rancheríos de las estancias.

La noche venía cerrando, después de la larga oración de ese día nublado. Felizmente mi peon Jerónimo, criado en la huella, era capaz de rumbear por donde el diablo perdió el poncho; y, después de diez años que no pasaba por allí, no había olvidado uno solo de los deshechos que, según él, acortaban el camino. De cuando en cuando me dejaba alcanzar para ver y oír á un sér humano: él llegaba, indiferente, silboteando entre dos blandos rebencazos enderezados á su mula, con el pañuelo atado bajo el sombrero y pegado á las costillas el pochito de mala muerte. Arrimadas las jacas, sin ánimo ya para las chanzas habituales, murmuraba lúgubrementes: *¡A ver un traguito, Jerucho!* — Y fraternalmente, igualadas las condiciones por el mal paso, yo primero y él después, volcábamos en los labios el frasco de caña tucumana que traía en sus alforjas.

Al ponernos nuevamente en marcha, el peón solía gritarme por vía de consuelo: *¡Ya falta cerca, Señor!* — ¡Pero hacía tres horas que la fórmula se había desvirtuado!

Y seguía la etapa interminable, en las cabalgaduras aplastadas, con la perspectiva probable de una parada de noche en ese monte ralo pero saturado de humedad. Sentíamos el agua corrernos desde la nuca á los talones, dudando de si el primer calofrío no era el preludio de un ataque de chucho fronterizo — ¡y sin tener siquiera el consuelo de echar al aire la tristeza, envuelta en el humo de un cigarro!

Yo iba cabizbajo, novicio aún en las penurias de la vida, con las manos recogidas debajo del poncho tieso como casulla, y el cuello envarado entre los hombros, — envidiando la suerte de los horneritos ocultos en su nido de barro, bien enjuto, bajo la rama maestra de un quebracho; ó la quietud de las vizcachas acurrucadas en los tibios recovecos de su guarida... ¡Oh! ¡rudo escarmiento de la locura juvenil, castigo harto severo que enemista por siempre con la dicha! Y figurábame entonces la indecible felicidad de los que estaban viendo llegar la noche lluviosa, cubiertos por el alumbrado techo, delan-

te de la mesa puesta, en esa alegre batahola de los niños que juegan con las sirvientas en los corredores de las estancias. Y el pensamiento, después, se volaba más allá, á lo que conocía mejor: á las ciudades confortables é iluminadas, donde se vive casi sin saber de la intemperie y las estaciones, hallando más dulce acaso la caricia del hogar cuando el frío y la humedad de la calle parece que estrecharan la familia... « ¡Qué valen (decía para mí) las distinciones de clase y educación! Ese peón es igual mío, es superior, porque soporta mejor que yo estos trabajos. La gran desigualdad de las condiciones humanas descansa en la fortuna material. Al rudo trabajar lo llaman *ganarse la vida*: es decir, reconcentrar y poner uno en batería todas sus fuerzas y aptitudes para conquistar lo que un rico tiene sin esfuerzo ni pesadumbre. Fuera de la riqueza, no hay independencia ni felicidad... »

Y así pasaba el tiempo en esta insulsa cavilación, interminable como el camino, descolorida como los montes de sus orillas, que me parecían gotear innumerables lágrimas de desconsuelo por la muerte del sol...

Tanto me había cansado de esperar el fin de la jornada, que ya me parecía natural que no terminara jamás. Iba dormitando á medias, cuando de repente un lejano ladrido me despertó. Luego la voz del peón: *¡Ya estamos!* — ¡Santa palabra! Me detuve para ponerme al habla con Jerónimo.

— ¿Qué horas serán, Jerucho?

Y él, siempre fiel á la diplomacia criolla, que manda no comprometer opinión:

— ¿Qué horas serán, pues, señor?

— Y ¿qué tal, esa *Cañada* donde vamos á parar?

— ¡Linda no más, señor! ¡Ahí verá qué sala! Y si está don Martín, no digo nada. En tres días nos deja ensillar...

Ya había oído nombrar á ese don Martín Baigorrry, más conocido que la leña en las provincias del Norte. Sabía que era un vasco francés, establecido de muchos años en la frontera: curtidor, estancie-

ro — el más rico de la comarca, — y que se lo pasaba en el campo, fuera de una que otra zambullida en la ciudad : en fin, un criollazo. Tenía no sé cuántos miles de vacas desparramadas en treinta leguas de campo : ganado alzado la mayor parte, pero que vendía por puntas á los sanjuaninos que cada año caen por allí.

Ahí concluían mis averiguaciones. Por lo demás, ignoraba absolutamente si el tal don Martín era gordo ó flaco, soltero ó casado, blando ó recio para la gente. Pero no era el momento muy á propósito para melindres ; y enderecé hacia la luz que chispeaba entre las ramas, con esa confianza del viajero argentino que grita desde la tranquera : ¡ *Ave María!* — seguro de escuchar el ¡ *Sin pecado!* que significa ¡ Pase adelante!

Acostumbrado á nuestros ranchos de morondanga, sorprendiome el aspecto « imponente » de la casa que vislumbré en la obscuridad. Era un ancho edificio regular, con corredores en contorno y columnata de ladrillo. Puertas de dos hojas, graderías de material, techo de teja, todo el frente blanqueado, ¡ hasta ventanas con cristales! Vamos, un lujo asiático para esas alturas.

Yo era enemigo de pedir hospitalidad á los rústicos « decentes » ; prefería siempre parar en el rancho humilde, donde me hacía dueño de casa con cuatro « chirolas » distribuídas con oportunidad. Así es que, bajada la tranca, sin desmontarme, me dirigí al fogón encendido bajo una ramada, donde los peones hormigueaban alrededor de una olla de loco. El capataz se levantó, gritándome:

— ¿ Por qué no se ápia, amigo ?

Y me *apié*, sin más cumplido, apretando la mano del capataz como si hubiéramos cursado juntos filosofía.

Ya estaba arrimado al fogón, secándome la ropa que humeaba como una estufa, cuando una chinita entró en la rueda y, dirigiéndose á mí :

— Dice el patrón que ¿ cómo es su gracia?..

— Dile que no me ha de conocer, pero que soy paisano suyo...

Á los dos minutos volvió la sirvienta con una invitación para pasar adelante. Y aunque más me gustara acabar de orearme, alargando mis botas hacia la llama alegre, no pude desairar á don Martín. Alcancé á distinguir un bulto parado en el corredor, al tiempo que una voz clara y jovial gritaba en la obscuridad:

— *Nola zira*, paisano?

Recordaba todavía la fórmula vascuence, tantas veces oída en los alrededores de Biarritz, y contesté valientemente á don Martín que me alargaba la mano, ancha como una raqueta:

— *Unzá, eta su?* (Bien, y Vd.?)

Pero consideré más prudente explicarle desde luego que éramos paisanos — hasta cierto punto — no por ser yo vasco, sino él francés. Parecióme al pronto que la declaración echaba un sordina á su entusiasmo; con todo, se resolvió á aceptar la anexión, y hasta ensayó algunas frases francesas; pero adoptando bruscamente el castellano, por « no tener la lengua suelta », me hizo pasar al comedor.

Era una pieza espaciosa, blanqueada, alumbrada por una vela de sebo plantada en candelero de latón; por únicos muebles: un armario y algunas sillas de suela alrededor de la mesa central, sin mantel. En los rincones, algunas botellas, marcas de hierro con la punta embutida en un *caracú* á guisa de mango, y dos ó tres caballetes con aperos chapeados, frenos y dos sillas de mujer en su funda. Don Martín acababa de comer, solo, como lo indicaba la mesa servida en una punta. Volvió á sentarse, señalándome una silla al frente, encendió su larga pipa de barro, magistralmente curada, que colocó en el alvéolo del colmillo izquierdo; armé á mi vez un cigarrillo, y mientras cambiábamos nuestras filiaciones, pude examinar cómodamente á mi huésped de una noche.

Era don Martín un ejemplar de esa admirable raza éuskara, conservada pura por la montaña y criada intrépida por el mar. Otra no hay que honre más la familia humana: es bella, es noble, es valiente, y con razón se atribuye cada hijo libre de la sierra el de-

recho nato de hidalguía. No han degenerado de esos montañeses de hace mil años, cuyos cráneos de granito mellaron la espada de Roldán; ni de esos rudos navegantes del golfo, que fueron los primeros en arponear ballenas y perseguirlas hasta las costas de Groenlandia.

Mi huésped demostraba unos cincuenta años: era alto, macizo, musculoso; el ancho rostro curtido por el sol guardaba aún ese rasgo de fuerza bondadosa, tan general en ese pueblo; los ojos azules mirabande frente, con ingenua intrepidez; la boca tenía un aspecto casi infantil, más acentuado aún por la cara imberbe, con excepción de la corta patilla que es rasgo nacional. Sin corbata ni chaleco, dejaba ver la faja tradicional por entre el saco desprendido; y al hablar, su puño derecho, capaz de pulverizar una piedra, martillaba á compás la gruesa mesa de cedro. — Pero una invencible lasitud, que no era efecto de los años, se traslucía debajo de ese aspecto formidable. El viejo atleta estaba seguramente roído por algún pesar secreto; y por momentos, entre una pregunta indiferente y una respuesta insignificante, dejaba caer con un fuerte suspiro la arrugada frente sobre su mano abierta...

Entre tanto, yo había despachado lindamente el churrasco que me hiciera servir; pero no había pan ¡cual el tiempo, tal el tiento! Y como llegase al término de la comida un poco elemental, me preguntó distraídamente:

—¿Tomará Vd. una copa de vino?

—Don Martín, replíquele sencillamente, he nacido entre Cette y Burdeos....

Se sonrió débilmente, y fué en persona á sacar de la despensa una botella que destapó, sirviéndome sin ceremonia: trajo luego otro vaso para él, y bebimos, después de trincar como dos camaradas. Quedé asombrado; era un *grand cru* legítimo, y para honrarle no escatimé el chasquido de lengua que es el obligado homenaje de un perito. Una cosa ¿verdad? es una estancia de la frontera santia-gueña, y otra un comedor de diplomáticos...

Un segundo vaso de ese bendito vino produjo en mi humedad de todo el día el efecto de una salida de sol : me volvió el alma al cuerpo. Mientras que por el contrario — ¡cosa extraña ! — la frente de don Martín parecía nublarse más y más. Positivamente, la conversación languidecía ; y ya pensaba en pedir la dirección de mi dormitorio, á pesar de la hora inverosímil, cuando se me ocurrió preguntarle, por decirle algo, en qué punto de los Pirineos había nacido. Me contestó con cierta tristeza: Soy de Guétary. ¿ Conoce Vd. esos parajes ?

—Por supuesto, dije con satisfacción : he pasado algunos meses en Biarritz, y visitado uno por uno todos los puntos de la costa, desde el Adour hasta el Bidasoa. ¡ Guétary : aldea encantadora ! Veo todavía la iglesia rodeada de casitas blancas que resbalan hasta la playa, en medio de los bosquecitos y trigales. ¡ Vaya si conozco su tierra !..

Un rayo de alegría iluminó la cara de don Martín que me agarró del brazo, y, sacudiéndome como ciruelo, repitió alborozado :

—Con que ¿ conoce la tierra ? Y bien, Vd. es un buen muchacho !
¡ Ah ! no hay más : un buen muchacho !

Y luego agregó con marcado interés :

—¿ Y no recuerda Vd. de la *Villa-Graciana*, entre Bidart y Guétary ?

Francamente, confieso que no conservaba ideas muy precisas acerca de la *Villa-Graciana* ; pero, para darle gusto, arriesgué una contestación afirmativa : esa ú otra, en resumidas cuentas...

— *Villa-Graciana*... Me parece... Creo que he estado de visita alguna vez...

El vasco se levantó como herido por una descarga eléctrica, y mirándome en los ojos, exclamó :

—¡ Pero, entonces ha conocido Vd. á mi hija ! *Graciana*... ¡ la dueña de casa !...

Y sin darme tiempo para contestarle, corrió hacia una habitación interior, dejándome estupefacto ante este quinto acto de melodra-

ma que se me venía encima, como ladrillo en la cabeza. Villa-Graciana... su hija !... Al cabo, tenía yo la culpa. ¿Cómo diantres concluiría todo esto ?

Volvió al minuto, blandiendo en sus manos trémulas dos cuadros que me enseñó como un triunfador. Pero la vela humeante no arrojaba luz suficiente : golpeó las manos con estrépito ; mandó encender una lámpara, dos lámparas, que colocó en la mesa, mientras yo me preparaba para examinar con resignación los dos retratos de familia. El primero representaba un muchacho de quince años, elegante y robusto, con uniforme de colegial. Pasé al segundo ¡y quedé estupefacto ! Parecióme en verdad que no eran las lámparas, sino el retrato el que iluminaba súbitamente la habitación. Era una excelente fotografía de Nadar, fina y artística como una miniatura. Después de algunos segundos de contemplación, arrojé involuntariamente una mirada al rostro macizo y al cuerpo de mastodonte de don Martín, procurando convencerme de que en realidad ese tronco de roble pudo alguna vez criar esta azucena... ¡Imposible ! No llegan hasta ahí los prodigios de la variación específica, en una sola generación !..

Figuraos un hada de diecisiete años : una rubia cabeza de ondina surgiendo de no sé qué oleadas de blancos tules y encajes. El perfil, un tanto delgado y grácil aún, sin una sola redondez, seguía desde la frente hasta el cuello una línea de armoniosa é infinita delicadeza. Cada facción hablaba, cantaba el himno inefable de la pureza, de la gracia, de la inmaculada primavera. Se adivinaba la música de la voz que saldría de esos labios entreabiertos ; el rayo de aurora que brillaría eternamente en esos grandes ojos de cielo, cuya ceja alargada recordaba la curva nítida de la creciente luna. Era la flor virginal con su perturbante misterio. — Y parecióme inexplicable que la imagen de cartón no hubiera conservado un perfumado recuerdo, una sutil emanación de esa realidad...

El viejo seguía mirando el otro retrato, con sordas exclamaciones de cariño ; luego, lo dejaba un instante para volver al de su Gracia-

na y comprobar punto por punto la semejanza de familia. Yo aprobaba con la cabeza, pero confieso que las gracias naturales del mozalvete me dejaban más frío...

En ese tiempo no tenía yo vicio redhibitorio que me prohibiese apreciar esas cosas... Pues bien, esa brusca aparición de la belleza mundana y refinada, ese reflejo súbito de un foco de luz que irradiaba desde tres mil leguas en ese desierto, en las mudas tinieblas de ese cielo sin estrellas, tenía un encanto indecible... Es siempre algo embarazoso manifestar ante un padre entusiasmo excesivo por su hija. Pero el orgullo paterno de don Martín resplandecía tan ingenuamente, que me atreví á decirle por fin:

—De veras, la señorita Graciana es encantadora...

—¡Vaya si lo es! dijo el buen viejo con convicción: pero ¿no recuerda Vd. haberla visto por allá?

—Absolutamente... Pero, don Martín, ¿cómo puede Vd. vivir lejos de esa joya?

No bien había soltado aturdidamente estas palabras cuando me arrepentí. El padre se dejó caer sin contestar en su silla de suela, inerte y aplastado como si inconscientemente le hubiera atravesado el corazón de una puñalada... Y así permaneció en un silencio angustioso, con los crispados puños en los ojos, todo su cuerpo sacudido por los suspiros que se le escapaban por intervalos. Al fin, tuvo un sordo sollozo y parecióme ver humedecidos sus dedos cuadrados...

Nada más conmovedor que la aflicción suprema de un sér fuerte y varonil. No me atrevía á hablar, ni siquiera á moverme, dominado por el espectáculo trágico de ese insondable dolor.

Poco á poco se serenó; pero, temiendo que se avergonzara por su emoción reciente, fingí quedar absorto en la contemplación de los retratos. Se levantó, fué á la puerta del corredor, donde permaneció algunos segundos, diciéndome en voz alta:

—Parece que el tiempo se compone... Podrá Vd. seguir viaje mañana, si no prefiere acompañarme un poco...

Volvió á sentarse, se escanció una copa de vino, y mirán-

dome de hito en hito, me dijo con no sé qué violencia sombría :

— Tengo esos dos hijos, y un millón de pesos, libres de polvo y paja, para que ellos se diviertan allá. Soy el más rico estanciero del Norte; tengo salud; he trabajado durante treinta años, creo que no cuento un enemigo en todas estas provincias. Pues bien: amigo mío, tiene Vd. por delante al hombre más desgraciado de la tierra!... Vd. parece buen muchacho... y aunque no lo conozco sino de esta noche... quiero desabogarme alguna vez... Yo soy un ignorante: pero no hay sino un modo de quejarse, como no hay sino un modo de sufrir. Tal vez le interese y pueda servirle más tarde esta lección, si cría hijos y quiere educarlos lejos de Vd...

Y entonces, sin giros rebuscados ni conciencia del efecto que sus palabras sencillas pudieran producir, el buen vasco me contó lo siguiente, — en tanto que yo miraba alternativamente su entristecida cara de viejo aldeano y el fino perfil de Graciana, cuya vaga sonrisa no se había apagado por estas lágrimas paternas, que ignoraría siempre y no podría secar...

— Pido al lector perdón por si alguna vez el hábito de «frasear» me hace transcribir mal el ingenuo relato, quitándole sin advertirlo lo que Chateaubriand llamara (no sin remilgo) « la gracia de la cabañita » : no en recordar fórmulas campestres consiste la naturalidad, sino en hablar cada cual como asoma á su labio el pensamiento.

I

— Hace diez años, amigo mío, en lugar de toda esta albañilería vacía, hubiera Vd. visto aquí una casita de adobe con techo de paja y corredores sostenidos por postes de quebracho: todos los materiales que necesitan las aves del monte para sus nidos. Y el rancho ¡ á fe mía ! no parecía otra cosa, con la continua algazara de los muchachos y las risas de mi mujer Teresa, que se oían desde la mañana

hasta el anochecer. Ella tenía treinta y dos años, pero no demostraba más de veinte por el aspecto y el buen humor. Al volver de los puestos ó de la represa, á las doce, miraba desde allá lejos ese vestido de percal y los dos bultitos menudos que rebullían en el patio— y eso bastaba para que todo mi cansancio se volara como un fardo arrojado del hombro. En aquel tiempo, yo tenía ya el riñón algo cubierto: pero quería enriquecerme de veras para que no supieran nunca esos tres seres míos lo que es la gran batalla del trabajo. — ¡El trabajo! ah! qué fácil y llevadero era entonces!... No me parecía que mojara la lluvia que llenaba mis represass, ni que quemara el sol que hacía crecer los pastizales de la estancia.

Eran los grandes tiempos de las curtiembres. Yo compraba cueros, por la nada, remitía suelas á millares, vendía ganado en pie: ¡vamos! una fortuna de doscientos mil pesos levantada en ocho ó diez años, y que ya caminaba sola, sin más cuidado que dirigirla y dejarla criar. Pero, también crecían á la par mis dos chiquillos: Manuelito llegaba á los doce años y Graciana pasaba de los trece. Tenían en casa á una pobre maestríta española que les enseñaba á leer, escribir y no sé qué otras cosas, además de ayudar á Teresa en sus costuras. Todo eso me parecía suficiente: nunca quería oír hablar de ponerlos en el colegio, lejos de mí. Pero entonces también era una moda ó estribillo en todas partes esa historia de la educación. En todo se metía la dichosa palabra— lo mismo en religión que en política. Se repetía que la escuela enseña á ganar batallas; que se acababa de descubrir recientemente el verdadero modo de educar á la gente; que el Presidente era un maestro de escuela, y también el que vendría después... Teresa, gran lectora de diarios, me esperaba todas las tardes con un nuevo sermón en que volvía siempre este San Agustín: — « ¡Tus hijos se crían como salvajes! Graciana no sabe geografía ni apenas la tablá de multiplicar; Manuelito no hace caso, se lo pasa á caballo, por el campo y el monte todo el santo día... »

Yo me hacía el sordo cada vez que empezaba la letanía. Cuando

más apurado me veía, decíale á Teresa : — « Haz venir á casa todos los maestros y maestras que quieras, págaless lo que pidan : pero no me hables de vivir lejos de mis hijos ».

Y parece que decía eso de cierto modo, pues algunas veces se le llenaban los ojos de lágrimas.

— No vaya Vd. á juzgar de Teresa por mí : yo soy un peón ; pero ella era una verdadera mujer, fina y habilidosa. Seguramente yo no la merecía, y nunca creí posible que fuera mía, cuando la veía pasar tan elegante y mona por la plaza de Tucumán... Pero, en un trastorno de la política salvé á su padre, y como sintiera la santa muchacha que no me atrevería á pedirla jamás, ella misma puso sus blancos dedos en esta ruda manaza de trabajador. Creo que nunca se arrepintió del sacrificio, pues ¡sábe Dios que hice cuánto pude porque fuera feliz!...

Así pasaron algunos meses más. Por consejo de Teresa, interesé en mis negocios á un paisano mío, honrado como el pan, y capaz de reemplazarme en todo este trajín. Sólo entonces ella descubrió sus baterías : « Ya que no queríamos separarnos de nuestros hijos, podíamos dejar la estancia por un año... ó dos, y establecernos en Buenos Aires. Durante ese tiempo, los muchachos se criarían en un medio decente, adquirirían modales é instrucción, y se vería después... »

No tuve nada que contestarle. En resumidas cuentas, la proposición era sensata y hacedera. Me era fácil reducir mis negocios á sólo el cuidado de la estancia ; tenía un socio de toda confianza. Pedíle á Teresa algunas semanas para reflexionar. Pero, hé aquí que mis cavilaciones me llevaron no sé cómo á una idea singular, que ponía las cosas más en serio que el primer proyecto de mi mujer. Contaba ya veinte años de América, entre los cuales, diez de trabajo personal y sacrificios : nunca había podido pensar en volver á la tierra, donde no me quedaba más que una hermana menor. Mientras estuve sepultado en la estancia, no queriendo siquiera establecerme en la ciudad vecina, parecióme un sueño irrealizable la vuelta á mi

pobre aldea montañesa. Pero, ya que se trataba de desarraigarnos por un tiempo bastante largo, y vivir en una ciudad tan desconocida para nosotros como Buenos Aires, ¿no era mejor, para los niños y nosotros mismos, alargar el paseo hasta Europa?

Amigo mío ¡qué sabroso es eso de dar una sorpresa agradable á los seres queridos! Cuando expliqué á Teresa mi nuevo proyecto, juntó las manos, dando un grito de alegría, y luego me saltó al cuello con tan franco arrebató que no hubo necesidad de más explicación. Gracias á su actividad de ardilla todo quedó ordenado, arreglado, concluído en pocos meses: tanto que, después de una travesía sin novedad, á fines del siguiente abril, en una fresca mañana de primavera, saltábamos en tierra los cuatro, en el malecón de Burdeos.

II

Á pocas cuadras de la choza donde nací y me crié, estaba en venta una linda casa de campo — la *Villa Graciana* de hoy: — la compré, y allí nos instalamos para el verano, á media legua de Biarritz. Mi hermana Estela, viuda y sin hijos, antes maestra de escuela en Guétary, vino á vivir con nosotros. Era una verdadera vascongada, reidora y fresca como un arroyo de la sierra. Todos la adorábamos, grandes y chicos; entre chanzas enseñaba el francés á Teresa y á los niños — y también á mí, como quien no hace la cosa. Por lo demás, encontré muy cambiado todo aquello; la gente moza de Bayona y aun de Biarritz no hablaba sino francés; había que trepar la montaña para escuchar la verdadera lengua de la tierra, tan alegre y tan resonante que parece una canción. ¡Más de la mitad de la población se muere ya sin haber cruzado los Pirineos, ni bailado jamás un zorcico al pie del *Guernicaco arbolá*!

Pasamos el invierno en París, quedando los dos solos casi todo el día, con mi buena Teresa; pues yo estaba convertido y había con-

sentido en poner á Graciana y Manuelito en colegios particulares. Los dos chicos se estaban afrancesando día á día. Llevábamos una vida de paseos que me cansaba más que todos mis galopes por la estancia. Pero Teresa parecía tan contenta con el adelanto de los niños, que yo aparentaba estarlo también. Con todo, no me olvidaba una hora de la Cañada. Á veces, cuando Teresa estaba fuera con algunas de las argentinas que hay siempre en París, pedía á nuestra sirvienta Asunción que me cebara mate. Ésta siquiera deseaba volver á la estancia tanto como yo. Ella se quedaba de pie, cruzando los brazos, en tanto que yo chupaba la bombilla, y, desde el balcón que dominaba las Tullerías, allí era el eterno platicar sobre las gentes y cosas de allá :

— ¡Ay! Aschuna, ¿quién estuviera en la Cañada á estas horas!...

— ¡Amalhaya, señor!..

Y, los dos juntos, dábamos el mismo suspiro hacia los ranche-ríos « ordinarios » y los montes de algarrobos donde se vive en santa paz...

Se había cumplido un año de ausencia, cuando recibí una carta de mi socio; me proponía un gran negocio de proveeduría en el Perú, pero no podía resolverse sin estar yo presente. Era una ocasión para recuperar en pocos meses todo lo gastado en el viaje, y mucho más. Consulté á Teresa, que me suplicó prolongara por un año más nuestra permanencia en Francia : tenía siempre razones que me dejaban callado y convencido. No podía yo negar que Graciana ganase diariamente en finura y gentileza; el mismo muchacho, llamado quizás á ser hombre importante en su provincia, adquiriría sin duda con otro año principios de educación más duraderos, y que sería fácil conservar y desarrollar allá... Pero, no me resolvía á rechazar la propuesta de mi socio... Entonces, ella fué la primera en discurrir una solución que todo lo conciliaba. ¡ Que Dios le perdone, como yo le he perdonado, la mala, aunque inocente inspiración ! Díjome que llegaba ya la primavera, es decir, el tiempo

de establecernos en nuestra casa de Guétary. Allí podían esperar mi vuelta con mi hermana, pues mi viaje no pasaría de cinco á seis meses. Estela, consultada, aprobó enérgicamente la idea ; todos los amigos también : en fin, parecía una conspiración... Tuve que ceder — y me embarqué en Burdeos, solo y triste, empezando á sufrir el duro aprendizaje de la soledad...

Al resolver mi viaje, comprendía que mi familia no podría ya vivir contenta, aunque sólo fuese por temporadas, en la antigua y rústica casita donde antes habíamos sido tan felices. Tenía, pues, el pensamiento de levantar el edificio actual y, por lo pronto, traía conmigo encajonados los nuevos muebles y las innumerables chucherías que son, al parecer, necesarias para la vida civilizada... La casa se concluyó, amigo mío, los muebles se colocaron en su lugar, allá dentro; pero nadie los ha usado jamás ni pisado hasta ahora las alfombras flamantes.

Como para burlarse amargamente de mi desgracia venidera, la fortuna se mostró desde mi llegada tan liberal conmigo, que aquello parecía sueño. Pude derramar el dinero alegremente, preparando la casa de mis ausentes queridos: mi caja se llenaba con más facilidad cuanto más sacaba de ella. Todo salía mejor de lo que calculara: subió el precio del ganado; después, vendí con tiempo y á precios locos mis campos del litoral. Pero el negocio aquel con el gobierno del Perú — de que me hablara mi socio y que él atendía allá personalmente — me obligaba á prolongar la ausencia.

Felizmente recibía cada quince días noticias consoladoras: de Graciana, que crecía en talento y belleza; de Manuel, que había recuperado el tiempo perdido y cursaba no recuerdo qué clase en su colegio, cuyo nombre nunca he podido pronunciar, — algo como *Santa-Bárbara*; — además, Teresa me anunciaba con grandes aspavientos que el muchacho revelaba extraordinaria vocación por la música. ¡ La música ! ¡ vaya una profesión ! — Yo les contestaba como Dios me ayudara, pesándome la pluma en la mano más que la tranca del corral. Les daba también noticias, con mis letras tor-

cidas que parecían marcas de ganado : el potrillo de Manuel estaba amansado ; el jazmín de Graciana cubierto de flores, que se secaban en la planta por no haber quien las cortara...

Pero yo vivía muy triste : ya nada me gustaba, ni la casa, ni el campo, ni la ciudad. Iba á cumplirse el año de separación ; y cuando sólo esperaba la vuelta de mi socio para volar á Francia y traerme á mi gente, él me escribió, desde Lima, suplicándome que fuera allá inmediatamente y provisto de todas las recomendaciones posibles, pues las cosas marchaban bastante mal. El oro había subido á las nubes, y pretendía el Gobierno pagarnos con un miserable papel que nadie quería tomar por la mitad de su valor...

Tuve que ponerme en marcha por el desierto de Atacama : se trataba quizás de toda la fortuna de mis hijos. Llegué á Lima ; felizmente pude arreglarlo todo, perdiendo solamente una parte de la ganancia. Pero el negocio daba para todo, y, después de otro año perdido, volvimos juntos á la estancia. ¡ Al cabo iba á poder marcharme ! Había anunciado á Teresa mi próxima partida, para que dejase de escribirme á Lima, y, de vuelta al pago, antes de apearme en el patio de la Cañada, grité á la primera sirvienta :

—¿ Hay cartas para mí ?

—Sí, señor ; hay una sola. Está sobre la mesa.

Corrí al comedor, hambriento por saber algo de mis queridos... Amigo mío, en esta misma mesa, aquí donde pongo la mano, estaba una carta que traía sobre de luto. La iba á tomar, cuando reconocí la letra de mi hermana : me quedé helado, hecho una piedra, sintiendo un sudor frío en la raíz del pelo... No sé qué ideas locas me pasaron por la cabeza... y tuve que afirmarme á la mesa para no caer...

Era un tibio día de mayo — nunca lo olvidaré : — una dorada faja de sol entraba por la puerta entreabierta ; en el gran silencio de la siesta escuchaba estúpidamente el gorgoreo de una gallina que picoteaba en el patio : todo era serenidad y quietud, á esa hora en que el ganado rumia tranquilo bajo la sombra de los quebrachos. Pa-

recía que toda la paz del cielo bajara á la tierra como una bendición. « ¡Vamos, dije, soy una criatura: no es posible que Dios me haya maldecido! »

Y bruscamente, de un tirón, rompí el sobrescrito.

Principiaba la carta con estas palabras :

« Pido al cielo que te dé valor, mi pobre hermano, en la desgracia horrible que nos acaba de herir... » Y desde ese instante seguí recorriendo maquinalmente la carta, repitiendo las palabras en alta voz sin comprenderlas, hasta que llegué al último renglón : « piensa en tus hijos que te esperan aquí. — ESTELA. »

En el aturdimiento de no sé qué idiotismo del momento, fuí al aparador y bebí un gran vaso de agua, mientras murmuraba entre dientes, con la porfía de un alucinado: *tus hijos te esperan, tus hijos te esperan...*

De nada tenía conciencia clara, sino de mi sufrimiento interior : parecíame que mi cabeza hueca sufría el choque incesante de un martillo que la hería sin descanso — como el badajo de una campana. Y quedé aletargado, perdido...

... Tiempo hacía que ya notaba obscuramente y por intervalos, cuchicheo de voces apagadas y rumor de pasos á mi alrededor, cuando un dolor agudo en el pliegue del brazo me hizo dar un grito y abrir los ojos. Rodeaban mi cama, mi socio, una sirvienta y un curandero de la villa vecina. Tenía un gran peso en la cabeza, y pedí que me aliviaran : comprendí que desataban unas vendas; y, sintiéndome mejor, miré mis brazos ligados á consecuencia de las sangrías. Recobré en el acto la conciencia de cuanto había pasado; me dí vuelta hacia la vieja india que viera nacer á mis hijitos, y murmuré: *¡ Teresa ha muerto!* Ocultó su cabeza en su pañuelo de lana, y al oirla sollozar, sentí que yo lloraba también, con delicioso alivio. Estaba salvado, después de tres días de congestión.

Durante mi convalecencia, me hice leer cien veces la carta de mi hermana, hasta saberla de memoria. Dios presta á los débiles cierta insensibilidad que es una fuerza de resistencia. Poco á poco me

familiaricé con la horrible realidad, hasta llegué á consultar sobre la enfermedad de Teresa al humilde médico de Metán, como si hubiera esperanza de salvarla aún...

Los pormenores de la catástrofe eran para mí espantosos, aunque sin ningún aparato propio para picar la curiosidad indiferente. Bien sabe usted que hay en Biarritz una *estación* de invierno: quedan algunas familias para gozar del sol tibio en las arenas del mar. Cediendo á las instancias de una familia amiga, Teresa fué con Estela á una tertulia que se prolongó hasta la media noche. Era tan corta la distancia entre las dos casas, que habían ido y vuelto á pie; el cielo estaba sereno; y aunque á la salida sintiérase llegar el cierzo de la montaña, las dos mujeres no quisieron esperar un carruaje. De repente, se sintieron envueltas en uno de esos huracanes de nieve, muy frecuentes de noche en los Pirineos; son imposibles de prever, y tan rápidos, que no dejan tiempo al arriero para buscar asilo, ni al sorprendido pescador para aferrar su vela. Tanteando en las tinieblas, en medio del furor del torbellino que hacía crujir los árboles y derrumbaba las piedras de la montaña, bajo la nieve que azotaba su cara y helaba su sangre, las dos mujeres pudieron arrastrarse hasta su casa. Estela, robusta y hecha á las traiciones de la sierra, no había perdido su sangre fría; pero Teresa parecía loca de terror. Era el delirio que comenzaba. Se declaró una pleuresía fulminante que la llevó en ocho días. Había muerto bendiciendo á sus hijos y pidiéndome perdón... ¿Perdón de qué? ¡Ah! sí: en la lucidez de la agonía, comprendía que jamás pudiera el más encarnizado enemigo destrozarme el alma, como lo hizo ella con dejarme solo en la tierra!

III

No estuve sino un mes en cama, pero durante ese mes fué cuando envejecí. Conforme sentía volverme las fuerzas, recobraba también capacidad para sufrir. Lo que dominaba en mi estado era una pos-

tración moral que no podía vencer, un desprendimiento general de cuanto pudiera antes interesarme. El mismo recuerdo de los pobres huérfanos que quedaban allá, no bastaba al principio para vencer mi somnolencia. Me sentía concluído para siempre.

No obstante, la naturaleza hizo su obra sin consultarme; y un día de julio me encontré en pie, muy débil aún, pero capaz de arrastrarme de cuarto en cuarto. La primera vez que vi un vestido de Teresa, en un ropero, me sentí desfallecer. Y entonces empezó una horrible existencia de recuerdos que se alzaban delante de mí á cada instante. No había un mueble, un objeto familiar, un punto de la casa, que no llevara adherida su imagen: era una escena pasada, una palabra suya, una actitud. De noche era siempre el mismo sueño mentiroso que me la volvía aquí, en la estancia, como hace muchos años; y con esta ilusión, más amarga que la realidad, parecíame que perdía nuevamente á Teresa día á día...

Comprendía que no curaría jamás si no abandonaba por un tiempo mi casa. Volvía á ver el corral, la represa vecina, seguía solo las sendas del monte sin encontrar un paraje apartado que no la resucitara en mi memoria: los tristísimos recuerdos alzaban de repente su vuelo en la noche del alma, juntos con las bandadas de pájaros sorprendidos, — y quedaba parado, siguiendo con los ojos, maquinalmente, esas alas obscuras que me parecía dejaban la tierra para volar lejos, muy lejos, de donde no se vuelve jamás...

Un día, no obstante, me desperté con el sentimiento de la realidad. La imagen de mis hijos, abandonados á tres mil leguas, cruzó mi mente como un relámpago. Sacudí esa debilitante y peligrosa obsesión de la querida muerta. Pedí á los que me rodeaban que no me dejaran solo una hora; procuré arreglar mis negocios, interesarme en los intereses materiales. Logré tomar pie en la vida común. Y á las pocas semanas de esta reacción saludable, me encontré bastante fuerte para emprender el viaje á Europa. Sin embargo, obedeciendo á no sé qué preocupación enfermiza, quise esperar el arribo del mismo buque que nos llevara la primera vez: á los pocos

días leí el anuncio de su llegada, y fui á embarcarme en Buenos Aires.

El capitán, los oficiales, toda la gente de á bordo se acordaba de nosotros; sólo una vez me preguntaron por Teresa; y esos hombres, hechos al sufrimiento, me ahorraron las fórmulas vulgares de condolencia. No quise bajar en punto alguno del trayecto. Me pasaba las horas largas de la travesía sentado en la toldilla, escuchando callado los proyectos y referencias de los pasajeros, pareciéndome que la vida era ya para mí un viaje sin fin por un mar sin orillas.

Con todo, el movimiento de ese pequeño mundo indiferente y la obligación de mezclarme á él, pues el completo aislamiento no es posible á bordo, suavizaron insensiblemente la acritud de mi pena. Ahora, lo que sentía más y más era la sed, ardiente de mis hijitos. Experimentaba por momentos la sensación del que ha sido saqueado y ha creído perderlo todo, cuando descubre de repente que ha salvado parte de su tesoro.

En el mismo buque venía una viuda, de Montevideo, que había dejado allí, en las arenas del Uruguay, á su marido y á su hijo mayor, muertos en la misma semana. Había resistido valientemente, y encontraba todavía valor para sonreírse alguna vez con su única niñita de cuatro ó cinco años. Pero ¡qué sonrisa! Me recordaba ese pálido sol de invierno en nuestros Pirineos, que no alcanza á derretir la nieve de la falda.

Y bien, yo que tenía á mis dos criaturas que me esperaban con los brazos abiertos, prontos para volver conmigo y poblar mi soledad, no tenía derecho para lanzar al mar mi vida destrozada. Había sufrido un golpe que nunca se curaría: pero, entre todos los que cruzan por el mundo ¡cuántos seres ensangrentados que viven con una mano puesta en la herida oculta!

Así pasaron los días de la travesía; miré desde la cubierta del vapor, sin interés curioso, las rompientes de Pernambuco, las arenas del África, Lisboa y sus torres blancas — por fin, las costas de Francia, que ya eran para mí más que la patria: el suelo donde vivían mis hijos y descansaba mi mujer.

¡Al fin, iba á verlos! Me los figuraba siempre como los había dejado, niños juguetones de doce á trece años. Todo el tiempo transcurrido no los cambiaba para mí. Los miraba ya, corriendo atropelladamente, sentándose en mis rodillas, pidiéndome datos sobre la estancia : mil preguntas á un tiempo, que no tendría tiempo de contestar por comérmelos á besos. Sin duda, estarían desesperados por volverse conmigo cuanto antes... ¿Quién sabe si no se resolvería también Estela? ¡Ah! ¡no serían largos los preparativos! En un mes ó dos lo dejaría todo vendido y nos embarcaríamos para Buenos Aires. Viviríamos en la Cañada, siempre, bien apretados unos contra otros, sin dejar un claro por donde pudiera meterse la desgracia, y herir á uno sin llevarse al montón...

Entre los centenares de buques anclados, que hacían una ciudad flotante en el Girona desde Pauillac, el nuestro pasaba lentamente, como en una anchísima avenida de Burdeos que se desarrollara á uno y otro lado. Al fin atracamos: corrí á estribor donde estaban colocando el puente levadizo... Ví en el extremo opuesto una joven pareja de luto que me saludaba con los pañuelos. Me costó trabajo reconocerlos... Y así, durante los cinco eternos minutos que duró el arreglo de la maldita tabla, estuve con los ojos clavados y alargando los labios hacia esos dos jóvenes hermosos, elegantes, casi desconocidos, que eran Graciana y Manuel— ¡los dos muchachos que ayer saltaban, desgrefñados y descalzos, por sobre la tranquera del corral!

Me abalancé, y ahí no más, en el tropel de los viajeros y changadores amontonados en el malecón, los apreté en mi pecho, uno en cada brazo! ¡Qué se me daba á mí del público! Ni siquiera lo veía, tan ocupado me hallaba en refrescarme el alma contra esas dos cabezas queridas. Después le tocó el turno á mi hermana Estela. Yo no pensaba todavía en moverme de allí; no me cansaba de examinarlos de pies á cabeza, tomando sus manos en las mías para verlos mejor. Manuel era ya hombre, casi tan alto como yo, pero fino y rosado como una muchacha. En cuanto á Graciana... ya la conoce Vd. por

el retrato. Un angelito de Dios, con sus ojos azules y el revoltillo de rizos de oro que no le cabían en el sombrero negro; toda su cara parecía una sola sonrisa, y al besarla me parecía oler un ramo de flores...

Pero, no bien me habían dejado despuntar el vicio, cuando se me entraron por el medio una señora anciana y un joven de unos veinticinco años, buen mozo, pero prendido con treinta y cinco alfileres, como mujer. Estela me los presentó con grandes aspavientos: Madame Bosquet, su hijo Gabriel, íntimos amigos de la casa. Seguramente, así debía de ser: però ¿qué necesidad tenía yo de encontrármelos allí desde el primer momento? Tuve gana de mostrarles mala cara, pero ví que Graciana se ruborizaba, y me tragué la píldora, mandándolos por dentro á los quinientos mil diablos. ¡Caramba con algunos que no conocen cuándo estorban!..

En fin, nos fuimos al hotel, para esperar el tren de Bayona. Recién allí me dí cuenta del enjuague: esas gentes habían venido sólo por acompañar á los míos, y se volvían con nosotros á Biarritz en el mismo departamento reservado. Desde el primer momento de estar juntos, fué todo un hablar francés: Graciana y Manuel me contestaban en ese idioma cuando les dirigía la palabra en español, y hasta entre sí no se entendían ya en la lengua de su tierra.

Ahí fué mi primera decepción; no sólo porque me costaba desenredarme en un idioma que nunca supe bien, y dejé de hablar durante veinticinco años, sino también porque me parecía que ellos, al olvidar su lengua, habían olvidado un poco á su madre y la tierra donde nacieron. Callado, me puse á hacer la cuenta del tiempo transcurrido; ¡cerca de cinco años ya, y en esa edad! ¡Ay! ¡con razón no se apuraban para preguntarme de la estancia! Muy lejos y muy borrado estaba ya todo eso para ellos...

Entonces me vino el recuerdo de Teresa; y por no entristecerlos con las preguntas que me subían á los labios, me puse á mirar por la ventana del coche: el tren atravesaba los bosques de pinos de las Landas, esas llanuras más tristes que nuestras travesías argenti-

nas, donde siquiera el sol y el cielo azul alegran un poco el alma.

Á la tarde llegamos á Bayona; cruzamos el Adour, y no sé por qué me hizo impresión, ver encadenados en ese río sin olas ni corriente, una docena de buques de ultramar. Algunos, sin duda, estaban cargando para América, tal vez para Buenos Aires; y, apenas llegado, me venía un inmenso deseo de volver á partir con Manuel y Graciana, solos los tres ¡ aunque durara el viaje sesenta días !

Sin embargo, sentí un gran alivio cuando bajamos delante de nuestra casa, que encontré muy embellecida y cambiada, y ví que se despedía la familia Bosquet... ; *Hasta la vista, señor Grabiél!*— Dí un suspiro de satisfacción capaz de empujarlos hasta Bayona, tan grande era mi deseo de soltar la lengua con libertad. Al lado de la puerta, estaba parado un bulto negro que corrió hacia mí y se detuvo á dos pasos; le grité *¿Cómo te va, Aschuna?*.. y dí un buen apretón de manos á la chinita de Teresa, que se puso á sollozar... Bien conocía yo que ella tenía ganas de quedarse y preguntarme por la gente de allá; pero Graciana le dijo á media voz : *¡Está bien, Mercedes!* Y apoyándose en mi brazo, me llevó hacia el comedor. En el camino, le pregunté :

—¿Por qué le has cambiado el nombre?

Y ella, con cierto embarazo que procuraba disimular, me contestó :

— Es un capricho de... Bosquet. Decía que no podía pronunciar ese nombre ridículo de « Aschuna »... y como tanto vale para ella...

Yo quedaba callado; se detuvo entonces con su sonrisa de niña mimada :

—Y, á propósito de nombres ¿por qué le llamas *Grabiél?*... es Ga-bri-el...

— Ya sé, le contesté con cierto mal humor : pero, la costumbre. ¿No te acuerdas ya del peón Grabiél que te traía siempre huevos de perdiz?..

— ¡ Ah ! sí, dijo con distracción y arrastrando la voz : pero todo eso está tan lejos ¡ tan lejos !...

IV

Al día siguiente, muy temprano. Estela entró en mi cuarto y me encontró ya vestido. Me había adivinado, y le agradecí la perspicacia de su corazón. Me dijo con acento conmovido :

— Los niños se levantan tarde. ¿No te parece que vayamos solos, la primera vez ?

Le apreté la mano y murmuré con voz que desfallecía :

— Gracias, mi buena Estela : vamos!...

Y fuimos al pequeño cementerio de Biarritz, situado á poco más de un kilómetro. En el trayecto, me contó los dolorosos detalles de esos fúnebres días. Teresa se había apagado casi sin sufrimiento, recobrando sólo en la última hora la plenitud de sus sentidos, para dictar las recomendaciones supremas. Había pensado en mí, como en la víctima más gravemente herida, recomendándoles á los tres que la reemplazaran á mi alrededor.

Era una mañana de septiembre, llena de luz. La presencia de las ricas familias que frecuentan los baños se revelaba hasta en el campo de la muerte. Elegantes y ricos monumentos se alzaban en ese cementerio de aldea, chapeando de mármol blanco el negro cortinaje de los tejos y cipreses. La estación balnearia estaba todavía en su principio, y casi todos los sepulcros demostraban la ausencia de los deudos, con sus coronas ennegrecidas que habían sufrido el invierno sin renovarse.

Desde lejos reconocí la tumba por sus flores recientes y el piadoso cuidado del pequeño jardín que la rodeaba... Estela me dejó solo, arrodillándose en el extremo opuesto, y colocando á la muerta entre ella y yo. Cuando pisé esa tierra que cubría los despojos de mi primer y único amor, parecióme en verdad que me ponía en comunicación con su alma súbitamente aproximada. Yo creo todavía en lo que creyeron mis padres ; y en ese instante, estuve convencido

de que Teresa estaba cerca de mí, veía mi desesperación que no quería ser curada, y me confiaba nuevamente la suerte de nuestros hijos. Y yo murmuraba, entre contenidos sollozos : « Sí, sí, te lo prometo, mi querida Teresa : pensaré en ellos antes que en mí mismo, y serán felices aun á costa de mi felicidad... »

Estela y yo no nos hablamos hasta salvar el umbral del cementerio. La vida se esparcía, con la alegría de la mañana, en las quintas y los caminos. Los hortelanos, los lecheros, toda la gente de la sierra bajaba al pueblo con sus pintados arreos campestres. Muchos conocían á Estela y la saludaban en el caro dialecto que no olvidamos jamás. El espectáculo de esas existencias serenas me aquietó gradualmente ; y entonces hablamos de nuestros hijos.

Manuel, después de concluir sus estudios, estaba siguiendo las clases del Conservatorio de París. Estaba recién llegado, acabando de dar exámenes « brillantes » — según me aseguraba Estela. Había alcanzado un premio de... de armonía — creo que dijo así — y no era dudoso su éxito para el año siguiente...

Tuve un sacudimiento y me paré de golpe :

— ¡ El año próximo ! exclamé vivamente : espero que antes de eso estaremos en nuestra casa, en el pedazo de suelo donde ellos han nacido y yo quiero morir. Nos iremos todos, pues no creo que quieras abandonarnos ; á Teresa también la llevaré. ¡ Basta de destierros y separaciones !...

Estela me miró asombrada, como si no alcanzara á comprenderme. Y entonces principió su alegato. — Ya le dije á Vd. que había sido maestra de escuela. Conservaba de su antigua profesión cierta tendencia á regentar, á la par de una afición decidida por la oratoria. Yo, que soy bastante media lengua, sobre todo cuando hablo francés, me ayudaba como podía con el vascuence : pero quedaba vencido, aunque no convencido.

Abrevio todas las razones que ella me dió para persuadirme. Con mi fortuna, no podía pensar en enterrarme en una estancia ; mis hijos estaban hechos á la vida civilizada ¿ cómo obligarlos á vivir en

los montes? Para Manuel se abría el más brillante porvenir; entraría en la vida artística con una posición de fortuna que le abría todas las puertas... Y concluyó así:

— Por fin, no debes pensar en una resolución tan grave, así, de llegada. Pasarás el verano con nosotros. Te acostumbrarás á nuestra existencia, verás las cosas por tí mismo—y entonces podrás resolver...

—Sin duda, esperaré antes de decidirme, contesté con firmeza; pero no creo que mi resolución pueda cambiar. Manuel debe vivir donde ha nacido y se ha criado. ¿Qué significa esa carrera de que me hablas? ¡Ser músico! No conocemos allá otros músicos que los pobres diablos que tocan para bailar. Tenemos una gran fortuna, es decir, mucho negocios que atender. Yo estoy cansado; y aunque rico, Manuel trabajará como su padre... Por fin, si se empeñara por quedarse un año más, ya que te parece conveniente: y bien, se quedaría. Tengo en París relaciones seguras. Pero lo iríamos á esperar allá Graciana y yo... si no prefieres también venir con nosotros...

Estela se estremeció al oír el nombre de mi hija:

—¡Graciana! ¿Querías condenar á esta niña, habituada á todos los refinamientos mundanos, á esa existencia de aislamientos y tristezas?

—¿Quién te habla de condenarla: tengo yo la cara de un juez? ¿Por qué te figuras que no querrá volver á su patria, para vivir al lado de su viejo padre?...

Estábamos llegando á la puerta de la casa; Estela se detuvo, y, mirándome fijamente, dijo en voz baja, con cierta solemnidad:

—Porque ama — y es amada...

V

Á Vd. que es viajero, le habrá pasado cien veces lo que voy á referir: volver á cruzar, en tarde nublada, por un lugar que atravesó un

día de sol, y parecerle que todo estaba cambiado y entristecido; son los mismos montes tupidos, los mismos lapachos y tarcos en flor; las mismas enredaderas que sujetan las ramas como torzales verdes, las mismas aguadas y represas cubiertas de lama: nada falta á la vista, y es sin embargo muy distinta la impresión. — Así me sucedió, desde aquel momento, con la casa de Biarritz y sus gentes todas, principiando por Graciana y Manuel. Las palabras de Estela sonaban en mi oído para desencantarme de cuanto me rodeaba. Hasta creí sentir, bajo los abrazos de aquellos hijos míos, algo como un vacío, que yo no podía llenar. Veía los ojos de Manuel que relampagueaban cuando recordaba á París: recibía gacetas por cada tren, y entraba con Graciana y Estela en discusiones acaloradas que me dejaban en ayunas. Algunas veces, por tantearlo, solía decirle:

— Y bien, Manuel ¿qué tal, cuando estemos en la Cañada? ¿Qué lindos paseos por el monte, eh! ¿Cómo vas á retozar de un puesto al otro!...

Generalmente no contestaba ni sí ni no, y luego volvía á su tema de siempre: alzarse con un premio del Conservatorio y viajar por Italia. Un día me preguntó, sobre poco más ó menos, la cifra de nuestra fortuna. Y cuando le hube contestado, me dijo:

— Ya ves; no gastamos aquí ni la tercera parte de tus rentas ¿para qué quieres enriquecerte más?

Le contesté indignado:

— ¿Para qué? Para cumplir con lo que Dios manda. Todos debemos trabajar mientras tengamos fuerzas...

Y así seguí repitiendo las mismas cosas, sin atinar á convencerle.

Estela, que estaba presente, le daba la razón, como siempre. ¡Ya lo creo! Como que era ella quien lo había criado en esas ideas de ociosidades y grandezas! Ese muchacho se lo pasaba sentado horas enteras en el piano, y su tía solía decirme, muerta de gusto: ¡cómo trabaja! — Á eso llamaba trabajar...

Felizmente la actitud de Graciana era más tranquilizadora. Se deshacía por complacerme en todo: me cuidaba, me mimaba cada día

más. Lo que me fastidiaba un poco era su afán por enseñarme los modales y las fórmulas de la gente fina. Tenía que obedecerle, porque me pagaba con un beso lo que ella llamaba « mis adelantos ». Por ejemplo : yo tenía costumbre, desde cuarenta años atrás, de cortar mi pan con el cuchillo, como siempre lo he visto hacer á la gente más encopetada de Guétary. ¿ Creerá Vd. que me porfiaba porque lo desmenuzara con los dedos? Ahora, lo de pasar en la mesa un pedazo delicado á una señora, en la punta del tenedor... ¡ ni por pienso! ¡ Cuando llegó hasta decirme que no debía brindar á los postes!... Vamos, parece que allá se tomasen á mal todas las demostraciones de la gente sana...

Sólo Bosquet me defendía. Comía con nosotros, dos ó tres veces por semana, sentándose al lado de Graciana; y cuando ella me hacía señas ó murmuraba una observación, él solía decirle con una sonrisa amable: « No le incomode Vd.: son costumbres patriarcales... » Y no sé por qué Graciana se mordía los labios y se ponía colorada.

Yo, por supuesto, no dejaba de comprender el manejo del tal Gabriel: bastaría ver sus ojos de farol fijos en Graciana para saber á qué atenerme, aunque Estela no me hubiera prevenido. Con toda su diplomacia parisiense, el mocetón no era capaz de pegármela. En cuanto á la muchacha, la notaba tan indiferente, tan conforme cuando me resistía á que se realizara algún paseo proyectado por Bosquet, por la sierra ó el mar, que me parecía imposible lo que mi hermana me había revelado. Estela, como todas las mujeres solas, se complacía sin duda en tejer novelas sobre cualquier indicio. Además, tenía una veneración de aldeana por la gente importante, y la familia Bosquet estaba emparentada — como lo decía el apellido — con el « ilustre mariscal ». — « ¡ Que le aproveche! decía para mí, pero mientras Graciana esté tan serena y risueña, las cosas marcharán bien. »

Entre tanto, pasaban las semanas y los meses. Era un gentío de no entenderse en Biarritz — sobre todo con tantos ingleses. Pasaban desde el alba por delante de la casa con bastones de gancho, po-

lainas y gorros ó boinas de color. No se podía alzar los ojos hacia la montaña sin encontrar á alguno de ellos parado en una cuchilla, con su cabeza azul ó roja, que servía de llamada á los demás, como señuelo. Y por la noche, principiaban los conciertos, los bailes en la *Villa Eugenia* — que es ahora el Casino, después de ser tantos años el palacio de la emperatriz. Yo iba allí algunas veces, para no contrariar á Graciana. Tenía que ponerme guantes. ¡Hágame Vd. el favor! Quedaba con los cinco dedos abiertos, como ramas de cardón, y las manos tan tiesas, que nunca podía encontrar mi pañuelo en el bolsillo, y no me atrevía á tomar un vaso de agua, de miedo de no poderlo apretar. ¡Y á eso llaman algunos descansar de sus fatigas!

Una noche, al retirarnos, iban delante Graciana y Gabriel, después mi muchacho con Estela, y yo cerraba la marcha dando el brazo á la señora de Bosquet. Con ésta, felizmente, la conversación era siempre fácil y agradable para mí. No hacía sino preguntarme por la estancia y las vacas; se sabía ya el precio de los novillos y de las suelas como la mujer de mi capatáz. Realmente, daba gusto conversar con persona tan inteligente y amiga de aprender.

Esa noche, sin embargo, el tema era distinto. Sin que yo le preguntase nada, se puso á explicarme su situación, el valor de sus casas y propiedades, la renta que tenía: vamos, un verdadero inventario. Gabriel era hijo único, relator en el Consejo de Estado, muy bien relacionado en el mundo parisiense, tanto por su parentesco con el mariscal, como por su posición...

La luna alumbraba el camino que subía hacia Guétary, diseñando el grupo elegante de Graciana y Gabriel. Madame Bosquet se detuvo para enseñármelos, y exclamó con entusiasmo:

—¡Qué linda pareja! Mírelos Vd., si no parecen hechos el uno para el otro...

Entonces comprendí... Además, no me dejó lugar para dudas: como decimos en la tierra, « se dejó caer » con todo su peso. De buenas á primeras, me pidió resueltamente la mano de Graciana.

Sentí un golpe en el corazón, y no encontré en el momento una sola palabra que contestar...

Comprendía que era necesario discurrir algo, una fórmula cortés que, sin hierla, le manifestara mi resolución inquebrantable — al menos así lo juzgaba yo...

Pero nosotros no somos hábiles para encubrir la verdad. Por otra parte, la verdad era la forma menos hiriente de mi rechazo: y se la revelé toda entera. Le dije que había venido con el solo propósito de llevarme á mis hijos. Nosotros, en realidad, éramos extranjeros en Francia, y no podía pensar en separarme de mis hijos, ni, por supuesto, en abandonar la República Argentina. Graciana era muy joven aún; indudablemente, el trato continuo y las atenciones de un joven tan distinguido como Grabiell la habían halagado... Pero de eso á la pasión irresistible que acababa de pintárseme, había gran trecho...

Por cierto que no soy hombre de recursos; pero le aseguro á Vd. que en ese momento no me faltaban las palabras ni las buenas razones. Se trataba para mí de defenderme contra los que querían arrebatarme á mi hija, y ese pensamiento me prestaba elocuencia, como me hubiera prestado fuerzas materiales contra diez bandoleros, que me la quisieran robar.

Madame Bosquet era orgullosa; tenía seguramente la conciencia de hacernos un favor: no insistió y sentí su brazo que se desligaba insensiblemente del mío. Felizmente llegábamos á casa, y la incómoda situación no se prolongó. El resto de la familia había quedado esperando en el vestíbulo. Graciana estaba parada al lado de Gabriel, y cuando la luz de la lámpara nos alumbró de frente, sentí aquellas dos miradas ardientes que procuraban leer su destino en nuestras caras.

Yo estaba encogido, como después de una mala acción. El aspecto de la madre no debía de ser menos expresivo. Ví á Graciana que llevaba involuntariamente su mano al pecho, al tiempo que se ponía pálida como el estuco de la pared...

Era la una de la mañana, y muy natural que los Bosquet se retirasen inmediatamente. Se despidieron con cierta frialdad, que ni Estela ni Manuel pudieron notar, y nos quedamos solos.

Yo me había sentado en un sillón del corredor. Mi hermana se dirigió á su cuarto. Manuel me dió las buenas noches al tiempo de encender un cigarro. Graciana, después de algunos segundos de un silencio que me desgarraba el corazón, se dirigió hacia mí para darme el beso de despedida. Me levanté y la estreché en mis brazos, buscando sus ojos llenos de luz; pero desvió la mirada, sentí su cuerpo tieso, como distante, y toqué con mis labios su frente que me pareció de mármol. ¡Pobre hijita mía!

(Concluirá)

P. GROUSSAC.

DEFENSA Y TRIUNFO DEL TUCUMÁN

POR EL GENERAL BELGRANO

PIEZA MILITAR EN DOS ACTOS

PERSONAJES

EL GENERAL BELGRANO	Señor MORANTE.
VILBADO, }	— RAMÍREZ.
DON IGNACIO, }	— CULEBRAS.
DON NICASIO, }	— VELARDE.
PIERNASANTA, }	— DAVID.
MALAPESTE, }	— JACOBO.
CARA-INIGUA	El hijo de Ortega.
COSME, }	Señor DÍEZ.
CHUFLETE, }	— ORTEGA.
Un oficial parlamentario del ejército realista..	— VIERA.
LUISA	Señora ...
JUANA	— ...

Comparsa de niños, ancianos, mujeres paisanos, oficiales y tropa
de ambos ejércitos

ACTO PRIMERO

Campo de las Carreras; en distancia larga, se dexa ver la ciudad de Tucuman. Por la escena habrá repartidos, durmiendo sobre las cartucheras ó cananas, varios soldados y paisanos del ejército patrio. Al tiempo de levantar el telon, se oyen lejanos instrumentos marciales tocando alborada. Los soldados y paisanos van despertando sucesivamente, y se entran. Salen Vilbado, Ignacio y Nicasio.

IGNACIO

¡ Vaya! ¡ Soy feliz !

NICASIO

¿ Por qué?

IGNACIO

Porque me duró el dinero
hasta el punto que han sonado
las campanas de pellejo,
y no he tenido que estar
de mirón.

VILBADO

¡ Qué! ¿ todo el resto
perdiste?

IGNACIO

El maldito *Monte*
hasta que me dexe en cueros
no ha de parar. Mas ¿ qué importa?
Nací desnudo, y lo mismo
tengo de morir... ¡ Canario!
Lleve el demonio al primero
que se aflixe por metales !

VILBADO

Si necesitas dinero,
Ignacio aquí tienes...

(Dale un bolsillo.)

IGNACIO

Hombre,
entre amigos verdaderos
no debe haber pan partido.

(Lo guarda.)

MALAPESTE

¿ Mi Comandante?

IGNACIO

¿ Qué hay bueno
Malapeste?

MALAPESTE

Hay, que el Mayor
general manda este pliego
para usted.

(Don Ignacio lo recibe, abre y lee para sf.)

IGNACIO

¡ Famosamente!
¡ Esto se va disponiendo
de veras!... Chicos, adiós!

(Yéndose.)

NICASIO

¿ Adónde vas tan violento?

IGNACIO

¿ Adónde? A ordenar los cuerpos
de la Division, que debo
mandar quando nos ataquen.

VILBADO

¿ Qual Division?

IGNACIO

Segun veo
es la segunda columna
de infantería. Debiendo
ir al frente en las secciones
que han de formar su completo

los esforzados Sempool,
Ruíz y Tellería.

NICASIO

¡ Bueno!
¡ Chico, el parabien te doy !

VILBADO

Yo el parabien y el afecto.

IGNACIO

Tambien me ordenan que vaya
á observar los movimientos
del enemigo, que ayer
tuvo su avanzada menos
de media legua distante
de los batidores nuestros :
mas cuando se le aguardaba
para decidir el pleito,
retrogradó de improviso
situándose en *Tafi Viejo*.
Con que, por si acaso salen
erradas (que todo es bueno)
y doy con una emboscada,
díglele usted al Sargento
Mayor del número seis
que me prevenga al momento
treinta hombres.

MALAPESTE

Muy bien señor.

(Vaso.)

IGNACIO

¡ Con que será hasta más vernos,
muchachos! — Pero ante todo,

vuelve á embolsar tu dinero

(á Vilbado.)

pues ya no es preciso. — Dadme
un abrazo. — Ah, sí: os advierto
(por si acaso en la sanfrancia
me toca algún regalejo
de aquellos que á la otra vida
nos mandan para *in eternum*)
que echéis mano á mi equipaje
é informándoos á quién debo
de los muchos camaradas,
hagáis se vean contentos,
si no pagados. — Hé aquí

(á Vilbado dándole un papel.)

un mediano documento
en esta lista. — Si sobra
peculio, y salís del riesgo
echad un brindis por Warnes
y que os haga buen provecho,
que yo mandaré las gracias
desde el otro barrio.

NICASIO

¡ Cierto
que es de admirar tu frescura !

VILBADO

Tu conformidad celebro.

IGNACIO

¡ Digo ! ¿ por ventura, Ignacio
nació para ser eterno?
¡ Tertulia ! Desde aquel punto
en que sometí mi cuerpo

á vestir con dos colores,
dixe para mi colete :
« ¡Warnes ! Tú ya no mueres
de entripado, ni de aquellos
favores que nos reparten
los alumnos de Galeno ». —
Supongo que me entendéis...
¡ Muchachos, hasta más vernos !
(Vase.)

VILBADO

¡ Qué carácter tan amable !

NICASIO

Sí, amigo ; yo te confieso
me da envidia su bravura.
Su jovialidad, su genio,
su desinterés, compiten...

UN CENTINELA

(Dentro.)

¡ Los de Guardia !

VILBADO

Hacia este punto
me parece se dirige
el General...

(Se oyen los tres golpes de llamada.)

NICASIO

Recorriendo
vendrá nuestras avanzadas.

VILBADO

No quiere honores.

NICASIO

No es nuevo
en su genial... ¿ Mas por qué
se desmonta y á este puesto
se dirige y sin escolta ?

VILBADO

¿ Cuánto me apuestas que al sueño
se ha denegado esta noche ?

NICASIO

O quizá sobre algun cuero
habrá dormido. Belgrano
cuando está sobre armas puesto
no echa menos las cotufas.
Es incansable el desvelo
que tiene.

VILBADO

Y añadir puedes
su rectitud. — Para el premio
ó el castigo no distingue
al soldado, al subalterno,
ni repara en graduacion.
El que incurra, tenga cierto
que le ha de aplicar la ley...
Pero él llega.

(Sale el general.)

EL GENERAL

¡ Caballeros !

LOS DOS

¡ A la orden de vuecelencia !

GENERAL

El valiente compañero

(á Vilbado.)

de usted, yo presumiría
que se hallase en este puesto
con tan grata sociedad.

VILBADO

Hace muy pocos momentos
que recibió orden expresa
de observar los movimientos
del ejército de Lima.

GENERAL

¡ Oh! ¡ le ha tocado! Lo siento,
porque lo necesitaba.

VILBADO

Pues, mi General, por eso
no se aprensione vucencia,
yo, con el permiso vuestro,
relevaré su persona.

GENERAL

Porque os estimo lo apruebo.

VILBADO

Vucencia quede con Dios,
que á reemplazar voy su puesto.

(Yéndose).

GENERAL

¡ Atended!

VILBADO

¿ Señor?

GENERAL

Quedamos

en que si por el relevo
fallecéis de algún revés
de la guerra, yo no tengo
culpa alguna.

VILBADO

No señor.

Pero sí saber deseo...
si en la estrada de la gloria
en lugar de Warnes muero
¿podré obtener el honor
allá en los futuros tiempos,
de que la fama publique
que sostuve los derechos
de mi patria y que por ella
sacrifiqué mis alientos?

GENERAL

No hay duda.

VILBADO

Pues de tal modo,
vucencia del pensamiento
deseche que nadie pueda
culparle en este suceso,
cuando el fallecer como héroe
es un blasón, es un premio
á que debe ambicionar
todo americano pecho...

(Vase.)

GENERAL

(Aparte.)

Por vida mía que vale
 cada patriota, un imperio.
 Y pasando á otra materia :
 señor oficial... intento
 preguntarle á usted ¿si el día
 que condecoró su pecho
 con insignias militares
 la Madre Patria, fué á efecto
 de que poseído de honor
 vindicase sus derechos
 y su justicia en campaña,
 despedazando los hierros
 que la impuso el despotismo...
 ó para que dado al juego,
 distracción, libertinaje,
 pase torpemente el tiempo
 mi buen oficial, notado
 hasta de sus más afectos
 camaradas? ¿Es un modo
 de llenar el desempeño
 de su obligación, estarse
 electrizado en el juego
 toda la pasada noche?
 ¿Qué seadmira usted? Yo mesmo,
 yo mesmo, sí, lo he notado
 quando anduve recorriendo
 las avanzadas.

NICASIO

¡Qué escucho!

GENERAL

Vi al centinela durmiendo,
 en vez de allí vigilar
 sobre el seguro de un puesto
 de tal consideración
 y de tan crecido riesgo.
 Yo, porque acaso el Mayor
 General en aquel tiempo
 no evidenciase tal crimen,
 saqué del pesado sueño
 al delincuente soldado...
 ¿Y el cargo de un tal defecto
 sobre quién debe caer?
 ¿Pasaré al castigo recto
 del dormido centinela,
 ó al del oficial que ciego,
 olvidando sus deberes,
 su honor, su patria, su empleo,
 al frente de un enemigo
 de nuestra sangre sediento,
 abandona su avanzada
 y á todos nos dexa expuestos
 á una derrota segura?
 La Patria descansa en nuestros
 deberes: yo los confío
 á mis Xefes subalternos,
 los Xefes á un centinela
 para que vigile atento
 las insidias del contrario...
 ¿Y es posible que los mismos
 Xefes, basas de la Patria,
 quieran ser el instrumento

que destruya el edificio
de su libertad? ¡Qué riesgos
nos pudo haber irrogado
el terrible desacierto
de usted!... ¡Mas, gracias á Dios
que no sucedió! Muypuesto
parecer podrá en justicia
que mientras burlando empeños,
superando inconvenientes
y hollando los contratiempos,
nuestros bravos compatriotas
arrostran con firme aliento
las vigiliás, la intemperie
y la muerte... — ¿al predilecto
del General lo sindiquen
omiso en el cumplimiento
de sus deberes, no sólo
para sí, mas impidiendo
que otros buenos oficiales
exerzan el desempeño
de su regla militar?
¿Qué es esto, Señor? ¿qué es esto?
¿Usted es patriota?... ¿Usted
lleva ese uniforme puesto
por la Libertad? ¿Usted
se titula verdadero
Americano?... ¡Usted es
sólo un cancerado miembro
que infesta, mata y destruye
las nobles partes del cuerpo!
Habéis incurrido en crimen
de Lesa-Patria... ¿Qué ejemplo
podrá tomar el soldado?

¿qué disciplina? Si atiendo
á cuanto las militares
leyes claman, exigiendo
sobre tamaño delito...
¿cuál fin obtuviera el bueno
de mi don Nicasio? ¡Ah!
¡Qué agudo puñal! ¡Qué acerbo
dolor para el pobre anciano
padre... para el fino y tierno
corazón de aquella esposa
que sus dichas y consuelos
y sus esperanzas cifran
en usted sólo!... ¡Tremendo
golpe! Mirar que al impulso
del plomo rindió su aliento,
no con gloria de su estirpe
sino para triste exemplo
de inobedientes y malos
militares!... ¡No! ¡Los Cielos
no permitan que jamás
cometa usted igual yerro!
Ni creo sucederá...
Seamos amigos, el tierno
cariño que usted me debe
quede premiado volviendo
sobre sí: desempeñando
su glorioso ministerio
en la defensa del Sud.
Lo espero, sí; y que á su exemplo
cuantos delinquir pudieran,
subsanen su vilipendio.
Para que diga la historia
en sus fastos á los tiempos,

quando memoren la empresa
del fiel Tucumano pueblo :
« Que sobre el campo de Marte,
al vindicar los derechos
y la augusta independencia
del Sud-Américo suelo
el verdadero patriota
no es tahir, sino guerrero ».

(Vaso.)

NICASIO

¡ Por Dios que con su blandura
y afabilidad, el bueno
del General me ha metido
la espada hasta el puño! Escierto:
mi falta es escandalosa.
Un juvenil distraimiento
¡ de cuántas notas indignas
ha mi conducta cubierto
ante la faz de la Patria !
Me confundo, me estremezco
sólo en pensarlo. El honor
es el numen del guerrero.
¿ Yo guerrero y sin el numen,
por qué el vivir apetezco?
Lo primero que dirán
los émulos del afecto
que el General me profesa
es... que valido del fuero
de su amistad, mis deberes
sepulto en olvido eterno,
faltando con torpe mengua
á mi Patria y juramentos,

á mis caros compatriotas,
y lo que es más, al derecho
de americano. Quizá,
quizá dirán que un tal yerro
en cualquier otro infelice
sería con vilipendio
castigado: mas en mí,
para incitarme á otros nuevos
se reprende con dulzura
en agravio del exemplo
militar... ¡ Ah ! ¿ Yo ser causa
de que se inculque al modelo
de obediencia ? ¿ Yo he podido
dar margen á que un eterno
puñal de angustias hiriese
de mi Rosalía el pecho ?
¿ Yo á mi Patria... ? ¡ Oh ! ¡ Nunca
Del honor el vivo fuego [sea !
reanimando mi existir
me inspira el noble proyecto
de sacrificarlo todo.
¡ Sí ! ¡ corazón ! Demostremos
cuánto es otro aquel mortal
que sus faltas conociendo
se afana por subsanarlas.
Busquemos, honor, busquemos
entre los terribles choques
y entre el pavoroso estruendo
de las armas, ó la muerte
ó que mi decoro ileso
quede á la póstuma edad ;
para que digan los tiempos
quando acuerden la energía

del fiel Tucumano pueblo :
 « Que sobre el campo de Marte,
 al vindicar los derechos
 y la augusta independencia

del americano suelo ,
 el verdadero patriota
 no es tahir, sino guerrero ».

(Vase.)

Plaza del Tucumán. Aparecen los paisanos que pudieren (entre ellos Cosme y Chuflete) haciendo el ejercicio á la muda, mandados por algún inteligente. Cara-inigua estará componiendo su casa. Varias mujeres sentadas en sus puertas, haciendo hilas para los heridos. Concluido el ejercicio, dicen todos los paisanos :

TODOS

¡ Viva la Patria !

(Cosme entra por una puerta (que se supone sea pulpería) y saca un embudo y una medida y reparte de beber.)

COSME

¡ Señores,
 beber, y penas á un lado !
 ¡ Alegría ! porque el golpe
 que han de llevar los contrarios
 de nuestra causa, merece
 sin remedio festejarlo
 como el de ahora siete días.
 ¡ Qué tunda dicen llevaron
 los realistas !

CHUFLETE

Señó Cosme,
 yo que estuve camorriando
 no lo hice muy mal : algunos
 me limpié.

TAMBOR

Pues yo, paisano,
 no me quedé atrás. Dos maulas

por poquitas me agarraron,
 pero yo con mis pistolas
 los ultimé de un balazo
 ¡ Ahijuna pucha ! el tambor
 Cara - inigua !

CHUFLETE

¡ Ché, muchacho !
 ¡ no vengáis aquí mintiendo !

TAMBOR

Ñó Chuflete — ó señó diablo
 aunque usted es tan Oparrón
 y yo soy un renacuajo,
 venga afuerita pa el río

(afilando su cuchillo en la mano.)

y nos tiraremos cuatro
 al pecho, á ver el que miente.
 ¡ Oiga el baladrón !

COSME

¡ Oh ! ¡ vamos !
 hoy no es día de cuestiones
 sino de emperejilarnos
 para entrar en la camorra.

TAMBOR

Bien está, pues.

COSME

¿Los contrarios
eran en número grande?

CHUFLETE

¡Amigo! Seguro cuántos
eran no lo hey de decir.
Pero dende que en Yatasto
cortamos las cuerdas fiero
y vinimos reculando,
sólo pudimos saber
que era una manguardia, al man-
de ñor Tristán; y con todo [do
en las Piedras recularon.

COSME

¿Y traían muchos cañones?

TAMBOR

Yo les quité uno de á cuatro.

COSME

¿Vos solo?

TAMBOR

Yo y otros tres
patriotas, y ñó *Serranos*
mi Cabuscuadra.

COSME

No hay duda
que eres un guapo muchacho,

TAMBOR

La causa que difendemos,
aunque uno no sea guapo
por juerza lo hace valiente.

COSME

¡Qué sabido es el muchacho!
¿De qué tierra eres?

TAMBOR

Porteño.

COSME

¿Tienes padre?

TAMBOR

¡Qué marrano!
¿Sin padre conoce á alguno?

CHUFLETE

¡Hombre, yo conozco á tantos!

TAMBOR

¿Y aonde los conoce usted?

CHUFLETE

¡En mí, pues si yo soy guacho!

COSME

Aunque en todo el Tucumán
celebrando están el gato
por liebre que los realistas
en ustedes encontraron,
lleve el diablo si no gusto
que me refieran el caso
de nuevo, porque el contento
me tiene medio alocado.

TAMBOR.

Mire usté — ñor Cosme...

CHUFLETE

¡ Ché !

Aonde que haiga hombres bar-
no meten su cucharada [baos
los mocosos.

TAMBOR

¡ Voto al diablo !

¡ Ya se lo hey dicho otra vez,
que aunque usté parece un ganso
con esa figura, salga
allí afuerita pá el campo,
y veremos si es más hombre
que yo !

COSME

Cara-inigua, vamos,
vamos pues, señor Chuflete
se remató, está acabado :
hayga paz, hayga alegría :
y en contándome lo que ansio
por saber, á todo el mundo
les prometo convidarlos.

CHUFLETE

Por mi parte se acabó.

TAMBOR

Y por la mía.

COSME

¡ Bien ! ¡ Bravo !

Que hable el amigo Chuflete.

(Todos lo rodean para escuchar.)

CHUFLETE

Pues sí, amigos, excusao
será contarles aquí
cuántos lances les pasaron
á los nuestros, hasta que
allá en Suipacha si ahogaron
tantos : Pero dende entonces
siempre nos talonió largo
la gente del enemigo,
y como tóo paisano
en pudiendo si reunía
con los de acá, de contao
me vine con mi Cuñada
dende Salta. Allá en Yatasto
ya nos apretaban fiero,
y al instante don Belgrano
dispuso la reculada
pá el Tucuman, ordenando
que vinieran las carretas
y familias caminando
por delante... ¡ Dios del alma !
parecia hormiguero el campo
con tanta mujer. — ¡ Toditas
con sus hijitos cargaos !
¡ Daba miedo ! ¿ y la mozada
que venía repuntando
de la Quebrada del Toro,
de Salta y Jujuy ? ¡ Paisanos,
no lis puedo ponderar !
¡ Derechõ viejo ! Ni el diablo
que pudiese descuidar :
¡ siempre la micha en la mano
pá los cañones, y siempre

oficiales y soldaos
durmiendo sobre el fusil !
El General don Belgrano
y don Díaz Vélez — todito
lo venían correteando...
¡ Tan sucios ! ¡ Virgen ! ¡ Tan ne-
como ansina de barbaos. [gros,

(señalándose.)

En el *río de las Piedras*
los nuestros hicieron alto,
pero no la retaguardia
que juntito al *río Blanco*
se paró medio á sestiar.
¡ Cristo de mi alma ! ¡ No hablo
lleno de aguardiente, amigos!
sin saber cómo ni cuándo
entre las gentes de Lima
nos vimos acorrالاos.
Con decir que á don Díaz Velez,
que juntito á su caballo
dormía, lo despertó,
pa que se rindiese, un Cabo
del Real de Lima ! ¡ Mas qué !
¡ Ay hijo un bribón el muchacho !
¡ Qué aflojar ! Sin más decir
le sopló un pistoletazo
y lo hizo bailar ; y al punto,
saltando sobre el caballo
nos vinimos, cola tiesa,
toditos entreveraos
hasta el bajar la barranca.
¡ Ahijún ! Allí un cañonazo
de nuestras tropas les hizo

detener á los marranos
que nos seguían. Mas como
ellos se iban amuchando
cada vez más, por poquitas
no nos pusieron el parto,
si ese don Carlos Forest
y ese don Miguel de Araós
por dentro el cañaveral
y el monte, á sable y balazos,
no les mojaran la oreja !
¡ Fuego y más fuego, paisanos,
y viva la Pátria ! Entonces
vino con espada en mano
el General y gritaba :
« ¡ Mis compañeros, mis bravos,
no aflojéis pues, libertar
güestro suelo !... » ¡ Qué Caran-
¡ ni qué vivir ! ¡ Allí todos [chol
embestimos como diablos
y los hicimos correr !
Y como no acostumbrados
estaban á estos parajes,
se iban ñublando golpazos
contra los árboles, como
los avestruces del campo
suelen hacer, y allí entonces
quedaban en nuestras manos.
Enfin, señor, ya está visto
que nuestros pobres contrarios
no valen esto siquiera
si no están aventajaos.
Después de esto, nos vinimos
pá el Tucumán ; y olfatiando

los patriotas de este pueblo
 que Díaz Velez y Belgrano
 querían cortar las cuerdas
 con su tropa, les mandaron
 que no los abandonaran,
 porque estaban declaraos
 y resueltos á morir
 cual güenos americanos.
 Al ver esto, el General
 defenderlos ha jurao
 ó morir...! ¡Pucha en el queso!
 Puede, amigos, que hoy tenga-
 la camorra. — Goyeneche [mos
 dicen que es hombre alentao,
 porque tiene tres mil hombres
 en su manguardia, mandados
 por don Tristán. ¡Ché! Nosotros
 cierto es que no somos tantos,
 ni con armas, pero semós
 de corazón y de brazos
 pa quebrarles el caroso.
 Tan sólo es de sentir, tantos
 hermanos nuestros que vienen
 al matadero engañaos.
 Dios quiera abrirles los ojos,
 pa que no sean caballos
 que se dexan ensillar
 por dar gusto á los chimangos.
 ¡Podría ser que se arrepientan!
 Mas si tuavía ostinaos
 se atreviesen á insultar,
 teman tóos los contrarios;
 pues con justicia y auxilio

de Dios poderoso y santo
 ¿quién afloxa, si por ciento
 vale un güen americano?

TODOS

¡Viva Chuflete!

COSME

¡De modo
 aquí el amigo ha contado
 el pasaje, que de gusto
 todavía estøy llorandò!

CHUFLETE

Vele ahí pa que conozcan
 los que nos han reputao
 por animales, que un hombre
 es un hombre.

TAMBOR

¡Qué marrano!

CHUFLETE

¿Qué decís vos, mequetrefe?

COSME

Señores, vamos tomando
 á la salud de que viva
 el valor americano
 eternamente.

TODOS

¡Que viva!

(Beben todos.)

TAMBOR

¡ Y llame á todos los diablos
aquel á quien no le guste !

COSME

¡ Digo ! ¿ Qué nuevo fregado
es el que miro ?

CHUFLETE

No es nada.
Que se están tirando cuatro
tajitos el Pierna Santa
y el Malapeste.

COSME

Apartarlos
es preciso.

CHUFLETE

Para qué ?
Déxelos, no más, paisano,
si los hijos de la tierra
esto lo toman jugando.

(De adentro de una casa salen acuchillán-
dose el Pierna Santa y el Malapeste,
y Juana deteniéndolos.)

JUANA (dentro)

¡ Que se matan ! ¡ Que se matan !

MALAPESTE

¡ No me has de ganar á guapo !

PIERNA SANTA

¡ Tampoco vos, baladrón !

CHUFLETE

¡ Vaya ! ¡ se acabó, paisanos !

COSME

¡ Señores, basta de riña !
¡ Basta !

TAMBOR

¡ No hacen ningun caso !
¡ Basta !

PIERNA SANTA

¡ Quite allá, el mocoso !

TAMBOR

¡ Basta ; y en nombre lo mando
de la Patria !

(Todos se destocan.)

PIERNA SANTA

¡ Se acabó !

TAMBOR

¡ Ea, marchen arrestados !

PIERNA SANTA

Si digo que se acabó...

TAMBOR

Entonces dense las manos.

(Se las dan.)

COSME

¿ Pero por qué se peleaban ?

PIERNA SANTA

¿ Quiere que lo diga claro ?
Por su hija.

MALAPESTE

Sí, señor Cosme,
íbamos á lastimarnos
porque ese me la puntea.

CHUFLETE

¿Y mi cuñada?

(á Pierna Santa.)

PIERNA SANTA

¡Canario!
Nunca está demás la carne
porque haya mucho ganado.

COSME

¿Pero qué es puntear?

MALAPESTE

¡Oh! ¡el hombre!
¡No se haga el sonso!

COSME

¡Paysano,
no lo entendí!

MALAPESTE

Es un tientito.

COSME

¿Y qué es tientito...?

MALAPESTE

¡Los diablos!

COSME

¡Si no entiendo una palabra!

PIERNA SANTA

¡Valiente no maliciarlo!
Esto es que á Juana su hija
ese y yo la enamoramos.

COSME

Muy bien. Vamos ¿A cuáles
de los dos?

JUANA

Si he de hablar claro,
á Malapeste.

COSME

¿Y por qué?

JUANA

¿Por qué? pues porque es más
[guapo.

PIERNA SANTA

¿En qué es más guapo que yo?

JUANA

En los bigotes— ¡Mirarlos,
mirarlos, qué donositos!
Si hasta las piernas y el garbo
son de patriota.

PIERNA SANTA

¿Pero éstos

(por sus bigotes.)

no son de patriota?

JUANA

¡Un diablo!

Sancoche no más, amigo...

CHUFLETE

Pierna Santa, estáis cansado.
Si no te quiere ¿á qué viene
estarla majaereando?
Además de que la Luisa,
mi cuñada, te es bien claro
que no se volvió á casar
en Salta por vos.

PIERNA SANTA

No es caso
sacar á que naides sepa
secretos que ya pasaron.

CHUFLETE

Pues si no es del caso, adios.

TAMBOR

Deme su fuego, paisano,
que tambien yo sé pitar.

COSME

¿Pues qué, pitan los muchachos?

TAMBOR

Si hasta las mujeres pitan,
¿no han de pitar ellos...?

(Enciende.)

COSME

¡Vamos!

Este no es tiempo de amores
sino de ponernos guapos,
para cascarles las liendres
otra vez á los contrarios.

TAMBOR

¡Ojalá que agora fuera!

PIERNA SANTA

¿No se podría hacer trato,
señor Cosme, por la moza?

COSME

¿Quieren que la haga pedazos?

PIERNA SANTA

¡Si no es eso lo que digo!

COSME

¿Pues qué?

PIERNA SANTA

Un cambalache hagamos
por ella.

COSME

¿Qué dice, amigo?
Explíquese, pues, y veamos...

PIERNA SANTA

Ya se vé; como uno está hecho
siempre á tratar con caballos,
como usté muy bien lo sabe,
aun la maña me ha quedado
de hablar así. ¿Como ha é ser?
Se podía hacer un trato —
Aquí están veinte pesitos
que pillé anoche en el páro;
tómelos, y deme á su hija
por muxer y...

COSME

Más despacio.

¿Porque me visto de lana,
que soy carnero han pensado ?

PIERNA SANTA

No; pero como es usté
pulpero...

COSME

Aunque muy honrado.

Cuando yo vine de España
no traxe más que una mano
atrás y la otra adelante.
Llegué, por un raro acaso,
al pueblo del Tucumán
en donde me dió la mano
una señorita viuda,
de que resultó casarnos
y poner mi pulpería.
De mi matrimonio amado
tuve esta hija, y enviudé
al cabo de algunos años.
Ustedes preguntarán
¿para qué fin he contado
mi vida? Y yo les respondo:
que es porque sepan de claro
que aunque tengo pulpería
no la he tenido estafando
como muchos polizones,
ni soy hombre de esos tratos.
Al revés; gasto mi plata
con gusto y con todos cuantos
reconozco que defienden

esta causa.—Yo, paisanos,
no sigo la propia senda
de muchos alucinados,
que no acaban de caer
de su burro.—Yo, soy claro:
la más verdadera patria
del hombre de bien y honrado
es aquella en que subsiste;
á la cual se halla obligado
á defender con su sangre,
si no quiere ser ingrato.
Así en la próxima acción
que por puntos esperamos:
al soldado, al oficial,
al tambor, al voluntario,
en fin á cualquier patriota
que en contra de los tiranos
muestre más valor en ella,
le doy de Juana la mano
y también la pulpería.

TODOS

¡ Viva el patriota !

PIERNA SANTA

Me allano.

TAMBOR

Y yo también.

CHUFLETE

Si no hubiera
esos tropezones malos,
tambien al fandango entrara

que por la Juana, aunque callo,
el potrillo del amor
suele corcovear á ratos.

JUANA

¿Y vos que decís?

MALAPESTE

¿Quién sabe?

JUANA

¿Y qué, no entráis en el trato?

MALAPESTE

¿Para qué?

JUANA

Nunca creyera
que me fueses tan ingrato.

(Sale don Ignacio con paisanos de todas clases.)

IGNACIO

¡Que viva el Dios de la Patria!

TODOS

¡Viva!

COSME

¡Señor don Ignacio!

¿Las gentes que se aguardaban
son estas?

IGNACIO

Así es.

COSME

Lo aplaudo.

IGNACIO

Estos y otros muchos más
han venido voluntarios
á presentarse. ¡Señor!
¿Ni para qué nos cansamos
en referir? El exemplo
tenemos visible y claro
en aves, peces y brutos,
que incautamente apresados
sacrifican sus alientos
por libertad. — Luego es claro
que del Sud los naturales,
opresos trescientos años,
por precisa ley respiran
libertad.

COSME

A convidarlos
voy de gusto.

(Sale Pierna Santa.)

TAMBOR

¿Quién será ése
que viene remoloneando
atrás?

IGNACIO

Un maestro de sastre.

JUANA

¿Y aquel baxito?

IGNACIO

Escribano.

COSME

Vayan viniendo, que á bien
que en Buenos Aires hay hartos.

LUISA

(Saliendo.)

¡ Pues no se ha hecho repeluz,
y en ninguna parte lo hallo!
¿ No ha vuelto aquí Pierna Santa?

CHUFLETE

No sé.

LUISA

¡ Qué cara de diablo!

CHUFLETE

¿ Aonde vas?

LUISA

Sobre mis piernas.

CHUFLETE

¿ Y que hacéis?

LUISA

Pitar cigarros.

CHUFLETE

¿ A quién le pechásteis?

LUISA

¡ Calle!

¡ Qué miro! ¿ no es don Ignacio
mi vecinito? ¡ Oh Señor!

IGNACIO

¡ Luisa! Mujer! ¡ aquí estamos
todos!

LUISA

¿ No se acuerda usted
cuando estaba usted estudiando
en Buenos Aires, juntito
de mi casa, aquellos palos
que llevó por cierta piedra?

IGNACIO

¿ Y tú te acuerdas del chasco
que te dió aquel andaluz?
¿ Estuvisteis pleiteando
mucho tiempo?

LUISA

Lo dexé
porque me achacó el malvado
mil cosas que nunca hice;
y los jueces sus paisanos
como le daban razon
él se ponía tan ancho:
hasta que ya de aburrida
fué fuerza tomar estado
con un mocito salteño
que venía acomodado
para Salta: y como luego
después se metió á soldado
y falleció en la derrota
de Huaqui, en tal desamparo
no tuve más que quedarme
en Salta con mi cuñado

(Señalando á Chuflete.)

que es peon de mulas.

IGNACIO

Muy bien :
séalo por muchos años.

CHUFLETE

Sí, señor, Dios se lo pague.

IGNACIO

¿Mas, aquí, entre los soldados
qué haces?

LUISA

El maldito amor
me agarró con un paisano
que se ha de casar conmigo.
Y como él es veterano
y mi cuñado venía
en clase de voluntario,
siguiendo la retirada
de nuestro ejército, al cabo
fué fuerza seguirlo.

PIERNA SANTA

¡Amigos !

El General va llegando.

(Sale Pierna Santa.)

(Los que tengan armas se ponen en formación : los demás se acomodan respetuosamente.— Sale el General acompañado de todo su Estado Mayor, con el oficial del ejército realista, seguido del pueblo.)

GENERAL

¡Quietos! ¡quietos! Llegue usted,
señor oficial.

OFICIAL

Pasmado

(Aparte.)

estoy al ver la energía
del Tucumán.

GENERAL

Sin embargo

que sé vuestra comisión
y que me hallo facultado
para contestarla en todo,
sin que antes la escuche un pue-
cuyo valor y entusiasmo [blo,
se hará inmortal en la historia,
servíos, señor enviado,
exponer vuestra misión
al mismo pueblo.

OFICIAL

Ya lo hago. —

Don Pío Tristán, Mayor
General, á cuyo mando
viene la grande avanguardia
del ejército esforzado
del Rey, os intima y dice :
« Si en el perentorio plazo
de dos horas, no se rinde
el miserable puñado
de hombres que llevan las armas
en el pueblo tucumano,
será el Gefe responsable
de los horrores y estragos
que las tropas del Monarca

originarán; mostrando
de aquesto pueblo en las ruinas
un padrón eternizado».
Si os rindiéreis, obtendréis
los honores acordados
por la guerra: recibiendo
el más respetable trato
de un hijo del Sud, que aprecia
la sangre de sus paisanos
cual la suya, y que deplora
vuestros sistemas errados.

(Imperioso.)

Entre la muerte ó la vida,
gloria ó infamia, en el acto
lo que elixiéreis decid,
pues con impaciencia aguardo.

(Pausa.)

¿Al ejército del Rey,
qué contesta el sublevado?

(Unánime y repentinamente canta el pueblo, señalando á las armas.)

TODOS

¡Que viva la Patria
libre de tiranos,
y triunfen felices
Los americanos!

GENERAL

¡Sí! ¡triunfarán! ¡Sí! Yo creo
que os encontráis contestado.
Y añadid á vuestro Gefe,
por mi parte — que si osado
con la desventaja nuestra

sus proyectos temerarios
pretende formalizar,
seprepare al resultado
de funestos consiguientes,
por la infracción al sagrado
derecho que las naciones
menos cultas, venerando
están en todos los pueblos.
En buena hora, con cruel mano
cebe y enciende la llama,
que sus flameantes estallos
serán el terrible impulso
para que mis esforzados
campeones hagan cenizas
á los siervos de Fernando.
Y entonces serán sus ruinas
el más indeleble fasto
que, de nuestra libertad
el estandarte elevando,
patenticen la energía
«del miserable puñado
de hombres que se llamarán
sepulcro de los tiranos»!

OFICIAL

Vos, su caudillo, sin duda
debéis haber olvidado
que contestáis á las tropas
que cual humo dispersaron
(tan sólo con presentarse)
ese valor decantado,
en *Yaguaycoragua* y *Huaqui*.

GENERAL

Eso mismo demostrando
 está cuánto sois cobardes ;
 pues el gefe refractario
 que os comanda, trepidó
 combatirnos en el llano ;
 empero al golpe infamante
 del triunfo que habéis cantado
 ni sosteneros pudisteis
 á esos pocos, que restados
 á una vergonzosa fuga
 en Yavi os precipitaron.

OFICIAL

Esa vergonzosa fuga
 no condice al descalabro
 que sufristeis en *Suipacha*.

GENERAL

Agradecedlo al naufragio
 infeliz de nuestra tropa,
 el no salir derrotados
 entonces, y recordad
 que al ver el río vadeado
 por unos pocos, en fuga
 salisteis abandonando
 vuestros bagajes y trenes.
 Si no basta esto, acordaos
 de cuando allí nuestras bravas
 falanges se coronaron
 de inmarcesibles laureles
 contra el poder sanguinario

de Nieto, y cuya memoria
 debería escarmentaros.

OFICIAL

Quizá esa memoria misma
 sería el móvil gallardo
 que á una fuga vergonzosa
 os puso en el río Blanco.

GENERAL

Esa fuga que os engaña
 formó el triunfo que cantamos
 en el río de las Piedras.
 Si fué nuestro el descalabro,
 decid ¿quién tornó la espalda ?
 ¿quien dexó por nuestro el campo ?
 ¿quién obtiene los despojos ?
 ¿y quién victoria ha cantado ?

OFICIAL

Hoy quizá la cantaremos
 si allá no la anticipamos.

GENERAL

Para no exponerse al golpe,
 decidle á vuestro engañado
 Xefe que si (cual presumo)
 quiere cortar los estragos
 de una guerra vergonzosa,
 que á los venideros fastos
 con mengua recordará
 la destrucción que nos damos,

dexe volver á su hogar
los míseros que arrastrados
trae por la fuerza, y se rinda
con los pactos que ha insinuado.

OFICIAL

Mientras un guerrero cuente
el ejército del Alto
Perú, no admitirá nunca
tales vergonzosos pactos.

GENERAL

Culpad si son vergonzosos
á quien los haya dictado.

OFICIAL

Está bien. Quedad con Dios.

(Vase.)

GENERAL

Él os guarde muchos años.
Hasta la última avanzada
váyle usted escoltando—

(á un Edecan que se va.)

Decidle vos á Díaz Velez
que execute lo acordado.

(Vase Don Ignacio.)

Venid, Don Nicasio.

(Vase con su Estado Mayor.)

NICASIO

Apenas
de rubor puedo mirarle

(Va á irse.)

CHUFLETE

Patrón ¿Es hoy la camorra?

NICASIO

Así nos lo sospechamos.

(Vase.)

COSME

¡Caramba! y qué fanfarrón
es el tal parlamentario!

CHUFLETE

Pero el señor General
le apretó fiero los machos.

MALAPESTE

Si en el pellejo me hallara
de su Excelencia, otro gallo
puede ser que les cantara.

(Dentro generala con tambores.)

TAMBOR

¡Generala están tocando!
Adios.

(Vase, llevando su caza.)

MALAPESTE

Amigo, esto huele
á fandanguito.

(Dentro tres cañonazos.)

COSME

¡Canario!
¿qué significa esta bulla?

PIERNA SANTA

Que si acaso no me engaño,
dentro de muy pocas horas
estaremos atacando.

JUANA

¿Y quiénes han de atacar?

(Asustada.)

COSME

Nosotros y los contrarios.

(Sale el General con sus Edecanes, don
Ignacio y don Nicasio.)

GENERAL

¿Qué hacen ustedes aquí?
A sus destinos ¡volando!

(Vanse los veteranos.)

¡Hijos de la libertad!
vuestro deseo ha llegado!

TODOS

¡Victoria! ¡Viva la Patria!

GENERAL

¡Dios oiga vuestros presagios!
¿Quién son estas gentes?

IGNACIO

los patriotas de Santiago
del Estero.

GENERAL

Está muy bien.
¿Son ustedes voluntarios?

IGNACIO

Por ellos respondo yo.

GENERAL

Váyalos usted armando
como mejor se pudiere,
y después incorporados
quedarán entre su tropa.
¡Hijos del Sud esforzados,
si pretendemos ser libres
fuerza es vencer este paso!

(Yéndose.)

COSME

¡Mi General, una gracia!

GENERAL

¡Mi amigo! ¡Pida usted cuatro!

COSME

Yo estoy en la compañía
de Patriotas declarados
de Cochabamba y Chayanta,
por ello estoy destinado
á quedar de guarnición
en la plaza: y yo reclamo
á vuecencia me conceda,
de que entre los voluntarios
recién venidos me pongan.

GENERAL

No hallo ningun embarazo.

TODOS

¡ Viva el General !

GENERAL

¡ No, hijos :
los vivos de vuestros labios

pertenecen á la Patria
digna tan sólo de lauros!

TODOS

¡ Viva el Sud independiente,
á pesar de los tiranos !

BIBLIOGRAFÍA RETROSPECTIVA

EL ACTOR AMBROSIO MORANTE

Entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, procedentes de la importante donación Olaguer Feliú, hemos hallado la «pieza militar» que precede y hoy sale á luz por vez primera, pues (como luego se demostrará) ni siquiera conoció en su tiempo la de las candilejas del Coliseo á que estaba destinada. Es muy sabido que el edificio de la Comedia (esquina de Cangallo y Reconquista) era propiedad del señor Olaguer Feliú, y muy natural que entre los papeles donados á la Biblioteca figure una parte del archivo de las trashumantes compañías dramáticas que allí anidaron, desde su estreno, en las postrimerías del virreinato, hasta la desaparición del *Teatro Franco-Argentino*, que muchos de nuestros lectores han conocido.

Hay otros «documentos» análogos al que hoy se publica; y si hemos dado la preferencia á este esbozo dramático, no es precisamente en razón de su excelencia literaria, sino por el asunto histórico y ciertos indicios preciosos que su factura revela. Algún día se intentará escribir la historia del teatro en Buenos Aires, que tan curiosamente reflejará su evolución social, — si pertenece, quien emprenda la tarea, á la familia de los espíritus resucitadores que saben infundir vida nueva á los papeles viejos; conviene entre tanto cooperar á la obra futura, allegando datos y materiales que la faci-

liten. Con la natural desconfianza del papelista improvisado vamos, pues, á «ilustrar» este minúsculo asunto literario, mucho menos palpitante, por cierto, que la cuestión de Cuba, pero no desprovisto de interés retrospectivo y local.

El manuscrito de *Defensa y Triunfo de Tucumán* forma un cuaderno de 25 páginas, de ese grueso y fuerte papel de hilo español, sucesor apenas degenerado del venerable pergamino, y como éste destinado á desafiar la acción roedora de los años. Trae en su carátula el sello bastante borroso de COLISEO DE BUENOS AIRES y, debajo del título, este subtítulo: *Drama histórico-militar*, que ha sido tachado y sustituido con el actual. Todo el texto del primer acto, el único que poseemos (siendo así que el segundo hubiera sido el más interesante), presenta numerosas enmiendas de palabras, correcciones de versos enteros, y hasta *tiradas* que han sido reemplazadas por otras, ni mejores ni peores que las sacrificadas, pero generalmente encaminadas al efecto ó *golpe* teatral. La letra es clara y cursiva, no curial; la ortografía, regular, y acaso menos tropezadora que la de muchos contemporáneos ilustres. ¡Detalle importantísimo! Las correcciones son de la misma mano que el texto: lo que permite afirmar que este es el propio manuscrito del autor. Finalmente, en la primera página se encuentra la distribución de la pieza, hecha por el mismo autor, con los nombres de los «señores» cómicos encargados de los diferentes papeles (excepto dos femeninos que quedan en blanco): todo ello en la forma que hemos reproducido escrupulosamente.

El manuscrito anónimo no trae indicación alguna relativa al autor ni á la fecha de la representación. Pero no es dudoso que esta breve reseña descriptiva baste y sobre para nuestros eximios papelistas, avezados á las más delicadas pesquisas sobre investigación de la paternidad, y á quienes no escapan los matices más fugaces del estilo. Sin duda que ya me han ganado por la mano y, antes de dejarme concluir, han exclamado en coro: ¡«Basta de pelos y señales: este drama fué perpetrado en 1825, en Buenos Aires, por el

primer actor don Ambrosio Morante ! » Nuestros Edipos tienen razón, y así pasamos á demostrarlo, para solaz de algunos lectores aficionados á las novelas de acertijo.

La fecha se deduce en seguida de la distribución de la pieza. Si bien es cierto que casi todos los actores allí designados representaron en Buenos Aires, antes ó después del año 25, no lo es menos que solamente en dicho año tuvimos la fortuna de ver aquí reunido tan admirable elenco. La demostración es matemática; es exactamente el caso de un sistema de n ecuaciones con n incógnitas. Pero bastaba en este caso recordar una simple coincidencia: el hijo de Ortega, que aquí figura, «debutó» en 1825; por otra parte, es muy sabido que el primer actor Morante casi dejó de trabajar en Buenos Aires desde mediados de dicho año, por razones de doloroso carácter personal que nuestros lectores no han olvidado, y á las que tocaremos oportunamente con mano discreta. Entre el astro de primera magnitud y el modesto candil de la escena argentina, puede decirse que no hubo más conjunción, en Buenos Aires al menos, que la de dicha temporada, que se inauguró el martes 26 de abril, y se clausuró el 10 de diciembre, el día mismo en que el Brasil declaraba la guerra á las Provincias Unidas.

Esta obrilla fué, pues, escrita é incorporada al repertorio del Coliseo en el año cómico de 1825. No fué representada; su nombre no figura en los *Anales* (manuscritos) *del Teatro de Buenos Aires*; ni se menciona en el *Argos*, que murió violentamente el 3 de diciembre, ni en el *Mensajero Argentino*, que había nacido el 18 de noviembre para matar á aquél, y que, bajo la pluma de Juan Cruz Varela, se dedicó con preferencia á la crítica teatral. Por lo demás, el hecho de no haberse representado este drama de circunstancias concuerda con la presunción de ser su autor el célebre Morante, y hasta corrobora esta atribución.

Con su buena información y amenidad habitual, el doctor Juan M. Gutiérrez ha contado los comienzos del teatro argentino que, hasta el año de 1817, sólo viviera, —fuera del repertorio español—

de malas adaptaciones italianas ó francesas. Fundóse en ese año la *Sociedad del buen gusto del teatro*, encabezada por los mejores literatos del Plata : don Esteban Luca, don Bernardo Vélez, don Vicente López, don Miguel Cabrera Nevarés, el sacerdote chileno Henríquez, el coronel don Juan Ramón Rojas y veinte más; todos ellos, naturalmente, más ó menos convictos de tentativa dramática. La sociedad subsistió varios años, y á su estímulo debe atribuirse cierta florecencia literaria que prometía alguna cosecha futura, á no haberse tronchado por lo que sabemos. Entre producciones originales y traducciones en verso, subieron á las tablas del Coliseo, hasta el año de 1825, una docena de dramas y tragedias que significaban algo más que buena intención : así, la *Camila* de Henríquez, el *Aristodemo* de Nevarés, el *Felipe Segundo* de Alfieri, adaptado por Luca — y una tal *Cornelia Bororquia*, por un autor anónimo (que bien pudiera ser el nuestro), la cual, presentando una pintura atroz de la Inquisición, causó el natural escándalo entre frailes y beatas. No haremos más que mencionar las dos tragedias de Varela, *Dido* y *Argia*, vaciadas en el molde pseudoclásico de Voltaire y Alfieri, pero que no hacen directamente á nuestro asunto pedestre por haber sido leídas y publicadas mucho antes de representarse.

En el grupo parnasiano figuró desde el principio el cómico Ambrosio Morante, no sólo en razón de su importancia profesional, como primer actor de la compañía que alternaba aquí y en Chile, sino también como autor dramático fecundo y, al decir de Gutiérrez, bastante apreciable. Se le atribuía un *Tupac Amarú*, enfático y grandilocuente, pero lleno de efectismo, fuera de otros dramas más ó menos originales. Se ha dicho por algunos que Morante era peruano; pero, en este mismo año 25, el *Argos*, al anunciar su *re-entré*, el 26 de abril, dice que vuelve (de Chile y el Perú) « después de una ausencia de tres años *fuera de su país* ». Creemos, pues, que Morante era tan argentino como la tierna y lacrimosa Trinidad Guevara, Felipe David, Casacuberta, y el mismo mulato Viera,

mejor patriota que actor. De su indiscutible nacionalidad daban muestra elocuente estos cómicos, exagerando algunos la pronunciación criolla hasta el grado de levantar las protestas del purista Juan Cruz Varela; cierto es — y éste mismo lo reconocía — que resultaba peor la fiesta teatral, cuando se esforzaban otros por imitar el *ceceo* español del insigne Culebras, calzando el coturno clásico que infaliblemente se volvía ojota.

Ambrosio Morante, pues, á pesar de no deber enormemente á la naturaleza (era bajo, rechoncho y de tez algo subida), gozaba de indiscutible prestigio en Buenos Aires. Su voz sonora y su empaque majestuoso se imponían al patio más descontentadizo, sobre todo en *Misantería* y *Arrepentimiento*, de Kotzebue, y *El Duque de Visco*, de Quintana. ¡Era tal su éxito en esta aburridora tragedia, que ni el mismo Juan Velarde, galán joven de buena figura y acento apasionado, que causaba estragos en la cazuela, podía « compararse con Ambrosio »! — Por otra parte, tenía « Ambrosio » más de una cuerda en su guitarra: además de dramaturgo y actor aplaudido, era un director de escena de mucha trastienda y recursos. Él fué quien introdujo en las decoraciones y tramoyas algunos progresos memorables; entre éstos debe, sin duda, mencionarse aquel de levantar el telón de boca merced á un procedimiento tan ingenioso como expeditivo, ya empleado en España. Éste consistía en colocarse un moreno resuelto á cada lado del proscenio, tras de la bambalina, agarrado á dos manos de una cuerda pasada en una roldana como de pozo; á la señal; *aura!* los dos hombres se descolgaban juntos y el telón subía con velocidad vertiginosa. El progresista Morante no es responsable de algunos leves tropiezos que se produjeran cuando, después de su alejamiento, se relajó la precisión del mecanismo. El 6 de julio de 1827, por ejemplo, durante la función extraordinaria de la *Cenerentola*, con motivo de la instalación del presidente provisorio don Vicente López (en cuya honrosa vida política abundan los gobiernos interinos), el negro « arroje » dejóse caer como aerolito sobre el eximio tenor Rosquellas, que quedó des-

mayado y, del encontrón, casi fué á trinar al otro mundo. « ¡Qué desgracia irreparable, exclamaba la prensa para consolar á Rosquellas, si el negro hubiese aplastado por distracción á la dulce y delicada Trinidad! ».

Está á las claras que Ambrosio Morante, á pesar de su color modesto, era un hombre de mérito que, según hemos visto, así ensillaba el rocín Pegaso como tomaba la podadera crítica contra los autores aficionados. No vacilo en atribuirle la paternidad de la pieza siguiente, por las razones que paso á deducir. Desde luego, no hay inverosimilitud en la hipótesis, pues no era esta, por cierto, la primera zorra que desollaba. Pero nuestros argumentos positivos son tan sólidos como abundantes; he aquí algunos que, sin duda, bastarán para formar la convicción del lector.

Á más de que las numerosas enmiendas del manuscrito son de la misma letra que el texto, tienen todas ellas un marcado carácter « escénico », más bien que literario: se revela en su conjunto la mano de un profesional de las tablas, no la de un literato. El drama entero está escrito en ese estilo zurcido de reminiscencias, y como de lance, que denuncia á los cómicos cuando se meten á escribir. La práctica del oficio suple la ausencia de inspiración, y gana el corte de la obra todo lo que el arte personal puede perder. Pero, si es apenas admisible que las correcciones escénicas del texto pertenezcan á un autor ajeno á las tablas, no lo es en grado alguno el que un simple literato distribuya de antemano todos los papeles del drama, designando al actor adecuado para cada personaje. Hasta el sello del Coliseo, que se ostenta en la carátula, es un indicio revelador: no se incorpora definitivamente al repertorio de una compañía el propio manuscrito del autor, antes de la representación, sino en el caso muy especial de ser uno mismo el dramaturgo y el director de escena. Otras consideraciones podríamos agregar; v. gr., la de conocer personalmente el autor el lugar de la escena, hecho que se desprende de muchos detalles locales. Ahora bien: entre los autores posibles de este drama, — á no contravenir á la hipótesis

la fecha irrefutable y los demás rasgos señalados, — el único que creemos había estado en Tucumán y Salta era el coronel Rojas, muy conocido por sus galanteos á la musa teatral. Pero es sabido que don Juan Ramón Rojas pereció en el naufragio del paquete *Mosca* en el banco Ortiz, en septiembre de 1824, pocos meses después de sucumbir en el banco Inglés, en idénticas circunstancias, el poeta Luca, cuya catástrofe ha sido conmemorada por Andrade, en su *Arpa perdida*.

Del drama en sí mismo poco hemos de hablar. Ya dijimos algo del estilo; la acción, en este primer acto, es casi nula y la exposición bastante lánguida y defectuosa. Es lo que llamaríamos hoy una pieza de circo, y sin duda el segundo acto hubiera mostrado episodios de la batalla y concluído con una suerte de apoteosis patriótica. El diálogo es animado y natural, salvo en la escena de Belgrano con el Enviado, que resulta larga y ampulosa. Bajo el lenguaje gauchesco quedan perceptibles ciertas reminiscencias del teatro español, especialmente del *Alcalde de Zalamea*, que Morante había representado. Fuera de Belgrano, no hay más personaje histórico en escena que el comandante Ignacio Warnes; pero este valiente y desventurado jefe está tratado con particular simpatía: es propiamente el héroe del drama y el único carácter fuertemente trazado. ¿Existió relación personal entre Morante y el futuro gobernador de Santa Cruz y vencedor de Santa Bárbara — ó fué sólo un tributo de justicia, rendido al soldado de «grandes servicios y notables calidades» (como dice el señor Mitre), cuya muerte en el campo de batalla es un timbre de gloria para las armas patriotas y un estigma de deshonor para el enemigo que se ensañó innoblemente contra su cadáver? Sea como fuere, bastaría el esbozo de esa heroica figura para deplorar la ausencia del segundo acto y justificar la publicación del único existente y hasta ahora inédito.

Este drama, pues, queda adjudicado al actor Ambrosio Morante, muy capaz de escribirlo por entero de una sentada, y hasta de representarlo, como decía Lope, «en horas veinte y cuatro». Pero sabe-

mos que no fué representado. ¿Fué terminado alguna vez? Tampoco lo creemos, y nos fundamos para ello en las propias razones personales que, en este mismo año de 1825, alejaron gradualmente á Morante de la escena porteña, hasta motivar su definitiva separación. Tocaremos, con mano lijera y resbaladiza, este penoso asunto.

Es muy sabido que la alta burguesía porteña gastaba entonces un rigorismo de costumbres que se extendía á todas las manifestaciones de la vida social. Ahora bien, siendo *la comedia espejo de la vida*, como rezaba la divisa del Coliseo, exigía el grave público que el tal espejo no tuviera mancha ostensible. La misma vida privada de los cómicos no escapaba á la censura; y vióse al inquieto padre Castañeda atacar á la demasiado sensible Trinidad Guevara, ídolo del público — y de un particular — por el desacato de aparecer en escena « llevando al cuello un medallón con el retrato de un hombre casado » (!!), — y ello en términos tan virulentos que la pobrecita se retiró á su casa. Así las cosas, y á pesar de su gran prestigio teatral, no era posible que se tolerase el desliz en que incurrió Morante en la noche funesta del 26 de mayo. Dábase el *Duque de Viseo*, la pieza en que él rayaba á mayor altura, y hacía de Violante la irresistible Trinidad. ¿Qué ocurrió en el momento del gran duo de amor, cuando Enrique, extraviado, prorrumpe en estos endecasílabos de fuego :

El pecho mío

Es un volcán furioso que va á ahogarme

Si templarle en tus brazos no consigo.

No pretendas huir, es imposible.

Escúchame: mi mano... ¡ la violencia!..

Parece que en este momento, Enrique, electrizado — por el procedimiento menos admisible en las tablas — cumplió su amenaza con tan crudo realismo, que Violante, como su mismo nombre lo hacía temer... ¡ Bajemos el telón!... Á los pocos días el *Argos* severo se hacía el intérprete de la vindicta pública, en un « aviso al señor Morante » que parecía escrito — en prosa — por Juvenal: después de

anunciar al inflamable Ambrosio que estuvo « en un tris » de ser silbado, dejábasele entrever más negra ó parda perspectiva... Pero bastó con la amenaza : ese « tris » abrió en el alma altiva de Morante una herida incurable. Ulcerado, si bien arrepentido de su minuto de extravío, abandonó poco á poco al triunfante y contenido Velarde sus mejores papeles, y concluyó por decir adiós á las tablas de su patria. ¿ Qué mucho que, ante tamaña catástrofe, hubiere renunciado á personificar en la escena, en el próximo aniversario de septiembre, al vencedor de Tucumán ?

Es así cómo, probablemente, esta pieza militar no fué nunca concluída ni representada. Con haber quedado trunca é inédita, no deja de ser una tentativa literaria bastante curiosa, así como un síntoma significativo de la popularidad que volvía á alcanzar la memoria de Belgrano, después de tan injusto abandono, y en vísperas, precisamente, de la gloriosa campaña del Brasil. Por eso la hemos dado á luz en *La Biblioteca*, poniendo punto final á este largo comentario con la antigua y consagrada fórmula : *Explicit feliciter*.

P. G.

UN DISCURSO Y UN ARTÍCULO

La familia del doctor Vélez Sarsfield se había dignado poner á nuestra disposición las pocas y breves reliquias manuscritas que del ilustre juriscónsulto y estadista quedan inéditas. Con todo, no hemos vacilado en preferir la reproducción de dos documentos característicos y primordiales, á la publicación de tal ó cual carta privada que sólo interesaría la frívola curiosidad y nada agregaría á la fama ni á la psicología de su autor. El discurso que reproducimos fué pronunciado en el Congreso constituyente de 1826; Vélez Sarsfield se incorporó á él como diputado por San Luis, actuando al principio como secretario, por ser el miembro más joven, hasta la designación de Juan Cruz Varela para el puesto permanente que se creó. El artículo vió la luz en *El Nacional*, á los pocos días de su fundación por Vélez Sarsfield; y casi podría decirse que uno y otro documento inician respectivamente la vida pública de su autor en las dos épocas que ella abarca. El cuarto de siglo, que media entre el discurso y el artículo, comprende el interregno de la libertad argentina; y hay exactamente el mismo espacio vacío en la vida pública del ciudadano y la vida constitucional del país. La bella unidad de esta larga existencia de lucha y labor resalta con la sólo aproximación de ambos documentos: en 1826, el joven orador proclama ya la necesidad de esa resistida organización nacional, que será también su primera prédica de publicista maduro y experimentado. Cerrado el lúgubre paréntesis, se trata, en 1852, de reanudar la tarea política en el punto mismo en que la dejara el Congreso de 1826, y se cree escuchar el grandioso *Como decíamos ayer*, de Fray Luis de León.

CONGRESO GENERAL CONSTITUYENTE

SESIÓN DEL 25 DE FEBRERO DE 1826

—Yo no sé por qué fatalidad, el punto céntrico de donde se va á derivar toda la organización social, y que va á ser el elemento más

poderoso para su constitución, no sé por qué fatalidad, digo, la cuestión que más fácilmente debía reunir el voto de todos los diputados, ha venido á ser el objeto de tantos debates, donde se anuncian discusiones, aun domésticas, y el entronizamiento de la anarquía. Yo no extraño que los pueblos acostumbrados por largo tiempo á no ver la felicidad sino por sí mismos, crean que hacen un sacrificio, cuando depositan en otras manos los medios para que se la constituya: pero el juicio de los diputados no debe formarse por el sacrificio que exijan de una provincia, sino por el tamaño del bien que de ello venga á la patria. ¿Y no se ha demostrado hasta la última evidencia que en este punto están fijos los intereses todos de la Nación? ¿Por qué vaga, pues, entonces el voto de los señores representantes? ¿Aún no estamos suficientemente sacrificados al provincialismo? ¿Siempre la Nación ha de ser víctima en último resultado, y la víctima de teorías superfluas y sofismas, cuya última consecuencia es: sigamos á los que nos preceden y precedamos á los que nos siguen? Si nos hallásemos en este lugar tan sólo para medir el egoísmo de cada pueblo, sea enhorabuena los argumentos que se han hecho; pero si aquí no deben oírse otras reflexiones que las que tiendan al bien de la patria, es obligación de los diputados el adoptar toda medida que se presente útil al país, á trueque de no ser representante de esta nación, despedazada por estas mismas ideas, y que en sus conflictos los ha eligido para que hagan su suerte, y con ella la de los pueblos todos. Sí, porque jamás puede estar en oposición el interés de la Nación con el de pueblo alguno. En política no puede pasar lo que en los individuos particulares, en que á veces es preciso sacrificar á unos para que otros vivan. Es casi un principio que el bien verdadero de una nación no puede causar males á otra potencia extraña, pero es un axioma que los intereses de una nación no pueden jamás perjudicar á los de un pueblo. Todo esto se conoce, porque no puede desconocerse, pero hay una excepción dilatoria. Ello es bueno, se dice, pero el Congreso no tiene facultades, no tiene derecho para hacerlo. ¿Y qué hacemos entonces? ¿Dejaremos que el país se

precipite donde sus tristes destinos lo arrastren, y nosotros seguiremos contentos tan sólo porque á su ruína le preceden ideas tristes y menguadas? ¿Volveremos á los pueblos á decirles: « hemos perdido la patria, pero hemos salvado vuestras instituciones que sólo eran un accesorio de la seguridad del país? » — Esto no puede ser: el Congreso puede hacer no solamente esta ley, sino todas aquellas que sean en bien de la patria, y puede hacerlas sin que se le llame absoluto: sobre esto diré dos palabras.

Al señor diputado á quien voy á dirigirme (1), le hago todo el honor posible, pero debo decirle que esos regnicolas mismos que ha citado tan en oposición al absolutismo, tratan de mala fe al célebre Obes, porque no ha usado de la palabra «sin límites» en lugar de *absoluto*, pues no es lo mismo un cuerpo absoluto, que un cuerpo sin límites. Una soberanía sin límites, no es absoluta. Ésta, además de no tener límites, no reconoce dependencia, y una soberanía sin límites la reconoce. Yo digo más: que el Congreso tiene límites, y no es absoluto, pero por eso ¿no puede sancionar esta ley? Entonces no podría hacer ley alguna. Si se hubieran fijado los límites del Congreso, si el señor Diputado no hubiera estado sólo á la negativa, se habría visto la cuestión bajo su verdadero punto de vista. Pero el Congreso tiene límites, y son aquellos donde empieza el hombre individual y acaba el hombre social. Él no puede quitarme mi propiedad, ni matarme, porque yo, individuo, tengo derechos separados de los del hombre social; y siempre que el Congreso pase de la sociedad y llegue al individuo, el Congreso pasa sus límites. Estos son los límites de un cuerpo legislativo constituyente, nada más; pero, señor, se dice, el cuerpo legislativo al formarse ha entrado con trabas sobre las que no puede pasar. ¿Y cuáles son? La

(1) Se refiere al señor Manuel Moreno, diputado por la «Provincia Oriental», y especialmente á su primer discurso del 23 de febrero. Él y el coronel Dorrego, diputado por Santiago que se incorpora en junio, serán los dos arietes que batirán en brecha la presidencia de Rivadavia hasta traer la anarquía. El índice del *Diario de sesiones* llama siempre al primero «don Mariano Moreno»: es un juicio como cualquier otro. (*Nota de la Dirección*).

ley de la provincia de Buenos Aires, que dijo que la provincia se regiría por sus instituciones, y esta es una ley fundamental. Yo digo más: no solamente la provincia de Buenos Aires ha dicho eso; la provincia que representa el señor diputado en oposición, que me ha precedido (1), dice por una ley, que Santiago del Estero entra en Congreso, con tal que no se la sujete á otra provincia subalterna; la provincia de la Rioja ha dicho que el Congreso no se meta en cosa de minas ni en el acuñamiento de monedas; la de Mendoza ha dicho que se regirá por sus propias instituciones. Vean los señores diputados lo que va á pasar si reconocen todas esas trabas. ¿No podrá el Congreso mañana determinar, como probablemente lo hará, que la aduana de Mendoza en la parte exterior sea nacional, porque ella haya resuelto regirse por sus propias instituciones? ¿No podrá mañana determinar el Congreso sobre la suerte del pueblo de Santiago, si ve que no puede gobernarse por sí? Señores, esto sí que sería anárquico.

Sedice que la provincia de Buenos Aires ha declarado regirse por sus propias instituciones, pero, señores ¿se ha deducido esto al Congreso al tiempo de instalarse? Ahora se deduce, se contesta. Y yo pregunto ¿si se consiente ahora esta deducción, que hace la provincia de Buenos Aires? para que ella pueda pasar una obligación es preciso, no sólo que se deduzca, si no que sea aceptada por la parte que se va á obligar.

La provincia de Buenos Aires dice: yo me reservo el derecho de regirme por mis propias instituciones. Pregunto: ¿el Congreso puede decirle no paso por esta reserva? Nadie puede negarle la libertad de hacerlo. Y entonces ¿que hará la Provincia? ¿se retirará? No, señores, no tiene un derecho para retirarse, porque toda condición que quiera poner la Provincia, debe ser bajo la obligación primera que sobre ella pesa desde más de dos siglos: de vivir en sociedad con los demás pueblos. Y es anárquico que se diga que un pueblo

(1) Don Félix I. Frias, diputado por Santiago del Estero.

de la Unión puede disponer enteramente de su suerte, violando aquellos pactos que por tantos años lo han ligado á la Nación. Pero ya sobre esto ha hablado bastante el señor diputado de la Rioja (1). Pero el Congreso, se dice, ha consentido en la reserva que se ha hecho la provincia de Buenos Aires. Si hubiese sido así, el consentimiento debía haber sido particular á ella, y no lo ha hecho, sino que las igualó á todas, lo mismo á las que se habían hecho reservas como á las que no las habían hecho.

Ultimamente se dice que el Congreso ha dado una ley fundamental y no puede variarla, y se dijo que el artículo 4º de la ley del 23 de enero dice que el Congreso se reserva proveer á la seguridad, prosperidad y felicidad del país, y se contestó por un señor diputado de la Banda Oriental, que el artículo 4º debe quedar sujeto al artículo 3º de la misma ley; pero resolvamos esto y se verá lo que significa. La integridad, la seguridad y la independencia del país, deben quedar sujetas á las instituciones de las provincias. Esto es lo que se dice, señores, como si las instituciones de los pueblos pudiesen existir sin la independencia de la Nación. Las cosas sobre que determina el artículo 4º son principales de las que determina el artículo 3º y las de éste, por su naturaleza, están en dependencia del artículo 4º. Luego este artículo no debe sujetarse al 3º; pero vale mucho la palabra «fundamental». Ningún señor diputado se escandalice: la ley del 23 de enero no es ley fundamental. Cuando se presentó á la Sala esta ley por el señor diputado de Corrientes (2), iba con este encabezamiento: *Ley fundamental*, mas la comisión varió el proyecto y con estudio le quitó la palabra *fundamental*, y se dijo solamente *proyecto de ley*. Esto puede verse: la ley, pues, del 23 de enero, no deduce más obligación que su tenor literal.

(1) Don Santiago Vásquez.

(2) Don Francisco Acosta, diputado por Corrientes, presentó el 22 de diciembre de 1824 el proyecto de *Ley fundamental*, especie de *anteconstitución* en 7 artículos que fijaba el carácter *constituyente* del Congreso y que, sancionada el 23 de enero con graves modificaciones, fué comunicada á las Provincias. (*Nota de la Dirección*).

Concluiré recordando á los señores Representantes, que ya es tiempo que dejemos de vivir dentro de nosotros mismos, y de pensar solamente en nuestros propios intereses, y que cuando por un pensamiento elevado se nos transporta á una esfera más ancha, manifestemos que somos dignos de respirar en ella. Concluyo estando por la afirmativa del proyecto.

AISLAMIENTO DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS

(El Nacional, 18 de mayo de 1852)

El aislamiento de las provincias argentinas comenzó tan pronto como su emancipación de la antigua Metrópoli. El gobierno general, existente en Buenos Aires, creyó que había sucedido en las facultades de los antiguos virreyes : las ejercía plenamente en todo el territorio de las Provincias Unidas, sin cuidarse de las pasiones, ó de los intereses locales de caudillos y pueblos que también se habían comprometido y hecho los últimos sacrificios en la guerra de la Independencia. Buenos Aires agotaba sus recursos y su existencia misma por la nueva causa que había proclamado el 25 de Mayo. Sus ejércitos marchaban al Perú, al Paraguay, á Montevideo y á Chile ; y acaso tenía razón para exigir una obediencia absoluta de los jefes de los pueblos que libertaba y que debía sostener. Pero el sentimiento de personalidades afectadas hizo levantar mezquinas conveniencias, que se antepusieron á la independencia nacional por la que se combatía. El ejército que sitiaba las fuerzas españolas encerradas en Montevideo, es sitiado á su turno por un ejército provincial. El ejemplo de un resultado feliz animó á las otras provincias. Santa Fe y Córdoba se declaran independientes de toda autoridad nacional y levantan una bandera hasta entonces desconocida ; bandera que después arrastró tras sí ejércitos numerosos que despeda-

zaron á esos mismos pueblos. El famoso general Güemes se substraía á la obediencia del Director del Estado ; pero á la cabeza de la provincia de Salta que mandaba, contiene la invasión de los ejércitos españoles vencedores en Ayouma y Sipesipe : los derrota varias veces en cuatro años de la guerra más sangrienta, y tiene que rendir su vida en aquella sagrada y memorable lucha, sin que ninguno de los pueblos ocurriera en su auxilio. Á ese mismo tiempo el ejército del Perú se subleva, desconoce las autoridades nacionales, y queda así sellada la absoluta desorganización de la República en 1820.

Cada pueblo se aísla desde entonces en sus intereses locales; y cada pueblo, Buenos Aires más que ninguno, alimenta la esperanza de un porvenir que ya se decía *porvenir maravilloso*. La desorganización creó así un sistema que tenía adictos secuaces ; que durante 30 años ha echado profundas raíces, y al cual ahora es preciso preguntarle de la antigua patria, tan llena de glorias, tan llena de hombres ilustres, tan llena de vida, y con tantos elementos para ser muy pronto una de las primeras repúblicas de la América. Los resultados de ese estado político nos dirán si conviene salir del aislamiento en que los pueblos han vivido durante 30 años, y si es posible que tal orden de cosas permanezca por un día más. Los años de la prueba han sido largos ; y no puede decírseles que ha faltado tiempo para llegar á la perfección social con que cada pueblo se engañó, cuando creyó que, sin vínculo alguno con los otros, podía organizarse y ser feliz aunque acabara la nacionalidad de la República Argentina. ¡ Que los hechos hablen por nosotros !

Hoy falta del territorio de la Nación toda la provincia de Tarija, incorporada á la república de Bolivia.

La mitad de la provincia de Misiones está dividida entre el Estado Oriental y el imperio del Brasil. La otra mitad, á la derecha del Uruguay, un jefe militar, que por algunos días mandó en Misiones, la dió á un extranjero que actualmente busca en Europa quien se la compre.

Salta se ve privada de uno de los presentes más preciosos de su

territorio: de sus puertos en las costas del Pacífico, á los cuales sólo se puede llegar pasando por aquella provincia.

Chile de hecho ha avanzado, y quiere apropiarse hermosos terrenos de la falda oriental de los Andes, que siempre pertenecieron á la provincia de Cuyo.

Chile también se ha establecido en la costa del norte del Estrecho de Magallanes, y pretende el dominio y soberanía de las tierras australes desde el Río Negro, por las que tantos y repetidos sacrificios ha hecho el gobierno general de las provincias del Plata.

Hemos perdido las islas Malvinas.

La República Oriental ha legislado y constituido privilegios en la navegación del Uruguay, como si ese río y sus islas le pertenecieran.

Hemos tenido guerra con la Francia, Inglaterra, Bolivia, República Oriental, y hemos traído, puede decirse, las armas de todo el mundo sobre nuestro territorio, sobre nuestras costas, ó nuestros ríos.

Nos han quedado ingentes reclamaciones de nacionales y extranjeros, que nos ocuparán por largos años.

Hemos desconocido la autoridad de la Silla Apostólica y á su turno la Silla Apostólica ha negado á la República Argentina, los derechos todos que mil veces ejerció el gobierno del territorio.

¿Para qué seguir adelante cuando el cuadro está á la vista, y cuando cada hombre y cada pueblo ha sido víctima de la falta de un poder general, que representara y defendiera los derechos de la República? ¿Quién no ve en una esfera superior fuera de las localidades, particulares intereses de otro género que corresponden á la sociedad entera, y á los cuales no puede atenderse sino por un poder que subordine las ventajas locales al derecho y mayor bien de toda la República?

Este sistema de aislamiento, que por sí acababa los poderes públicos de la Nación, era por su naturaleza transitorio: no podía ser el estado permanente de la sociedad argentina: faltaba en él quien

ejerciera los derechos de la República, y lo que es más, en tal estado político desaparecía la soberanía de la Nación, interior y exterior. Otro día demostraremos que ella no podía ser suplida por el encargo de las Relaciones exteriores á un hombre ó á un pueblo de los del Estado ; pero que así fuese también, tal Constitución de la república no puede ser sino temporal, pero no el estado normal de la Nación. Faltan las relaciones del derecho político que une unos pueblos con otros: faltaba la soberanía interior, sin la cual ninguna nación puede ser representada como tal, sin la cual tampoco es posible existir, si no se dice que los hombres pueden vivir sin unirse en sociedades regulares.

Si el aislamiento social, pues, ha sido por su naturaleza transitorio, tiempo es que concluya, si es que ha de existir la antigua república. De otra manera, será mejor decir, que cada pueblo debe crearse en nación independiente. Esto sería más ventajoso al estado de cada uno, si era posible que lo alcanzara y que los otros pueblos lo permitieran ; si fuese posible que las naciones extranjeras reconocieran la soberanía exterior en provincias que sólo pueden tener meras municipalidades. Estamos por lo tanto en el dilema de crear la nacionalidad, la soberanía de la república, ó dividirnos para siempre en otras tantas naciones, cuantas son las provincias argentinas.

Veamos ahora cómo se han consultado los intereses provinciales ; qué doctrinas, qué ejemplos, qué instituciones se han creado en los 30 años que cada pueblo se ha gobernado por sí : qué esperanza promete, qué tiempo le falta para esa soñada felicidad, que otros días creyó ya poseer, prescindiendo de la suerte que en tal desorden pudiese tocar á los otros pueblos.

Es preciso decirlo : en todos estos años hemos presentado al mundo un cuadro de desgracias, de que no hay ejemplo en ninguna de las repúblicas de la antigua América española.

Las provincias interiores han sido devastadas por los indios del desierto, animados muchas veces por los mismos gobiernos provin-

ciales, que mantenían con ellos un comercio escandaloso de lo que habían robado á los otros pueblos. Los gobiernos de las provincias, en sus guerras interiores, llevaban en las filas de sus ejércitos á los salvajes del desierto : era la valiente vanguardia que asolaba el terreno que pisaba, y que arrastraba cautivas á millares de familias. No ponderamos absolutamente, pues quien conoce la historia de los pueblos interiores, recordará los hechos y los días á que nos referimos. Lugares que en otros tiempos estaban llenos de riqueza y población, están hoy bajo el dominio de los pampas. Las fronteras de los pueblos se han estrechado, han perdido sus terrenos más valiosos. Los indios se han interpuesto en los caminos públicos, y por donde en otro tiempo venía un situado de un millón de fuertes, al cargo de 10 hombres, hoy no puede transitar un correo. Los pampas acechan el comercio y la fortuna de las provincias interiores; y alguna de ellas, casi en su totalidad, fué transportada al centro del desierto.

Cien guerras encarnizadas se han sucedido durante el aislamiento de los pueblos, por meros intereses personales, en términos que no se puede dar un paso sin pisar las cenizas de una víctima de las guerras civiles. El sable es el que por muchos años legisló y gobernó en los pueblos interiores. Á un héroe sucedía otro héroe, y todos ellos no hicieron sino amontonar ruinas y sangre, en aquellos pueblos donde había reinado una paz de tres siglos. La soberanía de la espada turna en los diversos pueblos. La Rioja la obtiene primero: asalta los pueblos del norte, y siembra en ellos el espanto y la muerte. Córdoba le sucede, y en sangrientas batallas, cuyas causas ignoran todos, se decide el triste honor de dominar á sus semejantes. Pero Córdoba fué vencido : Santa Fe le sucede; Tucumán toma después una influencia dominante. Un caudillo mayor trae á otros caudillos á su jurisdicción y los cuelga en las plazas públicas. Establece entonces un sistema de tal esclavitud en aquellos pueblos soberanos, que los más altivos gobernadores sirven apenas para verdugos.

¿Y qué será de las instituciones provinciales, de los progresos que cada provincia se prometía, estando gobernada por sus solas instituciones? No podemos preguntarle ¿por qué vicisitudes ha corrido en tan largo tiempo: qué progresos ha hecho: cuál es su suerte actual: y qué esperanzas la sostienen todavía en el sistema de aislamiento: qué instituciones ha creado ó qué es de las instituciones que tenía en mejores días: qué le queda por hacer para llegar al término que ha buscado desde el año 20: con qué medios, con qué leyes, con qué poderes públicos ha pensado que deben entretanto atenderse los grandes intereses nacionales...? Pero no se diga que insultamos la desgracia, que ha sido igual para todos. Queremos sólo demostrar que el sistema de aislamiento ha acabado las provincias interiores, que él, allí, no promete sino desastres y miserias que podrán evitarse constituyendo la república.

El sistema representativo, casi en todos los pueblos, ha sido una mentira.

Las instituciones judiciales no existen, y en las más de las provincias, el gobernador político ejerce el poder judicial.

Casi no hay gobernador que no tenga facultades extraordinarias, y que no las haya ejercido cien veces disponiendo de la vida y fortuna de los particulares.

El sistema de hacienda está reducido á contribuciones personales para cada caso imprevisto.

Las aduanas interiores han sido una potencia con que se ha destruído el comercio de todas ellas.

¿Dónde, en qué pueblo se ha dado una ley que favorezca el comercio de los pueblos limítrofes? Por el contrario, hasta el tránsito es gravado con impuestos exorbitantes.

¿Qué es de la prensa, de la seguridad individual, del derecho de propiedad, de todos los derechos que los hombres gozan en sociedad?

Al fin, esas soberanías particulares, creadas sobre las ruinas de la soberanía nacional, concluyeron entregando la vida, la fortuna, los

derechos políticos y todos los derechos individuales al hombre que dominaba en Buenos Aires. Este fué el último resultado de la división de los pueblos; resultado necesario de la falsa idea que podía una provincia constituirse y darse instituciones regulares, estando en completa desorganización ó no existiendo los poderes nacionales.

DALMACIO VÉLEZ SANSFIELD.

EL DOCTOR VÉLEZ SARSFIELD

(REMINISCENCIAS)

I

En el Congreso de 1825, apareció un joven que era el de menor edad entre todos sus miembros, con excepción de don Amancio Alcorta, que tenía dos ó tres años menos y que no fué admitido por este motivo: llamábase Dalmacio Vélez. No era diputado por Córdoba, su provincia natal, como ha solido decirse, sino por San Luis, y debía su elección á una influencia de familia (1). Era doctor en jurisprudencia, pero aún no abogado, como lo han insinuado sus biógrafos con carencia de datos precisos; porque sólo lo fué más tarde, habiéndosele expedido su diploma por los Tribunales de Buenos Aires.

Al presentarse en la vida pública, el doctor Vélez sólo podía saber lo que había aprendido en la Universidad de Córdoba. Sus conocimientos en derecho no eran extensos, aunque sí fundamentales. Había estudiado los *Comentarios* del famoso Arnolfo Vinnio, sus *Cuestiones selectas*, que eran reputadas en las escuelas del siglo

(1) Su hermano político el señor Ortiz.

xvii y xviii como una flor de la literatura jurídica antes de la aparición de las obras de Heineccio, las *Recitaciones* de éste, y empezaba á familiarizarse con la lectura del gran Cujas, á cuyo estudio debía quedar adherido durante toda su vida, y que su profesor, el doctor Saráchaga, le había enseñado á conocer, siguiendo á su vez las recomendaciones de su catedrático el doctor Victorino Rodríguez, notable jurisconsulto: —aquel que fué el Asesor del gobernador Concha y que murió en la tragedia de la Cabeza del Tigre, enrojeciendo con su sangre y la de sus compañeros los albores de la revolución!

El anciano doctor Saráchaga debía morir también en Santos Lugares, por la mano de Rosas. — ¡ Triste suerte la que cupo en tierra argentina á los dos primeros admiradores del jurisconsulto francés del siglo xvi !

No fué por cierto tan aciaga la que se hallaba reservada al doctor Vélez, que tuvo además la dicha, no alcanzada por sus dos predecesores, de encontrarse un día con su polvoroso maestro Cujas puesto á la moda, mencionado hasta en los diarios como un héroe del momento, ó glorificado en los libros oratorios de Lerminier, que tuvieron su resonancia aquí mismo en los escritos juveniles de Alberdi, cuando la escuela histórica de Savigny y de Thibaut penetró en Francia, y quisieron sus escritores y jurisconsultos, al adoptarla, imprimirle un sello propio y nacional, haciéndola remontar por su origen á las doctrinas del jurisconsulto que había intentado el primero la restauración del Derecho Romano mutilado, por siglos, por los bárbaros y por Triboniano !

II

Nada de descollante tuvo la figura del doctor Vélez en el célebre Congreso, según puede colegirse del Diario de sus sesiones, aunque algunos le hayan atribuido influencia decisiva en ciertos actos del

gobierno de aquella época, relacionados con las provincias del Interior.

Pertenecía á la comisión de Hacienda y hablaba á veces sobriamente en su nombre. Fué partidario fervoroso de la política presidencial, dividiendo sus admiraciones entre el presidente Rivadavia y el ministro Agüero, que lo atraía como orador por la fuerte trabazón de sus discursos. Tan sólo en una ocasión aparece disintiendo del grupo ministerial: cuando se aventuró á sostener que no debía encomendarse al gobernador de la provincia de Buenos Aires el encargo de las funciones del ejecutivo nacional. Este era el famoso artículo octavo de la ley de enero de 1825, que ocasionó el primer grandebate en las sesiones del Congreso. El doctor Vélez se escurrió del incidente con algunas palabras de equívoca firmeza.

No puede sin embargo decirse que el doctor Vélez pasara «inapercibido». Llamaba la atención por la seriedad de su porte, por su afición conocida al estudio y por su afán de cultivar relaciones estrechas con los hombres más importantes. Fué admitido en el círculo de los familiares del presidente, tal vez un poco en su intimidad, y Rivadavia lo destinó á inaugurar la enseñanza de la economía política en nuestra universidad. Bajo estos auspicios se acrecentaba sin duda su consideración política y social, y cuando el Congreso hubo terminado su Constitución que no rigió un solo día, fué encargado con el doctor Gorriti (Córdoba), el deán Zavaleta (Entre-Ríos) y el señor Tezanos Pintos (Santiago), para presentarla al examen y aceptación de los pueblos interiores, ó más bien de los gobiernos que los oprimían. Le tocó al doctor Vélez encararse con Quiroga mismo, que le devolvió sin abrirlas sus comunicaciones con un letrado, que fué la verdadera inscripción de la época de desquicio y de sangre que se desatara sobre la Nación.

III

El Congreso se disuelve en 1827 y el doctor Vélez queda establecido en Buenos Aires, hasta que sobreviene el primer gobierno de Rosas, que lo obliga á refugiarse por poco meses en Córdoba. Obtiene permiso para volver y presenciar en el pueblo de San Nicolás (1831) el bárbaro fusilamiento de varios oficiales pertenecientes al ejército del general Paz, sobre el que dió testimonio veinte y seis años después, ante el juez de la causa de Rosas en un documento solemne que la historia ha de recoger. ¡Habían sido casi todos vencedores en Ituzaingó!

El doctor Vélez reaparece tras de estas vicisitudes como abogado en Buenos Aires. Su sola ocupación es el foro; y después de pocos años (1833 á 1838) asienta su reputación como el primer abogado de nuestros tribunales, sin exceptuar al doctor Ocampo, que lo aventajaba en cierta autoridad moral inherente á su nombre, pero que le era inferior en competencia profesional. Los alegatos forenses del doctor Vélez son los más perfectos de sus trabajos por el fondo y por la forma. Discutía la cuestión de derecho con magisterio científico, real á veces, artificial en ocasiones, para encubrir su habilidad de pleitista. El argumento se presenta siempre claro y vigoroso, y la expresión, aunque incorrecta, es grave ó alzada de tono. Su *Informe*, en la revisión de la causa criminal de los Yáñez, que habían tenido por abogado al doctor Valentín Alsina en las instancias anteriores, es un modelo de composición forense (1836).

Habíase también el doctor Vélez entregado por aquellos años á las tareas rurales, estableciendo en Arrecifes una valiosa estancia de ganados. La mudanza del medio ambiente no alteraba los hábitos intelectuales del doctor Vélez, y en los campos como en la ciudad sólo leía sus libros de derecho. Consiguíó, sin embargo, su sobrino, en aquellos días largos y solitarios de las residencias campestres,

atraerlo poco á poco á otros estudios. Piñero era apasionado por los clásicos romanos, poseía esmeradamente su idioma y las *Geórgicas* ó la *Eneida* de Virgilio fueron sustituyendo al volumen de Pothier en la lectura común de la noche.

Este malogrado joven murió prematuramente en la emigración, antes de adquirir una reputación que los años le habrían fácilmente dado. Escribía en Chile *El Mercurio*, con cierta severidad de raciocinio, y se hizo aún más notable por su estilo revestido siempre de formas depuradas y correctas. Miguel Piñero y Vicente F. López fueron los dos jóvenes argentinos que llegaban en aquellos días á las puertas del extranjero con una instrucción literaria más completa. El uno se había educado en Córdoba y el otro en Buenos Aires, con los nuevos libros, pero sin romper la tradición de los antiguos estudios. — No pertenecía por cierto á esta escuela Sarmiento, con su talento removedor y singularmente personal. El doctor Vélez llamaba á *Facundo* el «Sarmiento».

IV

La tiranía de Rosas se embravecía, entre tanto, derramando cada día más sangre, mientras que el pavor hacía rondar alrededor de cada casa y de cada habitante al fantasma de las persecuciones, que aun siendo imaginarias, no son sin duda menos ofuscantes y terribles, porque se presentan á la imaginación enferma, bajo todos los aspectos. El doctor Vélez quiso escapar á tan cruel existencia, quizá á peligros reales, y fué á encerrarse como tantos otros dentro de los muros de Montevideo.

Largos y penosos debieron ser estos años del triste asedio, cuando se suprimieron las peripecias del combate diario y el cañón del sitiador dormitaba por meses en el Cerrito. La atmósfera empezaba á ser asfixiante, y la heroicidad misma desaparecía en la monotonía

de los mismos hechos cotidianamente repetidos. Se sentía la necesidad de sustraerse siquiera con el pensamiento al fatigoso encierro; y el doctor Vélez, para dar pábulo á su mente y ocupación á su vida, emprendió la traducción de la *Eneida*, que se conserva inédita en manos de sus herederos (1). La obra no tiene otro carácter ni mayor importancia.

Esta es la verdad, y no hay objeto, tratándose de un hombre tan respectable, en caer por la admiración sistemática en el éxtasis pueril. Confrontar el texto virgiliano con cuatro ó cinco traducciones en otros tantos idiomas, es ahora un hecho de verificación facilísima para el que posee un ejemplar de una de esas ediciones políglotas de la *Eneida*, que se renuevan á cada momento en Alemania y en Francia. Los recursos bibliográficos de que se valía el doctor Vélez, en la ciudad sitiada, eran por el contrario sumamente escasos, y no parece que haya siquiera tenido á su alcance los cinco volúmenes de la edición de Heyne, que Wagner publicó en Leipzig con adiciones propias (1830-1840) y que han fijado definitivamente el texto virgiliano en tantos puntos controvertido ú obscuro según la opinión general de los humanistas.

Faltábanle sobre todo á nuestro gran jurisconsulto el refinamiento artístico, el esmero de la frase, y esas delicadezas de gusto y hasta de oído, que son indispensables para verter siquiera con alguna elegancia el sublime canto de Virgilio en suelta y armoniosa prosa española.

Busquemos ahora en el doctor Vélez al orador, entrando de lleno dentro del cuadro radioso que sirve de marco á su figura.

(1) Posteriormente (1888) ha sido publicada por D. Domingo F. Sarmiento y el doctor Adolfo Saldías, juntamente con la de los dos primeros libros de la *Eneida* por Juan Cruz Varela.

V

La caída de Rosas sobreviene, y el doctor Vélez reaparece, tras de los años silenciosos de la tiranía, en el primer debate parlamentario que los pueblos argentinos volvían á escuchar después de la disolución en 1827 del Congreso Nacional. Promovíalo el mismo doctor Vélez, sosteniendo que debía someterse á la aprobación de la legislatura el «Acuerdo de San Nicolás», que acababa de ser firmado por los gobernadores de las provincias, incluyendo al de Buenos Aires. —No hay argentino que no haya oído hablar de ese discurso, hoy célebre, y puede decirse que desde aquel día el doctor Vélez tomó posesión de la tribuna argentina para ser durante veinte años el primero de nuestros oradores. Pertenece al discurso sobre «el Acuerdo» el conocido rasgo con que describía la tiranía de Rosas. «Se vivía entre pavores—y cuando sonaba un cañonazo en Palermo, los hombres que recorrían las calles de esta ciudad se paraban temblando, como si fueran un peso inútil en la tierra.» La frase es sin duda una reminiscencia de Homero, en uno de los últimos cantos de la *Iliada*, pero el doctor Vélez la rejuvenecía y la hacía suya, dándole una aplicación tan propia como inesperada.

Era sin duda un admirable orador y llevaba todas las flechas en su carcax. Distinguíanle las cualidades por las que sobresalen los grandes improvisadores, porque si le faltaban la limpidez de la frase y el período rotundo, es de notarse que estas dotes son el patrimonio de muy pocos, como Lacordaire en la cátedra sagrada ó Pitt en la tribuna política. El doctor Vélez empezaba sus oraciones con acento entrecortado y con embarazo visible hasta en sus ideas. La voz se iba poco á poco aclarando, la frase se hacía en su construcción más correcta, el orador tomaba posesión del asunto al mismo tiempo que el tono iba llenando el recinto, hasta que orador y oyentes quedábamos todos envueltos en la corriente de aquella palabra

que nos arrastraba sin descanso hacia su punto final.— ¡Ah ! ¡ estos oradores de raza siempre se juntan por algún punto, por diferentes que sean entre sí ! — Leíamos en estos días dos ó tres discursos de Gambetta en la colección que lleva su nombre, y al notar la fuerza, el calor, la precipitación de algunos de sus períodos decíamos : es el torrente que baja de la montaña—y recordábamos al doctor Vélez en los momentos de su plenitud oratoria.

Buscamos entre los oradores conocidos con quién compararlo, y nos detenemos ante la figura de M. Dupin (ainé), que se destaca con luz tan propia en la tribuna contemporánea. Era, como el doctor Vélez, abogado de causas, jurisconsulto, aplicando su saber legal á las cuestiones políticas. Mostrábanse ambos incisivos en el argumento y con el dón espontáneo del epígrama que brotaba sin esfuerzo de sus palabras, espiritual siempre, nunca ático, pero sin llegar tampoco á ser grosero. Sabían los dos encontrar en los proloquios vulgares del Derecho un sentido desconocido, para aplicarlos de improviso á la dilucidación de los asuntos con cierta *bon-homía* aparente que no se hallaba jamás desprovista de un tinte de malicia.

M. Dupin fué llamado el hombre más feo de Francia y de Navarra, y el doctor Vélez no era á la verdad un modelo de belleza, pero la fealdad daba, según el testimonio de los que los oyeron, una expresión original á sus fisonomías que picaba como una curiosidad y que no era por cierto repulsiva. El orador francés superaba al argentino en la distribución metódica de los razonamientos y en la mayor soltura de su frase, y éste le aventajaba, en cuanto no nos engaña nuestro juicio, en la elevación del tono, en el poder de la palabra, en lo que se llama propiamente la fuerza oratoria, *vis oratoria*, porque no puede ser sustituida por ninguna circunlocución.

Agreguemos otros rasgos. El doctor Vélez improvisaba casi siempre, y totalmente en lo que se refiere á las formas del discurso. Su sola preparación era la lectura y no lo vimos nunca llegar á la Cá-

mara con un apunte escrito. De ahí provenía su expresión tan desigual y al mismo tiempo espontánea y atrayente.

Desde la primera palabra estaba ya tratando el asunto, sin ningún ornamento oratorio. Sabía no obstante encontrarlo, cuando lo buscaba : testigo su famoso discurso en la inhumación de los restos de Rivadavia, que empieza con aquellos acentos altos en los que se siente el ruido de alas de la musa latina, y que por sus períodos concretos y lapidarios se asemeja en realidad á un monumento. Es todavía mayor ejemplo el discurso pronunciado en la Convención de Buenos Aires, al presentar el plan de reformas á la Constitución nacional, cuando comenzó contando con voz conmovida la disolución del antiguo Congreso, y que muchos reputan, por la elevación y encadenamiento de las ideas, como el discurso parlamentario más perfecto que se haya hasta hoy pronunciado en las cámaras argentinas.

VI

Parece raro y es sin embargo la verdad, que un hombre como el doctor Vélez, tan dedicado al uso de la palabra pública, se preocupara tan poco de la oratoria como arte. Nunca lo oímos ocuparse bajo este aspecto de sus discursos, ni analizar para el elogio ó la censura los de los otros. Dímosle alguna vez á leer un volumen de Berryer, y nos lo devolvió haciéndonos notar solamente que varios de sus argumentos en el debate famoso sobre la «ley de disyunción» eran falsos bajo el aspecto jurídico. Recibía de manos de los taquígrafos las *pruebas* de sus discursos y no las devolvía, de tal suerte que se encuentra á cada momento en los Diarios de Sesiones la anotación siguiente: «Falta aquí un discurso del doctor Vélez».

¿Era verdadera indiferencia, porque creía que la palabra hablada no debe sobrevivirse á sí misma, yendo más allá del resultado alcanzado ó del efecto producido en el auditorio? Sólo añadiremos que

los trabajos de corrección le eran penosos y hasta difíciles, por esos defectos de la educación elemental, que nos son conocidos y que eran comunes á los hombres de su época.

Si un orador tan eximio no acostumbraba desenvolver teoría alguna sobre su arte, era también muy sobrio, como lo hemos dicho, en sus juicios respecto de los que abordaban al lado suyo la tribuna política. Sólo á veces, espaciando sus miradas por el pasado, solía recordar al doctor Agüero, ministro de Rivadavia, por su argumentación trabada y vigorosa. Leíamos en su presencia un fragmento de su nutrido discurso sobre la «Enfiteusis» — y el doctor Vélez nos decía: «Esto se llama razonar». Ponderaba también en esas ocasiones al doctor don Manuel Antonio Castro, sobre todo cuando expuso, defendió y sostuvo en el mismo Congreso del 26 la parte de la Constitución concerniente á la organización del poder judicial; recordando su tono solemne y su dicción tan fácil como rotunda: «Parecía un Cicerón», decía el doctor Vélez. — Podemos los abogados agregar con gratitud que el *Prontuario de Práctica Forense*, del doctor Castro, extraído del revuelto laberinto de los curiales españoles, es un modelo de composición, por la claridad, la precisión y sobre todo por su método.

VII

Volvamos al doctor Vélez para concluir. Sobresalía el gran juriconsulto argentino por sus dichos más incisivos que sarcásticos, y que circulando por todas partes daban á veces un tema si no un rumbo á la opinión. «¿Qué buscaríamos en el pasado? dijo al día siguiente de Caseros y fundando la redacción de *El Nacional*. Este *pasado* tan vergonzoso y triste no tiene derecho para darnos lecciones», — y quedó por algún tiempo cegada la venenosa fuente de las recriminaciones personales. Llamó *boletos de sangre* á los que

acordara Rozas donando tierras por *servicios prestados á su tiranía*, y quedaron proscriptos en nuestra legislación. Dijo: *Batalla ganada, general perdido*, días después de una victoria célebre; y se creyó en aquel tiempo que había contribuido con esta frase poderosa á dar dirección á una política hesitante.

La interrupción en el debate no le estorbaba y le servía, por el contrario, para embarazar al adversario con una respuesta festiva ó fulminante. Habíase propuesto hacer adoptar sin discusión el proyecto del Código de Comercio, y un senador, conocido por su ignorancia en materias legales, exclamaba: « ¡Cómo sancionaremos sin examen, *á libro cerrado*, un código entero de leyes! » — « ¡Para qué abriría el libro el señor senador, respondía instantáneamente el doctor Vélez, si después de abrirlo, va á encontrar que tiene los ojos cerrados! » — Solía á veces decirse que sus citas jurídicas no eran siempre de buena ley, y quiso ponerlo á prueba uno de sus contradictores. Llega el momento. El doctor Vélez cita al jurisconsulto Toullier, y se oye una voz áspera exclamando: « Es inexacto: no lo dice Toullier. — Pues si éste no lo dice, lo dice su continuador Troplong », continúa el orador. — « Es también inexacto, replicó lo misma voz. — Pues, si no lo dice Toullier, contestó el doctor Vélez con acento grave, y no lo dice Troplong, lo digo yo, y aguardo la respuesta. » — Es fama que la contradicción tan resueltamente provocada no se hizo escuchar aquella noche.

VIII

No había terminado la redacción del Código Civil, cuando vino el doctor Vélez á ocupar un puesto prominente como ministro del Interior en la administración del señor Sarmiento. Tuvimos entonces ocasión para observarle de cerca. Tenía el doctor Vélez prisa por concluir el trabajo, al que debía confiar la perpetuidad de su

nombre, y es á la verdad visible la precipitación del codificador en la última parte de su obra. No era fatiga ni desfallecimiento, pero se sentía urgido por los años, y el doctor Vélez solía decir que el libro más vasto quedando incompleto, es como un monumento destruido ó mutilado. *Finis coronat opus*. El fin no es un detalle de la obra sino su coronamiento.

Ocupábase, sin embargo, de su ministerio. Era muy matinal en las horas de su despacho, y recordamos haberlo encontrado una mañana caviloso y solo en el ministerio. « Pienso desde ayer, nos dijo respondiendo á una interrogación nuestra, sobre lo que este gobierno podría hacer rápidamente y que constituyese para el país una gran mejora. Recorro los adelantos modernos. Los ferrocarriles son costosos, lentos en su construcción y requieren capitales ingentes; los bancos, bajo cualquier forma, no son sino una dilatación del crédito que no puede ser improvisado por un acto administrativo. Y pasando de lo uno á lo otro, me he detenido, por fin, en los telégrafos que son tan útiles y tan baratos. El ingeniero Monetta calcula el costo de la línea en tantos pesos ». De este razonamiento tan sencillo salió nuestra red telegráfica.

Nosotros no habíamos comprendido el telégrafo hasta aquel momento, sino corriendo á lo largo de las vías férreas y adherido á su servicio. El doctor Vélez ejecutó los primeros telégrafos que ligaron entre sí las capitales de las provincias, aplicando ciertos fondos que habían sido incluidos en el presupuesto para *puentes y caminos*, y como fuera reconvenido en el Congreso, por haberlos distraído de su objeto, el doctor Vélez repelió el cargo diciendo que « el telégrafo era también un camino, el camino de la palabra ». Se afirmó en el Senado que los nuevos telégrafos sólo servirían para avivar las rencillas de barrio, llevando y trayendo chismes, y el doctor Vélez repuso que contribuirían, por el contrario, á suprimir la vida mezquina de la aldea, sirviendo al mismo tiempo poderosamente para desenvolver el sentimiento nacional.

Merced á la red telegráfica que iniciara el doctor Vélez, la vida

entera de la nación afluye hoy hasta el lugar más recóndito ó apartado y es conocida, momento por momento, por sus lejanos habitantes.

IX

Elijase cualquier escrito del doctor Vélez, el más desaliñado en su estructura, y se le encontrará mas ó menos animado por un pensamiento fuerte, ó siquiera por una intención que basta para salvarlo de lo insípido ó de lo mediocre. Este es su rasgo. Hay meditación ó inteligencia en cuanto sale de sus manos. Discútese actualmente sobre la mejor forma de colocar ó distribuir la tierra pública, y podrían reproducirse los artículos que ahora veintitres años escribió el doctor Vélez en *El Nacional* sobre la materia, porque contienen la mejor doctrina que pudieran nuestras leyes aplicar. La controversia de nuestros límites territoriales con Chile ha venido agitándose de año en año durante muchos, y no acertó á salir verdaderamente del cuadro que el doctor Vélez le había trazado en su primero y magistral alegato para abonar nuestros derechos. Hablando ó escribiendo, el doctor Vélez podía ser sofisticado y hasta capcioso, no era nunca vulgar.

El doctor Vélez leía constantemente y nunca se le veía en su gabinete sino con el libro en la mano. El círculo de sus lecturas no era sin embargo extenso. Cultivaba el derecho bajo todos sus aspectos, incluyendo por cierto hasta el derecho canónico mismo, y la economía política en su parte doctrinal. Este era el teatro en que se movía habitualmente su pensamiento; y sólo de vez en cuando, para dar expansión á su espíritu, acudía á algún libro de historia como la del *Comercio*, por Scherer, ó de la *Civilización*, por Buckle. En los últimos años estudió la marcha constitucional de los Estados Unidos, de donde tuvo origen el magistral prefacio que escribió para presentar al público la traducción de *Curtis*, verificada por el señor Cantilo.

Pero el doctor Vélez no leyó jamás un romance ó una novela vieja ó nueva, ni aun el *Quijote*, ni aun la *Corina*, de madama de Staël, que hacía prorrumpir en delirios de admiración á los jóvenes de su época. ¡No conocía una escena de Molière sino á través de las comedias de Moratín que había visto representadas en el teatro! ¡De dónde rebotaba sin embargo en su espíritu la savia cómica? ¿De dónde venía esa profusión de dichos agudos, picarescos, penetrantes ó burlones, que chispeaban en su conversación? Hé ahí lo que ha desaparecido desgraciadamente y para siempre con el doctor Vélez, es decir, la faz si no la más luminosa, á lo menos más delicada de su inteligencia y á la que, por falta de preparación literaria ó de ocasión, no alcanzó á dar manifestaciones durables.

De esta suerte la posteridad más próxima no llegará á saber, como nosotros, sino por accidente y con asombro, que dentro del grave y profundo autor del Código Civil, había un hijo perdido de Terencio ó de Molière, que no acertaba á olvidar su ignorado origen ni aun bajo las alas soñolientas de la musa del protocolo. El caso no es, sin embargo, único. ¡No ha descubierto Savigny en su libro de los glosadores que el famoso *Accursius*, de la escuela de Bolonia, cuyos inmensos folios han hecho crugir las bibliotecas durante siglos, se mostraba un hombre del ingenio más agudo, cuando hablaba sueltamente fuera de las compresiones del magisterio ó de la doctrina, como lo insinuaba uno de sus contemporáneos? *Vir acutissimus in sermone libero*. El chiste malicioso se desbordaba también de los labios galos de M. Dupin, y este es otro punto que viene á establecer nueva semejanza entre los dos jurisconsultos.

X

No hablamos de las leyes trascendentales que en el sistema interno de la provincia de Buenos Aires llevan al nombre del doctor Vélez, porque no se presta su exposición al carácter rápido de este escrito.

Nos referimos á las dos leyes con que, en enero y octubre de 1854, fué reorganizado el Banco de la Provincia y que han sido el punto de partida y la fuente de su grandeza.

No son una obra laboriosa de legislación, porque las verdaderas fuerzas económicas y sociales pueden ser puestas en movimiento con resortes muy sencillos. — Constan las dos de unos pocos artículos. Por la una se le daba cierto régimen independiente á la administración del Banco, para inspirar confianza, sustrayéndola á la acción caprichosa ó varia de los gobiernos. Se constituía por la otra una Caja de Depósitos á fin de atraer los ahorros de todas las clases sociales, y de devolverlos por el préstamo fácil á las industrias ó al comercio. Debe mencionarse igualmente la ley sobre redención de capellanías, que dejó libre la circulación de la propiedad raíz, completando el acto legislativo que prohibió las vinculaciones del suelo y que es uno de los timbres de honor que ostenta la célebre Asamblea de 1813.

Hemos señalado en otra ocasión la influencia que el doctor Vélez ha ejercido en nuestros estudios jurídicos, por las publicaciones del G. Meyner, del *Prontuario* de Castro, de las anotaciones y apéndices del Álvarez, y en fin, por su obra original sobre el *Derecho público eclesiástico*, cuya importancia ha trascendido más allá de las aulas. Hemos procurado también esa vez acentuar con algunos toques su fisonomía de jurisconsulto. Nada substancial podríamos agregar y no hay objeto en repetirnos (1).

Recordaremos solamente haber dicho que el doctor Vélez, en sus últimos años, era un jurisconsulto de la escuela de Savigny, y que creía en la *inmanencia* ó perpetuidad del derecho romano, no marcando, según su doctrina, las legislaciones posteriores sino las épocas sucesivas de su desarrollo. Recogemos este rasgo porque creemos que la concepción *Savigniana* del derecho, se amoldaba de todo punto á su índole intelectual.

(1) AVELLANEDA, *Escritos*, volumen I, páginas 60 á 80.

El doctor Vélez era nuevo, sin haber dejado de ser viejo. ¿Cuántas veces le hemos visto pasar de una página de Menodochius á otra de Mittemayer, sosteniendo que la obra de éste no era sino un desarrollo de la de aquél, después de tres siglos? Se ha dicho en una revista jurídica que el Código del doctor Vélez nos ha hecho romper con la tradición legislativa para adoptar la legislación francesa. Es un error. Para el codificador argentino, el Código de Napoleón no es sino una faz del derecho romano, cuyos adelantos busca en las leyes de Bélgica, de Francia, ó en las doctrinas de los jurisconsultos de Alemania, sin preocuparse de su raíz propia ó nacional.

Concluamos. Pueblos apartados y nuevos, como el nuestro, no alcanzan á servir sino muy difícilmente de pedestal, para poder llevar un contingente al movimiento científico; y las tentativas que en este sentido se han hecho no muestran sino la esbeltez y la lozanía del ingenio argentino. Falta como atmósfera la tradición científica que es una guía, y como elemento individual de preparación la disciplina de los estudios profundos. No hemos cultivado desde la Colonia sino una ciencia. la del derecho; y no estábamos en consecuencia habilitados sino para producir un juriconsulto. Lo hemos dado á nuestra época y debemos quedar contentos. El Código argentino es uno de los más vastos repertorios del derecho que puedan ser consultados, y el nombre de su ilustre autor empieza á ser mencionado por todas partes entre los juriconsultos de nuestro siglo.

El doctor Dalmacio Vélez Sarsfield es sin duda el más importante entre los hombres de letras que pertenecen á nuestros tiempos intermedios, es decir, de los que nacieron en la Colonia, estudiaron en las universidades escolásticas y tuvieron que adaptar sus conocimientos á las nuevas necesidades de estos pueblos transformados por la revolución. El doctor Vélez llevaba sobre sí física y moralmente este doble sello, en su porte, que era doctoral y un poco *criollesco*, en sus modales, que eran tal vez inferiores á su cultura

intelectual, en su elocuencia misma, que era el producto de altos estudios, mezclándose á formas, acentos y hasta frases que el refinamiento social habría suprimido. De este conjunto salió esa su fisonomía tan curiosa como característica.

La figura original de nuestro sabio codificador no volverá á reproducirse. Las generaciones nuevas han hecho su pleno advenimiento y el molde singular en que fué vaciado ha sido roto.

N. AVELLANEDA.

ACRECENTAMIENTO
DE LOS
GASTOS NACIONALES
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Entre los diversos estudios que pueden realizarse en relación con las finanzas de la República, pocos hay que sobrepasen en importancia al de la investigación de las causas á que obedece el continuo y extraordinario acrecentamiento de los gastos nacionales, porque él permitirá descubrir si son causas generales, producidas por verdaderas necesidades administrativas y por el mismo progreso del país — contra las cuales no podemos defendernos — ó si son, por el contrario, causas especiales, propias de nuestro estado social y político, y de nuestra deficiente práctica administrativa, contra las que podemos y debemos defendernos, las que producen el fenómeno aludido.

Los presupuestos nacionales experimentan, por regla general, desde 1862, un sensible aumento, habiendo sido muy pocos los años en que este hecho ha dejado de producirse. En 1862, el presupuesto subía á 3.577.881 pesos; tres años después, en 1864, esta cifra se dobla, llegando á 8.900.562 pesos. En 1871, ocho años más tarde.

se dobla de nuevo. En 1883, trece años después, el mismo hecho vuelve á producirse. Por fin, transcurridos ocho años, en 1890, la cifra se duplica con exceso. En el espacio de tiempo comprendido entre 1862 y 1890, la suma total presupuestada se ha doblado 19 veces. Desde 1890 el presupuesto general de gastos de la administración nacional ha crecido en las siguientes proporciones :

Años	Pesos papel	Pesos oro
1891.....	41.230.349 32	20.315.446 55
1892.....	42.344.356 45	11.517.017 99
1893.....	53.386.856 »	28.035.789 »
1894.....	64.729.355 58	14.514.067 04
1895.....	75.831.328 28	15.023.838 20
1896.....	105.022.058 »	15.811.338 »
1897.....	104.720.052 56	17.099.949 04

Se ve, pues, que en siete años, desde 1891 á 1897, los gastos autorizados á papel han tenido un aumento de 63.489.703 pesos y los á oro una disminución de 3.215.497 pesos. Reduciendo á oro los aumentos á papel, al cambio de 300 %, resulta un aumento de 21.160.000 pesos oro, que anulan sobradamente la disminución de la cuenta á oro. Luego se trata de un hecho constante, casi diría fatal, que se produce en nuestra administración, con todos los caracteres de una regla, y cuyo estudio no puede ser sino del mayor interés.

Si en vez de pretender estudiar la producción de este fenómeno en un país sudamericano, quisiera estudiarlo en uno europeo, esta investigación sería ociosa, porque allí la ciencia financiera, poderosamente ayudada por la estadística y por informes administrativos, ha comprobado que el aumento de los gastos públicos es un hecho constante, regular, que se produce, lo mismo en las pequeñas que en las grandes naciones, lo mismo en aquellas que viven agobiadas bajo el peso de los tremendos gastos militares que las aniquilan, que en aquellas que se encuentran substraídas por completo al ruinoso sistema de los armamentos y de la paz apoyada en los cañones ; y

ha definido, al mismo tiempo, con notable claridad, cuáles son las causas productoras de este hecho.

En los países europeos, el acrecentamiento de los gastos nacionales responde, según un reputado autor, á las siguientes principales causas: 1° aumento del precio de la vida y de los salarios; 2° mayor extensión de las funciones del Estado ó de los servicios de que se encarga; 3° acrecentamiento de la deuda pública; 4° desarrollo de los gastos militares; 5° relajamiento del control producido por una gran prosperidad; y 6° democratización, cada día más grande, del gobierno.

En los países sudamericanos, y particularmente en la República Argentina, á la cual debe concretarse este estudio, el fenómeno del acrecentamiento de los gastos nacionales, responde á otras principales causas, aun cuando también ella no pueda substraerse á alguna de las que hacen sentir su influencia en las naciones europeas. País nuevo, como es, con escasa población, con un rico pero desierto territorio; con un organismo económico poco desarrollado, con carencia de hombres preparados en las prácticas administrativas; con partidos políticos indisciplinados; con pasiones belicosas que hacen á menudo estallidos sangrientos; con impaciencias y deseos de progreso que á veces lo confunden y lo precipitan, y con enojosas cuestiones de límites sostenidas con vecinos recelosos ó agresivos, las cuales determinan la necesidad de adquirir los elementos militares necesarios para defender el derecho, si el caso llega: — no es extraño que en la Argentina el aumento de los gastos públicos responda á causas diversas de aquellas que obran en Estados que cuentan por siglos sus años de existencia, con administraciones públicas perfeccionadas, con una vasta escuela de hombres preparados en la ciencia de las finanzas y del gobierno y con necesidades que, lejos de aumentar, deberían tender, más bien, á disminuir.

De suerte que, considerándolas en sus líneas generales, creo que no me aparto mucho de la verdad si establezco, como causas productoras del acrecentamiento de los presupuestos nacionales en la

República, las siguientes : 1° aumento de necesidades administrativas determinadas por el rápido crecimiento de la población ; 2° aumento de la deuda pública ; 3° depreciación de la moneda y encarecimiento de la vida ; 4° guerras nacionales y extranjeras ; 5° intervención del Estado como garantizador ó promotor de costosas obras públicas ; 6° recargo producido por una costosa é imperfecta máquina administrativa ; 7° deficiente fiscalización en la percepción de la renta y en los gastos nacionales ; 8° mantenimiento del curso forzoso ; 9° desarrollo de los gastos militares.

Una ligera exposición de cada una de estas causas, bastará para afirmar la verdad con que han sido indicadas, y para mostrar la intensidad, más ó menos grande, con que se manifiestan en el fenómeno que estudio.

La influencia de la primera causa es innegable, indiscutible, y basta enunciarla para admitirla. Creciendo nuestra población en una proporción extraordinaria, estimada por nuestro primer censo nacional en un 3.6 por 100 anual (1), debido, más que al crecimen-

(1) El censo nacional levantado el día 15 de septiembre del año 1869, reveló una población de 1.877.000 habitantes para toda la República.

El segundo empadronamiento nacional, del 10 de mayo de 1895, encontró una población de 3.954.770 habitantes.

Quiere decir, pues, que, en el espacio de 25 años, la población general ha tenido un crecimiento absoluto de 2.177.770, ó uno relativo de 122 %, que se convierte en un aumento anual de casi 4,8 %.

Este crecimiento, que es extraordinario, comparado con el que han tenido naciones que guardan mucha analogía con la Argentina, no se ha hecho sentir con igual intensidad sobre todo el país, sino principalmente sobre las provincias fluviales, y entre éstas la Capital. Así, resulta que, mientras estas provincias experimentan un crecimiento de 197 %, las del centro sólo presentan uno de 50 %, las mediterráneas ó del oeste, otro de 42 %. Por eso se ha dicho, con alguna verdad, por distinguidos pensadores argentinos, que la República es un cuerpo con una cabeza descomunal y con piernas muy estrechas.

En 1869, en una población de 1.877.000 almas, los argentinos sumaban 1.531.360 : 745.793 varones y 785.567 mujeres. Extranjeros 211.992 : 151.987 varones y 60.005 mujeres.

En 1895, en una población de 3.954.770 habitantes, los argentinos llegaron á 2.949.283 almas : 1.452.533 varones y 1.496.750 mujeres, y los extranjeros á 1.005.487 : 633.424 varones y 372.063 mujeres, lo que quiere decir que estos últimos forman el 25 % de la población general.

to vegetativo, que siempre es lento, al gran aflujo de una inmigración numerosa, que ha convertido á nuestro país en uno de los primeros centros inmigratorios del universo, deben también crecer los gastos administrativos, como resultado de las mayores necesidades de seguridad, justicia, caminos, telégrafos, puentes, ferrocarriles é instrucción, que siente la República. Insensato sería el que pretendiera hacer inmutables los gastos nacionales, cuando todo se mueve, cambia y prospera á su alrededor. Si las rentas aumentan de una manera extraordinaria, siguiendo el desarrollo de la población, los gastos también deben crecer, si no en igual, porque no es de buena administración, en menor proporción.

Esto no quiere decir que sea permitido á los hombres encargados de votar anualmente los gastos públicos, hacer lo que se ha efectuado con tan funesto resultado en los últimos tiempos: estimar exageradamente el crecimiento de la población para aumentar, según él, los presupuestos; porque, como todos los engaños y alucinaciones, éste es siempre funesto. La crisis financiera porque atraviesa el Gobierno, desde muchos años atrás, no responde, en gran parte, á otro hecho. El abultamiento de los gastos nacionales trajo también, por espíritu de imitación, el de los gastos provinciales, municipales y aun particulares (1).

Quiere decir, pues, que en 1869, la población argentina representaba el 81.58 % de la total y en 1895 el 74.57 %.

Los extranjeros, respectivamente el 18,42 % y el 25 %.

(1) Crecimiento de los gastos presupuestados de la Nación y de las Provincias en los años 1886 y 1890, en pesos papel.

	Año 1886	Año 1890	AUMENTOS	
			Absoluto	Relativo %.
Nación.....	40.788.385	71.469.000	30.680.615	42.92
Buenos Aires.....	15.325.323	24.314.609	8.989.286	36.97
Santa Fe.....	724.604	5.905.258	5.180.634	87.73
Entre Ríos.....	1.174.405	4.154.280	2.979.875	71.72
Corrientes.....	680.764	1.801.238	1.120.474	62.21
Córdoba.....	797.170	4.140.081	3.342.911	80.74
San Luis.....	391.587	498.182	106.595	21.39
Mendoza.....	292.735	1.435.158	1.142.423	79.60
San Juan.....	242.382	758.691	516.309	68.05
Rioja.....	133.317	728.277	594.960	81.69
Catamarca.....	171.592	820.857	649.265	79.09

El aumento progresivo y continuo de la deuda pública, es también otra de las causas que producen entre nosotros la elevación de los presupuestos nacionales. Desde el primer empréstito externo, de un millón de libras esterlinas, contraído por la provincia de Buenos Aires en 1822, y el cual pasó después á ser nacional, hasta nuestros días, muchos otros, que han gravado profundamente el crédito del país, se han contraído por la República, llegando la deuda nacional consolidada, á fines de 1897, á 474.713.522 pesos oro y 45.838.767 pesos papel.

Este guarismo de la deuda pública consolidada, se distribuye de la siguiente manera: Deuda externa: 277.031.522 pesos oro; Deuda interna 196.882.000 pesos oro y 45.838.767 pesos papel.

De los 196.000.000 pesos oro que corresponden á la emisión de fondos públicos de los bancos garantidos, sólo se hace servicio de intereses sobre 86.726.500, y de intereses y amortización sobre 3.500.000 pesos en títulos correspondientes á los bancos eliminados.

El uso del crédito, autorizado por la carta fundamental, « para urgencias de la Nación ó para empresas de utilidad nacional », ha llegado, en ciertos momentos, á convertirse en un verdadero abuso; pero debe decirse, en honor del pueblo argentino, que nunca ha repudiado el cumplimiento de sus compromisos, por más adversas que hayan sido las situaciones porque ha atravesado, y por más escasos que hayan sido sus recursos.

« El crédito, ha dicho juiciosamente Alberdi, es un recurso introducido en nuestras rentas argentinas desde la época y por las urgencias de la revolución contra España, como medio extraordinario y como elemento moderno de gobierno y de progreso industrial. Él procuró á las repúblicas de Sud América los recursos gastados en la lucha de su independencia, y recién empiezan á comprender que

Santiago.....	206.143	1.261.730	1.055.587	83.66
Tucumán.....	644.137	1.376.627	932.490	67.73
Salta.....	280.966	418.000	137.034	32.78
Jujuy.....	54.096	200.218	146.122	72.98

esa fuente misma es la que ha de darles los recursos para consolidar sus gobiernos é instituciones republicanas.

« Todas las constituciones argentinas, agrega, promulgadas ó proyectadas, admitieron el crédito público entre los primeros elementos del naciente tesoro argentino. Un convencimiento tan perseverante y uniforme no podía existir acerca de un recurso nominal y ficticio (1) ».

La República Argentina ha practicado, como se ha visto, desde que nació á la vida independiente, el uso del crédito con el fin de allegarse recursos, que su propio organismo financiero no le proporcionaba, para dedicarlos á la construcción de obras de utilidad nacional, ó á la defensa de su territorio.

Así, el empréstito de 1822 fué dedicado á la construcción del puerto de Buenos Aires, al establecimiento de pueblos en la nueva frontera y de tres ciudades sobre la costa, entre esta capital y el pueblo de Patagonia, y á dar aguas corrientes á la ciudad.

El segundo empréstito contraído por la Nación, después de reorganizada, fué destinado á hacer frente á los gastos que le exigía la guerra á que la provocó injustificadamente, en 1865, el tirano del Paraguay. Su importe alcanzó á 12.600.000 pesos oro, que fueron invertidos en su totalidad en el objeto á que estaba destinado.

El tercer empréstito nacional fué contraído en 1870, por la cantidad de 5.214.888 pesos, estando en el gobierno el señor Sarmiento, y se destinó á la construcción de obras públicas.

Después de estos, se han celebrado: el de 1871, por 30.856.896 pesos; el de 30 de octubre de 1872 y de julio 27 de 1873, por 10.285.632 pesos; el de 2 de octubre de 1880, por 12.348.000 pesos; el de 3 de noviembre de 1881 y 5 de septiembre de 1882, por 4.117.680; el de 12 de octubre de 1882 y 28 de junio de 1883, por 8.571.000 pesos; el de 27 de octubre de 1882, por 20.000.000 de pesos, para el puerto de Buenos Aires; el de 21 de octubre de 1885,

(1) Véase ALBERDI, op. cit., tomo 4, página 370.

por 42.000.000; el de 16 de octubre de 1885 y 9 de octubre de 1886, por 20.000.000 de pesos; y el de 1891, de 75.000.000 de pesos oro, destinado al servicio de la deuda pública y garantías de ferrocarriles.

Muy lejos de mi espíritu está el pretender condenar en absoluto el uso del crédito. La ciencia financiera ha reconocido que este es un medio benéfico á que los pueblos pueden recurrir, en ciertos momentos de su vida, para allegarse recursos á fin de impulsar más rápidamente su progreso. Y si este recurso se practica por países europeos, de grandes capitales acumulados, con mayor razón debe aceptarse en países americanos, donde todo tiene que improvisarse é impulsarse, los capitales como las industrias y el comercio. En éstos, el capital proveniente de los empréstitos es una habilitación que les ofrecen los países europeos para que puedan trabajar y prosperar.

No desconozco, pues, las ventajas de este medio de arbitrase recursos que tienen los pueblos modernos; pero no puedo dejar de reconocer que su empleo es siempre peligroso y delicado, y que, á veces, puede prestarse á grandes abusos, sobre todo, cuando no se da á los fondos el destino con el que fueron buscados.

En la República Argentina, debido al uso del crédito, se han llevado á cabo muchas obras de utilidad nacional que, por otro medio, no habrían podido ser realizadas (1); pero también una buena parte del producto de los empréstitos ha tenido un destino muy diverso de aquel para que fueron contraídos.

El empréstito de 1822, destinado, como se ha visto, á la construcción de un puerto, á dotar de aguas corrientes á la ciudad y á a fundación de pueblos, fué dedicado á sufragar los gastos que oca-

1) En sólo tres obras, se han invertido pesos oro 115.714.843, á saber :

Ferrocarriles.....	54.881.520
Obras de salubridad.....	32.650.000
Puerto de la Capital.....	28.183.323
	115.714.843

sionaba la guerra con el Brasil; empleo patriótico y merecido, que ningún argentino puede condenar sin injusticia.

El empréstito de 1865 tuvo por objeto atraer fondos para hacer frente á la guerra con el Paraguay, empleo también patriótico, que ningún argentino puede condenar sin hacerse una ofensa.

El empréstito de 1870 fué contraído para sufragar los gastos de diversas é importantes obras públicas, como caminos, puertos y ferrocarriles; pero una gran parte de él fué invertida en dominar los últimos restos del caudillaje alzado en la provincia de Entre Ríos.

De los demás empréstitos, una buena suma ha servido para hacer frente á los gastos que exigía la dominación de las rebeliones que han estallado en la República.

Para que se comprenda cuál es la influencia que esta causa ha ejercido en el crecimiento de los gastos públicos, basta saber que en 1870, para no ir más lejos, el presupuesto total ascendía á 14.486.995 pesos, y que de esta suma, 7.323.012 pesos, ó sea el 50.56 %, estaban destinados al servicio de la deuda. En 1872, el servicio de la deuda absorbía 17.286.600 pesos, lo que representaba un 60.40 % de la suma total presupuestada. En 1890, el servicio de la deuda exigía 18.000.000 pesos en un presupuesto de 71.000.000, ó sea el 26 % de la suma total. Pero si se tiene en cuenta que, tanto en éste, como en los demás presupuestos, figura, reducida á papel, una fuerte suma de la deuda que debe ser servida á oro, se comprenderá fácilmente que, por la gran depreciación que ha experimentado la moneda fiduciaria, la cantidad de 18.000.000 se elevará tal vez á 36.000.000, y la cifra proporcional subirá también de 26 á 50 %.

En 1897, en un presupuesto de gastos autorizados que asciende á 17.099.949,04 pesos oro y 104.720.052,56 pesos papel, el servicio de la deuda pública, interna y externa, exige un desembolso anual de 14.244.069,04 pesos oro y 4.303.033,92 pesos papel.

Reducidas á oro las cantidades que figuran á papel, al tipo de 300 %, resulta que, sobre un presupuesto de 52.006.566 pesos

oro, el servicio de la deuda demanda 15.678.413 pesos oro, lo que representa el 29 % de los desembolsos totales.

Otra de las causas que también concurren entre nosotros al aumento de los gastos públicos, es la que se deriva de la depreciación de la moneda y del consiguiente encarecimiento de la vida.

El fenómeno de la depreciación de la moneda no es propio de nuestro país, sino que se observa con la misma constancia en todos los países del universo. Después de las grandes extracciones de oro, practicadas, sobre todo, en los últimos tiempos, en California y en Australia, el precio de este metal, regulador de todos los valores, ha bajado notablemente, y, por una razón inversa, el de los productos, artículos ó manufacturas necesarios para la vida, ha subido también.

Aparte de este fenómeno general, en la República Argentina ha contribuido particularmente á la depreciación de su medio circulante, el cambio, experimentado en 1882, de la moneda corriente por moneda nacional.

No obstante de representar cada uno de los pesos de esta unidad monetaria, 24 pesos 19 centésimos de la otra, en la práctica ordinaria de la vida han venido á ser confundidos como si se tratase de valores idénticos, de tal manera que puede afirmarse sin exageración, que hoy un peso nacional equivale, en las transacciones comerciales, á un peso de la antigua moneda corriente.

Influido por este fenómeno, el Estado se ha visto obligado á aumentar también, en la misma proporción, la remuneración de todos sus empleados, y los demás gastos.

Otra causa, y no la menor, del aumento experimentado por los gastos públicos, es debida á las guerras, nacionales é internas, que ha soportado la República desde que se independizó, en 1816, hasta 1893.

La influencia de las guerras en los gastos nacionales se hace sentir, no sólo en los momentos en que ellas tienen lugar, por la compra de armas y municiones, por el transporte y alimentación de tropas

que exigen, sino muchos años después, por los perjuicios que irrogan, los cuales es preciso indemnizar; por el recargo en el capítulo de las pensiones; y por las deudas que quedan en tramitación, y las cuales van gravando sucesivamente los diversos presupuestos en que se abonan.

Las cantidades satisfechas por el tesoro público en este género de erogaciones debían figurar con grandes números en las publicaciones oficiales, á fin de que fuesen aprendidas de memoria por todos los argentinos y por todas las personas revestidas de autoridad, porque, si una parte de ellas ha sido empleada en defender el honor nacional atacado en el exterior, otra, no menos considerable, ha sido destinada á sostener la guerra entre hermanos.

El año 1822, como se ha visto, la provincia de Buenos Aires, ó mejor dicho, la República, contrajo el primer empréstito exterior por 1.000.000 de libras esterlinas, y su producto fué dedicado á sufragar los gastos que ocasionaba la guerra con el Brasil. No sólo invertimos esta cantidad, sino que hasta hace poco se ha estado liquidando y abonando créditos por esta causa, los cuales suben á cifras considerables.

El año 1865, la Nación fué injustamente provocada á una guerra exterior por el gobierno del Paraguay y gastó en ella, hasta fines de 1875, 29.936.516,84 pesos fuertes. Lo gastado posteriormente, con motivo de esta guerra, no se conoce de una manera oficial, pero puede asegurarse que es suma muy importante.

El año 1863 se rebeló el Chacho en los llanos de la Rioja, y posteriormente otros caudillos levantaron su bandera, manchada con sangre de hermanos, en diversas provincias argentinas. Todas estas rebeliones, además del retroceso que han importado para el juego regular de las instituciones que se ha dado el país, y del descrédito que sobre el mismo proyectaron, han insumido una buena parte de las rentas generales. Así, el capítulo de los gastos públicos tiene una partida que dice que, hasta fines de 1875, se habían invertido, en «Rebeliones en el Interior, en diversas fechas», 3.685.512,28 pesos fuertes.

Pero, no ha sido este el único sacrificio de dinero que las luchas entre hermanos han exigido al tesoro público. Otros, y otros, que no se sabe cuándo terminarán, lo han agobiado en épocas posteriores.

En 1870 se inició en Entre Ríos, con el asesinato del vencedor de Caseros, la primera de las rebeliones encabezadas por López Jordán, que debían llenar de sangre á aquella hermosa provincia, talar su rico territorio, y echar sobre el tesoro de la Nación el peso de gastos agobiadores. Hasta fines de 1877 se habían gastado en las dos primeras rebeliones de Entre Ríos 13.128.951 pesos fuertes, con 72 centavos. ¿Cuánto se ha invertido después? No se sabe exactamente, pero puede afirmarse que la suma es considerable.

El año 1874 estalló en Buenos Aires una revolución, encabezada por un eminente hombre de estado. Se proponía protestar, con las armas en la mano, contra un fraude electoral desvergonzado. Esta vez, aun cuando la revolución estallaba en el pueblo, había sido incubada en las regiones oficiales. La actitud de una de las ramas del parlamento, que había aceptado registros electorales falsificados, la justificaba. Y bien; hasta fines de 1878, se invirtieron en sofocar esta revolución pesos fuertes 7.645.359,87, y posteriormente pesos fuertes 1.264.856,55. Es decir, pesos fuertes 8.910.216,42.

El año 1878, la provincia de Corrientes, que durante las rebeliones de Entre Ríos había guardado una actitud tranquila, pacífica, que había servido con sus hombres á la causa nacional, quiso darse también el placer de hacer una revolucioncita. La pobre, cansada de ser virtuosa, quería echarse por el camino de las aventuras guerreras. La historia no conoce la causa ostensible de este movimiento, pero se contenta con saber que, para dominarlo, fué necesario emplear pesos fuertes 175.287,14.

Pero, no termina aquí la lista de nuestras guerras civiles; dos, muy importantes, nos faltan. En 1880 estalló una formidable rebelión encabezada por el gobernador de Buenos Aires y por un poderoso partido político que, titulándose de principios, no tenía inconveniente en solicitar el poder oficial de este mismo gobernador.

Fué vencida, en los combates del 20 y 21 de junio de ese año. La federalización de Buenos Aires fué la consecuencia de este triunfo. Pero, ¿cuánto se invirtió en sofocar esta rebelión? Los documentos oficiales que he consultado dicen que se gastaron 4.231.347,07 pesos.

El 26 de julio del año 1890 estalló en Buenos Aires otra revolución, apoyada en una parte del ejército y de la armada. La duración de este movimiento, concentrado casi exclusivamente á una zona central de la capital—la manzana en que está situado el Parque de Artillería (1)—fué muy corta, apenas tres días—por cuyo motivo las erogaciones y sacrificios que reclamó fueron también limitados. La cuenta de inversión del año 1890 y de los siguientes, revela que se gastó con motivo de esta revolución la suma de 668.215 pesos papel.

Pero, no debía detenerse ahí el espíritu revolucionario de los varoniles hijos de esta heroica nación sudamericana. El año 1893, existiendo un gobierno general que, aun cuando adolecía de algunas imperfecciones, como toda obra humana, mantenía una administración honrada y progresista, que impulsaba al país hacia la solución de importantes problemas internos y externos, tanto en el orden político, cuanto en el financiero, estalló otro movimiento revolucionario, con profundas ramificaciones en diversas secciones del país y en el personal del ejército y de la armada, el cual, felizmente, fué sofocado á tiempo, no sin producir grandes pérdidas de vidas y lesión de importantes intereses materiales.

Consultando las diversas partidas anotadas en la cuenta de inversión de los gastos nacionales, se ve que el Estado gastó en sofocar esta revolución alrededor de 2.547.734 pesos papel.

Si á todas estas cantidades invertidas en guerras agregamos las gastadas en intervenciones, llevadas á las provincias por el poder central con diversos motivos, unas veces para reponer autoridades

(1) Lavalle, Tucumán, Talcahuano y Uruguay.

legales depuestas por sediciones, otras para restablecer autoridades ilegales derrocadas por la opinión, y otras para derribar gobiernos constitucionales, vemos que la partida de los gastos por guerras sube considerablemente.

Así, entre los años 1879 á 1882 se gastaron 35.147,81 pesos en llevar intervenciones á la Rioja. En 1888, 8.000 pesos en una intervención á Córdoba, para derrocar á un gobernador legalmente elegido.

En 1882 y 1885, 4.671,66 pesos en intervenciones en Santiago, para implantar una dinastía política. En 1889, 5.000 pesos en una intervención llevada á Mendoza, la cual dió por resultado la salida del gobernador legal. De 1881 á 1887, 12.838 pesos con 77 centavos en intervenciones á Jujuy.

Sarmiento gastó 10.000 pesos en intervenciones; Avellaneda 94.919,58 pesos; Roca, 45.108,99 pesos; Juárez, 26.161,32 pesos; Pellegrini, 67.990,31 pesos; Sáenz Peña, 923.995,33 pesos, y Uriburu (un año) 339.709,99 pesos.

Tenemos, así, una partida de 1.508.791,30 pesos, gastados en intervenciones, desde la administración Sarmiento, que debemos agregar á los gastos ocasionados por las guerras (1).

(1) He aquí lo que se ha gastado en intervenciones federales desde 1890:

Provincias	Sumas gastadas en pesos papel
Mendoza (1890).....	1.980 "
Catamarca (1891).....	4.093 "
Mendoza (1892).....	21.071 14
Catamarca (1892).....	7.000 "
Santiago del Estero (1892).....	25.826 17
Corrientes (1892).....	10.000 "
Santiago del Estero (1893).....	19.219 04
Buenos Aires (1893).....	299.077 86
Catamarca (1893).....	61.673 23
Santa Fe y San Luis (1893).....	157.661 35
Corrientes (1893).....	130.426 39
Santiago del Estero (1894).....	374 15
Buenos Aires (1894).....	63.908 89
Catamarca (1894).....	15.944 16
Santa Fe y San Luis (1894).....	87.291 48
Corrientes (1894).....	2.718 50
Tucumán (1894).....	85.000 28
Santiago del Estero (1895).....	1.600 "

Tenemos, pues, cerrando este triste capítulo de nuestros errores nacionales — que la Nación ha invertido en guerras é intervenciones, desde 1865, las siguientes partidas:

	Pesos papel
Guerra del Paraguay.....	29.936.516 84
Rebeliones del interior.....	3.685.512 28
Rebeliones de Entre Ríos.....	13.128.951 72
Revolución de 1874.....	7.645.359 87
Revolución de Corrientes.....	175.287 14
Revolución de 1880.....	4.231.347 07
Revoluciones en las provincias, en 1878.....	21.700 46
Revolución de 1890.....	668.215 36
Revolución de 1893.....	2.547.734 »
Intervenciones federales en las provincias.....	1.508.791 30
Total.....	63.549.416 04

Esta suma de 63.549.416,04 pesos, está muy lejos de representar las verdaderas y totales erogaciones originadas por las guerras, porque algunas de las cuentas no estaban definitivamente cerradas en la fecha á que se refieren los datos, y porque muchas veces figuran en las cuentas de inversión, con denominaciones diversas, gastos hechos en rebeliones y guerras; pero, asimismo, sirve para dar una idea del enorme sacrificio que éstas han representado para el tesoro de la Nación; y muestra hasta qué punto las guerras han contribuido á acrecentar los gastos nacionales.

La intervención del Estado como garantizador ó promotor de costosas obras públicas, es otra de las principales causas del aumento de los gastos nacionales.

La carta fundamental ha encomendado al Congreso, sabiamente, que « promueva la industria, la inmigración, la construcción de ferrocarriles y canales navegables, la colonización de tierras de propiedad nacional, la introducción y establecimiento de nuevas industrias,

Catamarca (1895).....	565 40
Santa Fe y San Luis (1895).....	231.374 29
Tucumán (1895).....	1.569 55
Santiago (1895).....	51.606 86
La Rioja (1895).....	52.993 89

la importación de capitales extranjeros y la exploración de los ríos interiores, por leyes protectoras de estos fines y por concesiones temporales de privilegios y recompensas de estímulos» (1).

Al proceder así, los constituyentes no han hecho sino inspirarse en el estado embrionario del país para el cual legislaban. En las viejas naciones europeas, donde existen crecidos capitales acumulados, donde la iniciativa industrial y de empresa lo abarca todo, donde el espíritu comercial é industrial se encuentra muy desarrollado, muchas de las prescripciones de la Constitución serían inconvenientes ó extemporáneas. Pero, entre nosotros, donde los capitales propios son escasos, donde, para emplear una frase de un distinguido pensador argentino, somos « naturalmente ricos, pero económicamente pobres », el Estado tiene que hacerlo todo, desde convertirse en empresario, hasta auxiliar con fuertes primas ó estímulos el establecimiento de industrias ó la introducción de capitales y de habitantes.

Es esa, y no otra, la razón por qué en nuestros presupuestos figuran anualmente fuertes partidas para construir telégrafos, ferrocarriles, fomentar la inmigración, garantir el establecimiento de nuevas industrias y acelerar el movimiento inmigratorio.

Luego, estos estímulos ó garantías insumen cada año una fuerte porción de los gastos totales. Así, hasta fines de 1875, la Nación había invertido :

	Pesos fuertes
En construcciones de telégrafos.....	1.220.651 »
En construcciones y garantías de ferrocarriles.....	15.877.930 13
Fomento de la inmigración.....	851.117 36
Fomento de la agricultura.....	99.765 72
Trabajos públicos y edificios fiscales.....	3.400.375 17
Total.....	21.449.899 38

Esta suma de 21.449.899,38 pesos fuertes, gastada desde 1863 hasta 1875, ha gravado considerablemente los presupuestos de todos

(1) Artículo 67, inciso 16, de la Constitución.

esos años. Pero, desde 1875 á la fecha, este género de erogaciones no ha hecho sino aumentar, en virtud de las exageradas ideas de progreso que han dominado á los legisladores, como lo comprueban las siguientes cifras :

Desde 1875 hasta 1889 inclusive, se ha gastado por el tesoro nacional:

	Pesos papel
En construcciones y reparaciones de telégrafos.....	3.582.526 86
En construcciones y garantías de ferrocarriles.....	41.542.104 79
En inmigración, colonización y tierras.....	6.606.356 93
En trabajos públicos y edificios fiscales.....	60.265.060 25
Total.....	111.996.048 83

Sólo la garantía acordada por la Nación á la construcción de ferrocarriles ha exigido, en 1888, la crecida suma de 6.037.600 pesos.

El año 1887 la Nación acordó al señor Houston una subvención para establecer un servicio de vapores, y otra al señor Tornquist para establecer una refinería de azúcar, alcanzando la suma de ambas á 8.914.400 pesos oro, lo que representa un desembolso anual, por garantía, de 461.720 pesos oro.

Los capitales garantidos á ferrocarriles, cables, usinas, refinería de azúcar y líneas de navegación, hasta el 19 de noviembre de 1889, ascendían á la suma de 397.181.472 pesos oro, que exigían un servicio anual de 22.676.895 pesos oro también.

Es cierto que una gran parte de estas garantías no se hará efectiva, es cierto que la concesión Houston no se ha realizado, que de la garantía acordada á la refinería no se ha solicitado hasta ahora el pago; es cierto que muchas han sido declaradas caducas; pero, con todo, el monto de las que pesarán sobre el tesoro público será muy considerable, y no hará sino retardar el anhelado equilibrio entre los recursos y los gastos anuales.

Desde el año 1890 hasta 1895 inclusive, este capítulo de los gastos públicos ha tenido entre nosotros un desarrollo exagerado. Á pesar de las penurias porque atravesaban las finanzas, del empréstito

moratoria que imponía á la administración un régimen de abstinencia y de sobriedad fiscal, para conseguir el desahogo á que aspiraban el presidente y el ministro que lo propusieron al congreso, los gastos por construcción y garantía de ferrocarriles, por inmigración, colonización y tierras públicas, y, principalmente, por construcción de obras y de edificios fiscales, alcanzaron á cifras tabulosas.

Así, agrupando esta diversa naturaleza de gastos en un solo capítulo, se ve que el monto de las erogaciones realizadas en el expresado período de 1890-1895 alcanzó á 43.844.196,77 pesos papel y 12.609.785, 16 pesos oro, divididos así:

	Pesos papel	Pesos oro
En construcciones y reparaciones de telégrafos.	1.419.258 48	—
En construcciones y garantías de ferrocarriles.	19.248.267 06	3.867.313 45
En inmigración, colonización y tierras.....	2.166.176 09	—
En trabajos públicos.....	21.010.495 14	8.742.471 71
Totales.....	43.844.196 77	12.609.785.16

En las sucesivas cuentas de inversión de los gastos nacionales, la partida consagrada al pago de garantías de ferrocarriles figurará con cantidades reducidas, debido á la circunstancia de que en 1895 y 1896, en cumplimiento de una ley del congreso, el poder ejecutivo celebró acuerdos con las diversas empresas, para rescindir las respectivas garantías, que de manera tan gravosa pesaban sobre el tesoro público.

La base principal de estos arreglos consistía en la renuncia, por parte de las empresas, de la garantía á que tenían derecho por su ley-contrato, mediante la entrega que les hacía la Nación de títulos de 4 % de interés y de 1/2 % de amortización, en una cantidad que compensase equitativamente la suma total que la empresa habría recibido durante la vigencia de la garantía, y el desembolso que, en consecuencia, habría realizado la Nación.

Los ferrocarriles cuyo capital estaba garantido por la Nación, la tasa de interés de la garantía y el monto del capital que representaban, figuran en el siguiente cuadro:

Empresas	Interés %	Capital pesos oro
Pacífico.....	7	13.811.415
Gran Oeste.....	7	10.331.479
Villa María á Rufino.....	6	4.083.120
Bahía Blanca y Noroeste.....	5	4.110.693
Noroeste Argentino.....	5	1.942.605
Argentino del Este.....	7	4.386.966
Nordeste Argentino.....	6	7.289.134
Transandino.....	7	3.720.207
San Cristóbal á Tucumán.....	5	12.025.089
Central Córdoba.....	5	21.000.000
Total.....		82.700.700

Para rescindir cada una de las garantías anteriores, el gobierno ha debido entregar, á las compañías, títulos de 4% de interés y de $\frac{1}{2}$ % de amortización, creados por la ley número 3350 del 11 de enero de 1896, en la siguiente proporción:

Empresas	Monto nominal de los títulos emitidos en pesos oro
Pacífico.....	1.900.000 »
Gran Oeste.....	2.500.000 »
Villa María á Rufino.....	1.850.000 »
Bahía Blanca y Noroeste.....	2.262.929 43
Noroeste Argentino (Compra del gobierno).....	1.822.295 67
Argentino del Este (contratado <i>ad referendum</i>).....	3.780.000 »
Nordeste Argentino.....	11.500.000 »
San Cristóbal á Tucumán (el gobierno compró la sección San Cristóbal á Tucumán).....	10.584.472 80
Total.....	36.199.697 90

Se ve que el capital nominal empleado para rescindir las garantías de los ferrocarriles se eleva á 36.199.697 pesos oro, suma que representa un desembolso anual, por interés y amortización, de 1.628.986 pesos oro.

Desgraciadamente, esta operación ha sido desnaturalizada por la compra que ha hecho el gobierno de dos líneas improductivas, sin que hayan sido muy convincentes las razones de política económica, de estrategia ú otras que determinaron su adquisición.

He colocado también entre las causas productoras del enorme acrecentamiento de nuestros gastos nacionales, la que se deriva de la costosa é imperfecta máquina administrativa que el país se ve obligado á mantener.

Es este uno de tantos tributos que pagamos á nuestra corta experiencia, al estado de convulsión en que hemos vivido, á la ignorancia de las buenas reglas administrativas y al desdén con que miramos todo lo que implica una economía. Jóvenes, como somos, nos hemos disipado en guerras que han retardado nuestra organización, recargado las rentas y perturbado el gobierno. Nuestros gobiernos han sido más políticos que administrativos, olvidando que la estatua más merecida que puede levantarse en este país, está destinada para el hombre que no haga más que «administrar».

En vista de estas razones, el motor de la máquina administrativa ha funcionado hasta aquí con muchas imperfecciones, empleando más combustible del necesario y dejando escapar por sus grietas una gran parte de sus fuerzas. El personal de empleados ha crecido en proporciones exageradas, gravando considerablemente al tesoro.

En 1864 tenía la administración 12.353 empleados; en 1873, 15.050; en 1882, 26.756; en 1887, 28.661; en 1888, 31.155; en 1890, 32.953; en 1892, 32.867; en 1894, 37.843; y en 1896, 43.952; exigiendo la remuneración de estos empleados, en 1864, 2.961.456 pesos; en 1873, 4.941.660; en 1882, 9.383.628 pesos; en 1887, 17.175.225 pesos; en 1888, 20.099.160; en 1890, 25.990.740; en 1892, 24.319.896; en 1894, 31.697.792 pesos y en 1896, 39.800.095 pesos.

Entretanto, no conozco ninguna investigación legislativa ó administrativa, tendente á demostrar que este continuo y progresivo aumento de personal responde á verdaderas y sentidas necesidades, habiéndome demostrado, por el contrario, mi experiencia administrativa, que todas las oficinas públicas rebosan de empleados completamente inútiles, cuya supresión sería un doble bien para el Estado y para los mismos interesados.

La deficiente fiscalización porque pasan en la República la percepción y la inversión de las rentas nacionales, es también otra de las causas que, á mi juicio, producen el fenómeno que estudio.

En un país donde el control legislativo de los gastos y de las percepciones no existe, donde la fiscalización administrativa es deficiente; donde la máquina de la administración funciona imperfectamente, debe haber, cada año, un exceso de gastos por esta causa; y así sucede en la República. Puede decirse, sin exageración, que el día que entre nosotros se ejerza un control severo y continuo de las rentas que se perciben y gastan, se habrán economizado para el estado fuertes sumas que hoy se pierden.

En tiempos de crisis, en momentos de dificultades financieras, surgen como hongos, en las columnas de la prensa diaria, los curanderos que ofrecen diversos sistemas para conjurarlas. Pero, á ninguno de estos financistas de ocasión se le ocurre presentar este medio sencillo para aumentar las rentas: administrar.

Otra causa que he colocado entre las que determinan el crecido aumento de los gastos nacionales, es la que se deriva del curso forzado en que desde muchos años vive el país.

Un ejemplo muy reciente va á hacer más perceptible la influencia de esta causa. En 1897, en el presupuesto correspondiente, la Nación destina la suma de 14.244.069 pesos oro para el servicio de la deuda consolidada, de los cuales 12.392.150 pesos oro corresponden á la deuda externa y 1.851.918 pesos oro á la interna. La deuda interna á papel sube á 4.303.033 pesos.

Además de los desembolsos originados por el servicio de la deuda pública, la Nación ha tenido en los últimos años, y los tiene todos los días, otros cuantiosos, exigidos por la apremiante necesidad de completar el armamento terrestre y marítimo que le imponía una política internacional previsor y defensiva.

Durante el memorable ministerio del doctor Juan José Romero (1895 á 1896), en que los temores de guerra llegaron á asumir proporciones más definidas, y en que, por lo mismo, fué preciso consa-

grar mayores recursos á la adquisición de elementos bélicos, se mandó á Europa, con este fin, y para el servicio de la deuda, la suma de libras esterlinas 4.327.000 y marcos 10.000.000 en 1895, y libras esterlinas 3.660.000 en 1896; en dos años se enviaron entonces libras esterlinas 7.987.000, además de marcos 10.000.000 provenientes de un crédito abierto por el Disconto Gesellschaft; libras esterlinas 300.000 por S. S. Morgan y libras esterlinas 150.000 por Baring Brothers; todo en condiciones muy liberales.

Ahora bien, cotizándose el metálico á razón de 300^o /_o, ó habiendo alcanzado, más bien, la depreciación del billete fiduciario hasta 200^o /_o, la Nación, en vez de 39.935.000 pesos oro, para el servicio de la deuda y para armamentos, hubiera tenido que dedicar 119.805.000 pesos de su papel depreciado para efectuar el mencionado servicio. Es indudable, pues, que si el peso nacional no se encontrase tan depreciado, el gobierno tendría que destinar una parte más pequeña de sus entradas para hacer frente á este género de erogaciones.

He incluido también entre las causas que concurren entre nosotros á determinar el fenómeno del acrecentamiento de los gastos nacionales, la que se deriva de los cuantiosos desembolsos pecuniarios que se ha visto obligada á efectuar la República en los últimos años, aconsejada por una política internacional prudente, previsora y circunspecta; y aun cuando esta causa, por el orden en que ha sido colocada, figura al fin de las ya enumeradas, en rigor de justicia, debía aparecer entre las más importantes, porque su influencia sobre los gastos públicos ha sido agobiadora.

El estudio de este factor financiero es casi inédito, ha sido esbozado apenas por los poderes públicos. Por eso se me perdonará que lo trate con alguna extensión.

Las crecidas erogaciones que el tesoro de la Nación ha realizado en los últimos años para completar el poder militar, naval y terrestre, á fin de poner á ésta en situación de defender su derecho, en

caso de que fuese desconocido, nunca para atentar contra la integridad ó existencia de los países vecinos — y asegurar la paz internacional, que es el bien más precioso de los pueblos — *si vis pacem, para bellum* — tuvieron, puede decirse, origen en el año 1889, en cantidades dignas de ser mencionadas especialmente.

El primero de marzo del expresado año, el gobierno que dirigía los destinos de la República, consultando poderosas razones de política defensiva internacional, y alarmado, sin duda, por el ruido de armas que se oía en alguno de los países vecinos, resolvió, por un acuerdo de la misma fecha, invertir la suma de 3.689.038,08 pesos (la cuenta de inversión no dice si eran oro ó papel, porque no contenía esta distinción; pero deben ser papel, el cual se cotizaba en relación al oro, con una depreciación de 80 %/. término medio del año) en la adquisición de buques y de material de guerra.

Como las amenazas de una agresión internacional, lejos de disiparse, se condensaban en una nube que obscurecía el horizonte por el lado del occidente, los hombres de gobierno de la República, obrando con toda prudencia y previsión, llevaron á las deliberaciones del parlamento un proyecto que fué convertido en ley, el 17 de septiembre de 1891, por virtud del cual se aprobaba el ya conocido acuerdo del 1º de marzo de 1889, y se autorizaba el desembolso de 4.000.000 de pesos oro para completar todas las anteriores adquisiciones militares.

Subsistiendo las mismas consideraciones, el congreso volvió á votar, el 4 de enero de 1894, un crédito de 6.000.000 de pesos oro para « completar los armamentos de la República ».

Habiendo demostrado la experiencia que este último y los anteriores créditos votados, eran insuficientes para mantener con energía el programa de política internacional defensiva y espectante que se había trazado la República, el congreso, en 1895, facultó nuevamente al poder ejecutivo para adquirir armamentos por valor de 10.300.000 pesos oro, y aprobó el gasto de 1.300.000 pesos oro en que se había excedido aquél, con el mismo fin.

derables sumas en aprestos bélicos se habían dado, las adquisiciones efectivas se hicieron en pequeñas cantidades, ó bien porque las administraciones no prestaron la debida atención á esta materia, ó porque no tuvieron á la mano los recursos necesarios. Yo me inclino á creer lo segundo. Así, se ve que en la cuenta de inversión de las rentas nacionales correspondientes á los años 1890 á 1894, sólo se registran los siguientes desembolsos realizados con este fin: año 1890, 2.064.871,42 pesos papel; año 1891, 1.085.332,51 pesos papel; año 1892 (ley 17 de septiembre de 1891), 2.170.754,70 pesos oro; año 1893 (ley 17 de septiembre de 1891), 2.020.801,40 pesos oro; año 1894 (ley citada), 1.098.610,13 pesos oro.

Como se ve, todos estos gastos efectivos, verificados, hacen una suma total de 5.290.166,23 pesos oro, y 3.150.203,93 pesos papel, ó de 6.340.234.20 pesos oro, convirtiendo el papel á oro al tipo de 300 %.

Esta suma de 6.340.234 pesos oro representa, sin duda alguna, de parte del tesoro público, un considerable esfuerzo, que habla muy alto en favor de los funcionarios que lo llevaron á cabo. Pero, el gran esfuerzo, el más meritorio, el más increíble y extraordinario de cuantos se han realizado en el país, es el desplegado por la administración del señor Uriburu, durante el memorable ministerio de Hacienda del señor doctor Juan José Romero.

La desgraciada cuestión de límites con uno de los países vecinos, según lo dijo el mismo ministro en nota oficial, había suscitado en el país un sentimiento unánime que atribuía á dicha nación el propósito de traer la guerra á la República, obligando al congreso y al poder ejecutivo á tomar medidas precaucionales que asegurasen la defensa nacional. Y, aun cuando los hombres más serios y más pensadores de la Argentina, entre cuyo número se contaba el ministro director de las finanzas, no creían en la guerra, todos, sin embargo, participaban de la convicción de que era necesario realizar cualquier sacrificio, por doloroso que fuese, para estar convenientemente ar-

Pero, aun cuando todas estas autorizaciones para invertir consi-

mados y responder á cualquier eventualidad del porvenir» (1).

Animado de esta convicción, y dándose entera cuenta de la gran responsabilidad que comportaba el momento histórico, el Ministro de hacienda, que desde el primer instante había manifestado en el seno del congreso que no omitiría esfuerzo ni sacrificio para proporcionarse los recursos necesarios con que asegurar la defensa nacional, yendo, si el caso llegaba, hasta á suspender la remuneración de los legisladores y principales funcionarios públicos, se puso decididamente á la tarea de enviar al ministro argentino en Londres los fondos para adquirir elementos bélicos.

Era necesario completar la fuerza naval con poderosas máquinas que contrarrestaran las muy temibles de nuestros vecinos; adquirir elementos de artillería, que juegan un papel tan importante en la guerra moderna; aumentar la dotación de fusiles Mauser para armar, si el caso desgraciado se presentaba, el brazo del ciudadano; y munirse, en fin, de los mil costosos artículos ó accesorios inventados por la ciencia militar moderna para destruir rápida y eficazmente. Á todas estas adquisiciones respondió con diligencia el ministro, arbitrando los recursos necesarios para atender á su pago en el exterior.

Por el crucero *Buenos Aires* pagó el tesoro público 382.758 libras esterlinas, por el acorazado *Garibaldi* 686.700, por 30 baterías de campaña 481.154, por el acorazado *San Martín* 670.000 libras esterlinas, por cartuchos y elementos Mauser 175.000, por torpederos Destroyers 142.280, por municiones para material antiguo 160.000; en fin, por estas y por otras muchas y variadas adquisiciones, el tesoro de la Nación invirtió 4.205.439 libras esterlinas, ó 21.195.412 pesos oro, que el ministro de Hacienda puso á disposición del representante argentino en Inglaterra, en el espacio de año y medio (2).

(1) Comunicación del ministro Romero al ministro argentino en Londres, señor Domínguez, fecha 4 de julio de 1895.

(2) En el solo año 1895, en que empezó á funcionar esta administración, gastó en armamentos 3.837.769,20 pesos oro, con imputación: pesos oro 3.816.935,87, á la ley del 17 de septiembre de 1891; y pesos oro 20.833.33, á la ley del 1° de julio de 1895.

He querido dejar consignada con alguna extensión la historia de las erogaciones pecuniarias exigidas por el sistema de política internacional defensiva en que ha entrado la República, y la parte que en ella ha cabido al ex-ministro de Hacienda señor Romero, no sólo porque ella demuestra los sacrificios que significan para el tesoro público, y la progresión en los gastos nacionales, que son su consecuencia, sino también para rendir un homenaje de merecida justicia al funcionario que arrostró tan graves responsabilidades.

Pero, no se limitan á los presentes los sacrificios que el país debe hacer para sostener la elevada y previsorá política internacional que se ha trazado; existen todavía otros de un peso no menos agobiador.

Paralela á la columna que contiene los desembolsos pecuniarios, extraordinarios ó accidentales, realizados para adquirir ó completar armamentos, figura en las cuentas de los gastos nacionales otra que representa los gastos ordinarios, permanentes, exigidos por la organización administrativa de los departamentos de Guerra y de Marina.

El conocimiento del monto y de la progresión en que se desenvuelven los presupuestos ordinarios de estos dos departamentos, á partir del año 1890, es del más alto interés, y encierra enseñanzas en extremo sugestivas para los hombres que en éste y en los demás países de la América dirigen la política externa, porque puede advertirles que aún es tiempo de reaccionar contra el peligroso sistema de la paz armada, que consume los recursos pecuniarios y las fuerzas vitales de importantes naciones europeas.

Si se pasa la vista por el cuadro que contiene esos datos, se ve que el año 1890 los gastos presupuestados de los departamentos de Guerra y de Marina ascendían á 13.367.398 pesos papel (1) y en 1897, ocho años después, suben á 30.814.762,84 pesos papel (2), sin contar un presupuesto extraordinario de 18.000.000 de pesos papel desti-

(1) Éste se cotizaba, término medio, á 252 %/. Por consiguiente, la expresada cantidad se transforma en pesos oro 5.304.523.

(2) La depreciación del papel llegó, término medio, á 344 %/. Es decir, que por 100 pesos oro debía entregarse 344 papel.

nado á saldar lo que se adeuda por armamentos; de suerte que, en ese corto lapso de tiempo, ha habido un aumento, en este sentido, de 17.447.364,12 pesos papel, ó sea de un 130,6 %. En el solo departamento de Guerra. el aumento en los expresados años es de 10.432.626 pesos, pues el presupuesto de 1890 fué de 9.507.958 pesos papel, y el de 1897 de 19.949.584 pesos papel. El aumento relativo alcanza á la cifra elevada de 109,7 %. El presupuesto del departamento de Marina, se ha más que duplicado en el referido período, pues de 3.859.440 pesos á que alcanzaba en 1890, saltó á 10.874.178 pesos papel en 1897. El aumento relativo es de 181,7 %.

Como se ve, el incremento de los gastos militares ordinarios experimentados en la República en los últimos ocho años, es enorme, y digno de llamar la atención de los hombres pensadores y de gobierno, y de todos los que se interesan por el porvenir de la América, expuesta á ver reproducidos en su suelo virgen los mil desastrosos fenómenos vitales y económicos que se observan en las naciones europeas, debido á un absorbente sistema de paz armada.

Pero, por grande que sea este incremento. él no contiene todos los gastos realizados en el año, en los departamentos de Guerra y de Marina. Quedan muchísimos otros, consistentes en pequeñas y grandes obras, reclamadas por las necesidades del ejército, ó por la conservación del costoso material bélico. Así, si se suman todos los gastos totales de cada año, ya se realicen ellos con imputación al presupuesto, á leyes especiales ó á acuerdos, se encuentran resultados que modifican fundamentalmente los anteriores, empeorándolos, si cabe.

Teniendo en cuenta esos factores, resulta que los gastos expresados se han desenvuelto, desde 1890, en la siguiente forma :

En dicho año se gastaron 15.958.772 pesos papel; en 1891, 14 millones papel (suprimo fracciones) y 1.222.000 oro; en 1892, 17 millones papel y 2.278.000 oro; en 1893, 23.000.000 papel y 2 millones oro; en 1894, 24.000.000 papel y 1.000.000 oro; en 1895, 26.000.000 papel y 8.265.000 oro; por fin, en 1896, 33.000.000 papel y 10.000.000 oro.

La progresión extraordinaria, enorme, que acusan estas cifras en los gastos de los departamentos de Guerra y de Marina de la República, dice elocuentemente que ha llegado el momento de detenerse en la pendiente de la paz armada, que puede consumir las fuerzas vitales del país en el presente y retardar la solución de trascendentales problemas de su organización interna en el porvenir. Y si se hiciese un estudio semejante aplicado á la república vecina del Pacífico, se vería que este régimen produce resultados más desastrosos, porque esa nación no cuenta con los recursos cuantiosos y crecientes que la Argentina.

En cuanto á ésta, no debe olvidar que una de sus grandes preocupaciones debe consistir en acumular elementos pecuniarios para formar un fondo que permita, en un porvenir próximo, convertir el papel moneda depreciado, suprimiendo la calamidad del curso forzoso, que perturba todas las transacciones comerciales, fomenta el espíritu de especulación y detiene, en cierta medida, la corriente inmigratoria destinada á fecundar el territorio argentino.

Ambos países no deben olvidar, como dijo un pensador de la República, que «la misión de la América es la irradiación del ejemplo. El principio republicano está confiado á sus manos, y no deben permitir que sea comprometido en aventuras de guerra, que traen la prepotencia del sable, el régimen del estado de sitio y la ley marcial, que hacen retroceder hasta la barbarie aun á pueblos más sólidos que estos. La paz ¡por Dios! la paz á todo trance, mientras sea compatible con la independencia nacional. Imiten á Inglaterra; su política ha sido acusada, en más de una ocasión, de ser tímida, mientras que sólo era prudente. Nación fuerte y rica, era ante todo nación libre, y ha preferido continuar desempeñando en el mundo civilizado su misión de ejemplo y de modelo, á las glorias fugaces y precarias de la guerra» (1).

ALBERTO B. MARTÍNEZ.

(1) RAWSON, *Escritos y discursos*, tomo I, página 234.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)

XXI

Los resultados de la aplicación severa de este método son, por otra parte, excelentes. Para verlo, creo suficiente transcribir este párrafo en que están indicadas las influencias psíquicas que pasaron sobre la intelectualidad de José de Alencar, en aquellos años que Goëthe ha llamado « de aprendizaje ». « En sus *Cartas sobre la Confederación de los Tamoyos*, — dice Araripe Junior, — hállanse registrados todos los progresos de esta influencia. Como en la costra de un terreno de formación reciente, encuéntrase allí la historia de todas las capas que fueron superponiéndose á la lava primitiva y con ella se amalgamaron. Un examen cuidadoso de esas cartas muestra cuánto atrajeron su imaginación los Hafiz de todas las literaturas, los fulgores del genio oriental ; pero como su sensibilidad no congeniaba con los rigores y las enormidades fulminantes, con las acritudes apocalípticas de las imaginaciones puras, más de una vez tuvo que evadirse por la melancolía que le inspiraban ciertos

aspectos de la naturaleza. Así, vense las brutales y candentes manifestaciones de Hugo quebradas por la fibra chateaubriánica, una claridad benigna que envolviendo á toda la naturaleza, la transforma en una fantasmagoría. Á sus ojos, el sol no abrasa, antes nos obliga á vivir deliciosamente; á su influjo todo se dora, todo se diafaniza, todo sedeshace en suavidades, en medio de las cuales el amor vívido se dilata en ondulaciones voluptuosas. Ocúltase lo enorme, deshácense los aspectos terribles, para sólo revelarse las lozanías, el ánimo, el donaire, los caprichos y las coqueterías de la prolífica Ceres. Es así como él lamenta «que el sol de su tierra, ese astro lleno de luz y esplendor, no inspirase á Magalhaes versos más empapados en entusiasmo y poesía». «Si fuese poeta — dirá el futuro autor de *Iracema*, — si quisiese componer un poema nacional, pediría á Dios que me hiciese olvidar por un momento las ideas del hombre civilizado, y embreñado en los matorrales seculares. contemplaría las maravillas de Dios; vería al sol erguirse en el seno del mar de oro, á la luna deslizarse en el azul del cielo, oiría el murmullo de las ondas y el eco profundo y solemne de las florestas»... La patria de tal artista es una especie de Arabia encantada, donde la vara mágica del genio en todas partes imprime tintas de felicidad. Esta es la tierra del amor. ¡Pero qué amor! un amor edénico y al mismo tiempo caprichoso como sólo el Oriente sabe producirlo. El amor á que él aspira es «uno de esos amores poéticos, inocentes, que tienen el cielo por dosel, los llanos verdes por cortinas, el césped del campo por diván y que la naturaleza consagra como madre extremosa». No es de admirar, pues, que la mujer, atravesando esos sueños, no se presente sino como una *nimiedad* gentil, cercada de candores y toques infantiles, y que todas sus concepciones propendan hacia lo que la naturaleza contiene de más tenue, perfecto y delicado «en el flojo rozar de los árboles, en los murmullos de las ondas, en los ceceos de la brisa, en las *hojas de rosa de las armonías*». Los tipos que más le entran en el corazón, son la Eva de Milton, la Haydée de lord Byron, la Atala de Chateaubriand, la Cora de Cooper. Todo en

aquellas cartas está denunciando que lo *grácil* para José de Alencar habíase constituido en la fórmula de la poesía ».

El análisis de las producciones de José Alencar no es menos exacto y delicado. Araripe Junior empieza por examinar aquellos fáciles folletines que el distinguido escritor reunió después con el título de *Alcorrer de la pluma*, mostrando la alegre ligereza del estilo de esas páginas brillantes en que se da rienda suelta á la imaginación poética de su autor. Algunos de los párrafos que nos transcribe, recuerdan la manera lírica y los interminables arabescos de las fantasías de Jules Janin. Á estas juveniles divagaciones literarias siguen los primeros ensayos novelescos, hasta culminar en el *Guary*, que es hasta hoy el más hermoso florón de su diadema. Acabo de releer ese libro simpático y, á pesar de lo artificial de su trama, de lo poco real de sus escenas, confieso que encuentro en él una seducción inocente é irresistible. Sería cruel desmenuzar á la luz de la crítica positiva y con el criterio realista de nuestra época, ese cuento azul donde todo es falso, legendario, fantástico, inverosímil. Pero así y todo, ¡qué entretenida es la lectura de esas páginas que corren insensiblemente, qué dulzura se encuentra en ese estilo imaginativo y pomposo que no fatiga un solo instante, y con cuánta suavidad se hamaca el pensamiento al ritmo de esa frase corta, armoniosa, en que transcende un vago compás de exámetro latino! Los hechos heroicos de aquel indio que habla con las sutilezas de un cortesano de Luis XIV (1), y que bajo su primitivo traje de plumas esconde el corazón de un Bayardo, ennoblecen á nuestros ojos la naturaleza humana y seguramente producen un bien moral superior al que hallarán los jóvenes de nuestra época en la biografía

(1) Véase, por ejemplo, la escena en que Pery explica á Cecilia, que él llama *Cecy* porque esta palabra indígena traduce lo que él siente respecto de ella y *Cecy* « es lo que el indio tiene dentro del alma ». La criatura inocente pregunta á su padre el significado de la palabra *Cecy* y éste le indica que es un verbo que equivale á *doler, sufrir*. Con razón dice el señor Araripe Junior: « ¿ Qué gallardo mancebo de los más eximios en las justas del galanteo conseguiría herir á su amada con tanta dulzura y delicadeza? »

de Copeau ó de Claudio Lantier. Las páginas que consagra Araripe Junior á la crítica de esa obra son hermosas, y reflejan fielmente el tono y el espíritu de la mágica narración. La impresión que ella produce ha sido traducida de una manera excelente, con una delicadeza de tintas y una seguridad de criterio que revelan la nítida penetración del artista y del psicólogo. No es posible transcribir todo ese trozo interesante, que se prolonga durante varias páginas, y mutilarlo sería hacerle perder una gran parte de su mérito. Sin embargo, para dar á mis lectores una idea del método y del estilo del crítico, voy á traducir aquí el fragmento final del análisis del *Guarany*:

«Si hubo talento en los idealistas, dice Araripe Junior, ese talento consistió en convencernos de la verdad de sus caprichosas creaciones. No puede negarse que José de Alencar, en el epílogo de *Guarany*, á pesar de romper á cada paso con lo real, llega á embecernos en la posibilidad de aquellas fiestas de la naturaleza, en aquel despuntar de amor en Cecilia por el brusco Goytacáz. ¡Está la ilusión tan bien dispuesta, las luces y los cambiantes expresados en la tela por el mágico pincel nos postran en una languidez tan dulce, en una tan grande *nostalgia celeste*! ¿Quién hay que no siga con el corazón palpitante aquella canoa que resbala como una sombra por la faz lisa del Parahiba, arrebatando la intangible *Yara* á las devastaciones de los Aymorés? ¿Y la transfiguración de ese humilde Pery, que por último tiene más de ángel de las florestas que del antropófago descrito por Hans Stade y Lery? En plena selva, la fantasía del poeta expándese en descripciones de un color nativo admirable, en las cuales, usando una expresión suya, encuéntranse todas las acritudes de la manga y del cajú; los paisajes despléganse en un tropicalismo intenso; recuerdan incontestablemente á Chateaubriand, pero desprendido de ese ofuscamiento de un espíritu exaltado por el desierto, de éxtasis histéricos que impulsaron á Proudhon á calificar de *femmelins* á todos los escritores que se ligan á Rousseau. El sentimiento de la soledad es quebrado

á cada instante por el perfume de las gardenias y por el vuelo de los colibríes. La inmensidad retráese para formar un grupo conciso y nítido, donde el espíritu del lector atiénese á una visión concreta y viva.

«Cecy, despertando de la pesadilla que la perturba, colocada en medio de aquella soledad, abrigada únicamente por el brazo del salvaje, después de consolarse y someterse al destino, anestesiada por los cariños del amigo que la conduce invulnerable y respetada por las fuerzas brutales de la naturaleza bravía, vése por la primera vez sola, delante de «aquel silencio que parece hablar», donde «las sombras sepueblan de seres invisibles, y los objetos en su inmovilidad parece que oscilan en el espacio». El indio duerme postrado por el cansancio en el fondo de la canoa, y ella, la debilidad entregada á la fuerza, no tarda en conmoverse en frente del esclavo que se transformara en héroe. «Como los cuadros de los grandes pintores que necesitan luz, un fondo brillante y una moldura simple, para mostrar la perfección de su colorido y la pureza de sus líneas, el salvaje necesitaba del desierto para revelarse en todo el esplendor de su belleza primitiva». Cae la capa del Goytacáz «surge el hombre ideal, el amante desprendido de todas las preocupaciones sociales, fuerte, con esa fortaleza que sólo poseen las naturalezas virginales. El hijo de las selvas, el señor de las florestas transfigúrase á los ojos de Cecy: «las montañas, las nubes, las cascadas, los grandes ríos, los árboles seculares, sirven de trono y de dosel á ese monarca de los bosques». Admiralo y agradece su abnegación; contéplalo besado por la brisa matutina, acariciado por las aguas del río que palpitan dulcemente, por los abanicos de las palmeras que se agitan rumorosas. Una filosofía que no es de la tierra, una filosofía celestial introduce en su alma una gran resignación. Recuerda ligeramente su vida de otra y una lágrima asoma á sus ojos y cae sobre el rostro de Pery. El indio despierta y un mundo de nuevas y desconocidas sensaciones comienza para ella en esta dulce intimidad. Su encanto

crece á medida que el indio se expresa en su lenguaje pintoresco. Ella «es como la tortolilla, cuando atraviesa el campo, siéntese fatigada y descansa sobre el ala de un compañero que es más fuerte»; él es quien «guarda su nido mientras duerme, quien va á buscar el alimento, quien la defiende, quien la protege». Estas comparaciones la sobresaltan al principio, pero no impiden que sus almas se confundan, que los ojos de Pery brillen con más ardor, que él se repunte su esclavo... su hermano. Cecilia, por fin, olvidada de todo, familiarizada con la selva, que gracias á Pery conviértese en el verdadero *boudoir* de una sultana para satisfacer sus menores deseos, se adormece en un lecho de flores arrullada por los sonoros ruidos que se difunden á su alrededor. Pery, sin embargo, presiente la convulsión de los elementos que lo rodean, ve al Parahiba erguirse en las ferocidades de una inundación y prepárase para disputar su *señora* á las garras del cataclismo. La niña es colocada en la canoa y el indio vuela delante de la tormenta; no tarda en ser alcanzado por el peligro, y trémulo, con la inocente criatura adormecida en sus brazos, acógese al tronco de una palmera. El torrente, entretanto, recrudece con todos los horrores de los fenómenos de esta clase; las aguas, poco á poco, suben amenazando el abrigo; llega el momento crítico; el indio es un héroe, baja, se sumerge, y realizando un trabajo de Hércules, consigue desarraigar la palmera. En medio de la inmensidad de las aguas boya el improvisado esquife «como una isla de verdura, bañándose en la corriente». Por la primera vez el valeroso salvaje desespera por no poder ahorrar á su señora un momento de terror; pero, aun así, él, que venciera al tigre, que venciera á los hombres, que venciera al veneno, cree vencer los elementos, y perdido en la soledad tumultuosa del río, piensa en salvarla en un pliegue del horizonte. La palmera deriva, arrastrada por la corriente, para perderse en lo infinito de los mares, y los dos amigos, embebiendo su alma en un sentimiento de ternura inmensa, coronan el romance con las tintas más delicadas y gráciles de que se sirvió la inspiración de

José de Alencar: « el hálito ardiente de Pery pasó por su rostro; el semblante de la virgen se convirtió en un nido de castos rubores y límpidas sonrisas; sus labios se abrieron como las alas purpúreas de un beso que alza su vuelo ». ¡ La dulce nostalgia que deja en el alma este final vago y vaporoso disculpa bien las violencias cometidas por esa musa femenil contra los documentos de la vida real!

XXII

En el estudio sobre Gregorio de Mattos, aparecen bajo una nueva luz las cualidades notables de Araripe Junior. En el prefacio de su libro, el autor nos hace saber una vez más que, « orientado en el evolucionismo spenceriano y adiestrado en las aplicaciones de Taine, procuró después fortalecerse en el estudio comparado de los críticos modernos ». Añade en seguida que « todos los puntos de vista de la exégesis nueva han sido objeto de sus preocupaciones, que toda idea buena ó mala, aprovechable ó inútil, es siempre humana y no debe ser despreciada »; el propio pesimismo y sus variadísimos dialectos literarios le van enseñando á discernir mejor las cosas humanas y á dirigir el espíritu poniendo á un lado lo que es fortuito. La curiosa fisonomía literaria de Gregorio de Mattos lo atrae, por otra parte, por tratarse de un hombre y de un poeta que tuvo el valor de ser *nacionalista*. « Gregorio de Mattos, dice, hízose *nativista* sin saberlo, pero halló todas las formas del nativismo que están en boga en la actualidad ». Á pesar de mis esfuerzos, confieso que no he podido encontrar en el viejo satírico brasileiro ninguno de esos rasgos jacobinos que constituyen el credo y programa de los patrioterios de nuestros días. Lo que veo en él es un satírico de la vena y de la escuela de Quevedo, aunque, como lo hace notar Araripe Junior, sin el fondo filosófico, sin la ciencia y las grandes cualidades del maestro español. Desenvuelto en aquel medio curioso de la vida colonial de Bahía, tan admirablemente retratado en el crítico brasileiro,

la vena sarcástica de Gregorio de Mattos debió ensayarse en la pintura de los modelos que se presentaban á sus ojos. No era extraño que el liberalismo *declassé* tomara por blanco de sus ataques á los representantes del gobierno portugués, porque, en su vida de bohemio, él debía sentirse herido por los avances de toda autoridad. Pero de susburlas y de sus epigramas contra los *Braço de Prata* y otros funcionarios prevaricadores, al sentimiento hostil y feroz con que los nativistas del día convierten al *galego* en macho cabrío expiatorio y descargan sobre él todas sus iras, hay una diferencia marcadamente sensible.

La biografía de Gregorio de Mattos es el trabajo literario más completo que haya sido escrito en Sud América, á propósito de un poeta de la vida colonial. Se conoce que ese estudio ha sido hecho con amor. Los detalles en que abunda arrojan una luz vivísima sobre la vida de aquellos tiempos y constituyen un cuadro histórico lleno de novedad y de interés. El análisis de las deformaciones producidas en el carácter de los pobladores europeos por los ardores y el resplandor de la naturaleza tropical, llega á una altura de verdad y de franqueza á que raras veces alcanzan los escritores de nuestro continente. La riqueza del vocabulario de Araripe Junior, el uso frecuente de términos de *slang* y de criollismos brasileiros, imprimen en esas páginas un colorido local extraordinario y hacen que su expresión se aguce y traduzca con fidelidad los más variados matices y los detalles más característicos. Su teoría de la *obnubilación*, de que he hablado á mis lectores al comienzo de esta obra, aparece con todo su prestigio, y á través de ella se ve el proceso de deslumbramiento que como pródromo de su adaptación posterior á aquel medio capitoso, sienten los primeros aventureros europeos. La descripción del erotismo enfermizo, de la sensualidad mórbida en que caen los colonos enervados y excitados sucesivamente por aquel medio ardiente y afrodisíaco, posee una fuerza indiscutible. Esa página cruda explica con tanta franqueza toda una faz curiosa de la vida del mestizo, que me parece interesante hacerla conocer de mis lectores.

«No tardó en unirse á ese elemento erótico, el fuerte sensualismo de los africanos. Ese importantísimo elemento de nuestra colonización impregnó á Bahía, más que á cualquiera otra región del Brasil, de unas tonalidades originales de mestizaje, dignas de ser analizadas á la claridad de la crítica de un Taine ó de un Hennequin. La negra *mina*, cariñosa, inteligente y bella, seduciendo con la hermosa carnación y por el busto lustroso y escultural de la Venus africana al portugués libidinoso, no tardó en vencer á la indígena en ese concurso de procreación. Es verdad que la mujer tupinambá tenía la indolencia de las orientales, el abandono de las naturalezas mórbidas, la molicie, la indecisión, la oscilación eterna de la hamaca y un gozo vago, intermitente, casi indefinible. Enervantes, depravadoras, es bien cierto que, si no hubiese concurrido el otro mestizaje, el colono portugués no hubiera salido nunca de la choza (teju-par) ni abandonaría la hamaca para empuñar la azada ó el machete y desmontar la floresta. Pero esa enervación no podía dejar de causarles miedo. Los instintos saben buscar sus caminos. Añádase, que la india desconfiada no era capaz de constituir *foyer*. Al contrario de eso, la negra *mina* presentábase con todas las cualidades para ser una excelente compañera y una criada útil y fiel. Esclava, resistente á todos los trabajos, sana, ingeniosa, sagaz, fina, cautelosa, al mismo tiempo que nutría un fuego inextinguible, ella sabía dirigirlo y aprovecharlo en beneficio de la propia prole. Con semejantes predicados y en las condiciones precarias en que en el primero y segundo siglos se hallaba el Brasil en materia de bello sexo, era imposible que la *mina* no dominase la situación. Y, en efecto, en toda la región del país donde hubo esclavatura ella influyó poderosamente sobre el *galego* y *vacunó* en la familia brasileira. Podía entretanto el padre Nóbrega vociferar cuanto quisiese contra lo que reputaba «grande mal», escribiendo al padre maestro Simón Rodríguez que «la gente de la tierra vivía en pecado mortal y ninguno había que dejase de tener muchas negras de las cuales se llenaban de hijos»; la *mina* no retrocedería, y, victoriosa, daría tono á ese mismo liber-

tinaje, á esa desenfrenada poligamia de que tan ofendido se mostraba el misionero jesuíta. Cada vez más entronizada en el seno de la familia colonial, la africana, cuando no señora del lar, era la medianera de la cocina y la providencia de los cuartos bajos. No poseyendo fuerza intelectual para elevarse sobre la fatalidad de su raza, ella empleaba toda su sagacidad afectiva en mantener al blanco y á su gente en el entibiamiento de su seno muelle y acariciador... En ese regazo lúbrico, pimentado por los *vatapás* y por el *dendé*, fortalecido, intensificado por el coco y por las delicias de la *moqueca* (1), enlanguidecido por las cánticas y *lundús* y por mil otras cosas menudas que la imaginación de la africana inventaba á fin de hacer la vida tan acre como ella la sentía en los adustos desiertos del continente negro; en ese nido de voluptuosidad engendröse una raza de mestizos, elocuente, resonante, apasionada y un tanto llena de paradojas en las costumbres, la cual, mestiza por la sangre, á su vez se encargó de mestizar las ideas, los sentimientos y hasta la política de los blancos dominadores de la tierra ».

Gregorio de Mattos, según aparece en el estudio de Araripe Junior, fué uno de los más asiduos adoradores de los representantes femeninos de la raza mezclada. La galería de mulatas endiosadas por su musa zafada y retozona, y catalogada por el crítico, es realmente admirable. Araripe Junior sintetiza el carácter del héroe clasificándolo como un *fauno*, y así aparece realmente en ese desborde de himnos en que la más refinada pornografía alterna con los estallidos de la naturaleza irritable de un viejo sileno desdeñado. Toda esa parte de la vida del poeta, tal como ha sido descripta por su biógrafo y comentador, es de un interés palpitante y revela una existencia de juglar y de parásito, digna de figurar en un medio menos primitivo que el de la colonia portuguesa, por lo menos en aquella Venecia artística y pintoresca en que, rodeado de su corte de concubinas,

(1) Especie de *ragoût* hecho de pequeños pescados y de camarones y sazonado con mucha pimienta y aceite de *dendé*.

tronaba el Aretino, como un príncipe de las letras, á pesar de que en el fondo no era sino un Gregorio de Mattos con jubones de terciopelo. No me es posible traducir algunas de las estrofas del satírico bahiano, y lo siento porque todas ellas son altamente divertidas. Me ha llamado la atención encontrar en medio de todas esas trufas del sadismo, un soneto no muy inferior á los millares de la misma clase que nos ha legado el cultismo y el gongorismo español, italiano y portugués de aquella época sonetista. Ese grito de piedad, alzándose desde las sombras de una conciencia tan oscura, vale la pena de ser registrado, máxime cuando puede ser vertido á nuestro idioma sin cambiar una sola palabra. Hélo aquí:

Pequé, Señor, mas no porque he pecado
De Vuestra alta piedad yo me despido ;
Si mayor es el mal que he cometido
Á perdonarme estáis más empeñado.

Si basta á os ofender tanto pecado
También basta á calmaros un gemido ;
Si al pecar, sin razón os he ofendido,
Al pediros perdón os he halagado.

Si una oveja perdida y recobrada
Gloria tal y placer tan repentino
Os dió, como se ve en la Sacra Historia,

Soy, Señor, una oveja descarriada ;
Cobradla y no dejéis, Pastor Divino,
Perderse en vuestra oveja vuestra gloria.

Sin embargo, es necesario no dejarse alucinar por esta confesión de pecador arrepentido. La conciencia de su falta no debió ser muy duradera para el poeta mordaz, y así pronto lo vemos, por las transcripciones de sus versos, que se encuentran en el estudio de Araripe Junior, desatarse en improperios contra la Sede de Bahía á quien clasifica de « pesebre ». Otro de sus sonetos se contrae á hacer una caricatura implacable de la procesión del Miércoles de

Ceniza, tal como sale en Pernambuco. Y finalmente, sus acusaciones impúdicas á la vida de monjes y de enclaustradas á quienes presenta en un *sabbat* infernal de desórdenes y libertinaje, muestran cuál era el fondo real de su naturaleza y la violencia de las pasiones de su corazón impenitente (1).

Para dar una idea siquiera aproximada del mérito y el interés del retrato trazado por Araripe Junior, sería necesario transcribir todas las páginas del libro que ha consagrado al más brasileiro de los poetas primitivos de aquella nación. Pero, como lo he dicho antes, no estriba solamente la importancia de este trabajo en el estudio crítico de las producciones de Gregorio de Mattos. El fondo histórico sobre el cual se destaca la figura del ganapán rimador, del aventurero famélico, está diseñado con pinceladas intensas. La vida colonial del siglo xvii en el Brasil, las pasiones que agitan aquellos centros curiosos, aquellos núcleos estragados por la barbarie que los rodea, las malversaciones de los funcionarios reales, las debilidades del clero sometido también á la influencia enervante del medio tropical, la exuberancia de la tierra que enriquece á los segundones de la madre patria, infundiéndoles los vicios de la opulencia y el orgullo de los advenedizos, todos los detalles de aquella existencia desenfrenada y sensual son registrados por el crítico con una potencia de evocación que admira; y en la sombra nocturna se ve á todo aquel mundo de mercenarios y leguleyos, de mandatarios y plumitivos, de fazendeiros y trovadores precipitarse, en los ardores de un celo impetuoso, á las plantas de las heroínas cantadas por Gregorio de

(1) La tradición refiere, según el crítico de Gregorio de Mattos, aunque el hecho no es seguro, que en su lecho de muerte, al ver aproximarse al obispo de Pernambuco con un crucifijo en la mano y al mirar la figura del Cristo con los ojos ensangrentados, el sarcástico poeta, recordando á unos niños de la vecindad que sufrían de una enfermedad en la vista, improvisó la siguiente cuarteta:

Cuando mis ojos mortales
Pongo en vuestros ojos fijos,
Creo que veo á los hijos
De Gregorio de Morales.

Mattos, esas mulatas que torturan su corazón é inflaman sus sentidos y cuyo reinado efímero ha pintado con rasgos indelebles el crítico brasileiro al seguir las correrías del satírico libertino.

XXIII

Además de Gregorio de Mattos, Araripe Junior ha estudiado la figura romántica de Dirceu, en un opúsculo publicado en 1890. El poeta de las *Lyras* es más conocido y popular que el satírico de *Marinícolas*. Sus condiciones personales y literarias son más *humanas*, por decirlo así, menos excepcionales y por tanto más aptas para inspirar la simpatía. Gonzaga es ante todo un lírico á la manera del español Meléndez y de todos los cantores de ese diluvio de Filis, de Clovis, Iris y demás pastoras fingidas que inficionaron la decadencia literaria del siglo XVIII. Nada más artificial, nada más pulcro y remilgado que esas anacreónticas empalagosas y esas chochees líricas. Su fecundidad es sorprendente ; pero todas sus producciones están escritas en el mismo tono, todas caen en la misma vaguedad y amaneramiento que hace tan insulsa la lectura de sus congéneres literarios. Lo más curioso de este poeta, á mi juicio, consiste en el contraste de su vida y sus ocupaciones jurídicas, y su papel de amante y zagaleté virgiliano. La historia lo representa como un espíritu amantado en la cultura clásica ; lo que no obsta para que, en sus momentos perdidos, lo veamos « bordando un vestido para Marilia como un dedal de oro » (1). « Aquella ocupación en hora tan peligrosa — dice Araripe Junior — escogida por un ex-oidor, nom-

(1) Traduzco una estrofa de las *Lyras* citada por Araripe :

Pintan que estoy bordándote un vestido
Y que un niño brillante, ciego, alado,
Me enhebra en la agujas, el flexible
Hilo de oro delgado.

brado para una Relación, conspicuo entre los más conspicuos, versado diurna y nocturnamente en la lección de los clásicos, y todavía más aguerrido en jurisprudencia por el manoseo constante de las leyes y de los reinícolas; ese capricho de ejercer el papel de Hércules junto á Onfalia, en un hombre que ya había llegado á los cuarenta y cuatro años de edad, es, á mi juicio, de una importancia capital para la crítica del carácter de Gonzaga; y pintando la situación exacta del espíritu del poeta, descubre la fuente verdadera de donde emanó todo el lirismo de Dirceu. »

He tenido ocasión en otra obra, y al estudiar rápidamente algunos de los representantes de la musa española del siglo XVIII, de señalar los ridículos y deplorables balbuceos del género pastoril, á que pertenecen la mayor parte de las inspiraciones de Gonzaga. Aquel género artificial y falso, está condenado de antemano á perderse en divagaciones grotescas y á dejar en el paladar la impresión de náusea de un dulce revenido. Ese mal general de la época de Gonzaga, esta enfermedad cerebral, por otra parte, no pervierte solamente las manifestaciones de la poesía española y portuguesa, sino que nace en Italia, penetra en Francia y hace estragos en Inglaterra. Refiriéndose á Sedley, Villiers, lord Backhurst y otros escritores del siglo XVIII, dice Alejandro Beljame, en su admirable estudio sobre Dryden: « Su musa, es necesario decirlo, no posee una inspiración muy poderosa. Ella la agota, en general, en algunas estrofas, ó por mejor decir en algunas coplas, pues hace más bien canciones que otra cosa, aunque á veces también intenta la elegía. No tiene, por otra parte, aspiraciones muy altas, no busca ni las grandes ideas ni el grande estilo; un pequeño pensamiento delicado, envuelto en una forma fácil y armoniosa, he aquí su ideal. Su poesía se llama « gracia »; el epíteto más elogioso que pueda dirigírsele es decirle que es « ingeniosa ». Los temas que canta varían poco. Se consagra por entero á las « bellas », á la « belleza », y lord Backhurst, la víspera de un gran combate naval contra los holandeses se cubre de gloria escribiendo versos « á las damas que

han quedado en tierra» (1). Las tiernas confesiones y los desdenes, los deseos y los desprecios, la ausencia, los suspiros, la inconstancia, son los temas ordinarios sobre los cuales bordan sus monótonas variaciones. Ella ofrece dulzuras á Chloris (Dorset); á Amoret, á Sacharissa (Waller); á Celimena, á Filis, á Celia, á Thircis, á Aurelia, á Amaranta (Sedley). No desdeña las insulseces y las sutilezas: «Cuando canto en este parque, dice un amante, los ciervos atentos me escuchan y olvidan el temor; cuando confío mi ardor á los olmos, inclinan sus cabezas como si sufrieran á la par mía; cuando dirigiendo mi llamamiento á los dioses, elevo mis quejas ruidosas hasta su morada, ellos me responden con chubascos. Solamente á tí ha sido dado poseer una alma bárbara y cruel, más sorda que los árboles y más orgullosa que el cielo». Hé ahí el tono, cuando no se llega hasta la simpleza. Wallis dirige sus versos «á una dama que lo puede hacer todo excepto dormir cuando quiere». Canta á «un árbol recortado en papel», á «una tarjeta desgarrada por la Reina». El conde de Roscommon, citado por la gravedad de sus inspiraciones en ese siglo ligero, escribe estancias «sobre una señorita que cantaba bien y que tenía miedo de resfriarse», ó una elegía «sobre la muerte de un cachorro» (2). Añadiré á mi vez, que en esta misma época, y como un *pendant* del cachorro de Roscommon, en España, Forner enderezaba una oda vergonzante «Á un caballo del Excelentísimo Príncipe de la Paz».

El perfil literario de Dirceu, trazado por Araripe Junior en una forma concisa, pone de relieve todos los rasgos distintivos de la fisonomía ingenua y simpática de esta víctima del culteranismo anacreóntico. Su juicio se sintetiza en algunos párrafos que valen la pena de transcribirse porque ellos hacen la psicología de todo el género poético, convencional y afeminado, á que acabo de referirme y que, lo repito, inundó las letras del siglo pasado con sus productos inco-

(1) Exactamente el caso de Gonzaga haciendo enhebrar su aguja por Cupido, mientras se prepara el movimiento que llevó al cadalso á Tiradentes.

(2) ALEX. BELJAME, *Le public et les hommes de lettres en Angleterre au XVIII^e siècle*.

loros. «Dirceu no era un triste», dice un crítico brasileiro. El lirismo nacíale jovial, cristalino. sin brumas, casi siempre matinal. Aunque destituido de imaginación, incapaz de análisis, sin instintos de psicólogo, poeta objetivo, de inteligencia limitada, nada sugestiva, él sabía penetrar el amor que se presenta por la revelación de las formas carnales de la mujer amada y lo hacía original. La idealización se le formaba por las categorías más conocidas del sentimiento humano. Por más que leamos y volvamos á leer las *Lyras*, no encontramos verso que denuncie una tendencia, siquiera fugitiva, para lo épico, para la percepción del cosmos, ó aun para el sentimiento de la naturaleza pintoresca. Fáltale totalmente la adjetivación, que tanto abunda en Homero, en Tasso, en Ariosto; y cuando el poeta por acaso se refiere á algún héroe, á algún tirano, cuando, por ejemplo, habla de César, ó describe las hazañas de Alejandro, apenas le saltan á los labios un «dichoso pirata» y un «salteador valiente», su musa, como arrepentida, retráese y acaba por espaciarse en la tenuidad afectiva de quien ya confesaba que tratando de decir «héroe y guerra», sólo pronunciaba *Marilia*.

Sin embargo, Gonzaga ha escrito algunas poesías en que, apartándose del molde uniforme de la lírica pastoril, revela condiciones literarias dignas de ser alabadas. Á ellas se refiere con elogio un distinguido y joven escritor brasileiro de quien me ocuparé más tarde (1). Véanse, por ejemplo, las siguientes estrofas que traduzco libremente de aquel libro interesante y en que se ve un esbozo de los trabajos mineros y agrícolas de la colonia:

Tú no verás, Marilia, cien cautivos
Traer el cascajo y la opulenta tierra,
Ó del cauce de ríos caudalosos,
Ó de las rocas de minada sierra.
No verás separar al hábil negro
Del pesado esmeril que centellea
La gruesa arena, y las pepitas de oro

(1) M. OLIVEIRA LIMA, *Aspectos da Litteratura Colonial Brasileira*, 1896.

En el fondo brillar de la batea.
 No verás derribar la virgen selva
 Ni arder el nuevo matorral lozano ;
 Su ceniza abonar el blando suelo
 Y en el surco sembrar el fértil grano.
 No verás enrollar negros paquetes
 Del tabaco fragante con la hoja
 Ni en las ruedas dentadas exprimirse
 El dulce zumo que la caña arroja (1).

Los estudios histórico-literarios de Araripe Junior, se completan con un libro cuya síntesis nos ha hecho conocer recientemente, y cuya publicación esperan con impaciencia los lectores del distinguido crítico. Se trata de un retrato de cuerpo entero de la curiosa figura del catequizador y misionero jesuíta José de Anchieta (2).

Según Araripe Junior, el poeta sarcástico y el propagandista evangélico, á la distancia de un siglo, están vinculados por un eslabón estrecho, no obstante la diversidad de sus naturalezas. Ambos «representan las necesidades sociológicas del Brasil de aquellas eras». La dulzura angelical de Anchieta, su talento de dominador y de apóstol, forma el contraste más saliente con «el furor iconoclas-

(1) He aquí el original de estos versos :

Tu não veras, Marilia, cem cativos
 Tiraren o cascalho, e a rica terra,
 Ou dos cercos dos rios caudalosos
 Ou da minada serra.
 Não veras separar ao habil negro
 Do pezado esmeril a grossa areia,
 E já brillbarem os granetos de ouro
 No fundo da bateia.
 Não veras derrumbar os virgens mattos ;
 Queimar as capoeiras ainda novas ;
 Servir de adubo a terra a fertil cinza ;
 Lanzaros graos nas covas.
 Não veras enrolar negros pacotes
 Das seccas folhas do cheiroso fumo ;
 Nem espremer entre as dentadas rodas
 Da doce cana o zumo.

(2) Con motivo de la celebración del centenario *anchietano*, el distinguido crítico ha dado á la imprenta el índice de su obra y ha escrito en algunas líneas brillantes y elocuentes la síntesis filosófica de su trabajo, que continúa y completa la serie de estudios á que pertenecen Gregorio de Mattos y Dirceu.

ta » del autor de *Marinícolos*. Sin embargo, el uno maldiciendo la tierra donde se encuentra y flajelando los vicios de su tiempo con su verbosidad implacable, y el otro derramando la plácida luz de su moral elevada y pura para reducir al salvaje y esparcir las santas semillas del cristianismo, los dos han concurrido en su esfera para la depuración de los vicios coloniales.

« Anchieta, — dice Araripe Junior, en una bella página de severa elocuencia, que sintetiza su juicio sobre la acción providencial del santo misionero, — era lo que se llamaba en aquellos buenos tiempos *una vocación, carácter* en la expresión técnica de psicólogos británicos, — esto es, la obstinación que desde luego domina á ciertos hombres en la juventud y los obliga á ejecutar ó realizar *una vida*. Anchieta naciera místico. Á los catorce años era triste, cabizbajo, pensativo; grave más de lo que permitía la edad, todavía niño, ya tomaba el mundo como una cosa seria, si no misteriosa y digna de la oración. Obstinados han existido para todo; para la virtud, para el vicio, para el arte, para el mundo, para las victorias, para las derrotas, para los actos de genio y para los horrores del crimen. Si son de genio fuerte, hélos convertidos en grandes capitanes, tiranos, déspotas ó criminales célebres; si de índole blanda, mansos, ejecutivos en la meditación, poetas, santos, misioneros ó sublimes delicuescentes. Anchieta pertenecía á la clase de los ejecutivos *en la meditación*. Tenía lágrimas en la voz y fuego en los ojos; y cuando se expresaba producía un dolor delicioso en los corazones de los grandes y de los pequeños, y á todos enterneecía con su mirada de cordero celestial. Este fenómeno á que el paganismo no fué extraño, y que le dió el mito de Orfeo, en los tiempos más próximos de la fe religiosa constituía una fuerza extraordinaria para los que podían servirse de ella... Fué con este escudo con el que el padre José se aperció para su misión. A esa fuerza debióél todos los milagros que practicó, el prestigio que ejerció y la admiración porque se hizo acompañar de portugueses y de indios, de legos y religiosos y hasta de las fieras salvajes que salían de las florestas para obedecer su mandato ».

XXIV

El último libro de Araripe Junior acaba precisamente de aparecer, pero su contenido me era familiar por haberlo leído casi completo en las columnas de *A Semana* (1). El objeto de esta obra es dar una rápida idea del movimiento literario brasileiro durante el año 1893 y el tema es por sí tan interesante que valdría la pena consagrarle una atención mayor que la que permite el tono de estas páginas. Aquel año fué crítico para la política brasileira, y el distinguido escritor empieza por extrañar que la literatura no refleje las agitaciones de aquellos días revolucionarios. La razón de este hecho se encuentra para mí en el carácter de la lucha de que era teatro el Brasil. Las contiendas entre hermanos, por grande que sea el móvil con que quiera disfrazárselas, no son propias para exaltar el espíritu, como sucede con las luchas nacionales, que irritan y hacen vibrar todas las fibras del patriotismo. Por otra parte, según el mismo autor, «no se puede decir que el movimiento republicano en el Brasil haya sido completamente estéril para el incremento de las letras; pues, por el contrario, más de un hecho denuncia que el cambio de las instituciones, la adopción de nuevas costumbres políticas, el sacudimiento de las ideas, las agitaciones de los espíritus crearon una atmósfera intensa, donde se agitan no sólo ambiciones de poder y de fortuna, sino también de glorias olímpicas y literarias».

He tenido ocasión de señalar anteriormente las veleidades del señor Araripe Junior respecto al movimiento de intransigencia política que se ha denominado en su patria «jacobinismo» ó «nativismo». Conviene advertir, sin embargo, que al ocuparse el distinguido escritor de uno de los libros publicados en aquel año (*Festas Nacionais*)

(1) T. A. ARARIPE JUNIOR, *O Movimento de 1893; O crepusculo dos povos*. Rio de Janeiro, 1896.

en que más vivamente aparecen las ideas de este nuevo credo social, él encuentra que el escritor encargado de hacer el prefacio de aquella obra «exageró un poco el punto de vista en que se ha colocado al estudiar el nacionalismo brasileiro». Á pesar de todo, Araripe Junior disculpa esta exageración, sobre todo teniendo en vista que ella está destinada á corregir una verdadera enfermedad de indiferencia patriótica y de escepticismo que aqueja á la juventud de su patria. Naturalmente, los culpables de esta epidemia escéptica debían ser los portugueses, que, según Araripe Junior, al colaborar en los más conspicuos diarios de la prensa fluminense, se consagraban á demoler el sentimiento de la nacionalidad. No podría decir hasta qué punto puede creerse exacta esta acusación de maquiavelismo político. Sea lo que fuere, el crítico brasileiro afirma que el dogma de Ramallo Ortigaho y otros publicistas era el más soberano desprecio por las patrias». Y todo esto ¿á cambio de qué? se pregunta el autor de *Gregorio de Mattos*. «Á cambio de una patria idealizada por diletantes fatigados por el gozo, la cual andaba huyendo por los buenos hoteles, por las playas de baños, por los *foyers* de las óperas líricas, por los salones de recepción de las cortes europeas, por los canales de Holanda, por el puente confortable de los transatlánticos, por los *boudoirs* de las *cocottes* célebres, por las asambleas de grande aparato, por los *caravansérails* de los excursionistas, por las montañas de la Suiza, por las barcas del Nilo, por los museos, por los talleres de artistas y por el mundo del *Tendre*. Esos evadidos de la patria responsable, para la cosmópolis egoísta del placer, cuya situación mental sería inofensiva si ellos no procurasen influir sobre el público y sobre la juventud, bestializándola con las hechicerías del estilo, usaban de un recurso perverso. Del mismo modo que antiguamente en las escuelas el profesor de filosofía racional obligaba al discípulo audaz á detener sus ingenuos raciocinios profiriendo las solemnes amenazas: «así iréis á caer en el panteísmo», los embusteros á que me refiero inventaron el ridículo contra el nativismo, y trataron de fascinar á los inexpertos. Nativista impor-

taba lo mismo que ser estúpido; y no existe nada que aterre más á un joven que pasar por incapaz de progresar. La granada, pues, reventaba en el aire y todos se apartaban seguros de que los hombres superiores eran precisamente aquellos que más despreciaban la solidaridad con la tierra que les diera la vida y para la cual debían trabajar».

Es interesante conocer el modo cómo Araripe Junior encara la cuestión del nativismo, no tanto por la autoridad legítima de que el distinguido escritor goza entre la juventud de su patria, sino también porque él refleja fielmente las opiniones de una gran parte de los hombres intelectuales del nuevo régimen. En lo que, á pesar del respeto que merecen sus opiniones, no estoy de acuerdo con él, es en considerar al *lirismo* sinónimo de *brasilerismo*, por lo menos teniendo en vista las manifestaciones con que él nos ha favorecido durante el año 1893. En ninguno de los poetas cuyas obras examina, y aun en aquellos que menciona para deplorar su silencio, como Olavo Bilac, encuentro yo la más pequeña partícula de nativismo. Lo que ellos no se cansan de manifestar es una intoxicación de parnasianismo, de simbolismo y decadentismo, adquirida en la lectura inmoderada de los maestros de la escuela francesa modernista á que pertenece el pontífice Verlaine y el gran sacerdote Mallarmé. Otro de los síntomas que me llaman la atención en las transcripciones que contiene su revista de las últimas producciones en verso, es la tendencia á caer en una sensualidad mórbida, á evocar imágenes que dejan de ser naturalistas la mayor parte de las veces para convertirse en francamente obscenas. Algunos de los jóvenes poetas, sin embargo, poseen una fuerza de expresión interesante y ajustan admirablemente el verso á los cánones de su escuela. Uno de ellos, Arthur Lobo, concluye un soneto de esta manera atrevida:

Es el dolor un animal perverso,
Que domestico, que subyugo y doblo
Al rudo són del cálamo del verso.

La influencia de los maestros es aquí visible; pero ella aparece aún con mayor claridad en otra composición del mismo autor, que también transcribe y elogia Araripe Junior, titulada *Propuestas desonhestas* (1), y que no es otra cosa que una floja paráfrasis de la célebre canción de *Tragaldabas*:

*Le plongeur sur qui la vague déferle,
M'a crié du fond des gouffres grondants :
— « Contre Maria, veux-tu cette perle ?
— « Merci, fils; j'en ai, trente-deux : ses dents !*

.

Casi todos los compañeros literarios de este joven poeta cojean del mismo pie. Luis Rosa toma como epígrafe el verso de Musset « *Faire une perle d'une larme* », y es un parnasiano transplantado al Brasil. Silvio de Almeida se esfuerza por emanciparse de la acción extranjera, por lo menos así lo afirma Raymundo Correa en el prefacio de su libro *Poesías*. Figueredo Pimentel, según el mismo Araripe Junior, posee « un talento insuperable para falsificar escuelas » y pasa sucesivamente del *Aborto*, espécimen de realismo feroz, á las *Fototipias*, « modelos de plástica parnasiana », y á *Leonora*, donde « se enmaraña en el más fluctuante decadismo francés que es posible imaginar ». La panteísta Francesca Julia de Silva, hace sonetos impecables, imitados de los inimitables *Trofeos* de Heredia; Cruz

(1) Hé aquí el soneto original :

« Disse-me a Estrella : Acôr mais bella e optima
Dou-te da minha rutila palheta.
Volve a Harmonia : « E eu dou-te a estranha rima
Mais sonora, mais rica e mais completa ».
Vé a epiderme que meu collo anima ?
Gemeu á Rosa. « O' venturoso poeta,
Falla por fim o Aroma, « a essencia-prima
Dentre todas recolhe a mais discreta. »
E eu riome, então, ouvindo uma por uma,
As propostas de toda a gente aquella
— Gente invejosa e presumida, em summa.
¡Ingenuidade alvar ! porque mais bella
Prenda haverá que valha, e em si resuma,
A côr, a voz, o aroma e o beijo della ? »

e Souza en el *Missal* y en *Broqueis* ensaya «una tentativa de adaptación del decadismo á la poesía brasileira», y esa transplantación literaria «se hace tanto más curiosa cuanto que se trata de un artista de sangre africana, cuyo temperamento cálido parecía el menos apropiado para servir de vehículo á la placidez y la frialdad hierática de la nueva escuela» (1). Y en cuanto á los poetas de la pléyade que ha constituido la curiosa *Panadería Espiritual* del Ceará, todos ellos muestran con mayor ó menor intensidad la influencia tiránica, opresora del espíritu literario francés.

Ocupándose de Cruz e Souza, Araripe Junior, en una interesante digresión, trata de explicar el origen, el programa, y las tendencias del movimiento «decadente», que tantos estragos está haciendo en la juventud sudamericana. Confieso que su explicación no me ha ilustrado mucho respecto al verdadero carácter y propósitos de ese cisma literario. Pero no culpo por esto al distinguido crítico, y debo atribuir más bien este fracaso á mi impermeabilidad para ciertas ideas. ó talvez á las dificultades de explicar lo inexplicable. Por otra parte, el movimiento decadente no me inspira ni curiosidad ni simpatía. Lector infatigable en mi adolescencia de los románticos franceses, devorador de bibliotecas literarias enteras, como me jacto de haber sido, es lo cierto que no he llegado á leer á ninguno de los simbolistas y delicuescentes contemporáneos, que los conozco de oídas y sobre todo por el juicio de Lemaître sobre Verlaine y por alguno que otro artículo de Ruben Darío—un escritor de verdadero talento literario—á quien su «ecuación personal» basta para distinguirlo y darle un puesto aparte entre los insulsos imitadores de las extravagancias de los nefelibatas.

Muy lejos estoy de jactarme de esta ignorancia *voulue*, y carezco de la autoridad suficiente, hasta en el medio reducido de nuestra vida intelectual, para que esta confesión sea otra cosa que la expresión ingenua de las circunstancias que me impiden dar un juicio

(1) T. A. ARARIPE JUNIOR, *Movimento de 1893*, capítulos III y IV.

cualquiera sobre aquella parte del *Movimento de 1893*. Para ser enteramente franco, confieso que alguna vez he tenido tentaciones de recorrer las obras de los maestros del género; pero casi siempre me ha detenido la reflexión de que podría emplear mi tiempo con más placer y provecho, volviendo á las obras consagradas del pasado. Por otra parte, por insaciable que sea la curiosidad del espíritu, la producción intelectual moderna es de tal manera considerable que ella hace imposible para los simples diletantes toda aspiración á penetrar á fondo en las corrientes científicas y literarias que agitan á nuestro tiempo. La selección se impone, de una manera implacable. Y, colocado en este dilema, ante mi deficiencia de conocimientos relativos á la literatura inglesa por ejemplo, y mi carencia de datos exactos respecto al grupo fantástico de los simbolistas, he optado por tratar de poner un pronto remedio á la primera con afán ardoroso, dejando para más tarde ó para nunca el problema de saber si el *Zar Peladán* es un genio ó un loco, si es un apóstol ó un *blagueur*.

Sin duda, después de esta declaración franca, mi crítica sobre cualquier poeta decadente debe quedar forzosamente desautorizada, pues mal puedo sentir lo que soy incapaz de comprender. El señor Cruz e Souza, por consiguiente, puede desde ahora escuchar como quien oye llover la franca impresión que he sentido al hojear, porque no los he leído, sus libros. No ha sido una impresión de horror, de sublevación, de rebelión íntima. Ha sido un tenaz cansancio, como el que produce un *radotage* que se escucha con la mente perdida en divagaciones, un invencible fastidio ante ese palabrerío infatigable, esa verbosidad de vocablos sin sentido, esa afectación de una originalidad que consiste en encontrar que en la boca «sulfurina» de la amada «hay músicas, hay cánticos, hay vinos», ó en pedir al Sol «que los *monigotes* no puedan grotescamente, chatos y rombos, con *grimaces* y gestos innobles, imperar sobre él». Es de esperar que el sol habrá tomado en cuenta la solicitud del simbolista brasileño. Entretanto, Araripe Junior señala en los ardores sensuales de muchas de las composiciones de Cruz e Souza la manifestación de

un atavismo de raza y hasta cita párrafos de un poeta moderno de Senegambia en quien no encuentro la más remota semejanza con las producciones de su compañero de raza. La obscenidad de algunas de las composiciones de éste, como el soneto titulado *Dança do Ventre*, sin entrar en tantas teologías — es para mí una simple manifestación de mal gusto ó tal vez un prurito de llamar la atención con alguna barbaridad « catedralesca », para emplear por la primera y última vez en mi vida, uno de los epítetos favoritos del ardoroso Toussaint-Louverture del nefelibatismo fluminense.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

(Continuad).

LA MEMORIA DE LOS MUERTOS

El culto de las exterioridades ha llegado á tal grado de desarrollo entre nosotros, que aun la sagrada memoria de los muertos ha sido impotente para detener los avances de esa vanidad humana, que todo lo atropella en su desenfrenada sensualidad.

Hoy un fallecimiento viene á ser, en muchos casos, el pretexto para una exhibición de lujo y del capital social con que se cuenta en la comunidad — exhibición que aparentemente se ostenta para honrar á los muertos cuando su única causa es satisfacer la vanidad de los sobrevivientes. En verdad que, con respecto á los actos que suceden á la pérdida de un deudo, existe motivo para exclamar que «hay algo podrido en Dinamarca». Es un deber señalar esta llaga social como primer paso para obtener su extirpación.

Será oportuno en esta ocasión recordar algunas de las costumbres que en diferentes épocas, y en distintos países han regido cuando se ha tratado de las exequias de los muertos.

Es probable que aquellos hombres primitivos, cuyo hogar estaba reducido al amparo que les ofrecían las cuevas naturales de las rocas, teniendo apenas otros medios para disponer de los muertos que los que hoy posee el gorilla, harían uso del mismo modo de sepultar que este animal adopta cuando muere uno de los suyos, y

que consiste en acumular ramas de árboles sobre el cadáver para después abandonarlo.

Cuando más tarde, en el curso del tiempo, ese hombre hizo vida gregaria y habitó en tiendas, las cuevas de las rocas fueron destinadas al depósito de cadáveres, y donde las condiciones geológicas del terreno no eran favorables á la formación de estas cavernas, el hombre las suplía con excavaciones hechas debajo de la tierra. Á la entrada de cada cueva ó excavación se encendía una fogata, y en ocasiones ramas prendidas eran arrojadas dentro, las que han quemado algunos de los cuerpos allí depositados.

Se supone que el objeto de estas fogatas sería minorar en algo lo ofensivo de las emanaciones que procedían de estas cuevas, cuando había necesidad de llevar un nuevo cadáver al depósito común. Algunas veces se han encontrado varios esqueletos cuyas vértebras estaban perforadas por pedernales cortantes, lo que ha dado á creer que éstos han pertenecido á víctimas de un sacrificio que se efectuaba á la muerte de algún caudillo. Grabados imperfectos representando la forma femenina, y que probablemente eran imágenes de alguna divinidad, adornan las paredes de algunas cuevas.

Las excavaciones subterráneas no obedecían á un solo plan, sino que eran muy diversas en su configuración. En una que tenía la forma de una gran botella, se han encontrado los esqueletos de cuarenta adultos y algunas criaturas, todas sentadas en el suelo y con la cara mirando hacia el sud.

Pasando de la edad paleolítica á la época neolítica, la sepultura más común era el *dolmen*. Ésta en su forma más simple, consistía en tres ó cuatro losas de piedra fijadas perpendicularmente en el suelo, y cubiertas por otra colocada horizontalmente, de manera que todas venían á encerrar una cavidad dentro de la cual se depositaba el cadáver, sentado ó doblado sobre sí mismo, y entonces todo se cubría con un montículo de tierra.

La edad de bronce fué caracterizada por lo general que se hizo la práctica de incinerar los cadáveres. En Europa continuó el uso del

dolmen. Las cenizas eran algunas veces depositadas en urnas. Fué en esta época cuando en Dinamarca se empleó el roble como ataúd. El tronco de un solo árbol era excavado para albergar el cuerpo del muerto, el cual era colocado allí con la misma vestimenta que había sido de su uso diario cuando vivía. Esta vestimenta consistía en un vendaje de las piernas, una especie de camiseta de lana, una capa y un gorro — ropa que se ha encontrado dentro de esos robles, cuando el cuerpo que vestían había desaparecido casi por completo. Juntos con estas ropas se han encontrado sables de bronce con vainas de madera, cuchillos del mismo metal y copas de madera.

En la edad de hierro comenzó á desaparecer en Europa, aunque lentamente, la costumbre de incinerar los cadáveres, y se hizo general la sepultura de los muertos.

Entre las razas salvajes han existido, y existen hasta el día de hoy, costumbres en extremo curiosas, relacionadas con los ritos de los muertos. Algunas tribus de Norte América exponen los cadáveres sobre las ramas de los árboles. Hay tribus que arrojan sus muertos á los ríos; otros á la mar. Entre los dyaks, cuando ocurre el fallecimiento de un caudillo, lo colocan en su canoa de guerra junto con todas sus armas favoritas y los objetos principales que le pertenecían y entonces se abandona la canoa á la ventura de las corrientes. Los nativos de Kamschatka crían una raza especial de perros para devorar á sus muertos. Hay razas que beben, otras que comen los cadáveres. Entre los primeros se encuentran las tribus de los tarianos y tucanos del Brasil. Un mes después del entierro, exhuman el cadáver, y, colocándolo sobre una gran sartén ó en un horno, lo exponen al fuego. Cuando todo lo que es volátil ha desaparecido, y queda una masa negra y carbonizada, ésta se reduce á un polvo fino, el cual es mezclado con cierto líquido, para después ser bebido en compañía por todos los amigos del difunto, y en este lúgubre festín creen asimilarse todas las virtudes del extinto. Existe en el Indostán un territorio llamado Narmada, donde en tiempos antiguos nunca penetró la civilización ariana, y que en tiempos moder-

nos se ha hecho refractaria á la europea. En este territorio no solamente se comen á los muertos, sino que no se espera que abandonen la vida por causas naturales; á los viejos y á los débiles de la familia se los mata para después comerlos. Es muy probable que todas las razas que comen los cadáveres de los muertos amigos, lo hacen con la idea de ser beneficiados por las virtudes que los extintos poseían durante su vida.

En cuanto al motivo de comer cadáveres de enemigos, existe la teoría de que esto obedece á la idea de un sacrificio religioso. En la antigua mitología egipcia hay un episodio, lleno de interés, que demuestra cómo, hace miles de años, existía el concepto de que las virtudes intelectuales y las propiedades físicas de una persona, podían pasar á otra por el mero hecho de ingerir su cadáver. El dios Sahu era un gran cazador. De día, acompañado por sus genios, acostumbraba atravesar ese mundo que se encontraba del otro lado del firmamento. Al ser divisado por los otros dioses, las estrellas se preparaban para dar batalla y los arqueros celestiales avanzaban á su encuentro, mientras que los dioses en el horizonte temblaban de terror. Uno de los genios de Sahu tiraba un lazo á uno de los dioses, el cual, una vez asegurado, era examinado por otro de los genios, quien determinaba si la víctima era buena y pura para ser comida. En caso afirmativo se le cortaba el cuello, y las carnes eran colocadas en una olla para ser cocidas; si el dios era viejo, la carne se asaba, considerándose que de esta manera el sabor sería mejor. Sahu comía tres veces por día: á los dioses grandes por la mañana, á los pequeños por la tarde, y á los más diminutos de noche. Mientras comía á cada dios, las propiedades intelectuales y físicas de las víctimas se infundían en su propio sér. Con la sabiduría de los dioses viejos fortalecía su propio entendimiento; la juventud de los dioses jóvenes reparaba el gasto diario de su vigor; y el fuego de todos ellos servía para sostener el esplendor perpetuo de su inteligencia. Este episodio de la mitología egipcia tiene también gran interés con respecto á ciertos tratamientos médicos en voga hoy día, en que se recomienda

la ingestión de órganos obtenidos de ciertos animales, con el objeto de que el sér humano, al ingerirlos, asimile las propiedades que estos órganos proporcionaban á la economía de esos animales. Es también interesante por la mención que en él se hace del lazo, siendo probablemente la noticia más antigua que existe de este instrumento de caza criolla, y por último, es interesante por la referencia que hace de la inspección veterinaria. Tardía ha sido la civilización moderna en adoptar los beneficios de esta inspección, que era conocida de los antiguos egipcios, aun en su mitología.

Volviendo de esta digresión, de las civilizaciones antiguas, la que más se ha preocupado de los muertos ha sido la civilización egipcia. La gran preocupación del egipcio era proveer para el muerto. Su creencia era que lo que nosotros entendemos por alma y que él llamaba «el doble», dependía para la continuidad de su existencia de que la parte corporal de la cual se había desprendido en la hora de la muerte, no fuera del todo aniquilada. En el momento en que el cuerpo desaparecía, el «doble» cesaba de existir. De ahí el gran interés del egipcio para conservar su cuerpo después de la muerte y de esa manera evitar la aniquilación de su «doble», — interés que en su desarrollo llegó á dar por resultado la construcción de las célebres pirámides, que son hasta ahora el asombro del mundo, que, al contemplarlas, no puede darse cuenta cómo en época tan lejana el arte arquitectónico pudo llegar á tal grado de perfección.

Egipto, fuera del valle del Nilo, es un desierto de arena, con un clima muy seco, donde la putrefacción se hace con dificultad, y que por consiguiente se presta admirablemente para la conservación de cadáveres. Los egipcios primeramente enterraban en la arena. Aquí el cutis pronto se desecaba y endurecía, mientras que las partes internas desaparecían lentamente, y entonces quedaba durante siglos el esqueleto cubierto por una especie de pergamino, lo que era suficiente para que el «doble» continuase su existencia. Con el tiempo descubrieron el arte de embalsamar, y lo llevaron á la perfección, de manera que hoy es posible distinguir las facciones de

personas que han muerto hace miles de años; y los arqueólogos que con su pico y pala incesantemente están excavando el suelo, y con su erudición descifrando los geroglíficos de las tumbas, nos han permitido conocer las momias con sus fisonomías intactas de algunos de esos Faraones que mayor resonancia tuvieron en la historia del mundo antiguo. Con el tiempo los cuerpos fueron colocados en sarcófagos, cajones fúnebres contruidos de piedra con la tapa herméticamente cerrada en los costados, para impedir toda penetración de aire. La gente de posición construía sepulcros, que se llamaban « mastabas », y que consistían en una capilla sobre tierra, y en bóvedas subterráneas que comunicaban con el exterior por medio de un caño ó conducto; algunos de estos mastabas eran monumentales, teniendo fachadas hasta de cuarenta y tantos metros de ancho. Tenían dos puertas; una, que lo era solamente en apariencia, estaba destinada á que el « doble » visitara el cuerpo que en otros tiempos lo había albergado; la otra era verdadera, para el uso de la familia; encima de esta última estaba inscripto el nombre del muerto, algunas veces con la agregación de sus títulos y genealogía, y otras veces con una oración dedicada á obtener su bienestar. La capilla, generalmente, era pequeña, y su parte esencial consistía en una estela donde el difunto está representado comiendo en su mesa, y donde además están grabadas algunas inscripciones. El objeto principal de la estela era conservar el nombre del extinto, sin cuyo requisito la existencia del « doble » era una imposibilidad.

El dios invocado en las inscripciones estaba obligado á mediar entre los vivos y los muertos, llevando á los últimos las ofrendas que los primeros les hacían, y quedando siempre el dios facultado para apropiarse parte de estas ofrendas para su uso personal. De esta manera se hacía llegar á las manos de los «dobles» pan, carne, bebidas y otros objetos que necesitasen. Pero no era absolutamente necesario que estas ofrendas fuesen llevadas á la capilla en forma material; cualquiera que entrando en la capilla repitiera en alta voz las fórmulas inscriptas en la estela aseguraba al « doble » la posesión de

los objetos enumerados. El caño conductor descendía perpendicularmente hasta una profundidad de doce metros, algunas veces hasta veinticinco y más; de allí tomaba una dirección horizontal que llegaba hasta la bóveda, la cual estaba excavada dentro de la roca, y destituida de toda ornamentación. En esta bóveda se depositaba el sarcófago conteniendo el cuerpo, y á su lado parte de un novillo que había sido muerto en la capilla, también unas redomillas con perfumes y unos jarrones con agua. Inmediatamente después el caño conductor era llenado con piedras mezcladas con cascajo y tierra, á lo que se agregaba agua, quedando todo consolidado en una masa compacta que hacía casi imposible toda penetración en la bóveda subterránea.

Los que construían estos mastabas sabían muy bien que si sus deudos inmediatos visitarían con regularidad las capillas llevando ofrendas para uso del «doble», llegaría un día en que los parientes lejanos no tomarían igual interés, y entonces el «doble» se encontraría en grandes necesidades.

Para subsanar esto, dejaban propiedades cuyo producto estaba destinado á pagar el servicio perpetuo de sacerdotes encargados de atender á estos requisitos del «doble». Durante tres ó cuatro generaciones se continuaban observando las disposiciones del extinto, después de lo cual nadie se acordaba ni de su «doble» ni de su cuerpo.

Por difícil que se hiciera el acceso á las bóvedas subterráneas, no era del todo imposible que con el tiempo manos profanas llegaran á penetrar, y entonces el «doble» quedaba expuesto á perder su existencia. Era, pues, necesario buscar otro recurso más para evitar esa desgracia, que tanto temía el egipcio. Dentro de las paredes del sepulcro, en diferentes partes y secretamente escondidas, se colocaba una cantidad de pequeñas estatuas representando al sepultado. En estas esfinges penetraba el «doble» y de hecho las dotaba de vida, quedando entonces ellos como guardianes de la tumba, con poder de fulminar con la muerte ó la locura á los que intentasen profanar

el reposo del sepulcro. Tan arraigada ha quedado la convicción sobre el poder destructor de estas pequeñas estatuas, que aun hoy, después de decenas de siglos, y después que más de una religión ha dominado y pasado por el país de los Faraones, los fellah les temen todavía.

En un país donde los ricos gastaban fortunas en la construcción de sus hogares eternos ¿qué no harían los reyes, que disponían para su uso particular de gran parte de las riquezas del territorio, y del trabajo personal de muchos de sus súbditos? Las grandes pirámides de Egipto, esas obras colosales, construídas con inmensos blocks de piedra sólida, colocadas en tan perfecta yuxtaposición que sus líneas divisorias eran de difícil apreciación, en cuya labor se empleaban miles de obreros trabajando durante décadas de años, fueron los sepulcros de los antiguos Faraones.

Dentro de estas montañas de piedra, por corredores que procedían de una entrada oculta y que tomaban direcciones varias destinadas á despistar al que por milagro consiguiera algún día penetrar dentro, se llegaba al fin á una bóveda que guardaba el sarcófago del Faraón. Pero todo fué en vano. Con el tiempo los mismos reyes no respetaron las sepulturas de sus antepasados, y usaron los materiales de algunas de ellas para construir nuevos edificios. Y cuando vino la dominación árabe las pirámides fueron entregadas al saqueo. Con labor tenaz, los árabes buscaron y encontraron las entradas ocultas de los corredores, removieron los obstáculos que en éstos existían para impedir el acceso á la bóveda, y una vez dentro de ésta destrozaron la momia en busca de alhajas, dejando sus huesos esparcidos por el suelo. Á tal resultado —la desecación de sus restos mortales— llegó tanto esfuerzo humano para substraerse á las leyes de la naturaleza. ¿Y los que hoy en países cristianos imitan al antiguo egipcio, haciendo uso de cajones impermeables y bóvedas, creen por acaso que con el olvido del tiempo sus restos disfrutarán de mayor consideración? Que respondan esos antiguos cementerios de Europa que hasta hace poco se explotaban para vender los huesos

como abono para chacareros. Los egipcios aun tenían gran razón para hacer lo que hacían, pues su creencia hacía depender la existencia del alma de la conservación del cuerpo, pero los cristianos no tienen absolutamente ninguna doctrina que les obligue á persistir en esas costumbres de origen pagano.

Los caldeos no tenían un concepto tan claro como los egipcios respecto de lo que les esperaba después de la muerte. Sobre todo no creían que el « ekimmu » — esa parte del sér que sobrevivía á la muerte — dependiera de la conservación del cadáver para la continuidad de su existencia. Sin embargo, creían que el « ekimmu » algo sufría si el cuerpo, en lugar de ser enterrado, era abandonado como despojo á los buitres. El « ekimmu », después de la muerte, visitaba por un tiempo el sepulcro donde se encontraba lo que antes había sido su cuerpo, y luego, trasladándose á « Aralu » — el país oscuro situado muy lejos de este mundo — se despedía para siempre de su compañero perdurable. Pero mientras permanecía en este mundo necesitaba comer, vestirse y gozar de ciertas comodidades — requisitos á los que la familia atendía por sentimientos de piedad; pero en el caso de no hacerlo, podía con toda seguridad esperar los tormentos que el « ekimmu » se encargaba de mandarle, ó las enfermedades que éste permitía entrar en su antiguo hogar. Cuando en una casa ocurría un fallecimiento, y los deudos se entregaban á llorar su pérdida, llegaban los plañideros, quienes además de llorar, lavaban el cuerpo, lo perfumaban, lo vestían con sus mejores ropas, pintaban sus mejillas y párpados, sobre el cuello colocaban un collar, y anillos sobre los dedos, y luego disponían el cuerpo sobre la cama, á cuya cabecera se encontraba un pequeño altar conteniendo las ofrendas usuales. Como en la Caldea no existe piedra, las sepulturas eran construídas con ladrillos. Dentro de la sepultura, alrededor del cuerpo, se colocaban jarrones y fuentes, conteniendo los vinos favoritos del extinto, dátiles, pescado, y en ocasiones la cabeza de un cerdo. Además se colocaban también dentro de la sepultura las armas de defensa que el extinto

había usado durante su vida, juntas con un cilindro en que estaba inscripto su nombre.

Si en vez de un hombre era una mujer la que había muerto, entonces, en lugar de armas, se ornamentaba el sepulcro con abundancia de adornos, flores, botellas de perfumes, peines, lápices de cosmético, y panecitos de una pasta negra que se usaba para pintar los ojos y los bordes de los párpados.

Para que nunca faltara agua al «ekimmu», se colocaba una serie de cilindros, uno sobre otro, desde el sepulcro hasta la superficie de la tierra; el último cilindro tenía un pequeño cuello que recogía el agua de la superficie ó la infiltración del río. En algunas ocasiones se practicaba la incineración del cadáver antes de sepultarlo. Las costumbres funerarias de los caldeos no eran más que el reflejo de sus creencias religiosas, y la ornamentación de los sepulcros no puede tacharse de espíritu de vanidad, sino más bien atribuirle á sentimientos de piedad que velaban por el bienestar del alma de un deudo.

Desde que Max Müller, en sus estudios filológicos, ha demostrado la consanguinidad de idioma que une al sanscrito con la mayor parte de las lenguas europeas, las costumbres de los antiguos hindúes vienen á tener gran interés para nosotros, desde que por descendencia europea podemos reclamar el pertenecer, con los hindúes, á la gran raza ariana.

En el Indostán las costumbres funerarias variaron con el cambio que sobrevino en la religión introducida por los primeros arias que llegaron á la India, procedentes del occidente; al principio se enterraba debajo de la tierra. En uno de los himnos del Veda, libro sagrado de los hindúes, se encuentran estas palabras destinadas á ser pronunciadas en el momento en que el cadáver era devuelto á la tierra. « ¡Ábrete, oh tierra! no seas demasiado angosta para él; cúbrelo como la madre cubre á su hijo dentro de su vestimenta! »

Existen también invocaciones para que el extinto llegue al mundo « que no perece y no cambia, donde existe luz eterna y esplendor, donde hay paz, gozo y deleite ».

Los sobrevivientes conservaban el mayor respeto por los muertos. Llevaban ofrendas para que á los muertos no les faltase ni alimento ni abrigo. Cada luna nueva la familia observaba una fiesta funeraria; se cavaban tres surcos en el suelo, y en cada uno de éstos cada pariente depositaba tres tortas, una para el padre, otra para el abuelo y otra para el bisabuelo de la familia. Más tarde se introdujo la costumbre de incinerar los cuerpos; y por un tiempo la sepultura y la cremación se practicaban conjuntamente en el valle del Indo.

Cuando los sacerdotes brahmas desarrollaron la religión bajo un nuevo aspecto, y en lugar de la adoración de los dioses antiguos todo el culto religioso se concentraba para reincorporarse en el alma del mundo — el dios impersonal Brahma, — y para llegar á lo cual era necesario destruir por medio de la mortificación todo lo que tuviera sensación en el cuerpo humano — mortificación que en sus manifestaciones prácticas llega á extremos increíbles, tal como la suspensión durante horas del cuerpo desde un gancho enterrado en la carne viva del sér humano — cuando la religión del hindú tomó esta nueva dirección, las antiguas costumbres funerarias hubieron de suprimirse en gran parte, á no ser por el arraigo profundo que habían tomado dentro del organismo social.

Un cambio notable en los ritos de los muertos fué el que se produjo en lo que se relacionaba con la conducta que debía observar la viuda. En la religión primitiva, la procesión fúnebre, de la cual formaban parte la viuda del muerto y las mujeres casadas de la familia, lejos de ser una ceremonia en que se lamentaba la pérdida del marido, era más bien una apoteosis de la vida matrimonial. Un himno, al referirse á las mujeres que seguían en el acompañamiento de un hombre casado, dice: « Las mujeres que aquí son esposas, no viudas, contentas con sus maridos, se adelantan con la gordura y manteca del sacrificio, y lo hacen sin lágrimas; con gozo y hermosamente adornadas ascienden los escalones del altar » — á la viuda le dice: « ¡ Elévate, oh mujer, al mundo de la vida ! El aliento

de aquel al lado de quien estás sentada, ha partido; el matrimonio con aquel que una vez te tomó de la mano, y te amó, se ha consumado ».

Otra fué la suerte de la viuda cuando el sacrificio de la persona fué la idea dominante en la nueva religión. Entonces, en lugar de « elevarse al mundo de la vida », la viuda ascendía á la pira funeraria para confundirse con su esposo en las llamas que conjuntamente abrasaban á los vivos y á los muertos.

Esta inmolación no solamente no era rehuída por los que habían de servir de víctimas, sino que como los hindúes tenían más de una esposa, y la ley de los brahmas únicamente permitía que una subiera á la hoguera, las diferentes viudas se disputaban el honor de este sacrificio. Cuenta la historia que en el año 316 antes de la era cristiana, en una batalla que tuvo lugar entre Eumenes y Antífonas, cayó muerto un capitán de los hindúes llamado Ceteo. Las dos esposas de este capitán lo habían acompañado á la guerra, y cuando llegó la hora en que los restos de Ceteo iban á ser entregados al fuego, las dos viudas clamaban por el derecho de acompañarlo en las llamas. La más joven alegaba que como la mayor estaba en cinta no podía ser sacrificada; la mayor á su vez exigía el honor de la inmolación en virtud de sus años. Al fin los otros capitanes del ejército decidieron favorecer á la menor. Entonces la mayor sacándose la diadema de su cabeza, se tiraba del cabello, llorando amargamente; mientras que la más joven, gozando en su victoria y adornada como para una fiesta nupcial, se dirigió á la pira funeraria. Cuando se acercó á la hoguera, mientras que las amigas entonaban un canto, ella se despojó de sus adornos, entregándolos á sus parientes y amigos. Una vez desprendida de sus alhajas, tomó la mano de su hermano, quien la condujo directamente á la pira. Sobre ésta subió é inclinándose ante el cadáver del marido, fué devorada por el mismo fuego que se alimentaba con los restos de él. Durante esta terrible inmolación ni un solo lamento escapó de sus labios para herir los oídos de los que concurrían á presenciar espectáculo tan extraordinario.

Hoy ya no se queman las viudas de los hindúes, pero en cambio quedan relegadas á un estado social en que los sufrimientos morales durante una vida entera superan en mucho á los dolores físicos que antes, si bien eran agudos, concluían en pocos momentos.

La esposa del más rico hindú, desde el momento que fallece el marido, es señalada al desprecio de todos, su comida es lo suficiente para no perecer de hambre, y unos harapos constituyen toda su vestimenta.

El sacrificio de la esposa, como parte de ritos funerarios, no quedó limitado á los hindúes. Igual práctica ejercían los escitas, á lo menos sus caudillos, solamente que en el caso de éstos, la viuda no era quemada sino enterrada viva en el sepulcro del marido, y juntos con ella participaban de igual destino el caballo del esposo y varios esclavos. En uno de estos sepulcros, en Koul-Oba, al sud de Rusia, se ha encontrado un precioso vaso metálico ricamente ornamentado, que ha dado lugar á mucha discusión entre los arqueólogos, pues el hecho de que este vaso fué encontrado al lado de los restos de la mujer ha sugerido la idea de que contenía algún veneno para adormecer la sensibilidad de la viuda en momentos tan angustiosos.

Miss Kingsley, una intrépida viajera que hace poco se internó en el centro del Africa, entre países caníbales, acompañada únicamente por una escolta de negros, relata que por allí también existe la costumbre de sacrificar la mujer á la muerte del marido.

Inquiriendo de un rey á qué obedecía esta costumbre, el negro contestó á Miss Kingsley, que en su país era muy general el envenenamiento de las personas, y que sabiendo de antemano la morena lo que le esperaba á la muerte de su marido, tendría poco interés en suministrarle nada que á ella le devolviera la libertad de su viudez.

Volviendo á los hindúes, hoy es muy general la incineración del cadáver, y el arrojar después las cenizas al río sagrado. Nosotros presenciábamos esta ceremonia en Calcutta, situada en las márgenes del sagrado río Ganges. Entramos en un pequeño galpón sin techo, en la barranca del río. En el centro del galpón estaba colocada la

pira funeraria, compuesta de leños superpuestos en orden hasta una altura como de un metro. Al poco tiempo de estar allí entró un acompañamiento; — eran tres ó cuatro hindúes que llevaban á una viejecita. Ésta fué colocada sobre la pira, uno de los acompañantes, pronunciando ciertas palabras y mojando los leños con un líquido, dió una vuelta alrededor, y concluyó aplicando fuego á la pira. Después todos se entregaron á conversar alegremente y á reirse.

Las llamas se encendieron, el humo llenó el interior del galpón, y siendo un poco fuerte la fragancia de la viejecita quemada nos obligó á retirarnos del local. Dejamos á los acompañantes en la duda de si eran incineradores de oficio, insensibles á la solemnidad de la ceremonia, ó si eran yernos que cariñosamente recordaban las virtudes de una extinta suegra.

Los sepulcros de los hindúes, en todas épocas, han sido sencillos, y esta sencillez ha estado en armonía con las creencias religiosas de los brahmas, según las cuales el cuerpo humano no servía sino para retardar la felicidad que anhelaba alcanzar la parte espiritual del hombre.

Los ritos funerarios de los persas se practican en las célebres « torres de silencio ». Estas son unas torres altas, que concluyen arriba en un enrejado de hierro. La procesión fúnebre llega al pie de la torre; el cuerpo es conducido al enrejado, y colocado sobre las barras de hierro. Pocas horas después ya no quedan más que los huesos del cadáver. Los buitres que en gran número viven sobre la torre han efectuado este despojo. Los huesos son llevados después abajo y depositados en un osario común. La razón de este rito se encuentra en la religión que Zoroastro fundó en Persia. Todo lo que existe en este mundo pertenece á uno de dos espíritus, el bueno y el malo. Entre estos dos espíritus y sus respectivos partidarios se hace una guerra incesante. Cuando una persona muere, su alma se separa del cuerpo y se dirige á otro mundo para allí ser juzgada por sus actos efectuados aquí. El cuerpo, una vez separado del alma, queda como

propiedad del espíritu malo, y no puede tocar nada de lo que pertenezca al espíritu bueno sin peligro de contaminarlo.

La tierra pertenece al espíritu bueno ; el cadáver no puede entonces ser enterrado. El agua es propiedad del mismo espíritu ; tampoco puede el cuerpo ser arrojado á la mar ó en los ríos. Por último, el fuego está bajo su dominio ; y los restos de un persa no pueden acercarse á una pira funeraria. No queda otro recurso que entregar el cadáver á los buitres, que son agentes del espíritu malo.

En la China dos religiones nuevas y un sistema de código moral suplantaron á la antigua religión del país, no sin que las huellas de ésta hayan permanecido visibles en la práctica de las nuevas. El budhismo, que surgió en la India como reforma de las ideas implantadas por los brahmas, y que aconsejaba se separara la parte espiritual de la parte corporal del hombre, no por medios horripilantes de auto-mortificación, sino más bien por un ascetismo moderado y por prácticas de beneficencia, fué introducido en la China sesenta años antes de la era cristiana, y obtuvo con el tauismo — religión de la cual era característico el elemento racionalista — y el confucionismo — sistema de código natural — el dominio religioso de ese país.

La adoración de los antepasados se ha observado en la China desde los primeros tiempos. Esta práctica está fundada sobre la piedad filial, sosteniendo los chinos que se debe respetar á los antepasados en la muerte como si estuvieran presentes en la vida. En la primavera, y ocasionalmente en el otoño, los chinos visitan los sepulcros de los que fueron sus antepasados durante varias generaciones, llevándoles diversas ofrendas. Esta presentación de ofrendas se practica varias veces al año en el hogar, delante de una especie de altar consagrado á los antepasados. Pero si los chinos honran á los muertos por sentimientos de piedad filial, no dejan de ser influenciados á este respecto por el temor que les inspiran los espíritus de los extintos. Un residente europeo en Shanghai, que había vivido muchos años en el país, nos contaba que en algunas

partes la fama de ser excesivamente bondadoso constituía un peligro, porque el que tal fama poseía estaba expuesto á ser asesinado con la idea de que su buen espíritu, permaneciendo en la localidad, serviría de protección á los vecinos.

Los chinos no tienen cementerios. El muerto es depositado dentro de un ataúd en cualquier terreno, sobre el cual se acumula un montículo de tierra. Al caminar por los alrededores de los pueblos chinos, se ven estos montículos de tierra esparcidos por todas las chacras, y como las lluvias los demoronan continuamente, no es extraño de cuando en cuando encontrarse con parte de un cajón fúnebre que sobresale del montículo que lo resguardaba, y esto al lado de un terreno dedicado á la agricultura. En Hong Kong presenciamos el entierro de un sacerdote budhista que se había ahogado en la bahía. La procesión fúnebre iba precedida por unos chinos que sobre sus hombros llevaban una tabla con un cerdo asado; más atrás venían otros también con tablas conteniendo tortas y frutas; y por último seguían los acompañantes, llevando los últimos sobre sus hombros el féretro con el sacerdote dentro. Seguimos al cortejo fúnebre hasta la distancia de una legua fuera de la ciudad, cuando llegando á un paraje accidentado la procesión se paró, y los sacerdotes comenzaron á entonar cantos, mientras quemaban ciertos papeles que son de uso sagrado en sus templos. Entretenidos en oír los cánticos de los sacerdotes, no nos apercibimos que gran parte del acompañamiento había tomado otra dirección, llevándose al difunto y todas las viandas, las que probablemente habían sido depositadas juntas con el muerto como primera instalación para la satisfacción de su futuro apetito. La idea dominante en los ritos funerarios de los chinos está en honrar la parte espiritual del hombre; por eso, aunque los sepulcros son visitados con asiduidad, éstos, que contienen solamente la parte corporal, reciben poca atención en su parte decorativa.

Los judíos han sido notables por lo acertado de sus prescripciones sanitarias. Sin duda, para evitar la diseminación de enfermeda-

des contagiosas, los cadáveres eran considerados como objetos contaminados. El israelista que había tocado un cadáver tenía que ausentarse del campamento por cierto tiempo. No por eso se dejaba de enterrar á los muertos con toda decencia. Cuando un judío moría, su cuerpo era entregado á ciertas mujeres, quienes lo lavaban y lo ungían con especias. Se ponían también especias entre la ropa que cubría el cadáver. Rara vez se usaban ataúdes, y cuando se empleaban éstos eran abiertos, sin tapas. Se empleaban con abundancia fumigaciones de mirra, áloe, y otras substancias fragantes. Los cadáveres eran colocados debajo de tierra ó en sepulcros.

Los judíos nunca favorecieron la idea de quemar los cuerpos, en parte porque habían de asociar este modo de disponer de los cadáveres con el « fuego », que consideraban como una abominación de los primitivos habitantes de Palestina, y, en segundo lugar, porque también lo asociarían con lo que sucedía en el célebre valle de Hinnon, —ese valle que había sido contaminado moralmente por uno de sus reyes, y que después sirvió como depósito para los desperdicios de Jerusalén, que se arrojaban á un fuego que nunca cesaba y donde también echaban los cadáveres de los criminales que habían sido ejecutados.

En Grecia, durante una época de su historia, no solamente era costumbre que el cadáver fuera incinerado, sino que el no serlo se consideraba como una deshonra para el extinto. Más tarde vino el uso de enterrar, y mientras algunos seguían esta nueva moda, otros persistían en la antigua costumbre.

En Atenas, las exequias de los muertos llegaron á tal grado de extravagancia, cuando á la pira funeraria se arrojaba armas, joyas, vestidos y hasta animales, que Solón intervino reglamentando los ritos funerarios, para detener las exageraciones de la vanidad ateniense. Cuando Solón murió, su cuerpo fué quemado, y sus cenizas, por disposición suya, fueron esparcidas alrededor de la isla de Salamis.

Los romanos, al principio, enterraban á los muertos; después

adoptaron de los etruscos el sistema de la incineración. Los romanos, con principios de higiene más adelantados que los nuestros, decretaron que todo rito funerario se efectuara fuera de la ciudad.

Cuando la incineración se hizo general, la cremación se hacía de una manera para los pobres y de otra distinta para los ricos. De noche se encendían grandes fogatas en la colina Esquilina, y allí los esclavos que atendían el servicio arrojaban, uno tras otro, los cuerpos de los pobres, los cuales aún ardiendo antes de estar completamente quemados eran tirados á una fosa común.

La ceremonia de quemar el cuerpo de un rico era muy costosa, y en ello los emperadores y cortesanos gastaban sumas fabulosas, que encendían la envidia de los que queriendo imitarlos no lo podían hacer por falta de medios. Primeramente se hacían incisiones en el cuerpo para estar seguros de que la muerte nó era meramente aparente. El cuerpo era bañado con bálsamos y aceites. Envolturas de asbesto separaban las cenizas del rescoldo. Durante la ceremonia, los parientes, vestidos de blanco, se agrupaban alrededor. Estos se cortaban un mechón de cabellos para colocarlo junto con el cuerpo. Cuando todo estaba listo, el pariente más cercano abría los ojos del muerto, y volviéndose á un lado prendía fuego á la pira. Cuando las llamas abrasaban, se arrojaban á la hoguera los animales favoritos del extinto, armas, vestidos y otros objetos, y con profusión se esparcían especies, aceites y bálsamos sobre el fuego.

Se consideraba como una deshonra si el cuerpo no había quedado completamente consumido. Las cenizas se recogían después, para ser guardadas en urnas construídas de mármol ó bronce, y algunas veces de plata ú oro. Las urnas eran depositadas en nichos excavados en cámaras subterráneas que se denominaban « columbaria ».

Cuando la religión cristiana fué introducida en Roma, los cristianos, que protestaban contra las costumbres que los paganos observaban en su vida, protestaban igualmente contra los ritos que éstos seguían en sus funerales.

Además, la idea de la pronta resurrección del cuerpo chocaba

con la ceremonia de quemar el cadáver. Por esto los primitivos cristianos de Roma construyeron las célebres catacumbas, que sirvieron para el entierro de los muertos, y en épocas de persecución para escondite de los vivos. Estas catacumbas eran pasajes subterráneos, apenas de un metro de ancho, y algunas veces menos, con huecos á los costados para los muertos. En el siglo iv, cuando la mayor parte de la población había adoptado la religión cristiana, y el mismo emperador Constantino fué bautizado, las catacumbas comenzaron á caer en desuso. Entonces se permitieron los entierros dentro de las iglesias, y se construyó el primer cementerio en el recinto de la ciudad.

De la época de la primitiva religión cristiana en Roma, y sin necesidad de detenernos en otros tiempos, cuando esa religión pasó por días de tinieblas y días de luz, podemos entrar á considerar las costumbres funerarias que rigen hoy día en Buenos Aires.

Para poder apreciar debidamente nuestras costumbres es necesario darse cuenta de la evolución que las condiciones sociales han seguido desde la época colonial. Darwin ha dicho de la simpatía, que es el elemento fundamental de los instintos sociales. En las sociedades embrionarias, este instinto de la simpatía es muy marcado. Al principio, la escasa población y la ausencia de esas condiciones que se asocian con un alto grado de civilización, hicieron que aquí predominase esa generosa hospitalidad que es característica de las sociedades nacientes. El viajero á quien la noche lo sorprendía en la inmediación de algún rancho, se dirigía á éste para descansar de sus fatigas, en la seguridad de ser recibido con cordialidad y de que se le haría partícipe de todas las comodidades que pudiera ofrecer la humilde familia. Esta generosidad, inspirada por el sentimiento de simpatía, no se limitaba á dar albergue al viajero, extendía sus brazos hasta las desgracias del vecino, y un fallecimiento en un rancho era la ocasión para demostrar que, aunque pocos en número, era grande la solidaridad que los vinculaba haciéndoles partícipes comunes en las desgracias ajenas. Con el tiem-

po, los ranchos se juntaron para formar pueblitos, y los pueblitos crecieron hasta llegar á ser pueblos, pero el instinto de simpatía se mantenía siempre vivo en el alma de sus habitantes.

El frío, el calor y los vientos continuamente están gastando la superficie de la tierra. Cuando las lluvias caen, arrastran este desgaste hastalos ríos, y el agua corriente de los ríos lo lleva en suspensión hasta encontrar el agua inerte de los mares. En este encuentro de las dos aguas lo que antes era llevado en suspensión cae al fondo, y lentamente se va acumulando con el tiempo. Después de muchos siglos esta acumulación surge á la superficie como una nueva formación geológica.

Así sucede con las corrientes civilizadas, al encontrarse con el estancamiento de las sociedades embrionarias; lentamente se va formando un nuevo orden de cosas que con el tiempo surge después como una civilización nueva y especial; así ha sucedido en Buenos Aires. Desde los primeros tiempos, la civilización europea ha venido influyendo lentamente sobre nuestras antiguas costumbres, hasta que ha seguido una civilización especial que tiene como característica el instinto social de simpatía. Lo arraigado que este instinto está en nuestra sociedad, y que se manifiesta en diferentes formas, pasa desapercibido para los que nunca han salido de Buenos Aires, pero inmediatamente llama la atención de los que han vivido en otros países por algún tiempo, y de los extranjeros que vienen aquí á residir entre nosotros.

Cuando ocurre un fallecimiento en una familia, lo primero que sucede es que las relaciones acuden á la casa del duelo, y en ciertos casos la casa se convierte en una verdadera romería. Llega la noche y la casa se llena de gente. Fué el sentimiento de simpatía lo que primero motivó estas reuniones y es aún ese sentimiento el que las mantiene, aunque algo mezclado hoy con la idea de cumplir con deberes sociales que están de moda. Poca meditación se necesita para ver la imprudencia que encierra esta costumbre. Los muertos en la familia son hitos en la vida, que invitan á la contemplación

del pasado y del futuro. Las pocas horas que quedan desde la muerte de un deudo hasta el momento en que sus restos para siempre abandonan el hogar, son horas en que la familia necesita el mutuo consuelo de sus miembros; son horas en que la soledad forma el ambiente más armónico para palpar esos sentimientos del alma que mantienen vivos los vínculos entre los que quedan y el que se va; son momentos en que es profanación penetrar en el íntimo dolor de la familia; y son instantes en que las observancias religiosas exigen para los deudos cierto alejamiento de la sociedad.

De estos momentos tan caros, la familia no puede disponer, pues la omnipotente moda se los arrebató, disponiendo que ellos sean empleados en atender á las relaciones. No es ya el íntimo amigo cuyo corazón palpitando al unísono con la desgracia del hogar se confunde en el dolor común; son ahora los amigos ordinarios y hasta los conocidos los que penetran en el círculo del duelo, con el sano pretexto de ofrecersus simpatías, pero con el resultado práctico de incomodar grandemente á la familia enlutada. Los miembros de ésta se ven obligados á separarse; por un lado la esposa ó madre con sus hijas, en compañía de sus relaciones, por otro el esposo ó padre con sus hijos, atendiendo á las visitas que se encuentran en otra parte. En algunos casos, los restos son colocados en una sala que está en directa comunicación con las piezas donde se encuentran reunidas las señoras; pero en otros la falta de comodidad obliga á que las piezas donde se recibe á los caballeros intercepten á la sala mortuoria de la parte donde se congregan las parientas del extinto. Refinadamente cruel es la moda que exige esta separación, y más que cruel — atentatoria á todo sentimiento de delicadeza es esta misma moda, que, cuando una hija oprimida por intenso dolor tenga que desahogarse ante el cadáver de un padre, sus sollozos tengan forzosamente que llegar hasta los oídos de los extraños que han acudido al velorio. Hé aquí cómo el sentimiento de simpatía, mal encaminado, puede dar lugar á resultados tan contraproducentes. Después, estos velorios algunas veces tienen mucho tinte de fiestas gastronómicas. No es una

casa mortuoria la parte más adecuada para ir á tomar refrescos, sin embargo, hay velorios que más bien parecen reuniones de comensales sentados alegremente alrededor de licores, mientras que discuten los temas del día. No ha faltado tampoco quien haya presentado una mesa que constituía un verdadero banquete, sin duda parodiando á esos restos de los tiempos bárbaros, que aún existen en algunas provincias de Francia, cuando después del entierro todos los acompañantes se sientan en un festín que es ofrecido en nombre del muerto, y donde se alzan las copas brindando por el descanso de su alma. Hay necesidad de reforma en nuestros velorios. No es que se deba herir este sentimiento de simpatía digno de todo cultivo, y tan útil para contrarrestar ese egoísmo que generalmente acompaña á los excesivos refinamientos de pseudo civilización, de cuyas manifestaciones absurdas se ven hoy ejemplos en la vida de algunas estaciones balnearias. La familia desolada necesita para su consuelo las vibraciones de cariño que le llevan sus amistades, pero como para apaciguar el dolor físico no se hace elección de los acordes de cualquier instrumento musical, así también para calmar el dolor moral es necesario elegir el medio de expresar el sentimiento de simpatía.

Mientras permanezca el cadáver en la casa mortuoria, toda manifestación de condolencia debería hacerse por medio de tarjetas, y solamente los más íntimos amigos de la familia tener acceso al hogar.

Después del velorio viene el entierro. Ya no es como antes, que las invitaciones se hacían por tarjetas, y los amigos acompañaban los restos del compañero hasta su última morada. Hoy la invitación se hace pública por los diarios, y la moda exige que no solamente concurren los amigos y conocidos de la familia, sino también las relaciones particulares de parientes lejanos, que al extinto no han conocido ni de nombre. Resulta que en los grandes acompañamientos algunos van rezongando, por el tiempo que han perdido, mientras que otros que en cuestiones solemnes no se prestan á farsas, por el hecho de no concurrir quedan como delincuentes de deberes socia-

les. ¿Quién es el vivo, que si tuviera la elección de los que habían de acompañarlo hasta el sepulcro, no preferiría ser acompañado por unos cuantos amigos que en el trayecto recordaran su vida pasada, y no por una gran concurrencia que de lo que menos se acuerda es del extinto, y cuyos temas de conversación son las últimas novedades del día? Si en los velorios es la sociedad la que incomoda á los deudos, en los entierros son los deudos los que incomodan á la sociedad. Hay aquí también necesidad de reforma. Las invitaciones á los entierros deben ser particulares y dirigidas á los amigos de la familia. Entonces los entierros cesarían de ser lo que muchas veces son ahora—paseos incómodos á los cementerios;—y serían lo que debieran ser —acompañamientos solemnes de un muerto á su último descanso.

Después está el lujo del entierro. Parecería que hubiera necesidad pública de satisfacer algún apetito de visión de espectáculos, pues con el decaimiento del carnaval se ha venido elaborando el aparato de la ostentación funeraria, hasta el punto que hoy, para conducir á los muertos, tenemos grandes carrozas, tiradas por varios caballos de raza, lujosamente enjaezados, carrozas donde, sostenidos por cordones, van parados unos cuantos negros, que con una sonrisa de oreja á oreja demuestran lo complacidos que se encuentran en su elevada situación, mientras que los pilluelos de la calle, al ver desfilar cortejo tan imponente, asombrados exclaman en su lenguaje especial: « ¡ché mirá, qué lindo muerto! ». ¡Y esta demostración tan pomposa y tan ridícula se hace para honrar al muerto! ¡Pobre muerto, durante su vida muchas veces habrá tenido que sobrellevar culpas ajenas, pero entonces á lo menos tenía la oportunidad de defenderse; hoy que ya no puede hablar más, sobrelleva la última carga en silencio — ricamente encajonado, y expuesto en lujosa carroza, á cuenta de honrar su memoria, tiene que ser paseado en exhibición por las principales calles para satisfacer la vanidad de los que le sobreviven! ¡Alarmante síntoma de la sociedad! Grecia y Roma tuvieron sus días de excesiva vanidad en las exequias de

sus muertos — días que fueron precursores de la desaparición de ese gran poder cuya misión fué educar á la humanidad, y de ese otro cuyo papel consistió en conquistar países y darles leyes. Es verdad que aquí no se ha llegado á los excesos de Grecia y Roma, pero se va adelante, y es necesario reformar el lujo que hoy rige en nuestros entierros. No bien ha concluido el entierro cuando los diarios están en posesión de los nombres de la concurrencia, y, en ese refugio de los pobres de inteligencia que se llama «vida social», aparece la lista completa de todos los asistentes. Hoy que se ha llegado al colmo del exhibicionismo, cuando en esa «vida social» se encuentran los nombres hasta de las personas que concurren á los templos á practicar ejercicios de devoción, no es de extrañarse que las listas de los concurrentes á los entierros sean publicadas para fruición de unos y otros, pues no son solamente los deudos los que se sienten satisfechos al desplegar ante el público la nómina de los que los han favorecido en esta exhibición de su vanidad, sino que, según afirmaba últimamente un periódico de esta ciudad, hay muchas personas que son asiduos concurrentes de todos los entierros con tal de ver sus nombres figurando en letras de molde. Estamos muy lejos de suponer que todas las familias sean igualmente culpables en este respecto; conocemos casos en que sin su conocimiento se han hecho esas publicaciones; pero lo cierto es que estas publicaciones ya se han hecho moda, y que poco se hace para evitarlas, y sí mucho para conseguirlas. Oportunidades sin fin se presentan en la vida para la manifestación de los sentimientos de vanidad, que en grado mayor ó menor todos podrán poseer, y que solamente ofenden cuando pasan de ciertos límites que señala el buen sentido, pero en la hora de la muerte, que se dé tregua al culto de las exterioridades, y se honre únicamente á ese sér que nos precede en el eterno viaje que todos tenemos que emprender.

Concluido el entierro, el cadáver queda en la bóveda. Hay familias que tienen sus bóvedas, y hay muchas más que no las tienen.

Cuando muere un miembro de los últimos, se busca un amigo que posee una bóveda y en ésta se deposita el cadáver. Con el tiempo las bóvedas se van llenando, y viene el momento en que el dueño, quien ni de nombre conoce á muchos de los que allí descansan, pone un aviso en los diarios reclamando á los deudos que tengan cadáveres en su bóveda para que los saquen. En la mayor parte de los casos, ya sea porque no existen deudos cercanos, ó por otras razones, el dueño de la bóveda no recibe contestación, y entonces él por su cuenta la hace desalojar entregando los restos al osario común. Este es el fin de muchos entierros de lujo. ¡Al principio mucho aparato y mucha ostentación; después de poco tiempo el olvido y abandono en el osario común! Pero aun los que poseen bóvedas ¿creen por acaso que escaparán de idéntico destino? Las generaciones se suceden, y el interés en los antepasados disminuye progresivamente; tampoco las bóvedas son elásticas. ¡No han escapado los Faraones de Egipto, encerrados en sus monumentales sepulcros, al sacrilegio de sus cuerpos, y no escaparán otros de mucho menor cuantía! ¿Cuánto tiempo pasará sin que se repitan las escenas de los sepultureros de Elsenor, cuando cantando daban de palos á los cadáveres que desenterraban? Acaso no se encontrará alguien que al presenciar esa execración de los muertos no recuerde las palabras de Hamlet, tan apropiadas al caso nuestro: «¿cómo permite que este villano aporree su cabeza con su inmunda azada?» Pero quizás fuera aquél en su tiempo un gran comprador de tierras, con sus escrituras, sus seguridades, sus registros, sus garantías y fianzas; y es esta la seguridad de sus seguridades, la garantía de sus garantías? La idea de enterrar en bóvedas ha nacido en muchos casos por el deseo de poder contemplar el cajón donde han sido depositados los restos de un muerto querido. Si el cadáver se conservase en el mismo estado en que fué colocado en el ataúd, todavía se podría explicar este piamoso deseo de contemplar el féretro, pero cuando un cuerpo ha sido colocado en un cajón impermeable, al poco tiempo se convierte en una masa horripilante, en cuya descomposición se elaboran gases

putrefactos que hacen saltar las tapas, como continuamente está sucediendo en la Recoleta. Las leyes de la naturaleza no se van á eludir con encerrar á los muertos en cajones impermeables, y después depositarlos en bóvedas. ¿Siendo imprescindible que el cuerpo cambie después de la muerte, es preferible que este cambio se efectúe en el aire con la producción de gases putrefactos que hieren á los vivos, ó es preferible que este cambio inevitable se lleve á cabo debajo de la tierra, en armonía con el misterio de la muerte, sin la elaboración de nada que ofenda á los sentidos y lastime la salud, y sí con la producción de flores que representan la vida, recordando que el sepulcro no es el último destino del sér humano? El sepelio debe efectuarse debajo de tierra, y en cajones de madera friable que opongan poca resistencia á las fuerzas de la madre tierra.

Son muchas las familiás que contra toda su voluntad siguen nuestras costumbres funerarias, no rebelándose abiertamente contra ellas por no hacerse conspicuos.

Se presenta aquí una buena oportunidad para que aquellos á quienes corresponda tomen la iniciativa de llevar á cabo una sana reforma en estas costumbres. No hace mucho tiempo que en Inglaterra se formó una asociación que tenía por objeto propender á que los entierros fueran lo más sencillos posibles. De esta asociación formaban parte personas de lo más selecto de la sociedad inglesa.

En toda sociedad hay un poder de mucha influencia que se llama la imitación. Sin la imitación no habría sociedad posible—es lo que le da su gran cohesión. Pero este poder, como todo otro, puede ser usado para el bien, como para el mal. Los miembros de una sociedad se parecen en mucho á las ovejas de un rebaño : á donde corren cinco siguen después quinientas. En la sociedad, grande es la responsabilidad de esos cinco, que saben que detrás de ellos siguen tantos imitadores. En cada esfera de la sociedad hay cierto número de personas cuya conducta sirve de norma para los otros. En el caso presente son las personas de gran fortuna y elevada posición social las que están indicadas para asociarse y to-

mar la iniciativa de estas reformas, desterrando de nuestras costumbres funerarias toda manifestación de vanidad, respetando la reclusión de los deudos en los momentos inmediatos á la muerte, revistiendo á nuestros entierros de solemnidad y honrando la memoria de los muertos no con actos inspirados en antiguas costumbres paganas, pero sí con actos que, encuadrados dentro de las doctrinas que enseña la religión cristiana, no se opongan á las benéficas leyes de la naturaleza.

DIEGO T. R. DÁVISON.

« PARSIFAL » EN BAYREUTH ⁽¹⁾.

I

Seis veces he cruzado la Baviera, pasando por el Gran ducado de Baden desde las orillas del Rhin, sin cansarme de admirar estos países tan atrayentes por sus sitios naturales como por el carácter simpático de sus poblaciones, sus manifestaciones sencillas y francas, lo mismo en la vida de familia que en la *Wirtshaus* alegre y decidora, si bien un tanto bulliciosa.

Los bellos panoramas de esas accidentadas campiñas, con sus hermosos ríos, lagos extensos, arroyos correntosos y cascadas cristalinas; con los bosques seculares y valles frondosos de su suelo feraz, tan prolijamente cultivado, desde el Rhin, la Selva Negra, el lago de Constanza, Baden-Baden (la comarca idealmente pintoresca) hasta el valle de Bohemia, — me han causado siempre una impresión gratisima; y he comprendido cómo puede aquí la imaginación encontrar los elementos de su éxtasis fecundo para dar forma y vida á las creaciones más fantásticas, al par que más perfectas del arte.

La Baviera es un pequeño país de 75.000 kilómetros cuadrados, la cuadragésima parte de la República Argentina, que con no tener muchos más habitantes que ésta y gastar anualmente 160.000.000 de pesos de la moneda argentina, no suspende sus servicios públicos,

(1) La centésima representación de *Parsifal* ha tenido lugar este año en Bayreuth.

y, lejos de escatimar el dinero para el cultivo del arte y de la ciencia, difunde la instrucción clásica y protege los establecimientos donde se reúnen los elementos para el estudio: sostiene 3 universidades, 2 conservatorios y 13 escuelas de música; 2 de escultura; 17 teatros; 24 bibliotecas, de las cuales, la Real de Munich contiene *un millón de volúmenes* y la de la Universidad 283.000. Tiene museos de pintura y edificios monumentales que rivalizan con los primeros del mundo, palacios majestuosos y jardines variados y elegantemente trazados, que envuelven á los habitantes de este país en una atmósfera propicia para la concepción intelectual y la producción artística.

Silaingenuidad y pureza en el sentimiento conducen á los espíritus selectos al campo de la investigación idealista, á los otros mismos, cuyas facultades no tienen mayor vuelo, aquéllas los levantan por instantes á la región de las ilusiones celestiales, muy arriba del terreno de la vida material: y es aquí donde uno llega á comprender á los *Minnesinger*, á los fieles creyentes de Oberammergau, donde hace 260 años se repite, cada diez años, con recogimiento y fervor religioso, la *Pasión de Jesucristo*, como testimonio de gratitud por la desaparición de una peste que asolaba á la población.

Los Reyes de Baviera prestaron siempre protección ilimitada á las bellas artes. Luis I entregó de su caja particular 18 millones de florines; y es muy sabido que el exaltado Luis II consumió en realizaciones artísticas toda su fortuna y casi la del Estado. Wagner, que, según uno de sus biógrafos, tenía en su gesto la «amenaza de una voluntad conquistadora», buscaba un banquero protector, y, cosa inverosímil, lo descubrió en París, después de grandes esfuerzos, — aun cuando Enrique Heine sostenía que Wagner no debía tener talento, porque Meyerbeer lo recomendaba. Como era de temerse, el banquero faltó á su palabra, y Wagner, imperturbable, se conformó con exclamar: «¡Tanto peor para él, ha perdido una brillante oportunidad para ilustrarse!» — Pero la verdad — ó la convicción profunda que la revela ó la reemplaza — logró triunfar al fin:

Luis II, cediendo á las indicaciones de Hans von Bülow y de Liszt, tomó á Wagner bajo su protección, y Bayreuth, esta pequeña ciudad, tranquila y primitiva, fué la favorecida para servir de incubadora á la inspiración fecunda del gran maestro.

Bayreuth (antiguamente *Boirut* y *Baierute*, ruta de Baviera) tiene, como todas las ciudades de su época, una historia llena de peripecias. En las guerras de 1430 y 1554, como en la de los Treinta años, sufrió bastante, lo mismo que por pestes é incendios. El margrave Christian la unió en 1603 á *Kulmbach*, paraje tan conocido por su excelente cerveza (¡ poderoso coadyuvante del arte alemán !) y, trasladando su residencia á esta ciudad, contribuyó eficazmente á su desarrollo. En 1791 pasó á poder de la Prusia; por el tratado de Tilsitt fué entregada al dominio de la Francia, y en 1810, por fin, fué cedida al reino de Baviera.

Tiene algunos edificios de regular importancia, como el nuevo y el viejo Palacio, la Catedral, dos teatros y la Casa de Ayuntamiento. La parte antigua conserva todo su estilo medieval; pero en la parte nueva ya algunos edificios de arquitectura reciente empiezan á suplantar las casas estrechas de techos ojivales, que, si son de interés para los viajeros que no las habitan, carecen un tanto de las comodidades exigidas por nuestros hábitos modernos. Tiene la ciudad 24.000 habitantes y, cosa extraña, en medio de esta región ultracatólica, su mayoría pertenece á la religión protestante. Los alrededores son amenos y pintorescos, como casi todo el sud de la Alemania, y abundan los parajes ligeramente accidentados que, variando incesantemente las perspectivas, renuevan por momentos el encanto del paisaje.

Es esta la ciudad que Wagner eligió para la construcción del teatro, ideado ya por otros, para representar sus óperas en la forma original que tienen: aquí, donde también fijó su residencia, y se guardan hoy sus cenizas veneradas por todos los amantes del arte serio musical. He querido, antes de reseñar mis impresiones en esta audición reciente de *Parsifal*, describir ligeramente la comarca pri-

vilegiada en que se ejecuta, porque, como dice Goethe: « Quien quiere comprender al poeta, debe ir al país del poeta ».

Después de quince minutos de camino, desde la estación del ferrocarril, por una avenida de tres filas de coposos árboles, para peatones y para carruajes, se llega al parque, en cuyo centro se eleva el *Bühnenfestspielhaus*: una sola palabra que se expresa con seis en español, puesto que quiere decir, traducida literalmente: *Casa de las representaciones escénicas festivas*.

La construcción, confiada al arquitecto Otto Brueckwald, de Leipzig, se empezó con escasos recursos en 1872, terminándose en 1876, con un costo total de 428.000 marcos.

Su forma es la de un anfiteatro, sin palcos á los costados y solamente unos pocos en el fondo, llamado la Galería de los príncipes: se han suprimido los palcos laterales obedeciendo á una preocupación un tanto pueril, porque desde ellos podría verse la orquesta. La sala contiene 1600 personas sentadas, y los costados han sido llenados con siete series de columnas de mayor á menor, donde se han colocado los candelabros de luces eléctricas; dichas columnas sirven para dar una acústica completa al teatro y evitar las resonancias. Los profesores de la orquesta quedan invisibles para el público, porque un muro más elevado que la escena los oculta. El director de orquesta, desde su puesto, puede ver la escena sin ser visto por el auditorio.

Wagner ha venido á dar forma práctica á lo que Grétry ya indicaba á mediados del siglo pasado, cuando decía: « Desearía que la sala fuese pequeña y que contuviera, cuando más, mil personas; que no hubiese sino una clase de asientos, sin palcos. Quisiera que la orquesta estuviese oculta y que no se viera ni á los músicos ni las luces de los atriles, por el lado de los expectadores ».

La más severa sencillez en la ornamentación es el signo característico de este edificio, único en su género, y al cual el público tiene fácil y cómodo acceso por 12 puertas. (Es más ó menos lo que prescriben las ordenanzas municipales de Buenos Aires, que por desgra-

cia no se cumplen, hasta que una catástrofe nos enseñe á ser más previsores.)

Los festivales de Bayreuth tienen lugar cada dos años; en el presente se han dado varias representaciones de *Parsifal* y del *Anillo del Nibelungo*; más de 20.000 personas de todas partes del mundo las han presenciado. Las representaciones de este año han señalado una reacción favorable respecto de las últimas anteriores. Es muy sabido que ciertas innovaciones de la señora de Wagner, el alejamiento de algunos directores de orquesta y su reemplazo por el joven Siegfried Wagner, unido á la desaparición ó decadencia de los intérpretes primitivos, habían hecho desmerecer un tanto el brillo de algunas representaciones recientes. Felizmente, el entusiasmo de la madre y la experiencia mayor del hijo han restablecido la situación artística. Al lado de los cantantes consagrados y capaces de transmitir á los sucesores el puro estilo de la tradición, se han reclutado elementos nuevos que pronto se desempeñarán magistralmente: así las señoras Mildenburg, Schumann y Gulbranson, los excelentes artistas Burgstaller, Van Rooy — sin contar á Van Dick, que ha cantado *Parsifal*, y que no es nuevo ni necesita aprender nada de sus mayores. De éstos quedan todavía la Sucher, tan admirable en Isolda, la Brema, Vogl y algunos más. Las segundas partes son cantadas por artistas principales de los primeros teatros de Alemania, que sería largo mencionar. Un detalle, que es un signo de los tiempos: algunos excelentes maestros de canto y repetidores son franceses. Es conocida la sorprendente ejecución de los conjuntos vocales, sobre todo en el *Anillo*, acaso más admirables que la misma orquesta. Veinte artistas de canto componen el coro de las mujeres-flores de *Parsifal*, y 30 damas, todas elegidas, 30 tenores con 32 bajos, de los cuales cada uno es un solista, completaban el coro más homogéneo que se ha conocido hasta hoy. Más de treinta bailarinas y otros tantos bailarines cierran el cuadro del numeroso y seleccionado personal que ha interpretado magistralmente sus papeles.

En cuanto á la orquesta, dirigida principalmente este año por Sieg-

fried Wagner, Mottl y Seidl, se compone de 125 profesores, elegidos entre los mejores de Europa, entre los cuales hay 32 violines, 12 violas y 12 violoncelos.

Muchos de los artistas que toman parte en estas representaciones reciben por sus servicios una remuneración que nos parecería ínfima; algunos se prestan gratuitamente á cooperar al mejor éxito de estas fiestas, por amor al arte y por su propio crédito, por cuanto constituye un mérito y da nombre al artista, el que haya sido admitido á tomar parte en las representaciones de Bayreuth.

Los artistas de mayor renombre no desdeñan, al día siguiente de haberse lucido en un papel prominente, desempeñar uno secundario, y esto explica la perfección que se consigue en la ejecución de estas grandes obras.

Daremos fin á estas indicaciones informativas, agregando que las representaciones empiezan á las 4 de la tarde y terminan á las 10 de la noche, con intervalos, en los entreactos, hasta de una hora, para poder comer y pasearse por el parque, oyéndose todos los idiomas civilizados de la tierra en la numerosa y selecta concurrencia que compone el auditorio.

II

« Los coros festivos del fervor más santo, y, mezclados con ellos, los gritos desesperados de un alma cargada de pecados; la risa retumbante del delito y el eco y suspiros del arrepentimiento; la locura diabólica de una envidia repleta de odio y la atracción báquica del placer sensual — el tañido de las campanas de la fe y el quejido salvaje de la desesperación: todo esto se liga para formar un mar de sonidos poderosos que se unen simpáticamente, rebosando de alegría algunas veces, y otras sintiéndose los quejidos del dolor, hasta que, por fin, un acorde sublime y conciliador se posesiona del conjunto, y con poder triunfal abarca los sonidos discordantes,

transformándolos en armonías bendecidas y divinas del amor mundanal y humano, que redime.

« Esta elevada expresión del amor, esta canción del amor más grande, se llama *Parsifal* y liga con perspicuidad admirable todo lo que el corazón humano ha esperado y temido, sufrido y combatido.

« El misterio secreto del cristianismo forma la base, el éxtasis mental de la leyenda; el alma de la obra es, sin embargo, el hombre, el hombre que lucha eternamente, golpea las puertas del cielo, mortal en fin. Así como Amfortas, grita el débil pecador, pidiendo perdón por sus culpas. — Así como Klingsor, desprecia y engaña el espíritu del mal y á los demás y á sí mismo. — Como Kundry, ríe la mujer caída á impulsos de su propio tormento, y como Parsifal, camina el noble paciente, por entre las penas del mundo, reconciliando su corazón inflamado, con esas mismas penas. La Lanza maravillosa, ese símbolo sublime, abre también, con la herida del rey, nuestras propias heridas, y la gloria resplandeciente del Santo Graal, derrama también, en nuestros pechos, la esperanza consoladora de un porvenir más risueño.

« ; *Parsifal*! sonido afectuoso : un mundo entero se levanta bajo tus encantos y, cuadro sobre cuadro, se amontona delante de los ojos embriagados. »

Con estas palabras, un tanto simbólicas, que he vertido del alemán al español, procurando conservarles su carácter propio, explica Dietrich Echart el concepto de esta mística y meditada concepción de Wagner.

El lugar de la escena es el castillo de Montsalvat y las selvas que lo rodean: es un *burg* edificado por el caballero Titurel en una cima de los Pirineos, para conservar allí el *Graal*, la copa santa en que bebió Cristo durante su última Cena, y que contiene hoy la sangre de sus heridas divinas en la cruz, junto á la lanza que las abrió. Otro cuadro nos llevará á la torre del mago Klingsor, enemigo de los caballeros del *Graal*, situada en la vertiente opuesta de la misma serranía.

Después de la muerte del caballero Gamuret, que ha sucumbido en un combate, su mujer Herzeleide ha criado en la soledad de las selvas, para salvarle de suerte tan funesta, á su hijo Parsifal, hermoso adolescente que nunca conoció á su padre, y que ha crecido tan ignorante de la carrera de las armas como del lugar en que naciera y del héroe que le dió el sér.

En momentos en que la madre se aleja á recoger raíces y frutas, se oye un tropel de brillantes caballeros que pasan por la cabaña. Al rumor despierta Parsifal y contempla admirado esa pomposa belleza. Se siente atraído á ellos, quiere tomar las armas, pero los hombres se rien de él y parten á la carrera. Parsifal sale en pos de la comitiva deslumbradora, corre sin miedo ni fatiga, procurando en vano alcanzar á los que no divisa ya. De piedras y madera construye arcos y flechas, y con sus fuerzas hercúleas vence á los hombres que quieren detener su paso.

Camina siempre, hasta llegar sin sospecharlo á la tierra sagrada en que se alza el santuario de Montsalvat. Allí la copa misericordiosa, el Santo Graal, alumbrá á horas determinadas, y con su gloria admirable guía á sus caballeros, para concederles la victoria y librarles de la muerte. La Lanza divina protege el territorio con poder invencible, y ante el que la maneja caen rendidos los enemigos.

Habían llegado los tiempos en que, agobiado por los años, el anciano Titurel, fundador de Montsalvat, y jefe de la santa milicia de Cristo, tenía que entregar el poder á su hijo Amfortas. Habita en una torre vecina de Montsalvat el mago Klingsor, quien, rechazado de la Orden, se ha entregado á las artes diabólicas, y en odio á los caballeros, ha convertido en jardín de criminales deleites el desierto próximo al castillo: allí atrae y pierde á los que se dejan seducir por la belleza de seres extraños — mitad flores, mitad mujeres.

Amfortas invade los dominios de Klingsor, enarbolando la lanza sagrada; pero una mujer de extraordinaria belleza le sale al paso y, en tanto que el desgraciado sucumbe á la seducción, su enemigo Klingsor sale de la selva, empuña la sagrada lanza abandonada y

abre en el flanco de Amfortas una herida que ningún remedio podrá cicatrizar. Con gran trabajo consigue Gurnemanz, guardián del Santo Graal, salvar á su rey, que, herido, es conducido á su castillo.

Ha sido en vano que la misteriosa hechicera Kundry fuera á lejanas tierras en busca de bálsamos que pudieran cerrar la herida incurable : los sufrimientos físicos y morales de Amfortas le hacen desear la muerte... Es el momento en que comienza la acción.

Parsifal ha llegado hasta aquí, tras la misteriosa comitiva que perturbó su soledad ; atraído por las señales de alarma de las cornetas de los defensores, que vigilan la frontera, se encamina en dirección de sus sonidos y percibe un cisne blanco que vuela hacia un lago. Sin titubear, el joven coge sus armas ; su dardo certero cruza los aires y el pájaro cae al suelo mortalmente herido. Repentinamente le rodean muchos hombres que, á pesar de su gran resistencia, le dominan, y cuando le explican el mal que hacía, matando á un pájaro tan fiel al hombre, Parsifal se arrepiente de su imprudencia juvenil. Le preguntan por su origen : él no conoce más que á su madre ; algunos presumen entonces que podría ser el *Puro é Insapiente*, á quien todos esperan con tanta ansiedad.

Kundry, la mujer huraña que descansa de sus fatigas después de correr en busca de bálsamos, cuenta la historia del huérfano y la muerte de la madre, por cuya noticia se exaspera Parsifal y le salta al cuello, queriendo matarla ; pero un dolor repentino ha extinguido sus fuerzas.

El viejo caballero Gurnemanz le cree un predestinado y resuelve llevarlo al recinto del Santo Graal ; contempla allí Parsifal la imponente ceremonia, pero sufre con el espectáculo de los dolores de Amfortas, que la preside, hasta que Gurnemanz empuja al profano fuera del sagrado recinto.

Contristado con el espectáculo doloroso que acaba de presenciar. Parsifal piensa en ese desgraciado rey, que tanto sufre y que no

puede morir ni quiere vivir, sin poderse explicar cómo, por quién y por qué fué herido.

Toma el camino de los bosques, cuando de pronto se ve asaltado por un grupo de hombres armados; son los malos caballeros seducidos por Klingsor. Pero Parsifal se defiende con valor heroico, arranca su espada al primer adversario y, partiendo brazos y cabezas, pone á sus enemigos en precipitada fuga.

Vencedor y de pie sobre la muralla de la torre mágica, contempla asombrado los encantos de un palacio y una pradera que florece maravillosamente. Niñas hermosas preguntan ansiosas por sus amantes, que huyeron ante Parsifal, en diversas direcciones, y éste bajando de la muralla las consuela. Todas se adornan precipitadamente con flores, y procura cada una atraer las frías miradas del joven, que recibe con indiferencia sus insinuaciones lascivas; al pronto quiere retirarse de allí, pero siente una voz á distancia, que le dice :

¡ Detente, Parsifal !

Por segunda vez oye el nombre con que su madre le llamaba : es la voz de Kundry, enviada por Klingsor. Kundry se acerca, y con su hermosura procura seducir á Parsifal; le cuenta la historia de su infancia, le exalta con sus caricias : extraviado, el joven cae en los brazos de Kundry, y sus labios ardientes se juntan con los de la hechicera, cuyos encantos están al servicio del mal. En este momento cruza por su imaginación el sufrimiento de Amfortas, cuya causa conoce ya; y las seducciones de la mujer perversa, que le maldice, se estrellan ante su resolución inquebrantable de conservarse puro y luchar por el bien. Klingsor le ataca con la Lanza sagrada, pero ésta no alcanza al joven virtuoso, se desliza por sobre su cabeza y él la empuña con su brazo al pasar. — Los años transcurren, el niño se ha vuelto hombre; pero antes que vuelva á pisar el territorio sagrado, después de infinitos combates, Parsifal, vistiéndolo armadura negra, tiene que recorrer aún aquellas ciudades que abandonó.

Hacía muchos años que Amfortas no descubría ya el Santo Graal; pues, triste y macilento, no deseaba más que la muerte, como único fin de su tortura.

Ha llegado el Viernes Santo, y es el día en que Parsifal pisa nuevamente la frontera del Santo Graal, que Gurnemanz, ya viejo, y Kundry, vigilan siempre; ambos lo reconocen y el primero mira con asombro la lanza sagrada en sus manos, en tanto que la maga desvía la vista del héroe. Cansado de su larga jornada, se sienta Parsifal al lado del arroyo; le quitan su armadura, Kundry le desliga las piernas, le saca sus sandalias y, como la Magdalena al Cristo, le lava los pies en el agua cristalina, mientras Gurnemanz le unge la cabeza solemnemente, con estas palabras: *Así nos fué mandado; y bendigo tu frente, para saludarte como rey.*

Sin titubear desempeña Parsifal su primer acto real y bendice con el agua sagrada á Kundry que llora. Los tres purificados se dirigen á la ciudad y encuentran á Amfortas, siempre sufriendo, pidiendo la muerte á sus caballeros, para que muriendo el pecador, pueda el Santo Graal seguir realizando sus milagros.

Parsifal, sin ser sentido, se acerca al rey y con la lanza sagrada toca la herida sangrienta; entonces Amfortas logra instantáneamente su curación.

Todos elevan acción de gracias por la salvación, y á Parsifal, como al predestinado, se le transmite el mando. Bajo un rezo mudo se enrojece el Santo Graal en sublime gloria y esparce su luz conciliadora sobre toda la asistencia. Mientras que Kundry desalentada se inclina ante el nuevo mandatario, se mece en alto sobre su cabeza una blanca paloma y resuenan como voces de ángeles palabras solemnes sobre el milagro de la Salvación y de la Redención.

Así termina Parsifal: la alta canción del amor, la canción de la más elevada pasión.

Las decoraciones con sus cambios de escena son verdaderamente grandiosas, y se experimenta, fuera de las sensaciones puramente musicales, el sentimiento de la más completa y extraña admiración.

El bosque que aparece en el primer acto, después de la primera escena, empieza á desaparecer lentamente, y á los espectadores les parece realmente que fueran ellos los que se van alejando, hasta que una obscuridad completa cubre la escena. Poco á poco y con una maestría que nunca he visto, sale de las tinieblas el hermoso palacio de Amfortas, y al reunirse los caballeros alrededor del trono que guarda el Santo Graal, surgen efectos de luz de diversos colores, que dan un encanto indecible á la escena.

En el segundo acto aparecen la torre y el castillo de Klingsor, y éste se hunde con la torre, poco á poco, apareciendo el jardín encantado, todo cubierto de vegetación tropical, con flores que cuelgan del aire, y siempre en el fondo el castillo de Klingsor. De pronto, como por un terremoto, se destruye el castillo, se secan las plantas del jardín; y las doncellas, que alegres cantaban en él, aparecen como flores marchitas, desparramadas por el suelo.

Todas estas transformaciones se realizan con tanta rapidez y exactitud tan admirable, que hacen completa la ficción. En el tercer acto aparece la choza de Gurnemanz en un valle pintoresco, paisaje de primavera, rodeado de bosques; y luego, transformándose gradualmente la escena se ve surgir de nuevo el palacio de Amfortas.

III

Sin entrar en el análisis de esta última y más sublime composición de Wagner, transcribiremos algunas de sus propias apreciaciones: «La sensibilidad y los goces de la vida, dice, solamente se presentaban ante mis sentimientos como nuestro mundo moderno los ofrece; me aparté de ellos con repugnancia, y debo la fuerza de mi repugnancia solamente al desarrollo de mi naturaleza artística humana, que había adquirido ya toda su independencia. Así se manifestó humana y artística, indispensable como aspiración, para satis-

facier, en un elemento más elevado y más noble, la necesidad de una oposición á la vida y al arte modernos que extensamente me rodeaban, y que debía aparecerme como algo puro, juvenil, inabordable é impalpable, que debía amarse».

El doctor Dwenshauvers-Dery agrega que las representaciones de Bayreuth procuran desentrañar en lo posible el pensamiento fundamental de la obra, para que la música no solamente nos deleite fácilmente, sino que nos obligue á reflexiones graves. Envueltos en precioso ropaje se nos presentan alegrías y pesares que también son los nuestros. ¡Que la lucha sostenida por el héroe despierte en nosotros la inspiración, y nos obligue á aspirar seriamente hacia lo más elevado: la pureza!

¡Qué efecto tan extraño, grandioso y desconocido produce la ejecución de aquella sinfonía, por 115 profesores, entre los mejores que tiene la Alemania, oculta la orquesta á la vista de los espectadores, en un recinto obscurecido, en medio de un silencio sepulcral y tocando con una precisión de que solamente pueden formarse ideas los que han tenido la fortuna de escuchar los festivales de Bayreuth!

Para suministrar un indicio del sistema musical wagneriano en *Parsifal*, es decir en el término de su evolución, bastaría que analizáramos el extraño y bello preludio de la obra, que, si bien parece por momentos traer una vaga reminiscencia intencional de *Lohengrin* y hasta de *Tannhäuser* (frase final sobre el cuerpo de Elisabeth), es absolutamente original por su corte y estructura armónica. Allí aparecen sucesivamente, y separados por varios intervalos de silencio absoluto, los principales temas del simbólico poema. Primero, el tema de la *Cena* se inicia con un interminable *la* bemol grave de todos los violines, desarrollando luego sus cinco majestuosos compases sin acompañamiento; se repite el motivo después de un silencio, pero en el tono menor, que le impregna de dolorosa tristeza. Después de otro silencio prolongado, aparece el motivo del *Graal*, no menos expresivo que el otro; en seguida el tema de la *Fe*, siempre en *la* bemol, pero magníficamente desarrollado y enlazado con los an-

teriores; por fin, en medio de maravillosas complicaciones orquestales, las cuatro notas características de la *Lanza* completan el cuadro de los motivos que, con el último de la *Promesa*, se repetirán durante toda la obra, ya en la orquesta, ya en boca de Gurnemanz y otros personajes, transformados y combinados por la ciencia más compleja y la inspiración más soberana que existiera jamás.

He citado más arribalas dos obras más populares de Wagner, y, en efecto, además de las reminiscencias indicadas, se impone al espíritu una suerte de aproximación entre esta página y aquéllas. Pero el preludio de *Lohengrin* ostenta una belleza de formas menos compleja y nueva; en cuanto á la hermosísima sinfonía de *Tannhäuser*, sus efectos grandiosos son mucho más homogéneos y exteriores, infinitamente menos etéreos y sublimados que las armonías místicas de *Parsifal*. Aquí Wagner desarrolla y combina este canto religioso, sencillo y apasionado, con esa riqueza de libertades atrevidas que sólo él es capaz de afrontar; á la introducción, muy pronto siguen escalas ascendentes y descendentes de las arpas, que acompañan la melodía, para incorporarse más tarde á todos los variados instrumentos de la orquesta y formar una masa compacta de sonidos que conmueven hondamente y arrebatan la imaginación.

En cuanto á los hallazgos geniales, son de cada página, de cada momento, y me limitaré á señalar de pasada algunos de los que conquistan al público desde la primera audición.

Son extraordinariamente atrayentes los coros de los caballeros que rodean á Amfortas cuando descubre el Santo Graal, y jamás he oído, en ópera alguna, nada que pueda compararse á esta escena, de una grandeza inconcebible y de un efecto sinfónico majestuoso, que envuelve al espíritu en una atmósfera de sonoridad tan sorprendente y tan maravillosa, que conmueve el sentimiento y la imaginación hasta sus más extremos límites. Salen de la orquesta melodías sentimentales, armonías nunca oídas, etéreas, con repentinos fulgores de pasión sobrehumana.

Algunas escenas verdaderamente extrañas, como la de Kundry

acostada boca abajo por media hora, sin cantar más que dos ó tres frases entrecortadas, ó Parsifal presenciando la escena de los coros, que acabo de mencionar, durante mucho tiempo, sin articular una nota y dando la espalda al público, suelen causar cierta sorpresa á los espectadores poco familiarizados con la estética wagneriana.

Pero nada es más interesante que la escena de las doncellas del jardín : el canto alegre y juguetón ligado con sus combinaciones orquestales, tan nuevas como expresivas, da testimonio de la creación inagotable del gran maestro. Cantan el amor con gracia é ingenuidad, con la pureza de los corazones juveniles y con la poesía de las almas que no se han contaminado con los vicios humanos. Sus expresiones son una mezcla de armonías delirantes, confundidas con el eco de los instrumentos, combinaciones inenarrables que forman el himno colosal del amor sobrehumano, el amor de la naturaleza entera, como si á la par cantaran el aire, las flores y los pájaros.

La escena de Klingsor en su palacio evoca la del Samuel de *Freischütz*, pero es de una riqueza melódica superior, y es esta una de las partes que más me han impresionado, interpretada magistralmente por el bajo Plank, uno de los mejores artistas, en su género, que haya oído jamás.

Los diversos cantos de Amfortas están llenos del sentimiento angustioso que inspiran la fe y el sufrimiento. Es magistral su frase al finalizar el primer acto, cuando pide que no descubran el Santo Graal, para que no se convierta en pena lo que para otros es motivo de placer, y llora con lágrimas de sangre los dolores de la herida abierta, pidiendo purificación para su alma atormentada por las penas del arrepentimiento.

Es inútil prolongar esta enumeración de bellezas originales que se desarrollan sin discontinuidad durante los tres actos, hasta concluir con el *Encanto del Viernes Santo* y ese prodigioso final, en que al tema de Parsifal se unen los de la Fe y de la Lanza, en medio de

los deslumbrantes arpeggios que sostienen los tres coros superpuestos de la Aleluya y de la Redención.

El que escucha detenidamente estas óperas grandiosas comprende fácilmente cómo muchos compositores modernos no hayan dejado de bañarse en las aguas regeneradoras de este caudaloso Jordán.

No sé si es debido al progreso que se opera en el entendimiento, á medida que se oyen con más frecuencia las obras del arte clásico; pero es el caso que en la primera audición de *Parsifal*, he podido darme cuenta del carácter de la obra, penetrar muchos de sus encantos y no salir con la cabeza abrumada, como me sucedía cuando no estaba connaturalizado con esta clase de producciones.

Como consecuencia de la superioridad de la música de Wagner, todas las composiciones posteriores parecen triviales y monótonas, y la explicación es perfectamente lógica; si los autores modernos quieren imitar el estilo del gran maestro, no consiguen producir los efectos alcanzados por él, y si tratan de buscar un estilo propio ó superar los límites de la altura en que aquél colocó á este arte sublime, agotan sus fuerzas infructuosamente antes de llegar á la cima.

Hay que tener fe en el progreso, sin embargo; y la difusión de la música de Wagner, por todos los escenarios cultos, hace esperar que no ha de pasar mucho tiempo sin que aparezca un hombre inspirado que continúe su obra, interrumpida desde 1883.

FRANCISCO SEEGER.

EL HOGAR DESIERTO

(*Conclusión*)

VI

Los días que siguieron, después de la escena que he referido, figurarán siempre entre los más amargos de mi vida, junto á los que pasé en la estancia cuando, repuesto de mi ataque, tuve conciencia de mi desgracia. Una sola vez tuve que entrar en explicaciones respecto de mi conducta, y esto fué, naturalmente, con mi hermana Estela. Por supuesto que ella combatió mi determinación con todas las razones que pudo discurrir—y no eran pocas. Pero yo, sacando fuerzas de flaqueza, me dí maña para contestarle y, hasta demostré cierta ruda energía que le impuso, porque no supo ver la procesión que andaba por dentro ni adivinó que era el dolor, más que la ira, lo que hacía temblar mi voz...

Mas, poco á poco, llegué á sentirme casi extraño en mi propia casa. Nada había cambiado en la apariencia; no se oían palabras destempladas ni discusiones entre nosotros; nos sentábamos como antes á la mesa de familia; pero estos minutos de las comidas eran los únicos en que nos veíamos reunidos, y en lugar de las charlas expansivas de otro tiempo, la conversación tomaba un giro noticioso é indiferente, como en el comedor de una casa de huéspedes. El único síntoma exterior, que algo dejara ver del descalabro íntimo, era el

tono desabrido que mi hermana gastaba con la sirvienta Aschuna. La pobre chinita no se atrevía á contarme sus cuitas, pero dos ó tres veces, estando ausente su terrible señora, se acercó á pedirme que la mandase con cualquier familia argentina, pues se sentía mala de salud... La consolaba como podía, prometiéndole que no pasaría el año sin que volviéramos todos á la tierra.

Por mi parte, no hacía mucho caso de los refunfuños ó viarazas de Estela; tampoco me inquietaba sobremanera la actitud algo fría de Manuel—gran partidario y admirador de Bosquet; no así la tristeza resignada de Graciana: su aspecto de creciente abatimiento me oprimía el corazón. No podía yo dudar de que sufriera intensamente: pero contaba con el tiempo para aliviar y desvanecer su sufrimiento. Me repetía á mi mismo que la vida, cuanto más la juventud, tiene una como eficacia cicatrizadora. Después, haciendo de abogado y de juez, me demostraba con razones poderosas la justicia de mi proceder: « Esa gente, decía entre mí, ha procurado un buen negocio con este casamiento; no es natural que un parisiense envanecido solicite la mano de una muchacha de familia humilde, por encantadora que sea: ha de ser un cazador de dotes, como los hay en todas partes y mucho más aquí ».

Pero todos mis razonamientos no me dejaban satisfecho. La casa ahora parecía robada. Las mujeres salían á caminar ó se sentaban á leer en el corredor, en tanto que Manuel sacudía las teclas de su piano, tocando no sé qué maldita música de entierro que me daba gana de llorar.

Entonces yo salía á pasear por las orillas del mar, no emprendiendo la vuelta hasta la oración. De noche, solía llegar hasta la aldea de Guétary, donde tenía algunos viejos amigos. Allí encontraba también muchos refugiados carlistas que me contaban por centésima vez las derrotas de Estella y San Sebastián. Uno de ellos había sido ordenanza del general Lizárraga, y tenía siempre que referir alguna nueva hazaña de su jefe. No habían perdido la fe: ni las locuras del Pretendiente, ni las penurias de esas campañas atroces

habían entibiado el entusiasmo vascongado, ¡con decir que resistía á las mentiras y cobardes explotaciones de los intrigantes, que yo veía en Bayona y otras partes, viviendo cómodamente, mientras los pobres *capelac gorriac* quedaban sembrados en la sierra ! Á pesar de todo, la causa desu Rey y de sus fueros era siempre la causa de Dios ; los encontraba prontos, como antes, para cruzar de nuevo la frontera al llamamiento del que ; entre tanto, calavereaba en París ó Venecia ; y en el corazón del más sosegado y manso vizcaíno, desde el rico *Etchecojauna* hasta el humilde pastor, se conservaba vivo el patriotismo montañés, como bajo el rescoldo del hogar la brasa que basta sacudir y soplar para que de nuevo eche llamas y chispas. Y no pasaba velada sin que soltasen el aire, contando con la complicidad de la población y de las mismas autoridades, los viejos cantos vascos, dirigidos contra los alfonsinos de hoy lo mismo que contra los cristinos de hace cincuenta años.

Yo, por supuesto, muy poco entendía de esas políticas, y no hubiera podido, á punto fijo, decidir si era Dorregaray ó Martínez Campos quien defendía de veras la causa del derecho y de la patria ; pero me sentía vasco ante todo, y no dejaba de comprender que esos fueros tan peleados eran lo que quedaba en pie de nuestra antigua independencia é historia popular. Además, con ese egoísmo del hombre que todo lo refiere á su propia situación, me parecía que eran esos mismos forasteros de París, que llenaban nuestras playas, los que nos habían corrompido y moralmente arruinado. Y mi rencor contra los Bosquet sirviéndome de opinión política, hacía coro con los que cantaban desaforadamente :

Á la francesa berba
Á la francesa jhan
Á la francesa jhantsi,
Á la francesa edán... (1)

(1) « Á la francesa hablamos, comemos, vestimos y bebemos... » (*Anchinarik ona !* canto popular de Eusebio Azcúe, vizcaíno).

Y clamaba yo también por las boinas coloradas, aunque hacía treinta años que no las usaba de ningún color.

Pero, después de estas inocentes calaveradas y desahogos, volvía-me más pensativo á mi casa, por entre las villas todavía iluminadas ó llenas de música. Casi siempre encontraba á Graciana y á Estela sentadas en la terraza; ésta me preguntaba de donde venía, yo contestaba algunas palabras que no encontraban eco prolongado, y á poco yo ganaba mi cuarto, corrido por el silencio que tenía traza de reproche ó acusación. Ya no venían á visitarnos los Bosquet, y como también muchas otras relaciones, apercibidas de los sucesos, espaciaban más y más las visitas de noche — «por discreción», como decía Estela — la casa estaba sola la mayor parte del tiempo. En cuanto á Manuel, poco paraba después de comer; estábamos á fines de septiembre, que es el gran momento de la estación en Biarritz, y una noche á pretexto de una tertulia, otra por un concierto en el Casino, el muchacho no se demoraba de sobremesa y se iba al pueblo á refocilarse, hasta las dos ó las tres de la mañana.

Las noches en que, por el mal tiempo ú otra causa, yo dejaba de salir, permanecía en el corredor, abrumado por una tristeza inmensa que, algunas veces, tomaba un carácter de sorda irritación ante la actitud insoportable de mi hermana. Parecíame que afectaba encogerse á mi presencia, contestando luego á mis preguntas familiares con una suerte de sumisión hipócrita y como temblorosa que me ponía fuera de quicio. Exageraba el respeto, cual ante un amo despótico y sin entrañas, capaz de cualquier exceso: asentía á cuanto decía yo con un apresuramiento fingido, que chocaba con su genio alborotado y me daba gana de romper algo á mi alrededor... ¡Las mujeres son el mismo diablo!...

Pero, si en la actitud de Estela había mucho de postizo y aspa-ventero, no así en la de Graciana. Lejos de demostrar por fuera su abatimiento, fingía conmigo estar dispuesta para todo. Sólo su fisonomía cada vez más pálida, sus mejillas enflaquecidas, y el círculo violado de sus párpados eran muestra demasiado visible de

su muda y secreta desesperación. Había perdido el apetito ; pero á todas mi preguntas contestaba sonriéndose : *No tengo nada, te lo aseguro ; me siento bien...*

Todas las mañanas salía sola ó con Estela, en dirección á la iglesia. Conocía bastante á mi hija para no tener siquiera el pensamiento remoto de observar su conducta. Un día, que me había levantado más caviloso y descontento que de costumbre, me encontré tan flojo y vacilante en mi propósito, que cedi al deseo supersticioso de examinar nuestra dolorosa situación, allá, más cerca de *ella*. Fui al cementerio ; y aunque estuviera desierto por la hora matinal, pasé tras de la tumba de Teresa para evitar toda posible perturbación. Experimenté al pronto como un gran descanso en este silencio, y me pareció que la quietud de los muertos apaciguaba poco á poco los tormentos de mi vida. No sé cuanto tiempo estuve así, absorto en un recogimiento tan profundo, que me quitó la conciencia de cuanto pasaba á mi alrededor ; cuando un ruido ligero me estremeció. Presté el oído, un tanto inquieto ; después de un intervalo de silencio, percibí nuevamente algo como un lamento vago, un murmullo de ahogados sollozos y de palabras entrecortadas en que volvía esta queja de agonía : ¡ *Mamá Teresa, mamita !...*

Me levanté y di vuelta al sepulcro... De rodillas, casi postrada en la tierra húmeda, asida con una mano en la reja de la tumba, estaba mi hija, mi Graciana, más blanca aún bajo sus velos negros, y con los ojos bañados en lágrimas. Dí un grito que la hizo incorporarse. La levanté del suelo, recordando el tiempo pasado, cuando tenía cinco años y la llevaba á mi boca como una flor bendita ; y así la tuve en mi pecho, cubriéndola de besos y mezclando con los suyos mis sollozos.

En seguida, la hice sentar en un banco de la avenida, bajo un tejo frondoso donde cantaba un gorrión. ¡ Ah ! no fueron muy largas las explicaciones ! El viejo corazón reventó al contacto de ese corazóncito dolorido, y tomando la mano de Graciana entre las mías, le dije :

— ¡Estás sufriendo mucho, hijita del alma! Perdóname... He sido un egoísta : no quería perderte. ¿ Le quieres mucho, verdad? Debe ser digno de tí ¿ cómo habías de amar á quien no te mereciera? He consultado á Teresa, y estamos conformes : te lo doy. Pero dime que me perdonas...

— ¡ Oh ! padre mío ! murmuró la dulce criatura, arrojándome sus brazos al cuello...

Volvimos á casa, saboreando paso á paso las delicias de nuestra íntima felicidad recobrada. Me abrió púdicamente su alma virginal, donde no leía sino pensamientos de pureza y santidad, como en un devocionario. Á ella no le había venido la idea de la separación, y no podía explicarse mis angustias : « ¿ Separarme de tí? murmuraba asombrada, ¿ cómo has podido pensarlo? Gabriel es huérfano de padre como yo de madre : y bien, nuestra familia se completará. Viviremos donde tú quieras ¿ qué importa donde vivamos, siempre que estemos juntos? »

Me convenció. Apenas llegados á casa, tomé aparte á Estela, para consultar con ella sobre lo que habíamos de hacer. Yo temía ahora una repulsa, como antes la hubiera deseado y comprado con mi sangre. Mi hermana me tranquilizó : Gabriel y su madre no habían mudado de propósito ni perdido la esperanza de vencer mi resistencia. Pero era necesaria una visita mía. No hice objeción alguna; fuí á la casa de los Bosquet, y llevé sencillamente á la madre la contestación que había diferido — es decir, mi consentimiento.

Las cuestiones de interés se arreglaron pronta y decentemente. Prevenido por Estela, no hice observación alguna respecto del dote de Graciana : lo fijé en doscientos mil francos. Graciana, que merecía un rey, aunque no tuviera más dote que su belleza y su alma de santa ¡ tuvo que presentarse ante el notario con un puñado de billetes en la mano! Así lo requería el honor de la familia de Bosquet : son las costumbres de la civilización...

Se casaron á fines de octubre, en la pequeña iglesia de Biarritz, con asistencia de toda la sociedad balnearia : un montón de gente

desconocida para mí, que me saludaba con cierto aire de protección amable. ¡Ah! rayo de Dios! qué poco se me daba á mí de las monadas y morisquetas de todos aquellos elegantes tísicos y perfumadas mundanas, sin sangre, ni pulmones, ni corazón; y si no hubiera sido por Graciana!...

VII

Después del corto paseo de moda por Italia, interín madame Bosquet preparaba la instalación en París, donde habíamos de pasar el invierno juntos, los novios volvieron á Biarritz y allí permanecimos hasta mediados de diciembre. Ni con mis cavilaciones quería yo remover los hechos consumados, ni arrepentirme por la corazonada que me hizo quebrantar en una hora la firme resolución de muchos meses. Á decir verdad, tampoco tenía hasta entonces motivo para ello. Dicho se está que Graciana era feliz; así principian todos los matrimonios, hasta los que peor han de concluir, y, como dice un refrán de la tierra: á la luna de miel le toca siempre un cielo sin nubes. Pero otros indicios también me tranquilizaban; todos me daban á entender que, lejos de servir de estorbo, mi presencia completaba su felicidad. Graciana había cumplido su promesa de darme un hijo más: Gabriel me trataba realmente como á padre; había aceptado sin objeción lo que él llamaba la «hospitalidad» en la *Villa Graciana*, como la bauticé al día siguiente del desposorio, para indicar que en adelante sería mi hija la verdadera dueña de casa.

Fuera de sus viajes á París, madame Bosquet pasaba con nosotros la mayor parte del tiempo. Á veces, sentados los dos en la terraza, al buen sol del invierno, parecíamos compadres de veras, cuando seguíamos con la misma mirada de ternura á la pareja alegre que se alejaba hacia el pueblo ó bajaba á la playa, entre risas y gritos que parecían cantos. Esa dicha andante, obra exclusiva nues-

tra, era como otro reflejo de sol y otra brisa marina que acariciaban nuestras almas satisfechas; y yo, pobre viejo sin aspiraciones propias, no pedía á Dios, en recompensa de mi trabajo, sino el derecho de vivir arrimado á este mismo hogar, siempre, sin incomodar á nadie ni pedir cuenta de mi sacrificio. No me costaba querer al que mi hija quería, y, por momentos, mis ojos se detenían en él con tanto cariño real como los de madame Bosquet en mi Graciana. Mis prevenciones respecto de aquella señora se iban desvaneciendo poco á poco; parecíame una buena mujer, á ratos tan sencilla y franca como Estela. Los ribetes pretenciosos que antes me la mostraran poco simpática, se ocultaban y perdían en la sanidad del fondo... Así somos los montañeses sencillos, de una pieza para odiar ó querer; el corazón del vasco es como su tierra: picos ó despeñaderos, pero todo de piedra y á la vista ¡ nada de pantanos ni tembladerales !...

En resumidas cuentas, todos estábamos encantados con la nueva existencia. Digo todos, pues nadie se ocupaba en averiguar la opinión de una sirvienta. Aschuna era la única que no se rendía; pero protestaba con su alejamiento y su silencio. Ni antes ni después había aceptado á Gabriel —yo lo sentía, lo adivinaba por su actitud más que por sus pocas palabras. Con todo, la víspera de marcharnos á París, la pobre chinita me preguntó, mirándome á la cara:

—Y yo, señor ¿cuándo me vuelvo á mi casa?

—¡Tu casa! contestéle fingiendo indignación ¿acaso quieres abandonar á Graciana, no estás bien con nosotros?

—Vea Vd., señor, agregó con intención y meneando la cabeza, sería mejor que Vd. me mandara ahora ¿quién sabe si no tendrá que mandarme después, quiera ó no quiera?

Esa observación de la sirvienta montaraz me disgustó bastante, y le ordené rudamente que fuera á prepararse para acompañarnos.

Nuestra instalación en París fué cómoda y confortable. Madame Bosquet se había ocupado de todo con su sentido práctico y su actividad habitual. Hizo un último viaje á París, mientras estábamos to-

davía en Biarritz, y á su vuelta me comunicó que había sentido sobremedera no poder adquirir un inmueble admirablemente situado y bastante espacioso para la familia entera. Pero su antigua casita no valía sino ciento veinte mil francos, y le habían pedido doscientos mil por la nueva. Era una lástima: una ocasión única; pero le repugnaba hipotecar sus bienes... y me mostraba los planos de la casa — del *hotel*, como decía ella, con toda la boca llena.

Consulté á Manuel, que me contestó ingenuamente:

— Pero, la fortuna es tuya; y además se trata de todos nosotros. No necesitas de mi aprobación; sin embargo, por mi parte apruebo tu pensamiento...

Eran ochenta mil francos añadidos á la dote matrimonial; una *yapa* algo considerable. Pero había recibido buenas noticias de la Cañada; y además, ya que debíamos también vivir allí con Manuel y Estela — que se había resuelto á dejar su Guétary — era muy natural que adelantáramos algo por alquileres. Puse en manos de madame Bosquet un cheque de cien mil francos contra mi banquero, diciéndole:

— Con el excedente, le ruego á Vd. que nos haga arreglar el pequeño departamento que necesitamos Estela, Manuel y yo...

Y agregué para mí: « Bah! cien mil francos, en resumidas cuentas, no son sino veinte mil duros; despacharé quinientos novillos más al Perú... »

Madame Bosquet volvió á marcharse definitivamente, precediéndonos por algunas semanas; cuando llegamos, estaba todo concluido é instalado. La casa, situada Rue Poncelet, cerca de los Campos Elíscos, tenía muy buena apariencia, con su jardincito al frente y su puerta de reja. Se componía de un cuerpo central y dos pabellones contiguos. En uno de éstos estábamos alojados todos los Baigorri, ocupando el centro el joven matrimonio con la suegra de Graciana; el segundo pabellón estaba reservado para salas de recibo, estudio y biblioteca. Madame Bosquet nos dijo con satisfacción:

— Los he colocado á ustedes juntos para que estén con más independencia...

No contesté nada, pero la advertencia me sorprendió : independientes... ¿de quién, de Graciana?

Por lo demás, ese pabellón, fuera de nuestras habitaciones, comprendía un comedor y un saloncito : todo muy decentemente amueblado, y pronto para constituir, el día que quisiéramos, un departamento completo y tan desligado del resto del *hôtel*, como la casa vecina.

No soy caviloso, pero sentí al punto una vaga inquietud, un anuncio indefinible de lo que estaba por venir. Y desde el día de la instalación, en medio de las exclamaciones alegres de Graciana, divisé la primera nube que cruzó rápidamente nuestro cielo sereno.

VIII

Manuel estaba encantado con esta combinación. Colocó su piano en nuestra pequeña salita para estudiar á su gusto, después de las lecciones del Conservatorio. Naturalmente, no hice observación alguna contra sus proyectos musicales. Puesto que habíamos resuelto vivir en Francia, no podía oponerme á lo que Estela llamaba su « vocación ». Á mí la tal vocación no me decía gran cosa : pero el muchacho era juicioso, reposado, cariñoso conmigo ; yo sabía que, músico ó no, sería un hombre honrado ; tenía los medios de vivir sin trabajar, con sus gustos modestos. Los mil francos mensuales que le pasaba para « dinero de bolsillo » le bastaban ampliamente, pues encontraba todavía cómo comprar con el excedente, libros y música. Por ese lado todo marchaba bien.

Graciana entró de lleno en el movimiento del mundo parisien-se : visitas, bailes, conciertos, teatros, obras de beneficencia, en fin, esa existencia artificial y febril que gasta las fuerzas mucho más rápidamente que los sufrimientos y las privaciones. Insensiblemente, llegamos á vernos con menos frecuencia. Por la maña-

na, ni Graciana ni su marido solían asistir al almuerzo, por no estar levantados aún. Después de un ligero desayuno, se vestían para visitar ó pasear por el bosque. Algunas veces los acompañé, pero como viera que no insistían mucho cuando pretextaba poco deseo de ir, me acostumbré á dejarlos salir solos. En los primeros tiempos, todavía nos encontrábamos reunidos para la comida; fuera de las noches de gala, estábamos sin invitados, y esa hora de buena intimidad bastaba para llenar el vacío de todo el día. Pero comenzaron las comidas de etiqueta y recibos en el *hotel*: además del traje de ceremonia que me pesaba en el cuerpo como una coraza y las presentaciones en que no encontraba nada que decir, venían las conversaciones sobre personas y cosas desconocidas... Y yo me quedaba inmóvil y callado, al lado de Estela aún más contrariada que yo.

Entonces comprendimos la utilidad del departamento independiente; y con mi hermana solíamos comer solos en nuestro pabellón, ocultando mutuamente nuestros pensamientos y procurando conversar de lo que no nos interesara. Algunas veces nos acompañaba Manuel, pero Estela era la primera en aconsejarle que se fuera allá, para aprender los usos del mundo y adquirir relaciones, y, por supuesto, el muchacho no se hacía repetir la invitación.

La primera que puso el dedo en la llaga secreta fué la criada Aschuna. Una mañana se presentó en mi cuarto, diciéndome que quería de una vez volverse á América; y como rompiera á llorar en el principio de sus explicaciones, esto no contribuyó para que fueran más claras. Pero, yo no necesitaba mucho para comprender. Graciana había tomado una *femme de chambre* parisiense para reemplazarla: la sirvienta que la vió nacer, y la cargó en sus brazos en la estancia, no era bastante elegante y entendida para servirla ya. Además, tenía confianzas de nodriza que no cuadraban á su nueva situación...

Comprendí que era inútil aplazar lo que era inevitable. Me entendí con una familia argentina que volvía á Buenos Aires; aseguré la

existencia de nuestra humilde compañera de tantos años, escribiendo á mi socio para que eso fuera cumplido exactamente, y todo quedó concluído á mediados de marzo. Á las ocho de la mañana Aschuna vino á despedirse de nosotros. Estela le puso en la mano un regalo que había comprado para ella, y otro tanto hizo Manuel, después de un abrazo que para la pobre valía mucho más. La sirvienta me miraba sin decir una palabra. Comprendí su pregunta callada y le dije:

—¿Cómo quieres irte sin verla? Entrate por allá, si está durmiendo se despertará...

Y la empujé por el hombro hacia el aposento de Graciana sintiendo una especie de sorda irritación. Entró en el tocador, pero volvió á salir á los pocos segundos. La sirvienta tenía orden de no entrar antes de ser llamada; pero el señor Bosquet le había hecho entregar una carta cerrada con esta dirección: *Para Mercedes*. Llamé á la mucama francesa le tiré á la cara la carta de su amo, gritándole:

« ¡Dígales á su señor y á su señora que no hay aquí persona de este nombre, y que Aschuna no pide limosna! »

Y dándome vuelta hacia Estela, con los labios trémulos de indignación, agregué:

—Ya que Graciana se olvida de sus deberes, yo los cumpliré por ella. ¡Acompañaré á esta chinita hasta Burdeos, y que se rían de mí los tontos y los desalmados!...

IX

Pensaba volver á París inmediatamente, después de embarcar á Aschuna; pero en el malecón dí con un antiguo comerciante de Buenos Aires, que me acompañó hasta el centro, é hizo tantos empeños que me quedé con él en el *Hotel de Bayonne*, tres ó cuatro días. — ¿Qué asunto urgente le llama á Vd? me preguntaba cada vez que quería emprender la vuelta.

Y ¡á fe mía! no sabía qué contestarle. Tiempo hacía ya que mis hijos caminaban solos, y no podía contarle á un extraño las circunstancias poco gratas de mi salida de París.

Al cabo me resolví; después de comer, tomé el *rápido*, despidiéndome de mi nuevo amigo, como de un compadre de veinte años. ¡Qué buenas charlas sobre las gentes y las cosas del Plata! Parecía-me que después de muchos años había dado al fin con un paisano mío!

Al encontrarme solo en mi departamento del salón-dormitorio, no pude dejar de reflexionar en la situación incómoda que me había creado con mi alborotada salida de la casa. No me arrepentía, por cierto, de mi buena acción con una pobre mujer envejecida en nuestro servicio, y que, después de diez años de destierro, se separaba de nosotros poco menos que echada...

Pero, me confesaba también que la violencia es pocas veces buena consejera. Era por lo menos inútil tratar duramente, y delante de una mucama, á mi hija y á mi yerno, culpables quizá de indolencia más que de mala voluntad. Iba á encontrarlos, ahora, probablemente resentidos conmigo. ¿Quién sabe si la suegra, siempre celosa de mi influencia con Graciana, no se habría valido de mi algarada para abultar las cosas y promover escenas penosas entre los dos jóvenes?

Todo esto y mucho más iba repitiéndome, á medida que el tren devoraba la distancia que me separaba de París. No había calculado que el *rápido* me llevaría al término de mi viaje antes del amanecer. Me había quedado dormido, y la brusca interrupción del movimiento me despertó, al tiempo que el empleado abría la portezuela: estábamos en París. Á la desteñida luz del alba, reconocí la estación de Orléans. Me metí en un coche de alquiler y empezamos á rodar á través de las calles interminables. Me sentía más solo en esta inmensa ciudad dormida que en mis trasnochadas por el desierto de Atacama. Atravesamos el Sena y entramos en los grandes bulevares, sin más transeuntes á esta hora matinal que los jornaleros que iban

al trabajo y algunos grupos de vividores nocturnos que salían de una orgía. La masa de la población estaba todavía entregada al sueño; y lo que se divisaba al pálido reflejo del alba, era el París vicioso ó ese otro París lúgubre y miserable que arrastra por el asfalto de los bulevares desiertos sus pies todavía mal descansados de la labor de la víspera. ¡Ah! ¿por qué muchos de esos infelices no se resolvían á dejar el seno de esa patria que se volvía para ellos madrastra, con ser tantos los hijos que necesitaba criar? ¿por qué no cruzaban los mares en busca de las tierras nuevas y anchas donde el trabajo es fácil y bendecido, y hasta la pobreza pierde su aspecto irremediable y desconsolador?

El trayecto por el bulevar Haussmann, que me anunciaba la próxima llegada, volvió mi pensamiento á la realidad. Me contrariaba sobremanera volver á tales horas, encontrando cerrada la puerta y obligado á alborotar toda la casa. No quería despertar á mi Graciana: prefería verla entrar en mi cuarto como una bocanada de primavera, cuando le dieran la noticia. Abriría mis brazos, y en dos besos, sin más explicaciones, irían pelillos á la mar. Y en resumidas cuentas, si ella quisiera refirme por el mal rato que le causara mi calaverada: pues bien, dejaría que me retara á su gusto, seguro de salir perdonado y ganancioso de la escena. Pobre Graciana ¡qué tristes horas le había procurado!...

El carruaje dobló la esquina de la *Avenue des Ternes*, y bruscamente, me encontré embutido en una fila de coches parados: creía equivocarme, pero la duda no era posible. Á la vislumbre del amanecer, que empañaba ya las luces del gas, vi mi casa abierta, iluminada, llena de gentes que entraban y salían. Mi coche de alquiler tuvo que detenerse, y, para no esperar más, pagué al cochero y con mi balija en la mano, salvé el umbral del jardín.

Mi aspecto de viajero estaba tan poco en la nota del momento, que el conserje vaciló un segundo antes de reconocermé. Llamó á un sirviente que pasaba — nuevo ó alquilado para la noche — y que me libró de mi maleta. En dos palabras, el portero me puso al corrien-

te: era un gran baile de fin de estación; una fiesta magnífica, etc., etc. Magnífica ó no, la fiesta estaba concluyendo, pues encontraba á cada paso parejas con sobretodo y tapados blancos que ganaban sus carruajes. Fuí derecho á mi pabellón, algo corrido con verme de sombrero gacho y sobretodo de viaje en medio de tanto amigo encopetado de mi hija. Entré en mi cuarto con verdadera satisfacción, y me dejé caer en mi sofá, lanzando al aire un gran suspiro de descanso.

Mi dormitorio se encontraba entre el saloncito de que ya hablé y el cuarto de Estela. Al principio, creí que mi hermana estaba de recibo con la gente de casa, pues escuchaba un murmullo de conversaciones cubierto á ratos por un chasquido seco que no me podía explicar. Pregunté al sirviente y éste me avisó que se había convertido esa habitación en sala de juego, para la circunstancia. En buena hora: llevaban alegremente el peso de mi ausencia. En cuanto á Estela, según se me dijo, no había querido dejarse ver en el baile, encerrándose desde temprano en su dormitorio.

Conocía las hábitos de mi hermana, y no dudé de que estaba ya despierta: fuí á la puerta de comunicación y la llamé en voz alta. Á los cinco minutos, la puerta se abrió y Estela vino corriendo á abrazarme. Después de las preguntas y respuestas de fórmula, me pareció notar en ella cierto embarazo y como un deseo de no entrar en muchos pormenores respecto de la fiesta que concluía. Las últimas notas apagadas de la orquesta llegaban hasta nosotros, y sonriéndome le dije:

— Esto tiene traza de durar hasta el almuerzo.

Me contestó, como distraída:

— Ha de ser el cotillón que se prolonga todavía; pero está el baile para terminar. Debe haber sido espléndido.

— Y ¿cómo no has ido tú, siquiera para reemplazarme?

Estela me contestó evasivamente; yo notaba en sus palabras un acento descontento y como trabado, muy distinto de su acostumbrada verbosidad. Como le reprochaba cariñosamente tanta indife-

rencia por Graciana y su marido, vi sus ojos hincharse con lágrimas que al fin no pudo contener, y entonces supe la verdad.

El mismo día de mi salida para Burdeos, ese baile, de muy atrás preparado, se fijó para esta noche. Estela creyó que debía hacer notar á Graciana la inoportunidad de una fiesta dada en ausencia mía, mayormente teniendo yo que volver de un día para otro. Mi hija parecía convencida; pero Gabriel y su madre intervinieron. «Creía comprender hace tiempo que los Bosquet evitaban más y más nuestro contacto con sus amigos. Esta vez me convencí de que, lejos de lamentar tu ausencia, se felicitaban de la ocasión. No sé si hago mal en decírtelo, Martín, pero no puedo fingir más. Esa gente se ruboriza de nosotros. ¡Ah! yo tengo la culpa y te pido perdón, pues tendrás mucho que sufrir!... No quise asistir á ese baile, y nadie insistió. Graciana es buena, he visto sus ojos colorados después de conocer mi resolución. Pero, al fin, está de parte de su marido: es su deber. Te digo que nos desprecian. Ahora, si quieres saber cuándo me marchó á Guétary, te anuncio que estoy de viaje la semana próxima. ¡Estoy muy vieja para sufrir desaires!»

Sentí un golpe de sangre al corazón, y debí ponerme muy pálido, pues mi hermana me hizo una seña suplicante indicándome el cuarto vecino, desde donde podían oirme. Me contuve, y Estela aprovechó el momento de silencio, para agregar en voz baja:

— Sobre todo, hermano, guarda consideración por Graciana: toda emoción violenta sería un peligro, en su estado...

Y al pensar que no sería ella quien recibiera en sus brazos al niño tan anhelado y querido de antemano, Estela rompió nuevamente á sollozar.

En ese momento la puerta se abrió, y entró vivamente Graciana dando un grito de alegría tan franco, que olvidé un instante cuanto acababa de oír. Á pesar de la hora matinal que suele marchitar los colores más juveniles, ella estaba tan fresca y rosada como si se levantara de dormir. Después de despedir á la última familia invitada, acababa de saber mi llegada, y no había resistido al deseo de

abrazarme antes de acostarse. Gabriel se había retirado ya... Pero en cuanto supiera...

Le rogué que no molestara á su marido: luego nos veríamos. Y la iba conduciendo á la puerta que comunicaba con el pasadizo, cuando reparó en la cara entristecida de su tía, y corrió hacia ella con su ímpetu de corazón.

— ¿Qué tienes, Estela? No quiero verte triste cuando soy tan feliz... Te juro que ha sido mala inteligencia...

Y con esa volubilidad febril que produce el exceso de fatiga nerviosa, Graciana habló de mil cosas en cinco minutos: de su cariño por nosotros, de los sentimientos de los Bosquet, del éxito de la fiesta: «Había dos barones y un vizconde... El señor X ex colaborador del *Figaro* y redactor en jefe de la *Revista de los salones*, había prometido un *compte-rendu*—no en el *Figaro*, desgraciadamente—sino en la *Revista*. En fin ¡un gran triunfo!...

Cuando Graciana se hubo retirado, Estela me miró fijamente mientras meneaba la cabeza. Comprendí su intención, y le dije:

—Tienes razón, comenzamos á estar demás en esta casa: vizcondes, bailes, nuestro hogar exhibido en los diarios... Vuelve á Guétary, pobre hermana; creo que yo mismo no tardaré mucho en seguirte también...

X

Á pesar de todos nuestros empeños, muy sinceros por parte de Graciana y Manuel, se marchó Estela como lo había anunciado; la vasca testaruda nada quiso saber de pegamientos ni composturas. Por una extraña coincidencia, madame Bosquet tuvo que salir muy temprano ese mismo día, y Gabriel había anunciado desde la víspera que sentía no poder acompañar á «su tía», por tener entre manos un informe urgente. Fuimos, pues, mis hijos y yo hasta la estación. Prometimos á Estela ir pronto á Biarritz; y se perdió á lo lejos el tren que llevaba á mi desengañada hermana...

Quedaba solo con mis hijos, que parecían tan conmovidos como yo, y me vino un gran deseo de pasar con ellos el resto del día. Era una encantadora mañana de mayo; los castaños de las avenidas estaban en flor, y nos llegaban bocanadas de brisa tibia con olor de lilas y violetas. Hice bajar la capota de nuestro landó, y, ya en marcha por los bulevares, dije á Graciana:

—Es necesario que me des este día de asueto. Vamos á almorzar los tres á cualquier parte, al Bosque ó á Vincennes: quiero echar una cana al aire ¿estamos?...

Pero mi proposición no fué recibida con el entusiasmo que esperaba. Después de una rápida mirada á Manuel, Graciana me tomó de la mano y con un gran acento de pesar, me dijo:

—¡Qué desgracia! Tenemos hoy el compromiso de ir los tres con Gabriel á visitar el taller del gran pintor Dumarsais. Es una fatalidad: Gabriel nos espera y el artista está prevenido. Además, creo que se aprovechará de la circunstancia para escuchar la sentencia del pintor respecto de mi retrato: él no pinta sino cabezas de carácter... Ya comprendes lo importante de esta visita...

—Sí, ya comprendo, murmuré con desaliento.

—Pero ¿por qué no vienes con nosotros? preguntó Manuel.

—¡Qué entiendo yo de cuadros ni de cabezas de carácter! contesté con mal humor... Y no agregué una sola palabra hasta llegar á casa.

Entonces, volvieron á correr los malos días de otro tiempo, con algo más de abandono y tristeza incurable que me los hacía más pesados que antes. Los Bosquet resolvieron demorar la salida al campo hasta después del Gran Premio; pero, entonces, el estado de Graciana impidió un viaje tan largo como el de Biarritz. Alquilaron una casita en Saint-Germain, la que era tan estrecha que no podíamos pensar en instalarnos allí todos nosotros. Mi yerno resolvió alegremente la dificultad, diciendo:

—Manuel está más apurado que nunca con sus estudios, en vísperas de los exámenes. Don Martín quedará para acompañarle en

París. Es cosa de un mes, á lo más... Y Saint-Germain está á cuarenta minutos de ferrocarril. Quedarán los dos de caseros...

Tiempo hacía que evitaba toda cuestión. Sentía que fermentaba en mi alma una levadura de indignación que ya nada podía disolver. No hice objeción alguna, y los dejé partir. Consideraba á Graciana como perdida para mí, y sólo me quedaba ya la esperanza de aprovechar la forzosa intimidad de la vida entre dos, para reconquistar á Manuel.

Pero aquí también me esperaba una nueva sorpresa. Mi hijo había tomado un profesor particular que, según él, le era indispensable para preparar sus exámenes, sobre todo al aproximarse el gran concurso para el premio de Roma. Salía por la mañana, almorzaba allá por el boulevard Poissonnière, cerca del Conservatorio, volvía para comer, y ganaba nuevamente la calle poco después, con motivo de una sesión musical ú otra ceremonia que yo no quería averiguar.

¡Ay! qué largas y tristes horas he pasado en ese bullicioso París, ahora desierto para mí! Tenía dos hijos, y estaba obligado á esperar durante días enteros un momento de libre conversación con ellos. Manuel estaba más preocupado y sombrío, á medida que se acercaba la época de los concursos — de la « entrada en logia » como él decía. Á veces lo encontraba tan descorazonado, que le tenía lástima y le decía:

— ¡No estés triste, Manolo! Si sales mal, nos volveremos á la Cañada. Te prometo llevar el mejor piano de París...

— ¡Ah! no hable Vd. así, padre mío! contestaba con acento desesperado: el pensamiento de un descalabro posible me pone fuera de mí. Sólo un compañero me inspira terror: es un pobre diablo, Pedro Mazolier, que almuerza todas las mañanas con un panecillo de dos cuartos, que trae en el bolsillo y desmenuza con los dedos. Pero ¡tiene genio! Y el día en que se proclame su nombre vencedor, me parecerá más rico y envidiable que todos los elegantes impotentes como yo...

La primera semana fui á Saint-Germain casi diariamente. Pero me encontraba siempre con familias de visita; nuevas relaciones aristocráticas de los Bosquet. Noté que casi nunca me recibían en el salón, sino en un cuartito de huéspedes, donde se turnaban Graciana y los Bosquet para hacerme compañía; otras veces me invitaban para un paseo á la selva. Me volvía á veces sin haber cruzado cuatro palabras con mi hija. Y entonces, dejé pasar semanas enteras sin moverme de París. ¿Para qué incomodarlos más? Pertenecían á un mundo donde no podía yo penetrar sin ser ridículo ó causar extrañeza. Tal vez más tarde me dejarían al nietecito, para quedar ellos más libres. Y esta sola idea me daba fuerzas para aguantarlo todo. ¡Ese siquiera sería mío, todo mío, durante cinco ó seis años!

XI

Á principios de junio, Manuel entró en logia para el concurso tan anhelado y temido. Á los pocos días, salió de su reclusión, pálido y ojeroso, y estaba preparándose para ir á tomar el tren en la estación *Saint-Lazare*, cuando ví entrar á mi yerno con una cara entre contenta y preocupada. Me apretó la mano con menos frialdad que de costumbre, exclamando:

—¡Ya soy padre! Graciana está fuera de peligro...

—¡Cómo! exclamé asombrado y casi indignado ¡todo eso ha pasado y no me han prevenido!...

Se disculpó diciendo que había sido una sorpresa para todos. Felizmente estaban su madre y la baronesa de *no sé cuántos*, la cual se había portado con toda abnegación... En fin, todo había pasado con felicidad. Pero ¡era una niña!

No quise saber más, ni siquiera averiguar si él se volvía ó no para allá. Tomé el primer tren y caí á la casita que miraba al río. ¿*Dónde está?* grité desahogado al primer bulto con quien tropecé. Me lle-

varon al cuarto de Graciana, que me abrazó toda llorosa. ¡ Ya se ve, la debilidad! Pero yo repetía *¿dónde está?* como que no me había referido sólo á la madre. Al fin me trajeron el montoncito rosado en un nido de encajes blancos.

Pero delante de aquellas sirvientas y personas extrañas no me sentía libre. Pedí permiso para llevarla al cuarto vecino, y sólo allí me desahugué besando la criatura y porfiando por descubrir en el pequeño sér delicado y sin facciones aún, los rasgos de Graciana cuando chiquita. Entonces, en ese cuarto adornado y dorado en los cuatro cantos, me acordé de los tiempos lejanos, de los años de franca alegría y robusta juventud, cuando había recibido en mis brazos á la criatura que era hoy esposa y madre. La cara de Graciana se confundía en mi recuerdo con la de Teresa... sin saber por qué me puse á llorar como una mujer, y tuve que devolver la niña á su nodriza...

Encontré á madame Bosquet en un pasadizo, y me sentía tan feliz, que le dí un buen apretón de manos, exclamando:

— ¡ Esta vez sí que vamos á ser compadres! Vd. es madrina y yo padrino ¿verdad?

Me miró como asombrada, preguntándome:

— ¿Cómo, no le ha dicho Gabriel? El señor barón de Vernoy, Consejero de Estado, nos ha hecho el honor de ofrecerse con su esposa. Vd. comprende que no podíamos...

La interrumpí rudamente, y con un acento de desprecio que acaso parecía mayor por el esfuerzo que hacía para contenerme, al fin la arrojé á la cara, entre dos puertas, cuanto había amontonado en el corazón, durante seis meses:

— Lo que comprendo es que ni su hijo ni Vd. tienen entrañas. Desde que han conseguido lo que querían: mi hija con su dote y lo demás— no piensan sino en la manera de deshacerse de nosotros. ¡ Lo que hemos tragado de ultrajes sordos y de desaires! ¡ Oh! ¡ rayo de Dios, si no fuera por ella!.. Y ¿qué son ustedes para despreciarnos á Estela y á mí? ¿Quién conoce el nombre de Gabriel, qué ha hecho, en qué fundan tanta vanidad? ¿En sus dos casitas minadas

de hipotecas, y su *propiedad* á la que yo daría vuelta á la pata coja en diez minutos? ¡ Han vuelto ustedes á saber lo que es dar recibos en su casa, gracias á nosotros: lo que bailaba este invierno en la rue Poncelet era la dote de Graciana!... ¡ Puede usted repetir mis palabras á su hijo: no me importa!.. ¡ Ojalá quiera venir á pedirme más explicaciones!...

Y salí como un huracán de aquella maldita casucha de cartón y papel pintado, parecida á sus dueños... Á la noche le conté todo á Manuel, esperando verle estallar en indignación. Pero se quedó muy frío y hasta procuró disculpar á aquella gente. Eran las sujeciones, los sacrificios de la posición. — Gabriel tendría en el barón á un protector poderoso, etc. No pude contenerme y le grité como á la otra :

— ¡ También tu estás con los extraños contra tu padre! ¡ Ah! maldita educación que seca y achata el corazón! ¡ Anda, pues, á tocar tus teclitas y refregarte con los vizcondes y barones de pacotilla! Olvidate que si te reciben allí, es gracias á estas manos encallecidas en treinta años de trabajos. ¡ Ah! miseria! y para eso he tenido yo hijos y querido ser rico! Está bien, yo me voy: vuelve á tus musiquitas, muchacho ¡ sabes que la pensión no te ha de faltar!...

XII

Bien se figurará Vd. que no pasé una noche muy tranquila, después de las escenas que acabo de referir. Un padre que riñe con sus hijos se parece á aquel caballero herido de quien dice una leyenda de mi país que, en una batalla, se abrió una vena para beber su propia sangre ¡ tanta era la sed que le devoraba! Nuestros hijos son parte de nuestra vida, son nuestra carne, y cuando los herimos, sentimos el dolor más que ellos mismos.

Al día siguiente, me levanté con el deseo de tratar mejor á Manuel. Después de mi estallido, yo había salido bruscamente, deján-

dolo entregado á sus remordimientos. Estaba persuadido de que mis palabras indignadas habían producido en su corazón el efecto de un hierro candente. Lo había visto caer en el sofá, blanco como el yeso del cielo raso, y cubriéndose la cara con las manos. ¡Vamos! el muchacho era disculpable: al principio no se había dado cuenta de la situación; pero con esa andanada, me lo había dado vuelta como un guante.

Con estas ideas, entré en su cuarto. Estaba vacío, y la cama sin deshacer. Interrogué al sirviente: me dijo que Manuel había llenado una maleta y que él mismo la había llevado hasta la estación *Saint-Lazare*, donde tomó el tren de las diez, con boleto para *Saint-Germain*. Al escuchar esta noticia, sentí una opresión en el pecho, como si me faltara la respiración. ¡Mi hijo me había dejado para irse á vivir con ellos!

Me puse á cavilar tristemente en los misterios de la vida. ¿Cómo podía salir de mí y de Teresa, que era una santa, un hijo cobarde y sin corazón? ¡Oh! este era el resultado del abandono de la familia. Lejos del hogar tranquilo y cariñoso, se había criado en los colegios y las aceras de París, como esas plantas frutales que, al crecer al aire libre y sin cuidado, no dan sino flores vistosas sin semilla de provecho. Y era hombre ya, sin más compostura posible que el escarmiento de la existencia. Era muy tarde para que pudiera convencerle con mis palabras, y temprano aún para que sacara enseñanza del experimento en la propia carne.

Sin embargo, no había que desesperar todavía. ¿Quién sabe si había ido á casa de Graciana impelido por un deseo de reconciliación? Este pensamiento me alivió, y hasta saber si estaba ó no fundado, salí á la calle para buscar alguna distracción en el movimiento de la gran ciudad. Á las once entré en un café para almorzar. Estaba recorriendo maquinalmente un diario sin poder fijar mis ideas en lo que leía, cuando un encabezamiento de artículo paró mi atención: CONSERVATORIO DE MÚSICA. Era el resultado del concurso para el gran premio de Roma. Leí una serie de nombres

desconocidos, y allá, en la cuarta ó quinta fila, encontré á mi pobre Manuel con un *accessit* de composición...

No me daba cuenta de lo que pudiera importar el tal concurso. Si se trataba de dinero, Manuel tenía más del que pudiera regalarle el gobierno. No obstante, me sentí como humillado en el primer momento. El resto del artículo era un elogio de un tal Mazolier que había salido primero — ¡ *Grand prix de Rome!* — y me acordé entonces del pobre muchacho que almorzaba con un pan de dos cuartos. Era él: ya recordaba su nombre; y me figuraba la felicidad de su anciano padre al ver á las gacetas saludar ese nombre ya célebre, esa pobreza estudiosa, ese resultado de años de privaciones y valiente labor. Me venían ganas de conocerlo, de ir á abrazarlo en su boardilla y dejar en su mesita de trabajo un puñado de billetes azules, para que no tuviera que sufrir más...

Pero otro pensamiento más absorbente cruzó por mi cabeza: Manuel conocía ya el resultado. Estaría desencantado de esa descabellada carrera de músico: se resolvería á dejar á París después de esta última decepción. Y en mi egoísmo de padre, confieso que me alegré de su derrota, que lo arrojaba nuevamente en mis brazos.

Volví á casa con el pensamiento de tener allí alguna novedad.

Efectivamente, me entregaron una carta de Manuel. ¡ Ah! la leí tantas veces que la sé todavía de memoria! Decía lo siguiente:

« Mi querido padre: Anoche comprendí que no podíamos entendernos. Vine á casa de Graciana muy resuelto á tomar un partido que me diera los medios de vivir independiente. Felizmente, he tenido la suerte de alcanzar un rango honorable en el concurso: el Jurado me ha acordado un *accessit*. Este resultado me decide á seguir mis estudios un año más.

« Estoy seguro del éxito para el año que viene. Creo que Vd. no se opondrá á mi resolución. Graciana y Gabriel me ofrecen su casa, y sólo espero su consentimiento de Vd. para arreglar mi vida en el sentido que acabo de indicar. Mi vocación artística se ha afirmado

con esta prueba, y nunca sería feliz en otra profesión.—Le mando un abrazo. Su hijo: MANUEL. »

Volví á leer esa carta, la doblé cuidadosamente y la guardé en mi bolsillo. En seguida, fuí á la agencia de las Mensajerías Marítimas, bulevar de la Madeleine, y tomé mi pasaje para la partida siguiente, del 20 de agosto. Arreglé con mi banquero la pensión de Manuel para un año más, concluí con todo lo que tenía que hacer en París, y la víspera de dejar aquella casa, cuya atmósfera me sofocaba, como si los techos se bajaran día á día, mandé estos renglones á Saint-Germain :

« Voy á pasar quince días en Biarritz. Me embarcaré en Burdeos el 20 de agosto, en el *Équateur*. Perdono á mis hijos lo que he sufrido por ellos, y les deseo felicidad. »

Mandé esta carta por la mañana, y ¿por qué no confesar esta debilidad de padre? — esperé todo ese día en casa, con la esperanza de ver la puerta abrirse de golpe, y que se presentara Manuel ó el otro — ya que Graciana no podía salir. — Pero nadie vino, y quedó indeleble en mi alma la suprema amargura de esta última decepción.

Estas dos semanas de Biarritz fueron crueles. La terquedad vasconce de Estela, que no quería perdonar á los ingratos, era para mí como una chaira en que se afilaba diariamente mi rencor. Aseguré la modesta existencia de mi hermana, dejándole, además, un depósito para algún caso imprevisto, un revés que no era imposible alcanzara á mis hijos. La víspera de marcharme fuí alcementerio. Dije á Teresa, en la tristeza del último adiós : « He hecho cuanto he podido por tus hijos. No pudiendo vivir con ellos, te he obedecido : he procurado su felicidad á costa de la mía ».

Y subí en el tren. Había recibido una carta de Graciana que me anunciaba su completo restablecimiento y me prevenía también que toda la familia me despediría en Burdeos. No quise prolongar inútilmente esas horas amargas, y sólo les avisé mi salida de Biarritz la víspera de mi embarque. Encontré á Graciana, á Manuel y á mi yerno en la estación. Sentí una opresión del corazón, cuando no vi

á la niñita. ¡Ah! aquella mujer maldita se había vengado hasta en el último minuto: la había hecho quedar con ella en París.

Esos minutos de despedida era incómodos para todos. Había demasiada cortesía y condescendencia fingida en nuestras palabras. Aprobé la resolución de Manuel: me prometió venir á la estancia el año siguiente. Á Graciana nada tenía que decirle. Al fin nos abrazamos por última vez. Pero había entre nuestros corazones algo extraño que les impedía estrecharse y confundirse; algo parecido al apretón de las manos enguantadas: no se tocaban las carnes.

Han transcurrido dos años. Por lo que conoce Vd. ya, no tengo necesidad de pintarle mi vida. Graciana me escribe con cierta regularidad, y Manuel algunas veces. Mi muchacho es hombre ya, pero su vida es más inútil y vacía que cuando se pasaba los días corriendo por estos montes, buscando nidos ó colmenas silvestres. En lugar del premio que esperaba, el año pasado no alcanzó siquiera el *accessit* del concurso anterior. Ha entrado en la administración, después de hacer su servicio militar. Le gusta más copiar notas ó limarse las uñas delante de su escritorio que venir á trabajar á mi lado. Estela me dice que es arreglado, económico, nada calavera — y que se espera ascienda á jefe de división á los cuarenta años.

No he querido vivir con mi socio. Prefiero esta existencia de perro, sin novedades ni conversaciones. Él tiene su casa más adelante: Vd. la verá de paso. Cuando me quedo unas horas allí, en medio de ese hogar lleno de risas y gritería de muchachos, cuando oigo á esa madre que charla con sus hijos, los riñe un minuto por una travesura, y cuenta luego el caso á mi socio que hace bailar al delincuente en sus rodillas... ¡Ah! entonces maldigo la ambición y la vanidad paterna que han acarreado nuestra desgracia!...

Me acuerdo de nuestra pasada felicidad, cuando éramos todos jóvenes y vivíamos como campesinos acomodados. Me figuro que esa mujer de mi socio podría ser Graciana, y suyos esos muchachos robustos y sueltos como cabritos, en lugar de su *bebé* delicado y menudo,

criado entre algodón, y que nunca quizás conoceré... Después de estas visitas, me parece más vacía mi casa, llena de cuartos sin huéspedes, y más frío que antes este hogar desierto...

A fe mía, no sé por qué le he contado todo eso... Vd. no es un aldeano como yo. Sin embargo, la experiencia de un viejo campesino puede tener para otros su enseñanza. Cuando se viaja en caravana, no habiendo baqueanos del camino, los primeros que dan en un mal paso lanzan el grito de ¡ alerta ! á los que vienen detrás: así me parece que ha de suceder también en el viaje de la vida.

P. GROUSSAC.

LA EDUCACIÓN POR EL FOLLETÍN

Días pasados fuí á casa de mi amigo X., á las diez de la mañana, es decir, algo temprano para encontrar despabilado á uno de los más distinguidos *clubmen* de Buenos Aires. En el hall suntuoso y fresco — que sería del todo *chic* si un ratero inteligente lo aligerase de algunas chucherías aciagas — la joven señora de X. estaba sentada delante de la mesita. Elegante, risueña, con su gracia casi tímida que la hace más simpática, interrumpió la lectura de *La Nación* para recibirme, y á los pocos minutos de una charla poco profunda se levantó para ir á mover al dormilón.

Dejé caer la mirada en el diario, para desviarla de un bronce afligente : estaba abierto en la tercera página, la que no suelo abrir ; — conocílo á la distancia por un aviso de *La Biblioteca* (¡ inocente manía del administrador!) que, precisamente ese día, aparecía vergonzante ¡ junto al BITTER GAILLARD ! — Ví que el piso bajo de la página estaba ocupado por un folletín : era el *París*, de Zola, sin duda vertido artísticamente, conforme á las augustas tradiciones de la casa. No creo calumniar á la señora de X., al suponer que estaba recorriendo el piso bajo ; y tuve curiosidad por conocer el exquisito desayuno intelectual de esa encantadora joven, nacida y criada en una atmósfera de honradez y delicadeza moral, esposa impecable y madre de una niñita de tres años, cuyas risas me llegaban desde el cuarto vecino.

Recorrí el folletín del día (el 19° de la serie). Aquello comenzaba con el paseo inverosímil de un cura por los bulevares y la plaza de la Opera ; luego seguía la sempiterna descripción maciza y acumulativa con que, hilada por hilada, construye sus novelas de cal y

canto el maestro albañil de Medan. Atranqué por sobre la composición compacta, para llegar á los respiraderos de un diálogo que llenaba las últimas columnas. Era la conversación en carruaje de dos jóvenes, hermanos, una niña de veintitres años y un mozallete de veinte. Aquellos hijos mimados de la fortuna, perteneciendo por tanto á la « aristocracia social », estaban conversando de sus padres, al salir de no sé qué *matinée* cosmopolita. Ahora bien: lo que decían de sus autores esas flores de la elegancia parisiense; las alusiones que uno y otro dirigían á las aventuras maternas y á las propias, son de tal orden pornográfico, que me es imposible transcribir en una revista decente uno solo de los párrafos con que la inconsciente señora de X. se intoxicaba, leyendo el folletín de *La Nación*.

No se estaba, lo repito, sino en el número 19: el preámbulo de la serie folletinesca, que probablemente pasará del centenar. Espero que no tendré necesidad de absorber mayor ración de esa espesa bazonía que, recalentada en mala jerga de periódico, se vuelve naturalmente más nauseabunda que en la escudilla original. Pero, á fuer de testigo verídico, he debido recorrer algunos folletines antecedentes, entre los que ya han llegado en francés. He podido así formarme una idea aproximativa de las pinturas morales — ó *murales*, — de las enseñanzas que el órgano farisaico de la burguesía porteña viene ofreciendo á las familias que lo reciben.

No se trata, en efecto, de equiparar el papel social de un diario como *La Nación*, sea cual fuere su decadencia presente, con el del despreciable *Journal* parisiense: hoja de escándalo y *chantage* para tabernas y vagones de fumar, « lanzada » por un ex cronista *bulevardero* apenas francés, sin escrúpulos ni sombra de talento, — especie de *grue* de la prensa que asciende á *cocote* por obra y gracia de un protector judío. El *Journal* es algo así como un sub *Gil Blas*, un diario de cinco céntimos que vive de reclamos intérlopes y necesita aumentar su circulación para hacer subir proporcionalmente sus tarifas clandestinas. No penetra en una casa decente. Y es, desde luego, un indicio harto elocuente del aprecio que merecen las últimas

producciones de Zola; el que ningún diario serio ó en buena situación — ni el mismo *Figaro*, que no peca de melindroso — haya aceptado esa mercadería lupanaria.

Por muy real y palpable que el descenso de la prensa francesa y europea aparezca, quedan todavía diferencias profundas entre los diarios de aceptación doméstica y general, como *Le Journal des Débats* ó *Le Temps*, y los de lectura vergonzante, como el que expende la novela de Zola, entre una delicuescencia de Catulle Mendès y una biografía de Vacher. Hay escalones en la degradación. El *Journal* no es diario que ningún hombre formal ó mujer honrada confiese haber comprado. Hasta para « acreditar » su nueva mercancía, — juntamente con el estrépito circense que aquí se admira y remeda de barato, — ha sido necesario pagar la *forte somme* á Bourget, el psicólogo para *snobs*, quien no podía rehusar á Xau lo que concediera á Bennett, y nos ha servido el más chato de sus clichés yankees. Por cierto que ni Lemaître ni France hubieran aceptado ese papel de Barnum académico.

Con razón ó sin ella, es muy otra aquí la función ó la figuración de la prensa. Desde luego, casi no existe diferencia social entre sus principales órganos; si es cierto que el más difundido de todos prospera industrialmente merced á la masa popular, ello no importa decir que le falte la otra clientela : agrega á la propia la de todos los demás. Y, sin duda, obedeciendo al menos confesable de los móviles mercantiles, es como, de algún tiempo á esta parte, el antes más solemne y almidonado de los diarios bonaerenses viene corriendo tras una popularidad de mala ley que, por tales medios al menos, esperamos no alcanzará.

Sea de ello lo que fuere, lo que nos interesa establecer es que, á favor de la política y otras secciones de interés más femenino, todos los diarios de Buenos Aires penetran en nuestros hogares; quedan en las mesas, pasan de mano en mano, de las más delicadas á las más venerables — *maxima debetur puero reverentia*; — y si tenemos el derecho de comprobar lo que es evidente, tenemos el deber

de calificar lo que, hace un mes, circula libremente en nuestras casas, como « triunfo periodístico » de *La Nación*: es un manual completo de corrupción y significa un verdadero ultraje al pudor doméstico.

Nada hay allí, por otra parte, que justifique el pregonado « sacrificio » pecuniario ó atenúe lo escandaloso del desacato social. Aunque no fuera notorio que, hoy más que nunca (1), es el lucro el numen inspirador del grupo naturalista (*numen, numus*), bastaría observar la inconsciencia artística con que se ha realizado la traducción de *La Nación*, para comprender que sólo se perseguía el grueso efecto de los cuadros lúbricos ó sanguinolentos, contándose con el estímulo malsano de este cebo ofrecido á los peores instintos físicos. Las últimas producciones de Zola poco merecen ocupar la crítica seria. El crítico del *Temps* ha sido casi el único que se diera el trabajo de señalar en *Roma* la puerilidad de una falsa erudición, extraída toda entera de dos obras conocidas, literalmente, y, acá y allá, con divertidos traspies de profano que no ha entendido. *Paris* será inferior á *Roma*; señala el período *gâteux* de una escuela que ya no tiene discípulos y que, por no saber renovar su fórmula invariable y tediosa, recurre, para alcanzar un éxito de cualquier ley, á la exageración creciente de sus viejos procedimientos naturalistas. La religión, la familia, la patria, la sociedad, el arte y la ciencia: todo lo santo y respetable que allí se evoca por un Caliban moderno, compuesto como el antiguo de una mitad de mago y otra mitad de bruto, sólo aparece para sufrir el ultraje y la mancha afrentosa. La moralidad privada ó colectiva, que es una fuerza civilizadora porque es una virtud, se encuentra descrita — es decir escarnecida y caricaturada — por un artesano solitario y codicioso, que nunca reco-

(1) Y antes también. Hace muchos años, cedi á la curiosidad de conocer á Zola y pedi á Daudet una tarjeta de introducción. El gran novelista me puso algunas palabras amables; pero, sabedor de que deseaba obtener una verdadera sesión de « retratista » en Medan, pidióme la tarjeta que ya estaba en mi poder y cuyo sobre iba yo á cerrar, y agregó este *post-scriptum*, con su sonrisa irónica: *Faites bon accueil: Buenos Aires est un pays á duros!*...

noció sus principios ni practicó sus preceptos. Ese novelista que, ayer mismo, se negaba á ser ciudadano; ese anciano que no ha sido padre; ese esposo que no ha conocido la turbación y el misterio de los castos esponsales; ese semi-italiano criado en un hogar errante y que no sufrió por la invasión que había de explotar; ese monje sin caridad ni continencia, que del mundo no conoce prácticamente sino el antiguo Barrio Latino y su aldea de Medan: ese ignorante y puro instintivo es quien se erige en pintor atrevido de la civilización contemporánea, sin más elementos que los colores de su paleta recargada y vistosa ni más ideal que el lucro sórdido. Naturalmente, no mira la vida sino por la faz accidental y callejera, la que da pábulo á la curiosidad y se refleja en la prensa diaria: las torpezas y locuras, los crímenes y escándalos que pueden estudiarse ó documentarse con los recortes de periódicos y las confidencias del fámulo Alexis. Compulsa ahora las causas célebres recientes, que sabemos hasta el asco y la náusea, las vergüenzas políticas y mundanas, los criminales atentados anarquistas, la podredumbre decadente, — lo propio que antes las huelgas ó las angustias patrióticas: todo ello para crearse un suplemento de renta. — En tanto que allá lejos, en su estepa y su escuela gratuita de Yasnaia-Poliana, el noble iluminado Tolstoi se hace *mugik* para predicar con el ejemplo, y no percibe un rublo por sus generosas y geniales utopías.

Hoy se describe á París como ayer á Roma. con idéntico fin y procedimientos invariables. No son más que cuadros de abyección é ignominia, en que la complacencia del pincel, ó de la brocha, revela el móvil interesado del pintor. Y todo ello es falso, grotescamente caricatural, pintado *de chic*: tan absurdo como el registro de un hospital ó de un manicomio que pretendiera ser el resumen cabal de la humanidad. Zola no ha frecuentado el mundo elegante, ni conversado jamás con un estadista, ni permanecido un día en un laboratorio, ni rozádose de veras con un grupo socialista. Menos conoce el alma de un sacerdote, de un sabio, de un obrero, de una mujer ó de un niño — ni siquiera de un libertino. Su con-

cepto del lujo y del vicio mundano es el de un rústico : cree, por ejemplo, que los « gozadores » se atracan de manjares complicados y gastan entre ellos un lenguaje de cuartel. Es un Bárbaro que refiere por oídas el festín de Trimalción. Por eso, ahora como antes, pululan en sus bambochadas los disparates y los traspies.

Presenciamos de primera entrada las actitudes románticas y las declamaciones vulgares de un mal sacerdote, que prefiere vivir de celebrar misas en que no cree, á ir á labrar la tierra ó trabajar en un taller, y que elige el propio momento de su infame comedia en el altar, entre el Ofertorio y la Comunión, para « despreciar su oficio » y soñar con las reivindicaciones anarquistas y la legitimidad de la propaganda por los hechos. Y, acto continuo, emprende la más extraordinaria odisea por calles y bulevares, desvanes de miseria, antesalas de la Cámara y salones intérlopes (¡ hasta en el de una *Nana* apenas retocada que le asombra « con tanta sencillez y dulzura, tanto candor de virgen inmaculada »!), revelándose el gran inocentón, después de diez años de ministerio, tan ajeno de las prácticas caritativas como de la experiencia psicológica del confesonario. ¡ Qué mucho que el cura de Zola demuestre estupefacción infantil, ante un cuadro doloroso harto común ó el candor de una cómica pecadora, si todavía no aprendió á decir misa ! (1).

Conforme á la poética naturalista, el héroe tendrá que rozarse con los peores comparsas del drama, hombres de presa y mujeres de empresa, lenones y anarquistas; respirará « como una atmósfera de paraíso » las bocanadas de alcoba y orgía ; saludará profundamente á *cocotes* y baronesas peores que aquéllas; apretará con agradecimiento manos blandas de banqueros y politiqueros averiados, de calaveras inmundos escapados del proceso Oscar Wilde (2): salpi-

(1) « *Lorsque, les coudes sur la table de l'autel, Pierre eut vidé le calice, après y avoir brisé l'hostie...* » Ello es un montón de incongruencias. Zola ha recorrido un manual litúrgico sin entenderlo, cual hiciera en Roma con la arqueología y en todas sus novelas con el tecnicismo de los *Manuels Roret*.

(2) El joven millonario Jacinto : « ... *Collectiviste, anarchiste, pessimiste, symboliste, même sioniste (sic) sans cesser d'être catholique* ».

cará su sotana de *fantoche* tonsurado con todo el lodo del bulevar y todo el fango del vicio... No son desde el principio y, por supuesto, no serán más adelante, sino escenas de crimen y depravación, con diestros entre actos de evangelismo verboso y convencional; todo ello recalentado, repetido, recogido en las novelas y gacetas contemporáneas, en las espuelas de la basura social, — sin más novedad que la violencia premeditada del colorido y, acá y allá, una página descriptiva, en que la virtuosidad anticuada de la ejecución envuelve una indigencia intelectual de pensador para reuniones anarquistas. — Lo que sigue ignorando ese gran novelista, en cualquier materia especulativa ó práctica, excede los límites de la verosimilitud. En 1883, le encontré deletreando á Schopenhauer (para su *Joie de vivre*) en un librito elemental de Burdeau, que no logró entender; quince años después, se halla en el mismo punto — *qualis ab incepto*; desconoce las corrientes más visibles del espíritu contemporáneo: en punto á evolución religiosa, no ha pasado del padre Jacinto; cree seriamente que los oradores socialistas se nutren con Augusto Comte, y pone en escena á Berthelot sin sospechar la labor científica y el verdadero título inmortal del ilustre sabio... No parece sino que Zola viviera en un baúl.

Aun como factura, la producción presente revela la decadencia en su síntoma más senil: la repetición chocheada de una misma fórmula sempiterna. Nunca creó Zola tipos originales, como los tiene por docenas Alfonso Daudet, ni tuvo de éste la agudez nerviosa y los breves escorzos sugeridores. Su procedimiento descriptivo ha sido siempre el más elemental: la acumulación. Nada ha traído de personal su estilo macizo (adecuado á nuestra democracia y cosmopolitismo), que no es sino la gruesa moneda de vellón del oro de Flaubert. Lo que poseía en propiedad, como su amigo Courbet, era una robustez truculenta y, por momentos, una potencia ciclópea para mover masas compactas, turbas huelguistas ó desbandados batallones en fuga, bajo un impulso formidable y grandioso; por fin, alguna vez, la expresión trágica y total de la realidad en su crudeza

inhumana y atroz. — Nunca, por cierto, llegó á la suprema belleza artística, por falta de nitidez en la línea y de armonía en el color. Sus fábricas enormes conservan siempre los andamios. Su fuerza hercúlea ostenta la exagerada musculatura, no de un atleta esbelto, sino de un cuadrado mozo de cordel. Suejecución, tan artificial y laboriosa, parece instintiva y bárbara, á fuer de plebeya. Pero esa misma energía brutal comienza á desfallecer : la única escena dramática de su primera parte, fuera de tal cual detalle feliz, está en su conjunto malograda : no ha podido arrojar la bomba de su anarquista. — Desde el primer folletín, se pronuncia la lasitud por la repetición maquinal de los clichés y lo inseguro de los giros, ineficaces y banales en su misma exasperación. Expresiones tan excesivas ó gastadas como « *l'âme ravagée, en détresse, faire le geste* », etc., vuelven á cada párrafo, como si fueran hallazgos. Acaba de repetir por su cuenta cierto invariable *froid noir*, y, en el acto, el viejo abate Rose usa el propio vocabulario naturalista : « *Mais je vous tiens là, dans ce froid noir, et (sic) vous n'avez pas chaud* » !, etc., etc.

Pero, en fin, aunque envejecido, Zola es Zola ; su frase conservará siempre la cuadratura y el ritmo del escritor. Cuando aparezca más exenta de novedad y vacía de substancia, guardará aún la apostura exterior y, como él diría, el « gesto » del artista. La adulteración española que hoy absorben estos infelices no es siquiera la caricatura del original : es algo informe, indefinible, innominable, como los esbozos que los muchachos carbonean en la pared. — Conozco el « estado de alma » de Zola, que creo no difiere esencialmente del de un minero del Alaska. Pues bien, si se le reprodujera en francés literal una sola de sus páginas criollas, me atrevo á afirmar que el poeta de *L'Argent* ; sería capaz en un « *beau geste* » de devolver al diario burgués sus dos mil francos ! He tenido la paciencia de cotejar los textos del primer folletín. Ello parece el resultado de una apuesta : « ¿ Á que conseguimos elaborar un estilo de Zola, tan destefido, algo donoso y deshuesado como el de casa ? » ; Y han ganado la apuesta ! — No veo una sola intención artística que haya sido sospechada,

un epíteto eficaz ó un giro feliz que se encuentre reproducido. Es tan uniforme el procedimiento, que sólo se explica por el propósito deliberado de corregir á Zola. No escojo una frase; tomo la primera de la novela, la que da el tono y que el autor, naturalmente, ha cincelado con especial esmero :

« Ce matin-là, vers la fin de janvier, l'abbé Pierre Froment, qui avait une messe à dire au Sacré-Cœur de Montmartre, se trouvait dès huit heures sur la butte, devant la basilique. »

Cualquier profesional reconocerá allí, con la conocida estructura inaugurada por Flaubert, la perfecta maestría verbal del período. El efecto ha sido buscado y hallado. Está visible que la dislocación de la frase, con sus dos incisos de vanguardia y el tercero intercalado, es intencional, querida, y tan eficaz que, procediendo del puro instinto artístico, se justificaría lógicamente como un teorema. Así lo ha hecho Spencer en un ensayo célebre (*Filosofía del estilo*), donde cita períodos análogos al presente, dando las razones demostrativas de lo que los artistas practican por simple adivinación. Además de la división periódica, completa la estructura de la frase y de cada miembro la armonía rítmica y el número silábico de los vocablos, sabiamente elegidos según su lugar y la índole del inciso... La versión española baraja al tanteo estos ingredientes, trastrueca el orden artístico, suprime los incisos « superfluos », esfuma y borra — á lo que salga — hasta que sale una oración « larga como lazo y redonda como cedazo », que se parece á la de Zola como un dibujo de troglodita á su original.

Naturalmente, *ab uno disce omnes*; y no es necesario afirmar que la continuación no desdice del preámbulo. Fuera de la inconsciencia general en el manoseo de la forma, pululan las incorrecciones, omisiones, contrasentidos y adefesios de toda laya. Si se abrevian algunos períodos por comodidad, en cambio se alargan los breves, según el conocido sistema de desleimiento aplicado á los cablegramas. Sin salir—¡ á Dios gracias!—de este primer folletín, pes-

caría tres ó cuatro docenas de disparates calificados. Desde el segundo párrafo tropezamos con un cuadro de París « después de dos meses de nieves y heladas, anegado por un deshielo glacial (es decir, *helado*) y penetrante » (1). En seguida, se sitúan al oeste los barrios del este y se traduce « *quartiers de jouissance* » por « barrios *felices* ». El tercer párrafo se inaugura con este bello rasgo descriptivo: *Pedro seguía mirando...* y ello sin duda transcribe gráficamente lo de: *Pierre regardait, maigre et sombre, dans sa soutane mince...* Pero nada iguala en belleza lapidaria la traducción del diálogo. Ejemplo: « *Voici, c'est un pauvre homme dont on m'a parlé...* »; traducción: « lo que tengo que decirle es que me han hablado de un pobre hombre que ha sido etc. ». Hé aquí una bonita muestra de los contrasentidos que esmaltan este primer folletín: « ... hasta su esperanza había sucumbido *de tanto utilizar la fe de las multitudes en pró de la salvación común* » (2). Allí mismo, viene luego un « *escéptico* » puesto por « *négateur* », siendo así que es la esencia del escepticismo no negar ni afirmar. Á renglón seguido, *Il était la règle, il n'avait plus que le geste du prêtre*, se vierte así: « Personificación de la regla, no tenía más que la apariencia del sacerdote »; un poco más abajo, entre cuatro ó cinco líneas que ostentan ú ocultan otros tantos errores, se sustituye *intercession* por *intervención*, no sospechando que aquélla es voz necesaria y teológica... Sin salir de este preámbulo, lo repetimos, podríamos tildar en cada frase un traspié de forma ó sentido. Ello, sin embargo, es pecado venial: lo intolerable es el desconocimiento absoluto del estilo literario original y el ridículo disfraz con que se presenta una, según ellos, obra maestra contemporánea.

Pero no es ésta una cuestión de arte, sino de moralidad pública.

(1) « *C'était, après deux mois de froid terrible, de neige et de glace, un Paris noyé sous un dégel morne et frissonnant* ». ¡« Deshielo helado y penetrante »!

(2) « ... *Son espérance même était morte d'utiliser la foi des foules pour le salut commun...* » lo que evidentemente está puesto por: « *il avait même perdu l'espérance d'employer la foi des foules au salut commun* ».

Poco nos ha costado guardar silencio cuando sólo se trató de producciones como *Roma*, amasadas con plagios y declamaciones, y que se presentaban relativamente inocuas, al igual que los venenos de sabor amargo, en razón misma del tedio que despedían. Es diverso el caso actual. La novela deliberadamente escandalosa que, en procura de un aumento de circulación muy problemático, y á impulso de ese cálculo farisaico, de manga tan ancha en política como en literatura, se brinda á los lectores de cualquier sexo y edad, constituye un caso de verdadera incitación al libertinaje y es *justiciable*, no tanto de la crítica, cuanto de la profilaxis social.

No seré yo quien desconozca, por necias preocupaciones localistas, la funesta crecida del escepticismo y de la corrupción en las capitales europeas,—especialmente en la vida pública de París, la que se refleja harto fielmente en cierta prensa: la única vida que conocen y practican los forasteros en demanda de placer. Con todo, daría prueba de imbecilidad incurable quien juzgase que las obras de ciencia y arte, los inventos y los mil productos diarios de la industria más perfecta y diversa, se elaboran en los bulevares y los clubs, ó resuenan siquiera en las oficinas de redacción y los restaurants nocturnos. Es una ínfima y despreciable minoría, la que nace y pulula en el muladar cosmopolita. París es lo que es: el faro secular erguido sobre el mundo, porque abriga una mayoría de población que es la más honrada, inteligente y laboriosa del orbe civilizado. Pero ésta no figura en las gacetas semimundanas y no se presta para pinturas sensacionales: Zola no la describirá. ¿Quién no comprende que la conducta moral es la condición misma de la actividad fecunda? Hasta para escribir este deplorable *Paris*, en lugar de una crónica libidinosa de Mendès ú otros peores, se necesita ser un hombre de regla y labor. El vicio es la esterilidad.

Pero, tampoco es discutible que allá, en el *primum movens* del organismo europeo, se descubren los indicios de una decadencia que puede ser fatal. El síntoma grave no es la erupción superficial de escándalos y delitos — que iguales ó mayores han existido cuando

eran clandestinos y no repercutían con el pregón de la publicidad, — sino en la marea creciente del escepticismo. Somos enfermos porque ya no creemos en nada — antiguo ó nuevo. Al ver, hace un siglo, que el río de la civilización perdía sus ondas en el lecho arenoso y ahondado por los años, hemos buscado la salvación, desviando el cauce en su origen y trayéndolo por un ancho canal, abierto á nivel del suelo. Nos hemos curado de la sequía con la inundación. En cien años, la desbordada democracia ha invadido el mundo, cada vez más agresiva y disolvente, batiendo en brecha á la religión y la sociedad, á la patria y la familia. Toda revolución crea su instrumento: la del siglo xix ha inventado la prensa diaria, que ha nacido cuando prescribiendo el dogma de igualdad que todos aprendiesen á leer, el dogma de libertad permitía que todo se pudiese escribir. Hé aquí al anarquismo que se esfuerza en completar la trilogía, realizando por el puñal y la bomba el dogma de fraternidad.

Ahora bien: aunque fuera ineluctable el cataclismo en que haya de perecer esta civilización cristiana, sería deber nuestro defenderla y perecer bajo sus ruinas, antes que desertar las filas y pasarnos á los bárbaros de silabario y dinamita. En todo caso, se trata, desde luego, de una enfermedad secular, que puede evitar el Nuevo Mundo, y acaso desviar del Antiguo por la emigración, que atenúa el virus. Si existe, pues, una misión sagrada, humana y patriótica, sobre todo para los que tienen cargo de almas, es la de levantar los corazones, virilizar á la juventud, mantener puro y creyente el hogar venerable, apartando de él toda influencia perversa y toda excitación malsana y mórbida.

Á ese deber sagrado está faltando el diario que publica un folletín inmundado y tiene erigida ante el pueblo argentino esa cátedra de inmoralidad.

EL CENSO Y LA CONSTITUCIÓN

Ha sido y es una creencia arraigada en la República Argentina la de que la proporción existente entre el número de habitantes y el número de diputados nacionales, es invariable y absoluta, de tal modo que sólo podría ser alterada por una reconsideración ó reforma de la cláusula constitucional de donde nace aquella relación.

Es natural, por lo tanto, que, tratándose de modificar tal proporción, en virtud del último censo de la población, sancionase el Congreso nacional la ley por la cual se convoca una convención encargada de reformar la parte pertinente de la Constitución.

Esa opinión es errónea en nuestro concepto, y como ella se apoya en las mismas disposiciones constitucionales, vamos á examinarlas, porque siempre hay un interés histórico y jurídico en esta investigación, fuera de que sería aventurado dar por resuelta definitivamente una cuestión que no ha sido encarada directamente, y sobre la cual tampoco ha podido pronunciarse la convención que está por reunirse.

Cuando se dictó la constitución argentina (1853), no había estadística alguna oficial de la población. Lo mismo había pasado en Estados Unidos 66 años antes (1787), cuando sus representantes se ocupaban de redactar la constitución federal.

Como los constituyentes argentinos habían tomado por modelo la obra del norte, natural era que adoptasen también en este punto las reglas y procedimientos observados por los constituyentes norteamericanos. Estos establecieron una repartición *temporaria* de la representación nacional: «Hasta que se haga el censo, dijeron, el estado de New-Hampshire podrá elegir tres representantes, Massachusetts ocho, etc.».

La dificultad estaba resuelta, por lo tanto, y nuestros constituyentes la dirimieron del mismo modo: « Los diputados para la primera legislatura, serán nombrados en la proporción siguiente: por la provincia de Buenos Aires, doce; por la de Córdoba, seis, etc ».

Esto por lo que se refiere á la primera representación. ¿Qué regla debía observarse en el futuro? Vamos á verlo.

La constitución norteamericana estableció que el censo debía hacerse tres años después de la primera reunión del congreso, y en seguida de diez en diez años, *en la forma que determinase la ley*. El número de representantes no debía exceder de uno por treinta mil, pero cada Estado tendría á lo menos un representante.

Así, los constituyentes argentinos hallaron también resuelto este problema y no hicieron más que copiar. He aquí, en efecto, la fórmula adoptada:

« La cámara de representantes se compondrá... en razon de uno por cada veinte mil habitantes, ó de una fracción que no baje del número de diez mil (artículo 37 de la Constitución). Para la segunda legislatura deberá realizarse el censo general, y *arreglarse á él el número de diputados*; pero este censo sólo podrá renovarse cada diez años (artículo 39). »

De diez en diez años se ha levantado el censo en Estados Unidos, y, como era consiguiente, en vista de cada una de esas operaciones, se ha ido fijando, cada diez años, una nueva razón del número de representantes. Una simple ley del Congreso la ha establecido, en cada caso ú oportunidad.

No hubo divergencia ó vacilación en cuanto á la facultad del congreso para fijar, en cada nuevo censo, la proporción que debía existir entre la población y el número de representantes. Ninguna observación se hizo al respecto en el transcurso de más de un siglo. En 1792 se dictó la primera ley que modificaba la proporción transitoria de la constitución, y así se ha continuado hasta nuestros días.

La primera razón fué de un representante por cada treinta mil almas; la última ha sido de un representante por ciento setenta y seis mil habitantes. Si se hubiera mantenido la primera proporción, la cámara contaría hoy dos mil representantes.

La exposición de los comentadores y defensores del sistema norteamericano, acaba de explicar y justificar ese procedimiento.

En el concepto de *El Federalista* (Madison) la disposición que exige un nuevo censo de los habitantes, en cada período sucesivo de diez años, « tiende inequívocamente: 1º á *fijar de tiempo en tiempo la proporción de representantes relativamente al número de los habitantes, bajo la excepción única de que cada estado tendrá un representante por lo menos*; 2º á *aumentar el número de representantes en los mismos períodos, bajo la sola limitación de que todo el número no excederá de uno por cada treinta mil habitantes* ».

Refiriéndose á la misma regla constitucional ó sea á la que exige la renovación del censo cada diez años, dice Kent que, en cada renovación, *los representantes deben ser nuevamente prorrateados del mismo modo, BAJO UNA NUEVA RAZÓN, según el acrecentamiento relativo de la población de los Estados.*

Como se temiese que los Estados más pequeños pudieran oponerse á un aumento razonable de la cámara de representantes, los defensores de la constitución federal del norte hacían notar la peculiaridad que caracteriza su sistema, según el cual, una rama de la legislatura representa á los ciudadanos, mientras la otra recibe su representación de los Estados. En la primera preponderan los estados más populosos; en la última los más pequeños. Así, la coalición de los unos neutralizaría la de los otros, y nada se opondría, por lo tan-

to, á una solución aconsejada por el interés común, la equidad, y los principios de la Constitución.

Se temía que fuese reducido el número de los representantes. Los defensores de la constitución no veían un mal en ese resultado. Cuanto más numerosa sea una asamblea, decían, tanto mayor será el ascendiente de las pasiones sobre la razón. Cuanto mayor sea el número, tanto más aumentará la proporción de las capacidades inferiores ó de los miembros de instrucción limitada. Y es precisamente sobre éstos que se ejerce con mayor ventaja la habilidad y la astucia del menor número. En las antiguas repúblicas, donde el pueblo deliberaba bajo la bóveda del cielo, un orador diestro bastaba para dominar el espíritu de la muchedumbre. Así, cuanto más se aumentase el número de los miembros de la cámara, más disminuiría el de los que la dirigen en realidad. Error grosero sería suponer que, elevando desmesuradamente la cifra de sus representantes, se pondría el pueblo más á cubierto de posibles usurpaciones. Podría ser más democrático el aspecto exterior del gobierno, pero su espíritu sería más oligárquico. Parecería el mecanismo agrandado en su conjunto, pero los resortes que lo movieran serían con frecuencia más reducidos y más ocultos.

De esa manera se quería justificar el principio en virtud del cual debía el congreso, cada diez años, prorratear los representantes, bajo una nueva razón, proporcionada al acrecentamiento relativo de la población de los Estados.

¿Cuál es, entre tanto, el criterio que ha prevalecido en la República Argentina, que tomó de la constitución norte-americana el sistema del censo y de la representación?

Mucho costó aquí hacer el primer censo, á pesar de la prescripción formal de la constitución, que quiso se ajustase á esa nueva operación el número de los diputados que debían componer la segunda legislatura.

La primera ley nacional que prescribió la formación del censo

data del 29 de septiembre de 1862. Se trató de darle cumplimiento, pero la fatalidad le opuso su veto. Los estados y cuadros preparados para esa operación fueron destruidos en un incendio que ocurrió en la Casa Rosada, quedando abandonada, desde entonces, aquella operación, como si los hombres y los elementos se hubiesen conjurado contra ella.

Seis años después, apenas se había reaccionado contra esas impresiones. Se reclamó en 1868, en la cámara de diputados, la ejecución de la ley de 1862, pero la moción fué objeto de una viva resistencia. Decíase que la época no era propicia: acababan de sucumbir millares de argentinos en la guerra del Paraguay; las provincias estaban anarquizadas; la emigración era considerable; los resultados del censo reflejarían una situación incierta y transitoria. Se argüía, por otra parte, que el censo era materia de un precepto constitucional, cuyo cumplimiento se había retardado por demás. Las provincias tenían derecho á la representación que la Constitución les atribuía. Nada justificaría un aplazamiento mayor, sin término conocido.

Al fin, triunfaron los partidarios del censo, y el congreso dictó una nueva ley por la cual se obligaba al poder ejecutivo á presentar en las sesiones de 1870, ó 1869, si fuera posible, el censo general de la República (ley de 25 de septiembre de 1868).

Levantóse el primer censo argentino en 1869, acatándose así, tardíamente, la disposición constitucional, que conviene recordar una vez más: « Para la segunda legislatura *DEBERÁ realizarse el censo general, y arreglarse á él el número de diputados, etc.* ». Esto es, conforme á la razón constitucional, que acordaba un diputado por cada veinte mil habitantes, ó fracción que no bajase de diez mil.

Quedaba ahora por aplicarse la segunda parte de la disposición constitucional, concebida así: « Pero este censo sólo podrá renovarse cada diez años » (artículo 39).

Obsérvese que si el primer censo era materia de una disposición

imperativa, en la constitución argentina no sucedía lo mismo con los subsiguientes. No se dijo aquí, como en Estados Unidos: « El censo *se hará* en lo sucesivo de diez en diez años »; se dijo: « el censo *sólo podrá renovarse* ». ¿Por qué esa diferencia, si hubo realmente intención de establecerla?

Acaso los constituyentes de Santa Fe no tenían grande admiración por la estadística; acaso no confiaban mucho en la regularidad de operaciones semejantes, en medio de frecuentes disturbios; acaso pensaron que, en la posibilidad de hacerlo, bastaría consignar la facultad correlativa, sin exponerse al riesgo de crear una obligación ilusoria.

La experiencia del primer censo autoriza para suponer que, aunque se hubiese ordenado preceptivamente la formación del segundo, éste habría venido siempre tarde. Dependiendo sólo de una facultad del congreso, los legisladores, por lo común, miraban esa operación como cosa de poca monta, y bastaba la menor objeción para poner de lado el asunto.

Alguien diría entonces: « Si hacemos un nuevo censo, resultará que la población es mayor de lo que conviene á los efectos de la representación. Como la Constitución establece que habrá un diputado por cada veinte mil habitantes, tendremos una cámara muy numerosa, á menos de que reformemos antes la regla constitucional ».

Muchas veces no nos damos la pena de investigar la razón de lo que se afirma, y eso sucede, sobretudo cuando personas autorizadas emiten un juicio basado en el sentido ó interpretación de un precepto que se supone leído y comprendido. Viene aquí á la memoria aquella leyenda de un congreso de sabios, que empleó más de una sesión laboriosa en buscar la *explicación* de cierto fenómeno físico, cuando tal fenómeno no existía.

El razonamiento del sabio, respecto de la constitución argentina, produciría, en su círculo, el efecto que puede imaginarse. Una cámara numerosa! Dios nos libre de ella! Reformar la constitución! No toquéis á la reina!

En trance tal, debía optarse por no hacer el censo. No haciéndolo, no habría aumento comprobado de la población, ni de la cámara; no habría reforma de la Constitución, ni violación de sus reglas : efectos todos de aquella malhadada enumeración.

En vano el presidente Avellaneda se dirigió al congreso en 1878, proponiendo la formación del segundo censo. Los legisladores permanecieron mudos. Inútilmente se trató luego de levantar un censo suplementario, á la manera de los que, cada cinco años, confeccionan los Estados Unidos, á fin de llenar, en parte al menos, el vacío que se notaba á cada paso en el orden administrativo.

Otros presidentes recomendaron más tarde, igualmente, sin resultado inmediato, el asunto del censo. La cámara de diputados llegó, en 1881, á sancionar un proyecto que ordenaba la ejecución del segundo censo, pero el senado no lo tomó siquiera en consideración.

Alguno debía recoger, al fin, el fruto de tantos esfuerzos. Un proyecto del gobierno del doctor Pellegrini, en 1892, pasó por ambas cámaras, si bien resistido tenazmente, siempre con iguales argumentos, hasta convertirse en ley. En su virtud, se practicó, en 1895, el segundo censo general que asigna á la República Argentina, 4 millones de habitantes.

En Estados Unidos, un nuevo censo habría motivado sencillamente la sanción de una ley, fijando el número de representantes correspondiente á la cifra de la población. Aquí, el nuevo censo ha suscitado dificultades y controversias que casi degeneran en conflictos.

La opinión general planteó este dilema : ó reformamos la Constitución para modificar la proporción establecida entre el número de habitantes y el número de diputados ; ó tendremos una cámara de doscientos miembros ! Se optó, naturalmente, por lo primero, ó sea por reformar la Constitución.

Ahora bien : ¿ qué razón ha habido para que los legisladores argentinos se apartasen del procedimiento observado por los nortea-

americanos, quienes fijan, en cada nuevo censo, por medio de una simple ley, el número de los representantes?

Si la constitución argentina, como se ha visto, no hace sino reproducir, casi al pie de la letra, la cláusula norteamericana que trata de la representación y del censo; si en una y otra constitución el sistema es idéntico; si la fórmula es una misma; si su historia no varía; si los argentinos han seguido paso á paso, en ese punto, á sus hermanos del norte, ¿cómo es que aquéllos creen indispensable deferir al poder constitucional lo que los últimos resuelven por una ley secundaria?

Hemos buscado empeñosamente, pero en vano, un juicio ó razonamiento cualquiera, que explicara esa disparidad. No hemos encontrado sino una nota del publicista Calvo, traductor de Story, al pie del capítulo que trata de la cámara de representantes. Conviene reproducirla:

« Los constituyentes argentinos, dice Calvo, olvidaron ú omitieron la sabia prescripción de la constitución americana, que dice en el inciso 3º de la sección II: « El número de representantes no excederá de uno por cada treinta mil habitantes, etc.; el censo actual será hecho en los tres años después de la primera reunión del congreso de los Estados Unidos, y dentro de cada término subsiguiente de diez años, *del modo que ordenará la ley especial...* » Si el artículo 3º dispusiera como la constitución americana que, dentro de cada término subsiguiente de diez años, *LA ELECCIÓN se haría del modo que ordenara una ley especial, no habría la imperiosa necesidad de reformar este artículo constitucional que aquella imprevisión de nuestros constituyentes hace indispensable y urgente* ».

En nuestra opinión, también el señor Calvo fué inducido en error por aquella preocupación reinante á que antes nos referimos. Viendo que la opinión general se inclinaba aquí á juzgar necesaria la reforma constitucional, para hacer lo que se hacía en Estados Unidos por medio de leyes ordinarias, acabaría por creer que los constituyentes de Santa Fe se apartaron realmente de la fórmula norteamericana.

Bajo esa impresión leyó acaso el señor Calvo la parte pertinente de la constitución norteamericana, cuando creyó observar una diferencia que, en realidad, no existe. Aquella no habla *expresamente*, en efecto, de una ley sobre la *elección* de representantes, ó sobre la razón de su número, sino de una ley que determine la forma ó la manera de practicarse el censo. La simple lectura lo demuestra. Leamos, pues, el texto original :

« *The actual enumeration shall be made within three years after the first meeting of the congress of the United States, and within every subsequent term of ten years, in such manner as they shall by law direct.* »

Traducción : « El primer censo deberá hacerse dentro de tres años contados desde la primera reunión del congreso de los Estados Unidos, y en lo sucesivo de diez en diez años, en la forma que determine la ley. »

Estas primeras palabras : « *the actual enumeration* » — han sido traducidas de muy diversos modos, según hemos podido verificarlo, recorriendo diversas ediciones. Se ha escrito : « la enumeración para la época actual » ; « el censo definitivo » ; « el censo auténtico » ; « el censo efectivo » ; « el censo actual » ; etc. Pero no hay cuestión sobre el sentido de la frase, ó sobre la intención del legislador.

La última parte de la oración, « *in such manner as they shall by law direct* », aparece traducida invariablemente de acuerdo con nuestra versión. La traducción de Calvo es la siguiente : « del modo que ordenará la *ley especial* ». Pero en la hipótesis de que esta versión fuese la más fiel, tampoco se deducirían de ahí las conclusiones á que llega el traductor. Siempre quedaría demostrado que aquella regla se refiere al censo, y no á la representación, y que los constituyentes argentinos, al copiar la fórmula norteamericana, nada omitieron en ese punto, que fuese substancial.

No hay, en efecto, divergencia alguna, en esa parte, entre las dos constituciones. La argentina no habla expresamente de una ley que

prescriba la manera de practicarse el censo, pero determina que se arreglará al primer censo el número de diputados y *que ese censo sólo podrá renovarse cada diez años*.

¿Para qué efecto? Claro es que para dar lugar á una nueva razón ó proporción entre la población y el número de los diputados. ¿Quién ha de establecerla? Evidentemente, el legislador ordinario, aquí, lo mismo que en Estados Unidos.

En una y otra parte, pues, la disposición relativa al censo tiende á «fijar, de tiempo en tiempo, la proporción de los representantes en relación con la cifra numérica de los habitantes». Es lo que ha hecho el legislador norteamericano; es lo que debía hacer el legislador argentino.

Que tal es el único objeto de aquella disposición constitucional, comprendida en el capítulo de la cámara de diputados, es cosa averiguada y reconocida. El senador Igarzábal lo entendía así, probablemente, cuando en la sesión del 29 de diciembre de 1893 trataba de explicar la fórmula negativa de aquella disposición: «pero el censo *SOLO PODRÁ renovarse cada diez años*».

Lo que la Constitución quiso, en el concepto del orador, «es que la proporción de la representación no se altere tantas veces cuantas se haga un censo». La constitución habla de un censo que ha de levantarse «á los efectos de la representación».

También otro senador, el doctor Doncel, decía en la misma sesión que para dar al censo el efecto de alterar la representación, era necesario que una ley aprobase aquella operación y determinase expresamente la proporción bajo la cual debían hacerse las elecciones de diputados.

Todo eso es evidente. Faltaba sólo dar un paso adelante para fijar claramente la misma doctrina que sostenemos, entregando al congreso, en su oportunidad, la facultad de establecer, al aprobar el censo, el número de los diputados ó su relación con la cifra numérica de los habitantes.

Dar al congreso la atribución de aprobar el nuevo censo, y man-

tenerlo amarrado á la proporción anterior, creada para el primer censo, es atribuirle sólo una acción mecánica ó administrativa, despojándole de la única función digna y propia de la asamblea legislativa, ó sea la de fijar una nueva razón ó proporción; facultad que sólo tiene una limitación ó excepción en la Constitución, y es la de que el número de diputados no *excederá* de uno por cada veinte mil habitantes ó fracción que no baje de diez mil.

Es decir, que el congreso puede aumentar ó disminuir, discrecional y relativamente, el número de diputados, en virtud del nuevo censo, con las excepciones indicadas. No podría, según ellas, disponer, por ejemplo, que haya un diputado por cada diez mil ó quince mil habitantes, ni menos destruir el principio constitucional relativo á la distribución de los diputados, ó sea la razón ó proporción, equivalente á un *divisor común*, según la expresión norteamericana.

Si fuese inmutable la primera base ó razón constitucional, el congreso nada tendría que hacer en esa parte, sino circunscribirse á la tarea automática de ir aumentando, en cada nuevo censo, el número de los diputados. No puede ser ni es ese el sistema constitucional, que es el sistema norteamericano, tal como resulta de la constante interpretación que ha recibido en más de un siglo.

Si el censo se renueva «á los efectos de la representación», no es para aumentar maquinalmente el número de los diputados, sino para fijar la nueva razón de su prorrateo ó distribución. Y esto es lo que la Constitución ha dispuesto al prescribir, ó al admitir, como se quiera, el censo decenal. El nuevo censo requiere una nueva representación; es decir, un nuevo «prorrateo».

Es una puerilidad decir que la Constitución no previó el adelanto rápido de la población, cuando tenía el ejemplo de los Estados Unidos, cuando reconocía, como la gran nación, la necesidad del censo decenal, destinado á revelar ó comprobar el movimiento de la población, cuando esa constitución ha dispuesto que se arregle *al primer censo* el número de los diputados, y que ese censo se renueve ó pueda renovarse cada diez años, á los efectos de la representación.

Las reglas de la constitución argentina en este caso, admiten tres divisiones fundamentales: 1ª la que constituye una cámara temporaria, fijando directamente el número de sus miembros; 2ª la que fija la proporción de un diputado por cada veinte mil habitantes ó fracción que no baje de diez mil, según un censo que debía realizarse para la segunda legislatura; 3ª la que admite la renovación de ese censo, y por lo tanto, la renovación del número ó de la razón de los diputados.

La proporción derivada del primer censo era una proporción necesariamente variable, que debía modificarse con los nuevos censos previstos y autorizados, y no una base permanente ó inmutable, que no resulta ni de la letra, ni del espíritu, ni de los antecedentes ó las prácticas consultadas y observadas.

El aumento de la población general, á los efectos de la representación, trae aparejado ó implica, como dice Paschal (número 21), el aumento de la razón ó *población* necesaria para elegir un diputado. Lo primero debía ser comprobado por el censo; lo segundo debía ser materia de la ley.

El sistema que deja al congreso ordinario la facultad de determinar, después de cada censo, la razón del número de habitantes que ha de representar cada diputado, ha sido adoptado expresamente en varias de las constituciones provinciales, estableciendo sólo el máximo de diputados, ó un número que nunca podrá ser excedido.

Ese límite está en la constitución nacional igualmente, y dentro de él debe ejercitarse la prudencia de los legisladores, sin la cual no hay principio de gobierno que no esté expuesto á las más graves perturbaciones.

En la disposición constitucional de que se trata, sólo hay un principio esencial y respetable: es el de la proporcionalidad, ó sea el que establece un divisor común á todos; que es la base de una representación ó distribución igual.

Haya un diputado por veinte mil almas, ó un diputado por cuarenta mil, el principio de igualdad ó proporcionalidad, que es el único esencial, quedaría siempre salvado, en cuanto es compatible con la aritmética política.

La verdad ó justicia de la representación no pelagra por el hecho de que la cámara se componga de un número mayor ó menor de diputados; peligraría sí en el caso de que se alterase aquel principio de la proporcionalidad, consagrado en la constitución.

No hay inconveniente, por lo mismo, en abandonar al congreso ordinario el ejercicio de una facultad ó de un arbitrio que no puede llevarlo á comprometer las libertades públicas ni á menoscabar derecho alguno, toda vez que ha de quedar siempre incólume lo único que tiene de esencial el principio constitucional: la razón ó proporción de la representación.

La idea predominante en nuestros hombres públicos es la de que la Constitución debe reformarse en el sentido de dar al congreso ordinario aquella facultad. ¿No habría sido mejor preguntarse si ya no la tiene por virtud de la misma constitución? Bastaría plantear la cuestión para resolverla.

Nuestra convicción es la de que la Constitución no estableció una proporción invariable. Por el contrario, fijó una razón que debía ser modificada con el aumento gradual de la población, comprobado por los censos periódicos. Si, pues, la razón era variable, sólo al congreso ordinario correspondería fijarla, de diez en diez años, ó cada vez que se levantara un nuevo censo.

Este es el régimen de los Estados Unidos; el que se ha aplicado constantemente desde 1792 hasta nuestros días. Es, además, el sistema universal, y hasta el que han adoptado las mismas provincias argentinas.

Nada puede oponerse á que el congreso ejerza esa facultad, como lo demuestra también la intención de deferírsela en definitiva. El congreso ordinario ha sido y es el único que puede llenar esa función. Si por el lado de la cámara de diputados hubiese una tenden-

cia á exagerar la representación de los Estados, ahí está el contrapeso del senado. Lo que una convención puede hacer, puede hacerlo también la legislatura ordinaria, y acaso con más reposo, y ofreciendo mayores garantías de acierto.

Una consideración más. Si la legislatura ó el congreso ordinario no pudiera modificar la proporción original de la Constitución, que da un diputado por veinte mil habitantes, tendrían razón los que sostienen que las próximas elecciones deben hacerse con arreglo á esa pauta y al nuevo censo de la población.

Con cuatro millones de habitantes, tuvieron los Estados Unidos una cámara popular de sesenta y cinco miembros. Los argentinos, con cuatro millones, tendrían una de doscientos, ó sea muchos más de los que formaban la cámara norteamericana cuando los Estados Unidos alcanzaban una población de treinta y cinco millones.

Lógica era, pues, la cámara de diputados, cuando, partiendo de aquel criterio, fijó en ciento noventa y tres el número de los convencionales: tomaba así por base la proporción constitucional de veinte mil habitantes por diputado. Pero el senado, á donde pasó el proyecto de reforma, prescindió de la regla constitucional, y limitó á ciento veinte aquel número. Era una combinación prudente, pero arbitraria. Es la que triunfó definitivamente.

El buen sentido se impone, por lo general, aunque á veces no sepamos desentrañar todas las consecuencias que se derivan del mismo acto ó procedimiento adoptado, para poner término á una controversia.

La ley nacional que convoca una convención de ciento veinte miembros para reformar la Constitución, no hace sino adoptar la razón de la representación política que mañana consagrará la misma convención, probablemente. Bien pudo el congreso establecerla, directa y definitivamente, para todas las elecciones nacionales, sin que pudiese ponerse en duda su competencia. No habría hecho sino

aplicar á las elecciones de diputados el mismo criterio con que acaba de resolver el problema de la convención.

Si una vana preocupación no hubiera obscurecido el juicio de los legisladores, ellos habrían reconocido en su integridad la sencilla verdad constitucional que sólo han aceptado á medias, esto es, la doctrina que habilita al congreso para establecer hoy, en virtud del nuevo censo de la población, la razón del número de habitantes que debe representar cada diputado de la nación.

AGUSTÍN DE VEDIA.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(*Conclusión*)

XXV

Ningún escritor brasileño es más conocido y apreciado entre nosotros que el señor Joaquín Nabuco. Durante su visita á Buenos Aires, la juventud argentina tuvo ocasión de conocer y tratar á ese hombre de palabra tan brillante, de condiciones personales tan atractivas y de inteligencia tan excepcional. Ruy Barbosa y él, lo he dicho al empezar estas notas, son las dos columnas más sólidas de la intelectualidad brasileña, los más altos representantes del espíritu y el genio de su raza. Apartado de la vida política activa por sus tendencias monárquicas, no me ha sido dado oír á Nabuco en las asambleas parlamentarias ó populares, campo favorito de sus mejores triunfos en el pasado. En cambio, he tenido la buena suerte de encontrarme algunas veces con él y sentir por mí mismo la acción simpática de su magnetismo individual. Educado en un medio culto y aristocrático, acostumbrado al espectáculo y la vida de las sociedades europeas, donde ha residido mucho tiempo, políglota distin-

guido, el trato de Nabuco es uno de los más agradables de que se puede gozar. Sus condiciones caballerescas, la nobleza y altura de su carácter, la elevación moral con que defiende su causa sin apelar al insulto ni á la denigración, tan común en nuestras luchas políticas, le conquistan el respeto general y la consideración de sus adversarios. En el fondo, todos saben que la pasión dominante en su alma generosa es el amor de la patria brasileña y que subordina á ese culto íntimo la acción vibrante de su propaganda varonil.

Hace ya diez años, y cuando la prédica abolicionista había llegado á su período álgido, husmeando folletos viejos en el Paraguay con esa fruición del *bouquiniste* que cuando se apodera de nosotros no nos abandona ya más, — encontré y leí el primero de sus libros que caía entre mis manos (1). Desde entonces ese folleto me ha acompañado en mis largas excursiones, como si hubiera tenido la intuición de que algún día debía escribir estas impresiones de la vida intelectual del Brasil. Acabo de releerlo con el mayor placer, encontrando en él la misma fuerza de dialéctica, brillo de exposición y encanto de estilo que lucen en sus más recientes publicaciones. Sin duda, la desaparición total de aquella enfermedad terrible que inficionaba al organismo brasileño, hace que el libro pierda actualmente una parte de su interés; pero como documento histórico, como alegato en favor de una causa humanitaria, como estudio filosófico y moral, — su lectura es aún hoy de la mayor importancia para todo el que quiera conocer el progreso social del grupo brasileño contemporáneo. El movimiento abolicionista está estudiado en ese libro de una manera completa, desde su origen hasta la época de su publicación, que precedió pocos años á la famosa ley de 13 de marzo de Isabel « la Redentora ». Las deformaciones y vicios inoculados en el carácter nacional por el régimen nefando arrojan una luz vivísima sobre muchos de los acontecimientos de que ha sido teatro el Brasil

(1) *Reformas Nacionales — O abolicionismo* por JOAQUÍN NABUCO. Londres. Typography of Abraham Kingdom and Co., 1883. El ejemplar que poseo tiene un *envoi d'auteur*: *A seu amigo Cesarino*. Ignoro quién es la persona aludida en la dedicatoria.

de diez años á esta parte. Previendo ya la manumisión absoluta, Joaquín Nabuco comprende que una vez que los últimos esclavos hayan sido arrancados al poder siniestro que representa para la raza negra la maldición del color, *«será preciso todavía desgastar, por medio de una educación viril y seria, la lenta estratificación de trescientos años de cautiverio, esto es de despotismo, superstición é ignorancia»*. Para él, uno de los primeros efectos del abolicionismo será «la desagregación de los actuales partidos». Por de pronto, en su libro se vé que el partido republicano, por boca del consejero Cristino Ottóni, defensor de los intereses de la gran propiedad, aprovechó la hostilidad de los propietarios de esclavos en contra del Emperador, á quien se suponía instigador del movimiento abolicionista, hasta que más tarde el abolicionismo se impuso al espíritu del gran número de republicanos como una obligación mayor que la de la mudanza de gobierno con ayuda de aquellos propietarios(1). Con la noble lealtad que es uno de los rasgos característicos de la personalidad de Joaquín Nabuco, éste no vacila en hacernos saber que la acción personal del emperador, en la cuestión de la emancipación, estuvo lejos de ser tan decidida como se podía haber esperado. «Su parte en lo que se ha hecho—dice en una extensa nota que me limito á extraer—es muy grande, es casi la esencial, por cuanto él podría haber hecho lo mismo con otros hombres y por otros medios, sin recelo de revolución. Lo que yo digo sin embargo es que si don Pedro II, desde que subió al trono, hubiese tenido como norte invariable de su reinado la realización de la emancipación, como su padre la de la Independencia, sin ejercer más poder personal del que ejerció, por ejemplo para llevar la guerra del Paraguay hasta la destitución total del gobierno de López, la esclavitud á esta hora ya habría desaparecido del Brasil. Verdad es que, si no fuese por el emperador, los peores traficantes de esclavos habrían sido hechos condes y marqueses del Imperio, y que su majestad siempre mostró repugnancia por el tráfico é

(1) O abolicionismo, página 11.

interés por el trabajo libre; mas comparando la suma de poder que él ejerce ó posee, lo que se ha hecho en favor de los esclavos en su reinado es muy poco. Baste decir que todavía hoy la capital del imperio es un mercado de esclavos ». Más lejos, el distinguido escritor traza un cuadro, diseñado al agua fuerte, de la situación moral del Brasil durante el régimen esclavócrata. « La esclavitud — dice — así como arruina económicamente al país, imposibilita su progreso material, *corrompe su carácter*, desmoraliza sus elementos constitutivos, le quita la energía y la resolución; *rebaja la política*, habitúalo al servilismo, impide la inmigración, deshonra el trabajo manual, retarda la aparición de las industrias, promueve la bancarrota, desvía los capitales de su curso natural, aparta las máquinas, *incita al odio entre clases, produce una apariencia ilusoria de orden, de bienestar y de riqueza*, la cual cubre los abismos de anarquía moral, de miseria y destitución que desde el norte al sur de nuestro país limitan todo nuestro futuro ». Si esta pintura es exacta, y no tenemos por qué dudarla — ¿no se encuentra acaso en ella la explicación más clara, más racional y filosófica del movimiento que derrocó la dinastía reinante, á raíz de la emancipación? ¿No era lógico que al caer derribada la horrible institución, ella aplastara entre sus ruinas todo el sistema político históricamente vinculado con la esclavitud, y que el régimen monárquico fuera el objeto principal de la odiosidad mancomunada de los abolicionistas, que debían mirarlo con antipatía como representante de un período funesto, y de los señores de esclavos cuyos intereses al fin no había querido ni podido defender? ¿Qué respetabilidad y qué fuerza moral podía oponer el Imperio al avance de la ola popular, el día que la libertad de los esclavos minara una de sus bases tradicionales y abriera una ancha brecha en sus reductos? El señor Nabuco va á decírnoslo, en esta viva disección de la actualidad política de su patria durante aquellos tiempos de agitación liberal: « Es por no existir entre nosotros esa fuerza de transformación social por lo que la política es la triste y degradante lucha por sueldos que todos presenciamos; *ningún hombre*

*vale nada, porque ninguno es sostenido por el país. El presidente del consejo vive á merced de la corona, de quien deriva su fuerza, y sólo tiene apariencia de poder cuando se le juzga un lugarteniente del emperador y se cree que tiene en su bolsillo el decreto de disolución, esto es, el derecho de elegir una cámara de paniaguados suyos. Los ministros viven en una escala inferior á merced del presidente del consejo, y los diputados en el tercer plano, á merced de los ministros. El sistema representativo es así un injerto de formas parlamentarias en un gobierno patriarcal, y senadores y diputados sólo toman en serio el papel que les cabe en esa parodia de la democracia por las ventajas que ella les produce. Suprímase el subsidio y obligueseles á no servirse de su posición para fines personales y de familia, y ningún hombre que tenga que hacer se prestará á perder su tiempo en tales *skiamaxiai*, en combates con sombras, para emplear una comparación de Cicerón... Ministros sin apoyo en la opinión, que al ser despedidos caen en el vacío; presidentes del consejo que viven noche y día investigando el pensamiento esotérico del emperador; una cámara consciente de su nulidad y que sólo pide tolerancia; un senado que se reduce á ser un Pritaneo; partidos que son apenas sociedades cooperativas de colocación ó de seguro contra la miseria; todas esas apariencias de un gobierno libre son preservadas por orgullo nacional como lo fué la dignidad consular en el imperio romano; pero, en el fondo, lo que tenemos es un gobierno de una sencillez primitiva, en que las responsabilidades se dividen al infinito y el poder está concentrado en las manos de uno solo. Éste es el Jefe del Estado. Cuando alguien parece tener fuerza propia, autoridad efectiva, prestigio individual, es porque le acontece estar en ese momento expuesto á la luz del trono; desde el momento en que da un paso á la derecha ó á la izquierda y se aparta del séquito, nadie lo nota en la obscuridad ».*

Estas francas expresiones son interesantes al compararse con los juicios recientes del señor Nabuco respecto á la aplicación del sistema republicano en su patria y á la nostalgia con que recuerda las exce-

lencias del antiguo régimen. Ellas podrían dar argumentos fáciles para los que quisieran combatir al señor Nabuco con sus mismas palabras, papel que no me corresponde en mi carácter de espectador imparcial y neutral del debate que apasiona á la opinión del Brasil. Si las he citado, no ha sido con el objeto de señalar una contradicción en el criterio político del señor Nabuco, pues en todo caso, él puede decir que desde 1883 hasta hoy ha tenido motivo para modificar sus opiniones juveniles, y que los vicios de la política imperial no disculpan las escenas sangrientas ni el desorden de la política republicana. Por lo demás, no soy de los que se regocijan y dan una gran importancia al hecho de encontrar dos modos de pensar aparentemente opuestos en un mismo escritor (1). Si he señalado, pues, los párrafos anteriores, ha sido porque al emprender la ardua tarea de exponer á mis compatriotas algunas de las fases del movimiento intelectual del Brasil, he querido agrupar ante ellos la mayor suma posible de informaciones y de elementos que les permitan sacar por sí mismos las deducciones y consecuencias oportunas. Es rindiendo culto á este propósito por lo que he debido indicar, aunque sólo sea de paso, las tendencias positivistas de los unos, el jacobinismo de los otros, el radicalismo de los demás. Todos estos estados morales son síntomas que explican algunas de las fases del pensamiento contemporáneo brasileño y que se reflejan en la producción literaria contemporánea de aquel país. En este sentido, su especificación cabe en el marco de estas notas é impresiones, recogidas en mi contacto rápido con los hombres y las obras representativas de la hermosa tierra de Santa Cruz.

Si el análisis de las influencias sociales y políticas de la esclavi-

(1) El señor Nabuco mismo ha dicho en una de sus últimas producciones, su notable *Carta al Almirante Jaceguay*: « Es cierto que la disolución de nuestro sistema político-administrativo data de la monarquía, pero es también un hecho que la dinastía no concurrió para ella, y la mejor prueba es que, el efecto de la retirada del emperador, aun sobre el antiguo medio político, fué como si se hubiere cesado de repente, en un posible foco de infección, la acción continua de un poderoso antiséptico ». La confesión es expresiva y hace poco honor al medio en que se agitaba la dinastía.

tud sobre la vida brasileña que contiene el libro sobre *Abolicionismo* está hecho con la mayor habilidad, no es menos interesante y sugestivo el estudio del señor Nabuco sobre la influencia ejercida por aquella vergonzosa institución sobre la nacionalidad, sobre el territorio y sobre la población. Hay allí páginas aterradoras, que merecerían ser meditadas todavía por los estadistas brasileños. Por fortuna, la extinción completa de aquella terrible lepra, unida á la acción del tiempo, va resolviendo paulatinamente muchos de los problemas étnicos que plantea el señor Nabuco, y la incorporación de grandes masas de inmigración europea, que se asimila fácilmente al organismo brasileño, se encargará de borrar lentamente los últimos vestigios de la sangre de la raza oprimida. El distinguido escritor hace notar con acierto la diferencia que se observa en el Brasil y en los Estados Unidos en esta materia, mostrando con cuánta mayor facilidad se efectúa en su patria el cruzamiento que elimina el peligro de la presencia de dos núcleos de población diversas y enemigas. En la segunda nación el problema permanece en pie, hasta el punto de que, para resolverlo, algunos estadistas, como el señor Frederick L. Hoffman, sólo confían en una extinción total de esa raza en un tiempo más ó menos largo, fundándose en que los negros acuden á las ciudades en grandes masas y que en los centros poblados la proporción de su mortalidad supera á la proporción de su natalidad, de manera que este exceso de pérdida contrabalanceará el aumento que se nota en aquella porción de la raza que permanece en los distritos rurales (1).

(1) *Race traits and tendencies of the american negro*, by Frederick L. Hoffman. F. S. S., Macmillan and Co., New York, 1896. He aquí las conclusiones á que llega el señor Hoffman, que sostiene que la abolición de la esclavitud produjo la ruina del negro americano : « Nada se ve más claro por esta investigación que el hecho de que el negro del sud, en el tiempo de la emancipación, era sano de cuerpo y de mente alegre. Ni sufría extraordinariamente de enfermedades, ni de vigor corporal debilitado. Su capacidad industrial como labrador no era de un orden inferior, ni la clase de su servidumbre tal que produjera en él condiciones mórbidas favorables á enfermedades mentales, suicidio ó intemperancia. ¿ Cuáles son las condiciones que hallamos treinta años después ? Las páginas de esta obra dan una respuesta que es la más severa condenación de las

XXVI

Las condiciones eminentes del escritor, que se diseñan en el panfleto sobre *Abolicionismo*, son las mismas que hacen tan interesante la lectura de su ensayo sobre *Balmaceda*. En el fondo de los procedimientos literarios de Joaquín Nabuco, se ve su completa familiaridad con los críticos ingleses, especialmente con Macaulay. En el arte consumado con que nuestro distinguido autor agrupa los hechos, hace resaltar los detalles de sus cuadros, prepara y disciplina los argumentos que desenvuelve en el curso de su trabajo, encuéntrase el método imaginativo y preciso al mismo tiempo del gran historiador británico. Nabuco posee una imaginación brillante, un buen gusto exquisito, una forma transparente, flexible, llena de elocuencia. La claridad de su pensamiento y la sobriedad de su estilo son extraordinarios. Su frase es generalmente diáfana, rápida, cortante. Pero se liga á la siguiente y á la que la precede por un hilo de lógica fina y estrecha, y el período amplio, sonoro, se desarrolla con vigorosa majestad, casi lírico por la perfección armoniosa de su ritmo musical. La lectura de sus libros proporciona así un placer intenso. La atención del lector se despierta desde las primeras sentencias, y una vez tomado en el engranaje de su magnífica prosa, es imposible romper el círculo encantado. Añadiré, para ser justo, que en esa forma cincelada y artística, se encuentran pensamientos fecundos y originales; el vino es digno del ánfora que lo contiene. Y todo esto, que representa una reconcentración intelectual podero-

tentativas modernas de las razas superiores por levantar á las razas inferiores hasta su propia posición elevada; una respuesta tan llena de enseñanza que parecería criminal indiferencia de parte de un pueblo civilizado el ignorarla. En el lenguaje claro de los hechos agrupados, se muestra que la raza negra va decayendo á un grado inferior, tendiendo hacia una condición en que las cosas serán cada vez peores, en que las enfermedades serán más destructoras, la resistencia vital menor, en que las defunciones superarán á los nacimientos y la extinción gradual de la raza se producirá ».

sa, un método minucioso y exacto, una labor persistente y tenaz, aparece sin angustia, como trazado de una plumada, en una abundancia que desborda, sin que la suave tersura del músculo vibrante denuncie la contracción dolorosa del esfuerzo. Ciertamente, ese es el estilo de un gran escritor, y casi diría que, fuera de su compatriota Ruy Barbosa, no conozco nadie que lo supere en nuestro continente. Las fórmulas de condescendencia generosa con que es necesario tratar á la mayor parte de los literatos sudamericanos, teniendo en cuenta las dificultades con que luchan y lo poco que reciben en cambio de sus trabajos, son aquí inútiles é inoportunas. Emplearlas al tratar de Nabuco y Ruy Barbosa sería ofensivo. Con ellos el elogio puede hacerse sin reservas, la palabra debe tomarse en la amplitud de su significado, de tal manera se apartan ambos del terreno de la medianía para ocupar el rango que les corresponde al lado de los distinguidos representantes de la literatura contemporánea.

Pero esta misma superioridad impone á la crítica deberes más estrictos y un control más minucioso. Siento no poder ejercitar éstos en toda su amplitud al ocuparme de la obra sobre *Balmaceda*. El tema de este libro es difícil é ingrato por tratarse de un hombre político y del héroe de un episodio histórico que despierta todavía pasiones rencorosas y apoteosis exaltadas en una nación amiga, cuya historia reciente no estoy en condiciones de poder analizar con independencia. Entre los bandos rivales que ensangrentaron á Chile, en mi caso especial, el extranjero no puede sino guardar una prescindencia absoluta y respetuosa. Conozco á muchos de los actores que tomaron parte en la tragedia, he visto de cerca á algunos de los principales de ellos, puedo decir que en el Perú he estado junto al *deus ex-machina* del derrumbe final. El autor del libro que sirve de base á Joaquín Nabuco para su brillante creación literaria, ha sido mi compañero y mi interlocutor durante muchas semanas de convivencia estrecha. Recorrí á Chile de sur á norte en medio de la dictadura. Hablé largamente con el malogrado Sanfuentes, el inten-

dente de Concepción, tan brutalmente sacrificado luego en Mendoza por dos *bravi*, por desgracia argentinos. Posee abundancia de documentos, publicaciones, datos, apuntes personales sobre detalles de aquella lucha... No obstante, considero más oportuno abstenerme de formular un juicio que podría ser mal interpretado ó mal entendido. El señor Nabuco, que tiene un temperamento tan exquisito de hombre de letras, comprenderá cuán duro me es tener que limitarme á rozar apenas la materia de su libro. cuando poseo tantos elementos para abordar su crítica y analizarlo punto por punto.

Para comprender la índole de ese libro es necesario tener en cuenta el carácter de su autor y la época de su publicación. El señor Nabuco, lo he dicho ya, figura entre los adversarios de la actual república brasileña, es un partidario del «antiguo régimen»; y su obra apareció poco después de la revolución encabezada por el almirante Mello y vencida por la astucia y la persistencia del mariscal Peixoto. Es en vano que el señor Nabuco se defienda de la imputación de estar inconscientemente prevenido en favor de la causa que en Chile se llamó del Congreso. La auto-sugestión, en su caso, es inevitable y se revela ingenuamente desde el principio hasta el fin de su estudio. El señor Nabuco figura entre los sudamericanos amantes del orden y de la ley, que consideran el estado revolucionario y anárquico de nuestro continente como uno de los más desgraciados síntomas de atraso político. ¿Por qué entonces él mismo nos confiesa que, aun antes de tener datos exactos sobre la contienda chilena, su opinión era adversa á Balmaceda? «Nada de esto, dice, me habilitaba para convertir en razón suficiente *la predilección espontánea que desde el principio sentí por la causa revolucionaria*». La razón de esa simpatía estriba en su situación personal de amenazado y «sospechoso» durante una parte de la dictadura de Peixoto, era una razón de íntima resistencia contra la violencia del poder que dominaba á su patria, de confraternización secreta con todos los que suponía se encontraron en Chile en el mismo caso que él, viéndose, por su seguridad personal, obligados á apelar á la ge-

nerosidad del asilo bajo la salvaguardia de un pabellón extranjero.

Y conste que no sostengo que su juicio sobre la revolución chilena sea absolutamente inexacto é injusto, sino que carece de raíces sólidas, que es instintivo, sugerido por la actualidad política de su patria, por su amor á la libertad, por su repugnancia ingénita por todo lo que representa un caudillo, un mandón, un detentador de « la suma del poder público ». El señor Nabuco « esperaba con ansiedad la aparición de cualquier obra que explicara la acción política de Balmaceda », porque con su talento jurídico, con su sagacidad crítica y con la lealtad que constituye el fondo de su carácter, él quería darse el placer de la refutación de esa obra, él quería disecar ese tipo del « tirano » forjado por su imaginación, ajustándolo al molde y al patrón que de antemano se había trazado de él; y esa tarea de demolición, de réplica, ese papel de fiscal ardiente y despiadado, congeniaba admirablemente con sus raras cualidades de penetración, con su talento fino y sensible, con los recursos de su retórica consumada, con la lógica severa de su método crítico. Así, desde el primer momento, después de tributar elogios generosos á la « parte contraria » y encontrar en el señor Bañados Espinosa condiciones de defensor notable, aunque insinuando que no de la mejor buena fe (1), lo vemos feliz al empuñar su bisturí cortante y extender el alegato chileno sobre la mesa del anfiteatro. Hay una fruición de artista en esos primeros cortes en la carne viva de su sujeto. Una vez más, me recuerda á Macaulay mostrando con un lujo admirable de gracia, de intensidad y de elocuencia de qué manera la mediocridad de Boswel ha inmortalizado su *Vida de Johnson*, ó más bien, al retratar la figura ambigua de Barère, empezando con sentencias majestuosas y tranquilas hasta fulminar al terrorista y mos-

(1) « Como recursos de escritor político posee claridad de forma, movimiento en el estilo, gran pericia en la presentación de los hechos, el talento de disfrazar las reconvenções, el manejo del claro-oscuro, por último, el arte del lugar común escogido y la falsa lógica, que son los dos principales efectos del abogado ». (Balmaceda, páginas 7 y 8).

trar desnuda el alma del político sanguinario, como el Dios mitológico la piel ensangrentada de su víctima.

La obra de Bañados Espinosa, es necesario decirlo, se resiente de las condiciones en que fué escrita, de su carácter de panfleto de propaganda, y en su misma frondosidad de detalles y por su deseo explicable de querer probar demasiado, da un asidero fácil á estudios del género del que ha hecho el señor Nabuco. Pero aun suponiendo que esa obra tuviera una perfección de que está distante; aunque ello en vez de un panegírico discutible fuera un alegato tan perfecto y tan elocuente como los de Cicerón contra Verres ó contra Catilina, el señor Nabuco posee bastante talento literario, bastante penetración de criterio, bastante flexibilidad de dialéctica para poder darse el lujo de descubrir los puntos débiles de la coraza de su adversario y mostrarnos que la terrible rapacidad del primero no pasaba de una modesta manía de coleccionista de objetos artísticos, y la fuga del segundo al campo de Mallio, después de la primera oración del orador romano, de una simple excursión campestre convertida más tarde en sublevación militar por circunstancias accidentales. Sin necesidad de exagerar, diré más bien que la auto-sugestión del señor Nabuco, á que antes he aludido, le hace mirar todos los detalles y peripecias de la contienda chilena con un criterio especial. Á pesar de las reservas que explícitamente él nos hace respecto á las conclusiones de su estudio, se ve que no es un juez imparcial y que su fallo está decidido, aun antes de haber tenido ocasión de escuchar al acusado. El señor Nabuco nos advierte que «por Chile sintió siempre una gran admiración». Encontraba «más cuerpo nacional en esa estrecha faja de terreno que en todo el resto de la América del Sur». Durante el reinado de don Pedro II, recuerda con satisfacción que «sólo había dos naciones organizadas y libres en la América Latina»: *el Imperio de Chile y la República del Brasil*, «usando un *bon mot* falso, como la mayor parte de los de su clase, pero que tuvo su cuarto de hora de éxito en aquella época. La larga paz de Chile, en contraposición con las

agitaciones periódicas de otras repúblicas del mismo origen y de la misma raza, es para él un ejemplo admirable y digno de imitación. Aquel pueblo « gobernado por una oligarquía parlamentaria », se le representa como amante de la ley y respetuoso de sus preceptos. Los gobiernos que se han sucedido en Chile, desde Montt hasta el anterior á Balmaceda, son para él modelos de justicia y sabiduría política... Con estos antecedentes y estas ideas arraigadas de antemano ¿qué juicio debía formarse el señor Nabuco de la sublevación de la escuadra en Valparaíso? La respuesta es tan sencilla que cae de su propio peso: Chile ha disfrutado de paz porque sus gobiernos han sido justos; una parte de sus hombres políticos se ha levantado en armas contra el presidente, acusándolo de violar la Constitución; luego, el presidente es el culpable de los males que sobrevengan por su actitud. Los partidarios del presidente, — que forman hoy un grupo muy importante y poderoso en la política chilena, — planteaban el silogismo exactamente al revés y sacaban de él una consecuencia contraria. No importa: el señor Nabuco había condenado á Balmaceda *a priori*, en un arranque generoso, y sólo necesitaba fortalecer su opinión por medio de la lectura de documentos confirmatorios de su fallo instintivo. Añadiré otra causa de sugestión: la calidad de los elementos armados que encabezaron la resistencia chilena. El señor Nabuco profesa una justa admiración por la armada de Chile y sabe que ella se compone, en sus capas superiores, de elementos distinguidos y de oficialidad brillante. Con razón ó sin ella, su composición y su poder le recuerdan el de la propia escuadra de su país, y la imagen caballeresca del bizarro Saldanha y del almirante Mello se confunde á sus ojos con la de Montt y sus compañeros de campaña. No le parece posible que la escuadra inicie un movimiento de esa especie, ella que « es en política un elemento neutro », sin razones legítimas y patrióticas. La derrota de la tentativa brasileña, para un hombre de corazón cálido y amante del infortunio, debía hacer más simpática la actitud feliz de los marinos del Pacífico. Finalmente, no pocos de los agentes de

Balmaceda, en los apuros de la proscripción, habían ofrecido sus servicios al dictador brasileño, entre otros Moraga, el jefe de la torpedera que echó á pique al *Blanco*, y aunque en el nuevo medio en que vinieron á actuar ellos sólo se hicieron conspicuos por sus desórdenes é indisciplina (1), este detalle no está calculado para hacer muy grato al recuerdo de los opositores del mariscal Peixoto la acción de los defensores del presidente chileno.

Me he referido al juicio del señor Nabuco sobre el carácter de las escuadras en las contiendas civiles, y constituye una página tan elocuente, tan expresiva como manifestación del estilo y de la manera literaria habitual del escritor, al mismo tiempo que confirma tan claramente mi análisis anterior, que no resisto al placer de transcribirla:

«Nunca Balmaceda imaginó la defección de la escuadra chilena, el señor Bañados Espinosa lo dice deplorándolo, y esa sorpresa revélase en el hecho de estar la escuadra pronta para cualquier emergencia, en vez de hallarse prácticamente desarmada, inmovilizada ó apartada de Chile, como hubiera estado si Balmaceda imaginase que de ella podría partir la reacción. La verdad es que un *pronunciamiento* naval era una novedad para la América, donde aún no había surgido un Topete. Siempre que los partidos enumeran sus recursos dejan á un lado la fuerza naval, y en el hecho, por su naturaleza, la escuadra es en política un elemento neutro. El carácter nacional de la armada es en todas partes más acentuado que el del ejército, aunque ambos sean igualmente patrióticos. El marinero es un ausente, tiene que ser, por su género de vida, mucho menos regional que el soldado, vinculado á la guarnición. La lucha del hombre de mar es la mayor parte del tiempo contra los elementos, por lo menos lo era en la antigua marina de vela, de la cual procede, y esto imprime á su energía un carácter de grandeza que empequeñece las discusiones civiles. Para que un sentimiento se apodere de su corazón

(1) Véase: *A intervenção estrangeira durante a revolta*, por JOAQUÍN NABUCO, página 88.

es necesario que tenga algo de vasto, de insondable. El océano es el molde en que se arroja su individualidad. De allí resulta una gran extensión del horizonte interior. La bandera tiene sobre él una influencia que sólo puede tener en el ejército entre los soldados que alguna vez entraron en el combate; para los que nunca vieron las banderas del enemigo, ondeando á lo lejos como un desafío de valor, la nacional no puede ser el objeto que es para los marinos, habituados á llevarla á los confines del mundo, como el distintivo de su país lejano. Hay en el acto de hacer flamear el pabellón en la soledad del océano, cuando dos navíos se encuentran, una sugestión de patriotismo que penetra el alma hasta el fondo. Delante del extranjero se educa, se eleva, se depura el sentimiento patriótico, y el marino está siempre delante del extranjero. De allí su apartamiento natural, su incomprensión de todo lo que divide el país; su amor á todo lo que lo une. Él tiene el sentimiento de la patria, unitario, nacional, impersonal: por eso las viejas tradiciones del país consérvanse vivas en los buques después de casi apagadas en tierra. Á ese sentimiento únese su simpatía por las ideas y por las cosas que él sabe ser universales, porque las encontró en la redondez del globo, en las diversas escalas de su navío... En todos los países, la marina tiene una popularidad suya, un prestigio propio sobre las masas. El ejército es otra cosa: popular como se va haciendo en nuestros días, aún así no fué posible al pueblo, en parte alguna, desprender del uniforme militar la antigua idea de la opresión, resto del uso que los gobiernos hicieron siempre de la tropa para imponerse. Una revolución militar, por más liberal que fuese su propósito, tendría siempre en contra suya una prevención, el carácter autoritario de la fuerza armada. La tendencia del gobierno militar es el militarismo. No puede, empero, haber despotismo naval. Ha habido hasta hoy tiranos de toda especie, pero no se ha visto un tirano embarcado. Todavía desde el mar no se gobierna la tierra. De á bordo puede partir la iniciativa de un movimiento, como en España partió de una señal de la *Zarago-*

za la revolución de septiembre, pero no fué Topete, fué Serrano, fué Prim, fué el ejército quien se hizo cargo del gobierno. La marina no tiene medios de acción en tierra. Los campaneros de Santiago no recelan que el cañoneo de todas las escuadras del mundo interrumpa una nota de sus repiques. De ahí la seguridad de que de un movimiento de la escuadra no puede resultar una tiranía, y la presunción de que él procede de un impulso nacional desinteresado...» (1).

He tratado de indicar, de una manera somera, cuál es el espíritu que predomina en el libro de Nabuco, absteniéndome voluntariamente de decidir respecto á su mayor ó menor exactitud histórica. Como lo he dicho al principio, la cuestión que él examina es una de las más ingratas que se puede tratar, y no deseo profundizarla. En regla general, el principal defecto que encuentro en ese libro, no obstante las declaraciones del señor Nabuco, es su tono demasiado absoluto, su manera « *tranchante* » de resolver problemas políticos que me parecen muy complicados y sinuosos. Se diría que la misma impresión hubiera sentido José Veríssimo, cuando escribió su interesante artículo sobre *Balmaceda* en la *Revista Brasileira* (2). Si el señor Nabuco, como lo dudo, ha seguido hasta hoy el curso de los acontecimientos que se han sucedido en Chile, después de la caída del gobierno dictatorial, estoy seguro de que él mismo sentirá vacilar

(1) Los partidarios de Balmaceda, naturalmente, miran la cuestión desde un punto de vista completamente diverso, y á la afirmación del señor Nabuco de que « desde el mar no se gobierna la tierra », responden que desde el mar, por lo menos, se gana el gobierno, como lo ganó el almirante Montt, jefe de la escuadra sublevada, si bien es cierto que para hacer de él un uso prudente y moderado.

(2) En ese artículo, que es uno de los mejores de su autor, se señalan algunas contradicciones del señor Nabuco en su manera de juzgar á Balmaceda, y se muestra la parte débil de la argumentación del distinguido escritor brasileño. « Desde el punto de vista estrictamente legal, dice José Veríssimo, y esto el señor Nabuco no lo indicó suficientemente, aunque de paso parezca reconocerlo, creo que la razón estaba con Balmaceda ». Como se ve, no faltan escritores eminentes del Brasil que saquen de la lectura del ensayo sobre *Balmaceda* una conclusión totalmente diferente á la del señor Nabuco, como le aconteció á éste con el libro de Bañados Espinosa.

un poco sus primeras opiniones respecto al verdadero papel que cupo en la terrible crisis de aquel país al mandatario que purgó con su sacrificio voluntario sus errores. Por lo pronto, la cuestión política envuelta en la contienda no ha sido resuelta, porque no puede llamarse parlamentarismo al régimen que impera en aquella nación. Luego, el triunfo completo del partido vencido en Concón y la Placilla parece cuestión de tiempo solamente, si hemos de atenernos á las posiciones que él ocupa al presente y á los resultados futuros de la unión liberal que se diseña en el escenario político chileno y que el día en que se realice, sin reticencias ni reservas mentales, llevará al poder á los balmacedistas. Todo esto sería digno de examen, pero me llevaría muy lejos y quiero sólo insinuar estas dudas, antes de penetrar en el apéndice de esa bella obra, destinado á tratar de « la cuestión de la América Latina ».

XXVII

En las líneas que preceden al ensayo sobre *Balmaceda*, el señor Nabuco hace notar que la América del Sud « no ha tenido todavía un historiador »; que no existe ningún esbozo completo de su existencia política ni nada escrito sobre ella desde el punto de vista universal. « Lo que tenemos, añade, ó ha sido hecho, superficialmente, por extranjeros que no conocen las cosas de estos países y escriben por informaciones que no verifican, hilvanando de preferencia datos parciales de falsa estadística; ó es obra de partidarios de los diferentes gobiernos, encargados de glorificarlos y que ingenuamente, por no decir imbécilmente, desempeñan su grande empresa de inmortalización con la seguridad infalible de momificadores egipcios. Esa laguna sensible de la literatura histórica moderna ha de ser llenada, sin embargo, más pronto tal vez de lo que se piensa, cuando surja la cuestión de la América Latina, á que me re-

fiero en las páginas finales ». La filosofía del libro sobre *Balmaceda*, como lo hace notar José Veríssimo, aunque temiendo que el término filosofía parezca demasiado pretencioso, está resumida en el capítulo destinado al examen de aquel problema. Tratándose del señor Nabuco, me parece excusado decir que el lector no encontrará nada banal, nada mediocre en esa parte interesante de su publicación. No obstante, creo que la « cuestión de la América Latina » no ha sido encarada por él desde un punto de vista práctico y que la panacea que aconseja para curar la enfermedad orgánica de nuestro continente es completamente inaplicable y empírica.

Pero antes, veamos cómo plantea el señor Nabuco el problema que se propone examinar. Y eliminemos, desde luego, los argumentos que saca del éxito de la república en Chile y de las ventajas de dicho régimen político para aquel país, con el objeto de probar la incapacidad del Brasil para mantener la misma clase de instituciones. En rigor, se diría que el señor Nabuco considera á todos los Estados de la América Latina igualmente incapaces para esta forma de gobierno desde que « Chile, aunque de raza española, es, para él, una excepción tanto como los Estados Unidos, excepción que *se puede considerar un capricho de orden moral en la formación de la América del Sud*, como hay aparentemente tanto capricho en su formación geológica ». Como se ve, aquí nadamos en plena fantasía, en el pleno delirio de la apología. Chile, gobernado invariablemente hasta hoy por una oligarquía aristocrática, como el mismo señor Nabuco lo reconoce en el curso de su libro, es el menos republicano, — y no digo que esto sea una desgracia para él, — de los países de Sud América. Esta proximidad de sus instituciones reales con el régimen monárquico, es tal vez lo que en el fondo deleita al señor Nabuco, cuyo celo por la dinastía lo llevaría así insensiblemente á tomar como modelo de república... la menor cantidad posible de república que existe en nuestro continente. El señor Nabuco continúa afirmando que si en el Brasil existió libertad durante el reinado de don Pedro II, « fué porque el poder se contenía á sí mismo ».

Quien ha leído la gráfica descripción de la vida política del Imperio hecha por el señor Nabuco en *O abolicionismo*, apreciará sin duda esta blanda disposición de un monarca que según pareciera el señor absoluto en aquella sociedad (1), cuyo poder, no tenía nada que pudiera limitarlo. Así, añade, «desde el momento en que el despotismo se manifestase en el Brasil, yo sabía que él se llevaría todo por delante, por la completa falta de resistencia. Nuestra sumisión sería mayor que la de las otras naciones sudamericanas, porque éstas, devastadas como están por la guerra civil, quedaron también endurecidas por ella; sus hombres públicos, como los cónsules romanos, saben todos hacer maniobrar legiones. Entre nosotros, declarada la dictadura, habría de un lado el despotismo militar, del otro la pasividad, la inercia del país. Si la dictadura asumiere el tipo sudamericano, la sociedad brasileña, creada en la paz y molición de la esclavitud doméstica y de la libertad monárquica, enervada por una ausencia total de peligro en más de cincuenta años, habituada á la atención que el emperador siempre mostró á todos, mucho mayor que la que él recibía, presa del pánico, renunciaría á su libertad, á sus intereses, á sus propiedades, como en los últimos tiempos del imperio la vieja sociedad romana abandonaba sus palacios dorados de la ciudad y sus villas de mármol, todo su sibaritismo refinado, para aparecer como esclavos suplicantes ante los jefes bárbaros».

No necesito decir que no encuentro completamente exacta esta

(1) «Autónomo, dice el autor de *Balmaceda* en *O abolicionismo*, sólo hay un poder entre nosotros: el poder irresponsable; sólo ese tiene la seguridad del día siguiente; sólo ese representa la permanencia de la tradición nacional. Los ministros no son más que las encarnaciones secundarias, y á veces grotescas, de la entidad superior. Mirando en torno suyo, el emperador no encuentra una sola individualidad que limite la suya; una sola voluntad, individual ó colectiva á que él deba sujetarse; en ese sentido él es absoluto como el Zar ó el Sultán, aunque se vea en el centro de un gobierno moderno y provisto de todos los órganos superiores, como parlamento, que no tiene la Rusia ni la Turquía, la supremacía parlamentaria, que no tiene la Alemania, etc.» Como sabemos ya según el mismo señor Nabuco lo que era el Parlamento en el Brasil, confesemos que la pintura no es halagadora.

pintura del sometimiento de la sociedad brasileña á lo que el señor Nabuco llama el despótismo porque pasó su país. La resistencia política no fué tan pequeña ni indiferente, ni la dictadura, conviene recordarlo, se ejerció allí sino como un corolario de la resistencia contra una sublevación armada. El sacrificio de Saldanha basta para probar lo primero, sin necesidad de referirse á la larga guerra de montonera de que ha sido teatro el Estado de Río Grande. Sea lo que fuere, lleguemos de una vez á la cuestión que ocupa al señor Nabuco á propósito de las perturbaciones de nuestro continente...

« Dado el progreso de la moral universal, — dice el distinguido estadista brasileño, — no es posible que la civilización asista indefinidamente impasible al desperdicio de fuerza y actividad humana que se da en tan gran escala en una de las más considerables secciones del globo, como es la América Latina. El mantenimiento de un vasto continente en estado permanente de desgobierno, de anarquía, es un hecho que dentro de cierto tiempo ha de atraer forzosamente la atención del mundo, como al final la atrajo el desaprovechamiento del Africa. ¿Cómo se hará la redención de los países centro y sud-americanos? ¿Dónde hallarán ellos amparo contra sus gobiernos de extorsión? ¿Cómo se hará nacer y crecer en cada uno de ellos la conciencia del derecho, de la libertad, y de la ley, que no existen en ellos porque no pueden tener sanción alguna? Semejante problema, según el eminente literato, no puede ser resuelto por la propia generación que lo formule. Nada deja por ahora imaginar «el modo que la civilización ha de encontrar para introducirse en nuestro continente». Ese modo no ha de ser por la absorción europea, á menos que se la entienda en el sentido de una recolonización europea de la América con elementos que aseguren el predominio de los nuevos aluviones, porque es muy probable que la inmigración se realice en el próximo siglo en escala tal, que nuestros organismos anémicos, algunos hasta raquíticos, no tengan capacidad para asimilarla ». Tampoco será por el protectorado, pudiendo tenerse por cierto «que la Europa dejará al nuevo mundo hacer bancarrota con

los capitales é intereses que ella le hubiere confiado, sin pensar un solo instante en compensaciones territoriales ó en extender á través del Atlántico su área de influencia ». ¿Será entonces por el monroismo? — pregunta el brillante escritor. Y su respuesta es adversa á esta suposición, aunque fundada en razones tan erróneas como la de que « los Estados Unidos rechazarían para Estado de la Unión á cada uno de los candidatos de la América Latina ». Parece imposible que un hombre de la ilustración y de la inteligencia del señor Nabuco, estampe esa afirmación en presencia de la política americana con Cuba y de los enjuagues que al fin van á producir la anexión del Hawái, archipiélago semi-bárbaro, poblado por razas inferiores y que no creo considere el señor Nabuco más apetitoso para cualquier potencia que la más humilde y atrasada de las secciones de nuestro continente. « La solución del problema, — concluye el distinguido autor de quien me ocupo, — tiene que ser procurada dentro de cada uno de nuestros países, pero depende de la formación en torno de ellos de una opinión interesada en su rescate, que auxilie los esfuerzos, ó cuando más no sea, registre los sacrificios de los que en cualquier parte lucharon por la causa común. En todos esos países hay hombres cuya cultura rivaliza con la más brillante cultura europea, y que pueden formar la liga liberal del continente. La causa es, en el hecho, común. La libertad argentina tornóse un interés directo para el Brasil, como lo era para los argentinos la libertad chilena, en el tiempo de Rosas. Es del interés del peruano y del boliviano que el estado más vecino les ofrezca un asilo seguro, sirva á su país de estímulo y hasta de vejamen. No es, sin embargo, en la frontera donde la irradiación se ejerce; ella alcanza al continente entero. El efecto de un gobierno moralizado es ilimitado, y, de un modo indirecto, universal ».

Hace muchos años que nuestro gran Alberdi señaló este papel reservado á nuestros vecinos, de moderadores y salvaguardia de la libertad sudamericana. En un momento pesimista, llegó á afirmar que el asilo en el extranjero era la única garantía efectiva de

dicha libertad. Pero no por ser tan antigua la solución que encuentra el señor Nabuco, es ella, en la forma en que él la renueva, menos vaga, utópica y fluctuante. Es cierto que las repúblicas de nuestro continente han pasado, con más ó menos fortuna, por un período de agitaciones constantes desde principios del siglo, y que en algunas parece haberse entronizado un espíritu anárquico difícil de corregir. Pero, es necesario también reconocer que las condiciones políticas de las más importantes secciones de nuestro continente mejoran sensiblemente y todo hace esperar que la entrada en un régimen normal no es sino cuestión de tiempo. Las causas de esas perturbaciones, por otra parte, son perfectamente conocidas y han sido estudiadas á fondo, especialmente por los estadistas de la República Argentina. El hecho histórico de que seamos nosotros los que más hayamos profundizado la enfermedad, es una presunción de que seremos los que más pronto dominen sus postreros estragos. Si el señor Nabuco conoce, como no lo dudo, la fantasía política de Alberdi titulada *Luz del Día*, allí podrá ver explicada la cuestión de la América Latina de una manera insuperable. Pero no es solamente este distinguido escritor, tan poco conocido todavía en nuestras sociedades americanas, el que ha llegado á conclusiones de una rara penetración en estas materias, sino que también las han tratado admirablemente Sarmiento, Mitre, López, Avellaneda, Rawson, José Manuel Estrada y otros argentinos contemporáneos. Para mostrar hasta qué punto es lírico el escritor brasileño en su manera de analizar este punto, me bastará recoger en las obras de esos distinguidos compatriotas el diagnóstico y los remedios destinados á dominar el mal político que aqueja á nuestro continente.

La «cuestión de la América Latina» debe ser considerada desde tres puntos de vista diferentes, pero armónicos: los antecedentes históricos de nuestra vida política y administrativa, los caracteres étnicos del núcleo de las poblaciones latino-americanas, las condiciones sociales de nuestro continente en la época de la independencia y posteriores á nuestra emancipación. En cuanto se refiere al

Río de la Plata, uno de nuestros elocuentes profesores universitarios, cuya ciencia y cuyo carácter han dejado una huella imperecedera en el corazón de las nuevas generaciones argentinas, ha hecho el estudio de la primera faz de ese problema complejo (1). No quisiera extenderme demasiado á propósito de este tópico y deseo sólo señalar á grandes rasgos los lineamientos de esta cuestión. El régimen colonial á que España sometía sus posesiones sudamericanas parecía especialmente calculado para ahogar la expansión de su progreso material ó institucional. Él se caracterizaba en el orden político por un despotismo irresponsable; en el orden material por el monopolio comercial, el privilegio, el impuesto que mataba la iniciativa individual y era establecido sin participación del pueblo, así como la constitución de la propiedad territorial, adecuadas ambas al interés expoliador de la corona. Todos los vicios de la conquista española se sintetizan en la economía absoluta que absorbía la riqueza pública y en la incapacidad para el trabajo á que había sido reducido el pueblo, contagiado por el ocio del campamento y el amor al botín de las batallas (2). Sobre el fondo de esa organización política y económica deplorable, se destacan las rivalidades de los jefes que aspiraban al mando supremo, las discordias intestinas de los conquistadores que inoculaban un germen anárquico en aquellos núcleos rudimentarios. La masa nativa, por otra parte, — y aquí entra en juego el segundo elemento que se debe considerar para resolver la cuestión de la América Latina, — estaba compuesta de indios en estado enteramente salvaje, nómades en su mayor parte y esclavizados y degradados desde el primer momento por la codicia del guerrero invasor. « Los indígenas, — dice el señor Miguel Samper en un precioso estudio recientemente publicado sobre este mismo

(1) Véase en las *Lecciones sobre la Historia Argentina* de José Manuel Estrada, publicadas en la *Revista Argentina* y recientemente reimprimadas en volumen en Buenos Aires, las primeras conferencias destinadas al estudio del régimen político y administrativo del Río de la Plata durante la época colonial.

(2) ESTRADA, obra citada, lección III.

tema (1), —eran relativamente poco numerosos en las tierras bajas, y su civilización más atrasada que en las altiplanicies del interior. Sin la sed insaciable de metales preciosos que traían los conquistadores, tal vez la colonización hubiera dirigido sus esfuerzos hacia la agricultura, como sucedió en el norte del continente, y los indígenas no hubieran desaparecido tan rápidamente como sucedió con el trabajo de las minas. Menos sumisos, aunque menos civilizados que los moradores de las altiplanicies, los indígenas de las islas, las costas y los valles de los ríos, tratados con menos crueldad, habrían ofrecido tal vez mejores aptitudes para convertirse en ciudadanos, que aquellas muchedumbres amoldadas para la servidumbre y la estupidez por gobiernos de que hacían parte la teocracia, el absolutismo y la feudalidad. La vida colonial se concentró en el interior de los países, ya por la benignidad del clima, ya por la presencia en ellos de una población numerosa, menos bárbara y más sumisa que la de las tierras bajas. Con esto quedaron los países principales aislados del movimiento comercial con Europa, y también entre unos y otros. La introducción de negros africanos trajo á las colonias un nuevo elemento perturbador para el desarrollo de una población homogénea y compacta, como la que en el norte preparaba la formación de una nacionalidad propia para la democracia. »

La raza blanca no recibió más contribución que la que le venía de España, ya despoblada por las guerras y por la expulsión de los infieles. Las razas inferiores necesitaban de una educación que las elevara al nivel de la conquistadora, tan deficiente ella misma en punto á hábitos de trabajo, á pureza de costumbres y á desarrollo político. El régimen colonial ahogaba toda tentativa de desarrollo intelectual, hostilizaba el comercio de las ideas, mantenía la rutina y la desconfianza de todo lo que importara una novedad. El gobierno se concentró en dos grandes centralizaciones: la que desempeñaba en España el Consejo de Indias y la que se encargaba á los mandatarios

(1) MIGUEL SAMPER, *La Política en Hispano-América, Repertorio Colombiano*, Bogotá, volumen XVI, número 1, página 57.

de las colonias, subordinados en absoluto á aquella corporación. Los altos empleos, en fin, estaban reservados á los súbditos peninsulares.

Así, al empezar la guerra de la emancipación política, las naciones latino-americanas entran en la lucha con fuerzas suficientes para lograr su independencia, pero destituidas de elementos de gobierno, sin pueblo apto para el ejercicio de los derechos conquistados y de las libertades con que soñaban. Nada más contrario á sus antecedentes y costumbres que el sistema republicano que adoptaron como norma de gobierno. « Todo tenían que improvisarlo para el presente —dice el general Mitre— y crearlo para lo futuro: hombres de estado, espíritu civil, gobiernos, constituciones, costumbres, política, población y riqueza ». He aquí la obra magna en que estamos empeñados desde hace cerca de un siglo, he ahí el ideal á que marchamos á pesar de los tropiezos y desfallecimientos.

El caso del Brasil, á pesar de los largos años de tranquilidad interna de que gozó este país bajo el Imperio, es semejante al de las demás naciones del continente; y para probarlo bastaría hacer la disección, apenas iniciada por el señor Nabuco, de su régimen político y de su vida social fundada sobre la horrible explotación de una raza y sometida á la voluntad omnímoda de un soberano irresponsable. Para él, como para todas las naciones que componen la América latina, la gran tarea del presente y la única que promete resultados fructíferos para lo futuro, es la formación de ciudadanos, es la creación del pueblo. « En el pecado colonial, dice Estrada — está el secreto de nuestras convulsiones populares; así está en la educación del pueblo el único remedio y el único resorte de la conservación de la democracia. Así lo han comprendido los Estados Unidos, transformando y fundiendo á todos los hombres, cualesquiera que sean su sangre y sus tradiciones, en su gran laboratorio democrático: la Escuela Común. La educación forma los pueblos. La escuela es el germen de la historia » (1).

(1) J. M. ESTRADA, obra citada.

La « cuestión de la América Latina » queda así reducida á un problema de educación. Alberdi, espíritu eminentemente práctico en este asunto, veía el mejor y más rápido medio de efectuar esta educación atrayendo la inmigración europea. Su fórmula famosa « gobernar es poblar », no se refería solamente al hecho brutal y descarnado de la población del territorio. Él miraba al extranjero, especialmente, como un elemento de civilización. Comprendía que no es con representantes de razas indígenas mantenidas en la ignorancia y el embrutecimiento con lo que se puede formar un pueblo libre y consciente de sus destinos. Tratándose del Brasil, que por su sistema monárquico no entró en el cuadro de los estudios de Alberdi, á lo menos desde este punto de vista especial, ya que es conocida su oposición á nuestra alianza con el Imperio, creo que él hubiera coincidido en absoluto con el señor Nabuco en la pintura que nos ha trazado éste de los horrores sociales del régimen esclavócrata mantenido allí hasta hace diez años. El que lea el libro *O abolicionismo* no encontrará ninguna dificultad para comprender la ineptitud del Brasil para entrar de pronto y sin agitaciones en un sistema democrático de gobierno. Se sorprenderá más bien que las agitaciones de ese país no hayan sido mayores, y que con la educación política que él ha tenido haya podido entrar ya en un camino relativamente normal. « Cuando se dice que todo hombre es libre de gobernarse á sí mismo, escribe Alberdi en el libro á que antes me he referido y cuyos aforismos citaré tomándolos indistintamente de cualquiera de sus páginas— se entiende que lo es á condición de saber gobernarse á sí mismo, de tener costumbre de ejercer y practicar ese saber. ¿Cómo se adquiere esta costumbre? ¿Cómo se gana este saber? Á esto *se reduce todo el problema del establecimiento de un gobierno libre y de la libertad en Sud América...* La tiranía no reside realmente en el tirano. La tiranía, como la libertad, está en el modo de ser del pueblo mismo. La tiranía es la causa; el tirano es el efecto: y así como Washington es el efecto de la libertad de de su país, así el caudillo de Sud América es el efecto de la ausencia

de la libertad en su país; *es decir, de la incapacidad de su país para gobernarse á sí mismo...* No hay sino un medio de crear el gobierno del país por el país, en que consiste la libertad (entendida á la inglesa ó á la angloamericana), ese medio consiste en poner al país en camino de adquirir la inteligencia y la costumbre de la libertad y de educarse por sí propio en la práctica del gobierno de sí mismo... ¿Por cuál método, según qué sistema de educación? La historia de la América libre, es decir de los Estados Unidos, ha dado ya la respuesta única que esta cuestión tiene en el nuevo mundo. La emigración de la Europa civilizada ha educado á la América libre, antes y después de ser independiente... La libertad es una conducta, una educación, una dirección, una costumbre de vivir y de conducirse. Vive arraigada en el hombre, no en el papel escrito, y la costumbre engendra la costumbre, como el hombre al hombre... Los que quieren ser libres, deben saber una cosa y es que todo pueblo que no aprende y adquiere por sí mismo la inteligencia y práctica del gobierno de sí mismo, no debe esperar jamás á que el depositario de ese gobierno sea el que le enseñe á no necesitar de él. Baste decir que educar al pueblo en la libertad, es equivalente á devolverle su poder... La educación política, es decir, la costumbre inteligente de ejercer el poder, es la verdadera y sola libertad. Así, en los países libres, la educación pública es una especie de soberanía cuyo ejercicio no se delega ni se saca de las manos del pueblo; como la prensa, la educación es una garantía que el país se reserva contra la propensión natural de los delegados del poder á convertirse en dueños del poder ajeno, que les está delegado, siempre que el dueño verdadero no le pone obstáculo. Por eso, en Inglaterra, en los Estados Unidos el pueblo corre con su propia educación.»

¿Pero para qué insistir, si el mismo escritor brasileño, en su brillante monografía tantas veces citada por mí, previó con admirable sagacidad los males de que sufría la sociedad política de su país y los peligros que ella tendría que desafiar en lo futuro? «El proceso natural por el cual la esclavitud fosilizó en sus moldes la exuberante

vitalidad de nuestro pueblo, — escribía Nabuco en 1883, — duró todo el período de nuestro crecimiento, y *en tanto que la nación no tenga conciencia de que le es indispensable adaptar á la libertad cada uno de los aparatos de su organismo de que se apropió la esclavitud*, la obra de ésta persistirá en sus efectos, aunque no existan más esclavos». Todas las secciones de la América Latina necesitan apelar á ese proceso de adaptación, que en algunas de ellas ha dado ya resultados considerables y en otras menos felices se inicia hace poco en nuestros días. La educación de las masas, la transformación del indio analfabeto, del negro liberto ó descendiente de esclavo, del gaucho, del roto, del charro, la transformación del elemento criollo y la amalgamación del elemento extranjero por medio de la escuela, — he aquí la vieja y única solución que tiene la «cuestión de la América Latina». Buscar otra con los medios indicados por el señor Nabuco, es desvirtuarla y extraviarla en un empirismo vago y generalizador. La liga liberal del continente, cuya formación aconseja el distinguido escritor brasileño, debía formarse para propagar estas ideas, para traer al carril de estas verdades sencillas á los espíritus brillantes que se extravián en sueños utópicos, y, abordando la tarea sólida y modesta pero noble y grande en sus resultados, de educandos, formar ciudadanos. Cuando el señor Assis Brasil exclamaba con tristeza, « que el electorado brasileño es un electorado de analfabetos », con esa sola frase él muestra que el régimen democrático deberá ser forzosamente falseado en su patria, como lo está en todo nuestro continente. Unamos nuestros esfuerzos para continuar la obra civilizadora de Sarmiento y entremos en el camino de la salvación. Hace treinta años, desde la gran ciudad de la América del Norte, el estadista genial señalaba el programa de la regeneración á los pueblos latino-americanos, con palabras que son de la mayor actualidad y que contienen la mejor y única solución que puede encontrar el problema planteado por el señor Nabuco con suelocuencia habitual, pero resuelto por él de una manera tan vaga y fantástica. « No nos detendremos á examinar, — decía Sarmien-

to, resumiendo esta cuestión de una manera definitiva, —las causas históricas, de raza, de nación, de clases, de costumbres, de formas sociales, que nos complacemos, con sobrada justicia, en dar como explicación del más chocante contraste, que se haya presentado jamás á la contemplación humana: atraso, desorden crónico, despo- blación, pobreza de un lado, y prodigios en contrario del otro, en dos secciones de un mismo continente, á un tiempo descubiertas, casi á un tiempo independientes, á un tiempo republicanas. Admi- sibles son las diferencias, las gradaciones; pero la antítesis, la nega- ción de una parte, la afirmación luminosa de la otra de verdades y hechos no cuestionados en teoría; la noche y el día produciéndose á la misma hora en las mismas latitudes, jamás lo aceptará como natural, ya que ve que es posible, la conciencia humana. No es este el caso de discutir las causas atenuantes. Vamos derechos al mal donde está. ¿Qué le falta á la América del Sud, para ser asiento de naciones poderosas? Digámoslo sin reparos: *instrucción, educación difundida en la masa de los habitantes*, para que sean cada uno ele- mento y centro de producción, de riqueza, de resistencia intelligen- te contra los bruscos movimientos sociales, de instigación y freno del gobierno. El despotismo, la libertad, la monarquía, la repúbli- ca no cambian la esencia de las cosas: la libertad porque deja libre las pasiones sin inteligencia; el despotismo porque aplasta las po- cas fuerzas útiles, y agrava el mal futuro, en busca de un reposo efímero; la república, porque no se gobierna á sí misma; la anar- quía, porque á los males conocidos añade el trabajo de crear uno nuevo y el dispendio de mantenerlo ».

XXVIII

El último libro del señor Nabuco, *A intervenção estrangeira du- rante a revolta*, se ocupa bajo un aspecto especial de uno de los in-

cidentes de la «cuestión de la América Latina» en sus relaciones con el Brasil. Tratándose de un episodio histórico, perfectamente documentado y analizado por el distinguido escritor, no debo tener reparo en ocuparme de esa obra, aunque ella se refiera á detalles de una lucha interna sobre la cual no me toca ni deseo manifestar una opinión. Las pasiones de la última lucha están aún demasiado vivas en el Brasil, para que sea fácil desentrañar la verdad de las acusaciones de los unos y los endiosamientos de los otros. Entre el detractor y el turiferario, el juicio vacila sin saber por cuál de ambos decidirse. Naturalmente, el señor Nabuco no pertenece á ninguna de estas categorías de exaltados. El mérito principal de su estudio, como de todos sus trabajos, es la elevación de criterio y de estilo con que examina las cuestiones más candentes y enconadas. Si es cierto, como se ha dicho, que «todo lo que entra en un espíritu toma sus dimensiones», puedo afirmar que en el amplio espíritu del literato de que me ocupo, las cuestiones más odiosas se depuran y ennoblecen. Un caudillo político militante hubiera hecho de la historia de la intervención de las escuadras extranjeras en la rebelión del Brasil un libelo acusador. El señor Nabuco ha hecho un estudio jurídico de la mayor importancia y ha examinado esa cuestión con un criterio científico de historiador é internacionalista, que le quita sus esperanzas y la eleva sobre el nivel de la polémica local.

Aquella obra se abre con el tono frío y severo de un alegato. El señor Nabuco examina las publicaciones oficiales del gobierno del Brasil, los libros azules y memorias de diversas cancillerías, los documentos dados á luz en Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos sobre la acción de los representantes diplomáticos y de los jefes de las respectivas fuerzas navales de aquellas naciones en la bahía de Río de Janeiro, durante la revolución del almirante Mello, y de todo ese cómputo de elementos saca conclusiones de una exactitud matemática, conclusiones definitivas é incontrovertibles sobre los acontecimientos de aquella época turbulenta. Para los que miramos con la mayor simpatía al Brasil, para los que tenemos una fe

arraigada en los progresos y el futuro inmenso de esa nación tan grande por su territorio y sus recursos materiales, noble por el carácter de sus hijos y las condiciones caballerescas de su pueblo; para los que soñamos con una América culta, independiente, soberana, libre de la presión exterior y de la influencia extranjera, venga de donde venga, debemos confesarlo sin ambages, esas conclusiones son humillantes y dolorosas. Ah! bastaría la cruel lección que se desprende de las páginas palpitantes de inspiración y de talento del libro del señor Nabuco, para hacernos odiar esas rencillas internas que nos desacreditan y nos rebajan, entregando inermes los pueblos de nuestro continente á la audacia interesada de los que explotan nuestras miserias. ¿Qué vallas respeta el desborde de las pasiones feroces de la lucha civil? ¿Ante qué consideración es capaz de detenerse la fiera embravecida que olfatea el rastro del adversario y se deleita de antemano con la imagen brutal de la *vendetta*? Las sugerencias del patriotismo, los vínculos de la antigua confraternidad política, el recuerdo de un pasado de comunes sacrificios y análogos esfuerzos, el sentimiento de propia dignidad de la nación, todo es pisoteado en esos momentos de delirio insensato en que no se piensa sino en la ruina del contrario, aunque ello sea á costa de la independencia amenazada, de la soberanía deprimida por el auxilio del extranjero. Sólo así se explica que, en el período álgido de la lucha brasileña, como lo recuerda el señor Nabuco y lo prueba con transcripciones fidedignas, una parte de la prensa gubernista de su país se regocijara con la idea de que los buques rebeldes podían ser echados á pique por los cruceros norteamericanos é incitaban á los marinos de esta nación á la obra nefanda de derramar la sangre de sus hermanos... He ahí los frutos de maldición de la guerra intestina. Muchos de los hombres que entonces se expresaban de esta manera son de índole blanda, tienen arraigados como pocos el sentimiento de la patria y el amor de su raza... ¿Á quién culpar entonces sino á esta embriaguez brutal de la pasión política desbordada, de la monstruosidad inconsciente de su propaganda?

Pero el episodio histórico á que se refiere el señor Nabuco tiene, por desgracia, una importancia transcendental para la América del Sud, como un precedente funesto que podrá ser invocado en circunstancias análogas, por poderes extraños, para tratar de imponer á nuestras naciones el régimen inicuo de una protección forzosa y apoyada en la fuerza naval. Ninguno de los partidos sudamericanos, después del caso de Méjico, que produjo la aventura monárquica y el patíbulo de Querétaro, había buscado el apoyo de la fuerza extranjera para resolver cuestiones políticas internas. Cuando las pasiones se enfríen, cuando la calma vuelva á los espíritus y se pesen los errores y las responsabilidades del pasado, el acto del mariscal Peixoto solicitando la intervención de la escuadra extranjera y aceptándola por el acuerdo del 5 de octubre, que analiza el señor Nabuco, no podrá encontrar sino opositores que lo lamenten como un inmenso error y una desgracia nacional. Ese sentimiento se afirma día por día en el noble espíritu del pueblo brasileño, como un corolario lógico de la forma ofensiva con que se refirió á su acción en Río de Janeiro el principal de los protectores del gobierno constituido en el Brasil durante la lucha con la escuadra sublevada. Conocidas sus palabras, se admitirá sin discusión la verdad del aforismo del señor Nabuco : « Entre el principio de la autoridad y el de la soberanía, es mejor que la transacción recaiga sobre el primero » (1).

Después de haber establecido los hechos con una precisión y una exactitud admirables, y apoyándose siempre en documentos fehacientes, el señor Nabuco examina todas las cuestiones que suscitan esos hechos en una conclusión á su obra que hace el más alto honor á sus condiciones de jurista y de escritor. En lo que respecta á la

(1) « El almirante americano Benham, en un banquete que, á su regreso, le dió en Nueva York el « United States Service Club », resumió de este modo, entre carcajadas y aplausos, su acción en Río de Janeiro : « En cuanto á mi procedimiento en el Brasil y á los efectos que él haya producido, pienso que, sin discusión, concurrió para hacernos buenos amigos de aquel país. Esa amistad se basa en el respeto y tal vez en alguna cosa más ». (Cita hecha por el señor Nabuco de una correspondencia de Nueva York para O Paiz, á que se refiere Eduardo Prado en *A Illuso Americana*).

historia militar de la rebelión, él advierte que no se juzga habilitado para emitir una opinión por falta de datos auténticos. « Hasta hoy, añade, refiriéndose á las publicaciones de aquel período sombrío, « lo que hemos tenido es la glorificación, sin tacto y sin medida, propia de todas las decadencias; es el espíritu del arquitecto que propuso dar al monte Athos la figura de Alejandro ». La primera cuestión que examina el eminente escritor es la que se refiere á la legitimidad de la intervención de las fuerzas navales extranjeras « con el fin de proteger en Río de Janeiro la vida y la propiedad extranjera ». Para él, los principios positivos que circunscriben esta cuestión son tres. El primero, « que la revolución interna no interrumpe la soberanía y la independencia de las naciones, por lo cual el extranjero no puede ser el juez de la legitimidad de un movimiento de carácter político »; segundo, que apoyando á uno de los beligerantes, la nación extranjera se hace enemiga del otro y entra así en una guerra en que no tiene papel; tercero, como consecuencia lógica de los anteriores « que, reconocido el derecho de intervención en una guerra civil declarada, existe el mismo derecho para impedir que ella estalle, y por tanto el derecho de protección implica el de protectorado ». Si la intervención se justificaba por el carácter *naval* del movimiento y « las potencias tenían el derecho de impedir un ataque *por mar* á la ciudad, por haber en ella vida y propiedad extranjera, tenían el mismo derecho para impedir cualquiera operación en tierra que afectare á aquellos intereses, y aun más próximamente, cualquier operación contra la escuadra que provocase el bombardeo ». Si se pretende explicar el hecho de la intervención en nombre de los « intereses superiores de la humanidad », debe hacerse notar que « no existe en Río de Janeiro una sola obra *única* por la cual se pudiera interesar hasta aquel punto la humanidad, que no intervino para salvar la catedral de Estrasburgo ó el Museo del Louvre ». Si se pretende que « una ciudad sin defensa no puede ser bombardeada ni atacada », se puede contestar que la « Alemania no reconoció tal carácter á Río de Janeiro y se abstuvo de cooperar

con las otras potencias ». « Además, éstas no sólo prohibieron el bombardeo de la ciudad, sino cualquier ataque contra ella, términos que comprenden todo desembarco ó tentativa de apoderarse del litoral; es decir, quedaba prohibida toda la serie de operaciones de guerra; lo que se impedía á la rebelión prácticamente era expulsar de Itamaraty al gobierno legal, ó en otras palabras, era triunfar, por cuanto nunca podría triunfar sin atacar á Río de Janeiro. » Así, el procedimiento de las potencias extranjeras « quebraba completamente el equilibrio de las fuerzas ». Ese procedimiento dió una inmensa superioridad de posición al gobierno. Por eso, la justicia exigía que las potencias reconocieran á los rebeldes el carácter de beligerantes. Fué á eso, sin embargo, á lo que ellas se negaron hasta la última hora « ó para hablar con más precisión, sólo á la última hora iban decidiéndose á hacerlo, á no ser, con sorpresa del mismo Mr. Gresham, el cambio brusco del almirante Benham. Fué en eso en lo que consistió el papel decisivo de aquel almirante ».

Establecida la responsabilidad que corresponde á las potencias extranjeras en la derrota de la rebelión naval, el señor Nabuco no tiene inconveniente en reconocer que « ellas no pueden ser acusadas de haber concurrido para el plan de operaciones que debilitó y extenuó las fuerzas de la revolución : no fué por inspiración de ellas por lo que el almirante rebelado aceptó una lucha parcial, ingrata é inútil, contra las fortalezas de la barra, al otro lado de la bahía, y los tiradores de tierra, en vez de preferir el bloqueo, ó, en todo caso, conservar las fuerzas de la revolución reunidas para apoyarse recíprocamente; no fué, sobre todo, por disuación de ellas, por lo que la revolución en seis meses no trató de organizar un gobierno regular, con división de poderes, separación de lo político y lo militar, no obstante haber estado en posesión de dos Estados y de las aguas de Río de Janeiro. Admitido todo eso, sin embargo, fué siempre la intervención extranjera la que inutilizó el poder de la escuadra, encerrada en un puerto enemigo, haciendo á éste inatacable ». Esta circunstancia indudable, evidente, indiscutible, es la que con justicia

alarma al señor Nabuco como un funesto « precedente nacional ». Él reflexiona que « todo gobierno puede ser sorprendido por el levantamiento de la escuadra, y, siendo esa escuadra poderosa, puede ella, bloqueando los puertos y recorriendo la costa, colocarlo en situación peligrosa ; cualquier escuadra extranjera más fuerte que se ofrezca á apresar los navíos rebeldes ó á impedir que se sirvan de sus cañones, mientras el gobierno prepara la resistencia, será para él un aliado eficacísimo. La cuestión es saber lo que conviene más á la nación, verificada la imposibilidad de resistir el gobierno sin concurso de fuera ; que él llame al extranjero en su socorro, ó, aun sin llamarlo, se aproveche de su actitud hostil á la rebelión, ó que procure transigir con el adversario. El primer impulso es de aceptar el auxilio salvador, venga de donde viniere ; la razón política, sin embargo, establece, casi como axioma, que es preferible hacer al adversario todas las concesiones, á recibir el apoyo material del extranjero ». ¿Serán de temer las consecuencias futuras de ese control de las cinco potencias internacionales ? se pregunta con temor el distinguido escritor brasileño. Y su respuesta es tan sensata, tan mesurada, como todo su trabajo : « ¡Quién sabe ! El precedente internacional, sin embargo, la lección dada por el gobierno al país y al mundo, fué esta : que á la primera dificultad súbita, á la primera perturbación en la vida política del país que los recursos del gobierno no basten para sofocar, el pensamiento de todos debe ser solicitar el concurso extranjero. No hay absolutamente diferencia alguna entre pedir á navíos de guerra extranjeros que apresen ó contengan navíos de guerra nacionales rebeldes, y pedir á batallones extranjeros en la frontera, ó en los puertos á fuerzas extranjeras de desembarco, que vengan á batir batallones de línea insurgentes ».

Uno de los hechos históricos curiosos que señala el señor Nabuco es la propaganda de los diarios extranjeros en Río de Janeiro, hostiles á la intervención y pidiendo al pueblo que no cayera en el error de solicitar el apoyo extraño para dirimir cuestiones domésticas. Es el mismo sabio consejo, dado hace muchos años en forma san-

chesca y en versos pedestres por Andrés Bello en su fábula *el hombre, el caballo y el toro*, que sin duda nunca leyó el mariscal Peixoto (1). La verdad es que, bajo la presión del odio y de la pasión política, como lo dice perfectamente el autor de que me ocupo, «hubo un profundo desequilibrio, una confianza crédula en el apoyo desinteresado del extranjero, un impulso para envolverlo en nuestras cuestiones internas, lo que importa ignorar que la protección, la intervención, el socorro es siempre en la historia el modo como primero se proyecta sobre un Estado independiente la sombra del protectorado». Con esta síntesis brillante, podría cerrarse el libro del simpático escritor. Sin embargo, contiene aún no pocas páginas de gran belleza y alcance profundo, sobre la personalidad del jefe de la resistencia brasileña y del génesis de la revolución encabezada por Mello y Saldanha. Todo el que quiera conocer una faz importante de la política de nuestros vecinos debe leer esas páginas con la mayor atención. Encontrará en ellas ideas nobles expuestas en un estilo lleno de encanto, y después de recorrerlas sentirá una simpatía cada vez mayor por el pensador que las ha trazado con pulso firme y conciencia levantada.

XXIX

La independencia de espíritu del señor Nabuco y la imparcialidad de su criterio, lo he dicho ya, infunden el respeto por las cua-

(1) He aquí la moraleja de esa fábula:

Pueblos americanos,
Si jamás olvidáis que sois hermanos,
Y á la patria común, madre querida,
Ensangrentáis en duelo fratricida,
¡ Ah ! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Más de temer que la enemiga saña...
¿ Ignoráis cuál ha sido su costumbre ?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre...

lidades morales del hombre y los principios del escritor. Es esta tal vez una de las condiciones que más admiro en este talento atractivo: la sinceridad, la cultura refinada que no excluye la energía sino más bien la aguza y la adorna como un arma de lujo igualmente pronta para el juego de salón y el duelo sobre el terreno. Las antipatías instintivas de raza, de educación, de medio ambiente, de profesión, de credo político, son inmensas entre él y el mariscal Peixoto. No obstante, el autor de la *Intervención extranjera durante la rebelión* trata á su adversario con la mayor caballerosidad, y no le escatima el reconocimiento de las condiciones que mostró durante la lucha tenaz de 1893. Si esas cualidades no son de un carácter más noble, ello no es culpa del señor Nabuco. Si así hubiera sido, la conciencia del historiador no habría vacilado en reconocerlo. Tales como aparécen, él las clasifica como «cualidades de primer orden», y las consigna sin subterfugios: «Fueron éstas la tenacidad, la solidez férrea con que en una época de debilidad, y delante de una revolución dueña de la bahía, provocó la obediencia, la fidelidad, la sumisión del ejército, desde los más altos grados, hasta convertirlo en el instrumento que fué en sus manos». Sin duda, para llegar á estos fines, el mariscal Peixoto se valió de medios discutibles y muchos de ellos reprobados. Pero la verdad es que su decisión, su actividad, su resolución fueron extraordinarias: «es difícil decir si fué la ambición ó el papel que le atribuyeron, ó la venganza jurada,—dice Nabuco en un hondo sondaje de psicólogo—lo que le prestó un alma que antes nunca imaginó que cupiera en sí, diferente de todo lo que hasta entonces se había visto en nuestra raza y que por eso impresionó á ésta fuertemente, aunque era entretanto la fibra ordinaria de los antiguos caudillos del Plata». El doble papel, de una habilidad innegable, que desempeñó en la crisis el mandatario brasileño no está explicado con menos acierto por su historiador. «Á esas cualidades enteramente excepcionales de fuerza y dominio... es preciso añadir tres cualidades políticas maestras: la sagacidad, el desdoblamiento gradual y la aparente negli-

gencia del diplomático que negociaba con los rebeldes, por intermedio de las potencias, el acuerdo del desarme, para, á la sombra de él, levantar fortificaciones en la ciudad; que, salvado por la intervención europea, hacía creer á los Estados Unidos que la Europa procuraba intervenir contra él en favor de la restauración; que, sostenido y defendido por la escuadra extranjera, esparcía, para despertar el amor propio nacional y amenazar á la población extranjera, acusada de simpatía por la revolución, que aquella escuadra era el auxiliar eficaz con que ésta contaba. Este libro mismo no es sino la historia de la duplicidad, de la astucia y de las adaptaciones de esa diplomacia dilatoria á la que, principalmente, debió el triunfo».

La misma penetración de espíritu, la misma seguridad de vistas, la misma fuerza de observación campea en todo el curso del libro sobre *La intervención extranjera* y en los estudios posteriores en que, como en el titulado *El deber de los mondúricos*, y que apareció primitivamente con el título de *Carta al Almirante Jaceguay*, el brillante escritor analiza el estado político de su patria y manifiesta sus ideas sobre la forma de gobierno que más se adapta á la índole histórica del pueblo brasileño. Cualesquiera que sean las opiniones de los lectores del señor Nabuco y aunque ellas estén en completo desacuerdo con su manera de juzgar los accidentes de que es teatro el Brasil desde la caída del antiguo régimen, ninguno de los que recorren sus libros con buena fe dejará de sacar de ellos una lección provechosa de patriotismo y adhesión al bien público. No tengo autoridad para dar consejos á la juventud de la joven república; pero si el sentimiento de simpatía que ella me inspira me autorizara para ello, yo diría sin vacilar á los representantes de las nuevas generaciones: «recorred con respeto y con cariño la obra elocuente de vuestro eminente compatriota, por lejano que esté el ideal político que seguís del que él enaltece con sinceridad y con altura. Hacedle sentir, á falta de un sentimiento de adhesión incompatible con vuestras convicciones, el calor de simpatía por su talento, de vues-

tra atención por su persona. Su inteligencia brillante y poderosa es un patrimonio común, es una gloria que á todos os pertenece. No os dejéis arrebatar por el ardor de pasiones que perturban el corazón y lo rebajan, hasta negar sus cualidades y cerrar los ojos á la luz de las grandes verdades que encierran sus escritos. Buscad en ellos al moralista, al literato cultivado, al estilista brillante, y escoged entre los frutos de su verjel los que mejor convengan á vuestro paladar y más halaguen vuestra predilección individual. De todo encontraréis en él: flores y frutas tropicales al lado de esas plantas frágiles y graciosas de los climas del norte; nunca tropezaréis allí con un cuadro vil, con un espectáculo vergonzoso y rastrero. Y, si rindiendo culto á preocupaciones ó á sentimientos que os alejen de su lado, os creéis autorizados á refutar sus doctrinas, tratad de elevar vuestro espíritu hasta la altura del suyo y no de rebajar el suyo hasta el terreno de la procacidad y de la diatriba que infama al agresor y exalta al agredido... » Mucho más añadiría, si no fuera una de las cosas más inútiles de la vida el dar consejos á quien no los solicita, y si no supiese de antemano que en sociedades de cultura rudimentaria, la voz de la templanza y de la moderación clama en el desierto. Las pasiones vibrantes que conmueven todavía al mundo político brasileño no parecen por el momento manifestar tendencias á entrar en un período de calma y normalidad. Las corrientes que agitan á aquel mar alborotado son difíciles de diseñar á la distancia. Pero de cuando en cuando aparece un síntoma doloroso é inesperado y se ve que la lava aún está hirviendo y circula en ondas inflamadas bajo la superficie de un terreno aparentemente tranquilo!...

¿Cuál es la causa de la prolongación de este malestar que hace tiempo debía haber desaparecido? ¿No habrá en su fondo una cuestión de carácter social más que de carácter político? ¿Debemos creer con Assis Brasil que, después de todo, el duelo trabado en su patria es entre el *parlamentarismo* y el *presidencialismo* y que el triunfo del segundo sería el principio de la redención? ¿Ó supondremos más bien que la enfermedad es otra y radica en fuentes más hondas del orga-

nismo? En uno de los capítulos anteriores hemosexpuesto lealmente esa primera explicación del arduo problema. Para acercarnos más pronto á la verdad, veamos la explicación social que, como uno de los elementos principales de la aparente anarquía mental, nos ofrece el señor Nabuco, y que ella sirva para cerrar con llave de oro el boceto del escritor, sin pretender arrojar sobre este punto una luz definitiva.

«¿De qué sufrimos principalmente?—pregunta el autor del ensayo sobre *Balmaceda*, en el opúsculo sobre *El deber de los monárquicos*, dirigiéndose al almirante Yaceguay. ¿No es observación suya que sufrimos de un ilimitado individualismo, que se convierte en verdadera irresponsabilidad porque está acompañado de la falta de toda y cualquier reacción social? ¿No es exacto que el individuo no se siente solicitado, restringido, dominado por la sociedad en ninguna de sus voluntades, que es tan absoluto señor de sus acciones, de su vida, como si viviese en el desierto? ¿No es cierto que cada uno puede hacer lo que quiera, vivir como entienda, sin preocuparse de la opinión que lo rodea? ¿Y no querrá esto decir que no existe fiscalización, presión, gobierno de la sociedad sobre el individuo? Además de este rasgo hay otro igualmente importante. Somos la única sociedad existente en el mundo á quien se pueda dar el nombre de *neocracia*, en todos sentidos: no sólo en el de ser gobernados de preferencia por las nuevas generaciones, en oposición al gobierno de los más viejos, que se encuentra en el comienzo de casi todas las civilizaciones. Ya antes de los cuarenta años, el brasileño empieza á inclinar su opinión delante de la de los jóvenes de quince á veinticinco. La abdicación de los padres en los hijos, de la edad madura en la adolescencia es un fenómeno exclusivamente nuestro. Imagínese la Francia entregada enteramente, como gran potencia europea, á la dirección del Barrio Latino. En menor escala, ese es nuestro caso. El resultado es una precocidad abortiva en todo el campo de la inteligencia, por lo cual el talento nacional, que es incontestable, pronto, brillante é imaginativo, está condenado á producir obras sin fondo y, por lo tanto, también sin forma, porque lo bello en litera-

tura, como en las artes, no es otra cosa sino la fuerza. Será difícil á uno de nuestros estudiantes de mérito servirse del microscopio sin descubrir luego un nuevo organismo que los sabios estén buscando en vano hace años en los diversos laboratorios de Europa. El apresuramiento es una incapacidad para la ciencia como para el arte. El emperador tuvo una correspondencia con Renan y otras autoridades en lenguas semíticas, sobre una inscripción fenicia, que se decía haber sido descubierta en el Parahiba y que un curioso brasileño, hombre de ciencia, que la tradujo, pretendía ser auténtica. Cualquier joven oficial que mandemos á los astilleros de Europa siéntese con la capacidad de resolver una duda entre dos grandes arquitectos navales. Todo eso revela por cierto una cualidad, la iniciativa, que, corregida y completada por la reflexión, es la primera de las cualidades del espíritu, pero que movida por la imaginación solamente, es casi infantil. Los mismos positivistas, que se definen como los reorganizadores de la coherencia espiritual en nuestro país, son otro ejemplo de irresponsabilidad nacional. Antes de deponer al emperador del trono del Brasil ¿acaso no depusieron ellos al señor Lafitte de la sucesión de Augusto Comte? Esto quiere decir que en uno de los menores círculos de la humanidad, como es el Comtismo, entró en los brasileños el espíritu de indisciplina y luego se produjo el cisma. Temo mucho al día que tengamos un cardenal nuestro. El representante en el Sacro Colegio de nuestra impulsiva mentalidad, si el Cónclave no cediera á sus vistas superiores, amenazará con ir á la prensa á relatar las irregularidades del escrutinio de las cédulas, perturbando la elección que hace dos mil años se hace tranquilamente del sucesor de San Pedro. Si por acaso un compatriota nuestro recibiere un día la tiara, entonces, sin blasfemia, ni el Espíritu Santo conseguiría contenerlo en la reforma general de la Iglesia. Ciertamente, con papas brasileños, la infalibilidad no habría pasado tantos siglos antes de ser proclamada como dogma. »

LO QUE SE AMA ⁽¹⁾

No temas, no, sabemos las mujeres
Guardar nuestra pasión aquí escondida,
Velando con sonrisas de placeres
Los quejidos del alma estremecida...

(CAMPRODÓN, *Flor de un día*.)

I

Decían los griegos — y los modernos han repetido — que *entre la copa y los labios hay mucho espacio*. Esa fragilidad del humano destino debiera ser el fondo de nuestra filosofía, pues basta cada experiencia individual para atestiguar la verdad amarga del adagio que ha cruzado los siglos. Pero la golondrina no se acuerda del invierno cuando llega el verano; y cada criatura, á su vez, saborea su trago de instantánea felicidad, con la ilusión de que ella ha de ser eterna. Por eso la desgracia nos halla siempre desprevenidos, como si aquella ley fatal no fuera más que un accidente.

(1) Con su firma seudónima, su título y epigrafe ultra-románticos, que casi equivalen á un estado civil, hemos aceptado esta novelita sin desconocer las inexperiencias de fondo y forma que deslustran su laudable sencillez — siquiera un poco anticuada. Creemos conocer á la persona que nos la remite por correo, pudiendo afirmar que no es escribano de número; pero respetaremos su incógnito, y, desde luego, prevenimos al lector que la « noticia biográfica » correspondiente no tiene por esta vez más valor que el de una conjetura.

Cuantos veían pasar, algunos años ha, por las aceras de la calle Florida ó las avenidas de Palermo, á Berta Lemos en su esplendor y frescura primaverales, y, además de contemplarla bella, la sabían inteligente y rica, difícilmente dejaban de envidiar el hado excepcional que había bendecido su cuna. Hija única de amorosos padres, que vivían prosternados ante sus perfecciones, había crecido en una atmósfera de cariño universal, y por un último favor de su suerte, había quedado buena á pesar de criarse tan mimada, y humilde, aunque nunca tuviera á quien rogar.

Era Berta un delicioso ejemplar de ese tipo de belleza andaluza y casi árabe, antes tan frecuente y ahora tan raro en Buenos Aires. Sus ojos y cabello de negro terciopelo realzaban la blanca matidez del cutis de alabastro; la boca purpurina remedaba una entreabierta granada; y la curva de la belleza irreprochable ondulaba por su cuerpo escultural, descendiendo desde la frente angosta hasta la comba del diminuto pie. Pero un círculo atezado rodeaba sus párpados, como una sombra impresa por las largas pestañas, prestando á la mirada de aquella niña feliz el mórbido atractivo de la tristeza. ¿Tenía, acaso, en medio de las promesas de la vida, el oscuro presentimiento de su destino?

Desde su primer baile no hay que decir si Berta fué asediada por la « flor y nata » de la juventud porteña. Recibía, al parecer, los homenajes con la serenidad de una joven diosa acostumbrada al culto de los mortales. Pero muy pronto el hada se revelaba bajo la diosa, y le bastaban dos minutos de conversación para consumir inconscientemente, con su gracia ingenua y dulce, la conquista iniciada por su hermosura.

En el grupo compacto de los adoradores de Berta, nadie consideraba como rival posible al joven Fernando Ruíz, pobre ingeniero recientemente recibido, que debía á su lejano parentesco con Berta el privilegio de cierta intimidad. Así en las tertulias caseras de familia como en otras reuniones mundanas, Fernando desempeñaba con perfecta conformidad su papel de amigo de infancia y

pariente pobre de Berta. Si rara vez bailaba con su prima, estaba siempre pronto para hacerle servicios familiares, aceptando con una modestia que no carecía de altivez, su deslucida situación de cuasi hermano de crianza : era un partiquino en aquella ópera mundana. Por lo demás, nunca se permitía una atención que trascendiera á galantería ó revelase pretensión alguna.

Fernando vivía con su madre, viuda de un jefe del ejército, quien con sólo su pensión modesta, economizando sobre el hambre y la sed, había conseguido que su hijo concluyera su carrera. El muchacho, por otra parte, apenas llegara á hombre se había ayudado eficazmente. Cada examen anual era para él ocasión de un nuevo triunfo; y como á una inteligencia absolutamente superior reuniera una nobleza de corazón y una energía de carácter poco comunes, encontró el apoyo de todos sus profesores y compañeros cuando hubo de solicitar un empleo profesional.

Á los veintitres años alcanzó su diploma con una tesis ó proyecto decididamente notable, y que formaba tal contraste con las pequeñas compilaciones anodinas que, por desquite de conciencia, suelen los candidatos borrar en el término del curso, que el ilustre ingeniero inglés W., á la sazón ocupado en los estudios de su grande obra de salubridad urbana, llamó á Fernando y lo colocó á su lado. Desde entonces el joven, más desahogado, volvió á frecuentar la casa de Berta, adquiriendo fácil y prontamente los hábitos mundanos y las relaciones que allanan el camino de la fortuna. Los padres de Berta le habían tratado siempre con cariño, pero sin sospechar que el pobrecito mereciera importancia. Por otra parte, Fernando no la reclamaba : era siempre el mismo muchacho cordial y sencillo de otro tiempo, sólo que con la familia parecía menos alegre y confiado que antes.

Habían transcurrido un par de años; Berta llegaba á los veinte sin haber manifestado aún la menor veleidad de elección entre sus ocho ó diez suspirantes. Continuaba tranquilamente aquella su existencia monótona y feliz, pasando con tan regia indiferencia por en-

tre los rendidos homenajes, que nunca había encontrado de qué asirse el chisme social. Ningún pretendiente había merecido, siquiera durante un día, la efímera gloria de un triunfo aparente.

La familia de Lemos solía dar tertulias semanales, en su hermosa casa de la calle Florida. Después de la comida de íntimos, se improvisaba un baile familiar. Una noche de mayo, se encontraba allí el ingeniero W.; en el intervalo entre la comida y la tertulia, la conversación se hizo general. El padre de Berta, dirigiéndose al inglés seriente y tieso, se informó de Fernando, que no comía allí y no había llegado aún. La reunión era poco numerosa, y como la pregunta fuera dirigida en alta voz, se produjo un silencio para esperar la respuesta.

Mr. W. estaba en pie, jugando con su lente; dejó caer lentamente estas palabras, cuya importancia parecía reforzada por la pausa y el mismo acento extranjero del interpelado :

« Fernando está en camino de ser el primer ingeniero de su país. Lo mando á Inglaterra el mes que viene : sólo él puede reemplazarme allí. Esperaré aquí su vuelta para embarcarme, y entonces quedará como representante mío en Buenos Aires...

Cuando un inglés critica á un hombre de otra nacionalidad, es lícito dudar de su exacta justicia, pero si emite una opinión favorable, puede aceptársela á ojos cerrados.

Berta estaba aspirando el ramo de violetas que tenía en la mano, y nadie notó la oleada de sangre que súbitamente ruborizó sus pálidas mejillas. El incidente se perdió entre otras conversaciones indiferentes ; á poco el pianista estrenó sus escalas de preludio y algunas parejas comenzaron á girar por el salón.

Cuando llegó Fernando, poco antes de las once, la tertulia se había formalizado. El joven dió la mano á su prima, y pasó al pequeño cuarto vecino, donde conversaban y fumaban los hombres maduros. El señor Lemos — el padre de Berta — se adelantó hacia él con una cordialidad casi ceremoniosa que le sorprendió. Después de corroborar lo que anunciara su jefe, acerca de su próximo viaje, y reci-

bir las felicitaciones generales con su buena sombra habitual, Fernando penetró nuevamente en el salón de baile.

En estas circunstancias, él se consideraba como miembro de la familia, y cumplía concienzudamente con sus deberes, invitando á bailar sucesivamente á las infelices que esperaban sentadas al prometido Mesías. ¿Cómo no tener prestigio social con tales rasgos de heroísmo? No había desheredada soltera que no agradeciera á ese joven elegante y distinguido sus exquisitos modales. Y tenía una manera tan simplemente varonil de interesarse en los pequeños asuntos de cada compañera, fijaba en ella su mirada inteligente y honrada con tan natural simpatía, que ninguna dejaba de concebir una vaga y remota esperanza...

Dos ó tres veces Fernando se cruzó con Berta, que contestaba á la inclinación de su primo con una sonrisa. Vestía con deliciosa sencillez, sin una joya ni un adorno vistoso, como cuadra á una dueña de casa, y su esbelta silueta se deslizaba armoniosamente sobre la alfombra, dejando al pasar una como invisible estela de seducción.

En un intermedio del baile, Berta quedó sentada para descansar; á los pocos minutos, dirigió á Fernando un llamamiento imperceptible y éste que comprendió su mirada, se apresuró á invitar á su prima. Después de algunas vueltas de vals, empezaron á caminar siguiendo el ritmo del piano, y entonces Berta, con cierta vacilación que hacía contraste con su acostumbrada confianza, díjole á media voz:

— Esta noche, Mr. W. ha hecho grandes elogios tuyos...

— Sí, me quiere mucho, contestó tranquilamente Fernando.

— Yo era muy feliz al escucharle, prosiguió la niña; pero mi alegría ha sido corta: nos anunció que te marchabas á Europa...

— Es cierto, Berta; es una suerte inesperada en mi situación... Fuera de las ventajas profesionales, que no son pocas, siento que me conviene una ausencia prolongada. Esta atmósfera empieza á ser malsana para mí... No tengo secretos para mi madre, y ella misma aprueba mi resolución...

Hubo un momento de silencio entre los jóvenes; estaban en el segundo salón casi desierto, y la música del baile llegaba debilitada y como entristecida por el murmullo de la concurrencia y la distancia. Entonces, la niña se detuvo y alzando hacia él sus grandes ojos negros llenos de púdica franqueza, murmuró:

— Y bien ¿y yo?...

Fernando tuvo un brusco estremecimiento; pálido como un agonizante, buscó la luz suprema en la mirada de la que había amado durante tantos años, desde que tuvo corazón, sin atreverse á dejar viva una esperanza. Entonces se detuvo, cerró los ojos por un segundo y respirando profundamente, á largos intervalos, como el cautivo que después de meses escapa á la atmósfera malsana de su prisión y dilata deliciosamente sus pulmones al aire libre, balbuceó repetidas veces con el acento extraviado de un sonámbulo :

— ¡ Ah! santo Dios! qué es lo que me pasa!...

Fueron sus esponsales, espontáneos y sencillos como sus castos amores.

Dos días después, Fernando se presentó en la casa : fué recibido por el padre de Berta, y como el conmovido joven, después de un penoso exordio, se cortara repitiendo: *mi tío... mi tío...* sin poder dar un paso más, el viejo se levantó con los brazos abiertos, exclamando alegremente :

— Pero ¡ ven acá, muchacho... puesto que ella quiere, no hay más que hablar!...

Berta y sus padres hubieran deseado que este gran acontecimiento hiciera abandonar el proyectado viaje. Pero Fernando había dado su palabra; además, no podía su altivez aceptar la idea de abandonar una posición honrosa é independiente que le permitía prescindir de la fortuna de Berta. Con todo, limitó á seis meses su ausencia, y el casamiento quedó arreglado para su vuelta. ¡ Seis meses! ¡ ay! ¡ no necesita tanto el inflexible destino para marchitar y arrojar al viento todas las esperanzas de felicidad !

II

La noticia del compromiso de Berta fué, durante una semana, el tema poco variado de todas las conversaciones. Como la niña no negara el suceso con indignados aspavientos, pronto el alboroto se disipó por sí solo. Ella no se creyó obligada á modificar su existencia mundana; si raleó un tanto el círculo de sus admiradores, fué porque aquí, como en todas partes, el talento es aún más escaso que la fortuna. Por otra parte, ella seguía irreprochablemente el consejo que dirige el Apóstol á los corintios — y corintias — de todos los tiempos: *usaba del mundo como si no usase de él*; la dirección de su vida estaba toda fija en Fernando, como la de la aguja imantada en el norte magnético.

En el grupo de los que aceptaron esta amistad segura en cambio de esperanzas ya imposibles, descollaba por su constancia el rubicundo Ceferino Méndez, modelo y prez de los platónicos galanes. Bonito mozo, á pesar de su obesidad precoz, esmeradamente vestido, pulido, bruñido; de una locuacidad tal que era envidia de las mismas solteronas, el irreprochable Ceferino parecía el trasunto porteño del inolvidable Sir Charles Grandisson. Lleno de gracias y recursos, profundo conocedor del código mundano: todas sus prendas morales y físicas, hasta su voz meliflua y sus sonrisas encantadoras, sólo le servían para ser el *patito* resignado de dos ó tres bellidades porteñas, que se lo enviaban y devolvían como elástico volante. Ceferino era generalmente considerado como *imposible* en razón de esas mismas excelencias, más femeninas que varoniles, — probablemente en virtud de la ley física que hace que se repelan los fluidos de un mismo nombre. Desde el principio de los tiempos, las más dulces Galateas son las que se avienen mejor con la rudeza masculina de los Polifemos.

Berta trataba á Ceferino con la misma bondad risueña de otros

tiempos, y ello bastaba para alimentar en aquel poco exigente corazón, una pasión razonable y exenta de peligros.

Habían ya transcurrido algunos meses de la pesada ausencia. Á principios de octubre, Berta insistió para que la familia, adelantándose á la estación veraniega, se instalara en su casa de campo, en la villa de S... Allí pudo la muchacha vivir más cerca del ausente amado. Á pesar de su aparente conformidad, experimentaba un sentimiento de angustia al calcular el espacio inmenso, lleno de peligros y acechanzas, que mediaba entre ella y Fernando. Contaba febrilmente las semanas y los días que la separaban de la felicidad. Pero tenía confianza absoluta en el que había elegido, y sabía que él también sufría por la separación y pondría todo por obra para que terminara pronto y, si posible fuera, antes del plazo fijado.

Por lo demás, la vida de Berta era quieta y sencilla. No habían llegado aún las numerosas familias que transforman en centro elegante y bullicioso la pacífica villa. Después de sus ratos de lectura y música, solía recorrer los alrededores en carruaje ó á pie, según el tiempo y el humor. Algunas veces, con una sirvienta, visitaba los ranchos del camino, vertiendo en limosnas el derrame de su hinchado corazón; y era tan bondadosa con la gente pobre, tan consoladora la sonrisa de su rostro primaveral, que sus palabras parecían más caritativas que sus limosnas.

Una tarde de noviembre, volvía de contemplar desde la barranca el ancho río cruzado por velas pescadoras; había visto asomar al horizonte, allá enfrente de Buenos Aires, los grandes buques ultramarinos que tal vez Fernando viera zarpar desde Glasgow ó Southampton: y caminaba hacia la casa, más triste y pensativa que otras veces, sin saber por qué. Experimentaba una marcada sensación de lasitud, y parecióle á la vuelta que se hubieran triplicado las ocho ó diez cuabras que hubo de andar á pie.

Estaban ya instaladas en sus quintas las primeras familias que inauguraban el veraneo, y esa misma noche tenía lugar una tertulia promovida por la incansable iniciativa de Ceferino Méndez. Berta

procuró sacudir su malestar, durante la comida; hizo esfuerzos para conversar y reír como de costumbre, pero no pudo probar alimento. Se levantó de la mesa con un gran suspiro de satisfacción. y pasó al jardín para respirar la brisa fresca de la noche. Estaba sentada en un banco desde hacía algunos minutos, entre su madre y una amiga de la vecindad, cuando un largo escalofrío le sacudió todo el cuerpo. La madre le tomó la mano, que estaba ardiendo, en tanto que Berta se quejaba por el fresco de la tarde y tiritaba convulsivamente. La acompañaron á su cuarto, y luego la muchacha, levantándose en un esfuerzo enérgico, quiso vestirse para ir á la reunión. Pero el estremecimiento, intermitente y cada vez más fuerte, la obligó á caer inerte en un sofá.

El padre, que acudía alarmado, se serenó ante la alegría ficticia de Berta, atribuyendo á un pasmo de frío la repentina indisposición. La pusieron en cama y le prodigaron los remedios caseros. El estremecimiento desapareció; pero la fiebre crecía por momentos y también una sed ardiente que nada podía aplacar, al tiempo que se acentuaban los dolores en la cabeza y la *courbature* en el resto del cuerpo. Se llamó á un médico de la localidad que sospechó al pronto un ataque de pneumonia; pero no quiso aventurar diagnóstico hasta esperar la tos y el dolor local que habrían de aparecer al día siguiente. Aunque al retirarse, para volver por la mañana, asegurase que no había peligro alguno, el señor Lemos telegrafió al médico de la familia, y la madre quedó á la cabecera de la enferma, asistiendo á la aparición de síntomas sucesivos que la llenaban de terror. Después del dolor de cabeza que doblaba el cuello de Berta como un tallo de lirio marchito, los ojos inyectados tomaron el aspecto extraviado del delirio, y las hinchadas arterias del cuello latían cual si estuvieran á punto de romperse... En medio del gran silencio nocturno, en que se percibían los sonidos del piano que acompañaba la danza alegre en la vecindad, de repente Berta despertaba de su letargo para lanzar un grito desgarrador; abrazada á su madre, fijaba en ella los dilatados ojos de la alucinación, y repetía febrilmente jiro—

nes de frases en que el nombre de Fernando volvía sin cesar...

Así pasó la angustiosa noche, hasta que, al amanecer, la fiebre declinó y Berta cedió á un sueño menos agitado. El célebre médico H. V., que llegó por el primer tren, tuvo un fruncimiento de cejas imperceptible al notar los estragos que una sola noche había producido en el organismo de Berta. Sin despertarla, la auscultó largamente después de tomarle el pulso, y quiso tener una conferencia con su colega local. Éste parecía aferrado á su primer diagnóstico, y como extrañara la tardanza de la puntada que debía desvanecer todas las dudas, el doctor H. V. le preguntó bruscamente si había viruela en la localidad.

— ¡Viruela, doctor! exclamó el galeno como herido en su amor propio: no se conoce por aquí hace dos años. ¿Cómo puede Vd. creer en una dermatitis variolosa sin contagio?

El doctor H. V. quedó pensativo y volvió á la cabecera de la enferma, que permanecía en el mismo estado, aunque con una marcada exacerbación febril. El médico indicó algunas precauciones caseras, prescribió bebidas refrescantes, y después de preguntar si Berta no había salido de la población en las dos semanas anteriores, se retiró para volver á la tarde.

Durante el día, la fiebre pareció calmarse y desapareció el delirio; pero á la tardè recrudeció el ataque sin que se hubieran manifestado otros síntomas particulares. El doctor H. V., después de comprobar con el termómetro esta tercera exacerbación febril, y asegurarse de que no existían tos ni dolores en el costado, apoyó sus dedos en el estómago de Berta, que lanzó un quejido agudo. « ¡Por supuesto! » — murmuró el médico, como hablando consigo mismo. Y llamando al salón al señor Lemos le pidió hiciera comparecer á la sirvienta que solía acompañar á Berta en sus paseos. Después de un prolijo interrogatorio, quedó establecido que habían visitado ocho ó diez días antes á una pobre mujer cuyo hijo estaba sanando de un ataque de viruela. El padre de Berta había palidecido.

— ¿Cómo es posible, doctor, exclamó con voz angustiada, si usted mismo la ha vacunado hace quince años?...

Cuando entró el médico en el cuarto, á la mañana siguiente, hizo descorrer las cortinas para que entraran el aire y la plena luz, y examinó á Berta que ya no tenía traza de delirio y respiraba con más facilidad. Toda la cara estaba colorada y lustrosa, con infinitad de puntitos más rojos y adheridos; la erupción se multiplicaba extraordinariamente en la frente y en los párpados, que ya no se abrían sino con gran esfuerzo.

Entonces la pobre madre comprendió, y, tomando la mano del médico entre las suyas, con una mirada que dejaba traslucir las lágrimas prontas á desbordar, exclamó :

— ¡No la abandone Vd., amigo mío! ¡En nombre de Dios, no me la entregue disfigurada : su belleza es la mitad de mi vida!...

El doctor H. V. meneó lentamente la cabeza, y desasiéndose con suavidad, pasó á la habitación vecina para concertar con el segundo médico el tratamiento indicado durante su corta ausencia, pues tenía que volver á la ciudad. Allí murmuró como si contestara á la súplica de la madre que no le podía oír :

— ¡Su belleza! ¡Pobre Berta! ¡Lo que se trata de salvar por ahora es su vida!

Se quedó todavía dos horas, para darse cuenta cabal de la erupción, cuya forma coherente en la cara le hacía temer un caso maligno : felizmente las manchas del cuerpo, espaciadas, revelaban el carácter discreto del ataque; y ese hombre que había visto nacer á Berta y casi la quería como á hija, ese viejo médico que permanecía impassible ante los sufrimientos y la muerte, lanzó un gran suspiro de alivio.

La vida estaba á salvo : pero la abundancia de vesículas en la entumecida cara, que parecía cubierta con una máscara de pergamino, hacía presagiar una horrible é indeleble desfiguración. El ataque prosiguió su curso normal sin más complicación que una oftalmía rebelde, la cual persistió todavía un mes después de las dos semanas del desarrollo y la completa terminación de la enfermedad.

Entonces comenzó la convalecencia. Berta, ciega todavía, preguntaba á su madre, diez veces al día.

— Quiero que me digas la verdad ¿he quedado horrorosa, verdad?

Y la madre afligida tenía que ahogar los sollozos que sacudían su pecho siempre que contemplaba á su hija, para contestar con heroica jovialidad:

— ¡ No seas loca criatura !... No han quedado sino algunas manchas que desaparecerán antes de dos meses. Pregunta á tu padre...

— Sí, sí, murmuraba el pobre viejo, que salía á desahogarse á solas en el salón...

En realidad eran espantosos los extragos de la viruela. Á pesar de las precauciones tomadas por el médico, toda la cara ofrecía horribles costuras blancas ó rojizas que deformaban las facciones como las mordeduras corrosivas del vitriolo. Las pústulas sobrepuestas habían roído y surcado hasta el dermis arrancando las pestañas y parte de las cejas. Las comisuras de los labios se retorcían desigualmente como en un *rictus* de indecible amargura; y la descamación casi completa del cutis revelaba desapiadamente las cicatrices de la indeleble fealdad. Parecía como que la enfermedad cruel se hubiera encarnizado contra aquella belleza delicada y angelical. Y todo el rostro, antes adorable, ahora labrado de surcos y magulladuras, remedaba una rota máscara de alabastro cuyos fragmentos se hubieran soldado groseramente.

Por momentos, los padres llegaban á bendecir esa ceguera accidental que aplazaba la hora de la revelación terrible. Pero un día el médico declaró que Berta estaba sana y le sacó el aparato que protegía los ojos. La enferma se sentó en la cama, reconoció á sus padres que la miraban con ansiedad, y, obedeciendo al instinto femenino, que quizá respondía en ella á una preocupación más profunda, pidió que le trajeran un espejo. Todos quedaron inmóviles, paralizados por el terror... Pero era imposible resistir por más tiempo á sus instancias, y una sirvienta le alcanzó un espejito de mano, en tanto que los padres desviaban la cara con indecible angustia.

Berta lanzó un grito estridente, desgarrador, y, soltando el espejo, que serompió en el suelo, cayó demayada en brazos de su madre.

III

Á mediados de diciembre, la salud de Berta estaba completamente restablecida; pero su humor había sufrido un cambio radical, que parecía acentuarse más y más con el tiempo que transcurría. Una tristeza amarga se revelaba en cada una de sus palabras y acciones; parecía muerta en ella toda coquetería de mujer. Demostraba por el contrario una repugnancia creciente hacia su persona, hasta el punto de mandar sacar de su cuarto todos los espejos que pudieran reflejarle su detestada imagen. Una sirvienta la peinaba y arreglaba á su antojo, sin que ella hiciera otra observación que reprocharle agriamente su demora en componerla. Desde ese tiempo, vistió siempre de luto, cubriendo para salir su cara vergonzante con un tupido velo negro. Á tal grado llevaba ahora el sentimiento y el como pudor de su decadencia física, que no quiso admitir visitas de amigas; y cuando insistiera su madre alguna vez, respondía con un acento de resolución sombría:

— Madre mía, el mundo ha concluido para mí. No entro en un convento por no causarte pena. Pero no quiero ver sino á mis padres.

El médico de la familia aconsejó no contrariarla y dejar que poco á poco obrase en ella la energía renaciente de la juventud. Entretanto pasaba el tiempo, arrastrándose en la monótona senda anual, con los mismos incidentes, siempre idénticos y repetidos. Berta pasaba toda la mañana engolfada en esas lecturas místicas donde se predica el desprecio del mundo y el odio de la vida terrenal; á la tarde solía dar un paseo en coche ó á pie, como en los tiempos feli-

ces. De todas sus pasadas inclinaciones, no le había quedado sino la beneficencia: derramaba dinero en los hogares pobres, pero ya no cual antes con palabras cariñosas y enternecidas, sino con cierta indiferencia silenciosa y huraña, y ahora sus limosnas secas no iban envueltas en la sonrisa de la verdadera caridad.

¡Fea! Esta sola palabra encierra para la mujer toda una psicología, una concepción especial de la existencia entera. Todos los argumentos de la razón y los vanos consuelos de la filosofía se estrellan ante la implacable realidad. La belleza no es sólo el adorno de la mujer: es su esencia misma, la condición necesaria de su vida normal, como la inteligencia y la fuerza para el hombre. Lo que es, según la canción griega, el ala para el pájaro y el aguijón para la abeja, eso es la belleza para la mujer: su arma y su tesoro.

Aquella, empero, que desde su niñez se ha familiarizado con su física desgracia, llega á la juventud resignada para el papel secundario y oscuro que la espera. Pero ¡haber sido durante veinte años un centro de luz y poesía, haber despertado la admiración con sólo presentarse y sonreír, haber poseído ese tesoro inagotable que compra la felicidad de cada instante y conquista los corazones — y sentirse en un día despojada, humillada, envilecida, tornarse para siempre objeto de compasión ó repugnancia!

La catástrofe que hirió á Berta era infinitamente más angustiosa que la pérdida de la fortuna ó del rango social; era el desastre supremo, la ruina incurable y total, la sentencia de eterna humillación indeleblemente impresa en la frente y que sólo podría compararse con la muerte de la razón para un hombre de genio.

Al correr de los días, todas las relaciones de la familia se acostumbraron á las « rarezas » de Berta. Nadie extrañaba ya que la muchacha permaneciera encerrada en su cuarto, mientras sus padres recibían en el salón; y como, por otra parte, la casa entristecida como por una muerte reciente ofrecía muy pocos atractivos, las visitas de vecindad se tornaron cada vez menos frecuentes, hasta limitarse á las estrictas prescripciones del código mundano. En cuanto á los

antiguos admiradores, después de cumplir decentemente con las fórmulas del pésame, se ausentaron uno por uno, como que ya no tenían allí nada que admirar. El único que permaneció fiel á la desgracia, como el último caballero de María Estuardo, fué el dulce Ceferino: no dejaba de ofrecer á la enlutada madre sus consuelos semanales y hasta porfiaba en el tema de enviar periódicamente á la sombra querida é invisible sendos ramos de flores que Berta hacía llevar al vestíbulo.

En los primeros días del Año Nuevo, la señora de Lemos recibió una carta de Fernando. Eran puras efusiones y gritos de esperanza: un himno del corazón enamorado que cayó en la casa entenebrecida, como un rayo de sol en un sepulcro. El confiado novio anunciaba su vuelta para el mes de febrero; y el padre consultado no creyó que fuera inconveniente enseñar á Berta esta carta de una ironía tan cruel, pero que quizá produjera una crisis salvadora.

Berta tomó la carta y la leyó con atención delante de su madre, que seguía con avidez las impresiones de la lectura en su pobre cara magullada. Cuando hubo terminado, dos gruesas lágrimas bajaron lentamente por sus mejillas, y entonces, dirigiéndose á su madre, le preguntó:

— Mamita: el sufrimiento me ha dado valor para saber la verdad de la vida. ¿Crees tú que yo pueda ser amada ya?

— ¿Por qué no te ha de amar ahora el que siempre te adoró? contestó la madre: dime, hija mía ¿has sentido en nuestros corazones la menor vacilación ó tibieza después de tu desgracia? Y bien, sí: han pasado los días de inútil engaño; no eres ya la linda Berta que antes fuiste. Tu cara está afeada y marchita; pero ¿por qué desesperar tan pronto del porvenir y de la felicidad? Yo te veo adorable como siempre te conocí; los que queremos con el alma miramos con los ojos del alma. Á veces rechazo el testimonio de mi vista como una mentida pesadilla, para contemplarte encantadora y fresca como cuando jugabas en mis rodillas. Fernando te quiere desde que dabas tus primeros pasos al lado

suyo ¿por qué dudas que su amor haga también el mismo milagro que el nuestro realiza con tanta facilidad...?

La madre y la hija confundieron sus besos y sus lágrimas; pero Berta, meneando tristemente la cabeza, no quería ser consolada ni quedaba convencida. No obstante, después de un largo silencio en que pareció meditar una resolución, agregó estas palabras:

— Pues bien, déjame el tiempo de acostumbrarme á esta idea de esperanza. Tal vez tengas razón; ya no quiero tenerme miedo á mí misma. Me miraré en el espejo, me vestiré y arreglaré ¿por qué no he de luchar yo también como todas las feas? ¿Quieres que haga una prueba? El primer día que venga ese buen Ceferino, yo le recibiré... Así sabré á qué atenerme...

Y como si se produjera ya en su tristeza un principio de reacción, los labios de Berta dibujaron una pálida sonrisa.

Desde ese día, en efecto, mostróse dispuesta á cumplir su promesa; empezó á «luchar», como decía; se esmeró en el vestir, recobrando su exquisita elegancia de otros tiempos, como que su cuerpo divino era siempre una maravilla de gracia y perfección; parecía como si, poco á poco, se habituara á contemplar sin horror su rostro descompuesto, y encontró desde el primer momento el arreglo de su magnífico cabello que disimulaba mejor su deforme perfil. Por fin, volvió á abrir su piano, y sus padres, al escuchar las conocidas melodías, tuvieron la ilusión de la pasada felicidad...

Así la encontró una tarde el solícito Ceferino. Berta se hallaba sola, y dijo á la sirvienta que hiciera entrar á la visita; había quedado preludiando en el piano, y sólo ella tenía el secreto de la emoción que hacía latir su pecho y temblar sus manos súbitamente heladas. Al oír los pasos de Méndez giró lentamente en su taburete y alargó su mano hacia el recién venido. Aunque la sombra crepuscular comenzaba á fundir los objetos, ella distinguía perfectamente las facciones del joven y hasta la expresión algo inmutada

de su fisonomía. Se dieron cordialmente la mano; y Berta, que estudiaba con avidez los indicios de la emoción que se reflejaba en aquel rostro sincero y jovial, experimentaba un sentimiento de asombro que se tornaba gradualmente en júbilo indecible.

Ceferino se había sentado en el sofá y la miraba con cierta curiosidad simpática y como vacilante, cual si procurara distinguir esas facciones conocidas. Berta no sabía que la brusca transición de la luz exterior á la sombra creciente la envolvía en una obscuridad casi completa para su visita, que no alcanzaba todavía á percibir sino el blanco conjunto de la cara y el contorno ondulante del perfil.

No hay que decir si Ceferino, ya repuesto de su pasajera emoción, ejecutó brillantemente el obligado tema sobre las inquietudes generales y particulares que inspirara la *indisposición* de Berta: «¡Jesús! Dios mío! ¡no se hablaba de otra cosa en Buenos Aires! Figúrese Vd. mi aflicción... Me daba un temblor general cada vez que interrogaba al doctor H. V... Y él, con su conocida amabilidad, me contestaba invariablemente: «No es nada ¿qué quiere usted que le diga?» ¡Excelente hombre! Ya se ve: para no aflijirme más... Y yo corría de casa en casa repitiendo á todos nuestros amigos: Bertita no está grave, ni rastro dejará la enfermedad; el doctor me acaba de dar los más minuciosos detalles...

Y así continuaba Ceferino su charla de agua corriente, sin reparar en el silencio preocupado de su amiga. Al fin, ésta murmuró:

—Le estoy á Vd. muy agradecida, Méndez; pero sus votos no se han realizado del todo: he quedado horriblemente desfigurada. He envejecido treinta años en un mes... Tengo miedo de asustar á mis mejores amigos...

Y él con un tonito de deliciosa zalamería:

— ¡Ah! ¡siempre mimosa! Si le repito á Vd. que no se conoce. Pero ¡qué tengo que decirle! Ya estará muy satisfecha de que es siempre la más encantadora de las criaturas... ¿Permite Vd. que le hable

con franqueza, Bertita? Y bien, yo desearía que estuviera Vd. no desfigurada — que eso nunca podría ser — pero sí algo desmejorada, para que viera así la verdad de mis sentimientos. ¿Acaso lo que se quiere es sólo la belleza? ¡Ah! Bertita : sepáselo, aún afeada por la viruela, habría quien recibiera su mano de rodillas...

Por supuesto que nunca el cumplido Ceferino se había arriesgado á tanto : acostumbrado á ver contenidos con tiempo sus arrebatos, tenía por norma ir siempre hasta dar con la frente en la pared. Berta, sentada al lado suyo en el sofá, parecía ábsorta en un pensamiento lejano y delicioso, y Ceferino tomaba por su cuenta este arrobamiento, recordando en sus adentros la conocida vulgaridad sobre aquel famoso *cuarto de hora*...

El hecho es que se deslizó en cuerpo y alma á los pies de Bertita, mientras ella abandonándole su mano, repetía como extraviada :

— ¡ Será cierto, Dios mío ! ¡ Ah ! ¡ qué felicidad !

— Sí, es cierto, Berta mía, repetía el otro enajenado y resistiendo heroicamente á la incomodidad de la postura para su corpulencia.

Pero una luz que no era la aurora interrumpió al improvisado Romeo. Una sirvienta traía una lámpara encendida y cubierta por una pantalla que no dejaba pasar sino un círculo de luz horizontal. Colocada la lámpara en una mesa detrás de Berta, no aumentaba sensiblemente la claridad general, pues la línea de luz no se elevaba sino hasta el pecho de la muchacha. En cuanto hubo salido la mucama, Ceferino quiso continuar la conversación en el punto mismo donde la dejara ; pero Berta, al parecer muy conmovida, retiró su mano, y le dijo con voz breve y algo ronca :

— No se ve nada aquí : hágame el servicio de subir la luz y quitar la pantalla...

— Á sus órdenes como siempre, hermosa Bertita, contestó el complaciente enamorado ; y mientras ejecutaba la operación indicada, repetía apasionadamente dando vueltas al tornillo de la lámpara : al fin voy á verla á Vd. mejor, mi Bertita ado...

El resplandor de la lámpara de petróleo cayó de lleno y crudamente en la cara de Berta, iluminando los espantosos estigmas de la enfermedad en su estragado cutis. Ceferino, que se había vuelto para verla mejor, quedó petrificado, con los ojos dilatados por el estupor, cual delante de una cabeza de Medusa, dejando á medio concluir la comenzada frase.

La joven cerró los ojos como si recibiera una puñalada en el corazón; pero se había aveyado al dolor durante un mes de torturas, y encontrando valor en su mismo orgullo herido, tuvo fuerza para sonreírse amargamente y preguntar al joven que quedaba en pie, anonadado.

—¿Cómo decía, pues, señor Méndez?...

—Voy á decirle á Vd., Berta, balbuceaba el pobre diablo sin acertar á reponerse aún, y desviando instintivamente la mirada: le explicaré á Vd... tal vez, la haya ofendido... creo que me he propasado... Le pido á Vd. mil perdones...

Y á cada instante lanzaba una rápida mirada hacia Berta, bajando al punto los ojos como los niños asustados ante una efigie del diablo.

Entonces ella se levantó terrible, bajo el furor concentrado de su última esperanza muerta, y fulminó al instrumento inconsciente de su decepción con la palabra y el ademán:

— ¡Creo que se atrevía Vd. á hablarme de amor! ¿Cómo ha podido Vd. pensar, ridículo muñeco, que aun desfigurada y herida por la desgracia, pero guardando mi alma intacta, descendería hasta Vd... ¡Lleve á quien las merezca sus grotescas protestas! ¡Retírese de aquí..!

— No se exalte Vd., señorita Berta, murmuró apresuradamente Ceferino, que ya tenía su sombrero en la mano: ha sido un error, se lo garantizo. Nunca volverá á suceder. ¡Jesus, Dios mío! Á los pies de Vd., Bertita. ¡Mis respetos á su mamá!...

Y salió caminando para atrás, con despavoridos saludos á diestra y siniestra.

Berta se dejó caer en un sofá, y hundiendo las uñas en su rostro maldecido, rompió á sollozar convulsivamente, mientras repetía con voz sorda y entrecortada:

— Es la última humillación. No esperaré la que me mataría. ¡Estoy perdida!

IV

Como la enfermedad de Berta coincidiera con la ausencia de la madre de Fernando, que había salido á pasar una temporada en el campo, ella no supo lo ocurrido sino después de la curación. Apenas llegada á Buenos Aires, se apresuró á visitar á la familia; pero esto pasaba en las primeras semanas que siguieron el ataque, cuando la joven, presa aún de su horror profundo por el mundo, se negaba á recibir á cuantos la visitaban. Á pesar, pues, de las súplicas de la familia, no quiso hacer excepción para la que poco antes llamara su segunda madre. Esta respetó ese dolor inmenso, y como era tarde ya para prevenir á Fernando, que estaba á punto de embarcarse, se limitó á esperar la llegada de su hijo, cuya presencia resolvería la dolorosa situación. Ella quería entrañablemente á Berta; y no pudiendo apreciar exactamente los estragos del ataque, á pesar de las veladas confidencias de la familia, atribuía á escrúpulos excesivos y coquetería mujeril la huraña desesperación de la muchacha.

Al día siguiente de la escena que hemos referido, Berta declaró á sus padres que estaba resuelta á devolver su palabra á Fernando, y pedía que se llamara á la madre para comunicarle ella misma su irrevocable resolución. Todas las observaciones y súplicas fueron inútiles, y el señor Lemos, que tenía una resolución desesperada, hubo de ceder á la exigencia de su hija. Fué personalmente á traer á su prima.

Berta la recibió sola en el salón, cubierto el rostro por un velo

negro que disimulaba sus facciones. Después de las dolorosas efusiones del principio, repitió á la señora lo que anunciara á sus padres la víspera: no podía ser esposa de Fernando; le amaba demasiado para imponerle este sacrificio. Y como la madre le pintara la pasión de su hijo, que nada era capaz de mudar, la joven, en un brusco ademán de resolución trágica, levantó el velo que cubría su cabeza. La señora no tuvo tiempo para preparar su actitud, y retrocediendo á pesar suyo ante el horror del descubrimiento, dió un grito agudo, desesperante, inexorable para la víctima, que cayó en un sofá.

Después de un angustioso silencio, la madre de Fernando se acercó á ella, y tomándole una mano entre las suyas, la miró largamente con infinita ternura, murmurando: ¡Pobre hija mía! Luego apoyó sus labios en la frente de Berta, que lloraba desesperadamente. Al fin ésta enjugó sus lágrimas y dijo con resignación desgarradora:

— Ya ve Vd., mi tía, que eso es imposible.

— No, replicó la madre; ha sido un momento de sorpresa, y te pido perdón. Ya me acostumbraré, como tu madre. Y él también, después de los primeros instantes, no recordará sino á la que siempre adoró.

— No es lo mismo, contestó Berta, moviendo la cabeza; conozco la nobleza de Fernando, sé que aceptaría el sacrificio, pero no se lo quiero imponer. Quiero ser la única desgraciada. Comprendo que va á sufrir un golpe terrible. Pero es joven, tiene un gran porvenir y se consolará. Además, mi tía, debo velar también por el honor de Fernando: yo soy rica y él es pobre. Antes, él podía decir con fundado orgullo que mi fortuna no era sino el último incentivo de mi persona: hoy es el único — y el hombre que diera su nombre á este espantajo cubierto de oro, quedaría deshonorado. No insista Vd., se lo suplico en nombre de su hijo. Cuando llegue le dará Vd. esta carta.

Berta enseñó á la señora una carta abierta, que ésta tomó maquinalmente.

— Y ahora, agregó la joven, Vd. me ha comprendido, y creo que más tarde aprobará mi resolución. No quiero sufrir ante él la

tortura de mi decadencia. ¡Que él no intente verme, por caridad! Cualquiera tentativa que hiciere precipitaría una decisión que aplazo para no desesperar á mi madre. El convento será mi único refugio. Aquí doy á Fernando el último adiós...

V

Ese año, el baile que tuvo lugar en el Club del Progreso, el martes de Carnaval, ofreció el rasgo original de parecerse á todas las tertulias de disfraz allí habidas y por haber. Á las doce, el inmenso salón pintado de blanco y oro rebosaba de parejas ruidosamente picoteras ó misteriosamente cuchicheadoras, que se mecían al compás de la Habanera de Bizet, haciendo un gasto extraordinario de chistes muy espirituales y generalmente inéditos. La monotonía de los disfraces femeninos armonizaba con la rigurosa uniformidad de las corbatas y fracs masculinos. Apenas si una docena de trajes de escasa fantasía se destacaban sobre el fondo de los dominós tradicionales, como un puñado de amapolas en campo obscuro. *Domino Deo nostro*: tal es y será todavía por mucho tiempo la sagrada divisa de la alta sociedad porteña, que parece no quiere abdicar sus creencias ni aun durante el Carnaval. Entraban, pues, y salían á cada instante, en perpetuo vaivén, los dominós negros, abriéndose paso por los grupos de hombres parados en los umbrales de las puertas, en los pasadizos adornados con plantas y flores; — y los más vecinos á la escalera designaban por sus nombres á las máscaras que subían lentamente, apoyadas en el pasamano de terciopelo carmesí, mirando con fingido atrevimiento á sus escrutadores y creyéndose desconocidas. Algunas lo eran efectivamente, pero esas, al entrar en el pasadizo, doblaban instintivamente hacia el salón de baile, en lugar de dirigirse hacia el tocador de la derecha, y este primer tropiezo de la forastera señalaba la pista á los mirones.

En uno de esos grupos de jóvenes se encontraba Fernando, llega-

do de Europa un par de meses antes y que hacía esa noche su primera aparición en el Club. Á pesar de estar algo pálido y como envejecido prematuramente, se reía el también junto con los otros, que de vez en cuando lanzaban una alusión á su reciente *viudez*. Todos sus amigos conocían el triste desenlace de sus amores. Algunos habían comprendido y hasta compartido su tristeza durante las primeras semanas. Pero ¡qué diablos! la cosa no tenía remedio, y era mejor buscar el olvido en la distracción. Era sabida de todo Buenos Aires la resolución de Berta, que debía retirarse á un convento, y tan sabida, que ya no se hablaba de ella. El honor estaba á salvo: la muchacha se había negado tenazmente á recibir á Fernando, que ya no creyó que fuera delicado insistir. Á lo hecho, pecho; y, como decía graciosamente Ceferino, que hacía revolotear su bartola por allí cerca: « era tiempo ya de buscar el segundo clavo que debía sacar al primero ». Y Fernando se reía también, con cierta risa nerviosa que hacía crugir bajo el guante sus crispados dedos.

Comenzaban á derramarse por el salón del ambigú y el jardincito de invierno las parejas amigas del silencio y de la relativa soledad. En el gran salón se conocía que el baile llegaba á su apogeo, por la imposibilidad absoluta de bailar sin estrellarse contra un escollo humano. La concurrencia enorme se desalojaba lenta y penosamente como una masa líquida á punto de coagularse. El murmullo de las conversaciones á media voz cubría los acordes de la orquesta. Las parejas empezaban á olvidarse del mundo en esa pública al par que secreta intimidad; los jóvenes no tenían que ostentar esa sonrisa satisfecha y estereotipada que proclama á diez pasos una intriga interesante y misteriosa; y algunas mujeres, bajo su antifaz transparente, alzaban ya para uno solo sus lánguidas miradas, abandonando la eterna vocecita chillona que tutea en falsete, por el velado acento de la confidencia trémula...

Fernando había quedado solo, de pie en el umbral de una puerta, y paseando en la oleada humana que bullía en el salón, su mirada distraída y como ajena al espectáculo. Ahora que no tenía que fin-

gir delante de sus burlones compañeros, su fisonomía había vuelto insensiblemente á su natural expresión de cansancio y amargura. Él era enemigo de tomar actitudes de anticuada y romántica melancolía; en ese momento no tenía conciencia de su situación, y no reparaba por cierto en la ávida mirada que tenía fija en él una máscara sentada en el ángulo vecino. El traje de raso negro descubría su cuello y sus brazos de forma admirable; una delgada media luna de oro, incrustada de brillantes, resplandecía en la nube negra de su cabellera, y bajo el antifaz de seda que le cubría la cara, los ojos de obscuro diamante vibraban sobre el joven tan intensa y magnética mirada, que la de Fernando, como atraída por fuerza oculta, giró lentamente hasta clavarse en ella. Tuvo un ligero estremecimiento. Entonces ella se levantó, desplegando su regia estatura y esa elegancia soberana que la revelaban, como á la diosa de Virgilio; pero aun antes de haberse acercado para pedir el brazo de Fernando, éste la había reconocido.

Se alejaron paso á paso, perdiéndose en el tumulto de la concurrencia, como para dar un pretexto á su prolongado silencio. Ella sentía el temblor nervioso del brazo en que se apoyaba, y él podía escuchar el jadeo rápido de su respiración, cual después de precipitada carrera. Al fin, ella rompió el silencio, pero aunque hablaba en su voz natural, ésta salía como disfrazada por el velo que cubría sus labios ó la emoción de su acento.

—¿ En qué pensaba Vd. don Fernando? murmuró con fingida jovialidad; tan triste ó preocupado le ví, que me dió lástima...

— Ya era tiempo, repuso él con amargura.

— Tiempo ¿de qué? ¿de tenerle lástima? Veo que usted está dispuesto á pedir consuelos á quien no se los debe. Siento el chasco por mi amiga Berta, y se lo he de contar...

— Sí: cuénteles Vd. también que desde mi vuelta, no ha transcurrido una hora sin que maldijera su memoria, y pidiera á Dios la gracia de aborrecerla, ya que no la podía olvidar. Dígame que me ha visto en el baile, tan contento y divertido, que meditaba el medio

menos cruel de anunciar á mi madre mi próxima partida para el ejército del Perú; y agregue, Vd., si gusta, que ella es quien me va á matar con más certeza que las balas chilenas...

— ¡ Fernando ! exclamó la joven con acento suplicante ¿ es posible que Vd. haya dudado de mí ? ¡ Ah ! ¡ este sufrimiento faltaba á mi desgracia ! No he querido que me viera Vd., para no leer en su cara la sentencia de una repugnancia invencible ; he venido esta noche para darle el adiós supremo, y llevar á mi eterna soledad el último rayo de sus ojos amados...

Habían llegado al extremo del salón, cerca de la orquesta, y doblaron á la izquierda para refugiarse en el pasadizo lleno de cactus y palmeras. Se sentaron en el sofá del ángulo más desierto, y el vasto rumor de la orquesta, fundiendo las mil conversaciones que se escapaban del salón y del ambigú vecino, cubría con su irónico acompañamiento de fiesta la queja trémula de sus angustias. Fernando recorría con apasionada mirada el cuerpo de Berta, su seno de alabastro que emergía del negro vestido, su frente pura y su cuello de estatua ; la veía bella, irresistible, como antes, no pareciéndole posible que aquella voz de cristal se escapara de una máscara deforme. La amaba siempre, más que nunca ; se embriagaba al aspirar el perfume de aquella carne deslumbrante, y hundiendo su mirada ardiente en los oscuros vacíos de la careta, donde brillaban dos negras pupilas misteriosas, repetía sordamente :

— ¡ Berta, Berta : nada podrá arrancarte de mi alma ! Mi amor es más fuerte que las traiciones de la vida, sería más invencible que la muerte. ¿ Qué cambio funesto puede haber en tí, que no se me haga visible en este instante ? Oigo tu voz amada, contemplo tu cuerpo, tu adorado perfil : dame esa mano que es mía y vale por sí sola un tesoro sin cuento. Sí, mi madre me decía que tu belleza estaba marchita : pero ¿ qué saben de la belleza los que no aman ! Lo que veo de tí en este momento basta para mi eterna felicidad. Te quiero, ¿ entiendes ? te quiero y desafío al cielo á que me arranque del pecho este amor...

— ¡ Oh ! mi Fernando, murmuró la desgraciada con voz desfalle-

ciente, y contemplando con desesperación al que amaba más que á todo en la tierra: quisiera que se incrustara en mi carne esta máscara que oculta mi fealdad y me permite escucharte, verte á mi lado sin causarte horror. Comprende mi tortura: te amo como nunca se ha amado. Viviría dichosa con estar á tu lado, como una humilde esclava, con tal de no ver tu mirada desviarse de mí con aversión. Pero, escucha, Fernando. Esa expresión de insuperable repugnancia, la he leído en los ojos de un hombre que me juraba amor antes de verme desfigurada. Sí, he tenido por causa tuya este valor sobrehumano: he tenido con otro el anticipado experimento de la repulsión que había de inspirarte. Y he jurado entonces que no me expondría á sufrirla en tu presencia, porque tu desvío me había de matar. ¡Ah! nunca hubo martirio igual al mío! Veo tus ojos llenos de pasión, oigo tus palabras ardientes y sé que van dirigidas á otra que sueñas viva bajo esta careta. Tengo celos morales de esa Berta de ayer que ha muerto para siempre...

Y al tiempo que concluía estas palabras con entrecortada voz, la pobre muchacha dejó escapar dos lágrimas que se perdieron tras de su máscara de seda. Pero esta confesión, lejos de convencer á Fernando, pareció que exaltaba más aún la pasión que le enardecía la sangre. Berta estaba realmente irresistible, con ese misterioso atractivo del antifaz, que nadie ha podido hasta ahora desconocer ni explicar. Traía el recuerdo de esos fatales amores de sortilegio, obtenidos por la magia de un encantamiento, en que el iniciado aprecio de su alma vendida á Satanás, evocaba del sepulcro por una noche á la amante difunta, bajo el juramento de no pronunciar una palabra santa que destruiría súbitamente el hechizo, no dejando sino un monstruo helado en brazos del amante sacrilego...

Fernando, fuera de sí, recorrió el retrete con una rápida mirada; estaba desierto, tomó entonces la mano de Berta en la suya, y, pasando alrededor de su talle el otro brazo, atrajo á sus labios aquella perfumada cabeza. Ella no le rechazó, pero se alzó en un ademán de púdica sorpresa, y dijo con un suspiro:

— Fernando, volvamos al salón te lo suplico...

Pero su vehemente deseo se exasperó por la actitud de Berta : arrostró como un torrente impetuoso todos los miramientos y respetos mundanos, y, bruscamente, en un raptó de fiebre y delirio, arrancó la careta. Aquello duró un segundo y fué terrible. Durante ese segundo, á la luz de un relámpago, la joven percibió el espanto súbito é implacable que se pintaba en el rostro de su amante, vió su brazo bruscamente tendido como para rechazar una visión tremenda, y ese instintivo ademán la hirió más hondamente que un puñal clavado en su pecho. Dió un grito degarrador y cayó rígida en la alfombra...

Fernando huyó despavorido, como un criminal que deja un cadáver en su camino.

DELIO MIRANDA.

LA CASA DEL SOL

Los incas del Perú constituyeron poderosas dinastías y gobernaron un imperio dotado de grandes recursos mineros y agrícolas cuyas fronteras se dilataron hacia el norte hasta el Ecuador, y con rumbo al mediodía tocaron el sud de la actual provincia argentina de Córdoba.

Ese pueblo, que tan extraordinaria expansión territorial pudo alcanzar, no era una raza bárbara ó simplemente guerrera; en pos del influjo de la fuerza, llevaba el poder de una civilización y una cultura avanzada que había adquirido como su más digno mérito. Los quichuas tenían capacidad para colonizar territorios incultos, y atributos de sociabilidad y de gobierno con que superar y asimilar las razas indómitas que sus armas sometían. Les hacían conocer la industria de las telas, la agricultura, las postas, la irrigación, y les enseñaban su religión nacional, fundada en el culto del Sol.

Á su vez, la conquista española dominó territorios y sometió tribus indígenas que habían experimentado un desgaste de su barbarie primitiva en contacto con esa otra civilización: habían recibido el influjo de la cultura indiana desde Jujuy hasta Córdoba y la zona de Cuyo, en la forma demostrada con pluma magistral por el eminente historiador nacional doctor Vicente Fidel López, en el tomo I de su *Historia Argentina*.

El señor López, para seguir las huellas de la conquista incásica y examinar la transcendencia y el valor político de sus planes, no ha ido á recoger leyendas fabulosas que al través de un brumoso pasado transparentan las glorias épicas de aquel pueblo, que tuvo la desdicha de ver destruídos sus archivos por la ceguedad del conquistador, sino que ha reconstruído—en vastos lineamientos,— el cuadro donde se engrandeció, buscando sus fuentes más perdurables: ha investigado la nomenclatura geográfica del suelo argentino, relacionada con sus accidentes físicos, los ríos, los valles, los cerros, hasta aclarar la etnología lingüística de cada nombre.

De esta manera una multitud de denominaciones quichúas descubrían el itinerario exacto que debieron realizar los ejércitos de los incas. Desde el norte de Jujuy hasta el sud de Córdoba, el señor López encontraba designaciones geográficas bautizadas con vocablos pertenecientes á la lengua quichua, mientras que de allí á Buenos Aires, los nombres de lugares pertenecían á idiomas de razas bárbaras.

En la provincia de Córdoba, en la pintoresca zona de las serranías que se extienden de norte á sud, en el occidente de su territorio, se habla generalmente de un lugar que todos llaman *Inti Huasi*, término quichua cuya significación castellana es *Casa del Sol*.

El señor López menciona esta *Casa del Sol* en el capítulo segundo del primer tomo de su *Historia Argentina*, é incurre en una inexactitud de detalle, muy explicable, puesto que la escribió después de muchos años, fundado en los recuerdos de su juventud, con las impresiones ligeras de un viaje precipitado, tan susceptible de confusión.

La *Casa del Sol* no se encuentra á ocho leguas al norte de Córdoba, como lo afirma, sino á 47 ó 49, y se levanta entre serranías cuyo acceso hay que hacerlo salvando cuestras y pendientes fragosas.

La indicación del lugar que en la provincia de Córdoba denominan *Casa del Sol* está hecha por el naturalista Brackebusch en la latitud 30°8', longitud 63°48' y figura en el libro de *Alturas de*

la *República Argentina*, por Arturo Seelstrang, con 450 metros de elevación sobre el nivel del mar.

Se habla de la *Casa del Sol* con tan evidente exageración, que á la distancia maravillosos detalles le imprimen prestigios atrayentes para el viajero, y tiene influencia sugestiva para que, con un curioso interés, se salven las dificultades que presentan para el acceso los parajes desamparados en que se encuentra.

Desde lejos el nombre de ese lugar hace pensar que es una huella permanente que ha dejado una raza de grande influjo en los remotos tiempos precolombinos, y á la que no es ajena la civilización argentina. El recuerdo del viajero vuelve seiscientos años hacia el pasado y restablece la acción y la historia de una raza casi olvidada, que ya no existe ni domina.

Una nación que disfrutó de los halagos de la gloria y de la supremacía política; que fué grande, absorbente, civilizadora y famosa para caer al fin exánime, en contacto violento con extraños elementos étnicos, constituye algo sobre lo cual la imaginación jamás puede pasar con indiferencia y sin dejar de formular la eterna reflexión filosófica de la inconsistencia humana.

Los quichuas imperaron bajo el influjo de la conquista y á su vez cayeron sometidos á la dura ley de la fuerza. La escena que ellos llenaron fué ocupada con estrépito por otros actores, y de su obra fecunda, en gestación, se les arrebató los beneficios para que fueran en el porvenir á formar el timbre de otra raza; y los hijos del Sol se entremezclaron entre los muertos del pasado.

Veintiocho leguas al norte de la ciudad de Córdoba, se encuentra una población pequeña llamada *San José de la Dormida*. En otro tiempo era estación obligada en el itinerario hacia Santiago y Tucumán; pero hoy los ferrocarriles han alterado las rutas, y aquel pueblo ha quedado sepultado en su insignificancia, entre el silencio de los montes de algarrobos que lo circundan.

De este punto, avanzando ocho leguas, se encuentra un pequeño valle donde existe una pobrealdea formada por una docena de ranchos

que se denominan *Charqui Cañada*; lugar que si nada debe al esfuerzo humano, en cambio no le han faltado favores de la naturaleza para ser hermoso, sano y tranquilo como para una mansión patriarcal.

El anochecer, en este punto, es digno de interés: allí se produce el bello fenómeno de la refracción atmosférica. El crepúsculo, prolongado por largo tiempo, al cerrar la noche, deja el valle inundado de claridad. Poco después, la diafanidad del cielo muestra la vislumbre de las estrellas con perfecta nitidez, en un círculo trazado por los picos de los cerros que lo circundan á manera de un vasto anfiteatro de piedra.

El trayecto se hace recorriendo en su mayor parte valles y quebradas, salvando la cuenca arenosa de dos ríos llamados *Guayascate* y *Pisko Huasi*, — este último vocablo quichua significa *casa del pájaro*.

En aquel paraje no existe ferrocarril ni telégrafos, y la poca gente que lo habita vegeta tristemente en el cuidado de un escaso número de vacas y cabras.

Á tres leguas de *Charqui Cañada*, en el departamento de Tulumba, se halla lo que los moradores de aquellas zonas de la provincia conocen por *Casa del Sol* ó *Inti Huasi*, nombre tradicional cuyo origen arranca desde tiempos remotos.

La *Casa del Sol* se encuentra en el extremo de un cerro de poca elevación y de un aspecto singular. La entrada es embarazosa y hay que hacerla por el norte, pues la parte más accesible está en un pequeño valle al cual da frente el cerro, valle cubierto totalmente por un monte espeso de garabatos y malezas, incluso el charqui, que es un arbusto espinoso.

Después de flanquear el valle por una senda estrecha y semi-obstruida, se presenta una masa compacta de rocas rojizas, con el aspecto de una techumbre de edificio arruinado, cuyas paredes estuvieran sepultadas. Á la distancia se asemeja á una edificación de material con sus techos enmohecidos, pero todo es obra de la na-

turalaleza : por allí no es creíble que haya pasado la mano del hombre. Ellas, en realidad, forman una amplia é irregular plataforma de piedra, con una rampa desigual y de suave declive al sudoeste. El aspecto de semejante plataforma sugiere analogías comparables con los detalles consignados en la obra del historiador Pí y Margall—*Historia general de América*—al describir los monumentos del Perú, en la serie de pequeños círculos inclinados los unos á los otros, que bordan la totalidad de su superficie.

Inmediatamente de franquear aquella portada singular, haciendo la marcha por el círculo del valle, se encuentra á los pocos pasos el cerro que sustenta la que propiamente se llama *Casa del Sol*, y consiste en una amplia galería labrada por las aguas en la falda de aquel cerro, mirando hacia el N.N.E.

El río, que probablemente ha escavado esta bóveda, tiene su cuenca casi borrada al pie de la masa de rocas que le sirve de portada. Además, á espaldas del cerro, desliza su corriente un arroyuelo.

El extremo derecho de la gruta ó corredor se interna como tres metros formando una cavidad estrecha, y al terminar muestra un orificio que se pierde en las paredes del cerro hacia la izquierda, y es la entrada de una cueva muy apropiada para fieras, pero de ningún modo para que penetren seres humanos. Un hombre que intentara introducirse por aquella abertura podría hacerlo en el caso que el poco volumen de su cuerpo se lo permitiera; pero si tratara de retroceder le sería imposible girar.

En resumen, esta cavidad es el resultado de la estratificación de tres grandes rocas : dos masas laterales que se estrechan tendiendo á formar el vértice de un ángulo muy agudo, y una tercera que le sirve de techumbre.

En conjunto, la parte del cerro que contiene la galería, afecta, principalmente en la cima, la figura de un óvalo, y la extremidad es muy curiosa : tiene la forma que le ha impreso el desgaste de los torrentes que la sacudieron en otras épocas, semejando con gran parecido la popa de un buque suspenso sobre las aguas.

En la parte opuesta á la gruta, el cerro muestra dos cavidades como auriculares: la una abraza una gran curva de corte regular, circunstancia que hace no del todo desechable la idea de que por allí pudiera haber andado la mano del hombre. La primera de estas aberturas muestra la entrada de tres intersticios que se internan desde su fondo á la izquierda, á la derecha y al frente, comunicando probablemente con la gruta del lado opuesto. Siguiendo hacia la derecha, se encuentra otra abertura más pequeña que tiene igualmente un intersticio redondo que se hunde en las rocas hacia la izquierda y comunica con la anterior.

La cima del cerro no pasa de ocho metros de elevación; su acceso se hace por una especie de escalinata y presenta el mismo aspecto singular que las rocas de la plataforma, en lo que se refiere al color y á los circulillos desiguales que lo revisten y le dan una débil analogía con los tejados de un edificio colonial.

He ahí descrita con todos sus detalles insignificantes la *Casa del Sol*, en su totalidad obra de la naturaleza; corrientes violentas de agua, techos de grava que azotaron las paredes y cubrieron de líquido disolvente la fisonomía pulimentada que hoy muestra.

Esta elaboración natural es indudable que tiene algo que ver con los quichuas. Refiere la gente del lugar que, á la salida del sol, el primer punto que éste hiere con sus rayos es el fondo de la galería, donde se enfocan en un instante rapidísimo.

El más ilustrado de los cronistas de las cosas del Perú, el Padre José Acosta, en su *Historia Natural y Civil de las Indias*, explica cómo *Puchacamac*, ídolo de Isol burilado en oro, estaba siempre colocado hacia el oriente en tal forma que, al presentarse el astro en el horizonte, lo bañaba con sus rayos y parecía otro sol.

Observa Pí y Margall que los templos y monumentos religiosos de los incas no están contruídos bajo una regla fija é invariable; á veces levantaban un pequeño cerro artificial de adobe y tierra, ó hacían construcciones megalíticas ó monolíticas, con grandes masas de piedra de un solo trozo.

En el presente caso hay que renunciar á buscarle analogías con obras congéneres. La explicación de lugares que tuvieron destino religioso, la da Pedro de Cieza de León, en *La Crónica del Perú*, cuando al describir el suntuoso templo de *Puchacamac*, dice que los incas mandaban que en las tierras conquistadas se erigieran templos y *adoratorios* al sol.

Y lo que parece indudable, lo que confirma el nombre tradicional de *Casa del Sol* que lleva, es que fué un lugar de oración, un sitio apropiado para efectuar las solemnidades del culto. Brindado por la naturaleza, mediante algunas modificaciones artificiales, lo consagraron como sitio para venerar su divinidad.

No es, seguramente, ni ha podido ser un templo, sino un simple local de oración, el más apropiado tal vez para la consagración religiosa que las circunstancias les proporcionaron.

Para unas tribus bárbaras, cuyo sometimiento absoluto no pudo obtenerse en un largo período, no podría exigirse ni es lógico esperar un gran movimiento religioso, de esos que revelan con medida exacta el arte de una nación.

Para la enseñanza del culto á unas tribus salvajes pobladoras de agrestes y lejanos territorios, bastaba un modesto adoratorio, en un local improvisado para satisfacer las necesidades más imperiosas, y es lo que hicieron los aventajados quichuas en la *Casa del Sol*.

DAMIÁN MENÉNDEZ.

JACINTO GALLINA

Italia, preocupada entonces por los prisioneros que no tornaban, por la cuestión de Oriente y más todavía por las nuevas elecciones, no ha llorado bastante á uno de sus hijos ilustres, recientemente desaparecido en la flor de los años, Jacinto Gallina, artista verdadero, de corazón y de cerebro, quizá el único comediógrafo digno de ser llamado discípulo de Goldoni.

El teatro italiano que con Goldoni abre y cierra una faz espléndida de su historia, había iniciado con Gallina una era fecunda, llenando una laguna en este ramo de la literatura, en verdad inexplicable, en una nación tan rica en todo tiempo de genios y de tradiciones literarias.

Entre Goldoni y Gallina hay un siglo rico de tentativas, pero pobre de resultados para la comedia. Los nombres de Ceroni, Botto, Uda, Coppola, Montecorboli, A., son recordados como los de Plauto y de Menandro, sin tener por otra parte la aureola del clasicismo. Mucho es ya que en los teatros se den de vez en cuando *La muerte Cívil* de Giacometti ó *Goldoni y sus dieciseis comedias*, de Ferrari, ó alguna otra comedia de Gherardi del Testa. Los demás duermen el sueño de los justos.

No es, por lo tanto, exagerado considerar una desgracia nacional

para Italia la desaparición de la escena del mundo de este escritor, que sabía reproducir tan bien en el teatro esa escena misma. Es la segunda desgracia que acaece al teatro italiano, después de aquella producida por Victor Bersezio, retirándose del arte, en seguida de un verdadero é indiscutido triunfo con las *Desgracias del señor Travetti*.

Gallina murió pobre, como vivió; sucedíale en cierto modo lo que su padre le pronosticaba. Cuando le referían alguna escapada del hijo, profetizaba con estas palabras: « ¡Acabará mal, acabará mal ! » En los últimos tiempos, á propuesta del Consejo Selvático, la municipalidad de Venecia le había asignado una pensión en vida como guardador de los manuscritos que los comediógrafos donaban á la biblioteca de la ciudad. Al mismo tiempo se le erigía un busto de bronce en el atrio del teatro Goldoni. Pequeñas compensaciones para quien aspiraba á un renacimiento verdadero del arte italiano; interesados anticipos de quienes debían negar más tarde al amigo la asistencia de una religión que es consuelo de los moribundos y única que podía tranquilizar á la compañera del pobre artista que en su lecho de muerte y delante del oficial de estado civil declaró por su mujer.

Su vida se cuenta pronto, porque es breve y simple como su alma. Imaginad un hombre concienzudo y de genio, pero sin dinero, que deseoso de seguir las huellas del gran padre Goldoni y falto de un público dispuesto á secundarle y de una compañía que le aliente, se ve obligado, contra su ideal de vida patriarcal y contra los intereses del arte difícil hacia el que tiende, á constituirse en director de una compañía de comediantes, sufriendo la vida vagabunda, las inseguridades financieras, los engaños y las bancarrotas inevitables. Os habéis imaginado las eternas batallas de la vida.

La parte íntima de esta vida es una observación continua, una lucha tremenda contra sí mismo y por su arte, una crítica despiadada á las producciones de su propio ingenio, á su juicio siempre deficientes é imperfectas.

El nombre de Gallina comienza á adquirir notoriedad después

del 70. Antes de esta fecha había pasado los años fortificando su débil constitución física con medicinas y maltratando el violoncello, que su padre quería aprendiese.

Por fortuna, á los 18 años le acometió la fiebre de escribir para el teatro, y dió á luz, una tras otra, las comedias *La Hipocresía* (1870) y *La ambición de un obrero*. Representadas en el teatro Goldoni de Venecia, no gustaron, pero alguien vió en ellas la *unguis leonis*. El comediógrafo no había hallado todavía su senda; se la indicó Anzolo Moro, aconsejándole leyese alguna comedia de Goldoni. Fué aquella una revelación para su genio. Un año después (1872) escribía *Disputas en familia*, calcada en la de Goldoni. La empresa del teatro Armonía, de Trieste, se empeña en ponerla en escena. Llega la noche de la primera representación; Gallina hallábase en Venecia, como profesor de violoncello en la orquesta del teatro Rossini. Pide permiso para ausentarse por aquella noche; el maestro de orquesta se lo niega; entonces deja plantados al maestro, orquesta y violoncello y atraviesa el Adriático. Así Jacinto pasaba el Rubicón del arte. Desde ese día, Italia contó un mal músico menos y un gran comediógrafo más.

Llegó la época del reclutamiento, y escogió á Milán para cumplir su plazo. Fué un mal soldado, como había sido un mal violoncellista, pero también aquí sin perjuicio para él, al contrario. En Milán conoció á León Fortis y á Pablo Fambri; en el cuartel escribió *Le serve al pozzo*, *El moroso de la nona* (1873), *Oci del cor* (1878), *Guente di novo*, *Amor in paruca*, *Così va il mondo bimba mia*, (1882), *Esmeralda* y la inmortal *Serenísima*.

Muy largo y fuera de lugar sería dar una idea de todas sus comedias; baste decir que están hechas en el molde de las de Goldoni, y que las mejores son aquellas que retratan la Venecia de nuestros días (*Serenísima*, *Disputas en familia*, *Base de todo*).

Base de todo fué la última. Para ponerla en escena fué á Milán en 1894 al Filodramático, y obtuvo en aquella ocasión aplausos más vivos y unánimes que los de veintidos años antes. Se enfermó

allí de fiebre tifoidea. Ganó el lecho el 5 de diciembre, y se levantó á principios de enero de 1895. Hablaba de todo menos de su enfermedad, y no estaba bien persuadido de haber vuelto á la vida; recordaba solamente el fenómeno del « desdoblamiento ». Le parecía siempre ser doble. Cuando le daban de beber preguntaba: « ¿ Y al otro no le dais nada? » Le ponían hielo en la cabeza, le acomodaban las almohadas y preguntaba de nuevo: « ¿ Y al otro no le hacéis nada? » Y sonriente, concluía diciendo: — « Me parece haberme convertido en gallina con dos cabezas ».

Costetti, en *El libro de las confesiones* (1888) publicó las respuestas de los mejores comediógrafos italianos á propósito de los procedimientos que usaban para dar á luz una comedia. No sé por qué entre los interrogados no estuviese también Gallina. De todos modos, me place hacer notar que esta negligencia, bastante criticable, no fué perjudicial en sus efectos, ya que él, como casi todos los interrogados, después de haber agotado el tema, habría contestado: « Ni yo mismo lo sé ». Escribía cuando había elaborado mucho en la mente la materia prima de la comedia: el asunto, esto es, el enredo; y aun entonces escribir le resultaba fastidioso y difícil. Tenía un alto concepto del arte y sobre todo el culto de la verdad. Á este respecto, Bocardi narra la siguiente anédocta: Moro Lin, en Trieste, después de haber anunciado por muchas noches consecutivas la nueva comedia de Gallina, y no habiendo podido obtener más que dos de los tres actos, cansado de esperar en vano se dirigió furioso al alojamiento del escritor y se hizo dar la palabra de honor de que no saldría más de su casa sin terminar el trabajo. Á la noche mandó un colega á casa del amigo y cuando aquel volvió: « ¿ Y bien, le hallaste? » — « ¡ Seguro que le hallé! Estaba jugando á la lotería con los niños de la patrona ». Pero terminado el juego sentóse en el escritorio, y antes del día la comedia estaba concluída.

Su ideal en el arte, he dicho ya al principio cuál era; así lo resume el conspicuo crítico G. A. Monari: « En 25 años de labor, Jacinto Gallina no ha hecho nunca una afrenta á su ideal estético: el arte

noble y digno, el cual no sólo refleja la vida real sino que le infunde esa parte de poesía y de individualidad, que deleitando y conmoviendo, instruye. La fantasía no le ofuscó el criterio, y el criterio le mantuvo siempre alejado de lo triste y de lo trivial ».

Y de veras que era una necesidad sentida la de un arte sereno, real, inteligible. « Entre tanto verismo — dice Leo Castelnuevo — que corrompe el espíritu y envenena el paladar, él sólo quizás en toda la Italia y fuera de ella supo conservar en la escena, pura, inmaculada, esa escuela que hace bien al corazón, alegra el espíritu y vuelve bueno al que escucha. Un arte así concebido, así ejecutado, requiere mucho trabajo y mucha lima. Gallina, en efecto, trabajaba mucho y pulía mucho; si el diálogo hacía una arruga, la comedia iba al canasto ó al cajón del escritorio, y no había medios de persuadirle á que la diera; hasta que un buen día las pequeñas faltas desaparecían con la corrección, y entonces la comedia se representaba y era aplaudida en todas partes. Las principales comedias de Gallina han pasado á la historia literaria italiana como obras clásicas, y como las de Goldoni tendrán siempre el honor de la escena. »

Este deseo, esta sed de lo verdadero y de lo humano llegaba hasta la exageración. El principio y el fin de una comedia constituían para Gallina dificultades y molestias inmensas. Para ponerse á escribir necesitaba paz y alegría de espíritu, y al llegar á la dificultad final decía: « Este es el problema... cómo se termina », y agregaba después: « ensayaremos lo que tengo hecho; el resto vendrá por sí ».

Lo cierto es que poseeríamos perfecta su última comedia si hubiese tenido menos escrúpulos. Manifestaba á cuantos iban á visitarle « que le habrían bastado quince días, dos *semanitas*, para acabarla: el primer acto está terminado, los otros dos están esbozados, pero los tengo también escritos aquí dentro ». Y se tocaba la frente caldeada por la fiebre.

La base de este arte escrupuloso y difícilísimo, además de lo real y lo humano, era lo moral y lo religioso.

La moral. Como su maestro, quería que el teatro fuese escuela : escuela eficaz. Leed todas sus comedias, aun las más juveniles : no hallaréis la más mínima ofensa á los principios sacrosantos de la moral ; á sus comedias podemos conducir sin temor á nuestras esposas, á nuestras hermanas y amigas. En 25 años de vida intelectual no traicionó jamás su verdadera hombría de bien artística. Hombría de bien que iba unida á una modestia sin par. Ermete Novelli cuenta á propósito de él, que llamado á la escena después de la ejecución del *Paso* se expresaba con estas palabras en su profunda humildad :

« Me quieren bien... son buenos... no merezco tanto... pero ¿ sabe Vd. ? ha sido la memoria de Goldoni lo que los ha conmovido... el mérito verdadero lo tiene él, el *papá*... y lo tienen Vds. que han recitado como ángeles ». Decía y repetía estas cosas á todos los amigos que lo besaban y lo abrazaban hasta sofocarle.

Tal era el hombre por el cual cada uno sentía la necesidad de dirigirle aquella frase de Pablo Liroy : « ¡ Bendito seas, crea y escribe ! »

Ultimamente había sufrido una evolución lógica y natural en el sentido de armonizar la moral de su teatro con un fin de actualidad, si así puedo explicarme.

Gallina era un hombre moderno y como tal había comprendido que si es deber de un artista educar el corazón y la mente de los hombres como individuos, lo es también dirigir prácticamente su ingenio al punto que más preocupa á la colectividad humana en este último resto de siglo : la cuestión social. Rozó este punto en *Serenísima*. La crítica juzgó inverosímil el rechazo que el viejo aldeano hace de los 20.000 francos ofrecidos en recompensa de la deshonra llevada á su casa.

Este juicio, que hería al artista en su amor por lo bueno y noble, más que irritarle le desalentó. ¡ Ah ! ¡ con que es cierto ! pensó el artista ¿ en nuestro mundo un acto elevado es cosa tan singular que cuando se lleva á la escena parece tan inverosímil ? ¿ Con que mi vie-

jo aldeano (*Serenísima*) que tiene en el corazón la antigua honestidad, representa el convencionalismo y la excepción olvidada en nuestros tiempos? Pero entonces ya que lo bueno en el mundo burgués es falso, pondré en escena lo malo, esto es, lo verdadero. E hizo la *Base de todo* — el dinero.

Á partir de allí, su ánimo bueno fué concentrándose siempre más en la idea de la humanidad que sufre y en los medios más eficaces para amenguar sus sufrimientos.

Era una nueva vía para el teatro, quizá después de la historia, la sola vía de los tiempos modernos y más aún del porvenir. ¿Y cuáles eran los medios para llegar á aquella relativa felicidad entrevista por este poeta del corazón? Nos lo dice él mismo. Un día, un amigo, viéndole titubeando sobre el éxito de una comedia, exclamó — «¡Un fiasco tú! Es imposible». Y Gallina contestó: — «No, por cierto, he aprendido á conocer el sabor y á beberlos más de una vez. Quisiera que de mi comedia surgiese por medio del desarrollo de los caracteres y de los hechos la necesidad de constituir la ayuda recíproca entre todos los hombres, de socorrerse unos á otros, de amarse en paz».

Así resolvía Gallina la cuestión social. Hija primogénita, y diré única, de esta nueva vía abierta por él fué la comedia *Base de todo*, representada en Roma en marzo de 1895. Los socialistas vieron en ella el grito de su fe sectaria. Gallina, no obstante permanecer fiel á sus principios conservadores, no protestó de estas interpretaciones, al contrario; á un crítico que había elogiado su comedia como la expresión artística de sus teorías sociales, le respondió: «Gracias, tú has comprendido perfectamente mi comedia, porque eres socialista. No sé si vuestras conclusiones me considerarán burgués, pero el hecho es que la filosofía que he tratado de transfundir en mis viejas comedias fué desbaratada por una simple observación hecha por mí sobre el público después de *Serenísima*». Y le narró el hecho que ya conocemos, por el cual se ve cuán justamente comprendía los tiempos. Las utopías del socialismo no

hallaron, pues, cabida un solo instante en la mente de este escritor.

Gallina, hombre pasional, entendía con el corazón ; todas sus comedias están inspiradas en un alto sentimiento humanitario, desligado de toda retórica. Especialmente las últimas, son verdaderas obras sociales, aun conservando la modesta apariencia de la fina comedia goldoniana.

La Religión. Un hombre de corazón no puede dejar de ser piadoso. El *píus* Eneas, el héroe pagano más simpático después del Héctor homérico, es un hombre de corazón y no podía ser de otro modo. Sentir amor quiere decir querer bien á las cosas que nos son útiles y á los hombres ; á estos últimos protegerlos, ayudarlos, consolarlos. Todo lo cual es culto de por sí, porque no se ama sino con la fe en una fraternidad, la cual es base de la creencia en Diossumo.

Y Gallina creía en Dios. En sus comedias no existe una palabra que pueda resultar áspera al más severo de los servidores eclesiásticos, como bien dijo un publicista veneciano. Á él, que escribía en dialecto y tenía tan pronta y segura la vena del humorismo, le habría sido fácil arrancar las risas y los aplausos de la platea satirizando los episodios, las frases ó las palabras de los creyentes. Pero se guardó siempre escrupulosamente de ello ; y su obra viva, verdadera y atrayente se mantiene lejos de todo contacto con las cosas sagradas. Sus viejos aman y creen y enseñan á creer y á amar ; sus viejos se inclinan delante de la Cruz y llevan impresa esa imagen en el cerebro y en el corazón. El gondolero Panetti bendice á su hijo, que parte para la regata. Serenísima ofrece un cirio á María afligida ; y en uno y otro episodio flota un sentimiento de poesía que hechiza y conquista.

En *Senza bussola*, la comedia que quedó interrumpida por la muerte, aparece un fraile, el único fraile que Gallina haya puesto en su repertorio. Este sacerdote, un viejo, es el prototipo del hombre del evangelio, sublime en la bondad, en la caridad, en el sacrifi-

cio ; un hombre que antes de obrar ó de hablar mira á Cristo para imitarle. Este dulce fraile no subirá jamás á la escena, no aparecerá tampoco en los funerales del artista ; porque este poeta, que debía morir con la cruz sobre el pecho, murió sin consuelos religiosos, y la cruz que él adoró no precedió á su féretro. Su lecho de agonía estaba rodeado por dos mujeres desoladas, la madre y la esposa. por amigos que entendieron mal la amistad. Los moribundos tienen necesidad de creer en el más allá, mucho más que los sobrevivientes ; y los llantos no consiguieron sino redoblar los tormentos. Gallina debió sentir esta necesidad y debió sentir angustiosamente por sí y por sus mujeres. Pero hay en el mundo una secta anticivil, antijurídica, inhumana, un verdadero anacronismo social, que en pleno siglo décimonono vive de conjuraciones y favoritismos y se sostiene y obra con engaños y señales cabalísticas, hasta el extremo de invadir el sagrario de las conciencias para encadenarlas á despecho de todo derecho y de toda libertad individual. Esta secta — la Masonería — alejó del escritor creyente al fraile de quien el artista había hecho la más espléndida apotheosis, y no permitió que el dolor de la cruz encadenase las angustias amarguísimas de quien á los 45 años debía dejar para siempre la vida y la gloria y esas mujeres tan amadas. El cadáver fué cubierto de violetas y camelias; todo buen veneciano quiso mirar por última vez el rostro del gran artista. La procesión fué larga, conmovedora. De noche, el féretro, llevado en una góndola, fué acompañado por otras numerosas, llenas de amigos y de pueblo. Era triste ese cortejo en medio de la laguna veneciana, en una noche serena, espléndida. Y ese silencio doloroso, imponente, interrumpido sólo por el latir cadencioso y sordo de los remos sobre el agua estancada de la laguna, helaba el alma, porque no era dulcificado, ni santificado por el murmullo de las salmodias rituales. Faltaba la Cruz.

Goldoni no murió así, no fué así como se condujo su féretro á la morada postrera. Una sola cosa los une y los perpetúa : la gloria.

Los dos grandes comediógrafos que sólo el tiempo separaba, ahora están unidos.

¡Y, sin embargo, pocos hombres se asemejaron tanto en vida! En las memorias de Carlos Goldoni figurarían sin desentonar muchos capítulos de la vida de Jacinto Gallina. Como se ha observado, los ingenios de estos dos escritores tenían muchos puntos de contacto. La visión precisa y neta de los caracteres, la agilidad fresquísimas del diálogo, el aire de familia, que á distancia de un siglo todavía se reconoce, encuentra en las figuras y en los tipos tomados del natural y llevados á la escena, ese *nosé qué* de familiar y suave que iba al corazón por sendas fáciles y llanas, ya buscarse el llamar de nuevo á los labios una sonrisa, ya se propusiera arrancar una lágrima. Todas estas notas comunes establecen indiscutiblemente similitudes de parentesco artístico entre ambos escritores. Pero no en vano ha pasado un siglo de luchas políticas, de luchas y de conquistas, que han convulsionado el mundo. Si los nietos se asemejan en los rasgos exteriores á los abuelos, no es menos cierto que otra conciencia, otro rasgo psíquico diferencia á los jóvenes de los viejos. Los caracteres llevados á la escena por Goldoni acusan la negligente fatuidad de su época, época de servidumbre y de opresiones civiles; están vivos, fragantes de verdad; se mueven con encantadora soltura, pero en el fondo, esos tipos, esas figuras revelan la vanidad charlatanesca de los ociosos, — caprichos, disputas, amoríos, murmuraciones, — avarientos malhumorados, caballeros de abanico, Lelios, Florindos y Rosauros que encantaban con su charla festiva; todo un mundo que vive y se agita, pero sin movimientos interiores, sin alma; un mundo de papamoscas que toma la vida á la ligera y no conoce los sufrimientos, ni las pasiones que surcan los corazones y muerden las conciencias. Tal era entonces Venecia, la ciudad de las máscaras, de los carnavales locos, de las intrigas galantes y de todas las despreocupaciones que preceden á la ruina de un pueblo.

La inepta y torpe oligarquía que mantenía el gobierno de la república no tenía ya ni un rayo de la vetusta dignidad; las señorías y

las excelencias dormían un sueño plomizo y muerto como las aguas estancadas de la laguna; merodeaban en las pequeñas tiendas, dormitaban en los palcos de los teatros, escupían sin contenerse sobre las cabezas del buen pueblo sentado en la platea; y el resto era vulgo en todo sentido, vulgo de mercaderes avaros, tacaños, formados en la obscuridad de los bajos fondos, caballeros de industria, ladrones, usureros, cortesanos y un conjunto de *buontemponi* festivos, que vivían al día. Goldoni por su parte tomó á puñados sus creaciones en esta pulpa viva, las arrojó á la escena, disipando con la luz de la verdad las fábulas, las banalidades grotescas y las chanzas de los bufones que encanallaban el teatro.

Jacinto Gallina, á pesar de la consanguinidad goldoniana, es igualmente hijo de su tiempo: sus comedias y sus cuadros sienten y reflejan el ambiente ético de su época.

He aquí la primera analogía entre los dos comediógrafos. La otra es la del rumbo dado respectivamente á la comedia. Goldoni es grande por la atrevida revolución que llevó á la escena. Triunfaban entonces las comedias del arte, las farsas, las pantomimas: la comedia erudita se disipaba en la fantasmagoría de la fábula; Arlequín y Pulcinella hacían la delicia de las plateas. Goldoni se impuso la misión de desembarazar el arte de esas pedanterías y de esos andrajos; y la victoria fué suya, tanto que mereció estas palabras de Voltaire: « Quisiera intitular vuestras comedias: La Italia libertada de los Godos ».

Las condiciones nuevas, las nuevas aspiraciones humanas, determinaron á Gallina á encauzar su arte hacia la cuestión social. Comprendió que el naturalismo había llegado á su ocaso y que el *verismo* no sería jamás arte, pues entendía el arte real embellecido por la poesía del alma.

Frente al preraphaelismo, que volviendo atrás seis siglos, descoyunta los cuerpos para convertirlos en la expresión del alma moderna de los decadentes; frente al simbolismo, que idealiza demasiado la vida y la historia caminando en el vacío y haciéndose á menudo ininteligible;

frente al psiquiatrismo, digamos así, de Ibsen, que es un género de la escuela noruega, comprendió la necesidad de retornar á Goldoni para encontrar, por decirlo lógicamente, una base de operaciones, y de ahí partir con el objeto de infundir en el alma de los hombres la necesidad extrema que tienen de amarse mucho para vivir bien. De ahí el echarse á la espalda los cánones del arte, de ahí ese carácter absolutamente democrático de sus comedias: dos actitudes gemelas en que vuelven á encontrarse, como se ha observado, las fisonomías artísticas de los dos escritores.

Pero Gallina era pensador, pensador profundo, y es aquí donde manifiesta su originalidad frente á Goldoni.

Goldoni, si no es todo sátira, es todo alegría, y aun al desflorar situaciones dramáticas las desenvuelve con garbo, con elegancia y con acentos que tienen el sabor melodramático de las estrofas de Metastasio.

Gallina, en cambio, puede sostener el paralelo en la lírica, siente el estremecimiento de la pasión, cava en el corazón y en la conciencia de sus criaturas y exprime lágrimas y gemidos; traduciéndolas con la inefable sonrisa melancólica que domina en todos sus trabajos.

Lírica también es esa, pero lírica parisiense, que sonríe entre lágrimas. — Desde el *Primer paso*, á *Fuera del mundo*, á la *Base de todo*, su teatro es una conquista de la ciencia humana, lanzada contra las bufonías, las necedades y los juegos de prestigio que hacen de la comedia un arte industrial ó una palestra de histriones hábiles y grotescos. Para sacudir el cinismo del tiempo están las santas rebeliones del *Nobiluomo Vidal*.

Goldoni posee como nota característica lo cómico; se detiene en traer los personajes á la superficie, no profundiza nunca el estudio de los caracteres. Observa la sociedad y rie y hace reir con sus tipos ingenuos ó maliciosos, enamorados ó escépticos. Gallina, al contrario, es observador agudo, en sus producciones dramáticas se sirve del llanto y de la risa, tratados con admirable maestría, con raro equilibrio mental, con la exuberancia de un corazón apasionado.

En Goldoni vemos el hombre de sentido; en Gallina el hombre espiritual, idealista alguna vez. Uno escribe después de haber observado y sentido; el otro, después de haber observado, sentido y meditado. Los dos son verdaderos.

Goldoni, como Plauto, es más fotográfico; Gallina, como Molière, es más psicólogo. Ambos son grandes.

¿Quién continuará sus tradiciones? Responderé con frases hechas. La comedia — según Petrocchi, — es una producción de los tiempos maduros: casi el último género que una literatura perfecciona. Italia, con su unidad política, ha cerrado un período de historia literaria que comenzó con Goldoni; él es principio y término de toda la literatura vulgar dramática italiana que le precede, como Dante es principio de los siglos modernos y término de la Edad Media. Desde entonces todo un mundo se ha preocupado en la tentativa de reformar la civilización italiana y llegar á la reconstrucción íntima y civil de la nación: Parini, Alfieri, Monti, Fóscolo, Manzoni, Leopardi, Giusti; literatura activa demasiado épica y lírica para que sea dramática.

Sólo con el desarrollo mayor de la vida nueva se prepara el terreno al drama. Gallina ha demostrado con su obra que hay suficiente vida nueva para trabajar comedias; más aún, ha probado que la comedia puede ser la vanguardia de las producciones artísticas venideras.

Si me atreviera á hacer una indicación, apuntaría con el índice hacia el autor del *Principio del siglo*. Con esta pieza, Rovetta ha vuelto á trasladar á la escena, después de tanto olvido, el género histórico. Es otra senda nueva paralela á la social de Gallina; pero ambas tienen un punto de contacto que es también su base: la realidad humana.

Como la senda trazada por Gallina es síntoma de los tiempos y ojeada al porvenir, así el rumbo marcado por Rovetta es el designio de la crítica investigadora del siglo que muere y la ojeada á un pasado que debe revivir ante nuestros ojos, como una prevención en los peligros de las luchas futuras.

ALPHONSE DAUDET

IMPRESIONES PERSONALES

I

Durante mi última estancia en París, á principios del año 94, tuve ocasión (como que frecuentaba mucho más la ribera izquierda que los grandes bulevares) de enfilarse algunas veces la calle de Bellechasse; pero nunca me resolví á entrar en esa casa del número 31, donde Alfonso Daudet ya vivía entonces y acaba de morir. Siempre pasé de largo después de una breve vacilación; y, al seguir camino hacia la Sorbona ó el Luxemburgo, procuraba analizar el estado de alma que me hacía aplazar indefinidamente una visita anunciada desde Buenos Aires, impidiéndome realizar un acto tan sencillo y natural. Por cierto que no me detenía la aprensión de ser recibido como un simple *rastaquouère*, visitador de monumentos y celebridades. Constábame que el tiempo y la distancia no habían alterado la benevolencia del maestro por su entusiasta admirador de antaño; sabía que el *brave Ebner*, el fiel y abnegado secretario, estaba siempre allí, inamovible, pronto á abrirme sus grandes brazos amigos y guiarme al sillón de paralítico, desde

cuyo fondo me gritaría el « patrón », exagerando el acento de nuestro mediodía : ¡ *Té!* Groussac... ¡ también á V. le ha nevado encima !... »

Y entonces me tocaría contemplar de cerca la dolorosa ruina de aquel sér privilegiado que conocí once años antes, en la avenida del Observatorio, ágil, movedizo, elástico, con su belleza casi femenina, aún intacta después de la cuarentena, su larga melena oscura y su dorada palidez de arlesiana : todo vibrante de su gloria temprana que no era sino una faz de su felicidad, exuberante de talento y simpatía. Me tendería ahora con esfuerzo la exangüe y flácida mano de marfil viejo que no me atrevería á apretar — y sería la misma que entonces manejaba nerviosamente el florete de esgrima, en la salita familiar del Luxemburgo, la víspera de enviar tan bonita estocada á Delpit, en el Vésinet...

Yo evocaba la escena ; de antemano sentía el primer choque de estupefacción involuntaria (que no escaparía á su mirada de zahorí, aguzada aun por la neurosis), ante el original de aquella tétrica pintura de Carrière, incolora, esfumada, *blafarde*, como diluida en médula espinal — exacta hasta la atrocidad : la cabeza macilenta y dormida bajo su lacia cabellera que se ha amortiguado sin encanecer, la mirada sin vida en el rostro sin carne : todo el cuerpo exhausto y consumido, desplomado en el vago sofá, y cuyas ropas casi vacías remedan un espolio de humanidad evanescente. ¡ Rasgo de indecible melancolía : el brazo extenuado circunda el talle de una niñita de seis años. delicado botón de rosa que palidece al reflejo de la agonía paterna ! Y se recuerda invenciblemente que, durante días y semanas, la inconsciente criatura ha debido tomar esa actitud invariable, componer su postura, volver á hallar su expresión convencionalmente entristecida, ante el pintor decadente, sólo preocupado de su éxito en el Salón y del hallazgo mórbido que arrancará un estremecimiento á la muchedumbre... ¡ Oh ! túnica de Neso del efectismo artístico, que nada arranca de las carnes y, ayer alegre y llamativa, hoy lúgubramente macabra, sobrevive al de-

rrumbamiento físico, al descalabro, al fúnebre presagio de la disolución ! *Alas ! poor Yorick !...*

Así, por adelantado, la imaginación reconstruía la escena real con los elementos de la ficticia, y no es dudoso que el «antegusto» de la sensación que me esperaba fuera la causa inicial de mi resistencia. Parecíame que guardaba mi boca el amargo resabio de otras decepciones más íntimas. Ante los mismos seres de mi sangre — y no fulminados como este por una primera muerte parcial — había sufrido la angustia de contemplar, deformados y marchitos, desvencijados por la vida cual un trasto por el uso, surcados de esas hondas arrugas que son las cicatrices del incesante y rudo batallar, á tantos rostros familiares, ahora casi desconocidos, y que reproducían irónicamente, como en espejo de aumento (al menos así lo creía mi debilidad egoísta) el trasunto caricatural de mi propia decadencia.

Con todo, no era solamente esta aprensión enfermiza, esta como necrofobia irrazonada — análoga á las inhibiciones de ciertos enfermos de la voluntad — la que alzaba para mí en el umbral de mi maestro y amigo una barrera invisible, tan alta que finalmente resultó insuperable. Prosiguiendo mi examen «peripatético» llegué á convencerme de que mi desgano de visitar á Daudet valetudinario, á saberle sano, no hubiera sido quizá mucho menor: era la misma que me retraía de renovar trato con otras celebridades literarias. Había perdido la fe; sentíame muy viejo para criar nuevos entusiasmos, muy escéptico para recalentar los antiguos que se apagaron ya. Estaba de vuelta de un viaje ideal mucho más largo y vasto que el otro. Encontraba mezquina, y por momentos ridícula, la importancia atribuída por nuestra civilización bizantina á esos juegos malabares de la frase, á esa literatura de palabras nuevas é ideas viejas: esa perpetua escultura de cáscaras de nueces por mandarines encerrados en su horizonte de teatros y bulevares, sólo atentos á aderezar la misma novela ó crónica burguesa; eternamente afanados en vaciar en el molde del día, con destreza chinesca, los rancios ingre-

dientes de la «comedia humana». Juzgaba pueril la observación mundana de los unos, repugnante la fotografía basurera de los otros, igualmente estéril la obra superficial de todos ellos, naturalistas, parnasianos, psicólogos y decadentes, «niños que se chupan el dedo», según la expresión de Renan (1)—por lo demás, tan extraños á toda ciencia real, á la evolución histórica ó presente del mundo; tan ignorantes de la fisonomía del planeta y de la labor fecunda y universal que la viene transformando, que algunos de ellos reducen el arte moderno á una suerte de fakirismo occidental (más estrecho que el otro, pues proscribía el ensueño), parodia del arte antiguo, que era fuente y compendio de la sabiduría contemporánea. Casi todos rematan en el periodismo maquinal; cubren sendas columnas de papel con palabreo pululante y efímero que representa las colonias bacterias del pensamiento; los restantes aceptan el parasitismo burocrático y acaban de momificarse en alguna covachuela de ministerio. Veía á los más independientes, á los más «ilustres», someterse á los caprichos tiránicos de la moda, adorar el ídolo de la popularidad y agotarse, como los otros, en un inquieto eretismo de vanidad exhibicionista. Y todos ellos, consumidos de envidia mutua, sólo dejaban de denigrarse pública ó secretamente, para juntar sus impotencias contra los tres ó cuatro artistas excepcionales de su generación: Leconte de Lisle era un «bibliotecario pastor de elefantes»; Maupassant, un cuentista para horteras; Flaubert, un erudito extraviado en la novela; en cuanto á Daudet: *au-dessous de tout, le pompier de Champrosay*... Los que así se desahogaban en pequeñas revistas eran por lo general autores de una *plaque en préparation*.

Me encontraba con que Renan y Taine habían desaparecido: un año antes, el primero; el segundo, en los días de mi cabotaje en el Pacífico,—y es muy cierto que esta noticia me enlutó el alma como un último duelo de familia, mostrándome al pronto tan despojada

(1) «Ce sont des enfants qui se sucent le pouce».

la patria del espíritu, que súbitamente miré casi con indiferencia la perspectiva de mi vuelta á Europa. Esta impresión sobrevivió á todos los incidentes ulteriores; y cuando más tarde llegué á París, sentíme tan extraño y desterrado como en ese Nuevo Mundo que acababa de recorrer. Las cosas me interesaron mucho más que las gentes; vi á muy pocos hombres, y siempre se realizó para mí la máxima de la *Imitación*: «salí de su compañía menos hombre de lo que entré» (1). Yo, que ignoraba el asunto del día y desdeñaba todo lo que pasa ¿con quién podía hablar de lo que queda? ¿De qué maestro ejemplar recibiría ahora la palabra que alienta y fortalece, la contraseña augusta que habría de traer conmigo á esta soledad?

Pasé, pues, delante de la casa de Alfonso Daudet enfermo y entristecido, sin llamar á su puerta; y ahora que me toca dirigirle de tan lejos las *novissima verba* del admirador afectuoso y agradecido, prefiero no haberle visto en su decadencia física y mental,—piadosamente disimulada al público literario por la colaboración anónima de su fiel compañera,—para no guardar de él sino el antiguo recuerdo, alegre y radiante como nuestras mañanas de Provenza, seductor y perfumado de ensueño como las horas juveniles en que le comencé á querer, ha veinte años, á la sombra de los naranjos de Tucumán. Transcribiré sin orden algunas impresiones personales. No es momento este para ensayar el juicio sintético y definitivo de su obra, tantas veces analizada de paso, en Europa y aquí mismo (2). En pocos días más nos llegarán los ecos de sus funerales; y sin duda oradores y cronistas abundarán en clichés tan gastados y triviales como las pompas del entierro. ¿Nos será dado escuchar un acento más vibrante que el de ese grueso Zola—el hombre más extraño á la

(1) *Quoties inter homines fui, minor homo redii. (Imit. Christi, I, XX).* El autor atribuye estas palabras á Séneca, sin citar el lugar. Reliérese (de memoria sin duda) á la Epístola VII, pero la máxima de la *Imitación* es mucho más precisa y fuerte que la de Séneca.

(2) Por mi sola parte tengo publicados cinco ó seis artículos sobre otras tantas obras de Daudet, en *El Diario*, *Sud-América* y *Le Figaro*.

pasión y á la gracia risueña ó conmovida,—más sincero que el de ese afectado Bourget, que ha encontrado la fortuna y el éxito en el culto del snobismo odioso á Daudet, y que hace quince años viene cortándose *smokings* elegantes en las viejas levitas de Taine? Ante esa tumba abierta, pronunciarán France y Lemaître, sin reserva inoportuna ni oculta ironía, el adiós supremo, digno del que se ha ido y delo que se va con él? Esperémoslo, para honra y aliento de las letras francesas, que tan pobre figura vienen haciendo en la evolución ó crisis presente. Entretanto, procuraré resumir algunas de las sensaciones lejanas que en mí produjeron las dos ó tres obras maestras del admirable novelista, en la hora misma ó poco después de su aparición; recordaré, sobre todo, la impresión viva y simpática que me dejara el hombre, generalmente mal conocido y no pocas veces calumniado, durante aquellas horas inolvidables en que recorría con él el barrio de las Escuelas ó me sentaba á su mesa de familia. Espero que el lector querrá disculpar una vez más la frecuencia del «yo odioso», teniendo en cuenta mi obligación de sustentar como testigo verídico ciertas afirmaciones, tendentes á destruir las leyendas, que acerca del carácter de Daudet y de sus mismos procedimientos literarios, han circulado en la prensa francesa.

II

Después de haber devorado, en mis años de colegio, la provisión romancesca de uno ó dos gabinetes de lectura, tocóme en la Argentina un período de juventud menos grato y propicio para tales devaneos. Entre el trabajar *pane lucrando* y el estudiar para aprender algo de lo ignorado ó no olvidar del todo lo aprendido, pasé diez años en Buenos Aires y las provincias sin mucho contacto con la literatura de imaginación. Tenía yo veintitres cuando me establecí en Tucumán, donde á la sazón no había más librería que la del Colegio nacional. Esta biblioteca era interesante, pero severa; no esca-

seaban, fuera de los textos escolares, las buenas obras de ciencia é historia, pero en punto á literatura novelesca sólo había naturalmente algunas españolas, y no de las mejores. Antes me había faltado el conocimiento de la lengua para hincar el diente en Fernández González y Pérez Escrich; sentí, más tarde, que el entenderlos me impediría saborearlos... En suma, no leí diez novelas modernas, francesas ó extranjeras, en esos primeros años dichosos de Tucumán. Confieso que, para un futuro literato y bibliotecario, mis « años de aprendizaje » dejaban algo que desear; aproveché algo mejor los posteriores, mis *Wanderjahre*. Pasé viajando los cuatro años de 1874-78, desempeñando alternativa y agradablemente las funciones de Inspector nacional de educación y las de arriero de mulas en las provincias argentinas y bolivianas: y fué entonces — sobre todo en mi segundo cargo — ó carga — cuando volví á tomar el contacto con la literatura amena. No escribiendo aquí mis *Memorias*, no es momento y lugar para contar al lector en qué circunstancias conocí algunas de las más bellas obras contemporáneas. Era curioso, algunas veces, el contraste del cuadro ficticio y de su marco real; recuerdo, por ejemplo, que en una mañana estival del 75, yendo yo á caballo de Tucumán á Salta, la diligencia me alcanzó en la posta del río de las Piedras; el conductor me entregó un paquete de libros, envío de Buenos Aires que acomodé en mis alforjas; seguí viaje hacia Chilca, y fué allí, después del churrasco en lo espeso del monte, donde saboreé á la siesta, debajo de un umbroso mistol, el exquisito y artificioso *Esfinge*, de Feuillet, triunfo reciente de Croizette en la Comedia Francesa, y de cuya interpretación por Sarah Bernhardt había de escribir diez años más tarde. Tales encuentros no eran raros; transmitía mis instrucciones al corresponsal de Buenos Aires, calculando las fechas y las direcciones con una precisión de matemático y un refinamiento de sibarita intelectual, para recibir las « novedades » más flamantes en una aldea de Cuyo ó un tambo de Bolivia. Había, además, hallazgos casuales. La erupción educativa de Sarmiento había derramado á millares los cajones de libros de

toda laya é índole por el territorio argentino ; cualquier lugarejo provincial tenía su « biblioteca popular », contigua á la escuela, y ocurría que el celo mercantil de los proveedores porteños suministrara á los campesinos una alimentación un tanto imprevista. Por lo demás esa mercadería sin dueño se dispersaba acá y allá, quedando en poder de quien la pedía ; las obras en español, francés, inglés, algunas valiosísimas, se encontraban tiradas en las pulperías. En una escuela de Jujuy, se me fueron los ojos tras una edición de Platón que no he vuelto á hallar en el país ; y fué un poco más arriba de Abra Pampa, cerca de Yavi, donde por cuatro chirolas bolivianas adquirí en el mismo rancho un excelente cordero mamón y un tomo descabalado del *Théâtre complet*, de Dumas hijo ! — No es dudoso que esta iniciación trashumante ha contribuido á dar cierto carácter incoherente y pintoresco á mi cultura literaria ; después de tantos años transcurridos quedan en mi paladar no pocos resabios del antiguo lector de chiripa ; conservo preferencias singulares y hasta debilidades inconfesables. De la primera lectura, ciertos libros guardan para mí un perfume sutil é indeleble, tan extraño y á las veces contrario á su substancia propia, que desconcierta mi sentido crítico : es la impregnación del primer medio ambiente. Pero eso — os lo confío con rubor — producciones tan entecas y subalternas como ciertas rapsodias de Claretie, inferiores á las del mismo Delpit, me traen aún, á despecho del tiempo y del criterio más seguro, un vago efluvio de la fresca poesía que dos almas juveniles infundieron en sus páginas vulgares ; é inversamente no puedo ahora mismo abrir el sano y magistral *Middlemarch*, de George Eliot, sin experimentar de nuevo la acre sensación del ambiente sulfuroso é irritante que de noche respiraba en la fundición de Pilciao, donde recorrí esa obra por vez primera, hará unos veinte años.

En 1878 retorné á la vida sedentaria. Dirigía la Escuela Normal de Tucumán, enseñaba, aprendía, formaba una biblioteca, recibía de Buenos Aires y Europa cajones de libros y periódicos. Con

mi salud impermeable á cualquier miasma ó agente mórbido y el poder de absorción indefinida de la juventud, fué aquello el paraíso de la inteligencia. Me sumergí durante años en inmensas y variadas lecturas; fué mi período de noviciado y verdadera iniciación, en que sólo existí para el espíritu, tan despreocupado de la fortuna, del éxito, de la gloria, de cualquier otra vanidad, como el monje en su claustro. Y nunca evocaré sin emoción agradecida aquel gimnasio de disciplina severa y desinteresada labor, que vino á ser también mi hogar modesto y feliz, donde vivía tranquilo y oscuro, de umbrales adentro, sin más divisa que *Trabajo y Saber*: compartiendo los días largos entre la enseñanza y el Estudio, igualmente fervorosos y sinceros, ya trazando á mis alumnos el surco á flor de suelo que les tocaba fecundar, ya cavando á solas el pozo profundo que, si daba al fin con el agua cristalina, nó la vería nunca surgir espontáneamente á la superficie en chorro artesiano, y quedaría siempre ignorado y sin provecho para el vecindario.

Era joven, con todo, y reía la juventud á mi alrededor: solía abrir paréntesis amenos en aquel austero y huraño estudiar. Un día del tibio y perfumado invierno de Tucumán, que es su real primavera, en julio del 81, nos llegó *L'Illustration* con los primeros capítulos del *Numa Roumestan*, de Daudet; encabezaba la novela un gran dibujo de Bayard: las arenas de Nîmes pululantes de abigarrada muchedumbre que desarrollaba la loca *farandole* tras los tamboriles y agudos pífanos, bajo el sol crepitante de Provenza, y allí, en primer término, sobre el estrado, embriagado y teatral, el héroe del día y de todos los días para su pueblo idólatra, abriendo su ademán exuberante, entusiasta, capaz de fundir á su calor de volcán todos los tímpanos polares... Quedé deslumbrado: *Flamme et vent du Midi, vous êtes irrésistibles!*...

No conocía de Daudet sino algunos cuentos y fragmentos de *Jack*; los primeros me habían parecido encantadores, los segundos, algo monócromos y renovados de *David Copperfield*. Hice traer y absorbí la obra entera, prosa, versos, novelas, cuentos, teatro; extraje de la

Galería contemporánea y puse en un marco elegante, bien á la vista, la gran fotografía de Goupil, en que aparece Daudet, joven, elegante, hermoso y apuesto como el trovador favorito de la reina Juana, —tal como lo soñaba entonces y casi lo encontré en París, pocos años después. Me conquistó é hizo suyo desde la primera hora y por mucho tiempo — por todo el período de influencia y tutelaje que para otros abarca la vida entera. Por cierto que en mí no fué tan largo el avasallamiento: ha tiempo que se consumó mi emancipación absoluta, no sólo de Daudet, sino de otras autoridades más altas y legítimas. Y si compruebo satisfecho que la admiración y el afecto han sobrevivido á los entusiasmos juveniles, me siento libre para juzgar el prestigioso talento y, en sus obras de valor desigual y múltiples aspectos, separar netamente las partes caducas de las sólidas y duraderas.

III

En aquella hora feliz de *Numan Roumestan*, Daudet no tenía dada á luz sino la primera mitad de su progenie literaria (1), si bien en este grupo figuran algunas de las producciones que mayor éxito han alcanzado y son consideradas por ciertos lectores como sus obras maestras; así *Risler*, *Jack*, *Les Rois en exil*, sobre todo el *Nabab*.

(1) *Les Amoureuses*, *Le Petit Chose*, *Lettres de mon moulin*, *TARTARIN DE TARASCON*, *CONTES DU LUNDI*, *Femmes d'artistes*, *FROMONT JEUNE ET RISLER AÎNÉ*, *Robert Helmont*, *JACK*, *LE NABAB*, *LES ROIS EN EXIL*, *Théâtre*; sin tomar en cuenta los volúmenes primitivos más tarde refundidos en alguno de los mencionados. La segunda «época» de la producción comprende: *NUMA ROUMESTAN*, *L'ÉVANGÉLISTE*, *SAPHO*, *TARTARIN SUR LES ALPES*, *La Belle Nivernaise*, *Trente ans de Paris*, *L'IMMORTEL*, *Souvenirs d'un homme de lettres*, *Port-Tarascon*, *Rose et Ninette*, *LA PETITE PAROISSE*, *Théâtre* (2ª serie), *Soutien de famille* (póstuma). Se ve que la obra total (fuera de agrupaciones artificiales y colecciones de artículos conocidos bajo otros nombres, como *Lettres à un absent*, *La Fédor*, etc.), comprende unos 25 volúmenes, ocupando *Numa* exactamente el punto medio. Los títulos en versalita corresponden á las obras de real importancia, y se ve que también se subdividen por igual entre los dos grupos.

Acaso por las circunstancias que de paso he mencionado, ninguna de aquellas obras me pareció tan perfecta como *Numa*; y no temo agregar que, aun después de *Sapho*, que sin disputa domina el segundo grupo, generalmente inferior al primero, aquella impresión no ha variado y queda para mí definitiva. Por lo demás, no ignoro que casi nadie comparte mi opinión — ó casi nadie, pues creo recordar que el autor me expresó alguna vez la misma preferencia.

No es dudoso que se hallan en *Risler* y *Jack*, no sólo cuadros de emoción y ternura que no han sido aventajados, sino algunos de los tipos más vivos y característicos de Daudet: Tartarin, el inefable Delobelle, el mulato Moronval, el poetastro d'Argenson y su escuela de *ratés*. También es innegable que ciertos capítulos del *Nabab* y de *los Reyes en el destierro* — así en el primero, la muerte y los funerales de Mora, el debate en la Cámara, las aguadas fiestas al bey; en el segundo, la abdicación y la velada de las armas — alcanzan á la trágica grandeza shakespeariana, á la pasmosa realidad histórica de Tácito ó Saint-Simón. En cuanto al segundo, fuera de aquella sorprendente *Sapho*, cuya perfección plástica queda incomparable, está demás recordar que abundan en *La Evangelista*, el segundo *Tartarin*; — ¡ tan superior al primero! — y en el *Inmortal*, los cuadros y tipos sociales, las creaciones artísticas no inferiores á las más celebradas, — debiendo agregarse que aquí es donde el estilo, con su concisión atrevida y brusca, su impresionismo arrebatado y agudo, ostenta hallazgos más imprevistos, bordados más originales y brillantes sobre una trama quizá menos sólida que en la primera manera.

Suele acaecer que la composición más significativa é importante de un autor — si se atiende al valor único de algunos fragmentos — no sea su obra maestra, en el sentido de perfección y plenitud que á la palabra atribuímos. Para citar el ejemplo clásico: nadie niega que se encuentren en la *Eneida* las páginas más bellas y vehementes de Virgilio, pero tampoco que sean las *Geórgicas*, y no la epopeya, la producción excelsa del poeta mantuano y de la Musa latina.

Hase definido la dicha humana: «la armonía del temperamento y de las circunstancias». Se podría decir, en términos parecidos, que la felicidad artística, generadora de la obra maestra, reside en la cabal adecuación del asunto á la idiosincrasia del artista. Así como la mediocridad de los hombres procede en gran parte de un error de vocación, también el malogro de muchas tentativas literarias proviene de una discordancia entre el escritor y su materia. Á pesar de su fino y avisado criterio, Alfonso Daudet no ha hecho excepción á la regla; casi en la misma hora de fuerza y completo desarrollo, cuando pisaba la cumbre estrecha que termina la subida y precede el descenso, publicó sucesivamente y en breve intervalo *Numa Roumestan* y *La Evangelista*, las dos faces opuestas de su obra; pues si en la primera novela se consuma el más feliz maridaje del artista con su tema, en cambio la materia de la segunda era la más contraria á los gustos y aptitudes del escritor. Y ocurre que, con haberse invertido una suma de talento sensiblemente igual en una y otra, con ser probablemente mayor el esfuerzo gastado en *La Evangelista*, ésta resulta desmedrada y triste, pasando casi desapercibida, como la hija fea de la familia, en tanto que su estrepitoso hermano, radiante de salud y alegría, conduce bajo el cielo azul y el sol de Provenza su triunfo farandulesco, irresistible como las ráfagas del mistral.

Es, pues, la obra maestra de un artista aquella en cuya realización él ha podido juntar en haz compacto todas sus cualidades nativas y adventicias, manteniendo alejados y sin empleo sus defectos habituales, ó mejor aún, haciéndolos concurrir como elementos útiles al glorioso fin, — á manera de esas victorias históricas, ganadas con el auxilio de los presidios. Todas las excelencias literarias de Daudet: brillo y nitidez descriptiva, arrebato pasional, gracia conmovedora y fantasía cómica, podían desplegarse á sus anchas en el escenario familiar de su provincia; y, por otra parte, acaecía que sus espumosas exuberancias, su incoercible y exagerado efectismo meridional — ¡pues él también es de Tarascón! — todos los defectos que forman el reverso de sus cualidades, se encontraban esta

vez en situación y contribuían á la vida y belleza del conjunto. Así nació, vino y venció *Numa Roumestan*, obra relativamente perfecta y en cierto modo clásica, con su vuelo endiablado, sus paisajes ofuscadore, su atmósfera de polvo dorado por el sol, sus cigarras y tamboriles que parecen cantar música de Bizet, sus caricaturas enormes y desbordantes de esa realidad gesticuladora y bullanguera, que es la exactitud tartarinesca, sus figuras impagables de Bompard, Valmajour, la tía Duportal, la admirable Audiberte, hasta los comparsas más fugitivos, esbozados de un solo rasgo inolvidable para formar digno séquito al héroe triunfante, — tenor fenomenal de la tribuna, capaz de llenar y estremecer las arenas de Nîmes, alma infantil y cabeza de pájaro canoro en una corpulencia rabelesiana, que sólo piensa cuando comienza á hablar, perorando como otros respiran: compendio idealizado y genial de toda una raza, en quien Gambetta, Baragnon, diez virtuosos eximios de la frase, han creído reconocerse; creación tan sugeridora y filosófica, que se ha incorporado á los documentos de la psicología y que el más profundo filólogo del siglo ha completado con ella su teoría del lenguaje y la cerebración (1).

Sea cual fuere, lo repito, el alto valor fragmentario de otras novelas de Daudet, acaso más esparcidas y populares que *Numa Roumestan*, ninguna se iguala á ésta en rica y sana espontaneidad, fácil invención de variados caracteres, viva pintura de paisajes rutilantes y cuadros íntimos, gallardía y frescura del estilo y, finalmente, en armoniosa adecuación del escritor fecundo á su creación

(1) MAX MULLER. *Science of Thought*. — A propósito de la creación de tipos, nada más anticuado é ignorante del proceso artístico que las « adivinanzas » de la crítica corriente. Los que buscaban un retrato en Roumestan — como en Mora, Jansoulet y otros tipos compuestos — se escandalizaban porque los hechos de la novela no correspondían á los de la historia: así el pobre Pontmartin. El artista no es una hormiga, sino una abeja: no allega materiales intactos sino que los funde y transforma. Nadie ha dicho, por ejemplo, que la graciosa escena de Numa, cantando el duo de *Mireille* con la chica Bachelery, en el gran salón del ministerio, es un recuerdo de Morry. Y si alguien lo dijera la crónica ininteligente se lanzaría sobre esa pista ¡procurando reconocer al helado Morry en el hirviente Numa!

luminosa y feliz. Si es cierto, como parece indudable, que la contribución propia de Daudet á la literatura contemporánea no sea la energía grandiosa, la intensa melancolía, el sarcasmo áspero y sombrío ó el vigor de colorido que accidentalmente aparecen en *El Nabab*, *La Evangelista* ó *Los Reyes en el destierro*; y si la pasión vibrante y nerviosa, la fina sátira, el doble y preciso dón de las lágrimas y de la risa, la paleta de oro y luz que basta á transportar al lienzo los transparentes horizontes y el claro cielo de Provenza: entonces no se vacilará en saludar á *Numa Noumestan* como la obra maestra del artista, la que mejor reproduce su fisonomía simpática y da la medida de su talento, compendiando todos los méritos esparcidos en sus otras obras, anteriores ó futuras, desde la emoción contagiosa de *Risler* y *Jack* hasta la prolongada carcajada de *Tartarin* — caricatura un tanto vulgar y superficial, que hace florecer y desplegarse (*épanouir*) la imaginación de don Quijote en un alma de Sancho Panza.

IV

Me he referido ligeramente á *La Evangelista*, la Cenicienta de la casa, y sin duda la novela de Daudet que menos profundamente ha penetrado en las muchedumbres. Más que un error de su talento, muestra una ilusión de su punto de vista; por lo demás, mal podría yo tratar con desdén esta obra angustiosa, cuando le debo mis relaciones personales con el maestro, habiendo escrito de ella, con admiración y complacencia, en *El Diario* de Buenos Aires y *Le Figaro* de París (1).

(1) Todo lo que se publica en el *Figaro* cobra cierta resonancia: mi batalla de *La Evangelista* en Buenos Aires ha sido traída muchas veces á colación, con agregados fantásticos y, por supuesto, sin nombrarme: Hugues Le Roux también alude á ella en sus *Portraits de cire*, y la fragilidad de su memoria es tanto más curiosa, cuanto que fué él mismo quien leyó el artículo en casa de Daudet y con comentarios que, lo confieso, halagaban mi vanidad juvenil.

Sabido es que fué aquí publicada simultáneamente en folletín por los dos diarios de la tarde, empeñándose una lucha cuyos incidentes tragicómicos había yo de referir poco después. En vísperas de mi viaje á Europa publiqué en *El Diario* una crítica en francés, que yo creía ingenuamente admirativa y lisonjera, á pesar de ciertas reservas respecto al asunto; apenas llegado á París, con mi candor exótico, me apresuré á enviar mi artículo á Daudet. Me contestó cortesmente — una cortesía de diez grados bajo cero — « mi artículo era bueno, *un peu province...* » Parece que logré despojarme prestamente de mi provincialismo: á los pocos días el *Figaro* publicaba mi *Evangelista en Buenos Aires*, con un encabezamiento elogioso, y Daudet me invitaba á comer en su casa para presentarme á Goncourt.

Goncourt no me deslumbró, ni entonces ni después; pero Daudet tomó posesión inmediata de mi sér intelectual, con una suerte de violencia simpática que más de una vez me trajo á la memoria el dicho del gran Flaubert: « *Celui-là, on l'aime comme une maîtresse!* » — No creo ser víctima de una ilusión al pensar que él también me quiso un poco, correspondiendo sinceramente á mi pasión admirativa. Por lo menos me dió de ello pruebas más positivas que todas las fórmulas afectuosas: llegó hasta á sacrificarme parte de su tiempo, entreabriendo para mí su puerta de trabajador, severamente condenada, fuera de los domingos por la mañana. Yo solía recibir entre semana, en mi cuarto de la rue de l'Arcade, una esquila de su letra menuda, y al día siguiente acudía á la avenida del Observatorio como á una cita amorosa. Allí la deliciosa charla se prolongaba hasta el almuerzo; otras veces ¡escándalo inaudito que sorprendía á Madame Daudet y hacía asomar á su cara inteligente y buena el airecito *refréjon* de Rosalía Roumestán ante los meridionales! — salíamos á recorrer el Barrio Latino, me llevaba á las tabernas que frecuentara en los días alegres de bohemia y juventud, contándome anécdotas del Imperio y la Comuna... Se interrumpía de repente para mirar la hora y exclamar con un voto en patuá langue-

dociano (1): « ¡Basta de callejeo! tengo la sensación del tiempo perdido... » Y volvíamos hacia el Luxemburgo.

Daudet estaba entonces (1883) escribiendo *Sapho*, que, lo repito, sería su obra maestra, si la áurea densidad del estilo y la eficacia profunda de la observación se aplicaran á un asunto menos especial y estrechamente mórbido. Sabido es que se describe allí el peligro de las uniones libres — del *collage*, para emplear el término crudo que se repite mucho en el libro y era su título primitivo (2). Para que el estudio de un achaque ó perversión moral signifique una contribución valiosa á la ética y psicología humana, es necesario que se trate de una enfermedad bastanté frecuente y generalizada para que sus consecuencias puedan influir sobre el proceso social. Con ser el caso de *Sapho* eminentemente parisiense, debe añadirse que allí mismo es esporádico en la juventud artística y literaria, y sólo por excepción reviste carácter de gravedad. Al atribuir tan excesiva importancia á una variedad erótica de la abulia, Daudet se parece al profesor de patología que consagrara un curso entero á la rara y casi problemática enfermedad bronceada de Addison. Era natural que Goncourt se extasiara ante « lo completo, humano y bello de la obra maestra », acaso concebida bajo su influencia de literato japonizante y autor convencido de *La Faustin* (3).

Por lo demás, la ejecución de la obra merecía todas las alabanzas; era la perfección de la factura, malgastada en una materia vulgar — algo así como la *frine* de Praxíteles vaciada en cartón-piedra. El autor tocaba aquí el punto culminante de su segunda manera, in-

(1) Daudet no era propiamente provenzal; nació en Nîmes, que pertenecía al antiguo condado de Tolosa y posteriormente á la provincia de Languedoc, cuya capital era Toulouse. Tengo mi puntito de vanidad lugareña en reivindicar á Daudet como gloria de mi provincia.

(2) La novela debía traer como epigrafe el famoso verso de Lucrecio: *Et quasi curiores vitii* (por *vitai*) *lampada trodunt*. El fino gusto crítico hizo abandonar la cita con su retruécano, que sólo aparece al final del capítulo IV.

(3) GONCOURT, *Journal*, VI: « La *SAPHO* de Daudet est le livre le plus complet, le plus humain, le plus beau qu'il ait fait... le livre méritant le nom de chef-d'œuvre. »

augurada en *La Evangelista*, y que, como casi siempre sucede, había de exagerarse defectuosamente en *El Inmortal*—para no mencionar las publicaciones posteriores que, decididamente, no le pertenecen por entero. Su novela, ahora, no se compone únicamente de una sucesión de cuadros admirables, pero apenas vinculados entre sí y casi independientes, como en *Jack* ó *El Nabab*; la forma el desarrollo lógico de una idea maestra. *Sapho* tiene columna vertebral; revela en sus detalles la unidad de composición de un organismo. Por eso también se acabaron las efusiones personales y las prosopopeyas enternecidas, á lo Dickens, que amaneran y afeminan un tanto las producciones de la primera época. El escritor maduro, más y más convertido á la estética de Flaubert,—de quien procede toda la escuela contemporánea,—se desprendía de su creación: la dominaba de arriba para seguir su desarrollo lógico, revelando como aquel maestro la fuerza impersonal y tranquila que, después de erigir en pie los personajes, deja que el drama surja únicamente del choque de los caracteres y de la fatalidad de los medios ambientes. En sus proporciones menores y limitado vuelo, aquella novela de Daudet casi alcanza la realidad pasmosa de *Madame Bovary*, sin duda con menos relieve escultural y plasticidad impecable, pero también sin la tensión envarada que revela el esfuerzo titánico de Atlas soportando un mundo, y transmite al lector algo de su fatiga. Á ratos Flaubert—sobre todo el de *Salammbô*—nos hace recordar al *Hércules Farnesio* de Nápoles, rendido al peso mismo de su formidable musculatura, y que necesita apoyarse en su clava como en una muleta colosal. La energía de Daudet queda siempre más nerviosa que muscular; aun en las luchas del gimnasio, la silueta conserva su esbeltez de efebo; y es tan innata su gracia de artista meridional, que imprime un sello de suprema elegancia en su triste heroína: entre *Nana* y *Sapho* hay la distancia que va de la *grue* á la *hetaira*.

Por otra parte, no se encuentra en *Sapho* ni en *L'Immortel* un solo retrato de cuerpo entero: esos minuciosos é interminables re-

tratos de Balzac que pretenden vanamente enseñarnos á los actores ; pero sí, en un momento dado, el relieve de un detalle físico, el rasgo esencial y el ademán revelador que caracterizan al personaje y no se borran más. ¡Qué lamentable y completa psicología, en esa pintura de Fanny dormida, tan consumada cómica en la vida real que ha logrado forjarse artificialmente una belleza y una juventud, y á quien su amante necesita sorprender en el abandono del sueño y el relajamiento inconsciente de la armadura, para conocerla de veras y adivinar su pasado espantoso ! (1) ¡Cuánto croquis inolvidable, lapizado en tres rasgos rápidos, con negligencia aparente, y que son más sugeridores y profundos que un cuadro completo ! El tío Cesáreo, « con sus ojos claros de cabra loca, su gran nariz conquistadora y un rostro que quedaba aniñado á pesar de la tostadura del sol, de su cráneo calvo y su barba de *liguero* » (2); el matrimonio Hattéma, gordo, peludo, sentimental, en perpetuo plenilunio de miel, « cuyos besos retumbaban como palmadas » ; y veinte ejemplos más que podría citar. Lo propio en *El Inmortal*; hemos visto circular á madame Astier, elegante y de aspecto joven aún ; de repente miramos « en su cuello largo las grietitas (como de porcelana) que marcan la edad de la mujer ». Luego, en momentos de entrar en lucha de astucia la madre y el hijo : « El mismo talle flexible, el ojo gris impenetrable, y, en una y otra cara, una ligera tacha, apenas visible, la nariz fina, un poco desviada, dando una expresión marrullera, un no sé qué de poca confianza... » Etc., etc. La filiación física y moral se completa con cuatro ó cinco palabras precisas, y es definitiva. El mismo procedimiento es el que se emplea en todo el curso de la novela : es el de la vida real, sugerido por la experiencia y el hábito de la observación. No vemos á los indi-

(1) « ... et le pli de dégoût affaissant la lèvre inférieure, usée, fatiguée comme une margelle où tout le communal est venu boire... »

(2) Cuente el lector el número y la variedad de las evocaciones en tres renglones : los extraños ojos estañados del animal que ha dado su nombre al *capricho* ; el perfil aguileño de Francisco Primero ó Condé ; los coristas barbudos de los *Hugonotes*, etc

viduos más familiares sino por fragmentos sucesivos, á medida que una circunstancia decisiva ó una emoción repentina hace resaltar en brusco relieve el rasgo demostrativo. Por eso, los más fugaces comparsas de *Numa Roumestan*, *Sapho* y *L'Immortel* cobran un aspecto de vida y naturalidad incomparables.

Pero el triunfo de la ejecución está sobre todo en el estilo, más suelto y colorido en *Numa*, más recogido y forjado en *Sapho*, ya excesivo y algo entrechocado en *L'Immortel*; casi igualmente eficaz y denso en las tres obras, siendo así que la segunda toda entera ostenta la plenitud magistral del talento en su apogeo. Siempre tuvo Daudet el dón innato de la imagen nueva y de la expresión creada, que constituyó el rasgo genial de Flaubert y la deficiencia incurable de Balzac (1); pero antes se exhibía con exuberancia; aparecía á ratos el *aria di bravura*, la página efectista en que verbos y adjetivos vistosos se alineaban en la frase, como los coristas á uno y otro lado del escenario en un final de ópera. Nada de eso hay en las obras maestras de la segunda época; todo parece motivado y necesario como en la misma naturaleza. Un paisaje exquisito y profundo se despacha en tres plumadas atrevidas, con una pasmosa seguridad de mano. Los breves diálogos, por momentos un poco jadeantes, saltan del alma de los personajes, sin que nada revele el esfuerzo, el artificio, el dicho cortante y teatral á lo Dumas hijo, acuñado para el público. Me falta el espacio para citar, pues sería necesario multiplicar los ejemplos. Á cada instante, en cada página de *Sapho*, se destacan de la trama los hallazgos de forma y observación, las sentencias breves, recogidas, de una *détente* interior prodigiosa, semejantes á la ecuación algebraica que contiene el desarrollo de la curva infinita. Y al lado de eso, estallan de repente los cohetes de cómica alegría, surgen á la vista encantada las perspectivas de gracia y

(1) En las primeras obras de Daudet abundan las reminiscencias de Flaubert; más tarde desaparecen, y en *Sapho* apenas si se señalarían algunos encuentros de epítetos, probablemente inconscientes: v. gr.: (última página del capítulo IV) «*l'éclair d'un rire libertin*» es un eco de *Madame Bovary* (tercera parte, V).

frescura, los cuadros familiares de penetrante suavidad; y el lector saborea las emociones rejuvenecedoras y virginales de la más sana, de la más santa poesía.

Por lo demás, estas últimas novelas están ejecutadas por entero en escorzo; la concisión fragmentaria es sistemática. Pero no es seguramente este sistema el de la *mancha* impresionista, sino un procedimiento literario que trae el recuerdo de Velázquez, en sus cuadros de *manera abreviada*, según la expresión de Palomino. Del fondo y de los personajes no están pintados de veras sino las partes esenciales, pero éstas, con un vigor y una realidad insuperables; el resto se esfuma apenas indicado, cuando no fundido en el ambiente neutro y oscuro, como en el cuadro de las *Meninas*, del museo de Madrid (1). Conserváis de tal ó cual fragmento de la novela una sensación profunda ó grandiosa, vuestra memoria cree guardar la fiel imagen de un vasto cuadro, que ella ha elaborado ó completado; volvéis á abrir el libro: la escena ocupa diez líneas y la forman cuatro frases potentes y originales, henchidas de savia psicológica. Ese procedimiento de arte, que Daudet volvió á encontrar y practicar en el corto período de su fecunda madurez, es propiamente el de los grandes maestros clásicos, desde Tácito hasta Merimée, y bajo este aspecto de la ejecución artística se separa de Chateaubriand y Flaubert.

V

Ignoro si la temprana desaparición de Alfonso Daudet provocará un movimiento de reacción favorable á su personalidad artística; es muy difícil, en todo caso, que éste sea duradero y profundo. Está muy á la vista que, durante estos últimos años, su importancia exterior ha perdido terreno, no sólo por el lado de la masa burguesa y

(1) Cuando indiqué por vez primera este carácter del estilo de *Sapho* (en 1884) podía parecer extraña la evocación de Velázquez, el gran realista; desde entonces Lemaitre ha popularizado la noción de que entre Zola y Daudet, éste es el verdadero y único naturalista, en el sano y limpio sentido de la expresión.

filistea que prefiere las crudas violencias de Zola, sino también ante el grupo de los innovadores: no queda ya para apreciarle — fuera de las mujeres que saborean ante todo su refinado sentimentalismo — más que el reducido cenáculo de los artistas puros, extraños á toda secta y preocupación. Este reflujo del entusiasmo público encierra sin duda un fondo de injusticia é ignorancia. Sin embargo, si es cantidad despreciable, estéticamente hablando, el voto de la mayoría democrática ó cosmopolita, existe otro indicio más significativo: este es el crecimiento incesante de la gloria de Flaubert, irresistible y lento como el desarrollo secular de un roble, en la selva que su copa domina más y más. En vez de instituir entre el maestro y el ex-discípulo (quien naturalmente, apenas llegado á la emancipación, acentuó la divergencia (1) para afirmar su personalidad) un paralelo en que, sin duda, yo presentaría como buenas razones mis secretas preferencias, juzgo más útil esbozar el método de trabajo que empleaba Daudet en aquella época. — El de Flaubert era muy conocido, aun antes de exhibirse en la plena luz de su *Correspondencia*: es el método severo de los clásicos y de los maestros cinceladores del Renacimiento; algo que podría llamarse el «misticismo de lo Bello»: el genio templado en la voluntad, que persigue con tenaz é incansable anhelo la dolorosa realización de su alto ideal. La literatura moderna no conoce igual ejemplo de invencible energía y conciencia escrupulosa, unidas á tan soberana potencia plástica. Ahora bien: con sus dotes excelsas dominadas por un juicio crítico impecable, en cuarenta años de reclusión absoluta, de exclusiva y porfiada labor literaria, Flaubert ha escrito la materia de cinco ó seis volúmenes: la quinta parte del *bagaje* de Daudet, la décima

(1) Artística, se entiende: las relaciones personales fueron siempre cordialísimas. — Con Daudet los rasgos más sinceramente sentidos suelen sazonzarse con un grano de sal tartarinesca; recuerdo que un día, en su cuarto de trabajo, su hijo (entonces colegial y examinando mío en Louis-le-Grand) tomó por juguete una de las numerosas pipas de amigos que se alineaban en el armero de la pared; inmediatamente, el pedre, con un tono de doloroso reproche en que retozaba interiormente la *galejada* provenzal: *Voyons, Léon, à quoi penses-tu? La pipe de Flaubert!...*

del de Zola ó Goncourt, — para no mencionar la fecundidad pululante de Balzac ó Jorge Sand. Por otra parte, aquel método de Flaubert no se parecía remotamente á la tarea de jornalero tranquilo, que, invariablemente, «llueva ó truene» ejecuta Zola, escribiendo cuatro horas al día, de ocho á doce, á razón de una página por hora, sin haber sospechado jamás la angustia creadora ni la fiebre extenuante de la inspiración. Flaubert era un entusiasta, un agitado, un neurópata, al igual que Daudet; pero era tal su religión estética, su desdén soberbio del lucro y del vulgar aplauso, que, semejante á Benvenuto Cellini fundiendo el *Perseo*, hubiera arrojado á la hoguera su lecho y su mesa de comer antes que tolerar un imperfecto en la obra sublime. Es muy sabido que en su soledad de Croisset, cerca de Rouen, á raíz de absorber sendos volúmenes para acertar con el único rasgo exacto y significativo, entraba en el infierno de la composición, rehaciendo durante días y noches la comenzada página, que siempre consideraba inferior á su lúcida visión, y consumiendo semanas y meses en la redacción definitiva de un capítulo. Y así ha resultado lo que sabéis, lo que se admirará eternamente mientras exista una literatura francesa y no se haya perdido el sentimiento de la realización estética. (Porque aquél era un sabio ingerido en un poeta, como bien lo mostró cuando el arqueólogo alemán Frœhner quiso criticar temerariamente la erudición de *Salammbô*, saliendo avergonzado y corrido de la empresa.) El arte supremo de Flaubert era la flor tardía y magnífica del árbol de la ciencia; y en el ambiente de credulidad é ignorancia en que viven generalmente los escritores naturalistas (1), el contraste de aquel saber variado y profundo, rematando en la creación imaginativa más perfecta del siglo, contiene una preciosa enseñanza y un saludable ejemplo.

Todo ello es más conocido que el *modus operandi* de Alfonso Daudet, á pesar de cuanto se ha referido al tanteo por *reporters* y cronis-

(1) FLAUBERT, *Correspondance*, IV: «L'aplomb de Zola s'explique par son inconcevable ignorance».

tas. Ni el crítico Lemaître ni el psicólogo Binet han tenido ocasión ó tiempo para seguir de cerca, durante varios meses, la curiosa elaboración de la obra de arte en el autor de *Sapho*. Es precisamente lo que he logrado; hame tocado asistir, como testigo interesado y simpático, á la incubación y alumbramiento de la mencionada novela, y considero que esta larguísima observación, consignada en mis apuntes, merecería ser referida, al menos compendiada, pues constituye un capítulo de retórica viva y de valiosa psicología artística.

Cuando el ilustre novelista me hizo el honor de admitirme en su intimidad estaba casi concluido el plan de *Sapho* y, *mutatis mutandis*, recogidos los datos relativos á las escenas y personajes; estos apuntes ocupaban dos ó tres cuadernos de letra microscópica. Daudet estaba lleno y poseído de su obra en germen; no veía más que ella en el mundo, veinte veces al día mentaba á Gaussin, Fanny, Divonne, como á personas reales; pero no tardé en notar que si en mi presencia, como delante de la familia y el secretario Ebner, refería episodios ó hallazgos repentinos de su libro futuro, se abstenía de cualquier confidencia circunstancial ante diaristas y literatos; me cuesta agregar que el mismo Goncourt no estaba al parecer excluido de la regla: una mañana que entró el autor de *Chérie*, mientras Daudet « ensayaba » un pasaje, él dió un giro nuevo á la conversación y no volvió sobre el asunto. No olvidaba el escamoteo del tema de *Numa Roumestan* por Claretie, que frangolló su rapsodia en pocas semanas, teniendo la bonita audacia de dedicarla al mismo Daudet; la mala pasada le había dejado rencor profundo y ¡era de oír cómo vestía en sus momentos de buen humor al futuro administrador de la Comedia y académico!

Durante la primavera de 1883, después de « poner en pie », como él decía, los primeros capítulos de la novela, se sintió fatigado; mejor dicho, hallábase alegre y dispuesto para contar su libro, pero experimentaba una especie de inhibición física para tomar la pluma y emprender la redacción definitiva. Prolongóse el *relâche* con gran provecho mío, pues fueron las semanas en que le ví más

á menudo fuera y dentro de su casa, y pude estudiarle mejor. Por su lado él me hojeaba como un libro, preguntándome de mi vida americana, prodigándome los consejos y estímulos. En mayo ó junio se puso á esbozar el capítulo del hotel intérlope y de la fiesta campestre en Enghien ; costábale gran trabajo, como que conocía mal á sus dos horribles españolas, Rosario y Pilar, cuyos nombres le suministré (¡ famosa colaboración !), amén de algunas palabrotas castellanas que, más ó menos estropeadas, salpican de crudo exotismo la disputa de las dos harpías.

Dos ó tres veces recibí en mi alojamiento (calle de l'Arcade, donde vivió Sapho!) esquelas de Daudet, dándome cita para la mañana siguiente. Me recibía solo y me anunciaba que me iba á leer el famoso capítulo... No lo leía, pues no estaba realmente escrito, pero sí lo contaba, lo cantaba, lo gesticulaba y representaba con un brío de improvisación y un desborde de talento inauditos. De vez en cuando, para observar el efecto de un rasgo atrevido y nuevo, se incrustaba el monóculo bajo la ceja y me examinaba al lanzar el cohete. Aquellas representaciones oratorias y dramáticas me causaban una sensación extraordinaria, que el estilo enfriado é impreso nunca logró reproducir íntegramente. Después de oírle, encontraba siempre que algo faltaba á su prosa tan intensa y viviente : y era su acento cualroso y su acción expresiva. Yo apreciaba debidamente el honor que para mí contenían estos « ensayos » á puerta cerrada de lo que él llamaba la *littérature debout* (1) ; y aunque parco de observaciones, tratándose de maestro y aprendiz, pareceme que lograba su objeto, pues repetía la invitación. Pero, apenas concluía el recitado, me abría la puerta y, dándome una palmada en el hombro : « Váyase al punto : voy á escribir todo esto, calentito!... »

Así esbozó en mi presencia dos ó tres capítulos más ; y cuando más tarde recibí la novela concluída, con una cariñosa dedicatoria,

(1) Alusión á la división de la magistratura francesa; los jueces forman la *magistrature assise*, los abogados generales, procuradores, etc., el *parquet* ó *magistrature debout*.

parecióme al pronto que era otra *Sapho*, más pálida y fría que la de marras. Y ciertamente que traía muchos cambios y no era del todo ilusoria mi sorpresa. ¿Ha sido siempre feliz la supresión? Recuerdo, por ejemplo, en el capítulo del Castelet, un cuadro conmovedor de la viña muerta, roída por la filoxera, y recorrida á la luz de la luna, como un cementerio cubierto de cruces negras que eran las cepas en esqueleto — la ruina de la familia y la inminente catástrofe. El fin del libro que escuché era una conferencia del médico Bouchereau, mortalmente herido por la traición de Juan y la desesperación de su hija — su sobrina en la novela — y desplomándose en su cátedra del Colegio de Francia, al pronunciar su lección sobre las enfermedades de la voluntad... Sin duda su conciencia de artista consumado y un concepto más alto de la obra severa le aconsejaron estas y otras mutilaciones — pero eran cuadros soberbios y patéticos, y sigo pensando que el autor ha suprimido algunas bellezas de primer orden.

Ahora bien : descartado todo lo que el procedimiento revela de potencia imaginativa é irradiación inspiradora ¿debe aconsejarse tal manera de concebir y elaborar la obra de arte, que asimila lo que es para otros una lenta cristalización de la belleza, á una fogosa improvisación oratoria, gesticulada ante la visión trepidante de un cinematógrafo? ¿Aparecen allí buscadas y halladas las verdaderas condiciones del monumento duradero y definitivo, *aere perennius*, que el otro gran escritor, modelo y maestro de toda la literatura contemporánea, tenía la conciencia de haber erigido para su gloria y la de su nación? La respuesta fluye de las reflexiones precedentes, y la sentencia más justiciera que respecto de Daudet pueda pronunciarse, es que su producción intermitente y admirable da la idea é inspira el sentimiento de la obra genial que podía hacer y no ha hecho : nos ha dado el polvo de diamante que hace reverberar al sol sus mil facetas microscópicas, en lugar del único brillante, tallado y valiosísimo, que la suma de aquellos cristales diminutos representa para la sola imaginación.

Tal conocí y amé al gran artista que acaba de extinguirse. á la edad que para otros representa la plena madurez y el apogeo del talento. Para mostrarle mejor, he tenido que ponerme en escena, refiriendo cómo me fué dado estudiarle en la intimidad. Pero no he hablado bastante de su aguda perspicacia intelectual, de su perpetua irradiación creadora, no he insistido en sus cualidades de hombre y amigo, tan negadas por la impotencia y la envidia; acaso debí referir algunos actos caritativos de que he sido único testigo, — como cierta visita desgarradora que hicimos juntos á una bohardilla del barrio Montparnasse, — y mostrar con qué generosidad espontánea ese irónico burlón tendía la mano á los infortunios que llaman diariamente á la puerta de los hombres célebres.

Temeroso de que se pudiera atribuir á satisfacción pueril la ingenua expresión de mi agradecimiento, tampoco he hablado de su bondad para conmigo, de su amabilidad inagotable para presentarme á los que entonces merecían ser vistos y escuchados, de su indulgencia por mis ensayos y, finalmente, de sus consejos alentadores que me mostraban todavía posible un porvenir más halagüeño, si no más feliz... Confieso que me dejé tentar por el gran seductor; y en la tarde triste de mi salida de París, cuando joven y lleno de anhelos de gloria, creía que pronto había de volver: al alejarme por la avenida de la Opera, me daba vuelta por momentos hacia el Apolo de Millet que erguía su lira de oro en el espacio, como un llamamiento falaz... Había de volver después de doce años, tan oscuro é ignorado como antes, con algunas ilusiones menos y algunas decepciones más, quizá por haber quedado fiel, como el Posa de Schiller, á los ensueños de mi juventud. Y acaso no haya osado confesarme á mí mismo que no quise entonces ver á Daudet ni á los otros, porque retornaba á mi patria, hijo pródigo cuádragenario á quien nadie podía ya recibir en el umbral paterno, sin haber realizado uno solo de mis anhelos ni cumplido una sola de mis promesas.

P. GROUSSAC.

EL MONUMENTO DE LUCIO V. LÓPEZ

El 29 de este mes, tercer aniversario de la muerte, ha tenido lugar en el cementerio del Norte la dedicación del monumento erigido á la memoria de Lucio Vicente López por la solicitud piadosa de sus amigos. La ceremonia ha sido grave y «decente» — en el recto sentido latino — sin aparato facticio ni estrépito vulgar. La entrega del mausoleo por el presidente de la comisión, que en forma sencilla daba cuenta de su honroso encargo, el carácter exterior del acto, la enumeración de la asistencia; todo lo superficial y fugitivo de la triste función ha sido consignado en los papeles del día y no es misión nuestra reproducirlo. Aquello ha pasado: quedan ahora el monumento y el discurso. La estatua de Falguière reviste belleza alta y severa, desnuda del blando amaneramiento y fácil sentimentalismo que un gusto falso hubiera sugerido, y acaso preferido. Simboliza, cual era necesario para que la muda alegoría perpetuase una enseñanza y la obra de arte fuese también un documento histórico, el largo estremecimiento de la sociedad indignada y herida, en la trágica noche de angustia que ningún testigo olvidará; y aquel dolor inmenso tendido sobre la ciudad natal, formado de millares de lágrimas y suspiros dispersos, es el que se ha condensado ahora y como coagulado en la eterna protesta del mármol. Se alza para siempre en su sitio inviolable, donde la miraremos cada vez que la muerte nos imponga otro fúnebre peregrinaje, ensayo y anuncio del que no tiene vuelta; la contemplaremos pensativos, tanto más imponente y solemne cuanto mayor sea el silencio, más velado el reflejo

crepuscular que envuelva la blanca imagen — y acaso, investigadores inquietos del temeroso enigma, nos atrevamos algún día á descubrir aquí que el gran problema tiene su solución — en la disolución.

Ha de quedar este discurso, no tanto en un cuaderno, de hojas poco menos efímeras que los *ludibria ventis* de la Sibila, cuanto en el corazón de los que lo escucharon, viéndolo palpar en labios que no fingían. Subsistirá como exvoto sagrado de todo un pueblo, el cual se ha sentido tan dignamente representado en esta voz vibrante y varonil, sincera y fuerte como él mismo, que después de ésta no ha querido oír á otra. Nadie se detendrá ante el sepulcro sin evocar mentalmente el epitafio, que allí no cabe por su justa amplitud, y ha sido grabado por la mano leal y querida que el mismo muerto hubiera designado.

Así, pues, vivirán, juntas en nuestra admiración agradecida como en el propósito, la oración y la escultura, ofrendas fraternales del talento y del afecto. Y — ¡consolante ilusión que se exhala de este duelo, como de un túmulo griego el aroma balsámico! — hay una melancólica dulzura en pensar que la pérdida de este artista, sér de elegancia y selección, ha sido causa para que la belleza apareciera al fin en nuestra Vía Apia; y que, si su alma inmortal, Psiquis nostálgica de la tierra, volviese de noche á flotar en el mármol, vaporosa y sutil como un rayo de luna, se vería figurada y sentida como quisiera serlo.

DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI

Señores :

Pasado el dolor agudo que en el primer momento produjo el golpe inesperado y brutal, serenado el espíritu después de la sorpresa y confusión, y convertido el impulso primero de indignación y de ira en un sentimiento de pena tranquila y profunda, volvemos,

pasados tres años á pararnos descubiertos ante esta tumba, que encierra para nosotros despojos queridos, para la patria esperanzas é ilusiones perdidas.

El tiempo, al correr, ha confirmado la verdad del homenaje que brotó de labios amigos; ha justificado el profundo dolor que embargó los espíritus en la hora que sucedió á su muerte, y no ha amenguado las proporciones que el corazón emocionado dió á la inmensa pérdida.

Con esos mismos sentimientos y los mismos altísimos conceptos, venimos hoy á inaugurar el monumento con que el arte perpetuará en los tiempos lo que la muerte no debe destruir, lo que nosotros queremos que viva y resplandezca — lo único que nos queda de López: los nobles y grandes atributos de su alma inmortal.

Lucio López, de ilustre abolengo, fué un fruto seleccionado de nuestra cultura intelectual; desde sus primeros años, nutrió su inteligencia en el seno fecundo y robusto de su propia raza, y penetró en la vida formando parte de ese círculo elegido del talento y el saber, guía y consejo de las sociedades, que, en las épocas tranquilas como en las horas agitadas, realiza las conquistas pacíficas de la ciencia, ó alcanza las ruidosas victorias de la política ó la diplomacia.

Cuando la muerte hiere á estos hombres, hiere á la nación en su masa cerebral, y cuando los golpes son tan certeros y tan repetidos, puede el organismo resentirse de una parálisis parcial, que ya pende como una amenaza ante el porvenir de la República.

El ingenio de López reunía ese vasto cómputo de aptitudes que el medio y la necesidad imponen á los hombres llamados á actuar en nuestras nacientes escenas americanas, donde las exigencias son múltiples y los actores escasos.

Fué poeta y literato. Se reveló como tal desde niño, cuando nos sorprendió con elegías y cantares que denunciaron al juvenil artista. Como literato marcó su estilo desde el primer momento, y de pocos escritores podrá decirse con mayor verdad, que su estilo era

el reflejo exacto de su fisonomía intelectual y moral. Un fondo sólido de ciencia y de saber, una exposición metódica y sencilla, una dialéctica vigorosa, un sentimiento crítico y agudísimo, una imaginación viva, siempre inquieta y traviesa sin maldad : todo esto se encontraba en los escritos de Lucio López para darles ese atractivo general que tiene siempre lo que, á la vez, instruye y deleita.

Con envidiable talento descriptivo trazó y nos ha legado cuadros escritos que reproducen con fidelidad admirable y con verdaderas palpitaciones de vida, paisajes nacionales, recuerdos históricos, escenas de la colonia ó usos y costumbres, ya olvidados, de lo que fué nuestra « gran aldea ».

Como orador parlamentario, pertenecía á la misma escuela : sencillo, metódico, convincente, elegante en el vuelo tranquilo de la frase, sabía amenizar una exposición con pinceladas de luz, ó chispazos de espiritual ingenio, que hacían vacilar la convicción contraria cuando el argumento no había logrado conmoverla. Temible en la réplica, por la facilidad y elegancia con que esgrimía la ironía ó la sátira, sus adversarios lo atacaban con cautelosa desconfianza, temiendo siempre que en medio del relámpago de una frase, los alcanzase el dardo que hiere siempre, mortalmente á veces.

Al penetrar en la vida, entró de lleno en las altas esferas donde tanta brillante cualidad debía hallar espacio propicio para su vuelo poderoso, y su rápido paso por un ministerio nacional, en época borrascosa, bastó para mostrarlo dotado de las condiciones que se requieren para afrontar todas las situaciones y resolver cualquier problema. Donde las desplegó en toda su amplitud, fué cuando, como interventor nacional, aceptó la difícil misión de dirigir la reorganización política y administrativa de nuestra gran provincia, profundamente perturbada por extravíos pasados y sacudimientos revolucionarios.

Le fué necesario, para llenar esta ingrata pero honrosísima tarea, saber combinar una severa energía con una flexibilidad inteligente ; tener un profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, para

que la reforma reparadora no se convirtiera en reacción vengativa, destructora y estéril, — pendiente en la que es tan fácil resbalar, cuando se llega al poder bajo la influencia de pasiones, enardecidas por reales ó falsos agravios pasados. Su acción administrativa inició la era de orden y prosperidad de que goza la provincia, y que, después de años tumultuosos, fué el punto de arranque de la pacificación nacional.

Con tranquila energía restableció la moral administrativa, y al castigar excesos ó abusos pasados, no se cuidó de los resentimientos que provocara; y las iras concentradas, que brotaron ante su acción benéfica, fundieron la bala que había de ser la injusta recompensa de su patriótica conducta.

Su figura social no ha sido ni será por mucho tiempo olvidada, porque no ha sido ni será fácilmente reemplazada. La siempre risueña vivacidad de su espíritu que, como su actividad física, parecía no necesitar del reposo; esa cabeza graciosamente modelada, inteligente y atrayente, la mirada de sus ojos vivísimos que al fijarse se contraían como para hacer más aguda la visual y penetrar más honda en el íntimo pensamiento ajeno; la línea casi imperceptible en la que asomaba una sonrisa que anunciaba el trabajo interno de la imaginación fecunda, ó la frase espiritual é intencionada próxima á brotar de sus labios: todo esto reunido formaba esa persona simpática cuyo recuerdo vivirá siempre con nosotros, porque supo grabarse profundamente en nuestras más caras afecciones.

Todo esto lo reunía ya Lucio López, en aquella edad en que empieza tan sólo á sazonzarse el fruto del estudio, del esfuerzo, de la propia é irremplazable experiencia, y en que la vida descubre ante la mirada horizontes vastos y luminosos. Cuando era ya el brote robusto, que nacido de la raíz del tronco añoso, tiende sobre el hogar sus ramas verdes y poderosas, pronto á reemplazar en la honra y en la gloria al árbol secular, el día que el tiempo marcara para él la hora inevitable; cuando veía en torno suyo brotar una joven generación que en nuevo siglo perpetuará su nombre, continuando la hidalga

tradición; cuando su país posaba su mirada con cariño sobre su frente pensativa y severa, y meditaba tal vez confiarle en día no lejano sus propios destinos; cuando todo á su lado entonaba ya el himno del triunfo que corona los esfuerzos de la vida, — en día nefasto, levantó la venganza su brazo airado y de un golpe mortal tendió en este eterno lecho, al noble hijo, al buen padre, al amigo inolvidable, al gran ciudadano, y redujo á un puñado de polvo estéril; tantas esperanzas, tantas ilusiones, tantas nobles y altas cualidades!

Grito de dolor é indignación se levantó ante el fatal anuncio, y un eximio artista de siempre feliz inspiración ha eternizado en este mármol el gesto airado de una sociedad que, hondamente herida, protesta aún contra el enorme atentado: *Vivit sub pectore vulnus!*

Nos prueba esta tumba que no es sólo el soldado, quien al poner su inteligencia y su brazo al servicio de su patria, le entrega á la vez su libertad y su vida, para que, pisando sobre ellas, pueda escalar las alturas de la gloria. Los que se entregan al servicio público se hacen también esclavos de su misión, y pronto se ven apresados por las terribles exigencias de la vida pública, á quien tienen que dedicar, no sólo todas las energías de su alma, su independencia, su libertad, sino hasta el reposo y la felicidad del hogar, y acaso la vida misma. Es grande la deuda de gratitud que un pueblo tiene para estos leales servidores, y ¡felices los que al caer pueden como López presentar sus vestiduras desgarradas por la lucha, salpicadas sólo con su propia sangre, pero limpias y libres de toda mancha!

Señores:

Hemos rendido un justo y merecido tributo; y ahora sólo nos resta, templada el alma con tan noble ejemplo, cerrar las filas y seguir adelante en el avance perpetuo y mortal de la vida. Pero al alejarnos de aquí no abandonamos nuestros muertos queridos. Queda el arte que, como centinela eterna de su nombre y de su gloria, velará sobre ellos y los defenderá contra la voracidad de los años ó las injurias del olvido.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

DIARIO DE LA TOMA, POR LOS INGLESES, DE ESTA CIUDAD Y SU RECONQUISTA

El 21 de Junio vino Peña el Piloto á avisar q^e se abisaban 10 Buques p^r las inmed^{as} de la Ensen^{da}.

El 24 á la noche se presentaron en frente de B^a Ay^a en cuyo estado amanecieron el 25. Este dia al medio dia se fueron aproximando a los Quilmes en donde se desembarcaron. A las cinco y media de este mismo dia partió la gente con el tren al mando del Inspector D. Pedro Arce, y durmieron del otro lado del Puente de Galves.

26. La Batalla de los Quilmes p^r la mañana y a la noche un choque, los del Puente con un trozo de Ingleses.

27. Combate á las 7 y media y a las 3 y media ó 4 de la tarde entraron al Fuerte. Esta noche quitaron el Relox al D^r Molino Torres un Ingles que mando castigar el Ingles Berresford.

28. Esta noche hirieron á D^{na} Nicolas del Campo unos Ingleses en el saguan de su casa. A las 9 de la mañana la Bandera en el Fuerte, y salva en el Fuerte y Barcos.

29. Se recibieron los Ingleses del Parque y Almacenes de Pólvora.

Julio

Dia 5 hizo el juram^{to} la ciudad de guardar fidelidad al Rey de la Gran Bretaña. En este mismo dia se paso oficio al Obispo, Cabildo Eccles^{co} Coleg^o y demas comunidades p^r el conducto del Cavildo quien convocaba á dhos cuerpos al expresado fin. Esta noche se sacramento al D^r Montero.

6. Este dia paso el Obp^o al fuerte á hacerle presente los inconvenien^{tes} que havia p^a dha diligenci^a. Sobre este mismo asunto se hizo una junta á la tarde en casa del Obp^o á q^o concurrieron las cabezas de las comunidades y Curas de la ciudad. A las oraciones murio el D^r Montero en la Recoleta á donde se acogio el dia de la toma de la Plaza. Llego la plata de Luxan y el tren que saco el Virrey y le havia abandonado en el Monte de Castro.

12. Prendieron a Sanginex cadete y otros p^r que auxiliaban á los desertores Ingleses.

19. Este dia tbn tomaron un místico que entro en este puerto en la persuac^on que estaba p^r España : su principal cargam^{to} constaba de Azeite.

20. Se hizo en el fuerte una salva g^{al} pero se ignora su motivo.

26. Se entrega la corresp^a del místico que venia para los particulares.

27. Me vino a convidar á comer Campbell.

29. En este dia salieron 600 Ingleses con la musica. de la Rancheria, bajaron formados por el Retiro, subieron p^r la Recoleta y se pusieron á hacer exercicio en los corrales de Miserere de donde se retiraron á las once del dia p^a el Quartel.

Esa misma tarde hicieron la Parada en la plaza.

Agosto

Día 1. A las dos y media ó tres de la mañana salio Berresford con 700 hombres p^a el campo de Perdriel y 6 piezas de tren. Amanecio el dho exercito en las inmediaciones y á las 7 ú ocho de la mañana se rompio el fuego que duro una hora : de cuyas resultas quedaron heridos tres ó quatro Ingleses y uno nro que no entro en la refriega pero le toco una bala p^r casualidad. El exercito se retiro á la tarde con 6 ó 7 prisioneros y entre ellos un Aleman Artillero desert^{or} que no se escapo p^r estar algo tomado.

2. Cortaron la pierna al Español herido en la Pantorrilla p^r la gangrena.

4. Llegaron los nros a las Conchas p^r la mañana con Liniers.

5, 6, 7. Temporal de aguas en S^a Isidro en el qual salieron a tierra dos cañoneras de los Ingleses.

8. Recogieron los cañones de dhos buques.

9. Caminó nro exercito desde S^a Isidro á pié hta el potrero de la hacarita del Colegio a donde llegó á las orac^{nes} en cuya hora disparó una pieza de artilleria.

10. Se dijo Missa en dho sitio y concluida esta se partieron p^a los corrales del Miserere de donde expidieron a D^a Hilarion Quintana con la Embajada al Fuerte a las doce y media a que no se contesto p^r hallarse Berresford inculcando al Obpo p^a que pusiese excomun^{on} á los que tomasen las armas del pueblo. Luego al poco tpo volvio y se le contesto que la suerte de las armas decidiria la empresa. A las 4 y 1/2 de la tarde avanzaron al Retiro rindiendo la guardia y a Berresford que se puso en fuga p^a el Fuerte q^{do} venia á atacar al enemigo — luego se puso la bandera Española en la plaza de toros — Un oficial Ingles que había puesto el Gen^l en la torre de la compañía le aviso que eran 3000 los del Retiro q^{do} no eran ni mil y quinientos.

11. Prosiguieron las abanzadas de los nros. A las 8 de la mañana llegó Man. Gaona conduciendo en dos carretas dos cañones de a 18 reforzados que se montaron en dos cureñas del Parque p^a las que formaron exes nuevos p^r haberselos con precauc^{on} acerrado los dias antes los Ingleses. A las once de la mañana empezaron á hacer fuego con uno de dhos cañones a una fragata inglesa que se hallaba en balizas, la cual contesto con balas de a doce y una de las cañoneras inglesas. Este dia p^r la mañana se incorporo el trozo de Blandengues que venia al cargo de Martinez y un cuerpo de voluntarios con una bandera blanca y colorada, con cuyo matiz se componia la escarapela de dhos soldados llamados de la Union con sus armas correspond^{tes}. Siguió el fuego del rio hta p^r la tarde. Esta noche se empezaron á formar los sacos a tierra p^a el abanze del Fuerte que quedaron formados el dia del asalto.

12. Se toco la generala a las 7 y a las 8 y media segunda vez que fue la del asalto. A las once la Bandera Parlamentaria; a la una de la tarde empezaron á rendir las armas en el Cavildo quedando Quartel de prisioneros.

13. Pasaron los Ingleses prisioneros, esto es la mitad al Retiro y la otra al corralon de la carcel. Se prendio á Dⁿ Vicente Capelo.

14. Se enterraron los dos oficiales ingleses muertos en el Retiro, en el Parque de artillería, se hizo la junta pública en Cabildo p^a el Virrey y a la tarde se canto el *Te Deum* con salvas de todo el tren repartido en la plaza.

15. Misa de gracias en la Catedral.

23. El alboroto que se havian levantado los Ingleses en el Retiro, y entierro del Dean á la tarde. Este alboroto fue originado de las camaretas que se tiraron en el Socorro con una func^{on} que se hizo en acc^{on} de gracias las oyo un borracho y fue alborotando el pueblo.

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

TOMO SEXTO

ALBERTO B. MARTÍNEZ. (ACRECENTAMIENTO DE LOS GASTOS NACIONALES).

Nació en Buenos Aires el 24 de agosto de 1858. Desde muy joven reveló afición decidida á los estudios estadísticos. La amistad y el ejemplo del ilustre Rawson decidieron de su vocación. Al lado del eminente orador y distinguido higienista, que consideraba justamente la estadística como la base de toda sociología, el señor Martínez escribió sus primeros trabajos. Como miembro de la comisión del censo de la Capital (1887) redactó la *Historia demográfica* y el *Estudio topográfico* de Buenos Aires. Director de la Estadística municipal en 1888, regularizó el servicio y la publicación del boletín mensual y del *Anuario*, en castellano y en francés. En 1892, fué nombrado sub-secretario de Hacienda, cargo que desempeñó durante varios años. Además de sus publicaciones oficiales, el señor Martínez es autor de las obras siguientes: *El presupuesto nacional* (1890); *Las Finanzas comunales de Buenos Aires* (1892); tiene en preparación un meditado estudio con este título: *Les Finances de la République Argentine*.

ROMULO E. MARTINI (JACINTO GALLINA).

Nació en Buenos Aires el 20 de noviembre de 1873, de padres italianos, establecidos como comerciantes en esta ciudad. En mayo de 1886 fué á Italia é ingresó en el colegio « salesiano » de Alassio (provincia de Génova), cursando allí estudios secundarios hasta el bachillerato. En 1892 se matriculó en la universidad de Pisa y siguió los cursos de la facultad de Jurisprudencia hasta el doctorado en derecho (*laurea*), cuyo título alcanzó en 1896. Pasó de allí á la facultad de Florencia para seguir los cursos de Bellas Letras, cuya *laurea* acaba de recibir en noviembre próximo pasado; inmediatamente ha tomado inscripción en el departamento de Ciencias sociales para completar su alta educación literaria, y espera coronar su carrera en julio próximo con el doctorado correspondiente. Con su origen y educación italianos, el joven

doctor Martini es argentino de lengua y sentimientos; y ello por cierto no es parte á entibiar el amor que le inspiran la patria de sus padres y el *alma mater* donde ha bebido el saber. Volverá pronto á tomar su puesto de ciudadano en Buenos Aires, donde con sus conocimientos variados y sus dotes literarias, le auguramos en el foro y en la prensa un porvenir halagüeño.

DELIO MIRANDA (LO QUE SE AMA).

Habremos de defraudar por esta vez la legítima curiosidad del lector. Después de conocer la nota de la página 381, que precede su trabajo, la persona que oculta su figuración literaria bajo este seudónimo nos ha hecho expresar, por un miembro respetable de su familia, las razones que tiene para conservar el incógnito. Aunque no convencidos, respetamos esta resolución y retiramos la noticia *conjetural* que teníamos escrita. Deploramos tanto más la decisión de Delio Miranda cuanto que el mal ejemplo puede ser contagioso. ¿Quién nos dice que tan exagerada modestia no tendrá imitadores, y que en adelante habremos de hacer violencia á nuestros colaboradores, para presentarlos al público,—á manera de esos maestros aclamados que, en la noche de estreno, aparecen en el « palco escénico », arrastrados á tirones por el director de orquesta y el empresario?

D. VÉLEZ SANSFIELD. (UN DISCURSO Y UN ARTÍCULO).

Nació en Córdoba, el 18 de febrero de 1801; murió en Buenos Aires el 31 de marzo de 1875. Principió y completó sus estudios en la ciudad natal hasta doctorarse en derecho. Diputado al Congreso constituyente de 1825, tocó desempeñar las funciones de secretario interino; más tarde, contribuyó á la efímera organización nacional. Adicto á la política de Rivadavia, fué enviado á Cuyo para conseguir la aceptación de la constitución unitaria; allí, como en otras partes, la rechazaron los caudillos, y, arrollada la frágil

presidencia, asomó la anarquía. El doctor Vélez estableció en Buenos Aires su estudio de abogado. Dice Sarmiento que su amigo « no era hombre de armas llevar »: durante la tiranía, vivió, como Sieyès; no tan pasivamente, sin embargo, que no mereciera ser perseguido y proscrito, en 1842. Su destierro fué breve: pudo volver á Buenos Aires, ejercer su profesión y, como el doctor López y otros, gozar de gran crédito « intelectual » ante Rosas, sin abdicar su independencia. Fuera de sus estallidos inextinguibles, la tiranía de Rosas es un proceso que pide revisión: ha sido fallado en primera instancia por jueces recusables. La coexistencia tranquila, durante varios años, de la « mazorca » y de tanta gente de bien, induce á pensar que, entre el rojo federal y el celeste unitario, cabían muchos matices. El doctor Vélez escribió libros, ganó pleitos, levantó su fortuna y, siendo liberal, hizo triunfar muchas causas justas ante los tribunales del tiempo: ello no es síntoma del caos arbitrario que se ha pintado. En la conducta personal del dictador hay muchos crímenes indelebiles; en su perpetua tiranía, sin solución de continuidad, ha de haber exageración. — Entretanto surgió Caseros, y este consejero presunto de Rosas, en algunas resoluciones « nacionales », figuró entre los primeros obreros de la reorganización liberal. En 1852 fundó *El Nacional*, que después de tan brillante carrera debía tener tan triste fin! En la Legislatura, pareció, desde el primer momento, que sólo él no ejercía funciones improvisadas: depositario de la alta tradición, soldaba sin esfuerzo sus ideas presentes de gobierno á las del Congreso de 1825, y su palabra fuerte y nutrida, desnuda de los floripondios retóricos que muchos cultivaban, cobró autoridad incomparable. Así en la prensa como en la tribuna, mientras otros repetían frases sonoras y lecciones aprendidas para la circunstancia, Vélez hablaba de lo que sabía á fondo por haberlo estudiado durante años: es el secreto de todos los ascendientes duraderos. Por eso también nunca fué popular. La popularidad no se adquiere por el respeto, sino por el « prestigio » — vocablo falaz que, contra todas las leyes

de la etimología, ha contraído parentesco con el de « prestidigitación ». En su diario, en la legislatura, Vélez atacó con elocuencia y doctrina el acuerdo de San Nicolás. Quedó uno de sus aforismos lapidarios y ¡deplorable tributo pagado al culto contagioso de la frase! era el único que consignaba un error: « Los pueblos no son á medias ni libres ni esclavos ». Es lo contrario de la verdad. Producidas la revolución del 11 de septiembre y la segregación de Buenos Aires, el doctor Vélez permaneció fiel al programa de toda su vida: no fué sólo, como de otro ilustre se ha dicho, « provinciano en Buenos Aires », sino y ante todo, argentino con Buenos Aires. Senador, ministro de Obligado y Alsina, convencional, comisionado de Buenos Aires en el Paraná, consagró su autoridad moral á la solución del gran problema orgánico. Sabido es cómo se obtuvo: después de la solución provisional, la definitiva tuvo que elaborarse en veinte años de esfuerzos y sacrificios; — y la historia comprobará que los que la consumaron, necesitaron imponerla por la violencia á los que la iniciarán. Senador por Córdoba, Vélez Sarsfield compartió su asombrosa actividad entre las funciones legislativas y las de juriconsulto. Principal redactor del Código de comercio y único del Código civil; fué esta obra el coronamiento de su vida, mucho más que el ministerio del Interior, que desempeñó en la administración Sarmiento. Muchos han sido ministros; algunos sin dejar huella de su paso — pues el sistema presidencial los tolera con muy desiguales aptitudes; — aunque la labor administrativa de Vélez Sarsfield ha sido una de las más fecundas de nuestro gobierno constitucional, su obra de juriconsulto contiene la característica de su figura austera y pensativa: es el Codificador argentino. — Al pronto parece extraña la actitud de un pueblo libre que confía á un solo hombre la formación de la Ley suprema, destinada á ser el esqueleto del organismo social; y no menos singular la de un congreso que sanciona tal producción á libro cerrado: diríase que ello no se aviene con la capacidad exigida para el *self-government*, importando tan solemne cometido una suerte

de abdicación. Con todo, fué sabia la confianza de la Nación. La experiencia del jurisconsulto era una seria garantía de que su obra ecléctica no se apartaría en el fondo de las similares, derivadas de un modelo común y de una doctrina aceptada; las innovaciones entrevistas no eran de las que causan honda perturbación nacional. Los mismos términos de la sanción honran el sentido práctico del pueblo argentino: muy lejos de aceptarse el *Código civil* como un evangelio perfecto é inmutable, se encomendaba al poder judicial el estudio de sus deficiencias. El tiempo ha demostrado la bondad del método; las reformas parciales se han realizado sin conmover el edificio. Este concepto prudente era el único racional y científico: un código civil no es una columna de bronce, sino un organismo vivo que evoluciona en armonía con el medio social. Por eso, después de un cuarto de siglo, la obra subsiste; y la estatua que hoy se erige al patriota, al incansable propagador de la nacionalidad, al defensor del derecho privado y público, al hábil estadista, al orador y escritor desigual, pero siempre eficaz y lleno de savia — descansa en el pedestal de granito del *Código civil*. Háse dicho que la forma literaria guardó siempre secretos para Vélez Sarsfield. El juicio es exacto, sobre todo en la especie á que se aplica: la traducción de Virgilio es un ejercicio gimnástico de estilo, que sólo tuvo utilidad para su autor. Como todos los que piensan por cuenta propia y no son rapsodas de inspiraciones ajenas, Vélez poseía la forma adecuada á su concepto. En sus alegatos, discursos, tratados é informes, — hasta en la redacción del *Código*, — su expresión sólo ha desfallecido cuando sus ideas carecían de nitidez ó cohesión. Muy al contrario, siempre que revelaba el pleno dominio de su asunto; y algunos de sus artículos en *El Nacional*, así como sus tres ó cuatro magnas arengas en la Legislatura y la Convención, revisten la forma severa y sobria, fuerte hasta la belleza, que cuadra al pensamiento varonil. No persiguió el arte que huía de él; y esto, sin duda, es preferible á soportar durante cincuenta años las repulsas de la Musa. De las abundantes canteras de Córdoba, no se

ha extraído hasta ahora el mármol estatuario. Por lo demás, ningún homenaje es más justo y merecido que el que hoy le tributa su provincia natal. Vélez Sarsfield es el gran cordobés — y una de las figuras más altas y acentuadas de la historia civil argentina.

AGUSTÍN DE VEDIA (EL CENSO Y LA CONSTITUCIÓN).

Nació en Montevideo el 10 de enero de 1843 é hizo en aquella ciudad sus primeros estudios. Casi niño aún, se inició, como redactor de *El Iris*, en la devoradora carrera de la prensa, que, con breves intervalos, había de absorber su vida entera. En 1859 vino á reunirse con su padre, que residía en Buenos Aires, y con él asistió á la batalla de Cepeda. Quedó establecido en la República Argentina, tomando parte activa en la redacción de la *Reforma Pacífica*, de Nicolás Calvo, y de otros diarios militantes. Fundó *La América* el 1° de febrero de 1866 y quedó al frente del diario, como director y redactor principal, hasta su violenta suspensión, el 26 de julio del mismo año. La enérgica oposición de *La América* á lo que puede llamarse «la política brasileña en el Plata» encendió las iras del poder, mayormente después de la publicación del *Tratado secreto de la triple alianza*, hecha por este diario y acompañada de vehementes comentarios. No le bastó al gobierno la defensa, á la verdad poco eficaz, de su prensa oficiosa; el 27 de julio mandó cerrar la imprenta y encarcelar á los redactores Vedia, Guido y Spano y Soto, que fueron deportados pocos días después. El señor Vedia volvió de Montevideo durante la administración del doctor Marcos Paz, y, apenas inaugurada la presidencia de Sarmiento, resucitó *La América* (noviembre de 1868) con la colaboración de don Olegario V. Andrade. A principios de 1870 preparábase en Buenos Aires y Entre-Ríos el movimiento revolucionario del partido nacional uruguayo contra el gobierno del general Batlle; el señor Vedia formó parte del Comité organizador y, realizada la invasión de la Banda Oriental por las fuerzas del coronel Aparicio, llevó do aquí una imprenta con que publicó en el mismo campamento blanco el periódico *La Revolución*. Sabido es que, des-

pués de las peripecias habituales (que forman el triste *corso e ricorso* del des-gobierno sudamericano), el convenio de abril de 1872 puso término provisional á la guerra civil. D. Agustín de Vedia fué elegido diputado por el departamento de Cerro Largo. El 1° de marzo de 1873 una mayoría de coalición llevaba al doctor Ellauri á la presidencia de la República y se inauguraba su período de transacciones é inconsistencias, que había de rematar fatalmente en un motín de cuartel. El 15 de enero de 1875 el coronel Lorenzo Latorre derrocaba al presidente legal, que prefirió refugiarse en Buenos Aires antes que deber al partido blanco su restauración. Sabido es cómo, á pretexto de una conspiración que resultaba fraguada por elementos inconciliables, algunas semanas después (25 de febrero) quince ciudadanos distinguidos (entre ellos los señores Julio Herrera, José P. Ramírez, Agustín de Vedia, Aureliano Rodríguez Larreta, J. I. de Herrera, los hermanos Flores, etc.) fueron arrancados de sus hogares, arrojados á la bodega de la barca *Puig* y, entre peligros y miserias, llevados bajo custodia á Cuba y los Estados Unidos. El señor Vedia ha publicado una relación interesante del triste viaje, en un volumen de 238 páginas. A fines de agosto del mismo año llegaban á Buenos Aires los desterrados orientales, y don Agustín de Vedia se establecía en Dolores, donde, además de colaborar activamente en *La Nación*, ejerció la abogacía libre. Fruto de este ejercicio profesional es el estudio titulado: *Los privilegios del Banco de la Provincia ante la hipoteca convencional* (1876), en que, con notable rigor de método y precisión de estilo, reducía á sus términos verdaderos el famoso y tiránico privilegio que, según él, no debiera subsistir intacto después de renovado el crédito. En 1880, se trasladó á Montevideo y le fué ofrecida la legación oriental cerca del gobierno argentino, en condiciones que no le parecieron aceptables; quedó allí dos años, redactando el diario *La Democracia*, que había fundado en 1873. Regresó á Dolores en 1882 y á poco se estableció definitivamente en Buenos

Aires. Dirigió por algunos años la *Tribuna Nacional*, diario fundado por Andrade y que desapareció en 1888. Después de dos interinatos relativamente breves en *El Nacional* y *La Prensa* (con el doctor Bilbao), el señor de Vedia fundó la *Tribuna* (15 de mayo de 1891), confiando á su hijo, don Mariano de Vedia, la dirección del diario y conservando sólo la redacción principal que, desgraciadamente, por causa de su salud un tanto delicada, ha tenido que reducirse en estos últimos tiempos á una colaboración algo intermitente. Felizmente, el estudio actual es el mejor indicio de una reacción favorable que nos promete nuevos trabajos del activo y substancioso publicista: volvemos á hallarle aquí todo entero, con su solidez de doctrina y precisión de forma, con su vigor de dialéctica que, en una primera lectura (como al que escribe estas líneas ha sucedido), desvanece las objeciones. Éstas existen y subsisten, sin embargo, y quizá nos atrevamos á formularlas en otra parte, seguros de que las examinará con buena fe, quien, durante una carrera de publicista que pasa de siete lustros, siempre antepuso á conveniencias materiales y satisfacciones vanidosas, la integridad de carácter y el culto de la verdad. Además de los trabajos citados, el señor Vedia ha publicado aparte varios estudios de derecho constitucional: *La Nación y las Provincias*, *Intervención*, etc., etc. Pero su obra principal, sin duda una de las más importantes que sobre historia financiera existen en Sud-América, es *El Banco Nacional* (tomo primero, 1811-1854, 1 vol. en 8° de xvii-513 páginas) cuyo segundo tomo está en preparación. El señor Agustín de Vedia, con prendas de carácter, laboriosidad y talento nada comunes, viene actuando hace cuarenta años en la vida pública del Plata sin haber logrado jamás la situación condigna á sus servicios y aptitudes: es uno de los pocos hombres espectables del país, de quien pueda decirse, según la bella expresión del cardenal de Retz, que su destino «no ha llenado su mérito».

ÍNDICE DEL SEXTO TOMO

(OCTUBRE-DICIEMBRE)

ENTREGA DE OCTUBRE

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO	Cartas á Avellaneda.....	5
SAMUEL GACHE.....	Sanatorio en la Sierra de Córdoba.....	43
ROQUE SAENZ PEÑA.....	Los Estados Unidos en Sud-América (conclusión).....	55
LUCIO V. MANSILLA.....	<i>Sic transit</i>	68
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	El Brasil intelectual (continuación).....	77
PAUL GROUSSAC.....	El hogar desierto.....	96
AMBROSIO MORANTE.....	Defensa y triunfo del Tucumán.....	127
***	Bibliografía retrospectiva.....	152

ENTREGA DE NOVIEMBRE

D. VÉLEZ SANSFIELD.....	Un discurso y un artículo.....	161
NICOLÁS AVELLANEDA.....	El doctor Vélez Sarsfield.....	173
ALBERTO B. MARTÍNEZ.....	Acrecentamiento de los gastos nacionales.....	190
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	El Brasil intelectual (continuación).....	218
DIEGO T. DAVISON.....	La memoria de los muertos.....	243
FRANCISCO SEEBER.....	<i>Parsifal</i> en Bayreuth.....	270
PAUL GROUSSAC.....	El hogar desierto (conclusión).....	286
***	La educación por el folletín.....	313

ENTREGA DE DICIEMBRE

AGUSTÍN DE VEDIA.....	El censo y la constitución.....	325
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	El Brasil intelectual (conclusión).....	340
DELIO MIRANDA.....	Lo que se ama.....	381
DAMIAN MENÉNDEZ.....	La casa del sol.....	408
RÓMULO E. MARTINI.....	Jacinto Gallina.....	415
PAUL GROUSSAC.....	Alphonse Daudet.....	428
CARLOS PELLEGRINI.....	El monumento de Lucio V. López (Dis- curso).....	454
***	Documentos históricos.....	460
***	Redactores de <i>La Biblioteca</i>	464